

LIBORIO E. BRIEBA

LOS
TALAVERAS

NOVELA HISTÓRICA

VALPARAISO

IMPRESA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO DE TORNERO HERMANOS

1889

TE
DE
ROGERS Y COMPAÑIA
FUÉ

EL UNICO PREMIADO

PEDIMOS COMPARACION

ENTREGA PRIMERA

AL PÚBLICO

Los numerosos pedidos que he estado recibiendo desde que se agotaron las ediciones últimas de *Los Talaveras* y el *Capitan San Bruno*, me han inducido a hacer una nueva edición de dichas obras, esmeradamente impresa e ilustrada con retratos de los personajes históricos que en ellas figuran y con láminas que representan sus mas interesantes episodios.

Atribuyo el interés del público por estas novelas, no a sus méritos literarios, sino a la importancia de la época histórica que en ellas se desarrolla.

Para facilitar la adquisicion de las espesadas obras, se publicarán por cuadernos semanales de 48 pájinas y una lámina.

Los Talaveras constará de quince cuadernos o sea 39 entregas de 24 pájinas cada una, que se venderán a 15 centavos.

El *Capitan San Bruno* tendrá 27 cuadernos de 48 pájinas, o sea 54 entregas de 24 pájinas cada una, al mismo valor de 15 centavos.

Habrà ajentes en todos los departamentos en que estas obras obtengan suscritores.

Las personas que deseen recibir las entregas semanalmente y con toda regularidad, pueden dirijir sus pedidos al autor, adjuntando en estampillas, jiro postal o cualquier otro medio seguro, el valor de la entrega o entregas que deseen obtener.

Liborio E. Briebe,
VALPARAISO.

Oficina: Cochrane núm. 80, escritorio núm. 10. Correo: casilla 874.

NOTAS.—Remitiendo el valor anticipado de alguna de las obras por completo, se obtendrán *Los Talaveras* por \$ 3.50 y *El Capitan San Bruno* por \$ 7.

Las dos obras tendrán 50 ilustraciones entre retratos de personajes históricos y láminas que representan los episodios mas importantes de su narracion.

LOS TALAVERAS



LIBORIO E. BRIEBA

LOS
TALAVERAS

NOVELA HISTÓRICA

(1814—1817)

TERCERA EDICION

CON ILUSTRACIONES

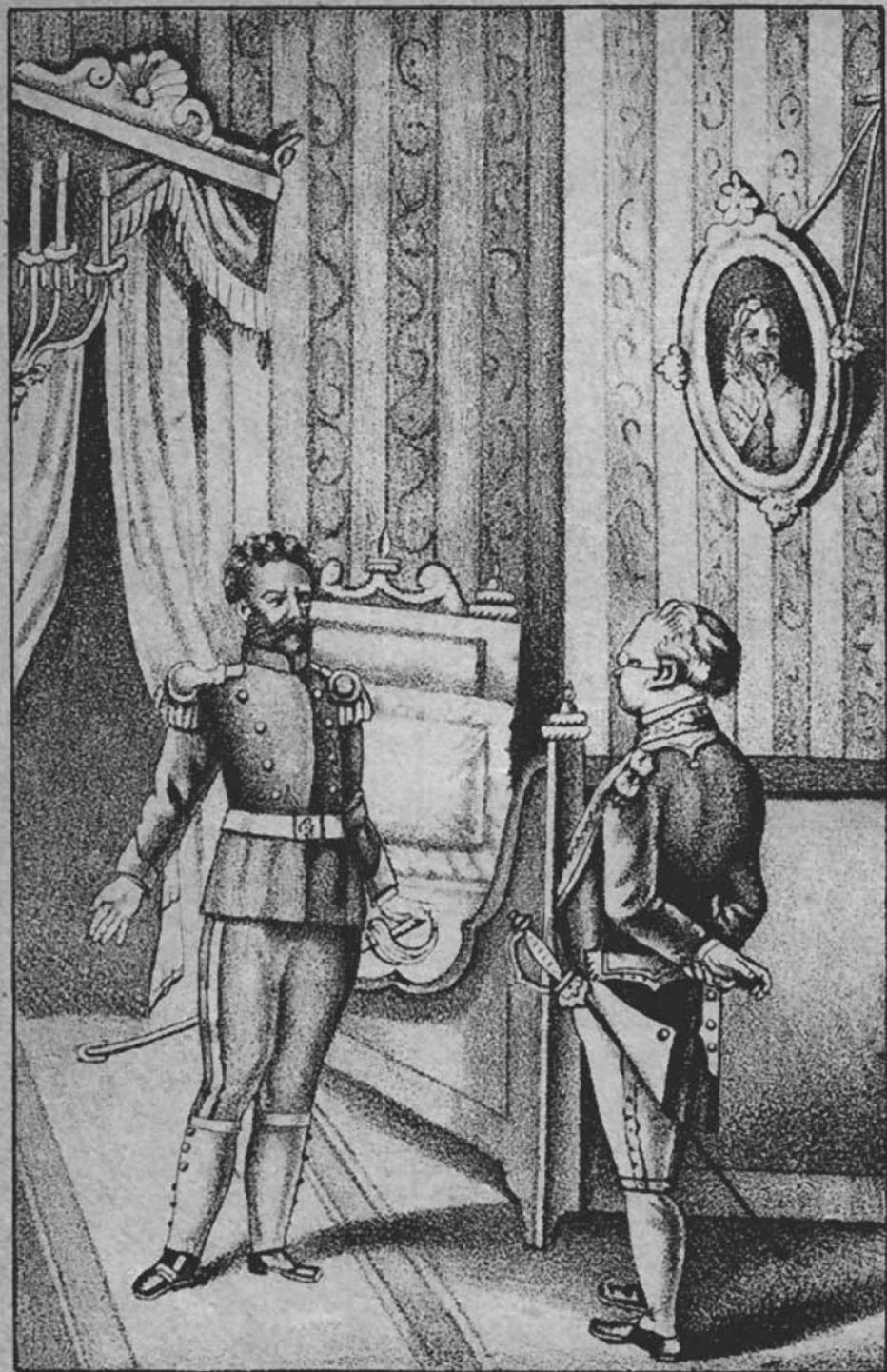
VALPARAISO

IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO

3800

de Tornero Hermanos—Las Heras, 29-C.

—
1889



CAPÍTULO I.

Un teniente de dragones.

Francamente, principiamos a escribir con el mas penoso embarazo.

Cábenos la dolorosa necesidad de invitar al lector a recordar con nosotros el episodio mas sangriento de cuantos la historia registra en las pájinas de la independencia de Chile.

Estamos en la noche del 1.º de Octubre de 1814, y es en el mismo Rancagua, teatro de una espantosa carnicería, donde tenemos que introducirnos para la mejor intelijencia de nuestra narracion.

Penetremos, pues, por entre las barricadas que interceptan el paso a los españoles, el ejército de Osorio, acampado al rededor de la heroica villa.

Son las nueve de la noche: los soldados descansan de las fatigas de un dia entero de encarnizado combate; solo se oyen los repetidos alertas de los centinelas y una que otra detonacion aislada de fusil con que parecen avisarse los ejércitos contendientes la vijilancia que se guarda en sus respectivos campamentos.

Lleguemos hasta la plaza; y a Dios gracias que podemos hacerlo con la imaginación: de otro modo, si tuviéramos que recorrer a pié cualquiera de las cuatro calles que conducen allí, retrocederíamos horrorizados, sin atrevernos a hollar la multitud de cadáveres hacinados en todo el tránsito y los hondos charcos de sangre que cubren el pavimento.

¡Ah! la jornada habia sido terrible y costaba a una y otra hueste el sacrificio de muchos valientes. Cada trinchera habia sido objeto de repetidos asaltos de los sitiadores y de la mas denodada defensa de los patriotas sitiados.

Pero no nos detengamos en dolorosas consideraciones: síganos de buen grado el lector a un punto en que se respira una atmósfera mas tranquila.

Es en la misma plaza.

Todos saben, o mas bien, los que hayan visitado a Rancagua habrán visto que la plaza se encuentra en el centro de la poblacion, y que la cortan en cruz solo dos calles perpendiculares a sus costados; así pues, los ángulos de ella son rincones y no enercujadas como jeneralmente sucede.

Vamos a entrar a una casa que está cabalmente en uno de los ángulos de la plaza y en la parte diagonalmente opuesta al edificio del curato.

Entremos con un jóven oficial, que a la hora que hemos dicho, las nueve de la noche, ha atravesado la plaza por entre la multitud de soldados que la ocupan, llega a la puerta, la empuja con suavidad, y sigue por un pequeño patio, andando en puntillas para no hacer ruido.

Por una ventana que guarda proporcion con las di-

mensionen del patio; es decir, que debiéramos llamarla con mas propiedad una ventanilla; por ahí, decimos, se asoma nuestro oficial a una pieza en que se divisa luz, y permanece un breve rato observando el interior.

A los débiles rayos que pasan al través de los cristales podemos examinar su semblante.

Es un jóven, casi un niño; la cútis limpia y tersa de sus mejillas nos haria calificarlo de tal, si el sombreado de su naciente bigote no denunciara su adolescencia.

Así, pues, nuestro oficial es un apuesto mancebo como de veinte años, de mirada espresiva y melena rubia que cae bajo una gorrita negra, colocada al soslayo con gracia y presuncion. Viste una chaquetilla ajustada al cuerpo y pantalon bombacho metido en botas de campaña, de la rodilla abajo. Lleva la espada en la mano, desprendida la vaina del cinturon, talvez para evitar el sonido de las anillas, como cuida del ruido de sus pisadas.

Miremos con él al interior de la pieza.

Lo que primero llama nuestra atencion son dos mujeres arrodilladas en actitud de orar.

A fé que no hai necesidad de decir que nuestro oficial solo se ocupa de ellas.

Contéplalas un instante con cierta sonrisa de satisfaccion, y murmura inteligiblemente:

—¡Rezan por mí! ¡pobre madre! ¡cuántas angustias habrá pasado en el dia! Vamos pronto a tranquilizarla.

Y sin cuidarse ya de no hacer ruido, se dirige con alguna precipitacion a la puerta; la abre, entra, avanza dos pasos, y se detiene adoptando con gracia una pos-

tura marcial y exclamando con energía, pero sin levantar mucho la voz:

—¡Viva la patria!

Todo esto fué súbito, y su exclamación fué contestada casi a la vez por las dos mujeres.

—¡Hijo mio!

—¡Ricardo!

Y ambas se precipitaron a abrazarlo.

Dejóse él acariciar con maliciosa sonrisa de superioridad, y diciendo:

—¡Vaya! no parece sino que ustedes ya me creían muerto!

La mas jóven de las mujeres dijo:

—¡Pero Dios mio! aparentas una tranquilidad... cualquiera creeria que estabas acostumbrado a estas cosas.

—¡Pataratas, hermana mia! exclamó el oficial. Vamos a sentarnos y hablaremos.

Todos tres se retiraron a un ángulo de la sala. El jóven, con afectada ceremonia, les insinuó que se sentaran y se colocó él mismo al frente de ellas.

La luz de dos velas que ardian en un blandon de plqué daba de lleno en el rostro de las mujeres.

La que habia llamado hijo a nuestro jóven era una señora de cuarenta años a lo sumo, de una fisonomía estremadamente afable, delicadas facciones que aun conservaban los indicios de su juvenil belleza, y una cútis albísima, lijeramente ajada hácia los ojos, quizás a consecuencia de la espresion risueña que parecia dominar en éstos.

La otra era una jóven de diez y nueve años, tan hermosa como el oficial y tan blanca como la madre; de

talle esbelto y flexible, naturalmente voluptuoso; aun cuando sus ojos de un castaño claro miraban con cierta timidez, dos graciosos hoyuelos colocados hechiceramente en sus mejillas iluminaban su rostro de una manera festiva, dándole aquel aire de atrevimiento que impone y seduce a la vez.

—Veamos, pues, dijo la señora con solicitud, cuéntanos lo que te ha pasado.

—Antes que todo, interrumpió el oficial, ¿cómo está mi padre? ¿se siente mejor?

—Notablemente mejor, dijo la joven; hace una hora larga que está durmiendo; la tos ha calmado, y su respiración es mucho mas libre y tranquila.

—¡Bueno! ¡Gracias a Dios! este cuidado es lo único que me ha mortificado desde anoche. Ahora vamos a lo mio... Pero ¿nada han sabido ustedes de cuanto ha pasado?

—Mucho hemos averiguado, respondió la señora; frecuentemente hemos salido a la puerta a tomar noticias; pero nadie nos sabia decir nada de tí: solo nos aseguraban que estabas vivo; mas ni una palabra del punto en que te hallabas, de lo que hacias, ni de si corrias peligro.

—¡Ah! por Dios, mucho me cuesta este fatal dia!

—¡Fatal! repuso el joven, estirando las piernas con indolencia. Eso puede ser para otros, pero no para mí, y en prueba de ello, principien ustedes por saber que junto a este galon (y señaló el de la boca-manga) hai que pegar otro. Apróntate a hacerlo, Corina, ahora mismo, porque quiero lucirlo mañana.

—¡Dios mio! ¡un grado mas! exclamó la joven juntan-

do las manos con alegría; ¿pero qué has hecho para obtenerlo?

—¡Oh! eso es largo de contar, por vida mía! dijo el oficial con aire picaresco de importancia. ¡Ahora soy teniente de dragones! Esta charretera tiene que pasar al otro hombro! ¡Caramba! la cosa bien valía la pena!...

—Pero, Ricardo, por Dios! tú te has debido esponer mucho, interrumpió la señora. Eso es mal hecho...

—A ver, mamá, dijo Corina, déjelo usted que cuente y despues juzgaremos.

—Pues bien, repuso nuestro oficial, poniendo una pierna sobre otra: van ustedes a saber cuanto me ha sucedido. Anoche pasé en la orilla del Cachapoal, a dos leguas de aquí, con un destacamento de doscientos ochenta dragones a las órdenes de mi bravo capitán Freire: estábamos en observacion cuidando el vado de las Quiscas. Pero esos malditos godos, quizá con auxilio del diablo, se nos pasaron sin saber cómo ni cuándo, y esta mañana al amanecer nos encontramos con que estaba formado casi todo su ejército de este lado del río. Como no teníamos orden de atacar, ni era posible que lo hiciéramos, nos replegamos a Rancagua, tiroteándonos con unos doscientos jinetes que nos avanzó el enemigo.

—¿Tiroteándose? ¡Dios mío! dijo la señora.

—Sí, pues, ¿y qué tiene eso de particular?

—¡Pero las balas, hijo mío!

—¡Oh! esas pasan silbando por sobre la cabeza, y le tienen respeto a la jente. Además que los godos son unos imbéciles y no saben ni agarrar el fusil. Pues como digo, nos vinimos a Rancagua, y el jeneral...

—¿O'Higgins? preguntó la jóven con interes.

—Cabal: no hai otro... ¡ah! es verdad, tambien está con nosotros don Juan José Carrera, quien por orden de don José Miguel, se hallaba con toda su division estacionada en el rio, mas abajo que nosotros. Don Juan José se replegó tambien al pueblo y debió entrar cuando nosotros veníamos por la alameda escaramuceando con la partida que nos atacó. Para abreviar, les diré a ustedes, que una hora despues estábamos encerrados por todas partes: los godos rodearon el pueblo, y hasta ahora nos tienen estrechados como en un corral; pero no se han llevado la mejor parte, a fé de mi grado de teniente, y mañana les hemos de dar el portante a primera hora.

—¡Virjen María! ¡mas peligro todavía! exclamó la señora.

—No tenga cuidado, madre; ya verá usted... Pero voi a lo principal de mi relato. Cuando el jeneral vió en los godos la intencion de ponernos sitio, dió las órdenes para defender las trincheras en cada una de las cuatro calles que caen a la plaza... ustedes verian ayer las trincheras.

—Las divisamos desde la plaza, dijo Corina: me pareció ver a una cuadra de distancia unas murallitas como de una vara de alto.

—¡Eso es! para que los cañones puedan jugar por encima. ¡Oh! es magnífico el efecto que han hecho. Figúrense ustedes... A mi me tocó en la calle de San Francisco; mandaba una compañía de fusileros que se puso en los tejados de la casa de esquina. Teníamos la bandera enlutada, como en todas las demas trincheras, para hacerles ver a esos pícaros españoles que estábamos dis-

puestos a pelear hasta morir. Por la calle en que nos hallábamos se adelantó a atacarnos el cuerpo de Talavera.

—¡Jesus! exclamó la señora: ¡esos hombres que segun dicen, son unos desalmados!

—Los mismos; unos bárbaros que vienen por primera vez a Chile, despues de haber estado un poco de tiempo en el Perú. Pues mire usted la que les jugamos. Estuvimos como muertos mientras venian ellos acercándose: la puente que hai un poco mas allá de la primera cuadra, como es tan alta, ocultaba nuestra trinchera, y naturalmente, venian todos mui determinados, creyéndose que no habia mas que llegar hasta la plaza. Mas de mil hombres marchaban hácia la trinchera. Nosotros mudos; ni siquiera nos movíamos. Cuando llegaron ellos a la puente, a veinte pasos de distancia, ¡fuego! ¡prrrrum! una descarga cerrada de artillería y fusilería. ¡Caramba! Era de verse! el monton no mas quedó... mas de la mitad debieron caer... ¡Aquello fué espantoso! Cuando el humo nos dejó ver, solo quedaban unos pocos que huian agazapados, apegándose a las paredes y corriendo como si una lejion de demonios fuera tras de ellos. ¡Y nosotros dar y dar sobre todos, descarga sobre descarga!... ¡Por mi vida, que aquello era de encantar!....

—¡Dios mio! qué horror! tantas muertes!

—¡Eh! no es nada eso. Miren ustedes: media hora despues, teníamos a una partida de arcabuceros que nos daba duro desde los tejados, a una cuadra de nosotros, y poco despues, una batería formada por los Talaveras, quienes comenzaron a cañonearnos de una manera que daba pena. Llegó a ese tiempo el jeneral O'Higgins que

andaba de trinchera en trinchera; ve el estrago que nos están haciendo y me grita: "Alferez Monterreal, a destruir esa batería con el teniente Maruri"...

—¿Nicolas Maruri? preguntó la señora. Aquel jóven de quien nos habló O'Higgins...

—El mismo: un valiente, a fé mia... "con el teniente Maruri y cincuenta infantes" dijo el jeneral "¡vivo muchachos! clavar los cañones y traerlos! que esos cobardes sepan con quién pelean!"

—¡Gran Dios! que eso haya hecho O'Higgins contigo, exclamó angustiadamente la señora. ¡Cuando tanto le recomendé que velara por tí!

—Pues esa misma recomendacion debió inducirle a mandarme: esa es una prueba de que me distingue: ¡una comision honrosa, por vida de...! si ustedes hubieran visto: ¡pero qué digo, no sirven ustedes mas que para tiritar por todo!... ¡Qué diablos! mire usted, dada la órden, en marcha. Maruri era el jefe. Esperamos una descarga de nuestros cañones, y envueltos en el humo, nos lanzamos sobre la batería como quien va a recojer flores, y caimos como un torrente sobre los endiablados Talaveras.

—Todo fué uno: llegar y desbaratar cuanto habia; el enemigo no tuvo tiempo de decir Jesus: los arrollamos como corderos, a punta de sable y bayoneta. Clavamos los cañones, y viendo que los pícaros Talaveras se rehacían para volver sobre nosotros, nos refujiamos en la calle atravesada. El fuego continuó entonces en la calle derecha; los cañones de la batería siguieron jugando, y los fusileros del enemigo contestando. Nosotros entretanto esperábamos un momento oportuno para replegar-

nos a la batería. En esto, uno de nuestros soldados siente ruido tras de una puerta de calle; se asoma por las rendijas, y ve que los diablos Talayeras nos preparan una emboscada: se habia venido una partida por el interior de los edificios y estaban aprestando un cañon para descargarlo sobre nosotros al tiempo de nuestra retirada. Sábelo Maruri, y trepa al tejado dándonos orden de seguirle: todavía no estaba la cuarta parte de nuestra jente arriba, cuando lanza él mismo una granada de mano al patio en que estaba el enemigo: una batahola inmensa se forma entre ellos; y en medio de la confusion, nos desprendemos de los techos, protegidos por el fuego de nuestros mismos soldados, y volvemos a arrollar con cuanto se nos opone: solo un tambor y dos soldados quedaron con vida, y éstos cayeron prisioneros. En seguida, nos volvimos por el interior de la casa, llevándonos el cañon, los fusiles y las municiones que quitamos al enemigo. Qué tal! y en cuanto nos presentamos en la plaza a dar cuenta de nuestra comision, el jeneral nos dió a reconocer a las tropas, a Maruri con el grado de capitan, y a mí con el de teniente: al mismo tiempo se nos dió orden de permanecer en la plaza y dejar que nuestros soldados se refrescaran. Solo entonces vine a saber que las otras baterías se defendian con la misma suerte que la nuestra, y que todos los asaltos eran rechazados con ventaja. Así ha concluido el dia, y ahora en cuanto han cesado los fuegos, he obtenido permiso para venir a informarme de mi padre. El jeneral está en consejo con todos los jefes de la plaza, en la casa del cura, y en breve sabremos lo que mañana nos toca que hacer. Esto es todo: ya ven ustedes que no hai por que alarmarse.

Y ahora vamos a arreglar el galon de mi casaca, hermana mía...

Las mujeres se quedaron contemplándolo con admiración, sin saber qué decirle, hasta que él repuso:

—¡Vaya, vamos! en qué piensan ustedes? miren que no hai tiempo que perder.

—¡Entonces vas a irte luego! exclamó la señora en tono de sobresalto.

—Naturalmente, en cuanto esté puesto el galon; la tropa debe dormir sobre las armas: de un momento a otro pueden darnos un asalto.

—¿Luego el peligro no ha pasado todavía? preguntó Corina.

—¡Qué peligro! no lo hai, ni lo ha habido un solo instante...

A ese tiempo se sintió ruido de pasos en el patio, y el jóven se interrumpió para decir:

—¿Quién será?... parece jente de espada...

—Apostaría que es O'Higgins, dijo la señora; ignorará que estás en casa, y viene a cumplir su promesa de darme noticias de tí.

La jóven se ruborizó mientras la señora hablaba, y dirigió la vista a la puerta con interes.

El oficial se levantó y fué a abrir.

Dos personajes entraron: dos militares. El uno, el primero que pasó el dintel de la puerta, era en efecto el brigadier don Bernardo O'Higgins. En su espaciosa frente y en sus mejillas lijeraente abultadas en la parte inferior y rodeadas de abundantes patillas, rapadas en la barba, en todo su rostro en fin, se dejaba ver una serenidad que no correspondia a las fatigas de

aquel dia de azares y mortificante lucha. Vestia un sencillo traje de campaña, llevaba la espada en el cinto, y se adelantó, quitándose para saludar una lijera gorri-ta de paño galoneada.

Tendria a la sazón el ilustre jeneral unos treinta y cuatro años de edad; pero su robustez y la regularidad de sus facciones le hacian aparecer de menos de treinta.

Acercóse a las señoras con galantería, despues de fijar en el oficial una rápida mirada de afecto, y las saludó dándoles la mano e interrogándolas con interes sobre la salud del dueño de casa.

El que acompañaba a O'Higgins era un jóven de veinte y seis años, de cabellos rubios, semblante franco y mirada grave, penetrante y resuelta; ostentaba insignias de capitán, y guardaba en su traje una esmerada compostura.

Fué saludado amistosamente por Ricardo, estrechándose ambos las manos con manifiesta cordialidad. En seguida se aproximó a las señoras y las saludó con menos franqueza que O'Higgins. Ellas por su parte correspondieron con igual etiqueta y dándole el nombre de señor Freire.

Tomaron ambos asiento frente a las señoras, quedando O'Higgins mas próximo a Corina.

Ricardo permaneció de pié a una distancia respetuosa.

—¡Qué dia, amigo mio! dijo la señora. ¡Cuánto se habrá mortificado usted!

—Un poco, dijo O'Higgins sonriéndose; de los diez dias que estoi en Rancagua, este es el peor. Pero ya ven



DON BERNARDO O'HIGGINS

ustedes que no ha sido tanto que me haya impedido venir a hacerles mi visita cotidiana.

—Con que no ha concluido aun esto! repuso la señora.

—No del todo: algo nos queda que hacer; si, como es seguro, el jeneral Carrera ataca mañana temprano, la victoria es nuestra irremediamente. Hemos acordado mandarle prevenir... Lo que hoi se ha hecho nos presajia buen fin. Pero el bravo Ricardo debe haberles contado a ustedes... Vamos, añadió volviéndose al jóven teniente, que aun estaba parado; ya usted les habrá dicho algo de sus hazañas, mi amigo...

—De las bondades de Usía respondió el jóven con soltura y suavidad, como temiendo dar a su respuesta un tono de contradiccion.

—¡Ai! dijo la señora, ¡cuánto me ha hecho sufrir este niño con su relato! Ya me parecia verlo herido cuando me contaba las temeridades a que se ha arrojado. Por Dios, O'Higgins, estoi mui quejosa de Ud.

—Pero, madre, le observó Ricardo, no le dije ya... ¡Oh! usted mira las cosas de una manera...

—¡Qué le venia a usted diciendo! dijo sonriéndose el jeneral a Freire; mire usted qué bien calculaba que la señora Irene me habia de hacer cargos porque le dispensaba proteccion a mi bravo Ricardo.

—¡Proteccion, Dios mio, mandarlo al medio del peligro!

—¡Y usted qué dice, Corina? continuó O'Higgins: ¿encuentra tambien justo el cargo que se me hace?

La jóven sonrió maliciosamente antes de contestar, y luego dijo:

—Las mujeres no sabemos juzgar de estas cosas...

—Luego, es decir que usted me cede la razon, insistió O'Higgins.

—Lo que yo juzgo, repuso la jóven con alguna reticencia, es que usted quiso darle a Ricardo la oportunidad de conquistar un grado.

—¡Justo! exclamó O'Higgins, fijando sus ojos en Corina de una manera que le significaba su agradecimiento.

—Y por cierto que ha sido bien ganado el ascenso, observó Freire; mi amigo Ricardo ha despertado la admiracion de los mas valientes del ejército.

—¡Pero que no vuelvan a repetirse esas locuras! dijo doña Irene. Con una vez basta para probar el valor...

—Pero si no se trata de eso, madre, repuso Ricardo; el objeto es vencer al enemigo y no hacer alarde inútil de arrojo. En casos de necesidad, uno debe estar pronto a todo.

—¿Y aun habrá mucho que esponerse para vencer a esos hombres? preguntó la señora.

—Es cuestion de unas pocas horas, dijo Freire.

Y continuó explicándole la situacion respectiva de los ejércitos y las esperanzas que alimentaban los sitiados. Ricardo terciaba en esta conversacion, apuntando los detalles que se le escapaban a Freire.

O'Higgins en tanto trabó conversacion con la jóven en un tono algo recatado, como para no interrumpir a los otros interlocutores; pero necesariamente con la intencion de no ser oido, puesto que en el momento en

que Freire dejó de hablar, O'Higgins calló también dejando cortada una frase.

La joven le sacó entonces de embarazos, diciéndole como si continuara la misma conversacion:

—¿Y de qué manera piensa usted darle aviso al jeneral Carrera? ¿Acaso los españoles no tienen completamente rodeado el pueblo?

—Ya veremos algun medio, contestó O'Higgins con una sonrisa de intelijencia: no faltará algun valiente que quiera ir.

Ricardo se volvió con viveza al oír esto, y preguntó:

—¿Luego aun no se ha encontrado quien vaya?

—Es probable que sí: he dado órdenes a ese respecto.

—¿Y dónde está el jeneral Carrera? preguntó doña Irene.

—A três leguas de aquí, en los Graneros de la hacienda de la Compañía, dijo Freire; está con la tercera division que manda su hermano Luis: tiene fuerza mas que suficiente para auxiliarnos; la division consta de mil hombres, y con ella deben haberse juntado otros mil y tantos de las milicias de caballería de Aconcagua, que no pudieron esta mañana llegar hasta aquí.

—Hai sobrados elementos para vencer, agregó O'Higgins; pero lo principal es que sepa el jeneral Carrera que confiamos en él. Preciso es, pues, que vamos luego a tratar de despacharle un mensajero.

Y se paró invitando con una mirada a Freire a que le imitara.

—¿Pero quién será tan arrojado, observó doña Irene, que se atreva a pasar solo por entre el ejército enemigo?

¡Dios mio! Me estremezco solo de pensar los peligros a que tiene que esponerse.

—Estoi seguro que sobrarán mensajeros, dijo Ricardo mirando con insistencia a O'Higgins.

El jeneral no vió esta mirada, porque en ese momento se despedia de las señoras.

Al salir se volvió para decirles:

—No tengan ustedes cuidado por Ricardo: es un valiente y se basta a sí mismo. Pero no le detengan mucho aquí; su presencia es mas necesaria en su puesto.

—Un minuto mas, mi jeneral, y soi con Usía, dijo él.

O'Higgins y Freire salieron, y Ricardo se quedó diciendo:

—¡Vaya! no hai ya tiempo de coser el galon ¡qué diantre! en fin, será mañana en el primer momento de descanso que tengamos. Lo que es ahora voi a sacar mi capote para abrigarme.

Y salió por una puerta que daba a las piezas interiores.

—¡Voi a alumbrarte? le preguntó Corina.

—No hai necesidad, contestó el jóven, ya daré con él.

A poco rato volvió trayendo el capote doblado y puesto al hombro.

—Me voi, pues, madre; hasta mañana, dijo tomándole las manos: no se preocupe tanto de mí; yo le prometo ser mui precavido. Y tú, Corina, ten preparada la aguja para poner el galon, le dijo a ésta dándole una lijera palmada en la mejilla.

—Pero no sea cosa que vayas a empeñarte en ganar

otro, le contestó alegremente la jóven; prometo no coser mas que uno.

Ricardo salió dejando escapar una alegre risotada, mientras doña Irene inclinaba tristemente la cabeza murmurando una oracion.

CAPÍTULO II.

El mensaje.

El jóven salió apresuradamente a la plaza.

Una gran animacion se notaba allí.

Por todas partes solo se veian soldados, pabellones de fusiles y cañones.

Las tropas estaban en descanso por esa parte, y se veia a los soldados, unos sentados en el suelo formando grupos, otros acostados y algunos paseándose. Por todas partes se hablaba comentando con entusiasmo los hechos del dia, o haciendo cálculos y propósitos para el siguiente.

A lo lejos se escuchaban los tiros de fusil que con alguna frecuencia se disparaban en las trincheras.

Nuestro teniente se aproximó a un grupo de soldados y preguntó:

—¿Han visto ustedes pasar al jeneral?

—Sí, mi alférez, dijo uno.

—Teniente, hombre, le dijo otro al que habia contestado.

—¿Para dónde caminó?

—Iba con mi capitán Freire por aquella vereda.

—Yo vengo del lado de la iglesia, dijo otro, y le he visto pasar por ahí, como para la casa del cura.

El joven no aguardó más, y siguió apresuradamente la dirección indicada.

Pasando por entre los grupos con tal precipitación, llamaba la atención de los soldados, algunos de los cuales al reconocerle, nombrábanle recordando las hazañas en que se había distinguido:

—El *teniente* Monterreal, decían unos.

—El bravo compañero del capitán Maruri, exclamaban otros.

—¡Viva la patria y mi teniente!

El joven se sonreía a cada exclamación, y pasaba sin dignarse ni aun mirar a los que le elogiaban.

Llegó al fin a la casa del cura, y divisando en el patio un grupo de oficiales, se fué a ellos.

—¿El general? preguntó con acento de importancia.

—En aquella pieza, dijo uno indicando hacia un ángulo del patio.

El joven siguió hasta allá: la puerta estaba abierta y se veía al frente a O'Higgins sentado delante de una mesa.

Tres oficiales de graduación conversaban con él, sentados a poca distancia. O'Higgins hablaba en ese momento, y se interrumpió al ver que alguien se paraba en la puerta.

—Adelante, dijo inclinándose y haciéndose sombra con una mano para reconocer al que entraba.

—¡Hola! exclamó al ver que era Ricardo, ¡ya está usted aquí! ¿qué tenemos de nuevo?

El jóven teniente se cuadró, y dijo con entereza:

—Le oí decir a Usía, mi jeneral, que necesitaba de álguien a quien enviar al campamento de la hacienda de la Compañía, y vengo a hacerle presente que yo sé el camino.

O'Higgins le contempló por un instante con satisfaccion, y en seguida dirigió una mirada significativa a los otros oficiales.

—Pero, hijo mio, dijo al fin con una sonrisa de benevolencia, no es bastante saber el camino.

—Ciertamente, mi jeneral; se necesita tambien haber merecido la confianza de Usía, y quizá me avanzo demasiado al presumir que su bondad pueda dispensarme de este requisito.

O'Higgins se sonrió francamente y exclamó:

—¡Qué diablós! tan luego quiere usted ser capitán. Pero nó; ya ve usted, no es posible que faltemos a las recomendaciones que he recibido no ha mucho...

—Usía cree entonces que hai gran peligro en el desempeño de esa comision...

—¡Naturalmente! mire usted, pasar por entre todo un ejército que debe estar en la mas activa vijilancia!... ¡Diablos! ni yo me he atrevido a ordenarle a nadie que lo haga; me he limitado a esperar que álguien se me ofrezca, y ninguno se me ha presentado hasta aquí.

—¡Pues bien! yo soi el primero, mi jeneral; y si álguien viene despues con la misma oferta, Usía no puede aceptarla sin darme a entender que he caído en su desgracia, que no soi digno de su confianza.

El jóven pronunció estas palabras con un lijero acento de despecho que encantó a O'Higgins.

—No es eso, le observó con dulzura; si tal sucediera, querría decir que me guardo de sacrificar a mis valientes.

—¡Y para eso confiaria Usía tal comision a los cobardes! concluyó el teniente de dragones en un tono ligeramente sarcástico.

O'Higgins prorumpió en una alegre carcajada que fué imitada por los otros oficiales.

Ricardo se mordió el labio inferior con muestras de verdadera impaciencia, y recorrió con su vista a los circunstantes, pareciendo medir a cada uno de ellos.

El jeneral comprendió lo que pasaba en el alma del jóven y se formalizó.

—Veamos, dijo, ¿qué probabilidades tiene usted de desempeñar bien la comision que pretende?

—Señor, tengo mi plan, y tal es la seguridad que abrigo de salir airoso, que desde luego le juro a Usía considerarme dado de baja, si no ejecuto cumplidamente sus órdenes.

—Pero... observó O'Higgins como recapacitando; yo necesito conocer ese plan... debo quedar tranquilo acerca de los resultados... El negocio es grave... puede sorprender el enemigo que nos hallamos en el caso de pedir auxilio... En fin, manifiésteme usted su proyecto y veremos.

—Mi proyecto, señor... dijo el teniente, y miró con cierto embarazo a los tres oficiales que estaban presentes.

—No tenga usted temor de hablar, se apresuró a decir O'Higgins: Estos caballeros son de toda mi confianza.

—No obstante, señor, le ruego a Usía que no me obligue a hacer esta revelacion delante de estos señores, y les pido mil perdones por mi reserva, añadió volviéndose a ellos; pero cada uno obedece a ciertos motivos...

Los oficiales se pararon en ademán de retirarse, y lo hicieron al ver que O'Higgins les hacia una señal de asentimiento.

Cuando quedaron solos, el jeneral cambió de fisonomía, revistiéndose de un aire enteramente amistoso, y dijo:

—Vaya, Ricardo, siéntese usted y principie por desistir de su capricho. ¿Qué me dirian doña Irene y Corina, si supieran que yo autorizaba esto; y principalmente si tuviéramos un contratiempo, lo cual es mas que probable? Nó, nó, es una locura pensar en ello.

El jóven no se movió del lugar en que estaba parado, ni abandonó su seriedad.

—Señor, dijo, se trata de salvar a un ejército, a la patria, y todo pende de un aviso a tiempo. Agradezco a Usía la bondad con que se preocupa de mi suerte; pero tambien piense Usía en que, perdida la batalla, ¿cuántas veces no asaltaré su mente el remordimiento de haber desechado mi buena voluntad? Y a fé que tengo la conviccion de que, sin auxilio de fuera, hemos de perecer aun cuando hagamos prodijios de valor. Esto no hai necesidad de decirlo a Usía porque su penetracion va mucho mas lejos que la mia...

—Pero, Ricardo, le interrumpió O'Higgins, ¿podremos creer que Carrera no calcule cual es nuestra situacion, y que nos deje abandonados sin cuidarse de la suerte que corremos?

—Puede que la ignore, señor; puede que esté engañado acerca del número de nuestros sitiadores; en fin, mucho puede haber, y sé que Usía lo calcula mejor que yo, y que todas sus objeciones son nacidas del deseo que abriga de hacerme desistir. Además, señor, no crea Usía que mé lleva a esto la simple pretension de obtener gloria; nó, señor, guíame el deber de salvar a mis compañeros, y ya que Usía me dispensa la bondad de tratarme como amigo, le diré francamente que estoi resuelto a partir, aun sin la órden de mis jefes, a pedirle al jeneral Carrera el auxilio que necesitamos.

—Vamos, Ricardo, usted está loco; ¿quiere ponerme en el caso de mantenerle arrestado toda la noche?

—El jeneral no puede obrar así, aprovechándose de la revelacion que hago al que tiene la jenerosidad de dispensarme su amistad.

O'Higgins permaneció algunos instantes pensativo, y el jóven mirándole de hito en hito, pendiente de lo que iba a resolver.

—Veamos su proyecto, Ricardo, exclamó al fin, como tomando una enérgica decision.

—Aquí está, señor, dijo el jóven con viveza y en un tono que indicaba su satisfaccion por haber decidido al jeneral en favor de sus deseos.

Quitóse con prontitud la capa que traia al hombro, la desplegó y dejó ver un vestido de mujer y un manto envueltos en ella.

—Con este disfraz, dijo, me ganaré la confianza de algun soldado enemigo; y con esto, añadió mostrando una daga y un trabuco que llevaba al cinto, me salvaré de los peligros, si los hai.

O'Higgins permaneció otro instante contemplándole tristemente.

—¡Vaya! dijo al fin, no sea que si sobrevivimos a una derrota, venga usted mas tarde a echarme en cara mi resistencia. Irá usted, y Dios me libre de tener que lamentar una desgracia.

Buscó entonces algo con la vista por sobre la mesa.

—¿Quiere Usía escribir? preguntó el teniente de dragones con mal disimulada alegría.

—Sí; pero no veo un papel, ni pluma... Tengo aquí un lápiz.

—¿Es poco lo que va Usía a escribir?

—Tres o cuatro palabras.

—Basta esto entonces, dijo el jóven.

Y sacó un cigarro, lo deshizo y presentó a O'Higgins el papel.

Tomólo éste, y escribió con precipitacion:

«Si vienen municiones y carga la tercera division, todo es hecho.»

—Lea usted, añadió presentándolo al jóven.

—Entiendo, repuso éste. En caso de novedad, me trago el papel y llevo el mensaje de palabra.

—Eso es: insista usted en la demanda de municiones de fusil, y hágale presente al jeneral en jefe que estamos sin agua, que los españoles nos han cortado las acequias; en fin, que por todos motivos estamos condenados a sucumbir en pocas horas de combate, si no recibimos auxilio. Ahora, adios, y buen viaje.

El jóven contestó el saludo; jiró militarmente sobre los tacos de sus botas de campaña, y salió.



CAPÍTULO III.

El disfraz.

Eran ya las once de la noche cuando nuestro teniente de dragones se separó del jeneral.

En el patio del curato habia siempre algunos oficiales que se mantenian en conversacion; pero su número habia disminuido considerablemente.

Monterreal se acercó a varios grupos, como buscando a álguien, y por fin preguntó a un oficial:

—¿Sabe usted, señor, dónde estará el capitan Maruri?

—No ha mucho que estuvo con nosotros: debe haberse ido a la calle de la Merced, pues allí estaba apostada la Lejion de Arauco.

—Gracias, respondió el jóven, y se alejó precipitadamente.

En pocos minutos atravesó la plaza y entró por la calle indicada.

—¿El capitan Maruri? le preguntó a un soldado.

—Está en la trinchera, señor, con el comandante Las-Heras.

Siguió hasta allá nuestro jóven, y despues de algunos

rodeos, se acercó a dos oficiales que se ocupaban en ver colocar una pieza de artillería sobre una plataforma de adobes, construida provisionalmente.

—¡Hola! Ricardo, ¿cómo va? dijo el mas jóven de los oficiales, ¿qué haces por acá?

—Te buscaba, le dijo él, ¿estás mui ocupado? Señor Las-Heras, ¿cómo está usted? agregó saludando al otro oficial.

—No mui bien, le contestó él estrechándole la mano: hemos tenido que rabiarse duro todo el dia con la mala colocacion de estas piezas. Puedo asegurar que la trinchera se ha defendido con los fusileros que yo mandaba. ¡Diablo de artilleros! solo en el combate vinieron a probar que los cañones estaban mui en bajo. Estas malditas calles con tantas sinuosidades impiden hacer disparos horizontales si no se coloca la batería a una altura proporcionada. Ahora creo que quedará bien: hemos levantado el piso y la trinchera. Mañana espero que será otro dia y se hará aquí lo que en la calle de San Francisco. A propósito, mi amigo, lo felicito por su nuevo grado...

—Mil gracias; aquí tiene usted quien me ha hecho alcanzarlo, dijo Monterreal poniendo su mano en el hombro de Maruri.

—¿Yo? dijo éste; a Dios gracias, estoi libre de esa culpa: en esos trances no trabaja uno para otros.

—Pero el ejemplo puede mucho, Nicolas, repuso el teniente. En fin, dejémonos de cuestionar; estoi de prisa; voi en comision y te necesito.

—¿En comision? dijo Las-Heras; lleva usted órdenes a las baterías?

—Nó por cierto, es otra cosa: un negocio secreto que solo he pensado comunicar a Maruri... Pero no veo inconveniente en que ustedes dos sean sabedores. Voi en comision al campamento del jeneral en jefe.

—¿Qué dice usted? exclamó Las-Heras, ¡al campamento de los Graneros de la Compañía!

—Cabal; ¿por qué se admira usted tanto, señor?

—Porque lo creo una imprudencia.

—Imprudencia necesaria, repuso el jóven.

—¿Y qué te lleva allá? preguntó Maruri.

—Un mensaje del jeneral O'Higgins; pero como he dicho, esto es reservado, porque habiendo sido yo quien ha exijido que se me envíe, no quiero que, si hai fracaso en el viaje, se culpe de ello al jeneral.

—Y dínos, ¿de qué manera piensas llevar a cabo tu mision? preguntó Maruri.

—A eso voi, y tal es el objeto que me trae aquí; necesito dejar en poder tuyo mi uniforme, pues he ideado vestirme de mujer: tengo aquí los arreos necesarios.

—¡Hum! Espuestilla es la cosa, dijo Las-Heras; pero siendo necesario, no hai que titubear.

—Claro, respondió el jóven.

—Manos a la obra, pues, agregó Maruri; transfórmate de una vez en *pichona*.

—Poco a poco, señor mio: no hai para que precipitarse: ¿cómo quieres que me desnude en la calle? Si fuera por eso, no habria venido a buscarte: lo que hai es que necesito un lugar apropósito para hacerlo.

—Ta, ta, ta! exclamó Las-Heras, el señor va tras de que lo llesves a tu nido. ¿No ves? y me decias que nadie sabia lo que tenias oculto.

— Pero en ese *nadie* no incluyo a mi amigo Ricardo, dijo Maruri; yo mismo le he hablado de mi conquista y lo he llevado a casa de la muchacha.

—¡Hum! cuidado con eso, replicó Las-Heras: la pica-rona es viva; y entre dos valientes, puede decidirse por el mas gallardo.

—En cuanto a eso, no hai cuidado conmigo, dijo Monterreal; Maruri sabe como pienso en materia de mujeres: aborrezco la coquetería y mucho mas la des-lealtad.

—En fin, dijo Maruri, si has de cambiar de traje, vamos pronto: son mas de las once, y supongo que no que-rrás hacer tu viaje en la madrugada.

—Justamente, vamos; señor Las-Heras, pase usted mui buena noche, y que el dia de mañana no sea como el de hoi.

—Gracias, mi amigo: feliz viaje; que no vaya a atra-parlo algun talavera enamorado.

—Adios, dijo riéndose Monterreal y alejándose con Maruri.

Siguieron ambos en direccion a la plaza; la atravesaron rectamente, y entraron a la calle de San Francisco.

A los pocos pasos se detuvieron delante de una puerta pequeña, y Maruri dió tres golpes con intervalos diferentes.

—¡Hola! dijo Ricardo; tienes señas convenidas!

—Por supuesto, hai tanto diablo envidioso, respondió Maruri.

La puerta se abrió a ese tiempo, y apareció una jóven con una vela en la mano.

—Ya creia que no vendria usted, dijo acabando de

abrir. ¡Ah! viene acompañado! agregó. Y reconociendo a Monterreal, prosiguió diciendo:

—¡Señor Ricardo, usted por acá a estas horas! Entren ustedes.

—Esta noche todas las horas son iguales, dijo el joven teniente; no se duerme ni se descansa.

—Voi a prevenirle a mi tia de la llegada de ustedes; pasen miéntras a la sala, repuso la jóven y se alejó precipitadamente.

Era un estrecho pasadizo el que ocupaban; habia tres puertas en él, la de la calle y dos laterales. Por una de éstas desapareció la jóven, por la otra entraron los dos oficiales al cuarto que se les habia designado.

Esta era la sala; pequeña pieza pobremente amueblada, pero con esmerado aseo.

El pavimento estaba cubierto por una estera nueva o mui bien conservada; y alrededor habia sillas de paja pintadas de vistosos colores y dos mesitas de madera blanca. En una de éstas ardía una vela de sebo puesta en un candelero de cobre.

Nuestros jóvenes permanecieron de pié, y Monterreal dijo:

—Es preciso no perder tiempo; díles pronto el objeto de nuestra venida.

—En tal caso voi a prevenirles; vístete miéntras.

Maruri salió, y Monterreal, dejando en una silla la capa que llevaba al hombro, se desnudó de la chaqueta y se puso el vestido de mujer.

Maruri volvió cuando él terminaba aquella operacion.

—Ven a abrocharme, le dijo Monterreal; estos malditos vestidos tienen los broches por la espalda.

—¡Diablos! dijo Maruri, pareces una mujer!

—¿Y el bigote no se nota mucho?

—Qué se ha de notar! apenas se te vé, y como es de noche...

—Sin embargo, puede que tenga que presentarme donde haya luz y es conveniente borrar todos los vestigios; hombre precavido jamás es sorprendido.

—Jamás es vencido, dice el refran.

—Pero ahora se trata de evitar una sorpresa. Díme: ¿les dijiste a las niñas que veníamos a esto?

—Necesariamente, a fin de que nos dejaran solos; eres tan púdico que no habrias consentido en vestirme delante de ellas.

—¡Bribon! cuando no se tiene la confianza que tú... Vamos; anda a pedirles unas tijeras para cortarme el bigote.

Maruri volvió a salir, miéntras que Ricardo se ponía el manto.

Cuando volvió, dijo:

—Las niñas quieren verte en ese traje... Pero, hombre, así no se pone el manto; échatelo adelante, a cubrir la frente.

—Recórtame el bigote primero.

—Vamos a ver.

Maruri se puso a la obra con todo cuidado.

—Diablo de bigotes, dijo al principiarse a cortar; aun no pueden graduarse de cejas y ya aspiran a tener honores de mostachos.

Monterreal no contestó por no mover el labio en que Maruri operaba.

—¿Se puede entrar? preguntó a ese tiempo una voz femenina desde el pasadizo.

—Nó, porque estoi solo con una niña, dijo Maruri.

—Eso no lo permito yo, repuso la misma voz.

Y abriendo la puerta, entró la misma jóven que habia recibido a los oficiales a su llegada.

Era una niña de dieziocho años, de tez lijeramente morena, ojos negros, rasgados y alegres, y un conjunto de facciones gracioso y picaresco.

Tras ella venia otra mujer de mas edad, pero que no pasaria de los veinte y cuatro años: un tipo mui semejante al de la mas jóven, salvo la menos viveza de los ojos y la madurez de sus facciones.

—Ya voi a concluir esta tarea, dijo Maruri, y somos con ustedes al momento.

Monterreal no se movia.

Las dos mujeres se acercaron, y la mas jóven dijo:

—¡Por Dios, qué chupado está ese vestido!

—¡No se habrá puesto enaguas! exclamó la otra.

—Ya está, dijo Maruri terminando su obra.

Monterreal se volvió risueñamente a las jóvenes, y despues de saludar a la de mas edad, dijo:

—Verdad que me olvidé de las enaguas; no traje.

—Présténle ustedes una, dijo Maruri. Usted, Amelia, añadió dirijiéndose a la mas jóven.

—Voi a buscar, respondió ella saliendo apresuradamente.

Maruri prosiguió diciendo a la otra:

—Pero ¿qué le parece, Mercedes, el aspecto? ¿No es verdad que, por la cara, cualquiera se daría un chasco?

—Infaliblemente: si es una mujer en toda forma... Espérese, Monterreal, yo le arreglaré el manton.

Y la jóven se acercó a él, y se puso a acomodarlo.

—Esto se pone así, dijo. Lo prenderemos con un alfiler debajo de la barba para que le sea mas cómodo.

Buscóse un alfiler en el corpiño, y añadió:

—Levante un poco la cabeza. Eso es... Ya está. Ahora sí que ha quedado bien.

—Aquí está la enagua, entró diciendo Amelia.

—Vaya, repuso Mercedes; póngasela y quedará hecho una mujer en regla.

—Si así parece una vela, dijo la otra.

—Venga acá la enagua... Pero ¿cómo me la pongo? Será menester sacarme el vestido.

—¡Qué tonto! dijo Maruri, ¿no sabes que se pone por abajo?

—Acabáramos. Jamás he visto vestirse a una mujer; tú estás mui ducho en estas cosas.

—De todo ha de entenderse un poco, ¡qué diantres! contestó riéndose el novel capitan.

Monterreal puso la enagua en el suelo, abrió la boca de la pretina y metió los piés en la abertura.

—Yo te ayudaré, le dijo Maruri.

Púsose de rodillas junto a él, levantó la enagua por debajo del vestido y siguió atándosela en la cintura.

Las dos jóvenes contemplaban risueñamente la tarea; pero Amelia fijaba sus ojos con mas insistencia en el semblante del jóven que en sus vestidos.

Ricardo no hacia alto en ello, contraida su atencion enteramente a su obra.

—Ya está, dijo Maruri parándose y estirándole el vestido.

—Vaya, ¡gracias a Dios! Me voi al momento.

—A ver: ande un poquito primero, dijo Amelia, para ver si hace bien su papel.

—Eso poco me importa, respondió Ricardo; pero ya sé; el paso corto, las manos en el estómago.

Y dió algunos pasos hácia la puerta.

—Pero no tan echado atrás, dijo Amelia; ¿no parece que se hubiera tragado un baston? El cuerpo debe ir mas inclinado. Eso es, así está bien.

—¡Qué diablos! ¡tonteras! dijo Ricardo. Vaya, me voi; ¿tú te quedas?

—Te acompañaré hasta las trincheras.

—Ven, pues. Señoritas, queden ustedes con Dios.

—Que no tenga novedad, dijo Amelia, ¿Ud. piensa volver otra vez al pueblo?

—Si Dios quiere.

—Mucho me temo una desgracia, ¡Dios mio!

—Todo puede suceder; pero primero está lo que mas importa. Adios.

En la calle preguntó Maruri:

—¿Por dónde piensas salir?

—Por acá, dijo Monterreal, señalando hácia la trinchera de la misma calle.

—Pero ¿no está el jeneral Carrera en los Graneros? debes tomar para la alameda.

—Ese seria el camino mas corto; pero mi proyecto es salir por las brechas que abrimos hoi en las paredes cuando la toma del cañon: así puedo llegar hasta la segunda manzana de edificios, y quizás mas allá, lo cual

me da mas probabilidades de buen éxito. Miétras mas léjos pueda ir sin encontrarme con enemigos, será mas fácil hacer creer que no he salido de la plaza.

—Me parece bien, respondió Maruri.

De allí a poco llegaron cerca de la trinchera.

—Hasta aquí no mas, dijo Monterreal; esta es la casa que tiene las paredes caidas. Por ella saldré.

—¡Diablos! la cosa es peligrosa; ir a meterse a la boca del lobo con tanta mansedumbre... En el calor del combate, pase que uno se arriesgue... ¿No llevas temor?

Ricardo le tomó una mano a Maruri y la puso en su pecho, sobre el corazon.

—¿Está conmovido? le preguntó. Me parece que no traiciona mi voluntad.

—Eres un bravo, y el cielo te ha de proteger! exclamó Maruri apretándole la mano.

—Hasta mañana al amanecer, le dijo Ricardo sonriéndose. Vuelvo a buscarte en la casa de las niñas para tomar mi uniforme antes de presentarme al jeneral. Espérame con una taza de agua caliente.



CAPÍTULO IV.

Amores estratégicos.

Nuestro bravo oficial penetró resueltamente en la casa, y como quien conoce el camino, atravesó los patios dirigiéndose al interior.

La noche estaba clara, aunque la atmósfera empañada por el humo del combate ocultaba las estrellas e impedía que la luna, una luna casi llena, proyectara sus rayos con limpidez.

No se necesitaba tampoco de mas luz para que nuestro héroe guiara sus pasos con seguridad en la ruta que proyectaba seguir.

Osadamente, como hemos dicho, llegó al interior de la casa, y tomó por una brecha angosta abierta en la muralla. Hallóse entonces en un huerto de árboles medianos por entre los cuales siguió adelante hasta llegar a otra brecha: ésta daba salida a una calle.

Monterreal tendió la vista a los lados ántes de aventurarse en ella.

No habia un alma; solo a treinta pasos a su derecha

se oía el rumor de los soldados patriotas que guardaban la trinchera. En la otra dirección se veía completamente despejado.

El joven tenía a su frente, en la vereda opuesta, otra brecha o trozo de muralla derribada.

—¡Diantres! pensó; si me ven de la trinchera, me toman por godo necesariamente. Me he olvidado de encargar a Maruri que les previniera algo a los soldados. En fin, esto es lo de menos; con no dar tiempo a que tiren sobre mí...

Y junto con sus palabras, recojiendo las faldas del vestido, se lanzó a la carrera de un lado al otro de la calle, y ganó la brecha del frente.

Allí se detuvo. La trinchera permaneció muda.

—O no me han visto, o Maruri no se ha descuidado, pensó el joven.

Y luego, continuando sus reflexiones en otro sentido, al mismo tiempo que marchaba con cautela, se decía:

—Heme aquí en el patio de nuestro famoso ataque: en él conquisté mi grado de teniente ¿y por qué no ha de ser posible que la fortuna me ayude aun? hai lugares predestinados para la dicha de uno, dice mi amigo Rodríguez... A propósito ¿qué será de él? no es mucho que se halle en el campamento del jeneral en jefe; su entusiasmo puede haberlo decidido a tomar la casaca para venir a retorcer pescuezos de godos. ¡Oh! qué gusto tendría él si supiera que me han ascendido... ¡Diablo! un rumor!

El joven se detuvo de improviso: había andado todo el costado del patio y llegado a un ángulo en que había

una puerta entreabierta; allí sintió la voz de alguien que hablaba, y esto causó su brusca interrupción.

Púsose a escuchar atentamente sin moverse del lugar en que estaba, aun cuando su primer impulso había sido mirar por la abertura de la puerta.

Oyó entonces la voz bronca de un hombre que decía:

—Yo culpo tan solo al jeneral: todos los jefes están disgustados de sus disposiciones: y si libro de ésta, abriego la seguridad de ver que le han de hacer pagar cara la matanza que hemos sufrido.

—¡Qué jeneral será el de que hablan! pensó Montereal.

—Lo que es yo, contestó otra voz ménos tosca que la primera, aun no me esplico de qué modo he librado. ¡Caramba! en mi vida me he visto en mas peligros! Mire, mi sarjento Villalobos, yo no me asusto de pequeñeces, y le aseguro que ningun soldado de mi cuerpo ha hecho una escapada mas milagrosa que la mia.

—Eso dices tú, replicó la otra voz, ¿y yo que solo he librado por haber caido debajo del cabo Gutierrez?...

—¿El cabo Gutierrez?

—Pedro Gutierrez, pues hombre.

—Ya sé de quien habla; pero ¿por qué cayó él?

—¡Qué pregunta! porque se lo llevó el diablo en aquel renegado ataque de la trinchera.

—Pobre Gutierrez! lo siento: mal que mal, era un buen talavera; algo taimado, eso sí; quien se la hacia se la pagaba; pero por lo demas... ¡Caramba! ¡cuántos otros compañeros irémos echando ménos!

—¡Oh! eso para qué hablar! ¡Diablos! mi compañía ha quedado en un estado...

—Así dijo ahora poco mi capitán San Bruno, cuando el jeneral le preguntó cuántos soldados habían quedado en el sitio...

—¿Qué dijo él?

—Dijo: señor, mas fácil es saber cuántos han salido vivos, porque estos pueden contarse de una ojeada.

Monterreal no quiso oír mas, y se alejó de allí silenciosamente, diciendo para sí:

—Bueno: estos son del batallón de talaveras: indudablemente se halla de facción por este lado alguna compañía de los mismos; magnífico; dicen que casi todos son muy amigos de las mujeres: veremos si saco partido de sus inclinaciones... Pero es preciso, antes que todo, hacerles creer que no he salido del pueblo... ¡Diantre! una idea!... el nombre que les oí a éstos... ese cabo que cayó encima del de la voz gruesa... cabo... cabo Gutierrez: eso es; Pedro Gutiérrez, precisamente. Pues no hai mas que él vá a servirme de amparo en estas circunstancias.

Discurriendo así, nuestro jóven anduvo a lo largo de las paredes del patio, hasta encontrar otra puerta.

Esta estaba enteramente abierta y pertenecía a un pasillo que conducía a otro patio.

Monterreal se aventuró en él adoptando un paso seguro y determinado; pero evitando hacer mucho ruido con los tacos para no traicionar su disfraz.

Caminaba por un corredor donde habia varias piezas. En una de ellas sintió ruido de armas; pero él pasó de largo sin alterar su marcha, y se embocó en un zaguan ancho que halló a los pocos pasos.

Por allí salió a la calle.

El suelo estaba cubierto de cadáveres, y no mui léjos, en direccion a la plaza del pueblo, se veia un grupo de soldados que parecían ocuparse en despejar la calle o en recojer los heridos.

—Aquí es la mia, murmuró Monterreal.

Y avanzando hasta el medio de la calle, se inclinó sobre los cadáveres y comenzó a remover uno tras otro, alejándose insensiblemente del grupo de soldados.

Estos, sea porque no lo vieron, o porque su presencia no les causara estrañeza, nada le dijeron. Pero de allí a poco, y ántes que nuestra finjida mujer hubiera andado veinte varas, se le puso delante un soldado con fusil al brazo diciéndole a media voz:

—Cuidado con esas, queridita mia, ¿qué anda usted haciendo ahí?

—¡Caramba! dijo Monterreal enderezándose y con una voz bastante delgada, que no desmentia su papel; ¡qué he de hacer! ¡ah! por mas que me afano! mi pobre Gutierrez ¡Dios mio! no puedo creer que esté muerto: se me pone que solo ha de estar herido!

—¿Es del cabo Gutierrez de quien usted habla, preciosa?

—¡De quién otro ha de ser! ¿qué no me conoce usted?

—¡Diablos! ¿acaso tengo yo obligacion de conocer a todas las mujeres y queridas de los soldados? Además, yo soi dragon, y el cabo Gutierrez era talavera... Pero en cuanto a lo de su muerte, no le quepa a usted duda, querida: yo mismo lo ví caer, pues me encontraba sobre aquel tejado con toda mi compañía; los talaveras avanzaron protejidos por nuestras descargas... ¡Pero usted está

llorando, vida mia! ¡Qué diablos! no sea zonza! a rei muerto, rei puesto, y aquí me tiene usted a mí.

Y el soldado le pasó familiarmente por sobre los hombros el brazo que el fusil le dejaba libre.

—¡Qué, tanto sollozo! continuó diciendo. ¡Una muchacha tan linda como usted no tiene por qué alarmarse! Lo que siento es estar de faccion, y que aun me queda una hora...

—¡Ah, bribon! te pillé! dijo a ese tiempo en tono de chanza otro soldado que salió de una puerta inmediata; de faccion y haciendo arrumacos a las mujeres!

—¡Hola! respondió el dragon, ¿de dónde bueno? Cabalmente hablamos aquí de un compañero tuyo. Hijita mia, dijo a Monterreal, aquí tiene usted un talavera que puede asegurarle lo mismo que yo sobre la suerte del cabo Gutierrez.

El jóven se alarmó con la idea de ser desmentido acerca de su pretendidas relaciones con el cabo Gutierrez. Mas su presencia de ánimo no le abandonó un momento.

—¡Es bastante ya! dijo con voz dolorida, ¡no quiero saber mas! Pobre de mí! ¿qué haré ahora? Despues de haber abandonado a mis padres por seguirlo...

—No se aflija usted por eso, mi alma, dijo el dragon. Donde usted me ve... yo creo que no ando mui a pié para relevar al difunto...

—Alto ahí, dijo el talavera; que así no mas no se releva a un soldado de mi cuerpo... Antes de todo ¿quién era el mozo?

—¿Aun no has oido, hombre? el cabo Gutierrez, que por cierto no se habria atrevido a apostarlas en gallardía.

—¡Gutierrez! ¿Y esta chica tan buena moza, repuso el

talavera examinando a Monterreal de cerca, ha tenido alma de... Pero el pillastron nada me habia dicho... En fin, ustedes se están entendiendo, y yo, incapaz de hacer mal a nadie, les despejo el campo.

—Aguárdate, hombre, ¡a qué tanta prisa?

—¿No ves que llevo un parte? dijo el talavera señalando un papel plegado y sostenido en la armadura de su fusil.

—¡Ah! vas de ordenanza ¡que diantres! yo estoi de centinela, y habria querido... Dígame, hijita ¿dónde ha pasado usted el dia? preguntó a Monterreal.

—Del otro lado del rio; solo en la tarde conseguí que un soldado de caballería me pasara a las ancas... pero esto no hace al caso; yo me volveré por donde vine, y Dios me ayudará...

—Nó; eso no puede ser, le interrumpió el dragon volviendo a poner el brazo en la espalda de la finjida moza; ¡qué diablos! no estamos ya convenidos en que usted se quede conmigo?

Monterreal, imitando la timidez de una jóven, permaneció con la cabeza inclinada y sin contestar la pregunta del soldado.

—¡Vamos! dijo éste oprimiéndola con dulzura, si ya no hai mas que hablar ¿no es cierto?

El jóven persistió en su silencio.

—Quien calla otorga, pues, hombre, le observó el talavera; y despáchate pronto: dime para qué me quieres; o me voi de una vez.

—Aguarda; no es mas que esto: esa mujer dueña de aquel huertecito... la que nos hizo la comida esta tarde... ¿no estuviste tú con nosotros?

—¡Qué memoria! ¡ya no te acuerdas que yo fuí el que le dí el pescozon a esa maldita vieja, porque le ví trazas de insurgente?

—¡Ah! tú fuiste! ¡diablo! eso está malo; ya no me acordaba... y yo que estaba pensando en que la vieras... pero, en fin, ella quedó mui bien conmigo porque intervine a su favor, y se me ofreció para servirme en adelante... Yo creo que yendo a nombre mio... además, es mui difícil que te reconozca.

—Pero ¿qué diablos voi a hacer allá?

—A eso vamos, pues, hombre. Si esta paloma quiere tener un nido, yo le proporciono ese para mientras; entendido que despues será mui superior. ¿Qué dices, preciosa? vamos, decídeté, ¿aceptas?

El disfrazado jóven levantó la vista pudorosamente, y la fijó un instante en el soldado.

—Dios sabe, dijo en tono de conformidad, que no tengo ningun amparo, y fuerza es que mi difunto amigo me perdone el poco duelo que hago. ¡Qué hemos de hacer! confío en que usted será bueno conmigo.

—Naturalmente... pero nada de traiciones... porque eso no lo perdono. Desde luego va a tener que irse sola con un pillastre... Si no fuera porque despues de la centinela tengo que estar otras dos horas con la compañía, no me valia de nadie.

—Si desconfias de mí, hombre, ¿a qué me ocupas?

—Nó; si es una chanza: te tengo por hombre formal... y a fin de cuentas, todo consiste en ella...

—Bueno, pues, dijo el talavera; no perdamos el tiempo. Estamos en que me voi con la chica a la casa de esa vieja; y la deajo allí con un recado de tu parte.

—Eso es: dices a la señora que he contado con su buena voluntad y sus ofertas, que iré por allá al amanecer.

—Estoi: vamos, pues, pichona; sígame usted. ¡Qué diantres! por hacer esta obra de caridad, voi a tener que dar un rodeo de algunas cuadras: llevo este parte al jeneral, que está en la Alameda abajo, y la casucha de la vieja es por los callejones de afuera. En fin, todo se compone andando lijero. En marcha, pues, hija mia, y paso redoblado.

El talavera y la finjida mujer se alejaron.

—Hasta luego, mi vida, dijo el dragon: cuidado con mis recomendaciones.

—No tenga cuidado por eso, dijo el jóven.

Y apretando el paso se colocó al lado de su guía.

No a mucha distancia se encontraron con algunos soldados, quienes los miraron con insistencia, pero sin decir nada.

—Les tienta la curiosidad, dijo el talavera cuando ya habian pasado; pero como me ven con un parte, creen que es negocio del servicio.

Siguieron caminando.

Monterreal observaba en silencio las disposiciones del ejército español; aquí veia soldados construyendo baterías; allí escalando los edificios para obtener una colocacion ventajosa; acá rompiendo una muralla para facilitar los movimientos estratégicos; acuyá trasportando los heridos: en fin, todo era animacion en las calles que recorrian.

Al desembocar en la Alameda, les cerró el paso un

oficial de caballería a la cabeza de una corta patrulla.

—¿Quién vive? dijo secamente.

—*Rosario y Rancagua*, contestó a media voz el talavera.

La patrulla abrió calle dejando el paso libre.

—*Rosario y Rancagua*, repitió interiormente Montrereal. ¡Bueno! en cuanto me deje este gaznápiro en la casa de esa mujer, me largo a mi destino. Ya sé el santo y seña; no hai temor de que me corten el paso.

Discurriendo así, el jóven dejaba vagar indiferentemente sus miradas a todos lados.

Atravesaban entonces la Alameda, y se fijó en que la ocupaba una respetable fuerza de caballería. Los soldados dormían echados en el suelo, y cada árbol tenia dos o tres caballos atados al tronco.

En la vereda opuesta de la Alameda, otra pequeña guardia cerró tambien el paso a nuestros dos personajes a tiempo de ir a tomar el callejon que tenian al frente.

Se repitió la misma ceremonia: el talavera dió el santo, y la guardia despejó.

El camino era allí enteramente solo: tapias bajas a uno y otro lado, y ninguna habitacion.

—Aquí sí que podemos hablar, dijo el talavera disminuyendo sensiblemente la marcha. He guardado la apariencia de que se trataba del servicio para evitar que se nos pegara algun envidioso. Ahora que no hai cuidado, chicuela, sepa usted que yo no soi tan bobo que me encargue de una comision como esta, con la mira de quedarme a la blanca; nó, mi alma; ni usted podria imaji-

~~~~~

narlo ¿no es así? Hable: ¿no es verdad que se reiría de mí, si dejara yo pasar tan linda oportunidad?

—Luego usted no puede prestar un servicio sin intereses, dijo Monterreal.

—Pero servicios como éste, y con tales circunstancias...

—¡Vaya! convengo en que su mortificación puede tener algun valor, y si quiere, yo misma le diré a mi nuevo amigo que lo remunerare de algun modo.

—Nó, hijita, no se trata de eso: y acostumbro ejecutar mis negocios militarmente, repuso el talavera sin dejar de andar.

Monterreal esperó que acabara de esplicarse: nada dijo, pero su mano se movió disimuladamente por debajo del manto.

—La cosa es mui sencilla, continuó aquel; solo se necesita un poco de buena voluntad en usted.

—Eso nunca me falta cuando se trata de pagar una deuda; pero, desgraciadamente, no tengo ahora como hacerlo.

—¿Y qué es lo que le falta, hermosa mia?

—¿Qué ha de ser, sino el dinero? dijo Monterreal con sencillez.

—¡El dinero! eh! eso no es nada; ni nos serviría tampoco.

—Pero... entónces ¿de qué manera querria usted que le pagara?

La marcha habia ido disminuyendo gradualmente; pero aquí, el talavera cesó de andar, y poniéndose de frente a Monterreal, le dijo en tono persuasivo:

—Puede usted pagarme, mi alma, prefiriéndome por un instante a su nuevo querido.

—No comprendo, repuso el jóven finjiendo una absoluta candidez.

—¿No? acaso no me esplico bien claro? pues mire usted, el negocio es mui sencillo.

Y el talavera se volvió para dejar su fusil afirmado en la tapia.

La mano del jóven acarició el mango de su daga.

—Vamos a ver; esplíquese usted, dijo tranquilamente, que si es cosa que de mí depende...

—Naturalmente, pues, mi vida; solo se trata de que me admita usted mis cariños, repuso el talavera aproximándose con los brazos abiertos en actitud de darle un abrazo.

Monterreal dió un paso atras.

—¿Así cumple usted los encargos de los amigos? dijo al talavera. Vamos: esto me da mui mala idea de su carácter. Acuérdesse de que yo acabo de prometer fidelidad a otro...

—Pero yo no he prometido nada...

Y el soldado persistia en acercarse con los brazos abiertos.

—Sin embargo, mi amigo ha hecho confianza en usted...

—¡Qué amigo, ni que niño envuelto! dejémonos de tonterías. ¡Vaya!

Monterreal seguia retrocediendo.

—No sea usted loco; mire que se lo digo a su amigo.

—No hará usted tal, perla mia; despues de consumada nuestra felicidad, tendrá mas reserva que yo. Va-



—.....levantó nuevamente su mano armada y volvió a descargarla en el pecho del soldado.

---

mos, párese; mire que no soi hombre de mucha paciencia.

Monterreal se detuvo.

—¡Qué diantres! será preciso! dijo.

Y su mano se separó de la cintura, empuñando la daga bajo el manto.

—Sí, pues, dijo el talavera, rodeándole la cintura con el brazo; preciso es que seas mia.

—¡Que te eche el alma a los infiernos! exclamó el jóven arrogantemente y descargándole con la velocidad del rayo una puñalada en el pecho.

El soldado se estremeció del golpe y sus músculos se crisparon oprimiendo contra sí el cuerpo del jóven.

Este hizo un esfuerzo para quedar en libertad, y al mismo tiempo, levantó nuevamente su mano armada y volvió a descargarla en el pecho del soldado.

—¡Jesus! dijo éste convulsivamente, y cayó arrastrando al jóven sobre sí.

---

---

---

## CAPÍTULO V.

### Las Bodegas del Conde.

Los graneros de la Compañía, o las Bodegas del Conde, como se decia en aquel tiempo, se hallaban ocupados, segun se ha dicho en un capítulo anterior, por las fuerzas que componian la tercera division del ejército patriota.

Allí se hallaba tambien el jeneral en jefe, don José Miguel Carrera.

Para el desarrollo de nuestra historia, trasportarémos allá al lector, como a las dos de la madrugada de esa misma noche; es decir, unas dos horas despues de los sucesos que hemos relatado.

En una gran pieza desmantelada, sin mas muebles que un par de escaños de madera blanca, algunas sillas y una tosca mesa, habia tres personajes, con quienes debemos entrar en conocimiento.

El uno de ellos se paseaba a grandes pasos, de un extremo al otro de la sala, con cierta precipitacion que mas bien parecia propia del carácter del individuo que hija de alguna preocupacion del ánimo.

---

Era éste un militar, jóven de veintinueve años a lo sumo, de elevado y airoso porte.

Vestia una casaca enteramente abrochada y ajustada al cuerpo; y los bordados y galoneaduras de ella y de su pantalon de paño azul revelaban a primera vista la alta jerarquía que ocupaba en el ejército. Llevaba la cabeza descubierta; su pelo era negro y bien peinado hácia atrás, de modo que ostentaba en toda su estension una frente elevada y serena: sus ojos oscuros y penetrantes y su nariz aguileña daban a su rostro una espresion de perspicacia y arrogancia y cierto aire de dominio, que se templaba solo en fuerza de la sonrisa fujitiva que dominaba en sus labios.

Este jóven militar era don José Miguel Carrera, jeneral en jefe entonces del ejército en campaña y presidente de la junta gubernativa que rejía desde poco tiempo los destinos de la patria.

El jeneral Carrera, como decimos, se paseaba a grandes pasos en el momento que lo presentamos a nuestros lectores; y ahora nos apresuramos a agregar que sus paseos se interrumpian con frecuencia, casi a cada vez que pasaba por delante de la mesa de que tambien hemos hecho mencion.

Parábase allí un instante, y seguia con la vista los precipitados y no interrumpidos movimientos que imprimia a la pluma sobre una grande hoja de papel un personaje que se mantenia indiferente a estas demostraciones de curiosidad manifestadas con tanta frecuencia.

Este era uno de los otros dos circunstantes a que nos hemos referido.

Jóven de unos veintiocho años, de fisonomía agradable e inteligente, de ojos grandes y de malicioso mirar, revelaba en la inflexion picaresca de sus labios que los pensamientos que se presentaban a su mente para estampar en el papel eran de un carácter jocoso o envolvian algo capaz de escitar su buen humor.

Para concluir los detalles acerca de este personaje, diremos que vestia traje de paisano, si bien su gorra, puesta cerca de él sobre la misma mesa, estaba adornada con un fino galoncito de plata colocado sobre la visera.

En una de las veces que el jeneral Carrera se detuvo delante de la mesa, y cabalmente en el momento que nos hemos introducido a la sala, el que escribia terminaba su tarea poniendo su firma al pié de la hoja de papel y haciendo un gordo rasgo por debajo de ella a guisa de rúbrica.

La firma decia: *Manuel Rodriguez*, y estampada ya, el jóven soltó la pluma y dijo con aire de satisfaccion:

—¡Ya está! Cárlos va a tener risa para una hora y ocupacion para muchos dias. ¿Quiere Vuestra Excelencia que la lea?

—No espero otra cosa, dijo Carrera.

Y volviéndose hácia el extremo de la sala en que estaban los escaños:

—Luis, dijo, ¿estás oyendo?

Estas palabras eran dirigidas al otro personaje, cuya presencia allí hemos indicado.

Este era un jóven oficial, que permanecia recostado indolentemente en uno de los escaños, manifestándose del todo ajeno a la escena que hasta aquí hemos descrito.



**MANUEL RODRIGUEZ**

Como se comprenderá por su actitud familiar delante del primer magistrado y por la manera con que éste le dirijia la palabra, ese oficial no era otro que el coronel Luis Carrera, hermano menor del jeneral.

—Ya oigo, contestó el jóven sin abandonar su postura. No he pegado mis ojos un instante; creo que las piedras son mas blandas que este endiablado escaño. ¿Es la carta para Cárlos Rodriguez la que acaban de escribir?

—Cabal, dijo don José Miguel.

Rodriguez tomó el papel de sobre la mesa y dijo:

—Omito el principio porque contiene asuntos de familia: voi al final, que es lo que hace al caso. Dice así:

«La fiera, hermano mio, va a caer, o mejor ha caído ya destrozada con sus propias garras. De esta hecha no escapa el pobre brigadier O'Higgins. Figúrate que por hacer sus caprichos para darse el aire de esclusivo vencedor, se ha encerrado en Rancagua, contraviniendo a las órdenes del jeneral en jefe. Hétele, pues, ahí acorralado por los godos, quienes ántes de mucho darán buena cuenta de él. Necesariamente se va a ver obligado a firmar una capitulacion deshonrosa, y el plan de nuestro jeneral en jefe es aguardar este paso vergonzoso que le arranca a O'Higgins todo su prestigio; solo entónces el jeneral moverá sobre los godos el grueso del ejército, no sin poner antes el grito en los cielos protestando que nos dejaremos descuartizar vivos ántes que imitar el ejemplo del pusilánime caudillo que se ha vendido a la Epaña; y como ésta, se añadirán otra porcion de lindezas que ya puedes tú prever. Desde luego, principia tú la obra de prevenir los ánimos de los santiaguinos afeando la des-

obediencia en que ha incurrido O'Higgins y pronosticando los desastres en que envolverá a la division que se le ha confiado."

Rodríguez fué interrumpido en su lectura por un ruido de pasos y armas a la puerta.

Varios soldados se presentaron en el dintel, y uno de ellos avanzó algunos pasos con el fusil al hombro y saludó militarmente.

—¿Qué hai? preguntó Carrera volviéndose a él.

—Mi jeneral, un desertor del ejército realista.

—¿Es algun oficial?

—Nó, mi jeneral; soldado raso del cuerpo de talaveras; pide hablar con Vuestra Excelencia.

—Estoi ocupado: póngalo en lugar seguro. Será algun cobarde que quiere sacar partido de su desercion.

El jeneral se volvió a Rodríguez haciéndole ademán de que continuara, y el soldado jiró sobre sus talones y se encaminó a la puerta.

—Dicen que son unos diablos esos talaveras, dijo Luis desde el escaño en que permanecía recostado.

—Jente corrompida, observó el jeneral: criminales de las prisiones de España; difícil es que se sujeten a la disciplina militar, y todos los dias se estarán desbandando.

Rodríguez volvió a tomar el papel y se dispuso a seguir leyendo.

Los pasos del soldado volvieron a resonar en el pavimento de la sala. Carrera se volvió con aire de impaciencia.

—Mi jeneral, dijo tímidamente el soldado: insiste el

prisionero en ver a Vuestra Excelencia y dice que tiene que hacer revelaciones importantes.

—Me parece que ya he ordenado, repuso Carrera acentuando la voz enfadosamente y fijando una mirada colérica en el soldado.

Apresuróse éste a salir del cuarto ántes de excitar mas la colera del jefe, y Rodriguez principi6 a leer.

—Mira, José Miguel, interrumpió Luis, talvez seria conveniente escuchar a ese soldado: puede que saquemos algo de él. Ese cuerpo de talaveras es el privilegiado del ejército español: dicen que es una legion de hombres arrojados que no temen a Dios ni al diablo: quizá el enemigo nos envía a éste con algun objeto... Qué sé yo... pero estoi por que lo veamos. ¿No te parece, Rodriguez?

—Por ser el primero que viene a nuestras manos... sí; creo que no estaría de mas... nada se pierde.

El jeneral miró hácia la puerta y gritó:

—¡Hola! oficial de guardia!

Oyéronse pasos apresurados, y acto continuo se presentó un oficial.

—¿Se fué esa jente? preguntó Carrera.

—Nó, Excelentísimo Señor, está aquí a un paso.

—Llámelá usted: que traigan al prisionero.

El oficial se alejó con la misma prontitud que habia entrado.

—Cierto, dijo el jeneral dando algunos pasos por la sala; está bien que tratemos de adquirir algo sobre los sucesos del dia.

Entró nuevamente el soldado que poco ántes habia

incurrido en el desagrado del jeneral, y esperó en silencio la órden de éste.

—El desertor, dijo Carrera.

—Viene aquí, mi jeneral. No obstante la órden de Vuestra Excelencia, insistia aun en ser presentado: me acababa de dar este papel, cuando se nos ha hecho venir.

Y se adelantó presentando al jeneral un pliego cerrado.

—¡Un oficio! luego es algun emisario del enemigo.....

—¿Oficio? dijo Luis medio inclinándose en el escaño y volviéndose a los circunstantes.

—Dice que se ha desertado yendo de ordenanza con ese pliego, observó el soldado.

El jeneral rompió el cierro del oficio; lo desplegó contra la luz, y leyó para sí.

Un imperceptible sonrojo se estendió por sus mejillas durante la lectura; su ceño se arrugó involuntariamente, y cuando concluyó, se estuvo un momento en actitud meditabunda.

En seguida, como tomando bruscamente una decision,

—Haz entrar al prisionero, dijo al soldado.

Luis preguntó:

—¿Es importante el oficio?

Rodriguez no apartaba la vista del jeneral.

Este no contestó: volvió a plegar el papel sin decir palabra y se lo guardó en el pecho metiéndolo por entre la abotonadura de la chaqueta.

Los ojos de Rodriguez espresaron la mas viva admiracion, y cambió una mirada con Luis, quien no habien-

do tenido contestacion, volvió a tenderse descansadamente en su escaño.

Se oyó entonces afuera la voz del soldado que decia a álguien:

—Entre usted: ahí está el jeneral.

Este esperaba de pié en la mitad de la sala, y con la vista fija en la puerta.

Rodriguez lo miraba con ávida curiosidad, y solo dejó de mirarlo cuando sintió los pasos del prisionero que se acercaba.

Luis estaba acostado de espaldas, mirando al techo de la sala con absoluta indiferencia.

Presentóse a la puerta el soldado de talaveras, y se adelantó algunos pasos con aire marcial.

Venia desarmado y su continente era severo y respetuoso.

El jeneral vió con admiración un jóven de hermoso aspecto que se inclinaba diciendo:

—Excelentísimo Señor....

Rodriguez se levantó del asiento con la mas viva sorpresa.

—¡Ricardo Monterreal! exclamó involuntariamente.

El finjido talavera se interrumpió para mirar al que lo nombraba, y una afectuosa sonrisa se dibujó en sus labios.

Luis Carrera se sentó en su escaño a observar lo que pasaba.

—Sí, Excelentísimo Señor, continuó Monterreal, dirigiéndose a Carrera; no es un talavera el que está delante de Vuestra Excelencia, es un oficial de la division

patriota encerrada en Rancagua, un emisario del señor brigadier don Bernardo O'Higgins.

Y el jóven sacó del cinturon un pequeñísimo papel, y lo ofreció respetuosamente al jeneral.

—Pero..., dijo éste recibiendo el papel,... no comprendo;... usted mismo ha traído otro pliego...

—Sí, señor; para llegar hasta aquí me ha sido indispensable adoptar este disfraz, el cual me lo he proporcionado con forniture y un fusil que venia casualmente con el pliego que está ya en poder de Vuestra Excelencia.

—¡Ah! comprendo, dijo Carrera: algun prisionero. En fin, veamos qué me dice el brigadier.

Leyó entonces para sí el papelito que ya conocemos, y luego repitió en voz alta.

—"Si vienen municiones y carga la tercera division, todo es hecho."

Al decir esto, el jeneral miró de una manera significativa a Rodriguez.

Este no pestañeó, observando que el jóven emisario habia sorprendido la mirada de Carrera y se volvia a él para hacerse cargo del semblante que ponía.

Monterreal agregó:

—El jeneral me ha encargado manifestar de palabra a Vuestra Excelencia que el triunfo es seguro y fácil con el auxilio de esta division; que la fuerza encerrada en Rancagua podrá hacer una viva resistencia y aun tomar la ofensiva en las primeras horas de la mañana; que las municiones son pocas por haberse incendiado el parque, y finalmente que el agua ha comenzado a escasear por-

---

que los españoles han cortado las acequias que surten al pueblo.

—Está bien, dijo Carrera; ya proveerémos lo conveniente. Entre tanto, usted...

Interrumpió aquí la frase y llamó al oficial de guardia.

Mientras éste venía, dió un paseo por la sala.

Monterreal discurría entre tanto para sí.

—¡Malo! se decía ¡A la verdad que no encuentro la buena voluntad que me imaginaba! Si habré hecho un viaje inútil!

Y su mirada pasaba del jeneral a Rodriguez y de éste a Luis Carrera, que habia vuelto a recostarse, pero con la cara vuelta al lugar que aquellos ocupaban.

El oficial de guardia entró.

Carrera se detuvo en la mitad de su paseo y le dijo:

—El señor es un oficial de nuestro ejército, a quien usted alojará con la consideracion que merece un valiente que se ha atrevido a pasar por entre el ejército realista.

Y concluyó dando al jóven una mirada que quería decir: "hemos concluido."

Monterreal no se movió, ni aun se inclinó para agradecer la recomendacion que se hacia de su mérito.

Conocia que nada habia avanzado con su venida, y que el jeneral, mal dispuesto para prestar el auxilio que se le pedia, trataba de desprenderse de él con un elojio que halagara su amor propio.

—Señor, observó con respeto, pero sin timidez: tengo órden de volver a mi campamento con la contestacion de Vuestra Excelencia: todos los jefes me esperan con ansiedad.

Carrera permaneció un instante contemplando al jó-  
jen. Se sentía contrariado ante la necesidad de tomar  
pronto una resolucíon; pero el aspecto franco y digno  
del oficial, la sencillez con que manifestaba su decisi-  
on de volver, borró la lijera nube de impaciencia que em-  
pañó su frente.

—¿Cree usted poder llegar hasta Rancagua? preguntó.

—Espero, señor, tener la misma suerte que para lle-  
gar hasta aquí.

Carrera se acercó a la mesa, tomó un trozo de papel  
y una pluma, y escribió:

“Muníciones no pueden ir sin bayonetas. Al amanecer  
hará sacrificios esta divisió: para salvar a Chile se  
necesita un momento de resolucíon.”

—Lea usted, dijo el jeneral pasando al jóven el papel,  
y procure retenerlo en la memoria por si hai necesidad  
de romperlo en el camino.

Monterreal leyó en voz alta: su semblante fué inun-  
dándose de una espresion de contento, y al concluir, di-  
rigió al jeneral una mirada de reconocimiento, como si  
hubiera obtenido una gracia para sí mismo.

—Gracias, Exmo. Señor, dijo, gracias en nombre de  
todos los valientes que me aguardan. Ahora ruego a  
Vuestra Excelencia que me haga dar pronto un caballo  
y el fusil que los soldados me han quitado.

—Encárguese usted de eso inmediatamente, dijo Ca-  
rrera al oficial.

El jóven teniente se inclinó saludando, dirigió una  
afectuosa mirada a Rodriguez y salió.

Rodriguez dijo al jeneral, parándose del asiento:

—Me permite un momento Vuestra Excelencia? ese jóven es mi amigo... deseo hablar dos palabras...

Carrera hizo una insinuacion de asentimiento, y Rodriguez salió tras de Monterreal.

Cuando sintió Carrera alejarse los pasos de los que habian salido, se volvió a su hermano diciéndole:

—Oye, Luis.

Abandonó éste el escaño sin precipitacion, y se acercó al jeneral con aire interrogativo.

Sacó éste el pliego que habia guardado en su pecho y dijo confidencialmente:

—El alférez Argomedo está en poder de los realistas: como Rodriguez ignora la comision de que estaba encargado y he temido ademas que no la aprobaria, nada quise decir delante de él. Oye:

Y desdoblando el papel, leyó:

“Señor Comandante Jeneral del Reino de Chile don Mariano Ossorio:

“Tenemos un prisionero que nos ha hecho importantes comunicaciones; segun él, Carrera no auxiliará a O'Higgins, y como una razon de ello manifiesta que él mismo tiene encargo de aquel jeneral para asesinar al dicho O'Higgins en caso de que triunfe. Resuelva Usía si debo mandar el preso a las órdenes del Mayor Jeneral don Luis Urrejola o a la disposicion de Usía.

Dios guarde a Usía muchos años.

VICENTE SAN BRUNO,  
Capitan de Talaveras.”

—Felizmente, agregó el jeneral, no ha sido abierto este pliego por el jóven que lo ha traído.

A ese tiempo se sintieron los pasos de Rodriguez, que volvía, y Luis Carrera se apresuró a recobrar su misma posición en el escaño.

Rodriguez venia de despedirse de Monterreal. Cuando salió en pos de él, corrió hasta alcanzarlo, y poniéndole familiarmente las manos en los hombros, le dijo con tono cariñoso:

—¡Ricardo! es posible que vayas a esponerte otra vez! quédate aquí mas bien! Dime, ¿dónde está tu padre y demas familia?

—Mi padre está en cama aun, dijo el jóven, y por esta razon han tenido que permanecer en Rancagua mi madre y hermana, que están buenas; he venido sin el conocimiento de ellas; debo estar de vuelta ántes que amanezca para que no lo sepan y porque lo he prometido a mis jefes.

—¡Pero, hombre, mucho me temo una desgracia; y aun, si libras en el camino... ¡Qué diantres! mas seguro estás aquí, que encerrado en ese desgraciado pueblo.

—Pues qué? ¿temes tú que sucumbamos?

—¡Todo puede suceder! qué diablos!

—En todo caso, debo estar al lado de mi familia. Además, el triunfo es indudable con la promesa que llevo en este papel. Influye tú en el ánimo del jeneral para que se nos auxilie pronto y con empeño. Y adios, que no quiero que me sorprenda el día antes de llegar a Rancagua.

—¡Diablo de niño! tanto esponerse! ¿Y hoi qué has hecho?

—Poca cosa; despues lo sabrás. O'Higgins me protege y me ha dado el grado de teniente.

—¡Hombre! tan luego! algo habrás hecho... Lo que

siento es que no estés al lado de Carrera; si a él le inspiraras el mismo interes que a O'Higgins... En fin, te veo violento por irte. Adios; que no tengas novedad; recados a la señora y a Corina.

Rodriguez se separó del jóven; y ya hemos visto la precaucion tomada por Luis Carrera cuando lo sintió volver a la sala.

El jeneral, por su parte, se habia dado prisa a guardar el oficio del capitan de Talaveras.

Tomó su asiento Rodriguez delante de la mesa, y dijo:

—¿Mi carta es inútil ahora, señor?

—¿Por qué? preguntó Carrera.

—Como Vuestra Excelencia acaba de prometer otra cosa de lo que me ordenó anunciar en ella...

—¿Qué importa eso! no era posible contestar de otro modo.

Rodriguez guardó silencio.

—¿No es verdad? le preguntó Carrera al cabo de un rato.

—Yo creo, dijo Rodriguez, salvo las razones de Vuestra Excelencia, que ahora no es posible obrar de otro modo que conforme a lo prometido. ¿Qué se dirá de nuestra inaccion cuando se sepa lo que ha pasado?

—Cierto, dijo Luis; yo creo que no hai otro camino. Y es tambien una barbaridad abandonar a tanta jente por la pérdida de un solo hombre. Salvémoslos, y despues no nos faltará coyuntura para salir con nuestro propósito.

—Lo que yo creo es que O'Higgins capitulará si no ve que al amanecer entra en combate nuestra jente, dijo el jeneral. Cambiando nosotros de propósito, perdemos

---

una magnífica oportunidad; y ahora que sabemos que están faltos de municiones...

—Otra idea me ocurre, dijo Rodriguez; esto de haber prometido Vuestra Excelencia... Oh! ahora es preciso mirar las cosas de otro modo; debemos evitar que nos hagan cargos serios; pueden probar despues con el mismo papel escrito por Vuestra Excelencia que ha sido intencional este proceder. Creo, pues, mas acertado atacar a los realistas, y despues del triunfo, encausar a O'Higgins por haberse encerrado en Rancagua, ocasionando así la pérdida de una gran parte de su division y el destrozo de ese pueblo.

—¿Qué te parece, Luis? preguntó el jeneral.

—Me parece mui bien.

—Convenido entonces: vé, pues, a mover tu division; ponla en marcha inmediatamente, para caer sobre el enemigo ántes de la salida del sol. Entretanto, yo mismo dispondré el movimiento de las demas fuerzas.

---

## CAPÍTULO VI.

### Explicaciones.

Como se ve por los hechos narrados hasta aquí, las relaciones que mediaban por aquella época entre el jeneral don José Miguel de la Carrera y el brigadier don Bernardo O'Higgins, si bien guardaban el exterior de una perfecta armonía, se hallaban absolutamente desprovistas de la sinceridad necesaria en las circunstancias difíciles que arrostraban.

Mas, sea dicho en honor de O'Higgins, la historia de estos sucesos no presenta un rasgo que delate la animadversión que sí encontramos fuertemente acentuada en la conducta de Carrera.

No debemos olvidar, por cierto, que este jeneral no era ya el jóven prestigioso de las jornadas del 4 de setiembre y 15 de noviembre de 1811.

Aquellos golpes de audacia con que entónces se habia elevado al poder, caían con todo su peso contra los realistas que detenían la marcha liberal del gobierno.

Ahora por el contrario, cargaba sobre sí toda una época de desastres en que resaltaban vigorosamente los del

---

desgraciado sitio de Chillan; cargaba con el peso de una destitucion de su puesto de jeneral en jefe; y el nuevo asalto al poder, que con tan buen éxito habia dado en la noche del 22 de julio, dos meses y dias ántes de la fecha en que hemos principiado nuestra narracion, ese golpe de mano, decimos, aunque basado en escojidos pretestos, habia atentado mas bien contra la estabilidad de las instituciones independientes, debilitando las fuerzas del ejército patriota con una peligrosa desunion.

Hasta pocos dias ántes de la funcion de armas de Rancagua, que estamos relatando, O'Higgins, lejítimo jeneral en jefe del ejército chileno, levantaba su bandera contra el advenedizo gobierno encabezado por Carrera, y sus huestes se habían encontrado en los llanos de Maipo, iniciando un combate fratricidad, que Dios sabe el resultado que habría tenido, si la necesidad de volver las armas contra el ejército español no hubiera impedido su terminacion.

Este ejército era el que a cargo del coronel de artillería don Mariano Ossorio, hemos visto sitiando en Rancagua a la division de O'Higgins.

El digno brigadier, deponiendo todo su ardimiento en vista del peligro que amagaba a la patria, se había resignado sin pretensiones a servir bajo las órdenes del mismo a quien habia querido derrocar de su bastardo poder.

Cúpole, pues, su lugar en la vanguardia del ejército formado con las fuerzas unidas de él y de Carrera; y estamos viendo cómo se manejaba en la defensa del pueblo en donde buscó un refujio mas bien obligado que voluntario.

---

El brigadier O'Higgins llevaba delante de sí, en contraposición a Carrera, el prestigio de un bizarro y prudente militar: ninguna nube empañaba la nombradía de valiente que se había conquistado con la punta de la espada en los campos de batalla.

Carrera veía en él un rival; mas que un rival peligroso de su gloria, el hombre que estaba llamado a rejir los destinos de la patria por la aclamación unánime de los pueblos, que él, Carrera, se había enajenado con sus lastimosos extravíos.

Sentado esto, comprenderá el lector hasta donde llegaba el interés del jeneral en jefe y presidente de la junta de gobierno por suprimir de la escena política al que con solo su presencia hacía peligrar el poder cuyo brillo se había él acostumbrado a saborear.

Llévanos ahora la corriente de los sucesos que relatamos, al campamento del ejército español, y precisamente al lugar que Ossorio había elegido para permanecer durante el combate.

Era éste una casa de campo a pocas cuadras de Rancagua, hácia el poniente: situación elegida adrede por ese jefe para los eventos de un fracaso que lo obligara a repasar el Cachapoal.

A la misma hora en que el jeneral Carrera recibía al emisario de O'Higgins, el coronel Ossorio se hallaba rodeado de los principales jefes de su ejército.

Sentado en un sillón tapizado con cuero, que la solicitud de sus parciales le había proporcionado, presidía o mas bien trataba de dominar la discusión acalorada que se sostenía entre los jefes sobre las medidas que era necesario tomar.

No queremos decir con esto que se dejaran de guardar a Ossorio las consideraciones que le correspondían como presidente del reino de Chile y comandante jeneral del ejército; lejos de eso, el coronel tenía la reputacion de un valiente militar, y aun cuando en su carácter dominaba la cortesía y afectuosidad, nadie se habría atrevido a abusar de estas cualidades, ni él habría permitido una falta de etiqueta que significara poco respeto a su persona.

Lo que ahora sucedía era que la mayoría de los jefes, y principalmente Ossorio, estaban alarmados por la heroica resistencia que hacían los patriotas encerrados en Rancagua.

Al recibir Ossorio, tres meses ántes, el encargo de venir a pacificar a Chile, al mando de una espedicion respetable compuesta de hombres escojidos entre los mas disciplinados del rejimiento de Talaveras y de las guarniciones de Lima y el Callao, se imaginó, y junto con él todos los soldados, que su mision se reducía simplemente a un descansado paseo militar.

Había Ossorio desembarcado el 13 de Agosto en Talcahuano, puéstose en marcha mui pronto para Chillan, engrosado allí su ejército con el que estaba a las órdenes del brigadier Gaínza, su antecesor, y en seguida se habia dispuesto a comenzar la campaña con un total de combatientes que no bajaba de cinco mil.

La superioridad inmensa en el número y la disciplina habia contribuido, como es natural, a afianzar en el ánimo de toda esa jente la idea de que podían llegar hasta Santiago sin que los insurjentes, como se llamaba a los patriotas, se atrevieran ni aun a presentarle batalla.

Se ve, pues, si habria motivo con solo esta consideracion para que el ejército se sorprendiera de la inesperada heroicidad que desplegaba el enemigo.

Pero esto no era todo: la alarma de los jefes realistas era tanto mas justificada, cuanto que la batalla que daban era una insubordinacion a la voluntad del virei de Lima. Ossorio habia recibido el dia ántes la órden de celebrar con los patriotas el tratado mas ventajoso que pudiese obtener y reembarcarse para el Perú con el batallon de Talavera y algunas otras fuerzas.

Mas, este caudillo, no pudiendo decidirse por sí solo a abandonar un triunfo que, como hemos dicho, creía seguro, habia celebrado una junta de jefes militares para acordar lo que debiera hacerse.

La opinion jeneral fué desobedecer la órden del virei; y hé aquí cómo habian llegado las cosas al estado en que las manifiesta nuestra prolija historia.

Despues de un dia de combate, los patriotas habian probado al español que el paseo tenia espinas, y que no se podía marchar impunemente por sobre ellas.

Ossorio estaba consternado con semejante prueba. El dia habia sido mas terrible para él que para su mismo ejército: cargaba con la doble responsabilidad de una desobediencia y un descalabro.

Hombre excesivamente relijioso, a cada decepcion que habia sufrido en esa aciaga jornada, habia buscado un consuelo en la práctica de sus devociones: con un pesado rosario en la mano, 'cuyas cuentas repasaba bajo la manta blanca que usó desde su llegada a Chile, elevaba sus plegarias a las cohortes celestiales para que vinieran en auxilio de las que él mandaba, que por cierto, habrían

---

podido mejor hermanarse, particularmente las de talaveras, con un buen surtido de lejonas infernales.

Es el caso, pues, que Ossorio, desencantado al fin de la esperanza que cifraba en los santos, y creyéndose en desgracia con la Virgen, por haber profanado con un combate las vísperas de su advocacion del Rosario, manifestó al consejo de militares la intencion de levantar el sitio y repasar el río para entrar desde allí en tratos de avenimiento con los insurjentes.

Tal proposicion despues de los sacrificios que costaba aquel dia al ejército, era lo que suscitaba el acaloramiento de los ánimos en el momento que nos hemos introducido a la sala del consejo.

Veíase allí un buen número de oficiales sosteniendo con decision la necesidad de continuar el sitio y contestando con buenas razones a una mayoría numerosa que apoyaba los deseos de Ossorio, o por lisonja o bajo la impresion del miedo.

Descollaban entre aquellos el arrogante mayor jeneral del ejército don Luis Urrejola, antiguo comerciante de Chillan; el esforzado jefe de la vanguardia, coronel don Ildefonso Elorreaga, ex-dependiente de comercio de Concepcion; el comandante de Talaveras, don Rafael Maroto, y otros valientes que daban por arruinado al ejército realista si volvía espalda a los sitiados.

En esos momentos de confusion e incertidumbre, y cuando Ossorio veía con secreta alegría salir avante su opinion en fuerza del número de sus parciales, se entreabrió la puerta de la sala, y asomó silenciosamente la cara de un militar de tez pálida, mirada torva, y entre-

cejo arrugado que lo hacía aparecer con algunos años mas sobre los treinta en que frisaría.

El presidente Ossorio, atento a cuanto pasaba, en la ansiedad de ver pronunciarse pronto la resolución que apetecía, vió abrirse la puerta y divisó la figura de aquel militar.

—El capitán San Bruno, pensó; bueno, este es de los míos, y conviene hacer constar su opinión.

Y agregó en alta voz:

—Adelante, capitán. Señores, dijo a los circunstantes, aquí tenemos al valiente talavera don Vicente San Bruno, que debe venir del sitio... ¿no es así, señor San Bruno?

—En efecto, señor, vengo de allá, dijo el recién llegado avanzando algunos pasos; mi compañía ha estado de guarnición hasta hace poco en la calle de la Merced.

—Bien: es uno de los motivos porque me felicito de su llegada, señor San Bruno; trae usted impresiones más frescas, y esto sirve para ilustrar nuestra discusión. Quizá usted ha tenido noticia de esta junta y viene animado del deseo de darnos su parecer...

—Señor, si me permite Vuestra Señoría... Justamente he sabido en el camino que se había convocado a los jefes... pero otra circunstancia de algún valor me ha hecho apresurarme a venir.

—Muy bien, alguna novedad por el estilo de todas las que he recibido en el día; me alegro; esto vendrá más en mi apoyo.

—Ignoro, señor, las novedades a que se refiere Vuestra Señoría, y así mismo el asunto de que se trata; me

alegraría por cierto de no contrariar sus deseos, y abrigo esta esperanza.

—Ya estoy viendo que es en mi abono lo que usted va a anunciar; me parece que adivino. En fin, veamos.

—Se trata, señor, de un insurjente que hemos capturado...

—¡Ah! Por San Pedro, que eso está mui léjos de nuestras cuestiones. ¡Bah! dejémoslo para despues y entre usted a manifestar su manera de ver en lo que tratamos.

—Antes de eso, señor, si me permite, debo hacerle presente que el prisionero me ha hecho revelaciones de mucho interes.

—Pero si eso no tiene que ver...

—Señor Presidente, interrumpió el mayor Urrejola, que era el que mas calor habia desplegado contra la proposicion de Ossorio; Vuestra Señoría me perdonará el que yo crea que las revelaciones de un prisionero de guerra son mui importantes para ilustrar nuestra discusion: ellas pueden versar sobre el estado de las fuerzas enemigas y modificar notablemente nuestras ideas.

—Cabal, señor, dijo San Bruno! precisamente por esa razon doi importancia a mi venida. Ya estaría todo en conocimiento del señor Presidente, porque hace dos horas que le despaché un parte con tal objeto; pero a mi llegada aquí, he sabido por un soldado de la guardia, que no se ha presentado ningun ordenanza de mi cuerpo, cosa que no me esplico. Me he venido ahora con el prisionero, que es un oficial, y creo que será mas expedito el que se le escuche en persona aquí mismo. ¿Me permite Vuestra Señoría que lo haga entrar?

---

—Puesto que se cree necesario, aplazarémos la terminacion de nuestro debate. Puede entrar el prisionero.

San Bruno se volvió a la puerta y la abrió, miéntras la asamblea esperaba en silencio.

---

## CAPÍTULO VII.

### Un traidor.

Antes de un minuto entró a la sala, en pos del capitán de Talaveras, el anunciado prisionero.

Era este un hombre de cara desagradable, ojos redondos y apagados, nariz corva, boca abultada en su labio superior, el cual se prolongaba notablemente, estableciendo una respetable distancia entre aquella y la nariz: era en fin una fisonomía que recordaba la del carnero, omitiendo algunos rasgos en que mas bien que imbecilidad, se revelaba una astucia de mala lei.

Este personaje vestía uniforme militar, pero de tal modo, con tal descuido y *desgracia*, si se nos permite esta palabra, que se degradaba su aspecto en vez de realzarse.

El capitán San Bruno lo hizo avanzar hasta un punto conveniente de la sala, y esperó.

Las miradas de todos los concurrentes estaban fijas en el prisionero; y el mismo Ossorio se inclinó en su asiento para examinarlo mejor.

—¿Quién es usted? preguntó con voz breve.

—Soi Juan Argomedo, Excelentísimo señor, dijo el preso en tono respetuoso, comprendiendo que se hallaba ante el jefe del ejército realista.

—¿Para qué es mas! con eso tenemos bastante! repuso Ossorio, que tenia la propension de hacerse el chistoso aún en los actos mas sérios de su cargo.

El preso agregó, medio cortado por el tono de aquella observacion.

—Desempeño el cargo de teniente de dragones...

—¿Cómo es que ha sido usted aprehendido?

—Tratando de salir de Rancagua para librarme del mal que podía sobrevenirme por un denunció que se había hecho al jeneral O'Higgins respecto de mí.

—¿Cómo es eso? a ver, espíquese usted: y cuidado con inventar fábulas, porque mal que mal, su cabeza está sobre sus hombros mejor que en cualquiera otra parte.

Esta nueva chanza, que tenía su mérito en cuanto a la grotesca figura de Argomedo, excitó la hilaridad de los concurrentes, sin que pareciera hacer gran impresion a la víctima.

—Para esplicarme, Excelentísimo señor, con toda la franqueza con que deseo complacer a Vuestra Excelencia, me veo en el caso de solicitar una gracia.

—¡Oigan! por ahí principiamos! ¿Querría usted que le aseguráramos la libertad en cambio de sus declaraciones?

—Nada de eso, Excelentísimo señor: me doi por contento con haber caído prisionero y escapar así a las desgracias que entre los míos podrían sobrevenirme. Desearía solamente que Vuestra Excelencia se dignara

reducir en lo posible el número de las personas que deben oír mis revelaciones.

—¡Ah! con que tan misteriosas son! vamos! esto despierta mi curiosidad. Señores, tengan ustedes la bondad de retirarse por algunos instantes, excepto el mayor jeneral, los tres comandantes de division y el capitan San Bruno.

Cumplida esta orden en breves instantes, Ossorio dijo al prisionero:

—Acérquese usted y hable.

Avanzó Argomedo hasta quedar a tres pasos del jefe realista, y adoptando un tono conveniente para hacerse oír de los que lo escuchaban, dijo:

—Vuestra Excelencia no ignora quizá las disensiones que han ocurrido últimamente entre los patriotas, y las circunstancias en que se hallaban los jenerales Carrera y O'Higgins, cuando se vieron amenazados por el ejército de Vuestra Excelencia...

Argomedo hizo una breve pausa como esperando una contestacion, pero viendo que Ossorio callaba, continuó:

—Pues bien, señor, no obstante la union celebrada entre ambos para resistir a Vuestra Excelencia, el odio que se profesan es de tal carácter, que el jeneral Carrera, temeroso de que los honores de un triunfo puedan ensalzar a su rival, y tratando de deshacerse de él, ha colocado en su division jente encargada de darle muerte en el caso de que obtenga la victoria.

—Hombre, todo eso hai! exclamó Ossorio vivamente sorprendido.

—Como Vuestra Excelencia lo oye.

—¡Dios mio! estos insurjentes son unos desalmados sin

religion ni lei... pero todo esto no quita que se estén auxiliando y que Carrera se nos venga mañana encima.

Este era uno de los principales argumentos con que Ossorio había tratado de probar la necesidad de una retirada, y por esto llamaba al mismo tiempo la atencion de los jefes que estaban a su lado, para hacerles ver que nada se avanzaba con la revelacion del prisionero.

—Adoptando Vuestra Excelencia el partido que voi a tener la honra de proponerle, puede obtener que el jeneral Carrera no se mueva en socorro de su rival.

—A ver, a ver, esplíquese usted; difícililla me parece la cosa.

—Vuestra Excelencia juzgará. Hai en esto que el jeneral O'Higgins ha llegado a descubrir lo que se tramaba contra su persona, y con tal precision, que desde ayer está arrestado el soldado que debía ejecutar, bajo la direccion de un oficial, las recomendaciones de Carrera. Así pues, yo creo que haciendo llegar al conocimiento de éste el mal éxito de sus planes, y manifestándole ademas que O'Higgins retiene al soldado con el fin de esclarecer los hechos despues de la batalla, es claro que para conjurar tal peligro, Carrera preferirá dejar sucumbir a ese jefe en su encierro.

—¡Hum! no está mal calculado todo eso... pero...

—Ademas, señor, el estado en que se encuentra la fuerza sitiada es tal, que no resiste a dos horas de combate: se ha incendiado una gran parte de las municiones, y las bajas son casi tan grandes como las de este ejército. El jeneral O'Higgins se ha visto en la precision de enviar un emisario a Carrera exijiéndole su auxilio.

—¿Qué dice usted!... pero ese emisario, supongo que no habrá podido pasar por entre mis jentes.

—Lo ignoro, señor; pero sí puedo asegurar a Usía, porque lo he visto con mis propios ojos, que una mujer, o quizás un hombre disfrazado de mujer, ha salido de la plaza momentos ántes que yo.

Ossorio se volvió a los jefes y les preguntó:

—¿Han tenido ustedes noticias de que se haya detenido a alguna mujer?

Todos contestaron negativamente, y el mayor Urrejola añadió:

—Habrá debido volverse a la plaza, pues de otro modo ya estaría en nuestras manos: nadie puede moverse de un punto a otro en el campamento sin llevar el santo y seña.

—Cabal; es lo que yo digo, repuso Ossorio.

—Mas en abono de mis cálculos, observó el prisionero: porque así Carrera se encontrará menos obligado a pelear.

—Pero, con mil santos! veo que usted tiene mas intereses que nosotros mismos en perder a los suyos. Mala espina me da esto.

El prisionero se sonrió con cierto aire de astucia que hizo mas grotesca la espresion de su rostro.

—¿Y de qué manera, preguntó Ossorio, podríamos imponer a Carrera del asunto en cuestion?

—Si Vuestra Excelencia hiciera confianza en mí, yo podria encargarme de ello mejor que nadie.

—¿Eh? Ahí venimos a parar? Já, já, já, já, ¡no digo yo! si bien lo estaba calculando! todo no es mas que una historia mal zurcida para escapar de nuestras manos o lle-

var algun mensaje de O'Higgins a Carrera... A ver, capitán San Bruno; rejístreme a este hombre; puede que él sea el mismo emisario de que nos habla.

El interpelado se acercó al prisionero, el cual no abandonaba su sonrisa maliciosa; metiéndole la mano en los bolsillos de los pantalones, y en seguida le desabrochó la chaqueta.

—Aquí siento sonido de papeles, dijo.

—¡No ven ustedes? exclamó Ossorio, mirando a todos con ojos triunfantes.

—Aquí está, dijo San Bruno, sacando un papel doblado en forma de carta.

El prisionero permaneció mudo y sonriéndose.

Ossorio lo abrió, y a la luz de una vela que acercó San Bruno, leyó en voz alta:

«Excelentísimo señor don Mariano Ossorio.»

—¡Hola, hola! es para mí! Por la Vírjen, que no comprendo ni jota! Firma... Y leyó con alguna dificultad:

—«Frai... José María... Torres.» ¡Por San Crispin! es de mi amigo Torres, relijioso de Santo Domingo! ¡Y no habia conocido la letra!... Pero ¡cómo diantres...? Estoy confundido!... esta carta en tal poder!... leamos, leamos:

«Estimado señor:

«En pró de la santa causa que defendemos, recomiendo a Usía la fidelidad e intelijencia del portador de la presente, don Juan José Argomedo. Con su sagacidad se ha granjeado la confianza del jeneral Carrera, jefe de insurjentes, y puede prestar servicios inapreciables al partido del rei. Ocúpelo Usía con la seguridad de que se desempeñará con el mismo celo que lo haría

«su mas respetuoso capellan

«FRAI JOSÉ MARÍA TORRES.»

La mirada de Ossorio, animada de una viva espresion de sorpresa, pasó del papel al prisionero, y de éste a los circunstantes.

—¿Qué dicen ustedes de esto? preguntó. ¡A fé, que estoy maravillado! Con que, señor mio, ese traje que usted viste, la prision misma, todo es una añagaza?

—Exactamente, señor.

—Pero... explíquese usted ¿qué hacía en Rancagua? ¿cómo es que ha averiguado el asunto del soldado y oficial encargado de quitar la vida a O'Higgins?

—Nada he tenido que averiguar, señor, desde que yo soi el mismo oficial a quien el jeneral Carrera ha confiado tan delicada mision?

Ossorio volvió a cambiar otra mirada de sorpresa con los demas jefes.

El prisionero pareció no comprender la admiracion de que era objeto y continuó diciendo con el mismo aire de candidez:

—Los hechos son tal como los he relatado, Excelentísimo Señor, y ahora solo resta que Vuestra Excelencia determine, en la intelijencia de que el jeneral Carrera no pone en duda cuanto sale de mis labios.

—Y espera usted, señor... ¿cómo es su nombre?

—Juan Argomedo, señor, para servir a Vuestra Excelencia.

—Pues bien, señor Argomedo, ¿cree usted que Carrera no nos atacará yendo usted a contarle...

—Casi tengo seguridad de ello. Puedo ademas decirle, para obligarlo mejor, que el soldado ha revelado a O'Higgins toda la trama.

—Perfectamente, mi amigo. ¡Vamos! estoi contentí-

~~~~~

simo de usted, y sus servicios serán recompensados como merecen: el virei lo sabrá todo. Así pues, señor Argomedo, es usted libre de marchar pronto a ejecutar su proyecto.

—Con el permiso de Vuestra Excelencia, dijo Argomedo inclinándose respetuosamente y en actitud de retirarse.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? preguntó Ossorio.

—Señor, cuando sea inútil mi presencia entre los insurjentes, si Vuestra Excelencia no me ordena otra cosa.

—Está bien; cuento con que mañana experimentarémos los efectos de su fidelidad a nuestra causa.

Argomedo volvió a inclinarse en señal de aseveracion, y despues de haber dado algunos pasos hácia la puerta, se volvió y dijo:

—Me olvidaba de suplicar a Vuestra Excelencia que me dé el santo y seña para que no se me moleste en el camino.

—Tiene usted razon... A propósito, señor mayor jeneral, esta noche no hemos cambiado el santo a la hora de ordenanza...

—Estuve aquí, señor, a ver a Vuestra Señoría con tal objeto a las once en punto, y como me dijeran que se habia dormido en su asiento, no quise molestarlo, e hice yo solo el cambio: conforme a la recomendacion de Vuestra Señoría de mantener el nombre del *Rosario* en honor de la Virjen, solo puse *Valor* en lugar de *Ran-cagua*.

—Mui bien. ¡Oye usted señor, Argomedo? *Rosario* y *Valor*.

—Sí, Excelentísimo Señor; llevo también ambas cosas.

—Que ellas nos saquen a buen camino.

Argomedo salió; y los jefes realistas ya no trataron de otra cosa que de organizar el ataque del día que muy pronto debía amanecer.



CAPÍTULO VIII.

Regreso.

Miéntras tenía lugar lo que hemos referido en el capítulo anterior, Ricardo Monterreal se despachaba de su comision en las Bodegas del Conde, y tomaba la direccion de Rancagua a toda la carrera del caballo que había pedido al jeneral en jefe.

El jóven venía animado de la mas viva alegría por el buen éxito de su empresa, y casi no le preocupaban los peligros que aun tenia que salvar.

—Tengo andado mas de la mitad del camino, se decía, refiriéndose no a la via que salvaba, sino a la ejecucion de su cometido. Suponiendo que no me fuera posible llegar hasta la plaza, no hai poder en el mundo que pueda deshacer lo hecho: está dado el aviso al jeneral en jefe, y arrancada la promesa de auxiliar a los sitiados. El fin de mi viaje no significa otra cosa que alentar a mis compañeros con esta esperanza; mas ¡qué diablos! no es aliento lo que les falta: eso sobra; ningun mal produciría mi ausencia. Sin embargo, yo debo estar allá: preciso es recojer mi traje... y luego, mi familia... Por

mi abuela que me ha mortificado harto el que haya tenido que permanecer en el pueblo: sin eso, mi felicidad habria sido completa; porque, bien mirado, uno se basta a si mismo; y esto de cuidar mujeres, de estar mintiéndoles prudencia...

Nuestro jóven interrumpió aquí sus cavilaciones, porque notó que se hallaba en las cercanías del pueblo.

—Ahora es preciso echar pié a tierra, se dijo, e imitar al pobre hombre cuyo traje me he apropiado.

Hízolo así, y agregó:

—Vamos a ver; armas al hombro! ¡Diantres! el peso del fusil me ha adormecido el brazo! Ya se ve, traerlo colgando desde allá... ¡Oh! qué lástima! se me ha olvidado traer un papel para ponerlo como oficio en el fusil... Mas ¡qué idea! el mismo parte del jeneral en jefe!... sí, eso es; todo el que me encuentre me respetará como que voi de ordenanza: doi el santo, y sigo mi camino. ¡Perfectamente!

Y habiendo ejecutado sus pensamientos a medida que los concebía, continuó su camino con el arma al hombro y en ella el papel que contenía la respuesta del jeneral Carrera.

La noche había avanzado entretanto de tal modo, que habría podido dudarse de si la debilísima claridad que plateaba las nubes pertenecía a la luna, que momentos ántes se trasparentaba en ellas, o era debida a los mas leves resplandores de la aurora.

Era mas bien el instante en que se presiente la aproximacion del dia, sin embargo de que la noche no ha comenzado a plegar su enlutado velo.

Un vago rumor principiaba no obstante a sentirse por

el lado en que habían pernoctado o concluían de pernoctar los dos ejércitos en lucha.

El oído atento de Monterreal percibió esta circunstancia; y su marcha se convirtió en una moderada carrera.

De allí a pocos momentos, y cuando era ya muy corta la distancia que lo separaba de la Alameda, creyó oír el galope de un caballo, y luego columbró a unos treinta pasos, la figura de un jinete que venía hacia él.

—Primer encuentro, pensó; es un hombre solo; quizá no pertenece al ejército. Sin embargo, bueno será adelantarse a intimidar.

Y esforzando la voz, gritó:

—¿Quién vive?

El jinete no respondió; pero el efecto del grito se hizo sentir notablemente en las piernas del caballo, las cuales marcaron el trote en vez del galope que traían.

—Parece que se me respeta, se dijo Monterreal.

Y tomando la mitad del camino, volvió a gritar:

—¿Quién vive?

Esta vez el jinete se hallaba a diez pasos, y con voz entera respondió sin dejar de caminar:

—Rosario y valor.

—¡Hola! pensó Monterreal, esta es otra consigna. Cabal, que deben haber mudado a la media noche... Pero diablos! ese es el uniforme de mi cuerpo! un oficial!... ¡Alto ahí!

Estas últimas palabras eran una intimación al jinete; Monterreal había distinguido su uniforme al pasar junto a él.

—¿Qué se ofrece? preguntó el desconocido.

Monterreal se aproximó hasta juntarse con el caballo, y examinando con atención el rostro del jinete:

—¡El teniente Argomedo! exclamó... ¡Cómo diablos! ¡usted por acá!

—Voi al campamento del jeneral en jefe... pero, ¿qué uniforme es ese?

—Uno que me conviene por el momento. Y dígame usted... yo vengo de allá... ¿qué objeto tiene su viaje?

—¿Qué sé yo? soi portador de un pliego. En fin, adios, que es urgente mi llegada allá.

—Pero, el santo y seña que usted me ha dado...

Monterreal calló, porque Argomedo habia puesto su caballo a la carrera sin hacer caso, o quizá, sin oír lo que decia.

Continuó entónces el jóven su marcha hácia la plaza, diciéndose:

—¡Es singular! ¿qué nuevo mensaje será ese? ¿habrá habido alguna novedad que haya hecho cambiar de propósitos al jeneral? o será ésta una fuga... En fin, allá lo sabremos. Pero lo del santo y seña... *Rosario y Valor*... No tiene duda: así ha de ser, cuando éste lo da con tanta seguridad.

Cuando nuestro jóven llegó a la alameda, vió que toda la tropa acampada allí estaba a caballo y formada en líneas.

Una patrulla de húsares de Abascal le interceptó el paso, y cumplida la formalidad del santo y seña, se le dejó pasar, no sin que el jefe manifestara alguna sorpresa y se quedara mirándole miéntras se alejaba.

Quizá le era estraño el que un ordenanza viniera de aquel lado; pero él no tenía que obedecer mas que a la

consigna, y luego un talavera no podia inspirar desconfianza.

Monterreal atravesó la alameda y se embocó a la calle de la Merced.

Habia ya la suficiente claridad para distinguir las facciones de una persona a un paso de distancia

Los fuegos nó se rompían en las baterías, y solo se oían con mas frecuencia los disparos aislados de los fusiles.

El movimiento del ejército era mas animado: oficiales a caballo galopaban por las calles, y grupos numerosos de soldados corrían a tomar sus puestos.

El pavimento estaba casi enteramente despejado de cadáveres; y se les veía amontonados en las calles atravesadas.

Monterreal pasaba por entre los soldados sin llamar la atencion.

—¡Bien va! se decía; pero no espero la misma felicidad si me encuentro con talaveras: podrían estrañar mi cara... Procuremos ganar pronto las trincheras... ¡Diablo! aquí han formado éstos una batería en regla!... ¡Hola! qué hai de nuevo!

Esta exclamacion le fué arrancada al jóven por una gran vocería que se dejó sentir a la distancia.

Un segundo despues vió salir por una puerta, corriendo despavoridos, a un gran número de soldados sin armas, gritando:

—¡Los insurjentes! al asalto! socorro!

Y mil otras espresiones que se percibían en un confuso clamoreo.

—¡Dios me proteje! esa es la casa por donde me vine! exclamó Monterreal.

Y se lanzó a la carrera, preparando el fusil como si fuera en auxilio de los fujitivos.

Llegó a la puerta, y rompiendo por entre la multitud, penetró al zaguan.

A la primera ojeada se hizo cargo del lance.

Era un ataque al arma blanca dado por los patriotas.

El patio era una confusion: quiénes luchaban cuerpo a cuerpo, quiénes corrian en fuga, quiénes gritaban; y entre tanto los asaltantes, dueños casi del campo, perseguían y mataban en todas direcciones.

Monterreal reconoció en los suyos el uniforme de la Lejion de Arauco.

—Pardiez! dijo; los bravos de Maruri!

—¡A ese! gritaron tres soldados, viniéndose sobre él.

Monterreal apenas tuvo tiempo de tirar el fusil y arrojar la gorra.

—Viva la patria! gritó: a ellos, muchachos!

—¡A tí, bribon! dijo otro viniendo sobre él, sable en mano.

Pero a tiempo que descargaba un golpe a su cabeza, Monterreal desvió el cuerpo, y le dijo;

—Mírame! ¿no me conoces?

Los primeros tres soldados lo rodearon al instante, exclamando:

—¡El teniente Monterreal!

—Señor! en este traje!

—Vamos, replicó él: acompañenme ustedes, no sea que me maten estos bravos. Aprisa, que me urje. Marchen delante de mí.

Todos cuatro se internaron a paso ligero en la casa, y recorriendo el mismo camino que el jóven había traído a su salida, se encontraron de allí a poco en la calle de la Merced, dentro de la batería.

Los que veían pasar a los tres soldados de la Lejion de Arauco custodiando a otro de uniforme desconocido y sin gorra,

—¿Prisionero? preguntaban.

—¿A qué diablos hacen prisioneros? decían otros; ¿no es cosa convenida que no se dé cuartel a nadie?

—Es un talavera, respondió una vez el que iba delante de Monterreal.

—¿Lo llevan de muestra? preguntaron.

—Ahórquenlo: no pierdan tiempo, decía uno.

—Vean si es cierto que tiene cola! gritaba otro.

Los españoles habían querido rodear a los talaveras de tal prestigio, que desde su desembarco en Talcahuano, habían esparcido entre el pueblo la voz de que eran hombres diferentes de los demas, incomparablemente superiores en fuerza y arrojo, e irresistibles en el combate.

Nadie ignora la especie trasmitida por el vulgo acerca de la pretendida cola. Quizá si al principio se hizo irrision de ella, mas adelante los excesos de esos hombres confirmaron al pueblo en la creencia de que no podían ser semejantes a los demas, y que debían tener necesariamente algo de los animales cuyos bárbaros instintos personificaban.

Pero no anticipemos nuestro juicio, y dejemos que los hechos de esta historia vengan a demostrar la realidad.

Nuestro teniente de dragones se fué ántes que todo

a ver al jeneral, a quien encontró despues de varios rodeos y averiguaciones, visitando un apostadero de milicianos en los tejados de un edificio.

O'Higgins, al pié de una escala, hacía ciertas recomendaciones al jefe del apostadero, previniendo los eventos de un ataque del enemigo, que podía venir de otro edificio vecino.

Monterreal llegó hasta mui cerca de O'Higgins, sin llamar su atencion, y no atreviéndose a interrumpir su plática, tosió afectadamente.

El jeneral lo miró sin conocerlo de pronto, y arrugó el entrecejo, fijando la vista en él con persistencia y de una manera que quería decir:

—¿Qué se ofrece? ¿qué traza es esa?

El jóven se inclinó sonriéndose alegremente, mientras con una mano le presentaba la contestacion del jeneral en jefe.

—¡Ricardo! exclamó O'Higgins sorprendido.}

—El mismo, señor; Usía me perdonará la infraccion de la disciplina; pero me ha sido preciso vestirme este traje...

—¿Pero cómo ha sido esa metamórfosis? ¿No pensaba usted vestirse de mujer?

—En efecto, señor, y lo hice: mas en el camino un talavera se empeñó en cederme este uniforme.

—¡Ah! comprendo: una conquista amorosa..... dijo O'Higgins riéndose y abriendo el papel.

Contrájose entonces a leer, y a medida que su vista recorría las pocas lineas escritas por Carrera, la espression alegre de su rostro fué borrarándose sensiblemente hasta ser reemplazada por una lijera sombra de disgusto.

Monterreal espiaba el efecto de aquella lectura, y se admiró de que O'Higgins no le diera la importancia que él le atribuía. Viólo repasar el papel varias veces, y al fin doblarlo calmadamente con aire meditabundo sin levantar la vista.

—¿Era eso, señor, lo que Usía deseaba? se atrevió a preguntar.

O'Higgins lo miró sin pestañear, y luego como recobrándose de una distracción, miró a todos lados y dijo en voz alta para que lo oyeran algunos oficiales que estaban poco distantes.

—Es cuanto podíamos desear: la tercera división estará pronto sobre la retaguardia del enemigo.—Sígame usted, teniente Moterreal, dijo al jóven.

Y caminando apresuradamente, lo llevó fuera del edificio, a un lugar apartado.

—¿Cómo se manifestó Carrera al saber nuestra situación? le preguntó. Dígamelo exactamente, Ricardo.

—Señor, al principio no había querido contestar, y dijo "veremos lo que se ha de hacer," mas esto era porque no se había imaginado que yo debía volver a la plaza. Cuando le manifesté mi intención, se decidió a escribir...

—¡Ah! Carrera! murmuró O'Higgins; yo conozco a Carrera: él, que es todo entusiasmo... ¿Leyó usted el papel?

—Sí, señor; el mismo me hizo leerlo: principia por avisar, que municiones no pueden venir sin bayonetas, y esto me parece...

—¿Una promesa?

—Tal creo, señor.

—Carrera no promete así, Ricardo; esa es una respuesta evasiva, una disculpa, un pretexto para dejarme sin

municiones. Decidido él a auxiliarme, habría dicho: "Irán municiones y bayonetas."

—Pero termina diciendo que hará sacrificios esa division.

—¡Hará sacrificios! eso es lamentarse ántes de pelear! Cuando se va al combate, solo se piensa en hacer prodijios de gloria y de valor...

—Verdad, señor; mas eso no quita que esta sea una promesa con que debemos contar.

—Con que debemos consolarnos y alentar al ejército, bravo Ricardo. Tú solo sabes como la estimo, nadie mas...

El estampido de una descarga cerrada de la batería, vino a cortar la palabra al jeneral.

—A nuestros puestos, agregó.

—¡Valor, muchachos! dijo a los de la batería, que estaban a veinte pasos: ¡firme sobre ellos!

Y corrió a tomar su caballo, un hermoso tordillo que su asistente le tenía de la brida.

—Vete a la torre, Soto, dijo a éste cuando hubo montado, y corre a avisarme tan luego como divises que nos llega auxilio.

—¡Tambien podré entretenerme con un fusil allá arriba?

—Haz lo que quieras, zurdo, respondió O'Higgins haciendo salir el caballo a galope en direccion a la plaza.

El jeneral le permitía cierta familiaridad al hombre de que hablamos, el cual le servía con el mayor celo en

su calidad de asistente y lo acompañaba siempre en los combates. Era un valiente soldado y tenía la particularidad de manejar el sable a las mil maravillas con la mano izquierda, lo cual le valía el sobrenombre de zurdo y poderosas ventajas en sus riñas.

Tercio

Monterreal vid alejarse a O'Higgins
 determinacion, corrió a la casa en que
 principales prendas de su uniforme.
 —No he cumplido con Maria, pensaba
 rias; se habia abierto de esperanza y estar
 cia de que me ha sucedido lo que Juan-
 Cuando llegó a la casita que ya
 puerta imitando la manera con que
 cho la noche antes.
 No tardó en presentarse Amelia
 con manto a la cabeza; traje que
 llevaba la denominacion de casaca
 raxon habia para llamarlo en casa
 para algunas mujeres habitar.
 Amelia, pues, con su rostro fresco
 alegría en sus negros ojos, abrió la p
 te y dió un pedueno grito de sorpresa
 —¡Era usted! exclamó: ¡pero vestí
 dibo algo?

CAPÍTULO IX.

Traicion.

Monterreal vió alejarse a O'Higgins, y tomando su determinacion, corrió a la casa en que había dejado las principales prendas de su uniforme.

—No he cumplido con Maruri, pensaba miéntras corría; se habrá aburrido de esperarme y estará en la creencia de que me ha sucedido lo que Las-Heras temía.

Cuando llego a la casita que ya conocemos, golpeó la puerta imitando la manera con que Maruri lo había hecho la noche ántes.

No tardó en presentarse Amelia, vestida de negro, con manto a la cabeza; traje que entonces como ahora llevaba la denominacion de *vestido de iglesia*, aunque razon había para llamarlo en ocasiones *de mañana* y para algunas mujeres *habitual*.

Amelia, pues, con su rostro fresco y sonrosado, y la alegría en sus negros ojos, abrió la puerta confiadamente y dió un pequeño grito de sorpresa al ver a Ricardo:

—¡Era usted! exclamó: ¡pero vestido así! ¿le ha sucedido algo?

—Absolutamente nada. Entremos pronto, que el fuego ha principiado en todas partes; vengo por mi chaqueta y gorra. ¿Maruri ha estado aquí?

Todo esto decía el jóven mientras pasaba a la salita en que se había vestido la noche anterior.

—No ha mucho que se ha ido; me recomendó esperar a usted con una taza de agua caliente.

—No hai tiempo para eso, señorita.

—Pero está pronta; mientras usted se viste... ¡Tía! gritó la jóven asomándose a la puerta interior: ¿no tiene pronta el agua caliente?

—Sí; ya la llevo, respondió la voz de Mercedes desde adentro.

—Voi yo misma por ella, repuso Amelia.

Monterreal se dió prisa a cambiar de traje, comprendiendo que la jóven lo había dejado solo con ese objeto.

Quitóse los pantalones de talavera que se había puesto sobre los suyos y cambió chaqueta en ménos de un minuto.

Amelia entró al punto, como si hubiera calculado que ya era tiempo. Traía en una mano la taza anunciada y en la otra un plato de tajadas de pan untadas con mantequilla.

—Preciso es que tome usted algo, dijo; bien puede suceder lo que ayer, que no pudieron comer en todo el día.

Monterreal tomó la taza, diciendo en tono de chanza:

—Puede tambien que lo despachen a uno ántes que el estómago moleste; y entónces es perdida tanta precaucion.

Y empezó a tomarse el contenido de la taza a pequeños sorbos, pero apresuradamente.

—¡Por Dios! no diga usted esas cosas, replicó Amelia mirándole lastimosamente con un interés que habría lisonjeado al más fino galán.

—Una bala para el que ayuna debe ser una excelente materia parva, o parvidad de materia, como dicen las jentes de iglesia... ¡Pero qué caliente está el agua! por más que quiera apurarme...

—Tanto mejor; mientras más lo detenga a usted aquí, más peligros le ahorro.

—Mil gracias por su buena intención. Motivos tiene Maruri para estar encantado de...

—¿Pero qué ha hecho usted de su vestido de mujer? le interrumpió Amelia.

—Cabal, que se me había olvidado... La enagua de usted formaba parte del disfraz... A fé que no me acordé absolutamente cuando me despojé de ella: ¡y qué lástima! tan mal empleada! Figúrese usted que quedó sirviendo de mortaja.

—¡Jesus! qué chanzas tiene usted!

—Pues no me chanco: ha sido un cambio que hice con un difunto; él me dió ese traje, y yo en cambio le dejé aquella ropa. A lo menos tendrá el consuelo de estar envuelto con un lienzo que... Vaya, al fin concluí esta taza.

—Pero ¿qué iba usted a decir del lienzo?

—Que no lo merecía el pícaro, pues era un talavera.

—¡De esos soldados de quienes se dicen tantas cosas! ¡Ah, si hubiera sabido yo eso...!

—¿Me habría negado la enagua?

—No me habria adelantado a ofrecerla.

—En fin, adios, y si va a la iglesia, como parece...

—Allá vamos. Dicen que todos las mujeres van a permanecer allá mientras dure el combate.

—Pues bien, no me olvide en sus oraciones por Maruri... Pero cuidado con la pasada de la calle; deben llover las balas: vea cómo se oye, qué granizada tan sostenida! ¡Eso es lindo! Adios.

En efecto, hacía rato ya que las descargas de fusilería y el estampido de los cañones atronaban sordamente el espacio, sin tregua y de una manera que denotaba el ardor de los combatientes.

El sol no salía aun, y sus arjentados reflejos principiaban a empañarse con las densas nubes de humo que se levantaban por todos lados.

—¡Cuánto humo! exclamó el jóven al llegar a la plaza. Es como si el combate llevara ya algunas horas de duracion... Pero ¡Dios me perdone! si creo que están ardiendo los edificios. ¡Con mil diablos! ¡Estos godos han prendido fuego por todas partes para asarnos vivos! Ah, bribones!

Y se lanzó a la carrera hácia el punto en que divisó uniformes de su rejimiento.

En la mitad de la plaza oyó que le gritaban:

—¡Teniente Monterreal!

Era la voz de O'Higgins.

—¡A caballo, y sígame!

El jeneral venía entonces de la trinchera del poniente y atravesaba la plaza.

Monterreal corrió a tomar su caballo de manos de un

dragon y a los pocos instantes estaba al lado del general, quien le dijo:

—A la torre de la Merced a preguntar si se vé algo! Corra usted. De vuelta, me encuentra en aquella batería.

E indicó la de la calle de San Francisco.

El teniente de dragones lanzó al galope su caballo.

Las balas silbaban en ese momento en todas direcciones, y de los tejados cubiertos de tiradores, se veía rodar a los muertos o heridos y caer pesadamente al suelo.

Los gritos de aliento de los oficiales animando a sus soldados, los alaridos de los moribundos, todo el indescriptible clamoreo de los combatientes y hasta el redoble de los tambores se apagaban con el ruido incesante de los disparos.

Monterreal llegó a la torre, y no contentándose con las señas que le hacían de arriba en contestacion a las suyas, y que significaban claramente la ausencia de buenas noticias, no bastándole eso, decimos, se determinó a subir en persona.

Dió su caballo a un tambor, pues nadie había allí desocupado: los que no manejaban un fusil derribaban a golpes las puertas, ventanas y enmaderaciones que podían dar pábulo al incendio pronunciado en casi todos los edificios circundantes.

Cuando Monterreal llegó a las ventanas de la torre, no fué dueño de reprimir una exclamacion de sorpresa.

Era un espectáculo aterrante y magnífico el que se presentaba a su vista.

El sol había salido y sus brillantes rayos inundaban pintorescamente la campiña.

A lo lejos, nada, solo el apacible verdor de los prados, la tranquila ondulacion de los árboles mecidos por el viento.

De cerca, el movimiento de los escuadrones de caballería, y las cerradas líneas de los infantes, que rodeaban el pueblo.

Mas cerca aun, el espanto, el horror: todos los edificios coronados de jente armada, lanzando la muerte y recibéndola en incesante actividad; y de acá, brotando el fuego, las abrasadoras llamas o las bocanadas de humo por entre las tejas que los mismos soldados ocupaban. Hundíanse los techos incendiados, aun ántes de que los combatientes hubieran tenido tiempo de desalojarlos, y elevábase entonces la atronadora vocería de los caídos y los triunfantes *vivas* de los incendiarios.

Finalmente, abajo, en el pavimento de las calles y de las mismas casas, los asaltos a mano armada y los estragos de la artillería.

Ahora, todo, todo eso a que no puede darse nombre en ningun idioma humano, visto desde arriba, informe, confuso, envuelto en plomizas nubes de humo, como cubriéndose de un tenebroso sudario u ocultándose vergonzosamente a los nítidos rayos del sol; imaginémoslo así, cerrando los párpados por un instante, como para verlo en nuestros cerebros, y se tendrá una idea débil, remotísima, de la impresion que experimentó Ricardo Monterreal.

Todo eso lo vió el jóven, y a la primera ojeada, vió asimismo con desconsuelo que parecían realizarse los temores de O'Higgins: nada, ni la mas lijera nube de pol-

vo, siquiera para engañar su esperanza, se veía por el lado de las Bodegas del Conde.

Doloroso era llevar al jeneral tal noticia; pero el teniente de dragones se apresuró a cumplir la orden de volver pronto a su lado.

O'Higgins venía ya de la batería de San Francisco cuando salió Monterreal a su encuentro.

Desde que divisó al jóven detuvo su caballo y esperó en una actitud que no revelaba la mas mínima inquietud: O'Higgins tenía el don de los bravos, la suma serenidad en el peligro: su rostro estaba impassible; quizás en su ánimo, en su corazon, se reconcentraba la amargura de aquellos momentos de incertidumbre: sus impresiones no eran por cierto las del temor; mui lejos de eso, si algo ajitaba aquel pecho de bronce, debía ser un disimulado y justísimo furor contra los que eran la causa de su desastre.

O'Higgins no interrogó al jóven mas que con su mirada, y éste, sin atreverse a traducir en palabras su pensamiento, respondió tambien con un ademán elocuente, que pintaba mejor su desesperacion.

Vinieron allí a reunirse al jeneral algunos de sus ayudantes, y todos juntos se encaminaron a la batería del oriente.

Monterreal pidió permiso para juntarse a los suyos: le parecía un crimen no cooperar con sus brazos a la defensa del sitio.

O'Higgins le dió su vénia, y el valeroso jóven corrió a tomar su puesto en las brechas de los cañones.

Abandonémoslo entre el fuego y el humo del combate para estender nuestra narracion a los sucesos jenerales.

Corrían las horas, y el vijía, la torre de la Merced, permanecía mudo.

Dieron las ocho, las nueve, las diez, y nada.

El fuego arreciaba de una y otra parte: habían pasado veinticuatro horas desde que se principió aquel terrible combate.

El ardor de los soldados parecía crecer mientras mas arreciaba el peligro.

A esa hora el ejército español cargaba de un solo golpe por todos lados, con un empuje que habría hecho sucumbir a hombres de un temple menos heróico que los sitiados.

Era el quinto asalto que daban aquellos, y el quinto rechazo que sufrían.

La mortandad era horrorosa: los montones de cadáveres entorpecían los disparos de la artillería, cubrían las brechas e impedían el curso de las balas.

Ya el español parecía fatigado con tanta resistencia; sus fuegos cedían visiblemente.

El incendio, por otra parte, habia tomado espantosas proporciones; el humo y el calor sofocaban a sitiados y sitiadores: no había agua para apagar.

Eran las diez y media: óyese entónces en la torre el grito de

—¡Viva la patria!

Un soldado corre en busca de O'Higgins; es el valiente Soto, el zurdo, su fiel asistente: le lleva la noticia de que una inmensa polvareda se acerca por el camino de las Bodegas del Conde.

El jeneral hace trasmitir la nueva a todas las trincheras.

Los soldados cobran mas fieros bríos, y a un grito unísono de "*Viva la patria*", que apaga la voz de los cañones, cargan sobre el enemigo, pasando de asaltados a asaltantes.

Media hora despues, el triunfo de los patriotas iba a ser un hecho.

Luis Carrera con una division de caballería había caído sobre la fuerza española acordonada en la alameda.

El jeneral Ossorio huía despavorido en direccion al río.

O'Higgins lo divisó desde la torre de la Merced, adonde había subido para complacerse con el magnífico espectáculo de aquella ruda victoria.

Harto necesitaba aquel solaz su ánimo combatido en tantas horas por la mas amarga incertidumbre.

O'Higgins no conocía a Ossorio, pero al divisar a lo léjos un jinete con manta blanca alejándose a la cabeza de un corto número de hombres, presintió lo que pasaba, e hizo venir a la torre a un campesino que dos dias ántes le había traído un oficio de aquel jefe.

—¿Quién es aquel que va hácia el río? le preguntó.

—El de la manta blanca es don Mariano Ossorio, respondió el campesino.

Casi al mismo tiempo que pasaba esto en la torre de la Merced, un suceso inesperado tenía lugar en la alameda.

El combate se había empeñado allí de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre un éxito favorable para los patriotas.

El coronel Luis Carrera iba a dar órden de carga a su retaguardia, la cual debía precisamente arrollar al

enemigo, que de un modo visible principiaba a ceder el campo.

En ese mismo instante, decimos, llegaba a él un jinete cuyo caballo bañó el suelo con los arroyos de sudor que corrían de sus patas.

Ese hombre era el teniente Argomedo, a quien ya conocemos.

Trae un papel en la mano y lo presenta al joven coronel con una precipitacion tan viva como la que ha debido tener para llegar hasta allí.

Carrera lee, y una espresion amarga y dolorosa descompone su semblante.

El papel decía:

«Luis:

Aunque estés en medio del combate, aunque debas sucumbir, vuelve cara con tu jente. Obedece.

Tu jefe y hermano,

JOSÉ MIGUEL.»

Lívido de rabia y dolor, Luis levantó la vista sobre el portador de aquella orden infernal; clavó en él una mirada de fugo, como si no hallara en quién desfogar su cólera, y tomando con ambas manos la espada desnuda que tenía en la diestra, la quebró sobre la arzon de la silla.

—Ayudantes, dijo con acento de despecho, nos batimos en retirada.

Y partió al galope, seguido de la retaguardia, en direccion a los callejones que debían alejarlo de aquel sitio de vergüenza.

Mientras tanto, O'Higgins lanzaba una diabólica imprecacion al ver desde la torre alejarse aquella jente, y tras ella los que abandonaban el campo en que ya obtenían un fácil triunfo.

El ilustre jeneral se apartó de su puesto de observacion, y principió a bajar la torre con lentitud. Sus dedos se crispaban en la empuñadura de su espada, y con la otra mano casi destrozaba los dorados cordones de su uniforme.

Estaba solo en la escalera; nadie podía sorprender la penosa contraccion de sus facciones, ni los sacudimientos convulsivos de sus músculos.

Mas, cuando llegó abajo, cuando salió a la calle, se habría creído que traía la noticia del triunfo: héroe incomparable, su heroicidad no se limitaba a vencer al enemigo; vencíase a sí mismo en su mas formidable desesperacion.

Aquel esfuerzo de voluntad, que solo tenía por objeto alentar a los combatientes, encontró aún otra aciaga prueba: la fuga de la tercera division era un hecho conocido en toda la plaza: los soldados gritaban "traicion!" y se manifestaban abatidos ante la suerte que les aguardaba.

Parecía que la fatalidad había hincado aquel día su mano de hierro sobre el corazon de ese esforzado adalid: jamás hombre ninguno estuvo sujeto a tan terribles pruebas: las heces del cáliz pasaban por su garganta abrasando y desgarrando las fauces, pero sin quebrantar su férrea voluntad.

A la vista de aquel cuadro desolador, de tanto semblante descompuesto por la rabia, la desesperacion o el



—El que hable de rendición será pasado por las armas.

temor, O'Higgins se sintió grande, poderoso entre los suyos, en vez de anonadarse.

Corre a su caballo, salta sobre él, y se acerca a la trinchera mas próxima.

—¡Soldados! grita a los defensores; mientras nosotros existamos, la patria no está perdida! ¡Valor y arrojo!

Corre a otra batería; allí el desaliento es mayor:

—¡Muchachos! grita con voz de trueno, es preciso pelear hasta morir, y morir como leones; el que hable de rendición será pasado por las armas!

El enemigo entre tanto carga con doble esfuerzo sobre la plaza: desembarazado ya del asalto exterior, concentra todo su ardor contra los sitiados.

Ya es la una del día: "los labios están ennegrecidos de romper cartuchos; los cañones caldeados por el fuego, revientan su carga ántes de allegar el lanza-fuego; un sol de verano sofoca el aire envuelto en ráfagas de humo y se oye luego una detonación espantosa: una chispa de los edificios incendiados ha caído sobre el resto del parque acumulado en la plaza y ha producido el estallido."

No obstante, el combate sigue, y se sostiene con admirable tesón.

Corren dos horas mas; las calles y plazas están sembradas de cadáveres: los cañones ya no tienen artilleros, la infantería los ha reemplazado en el servicio de ellos; el reducido número de combatientes apenas tiene municiones en sus cartucheras.

O'Higgins conoce ya que la resistencia no puede ir mas adelante: "todo heroísmo está agotado; los brazos de los muertos no pueden disparar fusiles."

Viene de una trinchera en que acaba de divisar a Monterreal esforzándose en cargar un cañon por sus propias manos.

Una dolorosa reflexion pasa por su mente: la familia de aquel intrépido oficial debe quedar espuesta a las feroces venganzas de los vencedores....; y Corina, la jóven que ha endulzado muchos momentos de su permanencia en Rancagua....

O'Higgins habia sido el huésped asídúo de aquella familia desde que principió sus trabajos de fortificaciones en el pueblo.

Allí habia conocido a Corina, y tambien habia conocido que su corazon de acero en los campos de batalla, tenia fibras delicadas que se estremecían ante la mirada suave y candorosa de una hechicera vírjen.

El jeneral era hombre, y rendía su tributo al mas noble destello que el Creador irradió de sí mismo sobre el alma de sus criaturas.

O'Higgins amaba, pero amaba delicadamente, con la nobleza del caballero y el pundonor de los héroes.

Se habia dejado arrastrar insensible pero velozmente por los encantos de la hermosa Corina, y en aquella hora terrible de luto y desesperacion, su pecho latía doblemente acongojado por los desastres y por la muerte de su amada.

O'Higgins tiene a su lado al fiel Soto, y quiere enviar con él una última espresion de consuelo a la jóven.

Desgarra una hoja de su pequeño libro de memorias, y escribe:

«Corina:

«Te dejo a tu hermano para que haga por tí lo que yo no puedo: salvarte.

«La traicion me priva de rendir a tus piés una espada vencedora.

«Adios, hasta mejores dias: ¡no me olvidéis!

Tuyo.»

—Vé a la casa de Monterreal, dice al zurdo, cuenta en dos palabras lo que pasa, y desliza este papel en la mano de quién tú sabes.

El asistente se aleja a toda carrera.

O'Higgins vuelve a la batería; llama a Monterreal, que a ese tiempo bate con orgullo la bandera enlutada de la patria gozándose en el buen éxito de un cañonazo apuntado por él mismo.

—Ricardo, le dice, ya es tiempo de retirarse; vaya a cuidar de su familia; ocúltela en un lugar seguro mientras pasan las primeras horas del saqueo y desórden con que debe entrar el enemigo.

El jóven quiso observar algo.

—Nada de observaciones; es una órden, repuso O'Higgins a fin de evitar mas palabras.

Monterreal bajó la cabeza y tomó la direccion de la plaza.

O'Higgins dirijió algunas palabras a los de la batería y despachó a sus ayudantes en varias direcciones.

Era la órden de concentrarse a la plaza para emprender la retirada.

Momentos despues se reunían allí los pocos oficiales y soldados que no se hallaban heridos.

Las trincheras quedaron abandonadas; mentimos, dos de ellas se sostuvieron algunos instantes mas, defendidas por militares mutilados. Si no debiéramos contraer nuestra atencion a los personajes cuya historia hacemos, citaríamos las hazañas de muchos que, como un capitan, don José Ignacio Ibieta, a quien una bala de cañon había cortado las piernas, defendió puesto de rodillas el paso de una trinchera.

Acomodáronse hasta trescientos soldados patriotas en 280 caballos de los dragones de la division Freire.

La retirada era un proyecto audaz que solo podía caer en el arrojio de aquellos hombres.

De las cuatro salidas que tenían, O'Higgins designó la de la alameda: ésta era la mas peligrosa, pero la que conducía rectamente al camino de Santiago.

El bravo capitan doñ Ramon Freire se hallaba a la cabeza de los dragones, quienes habían desenvainado sus sables para abrirse paso.

Dispúsolos de modo que O'Higgins quedara colocado en el centro, y esperó la órden de marcha.

O'Higgins se adelanta entonces, aprieta la mano a Freire y le dice:

—Capitan Freire, usted es un valiente: celebro mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que usted me ha dispuesto. Yo debo atacar de frente al enemigo.

Y colocándose al frente, sable en mano,

—¡A mí, dragones! gritó: ¡ni damos ni recibimos cuartel!!

Vióse entonces el mas encarnizado asalto de cuantos

se habían dado en las treinta y seis horas que duraba el combate.

Renunciamos a describir tan espantoso lance; nuestra pluma se detiene sin encontrar la fraseología propia de tanto horror. Lucha sin misericordia, en que el vencer era matar, y el rendirse era morir. Los patriotas debían pasar sobre mil cadáveres o perecer hasta el último.

Pero nada, nada les arredra.

Véanse detenidos por un momento contra la compacta barrera de enemigos que les cierra el paso: habíase embotado allí la pujanza de sus caballos.

A las voces de O'Higgins y Freire, todos retroceden entónces; pero no para volver caras al enemigo: nó, que esto no es de tales bravos: se retiran para tomar campo como los justadores en la liza.

Y entonces la pujanza no reconoce límites: nada se les resiste, todo es rechazado, todo es hollado por los cascos de los caballos.

Saltando cañones, escombros, maderos; arrollando soldados y cuanto se pone delante, avanzan hasta la misma alameda.

El caballo de O'Higgins va tan cansado, que para pasar la última barricada de los realistas, ha tenido que ser levantado casi en peso por los soldados.

Pero es preciso huir: la caballería enemiga les carga por el flanco en la alameda.

Ya no es posible guardar orden en la retirada: O'Higgins lo ve, y teme que aun se sacrifiquen sus soldados por rodearlo.

Da entónces el grito de:

—Sálvese quien pueda!

Y libres ya tan abnegados valientes de la obediencia que deben a su jefe, se desbandan en todas direcciones.

O'Higgins logra salvar el puente de una gran acequia que cierra un costado de la alameda, y toma el camino de Chada seguido de dos ayudantes y dos soldados.

Uno de éstos es el zurdo, su fiel asistente.

Esta reducida cabalgata no puede avanzar con la velocidad necesaria; todos marcan el paso de sus caballos por el de O'Higgins.

Los dragones enemigos vienen tras ellos.

No hai remedio: el peligro es inminente.

—Huyan ustedes, dice O'Higgins a sus compañeros.

—¡Señor, una gracia! le contesta el zurdo con voz suplicante: tome su merced mi caballo; no importa que yo caiga en poder de esos cobardes.

O'Higgins sigue espoleando su caballo sin conseguir ponerlo al galope.

Uno de los dragones realistas se avanza hasta él y le tira una cuchillada; Jimenez, el otro soldado, pára el golpe, miéntras el zurdo apunta su carabina.

El dragon cae muerto.

Sus compañeros vienen en pos y ya caen en masa sobre aquel puñado de héroes.

O'Higgins, lijero como un rayo, monta el caballo del dragón y sale a escape.

Desde aquel momento su suerte es segura.

Sus perseguidores renuncian a darle alcance, y sube tranquilo la cuesta de Chada.

“El sol se ponía, y el caudillo chileno, echando una última mirada hacia el sitio donde quedaban sus demás compañeros, solo vió en el horizonte una columna de humo que se levantaba al cielo en el silencio apacible de la tarde.”

“Aquel humo era Rancagua.”

CAPÍTULO X.

Plan de salvacion.

Hemos dejado al teniente de dragones dirigiéndose a su casa en cumplimiento de una orden de su jeneral.

El jóven atravesó la plaza con semblante mustio; encontró en su camino a Maruri y Las Heras que montaban a caballo por orden de Freire para organizar la retirada

Acercóse a ellos y les dió la mano en señal de despedida, sin poder decirles una palabra.

—¿Te quedas? le preguntó Maruri.

Monterreal hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¡Ah! dijo Las Heras; no es mas feliz usted que nosotros; y a fé que necesita mas valor para quedarse en la boca del lobo.

Monterreal hizo un esfuerzo para hablar, y dijo:

Pero ustedes, para salir bien, tienen que pasar por entre sus colmillos. Lo que me pesa es quedar aquí reducido a la impotencia, mientras ustedes irán a organizar una espléndida venganza en paraje seguro.

—No te pese, replicó Maruri; procura salvar a tu familia, y ten eso por un triunfo; pues no es la cosa mas sencilla el obtenerlo contra tanto desalmado.

—Pero ¿crees tú que álguien se atreva a hacerles mal? Una nciano enfermo y dos mujeres inofensivas...

—¡Ah! no sabes tú lo que es un saqueo: no te imaginas hasta dónde llega el frenesí, la sed de sangre y de venganza que deben animar a esos hombres. Precávete, Ricardo, porque si nó, tendrás que lamentar la muerte de los de tu familia y las atroces injurias que pueden inferirles; acuérdate que tienes una hermana jóven, y que la plaza va a quedar a la merced de...

—Basta, tienes razon... ¡Por Dios! me haces pensar de una manera horrible... Yo debo hacer sacrificios por evitar una desgracia. Adios.

Y el jóven corrió como un desatinado a su casa.

Al entrar, su vista se detuvo en un bulto que ocupaba un rincon del patio, y que al ruido de sus pasos parecía haber cobrado animacion.

Era un hombre regordete, de tez cobriza, semblante rústico y cándida espresion.

—¡Hola! Valiente, ¿qué haces ahí? le dijo Monterreal.

—¡Ah! señorito, ya creía no ver mas a su merced, respondió el interpelado, abandonando su postura de ovillo y corriendo a abrazar las piernas del jóven.

Este hombre era un esclavo, criado en la casa. No aventajaba mucho en edad a nuestro jóven, y habiendo crecido en su compañía, tomando parte en sus juegos infantiles y plegándose a todos sus caprichos, había llegado a formarse un hábito de su obediencia a él, y un culto de su afecto.

Era sencillo de carácter, y dominaba en sus acciones una timidez a prueba de competencia.

Llamábase Valentín, y a su cobardía debía la transformación de su nombre; pues el joven Ricardo, en una ocasión, habiéndolo visto arrojarse de lo alto de una pared, asustado por la detonación de un fusil, lo burló por mucho tiempo diciéndole en tono de sorna que ese acto demostraba su arrojo en los peligros, y que, pues había desafiado la muerte sin trepidar, merecía el nombre de Valiente.

Así fué cómo, prolongándose esta broma de niño, cayó sensiblemente en desuso el tratamiento de *Valentín*, y se hizo extensiva a toda la familia la costumbre de llamar *Valiente* al esclavo.

Decimos, pues, que Valiente, acurrucado en un rincón del patio, se levantó a la voz de su joven amo y corrió a abrazarle las piernas.

—¿Y qué hai de nuevo por aquí? le preguntó el teniente dejándose acariciar.

—¡Muchas cosas, mi amo! respondió él con voz lastimera. Las señoritas están llorando sin consuelo porque su merced no ha vuelto, y el amo quería levantarse de la cama para ir a tomar noticias.

—¿Luego, han sabido el mal estado de las cosas?

—¡Ai, sí, señorito! ya sabemos que esos malditos godos están matando tanta jente.

—Pero tú ¿por qué no habías salido a traer noticias mías?

Valiente levantó los ojos al cielo y se llevó una mano a cada mejilla golpeándose con fuerza, en señal de la mas viva admiración.

—¡Por Dios, mi amo! ¿y cómo salía, cómo atravesaba por entre las balas? Virgen Santísima!... ¡Desesperado me senté ahí a aguardar la muerte, que, como su merced ve, está pasando sin cesar por nuestras cabezas.

Y Valiente indicó las balas que pasaban silbando por sobre el tejado.

Monterreal no pudo menos de reirse de la manera cómo el esclavo pintaba su determinacion de morir; siendo tanto mas grotesca su pantomima, cuanto que el rincon en que había estado acurrucado se hallaba enteramente al abrigo de las balas, por lo alto de las paredes y lo estrecho del patio.

—Vamos, le dijo, déjame ir a tranquilizar a mis padres.

—Sí, mi amito, corra usted; no sea cosa que el amo se agrave con la inquietud en que se halla.

El jóven marchó apresuradamente a las piezas en que se hallaba la familia.

Su entrada causó, como es fácil suponerlo, un ruidoso trasporte en los circunstantes.

Los llantos, pues lloraba en efecto aquella jente de una manera lastimosa, se cambiaron instantáneamente en vivas demostraciones de alegría y afectuosas caricias.

Corina fué la primera en llegar al encuentro de su hermano, y echarle los brazos al cuello con gozosa efusion.

Debemos aquí esplicar cómo el zurdo había cumplido puntualmente su comision, trayendo las malas nuevas de que O'Higgins le había encargado, y poniendo disimuladamente en manos de Corina el billete de que era portador.

Solo, sí, no había podido dar noticias de la suerte del

jóven teniente, y esto había bastado para poner en abierta alarma a toda la familia.

Corina, dejándose llevar de la impresion jeneral, y sin que le fuera posible leer el billete de O'Higgins, había terciado con sus lágrimas en el coro de lamentaciones que se formara.

Juzgaba, por otra parte, que, si O'Higgins se había determinado a escribirle, cosa que por primera vez hacía, era en fuerza de graves sucesos que mui bien podían tener relacion con su hermano, y así, atisbando la primera oportunidad, se preparaba ya a retirarse a un lugar apartado, cuando llegó el jóven.

Pasados los primeros momentos de confusion, fué preciso que se redujeran, instados por el mismo Ricardo, a tratar de asegurarse contra los peligros que podían sobrevenirles.

El padre de Ricardo, que era un anciano sexajenario, y que, como sabemos, se encontraba relegado a la cama, tomó parte desde luego en esta deliberacion.

Por primera providencia se hizo cerrar la puerta de calle.

—La atrancarémos con todos los muebles de la casa, propuso Valiente.

—¡Qué! nada de eso, dijo Ricardo; pónganle llave simplemente, y no dejen la llave en la cerradura. Puede que se prohíba el saqueo y solo se permita capturar a las jentes: estando atrancada la puerta, se notaría que había jente encerrada y provocaríamos un registro. La cerradura es fuerte, ademas, y basta para contener por un poco de tiempo a los asaltantes...

—Pero, si nos descerrajan la puerta... observó Va-

liente, quien se permitía la libertad de tomar parte en este consejo, en atencion a la gravedad de las circunstancias.

—Es mui posible que la descerrajen, dijo Ricardo, como es seguro que la destrozarían si la dejáramos reforzada con tranca u otras cosas. Lo que se trata de evitar es ser sorprendidos de buenas a primeras. Vamos a preparar un lugar, un escondite, adonde acojernos en caso de asalto, y ya tengo mi plan formado. Voi a disponerlo todo con prontitud; esperen ustedes, y no se alarmen por nada, que la cosa no es de tanto peligro como parece.

El jóven no las tenía todas consigo, como vulgarmen- te se dice, pues si no temía por él mismo, en fuerza de su temperamento, temblaba por la suerte de los suyos.

Fuése, pues, al interior de la casa, y acompañado de Valiente y una mujer que hacía los oficios de criada, penetró a un cuarto contiguo a la cocina y cuya puerta se hallaba bajo un oscuro y desaseado corredor.

Era una despensa para las provisiones de cocina.

En pocos instantes, el jóven y el esclavo relegaron a un extremo de la pieza cuanto había diseminado por el suelo; la mujer sacudió las paredes cubiertas de telarañas, y todos tres recojieron las basuras.

—Tenemos hecho lo mas demoroso, dijo Monterreal; ahora vamos a traer algunos muebles, provisiones, y cuanto sea necesario. ¿Han comprendido mis intenciones?

—Veo que vamos a encerrarnos aquí, dijo Valiente, meneando la cabeza con aire de desaprobar la medida.

—¿No te gusta eso? pues te quedas afuera.

—¡Solo! ay, nó, mi amito; prefiero que su merced me mate aquí mismo!

—Tonto, tiembblas de temor a la muerte y me pides que te mate!

—¿Yo, temor a la muerte? parece que su merced no se acordara ya de lo que lo indujo a llamarme Valiente. Lo que yo no quiero es morir a manos de esos pícaros. ¡Dios me libre de ellos!

Ricardo se rió oyendo las baladronadas del esclavo, y estuvo tentado por hacer el papel de quererlo matar; pero lo retrajo la necesidad de aprovechar el tiempo.

No entraremos en detalles de como se hizo el arreglo de las cosas; bastándonos decir que un cuarto de hora despues la despensa estaba arreglada como un regular y provisto alojamiento.

Cubrióse el suelo de alfonbra, pusiéronse camas, sillas, mesas, numerosos utensilios de servicio, provisiones de boca y cuanto se juzgó necesario para una permanencia de pocos días.

Trasportóse allí al padre de Ricardo en su mismo lecho y con infinitas precauciones para evitarle un resfriado.

Listo por fin todo lo que dispuso el jóven, la familia se preparó a encerrarse en el escondite a la primera señal de alarma.

Habíase dejado pronta una armazon de madera que en un tiempo había servido de palomar; tratábase ahora de encubrir la puerta del cuarto, disimular por fuera, y nada juzgó Ricardo mas apropósito que poner delante de ella ese inútil trasto.

Así, pues, cuando ya se hubo entrado la cama del en-

fermo, se dió colocacion al palomar dejándolo un poco separado de la pared, ínterin llegaba el momento de encerrarse.

La inquietud era suma, como es fácil imaginar: todos estaban alerta, y espiaban el menor indicio de peligro.

Fuése sintiendo como el fuego de fusilería calmaba paulatinamente, siendo reemplazado por el sordo rumor de las jentes que inundaban las calles y un extraño clamoreo.

Era el instante en que, desalojada la plaza por las fuerzas patriotas, se precipitaban los vencedores por todas las trincheras.

Ricardo conoció que pasaba algo extraordinario, e hizo que su madre y hermana se retiraran al escondite.

En cuanto a Valiente y la criada, no hubo necesidad de intimarles tal órden, pues habían sido los primeros en ponerse a salvo.

El jóven se quedó algun tiempo en el patio exterior, y solo cuando oyó dar recios empujones a la puerta de calle y las voces de muchos hombres que se alentaban a derribarla, se apresuró a reunirse a la familia.

Entró al cuarto, ayudado de Valiente, tiró lo mas que pudo la consabida armazon, hasta dejarla perfectamente bien aplicada contra la pared, cubriendo un trecho mayor que el de la puerta.

De este modo, nadie, mirando por afuera, habría podido imaginar la existencia de aquella habitacion.

CAPÍTULO XI.

El saqueo.

Entre tanto, el tumulto de las calles había tomado tal incremento, que llegaban distintamente hasta el escondite de nuestros personajes los aullidos y vociferaciones de la soldadesca entregándose al pillaje.

Serían las cinco de la tarde.

En la actitud de las seis personas allí encerradas se revelaban las angustias de la situación.

Doña Irene, Corina y la criada se habían puesto de rodillas, como para rezar; pero ni sus labios se movían, ni sus oídos dejaban de atisbar los ruidos exteriores.

El anciano, por un esfuerzo de que no hubiera sido capaz en circunstancias menos azarosas, se mantenía medio levantado en la cama, descansando en un brazo la parte superior de su cuerpo y alargando la cabeza hacia la puerta.

El joven teniente y el esclavo se hallaban pegados al respaldo del palomar, sin hacer el menor movimiento.

De pronto se sintió un estallido mas recio que cuantos se habían dejado oír.

—Todos los circunstantes se estremecieron, y comprendieron instintivamente lo que era.

—¡Jesus! exclamó Valiente ¡la puerta de calle!

Al mismo tiempo una batahola de gritos, risas y juramentos llenó todos los ámbitos de la casa.

Valiente se santiguó con indecible fervor.

—Nos van a descubrir, murmuró en voz mui baja, pero con acento de desesperacion. ¡Lo decía yo! ¡Nada les cuesta quitar este espantajo!

Monterreal divisó por las junturas de las tablas a varios soldados que llegaban al patio y registraban con sus miradas en todas direcciones.

Era el momento en que Valiente se lamentaba en voz baja. Pero el mas leve rumor podía denunciarlos, y el jóven lo hizo callar oprimiéndole el brazo con cierta aspereza.

Oyéronse entonces los dichos de los soldados en medio de una gran confusion.

—No hai nadie, decían unos.

—Pero habrá algo que comer.

—Busquemos: esta es la cocina.

—¡Bribon! ¿piensas cargar con todas estas baratijas? participame, que yo no he pescado nada.

—¿Para qué eres lerdo? mi bueno me ha costado el disputarlas a estos diablos que ya las iban a atrapar.

—¿Hai que comer?

—Ni piedras: ¿si quieres papas crudas?

—Pedro, vamos a otra parte ¿qué hacemos en este peladero?

—Hola! Manquito ¿dónde te hallaste tanta ropa? son vestidos de mujer?

—Así creo: los cambio por otra cosa que me interese mas; yo no tengo rabona.

Monterreal no apartaba la vista de las rendijas, y a favor de ellas podía juzgar de cuanto pasaba en el patio.

Veía, pues, como entraban y salían una multitud de hombres, de rostros ennegrecidos por la pólvora o grises con el polvo de los caminos; hombres cuyos ojos animados por la codicia miraban a todas partes con repugnante espresion, buscando algo con que saciar su feroz avidez.

El jóven reconocía en muchos de ellos el uniforme de los talaveras.

Valiente, que tambien veía al través de las tablas, se estremecía de horror a cada fisionomía estraña que se presentaba, y solo contenía las exclamaciones que involuntariamente se agolpaban a su garganta, porque sentía la mano de Monterreal sobre su brazo pronta a cerrarse magullándole las carnes con una fuerza que no le era desconocida, pues desde niño había experimentado en muchas ocasiones la musculatura férrea de su jóven amo.

Los soldados entraban y salían, como hemos dicho, y las frases que se cambiaban entre ellos correspondían a lo que Monterreal y Valiente alcánzaban a ver.

Así, las baratijas de que había uno hablado, vieron que eran algunos útiles de comedor. Los vestidos eran del ajuar de Corina; y de este modo, otras muchas cosas que creemos inútil enumerar.

Entre las diversas voces, se dejó oír una que decía:

—Aquí hai restos de fuego: ¿quién quiere cocinar?

—Eso es, cozamos las papas.

—¿No habrá alguna gallina por ahí?

—No hai ni rastros; a no ser que haya palomas.

—Cierto, en aquel palomar: registra tú, Rojas.

Valiente al oír esto no pudo tenerse parado; cayó de rodillas, gracias al esfuerzo que hizo Monterreal para evitar que se desplomara ruidosamente.

Oyóse entonces como alguien registraba las divisiones del palomar.

—No hai nada, dijo de allí a poco la voz áspera del soldado.

Valiente hizo un movimiento convulsivo al sentir esa voz tan inmediata, que venía solamente del otro lado de las débiles tablas.

—Yo tengo charqui, gritó de lejos un soldado.

Monterreal lo vió levantando al aire un enorme trozo de cecina.

—¡Caracoles! eso está bueno. ¿De dónde has pillado tanta racion?

—Es que vengo de la despensa de la casa vecina.

—¡Con mil diablos! y nosotros perdiendo el tiempo en esta miseria! si aquí ni despensa hai.

—¿Quieren que les haga un *valdiviano*? preguntó el que estaba en la cocina.

—¿Qué es eso de *valdiviano*?

—¡Ai, amigo, en España no se conoce esto! es un guisado mui bueno que se come en estos ingratos lugares; como hace tantos años que estoi por acá, he aprendido a fabricarlo a las mil maravillas.

—¿Pero de qué se hace eso?

—De charqui cocido y sazonado con picantes.

—¿Lleva ajos?

—Todo lo que se quiera.

—Entonces me decido por él. Vamos a la obra; aquí está el charqui.

—Pero, por qué diablos lo habrán llamado *valdiviano*?

—Qué sé yo: se me ocurre que Pedro Valdivia, el conquistador de estas tierras, debió ser su inventor.

—Nó, hombre; es que su uso viene de un paraje llamado Valdivia: la jente es mui pobre por allá, y apelan a este recurso de la carne seca.

—Sea como se fuere, nosotros lo llamaremos así, *valdiviano*, porque nos viene de balde.

—Y caramba que viene a tiempo! ya me cortaba de hambre.

—Ya lo creo, puesto que te estás aquí tan sujeto, cuando podías andar por donde esté bueno el saqueo.

—¡Qué va a hacer uno por otra parte! sabe Dios cómo pude entrar a esta casa! Hai tantos niños para un trompo: los que no estén asegurados, no encontrarán ni las mijajas.

—Ya quiere hervir el agua; pero la leña se me ha acabado: busquen algunos palos por ahí.

Algunos soldados se pusieron en busca de leña.

Debemos advertir que el número de ellos se había ido reduciendo, de manera que solo quedaban unos diez o doce.

Esta desercion era motivada por la falta de botin en que pudieran cebarse los mas codiciosos.

—No hai leña, dijo uno de los que buscaban.

—Pero, hombre, nada se te ocurre: ¿no ves ese palomar?

—Cierto, no hai mas que destrozarlo: ¿en qué estaría yo pensando?

Valiente que solo tenía oídos y entendimiento para no perder una sílaba de lo que se decía, dió un jemido ahogado cuando oyó las últimas palabras.

Monterreal lo soltó para poner la mano en la empuñadura de su espada, y entonces se arrastró el esclavo con lijereza hasta meterse debajo del catre del enfermo.

Las tres mujeres, que tambien habían oído, se helaron de espanto. Corina se abrazó con doña Irene, y sus labios dejaron oír un leve murmullo semejante a una plegaria.

Monterreal vió acercarse al soldado, y por un movimiento maquinal desenvainó la hoja de su espada hasta cerca de la mitad.

Doña Irene sintió el débil ruido de aquella arma, y corrió hácia el jóven, diciéndole mui quedo, pero con ajitacion:

—¿Qué vas a hacer, Ricardo? ¿no ves que será peor? lo que no obtengamos con súplicas...

Una estrepitosa vocería interrumpió sus palabras.

El jóven, que por un momento se habia vuelto a su madre, tornó vivamente a mirar por entre las rendijas, y divisó en el patio a una mujer toda desgrenaada y con los vestidos de tal manera destrozados, que apénas le cubrían una parte del cuerpo.

Llegó corriendo, como desatinada, miéntras de afuera, en pos de ella, se sentía la bulliciosa algazara que había interrumpido la frase de doña Irene.

Monterreal no pudo reprimir una débil esclamacion

de horror al reconocer en aquella mujer a Mercedes, la tía de Amelia.

Avanzó ésta hácia el medio del patio mirando a todos lados, como para buscar un refugio, y al ver a los soldados, que, como sabemos, vagaban por varias partes en busca de leña, se dejó caer de rodillas al suelo, diciendo con acento desgarrador:

—¡Ustedes! ¡ustedes! por la Vírjen Santísima, favo-
rézcanme!

El metal femenino de su voz penetró vibrante y conmovedoramente al cuarto, sobresaltando con nueva impresion a nuestros personajes.

Doña Irene y Corina se aproximaron con viveza a la puerta y trataron de investigar lo que ocurría.

Los soldados a quienes imploraba la mujer se quedaron sorprendidos, en el mismo lugar en que se hallaban, y ántes que ninguno de ellos tuviera tiempo de decir una palabra, se inundó el patio con una multitud de hombres.

—¡La atrapamos! gritaban; que huya ahora!

—Miren lo corredorcita que nos salió!

—Parecía tener alas.

—Otra cosa mejor tiene.

Y así, una confusion de dichos y apóstrofes que la pluma se niega a reproducir.

En un segundo, rodearon a la mujer, y sin hacer caso de sus gritos y lamentos, cargaron en peso con ella, y la llevaron de allí con grandes aclamaciones de júbilo y frases indecentes, en que se dejaban conocer los perversos fines que dominaban en tan desenfrenada chusma

—¡Mia es! gritaba uno.

—No es de nadie!

—¡Es de todos!

—¡A la suerte!

—Nó, nó, yo tengo derecho porque fuí el primero en descubrirla.

—¡Mentira! aquí está la prueba: me he quedado con el vestido en las manos.

—¡A la suerte! ¡a la suerte!

De esta manera se alejaron todos, y volvió a quedar el patio en la tranquilidad anterior.

Durante los últimos momentos de esta escena, Monterreal, aunque excesivamente conmovido e indignado a la vista de tanta atrocidad, no se olvidó del peligro propio.

Aprovechando, pues, aquellos instantes de confusión en que el ruido exterior debía apagar el de sus movimientos, corrió a un punto de la habitación y tomó dos pistolas, el trabuco que había llevado consigo la noche anterior y un fusil.

Volvió en seguida a su lugar; colocó el fusil a su alcance; se puso el trabuco en la cintura, y conservó una pistola en cada mano. Tenía además la espada al cinto; y así, podemos decir que estaba armado hasta los dientes.

Cuando volvió a mirar por las aberturas de las tablas, fué a tiempo que se retiraba la muchedumbre.

Notó entonces con satisfacción que los que se quedaban no eran más que seis soldados: de éstos, dos estaban en la cocina, el que había proporcionado el charqui y el que sabía guisarlo; tres vagaban por los extremos del

patio en busca de leña, y el otro era el que se preparaba a destrozarse el palomar.

La noche se acercaba, o tal vez ya había entrado y no se conocía a causa de la claridad de la luna.

Exteriormente, es decir en la calle, se sentía siempre el pavoroso rumor de las turbas en movimiento y desastrosa efervescencia: indudablemente seguía el desenfreno y el pillaje con la misma violencia que al principio.

De los soldados que se habían quedado en el patio, el primero que habló fué el que estaba más inmediato al palomar.

—¡Qué diablos! dijo refiriéndose a los que se llevaban a Mercedes: van a matarla entre tantos.

—Lo que va a suceder, observó otro, es que se destrozarán entre ellos mismos sin avenirse.

—Puede que nó: la mayor parte conviene en sortearla, que es el mejor camino.

—Vaya, no perdamos el tiempo, dijo el que hacía las veces de cocinero; vengan las tablas; abajo la armazón.

El soldado que debía ejecutar este encargo, se dió vuelta y tendió una mano al palomar.

El teniente de dragones apartó con un brazo a su madre y a su hermana, que no pusieron la más mínima resistencia, dominadas como estaban por el terror, y él ocupó el medio del claro de la puerta, preparando al mismo tiempo las dos pistolas.

Sintióse entonces un violento sacudón, y el palomar vino al suelo con gran estrépito.

Instantáneamente y confundiéndose con ese ruido, hizo explosión una de las pistolas de Monterreal, y acto continuo también, antes de que nadie pudiera darse

cuenta de lo que pasaba, resonó otro pistoletazo. Dos hombres quedaron por tierra.

En seguida, veloz como un rayo, cuando los demas soldados hacían ademan de moverse sin atinar a saber de donde venía el peligro, Monterreal atraviesa el patio en dos saltos, llevando consigo el fusil, y se planta en la puerta que comunica con las demas dependencias de la casa.

Desde ahí, sin pérdida de tiempo, se echa el fusil a la cara, y viendo que los cuatro soldados se vienen sobre él, tira sobre el mas cercano, a diez pasos de distancia, y sin volverse del todo, cierra la puerta y la atranca con el mismo fusil.

Quedaba así seguro de no ser atacado por jente de afuera.

Con la misma rapidez de movimientos, saca el trabuco del cinturon y la espada de la vaina, al mismo tiempo que se vuelve a recibir a sus agresores.

El jóven había calculado exactamente su tiempo, de modo que los que quedaban en pié no alcanzaran a sorprenderlo. Pero el tiro de fusil se había errado sin que él lo notara, y al volverse de cerrar la puerta alcanzó a vislumbrar el movimiento de uno que se le venía encima.

Apenas tuvo tiempo de desviar el cuerpo; mas todo fué uno, ladearse y disparar a quema-ropa su trabuco en el pecho del agresor.

Ya era tiempo: los tres restantes llegaban a él, e instintivamente alcanzó a parar un golpe de sable, teniendo su espada en la mano izquierda.

Arroja al punto el trabuco, empuña la espada en la diestra y hace frente a sus tres adversarios.

Dos de ellos le cargaban con sable y el otro con fusil armado de bayoneta.

Como se vé, nuestro teniente de dragones había concebido y ejecutado su plan con la rapidez de un relámpago; pero la ejecucion no había correspondido a sus esperanzas, pues contó con no lidiar al arma blanca mas que con dos de los enemigos.

Mientras se defendía el jóven como mejor podía, sin que su ánimo se debilitara por un instante y sin dejar de menudear cortes peligrosamente ofensivos, las dos mujeres, doña Irene y Corina, se deshacían en lamentos, pareciéndoles en su terror que lo divisaban acribillado de heridas y bañado en sangre.

De súbito, se desliza por entre ellas un bulto que pasa velozmente por sobre el palomar y corre hácia los contendores.

Ese bulto llevaba vestido de mujer e iba armado de un grueso garrote.

Al llegar cerca de los soldados, enarbola y descarga con ímpetu violento su pesado leño sobre la cabeza del mas próximo, derribándolo inerte al suelo.

Era la criada, robusta aldeana de las cercanías de Concepcion, que debía tener algo de sangre araucana, y con ella la valentía y esfuerzo de los bravos salvajes del Bío-Bío.

El anciano había entretanto abandonado su lecho, impulsado por el temor de perder a su hijo: conociase impotente para luchar, pero sin darse cuenta de lo que debía hacer, marchaba febrilmente al peligro.

Cuando llegó a la puerta del cuarto, pudo ver la he-

rórica accion de la criada, y se detuvo a contemplar la escena.

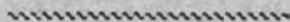
Aquel momento fué tambien decisivo para el jóven: el militar derribado era el que manejaba fusil; su caída sorprendió al que tenia al lado, y la prevision de un peligro que amagaba por la espalda lo hizo darse vuelta hácia la mujer.

Esa fué su perdicion; Monterreal vió un claro delante de su espada y se fué a fondo.

El soldado se tambaleó y cayó. El jóven no alcanzó a tirar su espada con la celeridad necesaria para quitar un golpe del único adversario que restaba en pié, y sintió rasguñar en su hombro izquierdo la punta helada del sable.

Da entonces un salto atrás, y recobrando su posicion, carga de lleno sobre el soldado.

La criada levanta nuevamente su garrote; ya va a descargarlo, cuando aquel, viéndose perdido, retrocede espantado, tira su sable al suelo, y se arrodilla pidiendo gracia.



CAPÍTULO XII.

Velada.

Monterreal no había contado con un rendido, y se vió perplejo para tomar la pronta resolución que las circunstancias exigían.

Dejar en libertad a ese hombre era enviar un denunciador de su asilo a las feroces hordas que recorrían las calles u ocupaban el resto de la casa.

No había mas que matarlo o retenerlo preso.

Lo primero repugnaba al jeneroso jóven; lo segundo presentaba dificultades o aumentaba los peligros.

Mas los instantes eran preciosos: no había que detenerse en reflexiones.

Monterreal tomó su partido.

—Una soga, dijo a la criada.

—¡Qué, señor! dijo ésta comprendiendo su intencion; ¿va usted a amarrarlo, en vez de concluir con él? Pícaros como estos no merecen compasion.

Y juntando el hecho a las palabras, descargó su enarbolado garrote sobre el vencido, antes que Monterreal alcanzara a moverse.

Esto decidió al jóven, quien, viendo revolcarse al soldado en el suelo exhalando roncós jemidos, temió que acudiera jente y lo pasó con su espada.

—Ahora, dijo, es necesario arreglar las cosas de modo que si viene jente no se encuentren rastros de lo que ha pasado. A la acequia con los cadáveres.

Púsose entonces a la obra con la ayuda de la criada.

Fueron arrastrando uno por uno los cuerpos inertes de los soldados y echándolos a una acequia que atravesaba el patio cubierta en parte con algunas tablas.

Al terminar la operacion, el jóven vió moverse uno de los soldados.

—¡Diablos! dijo, ese está vivo.

—Pues duro con él, respondió la criada corriendo a tomar el garrote.

El soldado se enderezó entonces como picado de una víbora.

—¡Señor, señorito, por favor, no me mate usted! exclamó juntando las manos en ademan suplicante: yo haré todo lo que se me ordene.

Este hombre era el que habia caído al primer garrotazo de la criada: el golpe lo desatentó de pronto, mas fué cosa de un momento; recobró sus sentidos al ser echado a la acequia.

Monterreal se interpuso entre él y la criada, que venía decidida a hacer funcionar su ejecutiva arma.

—¡Qué hemos de hacer! dijo; no es posible matar a un hombre indefenso. Busca una soga, Antonia.

—¡Pero dónde busco, señor?

—Aunque no sea una soga; quiero algo con que poder amarrar a este hombre.

—Sí, señor, amárreme usted, si quiere: tome las precauciones que crea convenientes; y a fé de Pedro Balzano, yo le protesto que... oh! aun cuando me amarrara un dedo... ya estoi rendido y me doi a santos con salvar el pellejo.

—Señor, dijo la criada, no encuentro mas que un pañuelo... puede servir para amarrarle las manos.

—¡Eh! no sirve eso.

—Si ya digo, señor, que es mejor matarlo!

—¡Oh, señorito, lo pretesto que aun cuando me deje suelto...!

—Díme: ¿a qué cuerpo perteneces?

Monterreal no podía ver bien el uniforme del soldado; pues la luz de la luna no alumbraba lo bastante.

—Soi del rejimiento de Talavera, mi señor.

—¡Ufff! hizo la criada; vaya, señor, con esta noticia, para qué hablar mas?

—¿No ves, pues, hombre? dijo Monterreal: tu solo título asusta; ¿cómo puedo tener confianza en tus promesas? y no hai nada con que asegurarte... ¡Vaya! decididamente me pones en un compromiso... ¡Diantres! siento ruido de pasos...

—No hai mas, entonces, ¡a la olla con él! dijo la criada aprontando el palo.

El soldado se esquivó de ella, poniéndose de modo que Monterreal quedara de por medio.

—¡Señor! señor! exclamó; yo tengo un cordel; éste con que me amarro la cintura.

Y comenzó a desatarse apresuradamente por debajo de la chaqueta.

—Venga acá, pues, dijo Monterreal.

Y tomando el cordel, hizo darse vuelta al soldado y le amarró las manos por detrás.

Como sobrara una punta, la retuvo en su mano, y dijo al prisionero indicándole el cuarto donde estaba la familia:

—Vamos, marcha adelante; allá te amarraré los pies.

Entraron al cuarto uno en pos de otro, y en seguida la criada.

Monterreal llevó al preso a un rincón, lo hizo sentarse en una silla y le ató los pies liándolos con los barrotes de ella.

—Ahora, dijo a la criada, este hombre queda a tu cuidado; a la mas leve voz, al mas insignificante movimiento...

—Es pan de mis alforjas, concluyó ella:

El jóven salió entonces al patio, recojió su trabuco del lugar en que lo había dejado caer; tomó el fusil con que había asegurado la puerta y las armas de los soldados, que habían quedado esparcidas por el suelo, y se volvió al cuarto.

—¿Y Valiente? preguntó ¿dónde está?

—Aquí estoi, mi amo, dijo él saliendo de junto a la puerta; no me he movido de aquí por no desamparar a mis amitas.

El esclavo había salido de debajo de la cama cuando conoció que no había peligro; esto es, cuando oyó la voz suplicante del talavera.

Mas, a la entrada de éste al cuarto, se apoderó de él un nuevo terror, y no pudo menos de retroceder hasta pegar su espalda a la pared.

Monterreal estaba tan acostumbrado a la poquedad de espíritu de Valiente, que no se manifestó disgustado de su conducta.

—Ven acá, le dijo sin alterarse, ayúdame a levantar el palomar.

No tardó en quedar todo en el mismo estado que ántes, y solo entonces prestó el jóven atención a los de su familia.

El anciano se había vuelto a la cama, y las mujeres, repuestas un tanto de sus terribles emociones, contemplaban en silencio cuanto se hacía.

—Estamos salvos por ahora, les dijo el jóven; y como el desórden de las calles no se ha de prolongar mucho, creo que ya no debemos alarmarnos.

—¡Que no debemos alarmarnos! dijo doña Irene con desaliento; aun suponiendo que no tengamos que sufrir un nuevo asalto de los saqueadores, ¿cómo crees que nuestra situación puede tener buen fin?

—¡Oh! eso no debe preocuparnos: el ejército español abandonará mui pronto el pueblo para atacar las fuerzas organizadas con la tercera division y los fujitivos. En su propio interés está salir luego de aquí, pues no han de querer dar tiempo a los patriotas para que se rehagan. Yo espero que mañana al amanecer estarémos libres de toda esta canalla.

—¿Y si no es así? Supongo que los españoles, en el caso de abandonar este pueblo, dejen, como es natural, una guarnicion y autoridades que conserven su dominio en él; ¿qué haríamos entonces para escapar de sus persecuciones? Tu uniforme de oficial del ejército patriota te compromete, y además, todos los vecinos de Ranca-

~~~~~

gua saben nuestra manera de pensar en política, y no faltará quien lo denuncie...

—Aún no es tiempo de estarse inquietando, madre mía; si esos temores se realizáran, no nos faltaría algún medio de salvarnos. Además, una vez terminado el saqueo, ya no es necesaria mi presencia aquí; pues no debemos temer que se moleste a mi padre, postrado como se halla en cama, ni a ustedes; solo yo corro peligro, y una persona puede escurrir el bulto con gran facilidad.

El enfermo escuchaba con interés esta conversacion, e interrumpiéndola llamó a Ricardo a su lecho.

—Pero ese hombre, le dijo a media voz, refiriéndose al prisionero: una vez libre, será nuestra perdicion; y tampoco es posible retenerlo indefinidamente aquí.

—Tiene usted razon, señor: la presencia de este hombre complica nuestra situacion: mucho mas si los españoles siguen dominando en Rancagua por algun tiempo. Sin embargo, ya veremos lo que nos conviene hacer de él.

Prolongóse algunos momentos esta conversacion, por la cual se vé la intranquilidad de ánimo en que estaba la familia, y además, los justos motivos en que basaban sus sobresaltos.

El jóven se empeñó en encontrar razones para aquietarlos, y en seguida se ocupó de cargar sus armas.

La pieza estaba enteramente a oscuras; ni era posible pensar en hacer luz; fuéle preciso a Monterreal andar a tientas buscando la pólvora y las balas, que felizmente había tenido la precaucion de dejar a mano.

Entretanto no se olvidaba de acercarse de tiempo en tiempo al prisionero para tantearle las ligaduras.

Antonia, la criada, velaba tambien con la mayor atencion, y como no podía ver si el soldado trataba de desatarse, había juzgado mas seguro tener en sus manos los cabos del cordel con que estaba amarrado. Así no podía menos de percibir sus mas leves movimientos.

Debemos hacerle la justicia de decir que esta vijilancia, nada cómoda por cierto, la obligaba a tener su imaginacion ocupada en maldecir la determinacion del jóven, tan atolondrada, a juicio de ella; esa falta de prevision para acceder a la caprichosa solicitud del hombre, y concederle una vida que hacía peligrar la de todos ellos, y que, principalmente, le ocasionaba a ella misma la molestia de velar con todo cuidado.

Se pasó una media hora así: doña Irene y Corina rezando en voz baja junto a la cama del enfermo; el jóven cargando sus armas, operacion morosa en la oscuridad, y la criada en sus silenciosos racionios, que de vez en cuando se convertían en ásperos refunfuños que llegaban a los oídos de los demas.

Cuando esto sucedía, el jóven le preguntaba:

—¿Qué sucede, Antonia?

—Nada, señor, respondía ella, con una marcada entonacion de mal humor.

Valiente se mantenía, entretanto, a respetable distancia del prisionero, y con el oído atento a los rumores que venían de afuera.

A propósito de esto, debemos decir que el bullicio de las calles no había cesado y llegaba distintamente a los oídos de nuestros personajes.

A veces arreciaba la grito de las jentes, y entónces pareciéndole a Monterral que se acercaban a aquel lu-

---

gar, se paraba a observar por las aberturas de las tablas, y permanecía un rato largo escuchando atentamente.

Convencíase al fin de que ese mayor ruido no tenía significacion alarmante para él, y volvía a su tarea.

—No es nada, decía en voz alta: quizás habrán encontrado un buen botin y lo celebran con sus gritos.

Fué de esta manera avanzando la noche, y como a eso de las diez, Ricardo rogó a su madre y a Corina que se acostaran en un colchon que él mismo tendió al efecto en el suelo.

Determináronse ellas a hacerlo, en fuerza de las instancias del jóven, quien trató de convencerlas de que no habiendo habido novedad hasta ahí, ya podían contar con que la noche se pasaría del mismo modo; pues no era fácil, o mas bien era imposible, que se descubriera su escondite sin mediar una circunstancia tan singular como la de la tarde.

---

## CAPÍTULO XIII

### Una astucia de Rodriguez

No serían mas que las diez de la misma noche cuyos sucesos estamos refiriendo, cuando dos jóvenes, el uno militar, jinete en un brioso caballo, y el otro paisano y de a pié, se despedían, estrechándose amistosamente las manos, en las inmediaciones de las Bodegas del Conde.

Estos dos personajes eran Luis Carrera y Manuel Rodriguez, a quienes hemos entrevisto la noche anterior en las casas del mismo paraje.

El primero se marchaba a Santiago, a la cabeza de un reducido número de soldados con quienes estaba apostado ahí desde las doce del día para reunir a los dispersos de la division de O'Higgins: tal era la órden que le había dado su hermano don José Miguel al retirarse de las inmediaciones de Rancagua.

Pues, ya es tiempo de que lo digamos, el jeneral en jefe había partido para Santiago poco antes de las doce, y abrigaba la persuasion de poder organizar la defensa en la Angostura o en los campos de Maipo.

Error: solo la vista de los derrotados produjo un te-

rror pánico en la tercera division, y en vez de atraérse-los ésta, ellos la contajieron y se llevaron en pos de sí al mayor número de sus soldados.

Derritióse como la nieve la fuerza que debía servir de base para la defensa, y por eso es que vemos a Luis Carrera a la cabeza de un puñado de los mas fieles hombres de su division.

—¿Con que decididamente te quedas? preguntaba a Rodriguez al tiempo de darle la mano.

—No lo dudes: estoi resuelto; y ademas tengo mi plan formado: creo poder hacer mucho en favor de ese pobre Monterreal y de su familia, que necesariamente se veán en grandes apuros. Dios quiera que llegue a tiempo; es una deuda de gratitud la que me obliga: don Gabriel Monterreal, el padre de Ricardo, me ha servido siempre con gran interés, principiando por haberme evitado cuando niño dos espulsiones ruidosas del colejio carolino, donde, como tú sabes, no me conduje con mucha santidad.

—Díme, le interrumpió Luis maliciosamente, tu interés por esa familia solo tiene por móvil la gratitud? mira que me dicen que Monterreal tiene una hermana mui interesante...

—¡Vamos! siempre con tus malos pensamientos! Adios, y no te olvides de decir al jeneral aquello de Argomedo.

—Sí... pero francamente no sé si te he entendido bien: tengo mi cabeza como un volcan desde esa retirada maldita de esta mañana.

—¿Te repito entonces la relacion?

—No; juzga tú de si me he olvidado: el hecho es que hace poco has sorprendido una conversacion entre ese

tal Argomedo con quien me mandaron la endiablada órden de no concluir mi victoria..... En fin, no quiero acordarme de eso por no condenarme de furor. Que ese bribon acaba de mandar un mensaje al jefe del ejército realista, con quien debe hallarse en estrechas relaciones: que el mensajero es un jóven administrador de estos graneros, que se llama.....

—Antonio Candia.

—Eso es, ya estoi: Antonio Candia. ¿Nada mas?

—Falta lo principal, pues, hombre: que Argomedo se ha ido ya para Santiago, y que vea si puede hacerlo atrapar.

—Bueno, ¿qué mas?

—Que yo me quedo por lo que te acabo de decir y con la esperanza de pescar ese mensaje.

—Convenido: que te vaya bien; ¿crees encontrar a ese jóven Candia?

—Por supuesto: tengo pronto mi caballo, y ya sé el camino que lleva: va en una mula que apénas anda, y tiene que dar un rodeo demasiado largo; yo voi derecho a esperarlo en el punto en que ha de desembocar al camino carretero.

Los dos jóvenes se separaron: Luis se juntó al grupo de soldados que lo esperaba a poca distancia, y Rodríguez se encaminó sólo a los edificios que se conocían con el nombre de Bodegas del Conde.

—Dame mi caballo, gritó a un hombre de manta que estaba parado en los corredores que formaban el frente de las casas.

El hombre caminó con aquel reposo que solo se encuen-

tra en las jentes del campo, y fué a desatar un caballo atado a uno de los pilares del corredor.

En seguida vino al encuentro de Rodriguez tirando al animal de las riendas.

—Necesito una manta y un sombrero de pita, le dijo éste: ¿puedes tú proporcionármelos?

—Puede ser, señor, respondió el campesino con aire de indecision.

—Es que quiero que sea, y al instante, repuso Rodriguez en tono imperativo y poniendo una moneda en manos de su interlocutor.

Recibióla este y la acercó a sus ojos tratando de verla, mas como la noche estaba oscura, solo pudo juzgar por el tacto, y dijo:

—¡Parece onza!

—Naturalmente, ¿qué otra moneda podría ser?

El campesino meditó un instante como calculando las ventajas del negocio que se le proponia. Indudablemente sus conclusiones debieron halagarle, porque sin objetar nada se quitó el sombrero y la manta y los presentó a Rodriguez.

Quitóse éste la gorrita de paño galoneada que llevaba puesta, y plegándola en varios dobleces, la guardó en un bolsillo.

En seguida se puso unas patillas de pelo negro; se vistió la manta y se cubrió con el sombrero de pita: todo a la vista del campesino, que lo observaba con muestras de intensa admiracion, pero sin decir palabra.

Su aspecto cambió notablemente con el disfraz.

—¿Está el puñal en la montura? preguntó acercándose al caballo y poniendo el pié en el estribo.

—Sí, señor, y en las alforjas va la ropa blanca.

—Está bien, adios.

Y poniendo los talones en los hijares del caballo, lo hizo salir al galope.

—Mi buen Candia llevará media hora escasa de camino, pensaba; pero un cuarto de hora me basta para ganarle la delantera. Bien mirado, me vale mas el no haberlo podido atrapar recién sorprendí su conversacion con Argomedo: la carta que lleva habría ido a parar a manos de Luis Carrera, y yo me encontraría ahora en aprietos para la realizacion de mis proyectos... Mientras que así... ¡oh! así, ni hai que pensar; el éxito es seguro.

Y alentado el jóven con sus propios pensamientos, daba recios chicotazos en las ancas del caballo, el cual, por cierto, estaría mui léjos de imaginar que tales caricias eran el fruto de la satisfaccion de su jinete.

De tal manera, ocupado Rodriguez en sus interiores discursos, y el caballo en graduar su carrera a las exigencias de los azotes, llegó el primero, o mas bien, llegaron ambos, pues el uno sin el otro no podían hacerlo; llegaron, decimos, jinete y caballo a un punto del camino en que desembocaba por el lado izquierdo un callejon estrecho.

—Aquí es, dijo Rodriguez; no tiene remedio: mi hombre no ha de tardar; conozco esto mas que la palma de mis manos... Pero será bueno avanzar algo por este callejon: conviene que el encuentro sea en paraje desierto; aquí podrían estorbarnos.

Dicho y hecho, Rodriguez se embocó en el callejon,

dando al caballo una marcha reposada y teniendo la vista fija adelante.

Habría andado ya un buen cuarto de legua, cuando divisó, a la distancia que la claridad de la luna permitía ver, un bulto negro que se destacaba en la línea media del camino.

—¡Ya estamos! pensó con secreta alegría; en verdad que temía el haber errado mis planes.

Y torciendo riendas al caballo, principió a desandar el camino a un paso mui lento.

De tiempo en tiempo volvía la cabeza y se cercioraba de que el bulto que se divisaba a su espalda iba aproximándose cada vez mas.

En pocos instantes iba a ser alcanzado.

El que venía era un hombre de manta y sombrero de pita, como Rodriguez: la poca luz no permitía observar sus facciones: pero sea por el color de la manta, o por la cabalgadura, que era una estenuada mula, o por su aspecto en jeneral, la verdad es que Rodriguez, en una última ojeada que le dió, se dijo:

—Es él; no tiene duda.

El hombre llegó hasta nivelar su mula con el caballo de Rodriguez, pero mediando entre ambos una distancia bastante regular: cada uno llevaba su vereda.

Rodriguez obligó resueltamente a su caballo a pasar a la vereda del otro jinete.

—Señor mio, le dijo sobre andando y fingiendo el acento de un rústico, ¿quiere Ud. decirme si voi bien por aquí a Rancagua?

La pregunta era mui natural; pero la hora avanzada de la noche, la soledad del camino y el acercarse tanto

el que interrogaba, debieron infundir recelos al viajero, porque antes de contestar, aprestó las riendas de una manera visible y llevó su mano a la cabeza de la montura, junto a la cual acostumbran los campesinos cargar sus enormes y afilados puñales.

—Va bien, mi amigo, respondió con una voz tosca que formaba contraste con la entonación suave que Rodríguez dió a la suya.

—¡Tate! quiere intimidarme, pensó Rodríguez. Aguárdate, que yo te pondré como nuevo.

Y conservando su caballo junto al de él, prosiguió en voz alta sin dejar de andar:

—Gracias, señor: ¿y me dirá Ud. también si falta mucho camino?

El de la mula levantó la cabeza y lo miró con cierta curiosidad ántes de responder: podríamos decir que avanzó la parte superior de su cuerpo hácia Rodríguez para examinarlo de cerca.

—¡Pécora! dijo éste interiormente; ¿habrá conocido que finjo la voz?

—¿Va Ud. por primera vez a Rancagua? preguntó el hombre sin abandonar la dureza de tono que había adoptado en su primera respuesta.

—No es la primera vez, y sin embargo, me encuentro perdido; dudo del camino.

—Habrá ido Ud. por el camino real; mientras que ahora vamos por un atajo.

—Un atajo: luego, abreviamos camino por aquí, dijo Rodríguez con aire de inocencia; pues supongo que Ud. va también a Rancagua.

—¿Y por qué lo supone Ud.? preguntó el viajero con ménos dureza, pero sin familiarizarse.

—Bah! dijo Rodriguez riéndose con franqueza, porque Ud. ha dicho: "Vamos por un atajo," como si el fin de su viaje debiera ser el del mio.

—¡Cáspita! buen humor gasta el amigo! repuso el viajero con enfado.

Rodriguez se formalizó como si se turbara con esa observacion.

—Si le disgusta a Ud. mi jovialidad, dijo, no me reiré en adelante, y aun me separaré de Ud., me quedaré atrás; pero hágame Ud. el favor de darme unas noticias.

—Si puedo, si son cosas que yo sepa.....

—Pues bien, aquí me detengo: lo que deseo saber es qué distancia hai de aquí a Rancagua.

El viajero se detuvo a contestar, quizá con la esperanza de desembarazarse así de aquel intruso.

—Eso es lo que yo quiero, pensó Rodriguez: de otro modo, ibamos a salir pronto de este desierto callejon.

—De aquí a Rancagua hai una legua escasa, dijo el hombre ¿es eso todo?

—Otra pregunta mas: ¿es verdad que los españoles se han apoderado del pueblo?

—Es verdad.

—Luego... pero esto es reservado, señor mio; solo para Ud... ¿Podré verme ahí con el jefe del ejército realista?

—¡Hola! Ud. desea ver... ¿y qué objeto lo lleva allá?

Rodriguez finjía una candidez suma, y su interlocutor llegó a creer que trataba con un bendito de Dios.

—Tengo una carta, un mensaje de importancia, dijo en tono confidencial.

—¡Una carta! ¿y está dirigida al jefe realista?

—Por supuesto, a él se la manda mi *patron*.

—¡Ah! exclamó el viajero dulcificando la voz, usted lleva el mismo destino que yo, amigo mío.

Rodriguez dijo para sí.

—¡Te tragaste el anzuelo, mala víbora!

I continuó en voz alta:

—¿Es decir que usted va tambien a ver al jefe español?

—Precisamente, y puesto que ya nos hemos entendido, sigamos andando.

Rodriguez movió lentamente su caballo.

—Es una felicidad, dijo, el haberme juntado con usted, pues a la verdad, no sabía como atinar con el camino, y ahora, todo está hecho... ¡Calle! se me ocurre otra cosa mejor... No sigamos adelante.

—¿Qué hai de nuevo? dijo el hombre deteniendo la mula, porque Rodriguez había detenido su caballo.

—Es que yo tengo precision de irme a Melipilla, y puesto que usted se ha de ver con el jefe realista... ¿No le lleva usted tambien un mensaje?

—Cabal: llevo una carta.

—Pues bien, me parecía mui sencillo: no es ningun trabajo para usted el llevar dos; ¿no es así?

—Tal creo; si no es mas que para eso, puede usted darme su carta, que supongo será de algun amigo del coronel Ossorio...

—¿El coronel Ossorio?

—Sí, pues; así se llama el jefe realista.

—Tiene usted razon, ya no me acordaba, dijo Rodriguez; ¡tengo una memoria! y estuve deletreando el nombre de la carta que traigo... El bueno de mi patron se

propuso hacerme aprender a leer desde una vez que me encargó llevar dos cartas a distintas personas, y me equivoqué en la entrega de ellas.

—¿Cómo? dió usted a uno la que era para el otro?

—Justamente, las dejé cambiadas en las casas que se me habían designado... Pero aquí tiene usted, esta es la carta.

Mientras hablaba Rodriguez, se habia buscado en la cartera por debajo de la manta, y de entre varios papeles, escojió uno al tacto y lo presentó a su interlocutor.

Mas, al tiempo de irlo a poner en su mano, lo retiró vivamente.

—Pero, dijo con una sonrisa maliciosa, ¿no será cosa de que usted se olvide de mi encargo, o se deje estar sin cumplirlo?

—Si duda usted... ya he dicho que debo ver al coronel Ossorio, y esa será mi primera dilijencia; tengo aquí la carta que le llevo...

—¿Es cierto entonces que le lleva usted una carta?

—Me parece que no tengo necesidad de repetirlo, dijo el viajero con mal disimulado tono de impaciencia. Si usted duda, es mejor que no se valga de mí. Continuemos andando.

—No, mi amigo, no es eso: mire usted, si supiera el bien que me resulta de ahorrarme este viaje... Me han avisado que mi madre está agonizando en Melipilla... comprende usted, pues, cuál será mi angustia.

Bueno yo estoi pronto a servirlo a usted; pero no nos demorémos mas.

—Es que tambien... usted me encontrará razon... yo quiero asegurarme de que mi carta llegará a su desti-

no... Como los españoles tienen tantos enemigos... ¿quién me asegura que usted no se está finjiendo que va a Rancagua, porque le confíe mi carta?

—¡Eh! ahora salimos con esas! ¡Finjiendo! mire usted.

Y el viajero sacó de debajo de su manta un papel; y mostrándolo a Rodriguez,

—¿No ve? le dijo, esta es la carta que yo llevo; y ahora, por desconfiado, no quiero encargarme de su comision.

Y al decir esto movía la mano ajitando en el aire la carta con que probaba la efectividad de sus aseveraciones.

Rodriguez se aprovecho de esos ademanes, y con la lijereza del gato que salta sobre su presa, cojió el papel súbitamente, cuando aun no concluía de hablar.

Fué tan rápido esto y la sorpresa del hombre tan viva, que cuando atinó a sospechar lo que le pasaba, Rodriguez estaba a mas de diez pasos de distancia: todo había sido atrapar el papel, e hincarle las espuelas al caballo.

El primer impulso del hombre fué darle alcance, pero la mula apenas tomó el trote al sentirse aguijoneada.

—¡Ah! infame, ladron! gritó a toda voz.

Rodriguez le constestó sin dejar de correr:

—Despues hablaremos, miserable! y si quieres que sea pronto, espérame dentro de una hora en las Bodegas del Conde.

Y siguió por el callejon a todo escape.

Cinco minutos despues desembocaba al camino real, y tomaba la direccion de Rancagua.

Entretanto se iba diciendo:

—El bribon calculará que, si le he quitado este papel, es con el fin de que no llegue a manos del jefe realista, y como su venida a Rancagua no tenía mas objeto que éste, preferirá volverse: mucho mas con la esperanza de encontrarme en las Bodegas del Conde. Por otra parte, aun cuando se le ocurra seguir hasta Rancagua, no podrá entrar sin traer algo que le sirva de pasaporte; y ese algo ya está en mi poder... Nó, es seguro que se vuelve y me deja en paz por esta noche ... ¡Cómo se habría de presentar a las avanzadas del ejército realista, diciendo: "Yo traía un mensaje y me lo han quitado en el camino.!" Mui necio debería ser para que tal hiciera; solo que se asegurara de que yo he tomado la direccion que llevo; pero esto es mui difícil; lo he dejado mui atrás en el callejon, y no es posible que se le ocurra el que yo haya hecho esto por el gusto de hacer llegar mas pronto a su destino el dichoso papel. ¡Quién diablo se podría imaginar que mi objeto es servirme de él para poder entrar a Rancagua!... Realmente puedo estar tranquilo.

Con tales pensamientos, el jóven seguía acercándose velozmente a la poblacion.

Era Rodriguez un valiente a toda prueba, y para apoderarse de la carta que llevaba ahora consigo, habría podido usar de la violencia en vez de la astucia; pero había obedecido a sesudas reflexiones para obrar así.

La astucia era su arma favorita, y por cierto que la manejaba con tanta felicidad como la espada, la pistola o el puñal: mui fácil le habria sido presentarse de frente al portador del enviado mensaje; y decirle: "Necesito ese papel; dímelo usted o defiéndalo."

Tal había sido también su primer pensamiento; mas, entrando en cuentas, se había dicho:

—Este Antonio Candia, este pícaro de administrador de las Bodegas del Conde, que nos ha finjido tanta amabilidad mientras se ha visto obligado a hospedarnos, debe ser hombre terco, a juzgar por las apariencias; puede que se me resista, y durante una lucha, es muy fácil destrozar o tragarse un papel. Por otra parte, aquello de salir en un camino a demandar una prenda, por mas que ella sea un papel y que este papel contenga un aviso al ejército enemigo, y por mas que el portador sea un traidor, siempre tiene mucha semejanza con lo de «la bolsa o la vida.» Por último, si hai lucha, habrá una muerte, y matar a un hombre por un papel que talvez puede obtenerse fácilmente empleando otros medios..... Nó, obremos con suavidad. Nada es matar a un bribon que está al servicio del enemigo; pero, si no hai tal precision, es mejor evitarlo. Probarémos primero los medios pacíficos.

Armado con estos razonamientos, Rodriguez había procedido de la manera que sabemos; había obtenido lo que quería, y se iba satisfecho del buen éxito de sus astucias.

Algo lo desazonaron los apóstrofes hirientes que le lanzó Candia al verlo huir; pero Rodriguez era hombre de calma, y tenía un razonamiento a su modo para cada lance.

—Es muy natural que se enfade el pobre hombre, había dicho; yo en su lugar habría gritado peores cosas. Ahí se calmará.

---

Hechas estas esplicaciones, continuamos siguiendo el hilo de los sucesos.

No tenemos necesidad de decir que Rodriguez llegó hasta encontrarse con los centinelas avanzados del ejército español, ni que al ser detenido manifestó que era portador de un mensaje para el Excelentísimo Señor Comandante Jeneral del Reino de Chile, don Mariano Ossorio; ni tampoco dirémos, por ser excusado, que las guardias no le pusieron dificultad alguna para conducirlo a la presencia de aquel jefe.

Nos trasladaremos, pues, al momento en que don Mariano Ossorio tuvo a bien dar audiencia al finjido mensajero.

---

## CAPÍTULO XIV.

### La carta de Argomedo.

Eran las cuatro y media de la madrugada. Los débiles tintes de la aurora principiaban a colorear el vasto horizonte que se dominaba desde el inmenso patio de la casa elejida por Ossorio para su alojamiento durante el sitio.

En capítulos anteriores hemos dicho que este jefe había sido divisado por O'Higgins, cuando, en un momento de peligro para las armas realistas, tomaba la retirada en direccion al Cachapoal.

De paso dirémos ahora que, desaparecido el peligro gracias a la retirada de la fuerza patriota que había venido en auxilio de los sitiados, Ossorio recibió aviso de que podía volver a ocupar tranquilamente su morada.

Por esto es que volvemos a encontrarlo en el mismo sitio y en las mismas habitaciones en que lo hemos visto durante la noche anterior a la que acaba de pasar, es decir, la del 1.º al 2 de Octubre.

La jornada de este último dia había sido sobrado angustiosa para Ossorio.

---

Retirado a un huerto de la casa, y a la sombra de un enorme castaño, se había estado las primeras horas de la mañana en fervorosa oracion, pasando y repasando las cuentas de su rosario: cuentas que, estando a las crónicas de aquel tiempo, eran tan gruesas como el fruto del árbol que cobijaba a tan piadoso jefe.

Ahí lo sorprendió la infausta nueva del asalto emprendido por la division de Luis Carrera.

Ossorio llegó a creer en el concurso del cielo contra él. Los santos se ponían de parte de los patriotas para castigar la profanacion que hacía del dia consagrado por la iglesia al descanso y a la piedad, pues el 2 de Octubre era domingo.

Las macizas cuentas de su rosario no habían inclinado a su favor la balanza en que el Hacedor Supremo pesaría la justicia de los bandos en contienda.

Fué así como se apresuró a ponerse en salvo, es decir, dominado por reflexiones de esta naturaleza. La Virgen del Rosario, cuyo patrocinio había invocado, era la responsable, a los ojos de aquel jefe, de todas las calamidades que amagaban a su ejército.

Pasó esto; vino la retirada de Luis Carrera; los soldados españoles recobraron las ventajas que por un momento se les habían arrebatado; y entonces Ossorio, volviendo bridas a su caballo del mismo modo que la tal noticia le volvió el alma al cuerpo, no pensó en otra cosa que en la accion de gracias que merecía su poderosa y celestial protectora.

La Reina de los cielos había querido poner a prueba su fé, y él, miserable pecador, había llegado a desconfiar de su proteccion; habíase hecho acreedor a un castigo, y

---

solo la infinita misericordia de la madre de los aflijidos habia obrado aquel milagroso cambio.

El beato coronel de artilleria, pues ya hemos dicho que tal era el grado militar de Ossorio, llego en sus fanaticas ilusiones a imaginarse que veia vagar por los aires las cohortes de anjeles y serafines que, cabalgando en atrevidos e impalpables corceles, oponian a la division de Luis Carrera sus celestiales pero sangrientas y esterminadoras espadas.

El rosario habia, pues, surtido efecto en los consejos del Empíreo, y era preciso continuar tan eficaz practica.

Ossorio se apresuro a volver a los castaños, persuadido de que cada Ave-Maria debia hacer rodar por lo menos diez cabezas patriotas.

Con tan fervorosa faena, demasiado que O'Higgins saliera salvo y sano de Rancagua; y quizá si libró de la feroz cuchillada que le asestara un soldado en su fuga, fué solo porque Ossorio interrumpió la última Ave-Maria para escuchar la nueva del triunfo.

Sea lo que se quiera de esto, y sin que queramos poner en duda la intervencion de la Virgen en tan sangrienta jornada, el hecho es que el jefe realista, despues de concluido su acto de gracias, se entregó, por primera diligencia, a un sabroso y prolongado sueño.

Durmió como un liron; y perdónesenos esta frase que solo empleamos en fuerza de su vulgaridad: pues, aunque es mui cierto que el citado animalillo duerme un sueño de seis meses, no nos creemos dispensados para elegir tan bajo término de comparacion; mucho menos

---

tratándose de un lugar-teniente de Su Majestad el Rei de todas las Españas.

En honor de Ossorio y de su ilustre descendencia, nos apresuramos a decir simplemente que durmió un sueño tan profundo como el de los justos.

Tambien "es fama que soñó"; pero esto no nos importa.

El caso es que durmió y que, fatigado como se hallaba con dos noches de velada, prolongó su sueño hasta que los primeros y apacibles albores del dia 3 de Octubre vinieron a iluminar los estragos de las noches y dias anteriores.

El patio de la quinta que hospedaba al jefe de que hablamos yacía en profundo silencio a aquellas horas; oíanse solamente los sonoros ronquidos de muchos soldados que dormían en los corredores o al pié de algunos elevados y ramosos naranjos.

Mentimos: oíase tambien el débil cuchicheo de otros pocos soldados que guardaban la puerta de la calle y entretenían el tiempo en fútiles conversaciones.

A pocos pasos de ellos, o mas claro, hacía el interior de la casa, pasado el zaguan, se veía inmóvil y afirmado en uno de los pilares del corredor a un hombre de manta y sombrero de pita, de alta y delgada estatura, de pálido rostro, y de ojos grandes, vivos e intelijentes.

Era Manuel Rodriguez que, despojado de sus patillas postizas, conservaba solamente el traje de campesino. Habíasele hecho aguardar casi toda la noche en aquellos corredores la audiencia que solicitaba del coronel Ossorio.

No se olvidará que el objeto de la venida del jóven a

Rancagua era tratar de favorecer a la familia de Montreal en los peligros a que talvez se hallaba espuesta durante aquella noche cuyos desórdenes era natural presumir.

Habíase, pues, visto obligado a devorar su impaciencia, maldiciendo en su interior el pacífico descanso del jefe realista.

En el momento que lo presentamos al lector, aburrido ya de pasearse a lo largo de los corredores, se había detenido junto a un pilar, y contemplaba maquinalmente, con aquella vaga mirada de los cerebros preocupados, las elevadas copas de los árboles, cuyas ramas principiaban a agitar lijeramente los pajarillos que se despertaban con los primeros reflejos de la aurora.

Paulatinamente fué haciéndose mas y mas sensible la aparicion del dia: las avecillas no se contentaron ya con saltar por entre las ramas; ganaron las copas de los árboles, y revoloteando de uno en otro, principiaron sus dulces gorjeos, aquel concierto matutino de que solo tiene idea el que ha madrugado alguna vez en el campo.

Rodriguez no era poeta, mas la sublimidad de ciertos espectáculos enciende en los corazones sensibles el mismísimo fuego que da ilusiones al escojido de las musas.

Sin pulsar la lira, los profanos pueden arrancarle armonías tan dulces como las del Parnaso, cuando la imaginacion es rica, jóven y atrevida.

Lo repetimos, Rodriguez no era poeta, pero su corazon se abrió a los poéticos perfumes de aquella mañana: su frente fué despejándose, borrando la huella de los sombríos pensamientos que la contraían; y su alma impresionable se dejó mecer en alas de rosadas ilusiones, tan

rosadas como la aurora que teñía el horizonte, tan canoras como el trino de las aves, y tan fragantes como el ambiente embalsamado con las dulces exhalaciones de los naranjos.

Rodriguez suspiró, dejando ensancharse su pecho como para dar cabida a las nuevas sensaciones que lo dominaron.

De pensar en la suerte de Monterreal, en la de cada uno de los miembros de su familia y en las angustias que experimentarían, su mente se detuvo en Corina; y bien sea que alguna cuerda de su corazón estuviera ya afectada por la candorosa hermosura de la jóven, o que la misma imájen de ella se presentara a sus pensamientos rivalizando o armonizándose con las bellezas que la naturaleza desplegaba a sus ojos, la verdad es que su corazón latió a impulsos de una sensación calorosa y agradable, trasmitiéndose a su vaga mirada aquella expresión indefinible y melancólica que solo nace del amor, o de otros afectos sublimes y tan delicados como él.

Rodriguez soñaba despierto en aquellos instantes, y quizá encontraba la similitud del semblante de Corina, su alba cútis, en las diáfanas y nacaradas nubes que cruzaban el espacio, su arjentada voz en el armonioso despertar de las aves, y su perfumado aliento en el aire que respiraba.

Profundamente impresionado, desprendida el alma, por decirlo así, de las circunstancias que le habían traído a aquel lugar, no fué dueño de resistir a un estremecimiento, cuando la voz de un soldado, pasmada por el fresco de la noche, lo llamó de un grito, diciéndole:

—¡Eh! amigo: el jeneral lo espera.

Este brusco llamamiento causó en el corazón hechizado del joven el mismo efecto que produce en el que va a cojer una flor la vista de un insecto venenoso albergado en ella.

Súbitamente se heló en sus ojos y en sus labios la imperceptible sonrisa que sus emociones dibujaban.

—¡Eh! exclamó de pronto, repitiendo como un eco la interjección del soldado, pero acentuándola con la modulación propia de la sorpresa: ¡Eh! me llama usted?

—El comandante jeneral es quien lo llama..... En aquella puerta a la izquierda.

Rodriguez se repuso al momento de la sorpresa, y marchó en la dirección que se le indicaba.

Cuando se halló en la presencia de Ossorio, a quien veía por la primera vez de su vida, le dirigió una imperceptible mirada de investigación.

Rodriguez tenía un golpe de vista vivo y certero, como su imaginación era fecunda y veloz.

En aquel hombre, de quien tanto había oído hablar de poco tiempo a esa parte, decantado por los españoles como un héroe y por los patriotas como un fanático, él, Rodriguez, el audaz revolucionario que en defensa de la libertad había olvidado la abogacía, para ponerse al servicio de los más exaltados partidarios de la independencia, él, decimos, encontró simplemente en Ossorio un hombre vulgarísimo, fácil de engañar y persuadir a lo que se quisiera.

Hai hombres que llevan el alma en la fisonomía, y que pueden ser grandes cuando ella es noble y elevada: la fisonomía de Ossorio revelaba su alma, pero una alma pequeña y fanatizada.

A su vista, Rodriguez comprendió que pudiera ser verdad cuanto había oído hablar sobre su excesiva piedad religiosa: encontró naturales los famosos decretos con que este jefe había iniciado su campaña, decretos en que se ordenaba *Te-Deum* y otras famosas rogativas a la Virgen del Rosario, en todos los pueblos del sur de Chile: finalmente, encontró que la urbanidad de Ossorio era un mal sostenido jesuitismo, pobre y vulgar como su persona.

Es de advertir que esta apreciacion estaba mui lejos de ser imparcial: el odio del jóven a todo lo que tenía el sello español, podía hacer exajerados sus juicios.

Pero así, con esta impresion, Rodriguez adquirió el suficiente dominio sobre sí mismo para acercarse al jefe realista, saludándolo respetuosamente y afectando un indescriptible aire de inocencia, peculiar de él, y que a nadie habria suscitado la mas lijera sospecha sobre su sinceridad.

—Excelentísimo señor, dijo inclinándose profundamente, don Juan Argomedo me ha encargado presentar a Vuestra Excelencia este papel.

Ossorio, que tambien habia fijado en Rodriguez, desde su entrada a la sala, una mirada que, si bien revelaba curiosidad, carecía de penetracion, al oir el nombre pronunciado por el jóven se satisfizo del todo.

—¡Ah! dijo. El es quien lo envía. Veamos.

Y abrió el mensaje con alguna precipitacion.

Mientras leía en voz baja, Rodriguez continuó su estudio sobre la persona del coronel.

—¡Es un necio, o yo soi el perillan mas corto de vista! se decia en el estilo jocosos propio de su carácter. Ve-

mos el semblante que pone con esa lectura... Lástima que no sepa yo el contenido de ese mensaje... pero si lo hubiera roto, no habria podido presentarme aquí con él. Bien calculo que serán noticias sobre la desercion de la jente de Luis Carrera; pero quién sabe si hai mas... Es desgracia no haber podido satisfacer mi curiosidad; ¡qué hacerle!

Y Rodriguez, sumido por un instante en sus latimeras reflexiones, dejó escapar un involuntario suspiro que llamó la atencion de Ossorio a tiempo que concluía su lectura.

—Paréceme, señor Candia, le dijo doblando el papel, que el ánimo no está mui alegre.

Rodriguez comprendió al instante que en la carta se citaba el nombre del portador; no dijo nada, pero adoptó una actitud en que parecia escusarse de su distraccion.

—Vamos, sea usted franco; Argomedo me habla bien de usted, y no quiero manifestarme indiferente a su recomendacion.

—Señor, Vuestra Excelencia me hace mucho honor al ocuparse de mis penas... Es cierto que sufro, señor, y lo que me ha inducido a venir aquí ha sido, ademas de la traída de ese mensaje, el obtener de Vuestra Excelencia una gracia:

—¡Bueno! me alegro: siempre es conveniente principiar el dia con una obra buena: y ahora que la Providencia se nos muestra propicia...

—¡Oh! señor, me encanta la piadosa disposicion de Vuestra Excelencia: no es otra cosa que una obra de caridad la que vengo a demandar;... tengo mi familia,

Excelentísimo señor, encerrada en el pueblo que tan gloriosamente ha sido conquistado por vuestro ejército.

—¡Hola! en este nido de víboras!

—Cabal, señor; la desgracia de tener un pariente enfermo...

—Comprendo: no pudieron salir a tiempo de aquí. Pero ¿hai mujeres en su familia?

—Justamente, señor, y es por eso que me alarma tanto la suerte de ella.

—Pues no debe usted alarmarse en tal caso; yo he dado orden de guardar toda consideracion a las jentes inofensivas.

—Bien puede ser, Excelentísimo Señor; pero en estos casos... Además, ardiendo está el pueblo aún por todas partes; los soldados no son jente que pueda contenerse con facilidad en los momentos de un triunfo...

—Bien, ¿y qué es lo que querría usted señor...?

El coronel titubeó sin encontrar el nombre, y Rodríguez se apresuró a recordárselo.

—Candia, para servir a Vuestra Excelencia, dijo inclinándose atentamente; y en seguida, contestando la pregunta, agregó:

—Yo querría, señor, que se me diera un salvo-conducto para poder registrar a Rancagua hasta hallar a mi familia; y aún...

El joven vaciló, como buscando la frase mas oportuna para continuar su petición.

—¿Y aún? dijo Ossorio, invitándole a continuar.

—La autorizacion, Excelentísimo Señor, para librarla de los peligros en que se halle.

—Cierto: es mui justo, repuso Ossorio. No hai duda que es una obra de caridad. Espérese usted.

Y sentándose a una mesa, escribió:

«No se moleste al portador ni a las personas que él designe.»

Al tiempo de ir a firmar, levantó la pluma, como si le ocurriera una idea repentina.

Rodriguez, que lo miraba escribir con secreta alegría, compuso repentinamente su semblante al verlo detenerse.

—Pero... dijo Osorio, ¿entre los de su familia no hai alguno rebelde a la causa del rei?

—¡Oh! señor ¡no me haga tal agravio Vuestra Excelencia! respondió Rodriguez con el tono mas sentido que se podia dar a esta frase. Si mi padre incurriera en tal pecado, lo dejaría perderse entre las llamas; estimo en mucho mi alma para querer esponerla en defensa de los herejes.

Habia tal candidez, tal acento de buena fé en estas palabras que, por otra parte, halagaban el fanatismo de Osorio, que no titubeó éste un momento, y puso su firma al pié de lo escrito.

—Aquí tiene Ud., dijo al jóven. ¿Nada mas se ofrece?

—Nada mas, Excelentísimo señor; me voi lleno de agradecimiento... Supongo que mostrando esta órden, los soldados de la guardia me entregarán mi caballo...

—Naturalmente. Vaya Ud. con Dios.

—El cielo guarde a Vuestra Excelencia.

E inclinándose Rodriguez, añadió interiormente:

—Para colocarte de anjelito en una pila de agua bendita.

Al salir se encontró con un grupo de oficiales que aguardaban el momento de entrar.

Rodriguez tomó a un lado, no sin excitar la atención de ellos que se apresuraron a presentar sus respetos al comandante jeneral.

—¿Quién será éste? preguntó el comandante Maroto.

—Señores míos, les dijo Ossorio al mismo tiempo: buenas noticias tenemos del lado de Santiago: lean ustedes.

Y les presentó la carta que acababa de traer Rodriguez.

El mayor de plaza don Luis Urrejola, a quien ya hemos nombrado, hombre de fisonomía simpática y distinguida, de noble carácter y honrosa reputación; tomó el papel de manos de Ossorio y se dispuso a leer.

De paso debemos decir que a este jefe se debía principalmente el buen éxito de la batalla de Rancagua: él fué el que con mas energía había sostenido la opinión de continuar el ataque, y él también quien el día anterior dirigió todas las operaciones del combate y arrojó la responsabilidad de no transmitir a los comandantes de división la orden de retirada que le dió Ossorio cuando vió peligrar los resultados y tomó la fuga.

La carta de Argomedo fué leída en voz alta por Urrejola.

Decía así:

«Excelentísimo Señor Comandante Jeneral del Reino de Chile, don Mariano Ossorio.

«Llegué a las seis de la mañana a este campamento de las Bodegas del Conde.

Encontré en el camino al mensajero de O'Higgins, que iba de vuelta: un joven teniente de dragones llama-

do Ricardo Monterreal, edad diez y nueve años, agradable presencia; iba disfrazado de talavera. Doi estos detalles, por si es necesario.

"Dí cuenta al jeneral Carrera de haber sido descubierto por O'Higgins el complot contra su vida, cuya direccion me estaba encargada. Con pocas reflexiones se decidió a dejar abandonada la division de aquel jefe. Eso sí que dos horas ántes habia salido Luis Carrera con órden de atacar al ejército español; y solo a las ocho de la mañana se resolvió el jeneral a dar la contra-órden, que yo en persona llevé al coronel Luis Carrera.

"Cuando pude llegar al sitio del combate y avistar a este jefe, fué después de comenzado el ataque. Esto le explicaré a Vuestra Excelencia la retirada que hizo, teniendo todas las ventajas de su parte.

"He cumplido fielmente mi comision, y ahora tengo el gusto y la honra de avisar a Vuestra Excelencia que la division de reserva que aquí habia se ha desertado en su totalidad. El camino de Santiago está abierto sin ningun jénero de peligros. Apresurándose, no se da tiempo a los patriotas para organizar la defensa.

"El portador es don Antonio Candia, administrador de estos Graneros (*Bodegas del Conde*); lo recomiendo a la benevolencia de Vuestra Gracia como un celoso partidario de la causa real.

"Sigo hasta Santiago en pró de ella.

"Su mas humilde y respetuoso servidor que besa los piés de Vuestra Excelencia.

---

Cuando Urrejola acabó de leer, hiciéronse algunos comentarios de corto momento, y Ossorio terminó diciendo:

—Vamos ahora a la plaza de Rancagua; celebraremos un *Te-Deum* en accion de gracias en esa iglesia de San Francisco, cuya torre ha servido de blanco a muchos de nuestros soldados; y en seguida, reconciliados con Dios, dispondremos nuestra marcha a Santiago.

Hiciéronse los aprestos necesarios conforme a esta órden, y media hora después salia de la casa una numerosa comitiva de jinetes, lo mas selecto del ejército español; jente alegre y bulliciosa con la satisfaccion del triunfo, a cuya cabeza se distinguía la figura de Ossorio, quien armado de punta en blanco recibía con afables sonrisas las ovaciones con que en su tránsito lo acogía la muchedumbre.

---

## CAPÍTULO XV.

### Fuego y Talaveras.

Mientras tenían lugar los hechos relatados en los dos capítulos anteriores, Ricardo Monterreal y su familia, a quienes hemos dejado en la despensa de su casa, habían visto correr la noche sin que les ocurriera nada de notable.

Doña Irene y Corina habían podido entregarse al sueño por algunas horas; el anciano enfermo, aparte del desvelo que sus dolencias le ocasionaban, no había tenido que sufrir nuevas inquietudes; hasta el tímido Valiente había dado señales de su tranquilidad, dejando escapar de cuando en cuando algunos sonoros ronquidos que hacían rabiar de envidia a la criada Antonia.

Monterreal había velado atento al menor ruido y sin descuidarse de hacer frecuentes visitas a su prisionero: Antonia no había soltado un instante las estremidades de las cuerdas que sujetaban a éste.

De tal manera vino el día y principió a transmitir su luz al interior del cuarto por las junturas de las tablas del palomar.

Si esta luz no traía la alegría al jóven teniente, por lo ménos quitaba en gran parte sus temores; hacíalo abrigar la esperanza de que pronto cesarían los horrores del saqueo, en atención a que los jefes del ejército vencedor podrían establecer el órden en sus soldados.

Con tal consideracion y asaltado poderosamente por el sueño, despues de dos noches de velada, Monterreal, medio rescostado en su silla, cerró por un momento los párpados y apoyó la cabeza en la pared.

Ninguna señal de alarma venía del exterior, y así era disculpable que un jóven en toda la fuerza de la vida, en la edad que mas necesita del sueño, se dejara vencer algunos instantes por tan exigente amo.

Permanecería nuestro teniente de dragones una media hora lárga en absoluta inmovilidad; media hora de aquel profundo sopor, en que no solo duerme la materia sino tambien el espíritu. Entonces no se sueña; el desfallecimiento parece dominar nuestras facultades intelectuales, embargar completamente nuestro ser.

Pero, como si el cansancio no pudiera hacer en el alma igual mella que la que ejerce en nuestros miembros, se despierta ella prontamente, y no encontrando como establecer sus relaciones con el mundo exterior, se entrega a aquella vida aislada en que la imajinacion juega el primer rol; vida esencialmente fantástica que denominamos sueño.

Nuestro héroe, pasada aquella media hora de profundo sopor, iba a soñar. Mas en ese mismo instante Valiente se acercó a él sin hacer ruido y le tocó un brazo.

El jóven no se movió; pero en su imajinacion, ya despierta, se forjó la idea de que era Corina quien le habla.

ba haciéndole notar un segundo galon en la manga de la chaqueta: era este el recuerdo de lo que había exijido a su hermana la noche antepasada acerca de su distintivo de teniente.

El esclavo le tocó el brazo con mas fuerza y al mismo tiempo le dijo al oído:

—Amo.

El jóven hizo un movimiento sin abrir los ojos.

—Amito, repitió el esclavo.

—¿Qué hai? dijo entonces el jóven abriendo los ojos cuan grande eran e incorporándose vivamente en la silla.

Valiente le respondió señalando con una mano al interior del cuarto, o con mas fijeza, hácia el ángulo superior del techo en el punto de interseccion con la pared del fondo.

Monterreal dirijió la vista a donde las señas le indicaban y vió un punto rojo y brillante que se ensanchaba paulatinamente.

—¡Fuego! dijo en voz baja, parándose lleno de sobresalto.

Corina estaba despierta y oyó la exclamacion, por leve que fuera.

—¿Fuego? repitió abandonando con viveza el lecho en que dormía con su madre.

Este movimiento e interrogacion llevaron la alarma a las demas personas allí encerradas.

Doña Irene siguió a Corina; el enfermo se incorporó en su lecho, y la criada exclamó con desaliento, pero sin abandonar su puesto:

—¡Era lo que nos faltaba!

—Calma, dijo el jóven; aun tenemos tiempo; no se asusten. Lo que hai es que nos veremos obligados a abandonar nuestro escondite.

—¡Dios mio! ya no hai esperanza! exclamó doña Irene con desesperacion.

El jóven conocía la inminencia del peligro, y un vago temor principiaba a asaltarle; pero bien veía que solo él debía inspirar a su familia el valor necesario para arrostrar tan azarosa situacion.

—¡Vamos! dijo con entereza, ¡no hai que desalentarse! la jente se ha tranquilizado allá afuera.

—Pero tu traje, hijo mio, nos compromete a todos y excita la saña de los españoles.

—Si no es mas que eso, voi a quitármelo.

Y el jóven, en menos de un minuto, cambió su uniforme de oficial por un traje de paisano que tomó de la cama de su padre: veníale un poco holgado, pero esto le daba un aire inofensivo, la traza de un inocente provinciano.

—Ahora no tienen nada que inculparme, dijo.

El fuego había cundido entretanto, convirtiéndose el punto luminoso en un disco de llamas que no tendría menos de una cuarta de diámetro.

—Pero ¿de donde viene este fuego? preguntó el enfermo.

—Es que nadie se habrá cuidado de apagar los edificios incendiados ayer, y el fuego ha cundido hasta aquí, dijo el jóven con una tranquilidad mui ajena de las circunstancias.

—¿Y qué debemos hacer ahora? preguntó doña Irene.

—Ahora vamos a salir al patio.

—¡Por Dios! ¿y si vienen soldados? dijo Corina.

—Nos presentamos como jente pacífica.

—Pero ese hombre, repuso la jóven señalando al prisionero, el cual observaba todo silenciosamente.

—¡Caball! ¿en qué estaba pensando yo! exclamó Ricardo. Es preciso tomar una determinacion: este hombre nos delataría.

Los ojos del talavera se fijaron con espanto en el jóven.

—Padre mio, ¿qué haremos? preguntó éste, sin atreverse a tomar una resolucion.

Mas, al mismo tiempo que hacía la pregunta, se dejó sentir un gran estrépito en el patio.

—Por aquí, por aquí! gritaban algunas voces.

—Sí, eso es; adelante, muchachos! dijo otra que dominaba a las demas con un pronunciado acento de mando.

—¡Cielos! exclamó Corina.

—¡Todo se ha perdido! dijo doña Irene.

Valiente cayó de rodillas.

Ricardo se acercó a la puerta y miró por las junturas.

El patio se inundaba de soldados; pero casi todos tenían la vista fija en los techos, y algunos se disponían a subir aplicando una escala a una muralla.

—Vienen a apagar, dijo Ricardo volviéndose al interior del cuarto para que su voz no se escuchara afuera.

—Arriba, niños! gritó la misma voz que antes había ordenado. Destrocen ese techo con el mismo empeño con que han destrozado otras cosas toda la noche.

Monterreal se fijaba en que la mayor parte de los sol-

dados vestían el uniforme de los talaveras, y el que mandaba tenía insignias de capitán.

—Sarjento Villalobos, continuó diciendo éste, vea si ha llegado agua por la acequia.

A esta órden, que se escuchó distintamente en el interior del cuarto, Monterreal se estremeció, y un lijero escalofrío recorrió todo su cuerpo.

A ese tiempo se sintieron en el techo las pisadas de los que habían subido a cortar el fuego.

La parte incendiada que se veía desde el interior abarcaba un trecho de mas de una vara.

Al resplandor rojizo de las llamas, se distinguía la palidez mortal, la espresion angustiada de cada una de las personas refujiadas allí.

Monterreal divisó al sarjento que había recibido la última órden; lo vió acercarse a la acequia.

Era un hombre alto, enjuto de cara y de cuerpo, de nariz encorvada, pómulos salientes y ojos hundidos y de áspero mirar.

La acequia estaba a dos pasos del palomar.

Villalobos se inclinó para destaparla.

El momento era supremo: Monterreal veía que no podía prolongarse su permanencia en el cuarto por mas de algunos minutos: el calor y el humo principiaban a sofocar, y los soldados que habían subido al techo estaban ya destrozándolo.

Ahora bien, dejar que descubrieran los cadáveres ocultos en la acequia, y presentarse él en seguida, era denunciarse como matador de ellos.

Esta reflexion fué rapidísima, y apenas concebida, el jóven gritó por las rendijas del palomar:

—No viene agua. Sarjento Villalobos, venga usted. Como era de esperarlo, esta voz que partía de un punto en que nadie imaginaba que hubiera alma viviente, causó una súbita admiracion en los soldados y principalmente en el sarjento, quien se enderezó con mas viveza que si le hubiera caído una chispa del incendio.

Acto contínuo, Monterreal dijo a la criada, señalándo al prisionero:

—Aturde a ese hombre de un garrotazo y escóndelo. El talavera que se sentía mas gozoso miéntras mas eran las angustias de sus aprensosores, pues veía acercarse el momento de su libertad, cuando oyó tan perentoria órden, dió un salto en la silla en que estaba amarrado y se fué de bruces al suelo.

Lanzó entonces un grito agudo, diciendo:

—¡Socorro!

Y al mismo tiempo se descargó sobre su cabeza el pesado garrote de Antonia.

Corina no fué dueña de reprimir un grito de espanto, y cayó desmayada.

Entretanto el sarjento Villalobos había comprendido de donde podía haber salido la voz que lo llamaba.

Vinose al palomar y le dió un sacudon.

Ricardo para ganar tiempo, sujetó por dentro esa débil pantalla que lo ocultaba a sus enemigos, y al mismo tiempo decía:

—Abranos sarjento; abra que nos ahogamos!

El sarjento aplicó un segundo empujon al palomar.

Nueva resistencia por parte de Ricardo.

A todo esto el capitan y algunos soldados habían acudido, atraídos por la voz del jóven.

—¡Hola! decía aquel, parece que tenemos un nido de bichos: mire usted como el fuego los pone en calzas prietas. ¡Por San Crispin! esto es como lo que los niños hacen en mi tierra con las cucarachas.

Monterreal había hecho entretanto algunas señas a su madre y a Antonia, quienes comprendiéndolas, se habían dado prisa a ocultar las armas y el uniforme de oficial. Ya el talavera estaba también oculto debajo del catre.

Era tiempo: el palomar recibió un poderoso sacudon, y vino al suelo dejando en descubierto el claro de la puerta.

Hubo un momento de silencio en que los soldados contemplaron con curiosidad a Ricardo y doña Irene que aparecían en el umbral.

—¡Vamos! dijo el capitán dirigiéndose a los soldados, ¿qué hacen ustedes ahí como bobos? Adentro, a registrar ese nido!

—Una palabra, señor, dijo Ricardo sin desamparar la entrada.

Los soldados, que ya se movían hacia él, aguardaron.

—¡Hola! ¿qué viene a ser esto? replicó el capitán; me parece que he mandado.

Lanzáronse entonces los soldados a la puerta y trataron de apartar al joven para entrar.

Resistió éste por un momento, gritando:

—Mi padre enfermo, señor capitán: que no se le violente...

Ya no fué posible resistir mas; pero en lugar de apartarse, Ricardo se dejó llevar hacia el interior, a fin de socorrer a su hermana.

La criada la levantaba en ese momento del suelo, donde yacía exánime.

Doña Irene retrocedió también hasta ella.

El sarjento Villalobos recorrió de una ojeada todo el ámbito del cuarto, y sus ávidas miradas vinieron a detenerse en el rostro de la jóven desmayada.

Antonia trataba de hacerse a un lado para no ser atropellada con su preciosa carga.

Los ojos de Villalobos siguieron por un segundo brillantes y persistentes la dirección en que iba Antonia.

—¡Chicos! gritó, asegurar a cada una de estas sabandijas!

Los soldados, que vagaban en el cuarto sin objeto determinado, se fueron sobre las personas.

Villalobos se dirigió determinadamente a Antonia y puso una mano sobre Corina, como para tomarla en peso.

—¡Sarjento! le dijo Monterreal, apartándole el brazo y en un tono que espresaba tanta dignidad y sentimiento a la vez, que Villalobos no le opuso resistencia: ¡Sarjento Villalobos! yo respondo de que nadie hará resistencia. Nos sometemos a las...

Dos brazos robustos lo tomaron por la espalda, y la frase espiró en sus labios.

Vuélvese entonces con tal presteza, que se escabulle de las manos del que lo toma.

—No es necesario, dice al soldado esquivándole el cuerpo, pero dando a sus palabras y ademanes el aire mas persuasivo.

Siente al mismo tiempo otros brazos que lo agarran



Un culatazo descargado con furioso ímpetu ha puesto fin a sus heroicos esfuerzos en defensa de su familia.

~~~~~

por detrás, y con ajilidad sorprendente, se encoje y se desliza de ellos.

Al volverse a este lado, ve a Corina en poder de Villalobos, y a su madre rechazada brutalmente de junto a ella.

Entonces pierde toda su prudencia: dá un violento empujón al que tiene por delante y se lanza sobre el sargento.

—Capitan! grita con voz estentórea, que haya orden! Sargento, yo me encargo de mi hermana.

Y deteniendo de un brazo a Villalobos, trata de apoderarse de la jóven.

Mas apenas ha puesto su mano en el soldado, cuando recibe un feroz golpe en la cabeza.

Sus miembros se paralizan; sus miradas extraviadas van a fijarse en el capitan que desde la puerta contemplaba con feroz sonrisa aquella escena, y ensangrentado y bamboleándose llega a caer cerca de la cama de su padre.

Un culatazo descargado con furioso ímpetu ha puesto fin a sus heróicos esfuerzos en defensa de su familia.

Entretanto, los demas son tratados con una rudeza propia de sus feroces aprehensores.

Doña Irene, a quien las fuerzas y los sentidos han abandonado, es sacada al patio y maniatada; y el anciano enfermo es arrancado de su lecho con insultantes apóstrofes e inhumanos tratamientos.

El capitan da orden de que ambos sean conducidos a los lugares de retencion.

Valiente ha sido sacado a golpes y empujones de un rincón del cuarto en que no daba señales de vida, com

primiendo hasta la respiracion para no ser notado. Yace inmóvil, tendido sin conocimiento en el medio del patio.

La criada ha luchado con los soldados hasta que, agotadas sus fuerzas, se deja llevar en brazos de uno, sufriendo las indignidades con que otros ponen las manos en ella.

El capitan está en el patio atendiendo a todo.

—Esos dos viejos van a lugar seguro, dice a los soldados. ¡Vamos! arriba con ellos.

Doña Irene y su marido son conducidos en peso por cuatro soldados para afuera de la casa.

—Mi capitan, esta mujer, dice el soldado que trae en brazos a Antonia.

—¡Esa mujer? Trazas de india tiene. Vaya, considérala como botin de guerra. Tienes media hora para llevarla adonde te parezca.

—Gracias, mi capitan.—El que me tenga envidia, que me siga.

Queda Villalobos cerca del oficial, teniendo a Corina en sus brazos.

—¡Qué tal la prenda, mi capitan San Bruno! Le dice el sarjento.

El oficial la contempla con ávidos ojos y una repugnante espresion de lujuria. Corina está desmayada, su cabeza caída atrás, sus rubios cabellos desmelenados, los labios entreabiertos, pálida, hechicera en su misma palidez; el blanco alabastrino de su garganta se ostenta voluptuoso a las miradas de aquellos torpes y feroces hombres.

—¡Por Satanás! esclama el capitan; ¡jamás he visto una cara como esa! con esta presa me doi por pagado de

todas las fatigas de este endiablado combate. Mira, Villalobos, llévamela a la casa donde alojé anoche: yo te sigo para cuidar que no tengamos envidiosos. Aguarda, déjame cubrirle la cara.

Y San Bruno hizo lo que decía con un gran pañuelo que sacó de su bolsillo.

—Capitan, capitan! gritaron a ese tiempo los soldados que rejistraban aun el interior del cuarto.

—Aquí hai un cadáver!

—El cadáver de un talavera!

—Un talavera muerto debajo de la cama!

—Capitan San Bruno!

—Es José Brito el muerto!

El capitan acudió; pero con su imaginacion fija en asegurar la suerte de Corina, se apresuró a volver a salir.

Cuando pasó junto al cuerpo inmóvil de Monterreal, le dió un puntapié, diciendo:

—Si ha sido este pícaro, bien merecida tiene su suerte. Aunque no es posible que este muchacho... aquel habrá sido el asesino, añadió señalando a Valiente que, como hemos dicho, yacía cuan largo era, como muerto, en el patio.

—¡Bribon! repuso un soldado pinchándole una pierna con la punta de la bayoneta.

Valiente dió un brinco involuntario al penetrar el hierro en sus carnes.

—¡Hola! exclamó San Bruno sorprendido ¡está vivo ese tuno!

—Si no le han hecho ni un rasguño, dijo un soldado, preparándose a darle otro puntazo en el medio del pecho.

—Pues no lo mates, le gritó San Bruno; aprisionénlo, para que nos pague mas a nuestro gusto la muerte de ese pobre Brito.

Valiente, cuyos ojos parecía que iban a salirse de las órbitas, quiso hablar algo; pero el pavor le había trabado la lengua, y solo articuló algunos sonidos incoherentes.

—¡Ven aquí con ahullidos! le dijo uno, aplicándole con la culata del fusil un golpe calculado de manera que el arma resbalara sobre el casco sin romperlo.

Valiente no chistó, por restregarse a dos manos la parte castigada.

—¡Ah! te escuece! despues te rascaremos! agregó el mismo soldado tomándolo de un brazo y obligándolo a pararse. ¡Marcha adelante, buena pieza!

—Cabo Sanchez, decía entretanto San Bruno a otro individuo; cuide usted de dejar cortado el incendio por esta parte.

Y haciendo una seña a Villalobos, que aun permanecía a la puerta con Corina en brazos esperando sus órdenes, salió de ahí.

En pos de él salió tambien el esclavo; pero en llegando a la plaza, se le obligó a tomar una direccion distinta.

CAPÍTULO XVI.

El salvo-conducto.

Aun no había andado el sarjento Villalobos unos veinte pasos por el costado de la plaza, cuando un jinete que desembocaba por la calle del poniente, con los ojos desmesuradamente abiertos, como para no perder el mas mínimo detalle entre la indescriptible batahola de gritos, carreras y tumultos que formaban los soldados por todas partes, apresuró el paso de su cabalgadura tratando de ganar la direccion que aquel llevaba.

El jinete era Rodriguez, y es el caso que al poner sus piés en la plaza, o mas bien, las patas de su caballo, su primera mirada fué hácia el rincon en que estaba la casa de Monterreal; y la primera impresion tambien que recibió su vista fué la del soldado llevando un bulto que parecia una mujer.

—¡Por mi abuela! exclamó con acento dolorido ¡una mujer sacada en peso de ahí! mal aire tuerza al bribon, si es lo que me imagino!

Y sin atender a la confusion que allí reinaba, solo puso sus cinco sentidos en dar alcance al sarjento.

No era una empresa fácil el avanzar entre aquella

muchedumbre desordenada, tanto mas cuanto que el menor daño inferido a alguién podía acarrear graves conflictos al agresor.

Rodriguz se dió, pues, mil mañas para obtener una marcha regular.

Su mano diestra y segura en el manejo de las riendas del caballo, le facilitaba el aprovechar los pasos mas tortuosos por entre los grupos, el ganar con facilidad los claros y el evitar rápidamente los tropiezos.

Con la manta levantada por un lado, es decir, reman-gada sobre el hombro, enarbolaba en una mano el papel que le había dado Ossorio, como para mostrar a los curiosos que su precipitacion era motivada por el cumplimiento de una órden que debía ejecutar con prontitud. Ademas, llevaba su semblante revestido de una sonrisa franca y halagüeña, destinada a captarse las buenas voluntades y a evitar las desconfianzas, manifestándose mui seguro entre tanto desalmado.

Indudablemente estas precauciones produjeron su efecto, pues sin contratiempo alguno, Rodriguez llegó a alcanzar a Villalobos cuando tomaba la boca-calle de la Merced.

—¡Hola! señor mio! le gritó a tres pasos de distancia. ¡Mi sarjento! agregó notando el distintivo del talavera.

Este le miró, y no viendo un jefe en el que le interpe-laba siguió adelante.

—¡Eh! amigo! prosiguió Rodriguez, poniéndosele al lado y destapando la cara a la jóven aun desmayada.

Villalobos se paró.

El corazon de Rodriguez dió un vuelco en su pecho

al conocer a Corina; pero la emocion no se tradujo en su semblante por el mas leve cambio.

—¿Qué se ofrece? preguntó el sarjento con áspero tono.

—Quiero saber a donde lleva usted a esa jóven.

—¿Y qué le importa de eso al zopenco?

—¡Hola! ¡no me importa que se lleven a mi hermana sin decirme ni por ahí te pudras!

—¿Hermana? pues me alegra de saberlo, seor impávido: va usted a ver como arreglamos nosotros estas cuestiones de parentezco.

—¿Qué hai de nuevo? dijo a este tiempo el capitan San Bruno, que viniendo algunos pasos atras de Villalobos, se dió prisa a reunírsele cuando lo vió detenido.

—Tenemos a este ánjel de Dios, dijo el sarjento, que quiere saber a donde va a parar su hermana.

—¡Ah! ¿esas tenemos? ¡A ver! ¡Hola! dos talaveras aquí! gritó San Bruno.

No hubo que repetir el llamado: un grupo de curiosos se habia formado junto a ellos, y los talaveras no escaseaban.

—A ver cómo me descogotan a este gagnápiro! dijo San Bruno. Pero ¿qué papel es ese?

Aludía el capitan al salvo-conducto que Rodriguez dejaba ver en su mano, y que en ese momento se lo presentó con la sonrisa mas cachazuda que su rostro sabia afectar.

San Bruno leyó y releyó la órden en voz baja; la miró por todos lados con espresion de disgusto; se rascó la cabeza en toda la parte que la gorra dejaba en descubierto, y por último fijó su observacion en Rodriguez.

—¿Quiere usted decirme, señor mio, le preguntó con acento lijeramente dulcificado, quiere explicarme el motivo de esta órden?

—¡Ai, mi capitan, imposible! dijo Rodriguez en un tono que demostraba un gran sentimiento por no poderse explicar. Es un asunto importantísimo que solo podría descubrir el señor Comandante Jeneral.

—¿Y si yo entrego a usted esta mujer, a dónde la llevaría usted?

—Tampoco puedo satisfacer a esa pregunta, porque es negocio delicado.

San Bruno meditó un instante, y como si le viniera una idea que lo sacara del apuro, dijo resueltamente:

—Está bien, sarjento, entregue usted esa niña.

Villalobos se acercó a Rodriguez, moviendo la cabeza y haciendo un jesto de contrariedad, mientras San Bruno fijaba una mirada envidiosa en el bellissimo semblante de la jóven.

—Alcemela usted, dijo Rodriguez al sarjento, y no le pese; quien lleva órdenes como la que he manifestado puede hacer mucho en favor de los que bien le sirvan.

Corina fué levantada en alto por el sarjento, con el auxilio de Rodriguez, quien tomándola de la cintura, la sentó por delante de sí y la sujetó entre los brazos, no sin que tuviera que esforzarse en dominar la emocion que sufría.

Despues de esto, el jóven se quedó un instante mirando a San Bruno en actitud de esperar algo.

—Ya está, pues, le dijo éste, ¿qué espera usted?

—Espero que me devuelva mi papelito, señor capitan.

—¿Su papelito? y para qué quiere eso ahora, cuando ya está satisfecha la orden?

—Está satisfecha, mi señor, por usted solo; pero puede que tenga que hacerla valer nuevamente, ya sea en mi favor ya en el de mi hermana, o en el de otros.

—Pero ¡es una monstruosidad! debe haber aquí una equivocación: con semejante orden podría usted arrebatarnos a todos los prisioneros. Nó; yo he cumplido la orden, y no debo dejar una arma de tal naturaleza en poder de un desconocido.

—Pues discurre usted con muy poca discreción, mi señor capitán, o se deja llevar muy lejos por su celo: esto último, a fe mía, le hace honor, y desearía saber el nombre de quien tan empeñosamente defiende los intereses de nuestro rey.

—Soy el capitán San Bruno, mi querido señor...; pero el nombre de usted no aparece en la orden.

—Antonio Candia, para servir a usted, dijo Rodríguez inclinándose graciosamente la cabeza. Debo, pues, hacerle notar, señor San Bruno, que la misma latitud de ese salvo-conducto le prueba a usted la confianza que hace de mí el Comandante Jeneral, y lo delicado de la comisión que desempeñó. No permita Dios que por un capricho vaya usted a comprometer el resultado de los importantes encargos que he recibido; cargaría usted con una terrible responsabilidad.

Esta reflexión pareció decidir del todo a San Bruno.

—Es verdad, dijo cavilosamente, puesto que la orden está concebida en términos tan latos, habrá sido esa la voluntad del jefe... Sí, señor, tiene usted razón; aquí está su orden; llévela usted y vaya con Dios.

—Páselo usted bien, señor San Bruno.

Y Rodriguez se alejó haciendo tomar a su cabalgadura el paso mas ligero que era posible llevar entre la multitud.

San Bruno se quedó contemplándolo algunos instantes, y volviéndose de pronto a Villalobos, le dijo en voz baja:

—¿Me has comprendido?

El sarjento se encojió de hombros de un modo que equivalia a decir “no entiendo ni jota.”

—¿Has creido que he renunciado a la posesion de esa bella criatura?

—Naturalmente, desde que usted la ha dejado llevar.

—No debia hacer otra cosa, mi buen Ramon; la orden era terminante y podia comprometerme peligrosamente; pero he confiado en que tú no permitirás que ese pelagatos deje burlados mis deseos.

—Pero ¿qué se puede hacer ahora, mi capitan?

—Vamos! nada se te ocurre, hombre; en verdad, te desconozco. ¿Tendrías miedo de encararte a ese hombre en un paraje solo?

—Miedo! está loco el capitan! ¿Me pregunta usted que si tendría miedo a ese espantajo?

—No digo otra cosa.

—A lo único que podría tenerle miedo es a lo que usted le ha tenido: a esa orden.

—¿Dáele! pero sin testigos puede morir un hombre, por mas recomendaciones que lleve.

—¡Ah, diablo! no habia caído en eso; corro en pos de él, mi capitan.

Villalobos corrió en efecto, hendiendo la muchedum-

bre sin miramientos de ningun jénero y alzándose frecuentemente en la punta de los piés para no perder de vista a Rodriguez, que le llevaba un delantera de media cuadra escasa.

El capitan siguió tambien con la vista por algun tiempo a uno y otro, y como notara que la distancia disminuía cada vez mas entre ambos, se dibujó en su pálido y cejudo rostro una sonrisa que, apesar de ser el efecto de su íntima satisfaccion, tenia una espresion sinistra y desagradable.

—¡Vamos! dijo al fin, cuando ya no pudo divisar a ninguno de ellos; puedo estarme tranquilo: las empresas de Villalobos no fallan jamás.

Y sintiendo redoble de tambores en la plaza, se dirigió allá preguntándose qué podría significar.

De ahí a poco, divisó a la comitiva de Ossorio, que a la sazón atravesaba la plaza en medio de los vítores de la muchedumbre.

Los tambores tocaban llamada y las campanas de las iglesias se echaban a vuelo con una sonoridad que pintaba la alegría de los vencedores.

Ossorio y sus acompañantes echaron pié a tierra en el ángulo de la plaza en que estaba la casa del curató.

San Bruno apretó el paso, y momentos despues, se reunió a la comitiva, precisamente a tiempo que penetraba al patio de la mencionada casa.

Asíduo observador de semblantes, el capitan no tardó en pasar revista a las fisonomías de todos los jefes, y notó sin dificultad que no se veía en la jeneralidad de ellos la alegría propia de aquel momento en que se principiaba la celebracion del triunfo.

Trató, pues, de indagar pronto cual podía ser la novedad que enfriaba tan lastimosamente los ánimos.

Dirijióse con tal objeto al coronel Maroto, jefe de su cuerpo, con quien tenia particular intimidad.

—¿Quiere usted decirme, señor, le preguntó, de qué proviene este duelo que veo retratarse en todas las caras?

—*Pechoñadas* de Ossorio, le respondió Maroto confidencialmente y dándole con el codo de una manera significativa.

En aquel tiempo no se conocia aquí la palabra que subrayamos y que al presente se ha hecho tan vulgar aunque no esté sancionada por los académicos: quizá Maroto fué el primero que la pronunció en Chile, lo cual no lo aseguramos, en atencion a que era mui comun su uso entre los talaveras.

A fuer de concienzudos apuntadores, debemos decir que se ha ido falseando el significado de la palabra en cuestion: los talaveras llamaban *pechoños* a los hipócritas, y en consecuencia, *pechoñadas* a las hipocresías. Actualmente, se dice *pechoños* por los miembros de ciertas cofradías relijiosas, y estensivamente, por toda persona apegada a las prácticas de la iglesia, y esto sin ironía alguna, con la mayor buena fé del mundo.

Seguros de que no se pondrán en duda las aseveraciones de escritores tan fidedignos como nosotros, creemos que el lector no solo excusará, sino que agradecerá esta pequeña digresion etimológica; y así continuamos altamente satisfechos nuestra narracion.

La respuesta de Maroto, por mas espresiva que fuera la palabra empleada en ella, no daba ninguna luz sobre

el caso, y San Bruno se apresuró a interrogarlo nuevamente.

—¿Cómo así? dijo, ¿qué ha ocurrido?

—¡Qué ha de ser, pese a mí! Vergüenza da decirlo! ¿Creerá usted que el inocente se ha venido lloriqueando por el camino?

—¿Qué está usted hablando, señor!

—La verdad justísima.

—Pero ¿a qué ha venido ese llanto?

—¿No lo adivina usted?

—¿Habrá sido la vista de la sangre; los cadáveres...?

—Justamente, todo eso, y el incendio, y los destrozos... ¡Oh! si ha sido digno de ver: nos ha hecho cargos a todos nosotros... irritadísimo porque no habíamos contenido a los soldados. ¡Papanatas! ¿habría querido que entraran aquí como almas de Dios? Cierto es que el incendio ha abrazado anoche casi toda la población y que se ha quemado un hospital de sangre con todos los heridos; ¿pero quién diablos iba a atender a hacer obras de caridad despues de dos días de combate? Y a fin de cuentas, bien merecida tiene su suerte esta endiablada villa, pues harta jente nos cuesta la toma de ella.

San Bruno se encojió de hombros con indiferencia.

—¿Y eso es motivo para tanto disgusto? dijo.

—¡Qué! yo no me disgusto: ríome de ello. Ya veremos como todo vendrá a parar eif decretarnos ayunos y penitencias.

—¡Pobre señor! en verdad que solo está bueno para prior de un convento. A propósito: ¿cómo es que no ha principiado el dia con alguna fiesta de iglesia.

Ya se trata de eso, respondió Maroto. ¿Cree usted que

se ha descuidado? La primera diligencia de Ossorio, antes de montar a caballo, fué despachar al capellan con órden de preparar un *Te-Deum* en la iglesia de San Francisco. Mas ahora, al llegar a la plaza, se le ha avisado que las mujeres asiladas en el Curato, se niegan a atravesar las calles por no ver la sangre, los cadáveres...

—¡Oigan! y no será mucho que les haya encontrado razon!

—¡Cómo, razon? en punto a devociones no hai escusas que le valgan. "¡Qué es eso! dijo. ¿Negarse a asistir al *Te-Deum*? ¿Están locas estas señoras? Pues si no van de grado, se empleará la fuerza." Ya se les fué a notificar esta resolucion, y parece que no se han atrevido a resistirla.

—De manera que mui pronto marcharemos a la iglesia.

—Por su puesto: solo ese ha sido el motivo del retardo; si no ya estaríamos en ella.

San Bruno le interrumpió de improviso, diciendo:

—¡Calle! ¿qué figura es aquella? acerquémonos: yo soi majaderamente curioso.

El capitán se referia a un hombre regordete, de rostro tostado, y con traje de campo; quien, apeándose de una raquítica mula a pocos pasos de ellos, se acercó a Ossorio con espresivas muestras de cortesía.

Maroto y San Bruno se acercaron tambien lo bastante para no perder una palabra de lo que el paisano hablaba.

—Exmo. señor, oyeron decir con gran embarazo, ayer recibí del teniente de los patriotas don Juan Argomedo, el encargo... la comision de traer a Vuestra Excelencia... una carta...

—¡Hola! otra carta. Esta mañana recibí una...

—¿Recibió Vuestra Excelencia...?

—En efecto; pero supongo que me comunicará ahora alguna nueva ocurrencia...

—Es que... Exmo. señor... mi carta... quiero decir la carta que yo traía...

—Luego ¿usted no la trae ya?

—Vuestra Excelencia me perdonará... no ha dependido de mí... He sido asaltado en el camino por un... por una banda de facinerosos; patriotas precisamente...

—¡Y le han quitado a usted la carta!

—Sí, señor, y me han maltratado encima de eso...

—Pero solo la carta le han tomado a usted... pues aquella mula, aunque flaca, la montura, en fin, su ropa, todo se ha librado...

—En efecto, señor, y por esto he creído que las noticias que venían en la carta serían muy importantes para Vuestra Excelencia.

—Pero ¿qué sacamos de ahí? ¿qué avanzamos con que usted me venga a decir eso?

—Pues bien, señor; Argomedo me dijo que se trataba de avisar a Vuestra Excelencia cuanto había pasado allá, y como yo lo sé todo, he reflexionado que mis palabras pueden reemplazar la carta; por eso es que he venido.

—Pero, dígame usted ¿cómo pudieron saber los facinerosos de que usted habla, que me traía una carta?

—Es lo mismo que me confunde, Exmo. señor. Yo supongo que lo han sabido allá, en las Bodegas del Conde, y se han dado prisa en alcanzarme. Desgraciadamente, yo no podía andar ligero; pues ya vé Vuestra Excelen-

cia, esa mula apenas está en pié... los patriotas se tomaron todos los caballos...

—En fin ¿qué noticias dice usted que contenía la carta?

—Me parece, señor, que la mas importante habrá sido la de que se ha desbandado toda la jente de reserva del jeneral insurgente.

—¡Hum! eso es viejo para mí: Argomedo mismo me lo ha comunicado en la carta que me mandó con el otro mensajero... ese tal Candia.

El paisano abrió tantos ojos, en estremo maravillado.

—¿Candia, ha dicho Vuestra Excelencia? preguntó al punto.

—Sí, pues, Antonio Candia; ¿qué le sorprende a usted?

—¡Candia! dijo para sí San Bruno, que no habia dejado de prestar atencion. ¡Diablos! Ese es el mozo del salvo-conducto.

El paisano respondió a ese tiempo.

—Es que yo soi Antonio Candia, y no conozco a otro que lleve mi nombre... ¡Oh! señor ¿hablaba de mí la carta?

—Es decir, habla del que me la trajo; recomendaba a don Antonio Candia, el portador.

—Pues esa es mi carta, señor; ya no me cabe duda: el que me la quitó ha tomado mi nombre.

—¿Pero con qué objeto puede haber hecho eso?... ¡Oh! por San Pedro! ya caigo... El hombre aquel me pidió un salvo-conducto para él y su familia.

—¡Ahí está! murmuró San Bruno tirándose rabiosa-

mente de una oreja. ¡Bruto de mí! el bribon me la jugó también!

Y adelantándose hacía Ossorio:

—No me cabe duda, señor, le dije, de que este hombre dice verdad. Yo he visto al otro; y por cierto que nos ha arrebatado a una mujer que encontramos en un nido de insurjentes...

—¿Cómo es eso de arrebatarse? un hombre solo les arrebató...

—¡Qué solo! señor, y esa desgraciada orden de Vuestra Excelencia?

—Acabáramos, ¿la hizo valer el pillastron?

—Por de contado; en mala hora encontró a Vuestra Excelencia bondadoso.

San Bruno se mordió los labios por no decirle baboso. Y perdonenos el lector que trascribamos con tanta integridad su pensamiento.

—¿Y qué tiempo hará que usted lo vió, señor San Bruno? preguntó Ossorio.

—Bien hace media hora, señor; pero no le dé cuidado a Vuestra Excelencia, que yo no abrigo tanta bondad, y en razon de este defecto, desconfié del hombre y le he hecho seguir la pista. No tardaré en tener noticias de él.

—¡Excelente idea! repuso el coronel, ¡es preciso castigar la audacia de ese pícaro! En cuanto a usted, añadió dirijiéndose al paisano, hablaremos despues de la misa. Señores, ya es hora; vamos a la iglesia.

CAPÍTULO XVII.

El cebadal.

Rodriguez salió de Rancagua no sin ser ^{de}detenido ^{en} muchas veces en las calles.

Su traje, y la circunstancia de llevar una mujer en los brazos excitaban la desconfianza de los soldados españoles; pero la órden de Ossorio era un talisman inapreciable: no solo le abría el camino al portador, sino que le granjeaba la consideracion y el respeto de cuantos la leían.

A poca distancia de la plaza, Rodriguez detuvo su caballo a la puerta de un cuarto y pidió con atentas palabras un poco de agua.

Rocióle con ella el rostro a Corina, y al cabo de algunos esfuerzos logró hacerla volver en sí de aquel profundo desmayo que bien duraría una media hora, pues como hemos visto, minutos despues de haber perdido el sentido, se apoderó de ella Villalobos, y no trascurriría menos de un cuarto de hora hasta el momento en que éste fué detenido por Rodriguez, quien gastó algunos

minutos en desembarazarse de San Bruno, y despues en alejarse de la plaza.

En cuanto Corina dió señales de despertarse, Rodriguez se puso nuevamente en marcha, apurando su caballo cuanto mas podía.

El movimiento y el fresco de la mañana agregaron su efecto al de la impresion de la agua fria, y Corina pudo mui pronto formar un vago juicio de su situacion.

La primera idea que ajitó su mente, aun antes de abrir los ojos, recayó sobre la causa que producía el áspero sacudimiento que espermentaba todo su cuerpo.

Hizo entonces un esfuerzo para levantar los párpados y miró a su alrededor.

Cuando vió la luz brillante del sol, que principiaba a salir, cuando se encontró en la calle en medio de los soldados que transitaban por ella, cuando pudo tener conciencia de que era llevada a caballo por alguién que la tenía asida de la cintura, dejó escapar una débil exclamacion de espanto y volvió vivamente la cara a su conductor.

—Silencio, Corina, le dijo Rodriguez en voz baja y persuasiva.

—¡Dios mio! exclamó ella hablando institivamente en el mismo tono, ¿qué es lo que pasa? ¡Usted aquí! ¿dónde estoy? ¡a dónde vamos?

—Vamos huyendo: estamos en medio del enemigo.

—¡Ah! ya me acuerdo! dijo la jóven con dolorido acento, despertándose en su imaginacion de una manera mui vaga los peligros a que se hallaba espuesta cuando perdió el sentido. ¡Oh! sí... el incendio de la despensa...

pero, mi madre... mi padre... ¿qué es de ellos? ¿qué es de Ricardo?

—Luego lo sabremos, respondió Rodriguez por tranquilizarla, pues aun no había tenido tiempo de reflexionar en lo que debía hacer, ni se le ocurría el modo de obtener noticias de ellos.

Así llegó a la alameda, y allí, mientras mostraba por décima vez la orden de Ossorio a un oficial que lo detuvo, divisó a lo lejos la figura de Antonio Candia, que, montado en la misma mula del día anterior, hablaba con un soldado, jesticulando de una manera que hizo comprender a Rodriguez que indagaba el camino que debería seguir.

—¡Bueno! pensó, debe estar averiguando dónde se halla el comandante jeneral. Démonos prisa, y evitemos su encuentro. Verdad es que no podría reconocer en mí al que le quitó la carta; pues el disfraz de las patillas es a prueba de perspicacia; pero puede saludarme pronunciando mi verdadero nombre delante de estas jentes.

Rodriguez tomó, pues, la otra direccion; y dando un rodeo se encontró muy pronto en uno de los callejones que debía seguir hasta tomar el camino de Santiago, que era lo que pretendía.

—Pero ¿a dónde vamos? le pregunto Corina con inquietud.

—Aun no sé a punto fijo, le respondió él volviéndose por última vez a mirar hacia atras para cerciorarse de que no lo seguian.

Casualmente se fijó su vista en el sarjento Villalobos, que a ese tiempo atravesaba la alameda, y que se detuvo al ver que Rodriguez miraba hacia atras.

—¡Holal pensó Rodriguez. ¡Ese es el sarjento que se llevaba a Corina!

Hacia tan pocos momentos que lo había visto, y las circunstancias habian sido tan notables, que la figura del militar se habia impreso en su mente, con tanta mayor razon, cuanto que Villalobos tenia un aspecto que lo singularizaba, y que Rodriguez estaba dotado de una rara perspicacia.

—Indudablemente ese hombre me sigue, continuó diciéndose el jóven. No habiéndose atrevido su jefe a infrinjir la órden en presencia de tanta jente, lo manda a atraparme a solas: tambien puede ser que él venga de su propia cuenta... Sea como se quiera, viene a pié... Mi caballo, aunque la carga es pesada, puede correr algo y tomarle ventajas.

Rodriguez volvió a mirar atras.

El sarjento habia tomado el mismo callejon y apretaba el paso a una media cuadra de distancia.

—Trae fusil, pensó Rodriguez; pero no lo disparará sino en último caso, porque no ha de querer esponerse a matar el objeto de su codicia.

Entretanto, habia apurado la marcha del caballo, y la distancia mas bien se aumentaba entre él y su perseguidor.

—¡Tate! exclamó de repente el jóven, aquí hai un boquete.

En efecto, las tapias que ceñían el camino, y que ademas, estaban reforzadas por una tupida hilera de árboles, ofrecían una abertura en el punto en que Rodriguez se habia fijado.

Sin perder un segundo, torció las riendas del caballo

y salvó el boquete. Hallóse entonces en un vastísimo cebadal.

—Nos siguen, dijo a Corina; quédese usted aquí; tenga las riendas.

Y saltó prontamente al suelo, dejando a la jóven sobre el caballo.

Sin más tardanza, corrió a lo largo de la tapia, deshaciendo su camino por el interior del sembrado.

Iba, pues, al encuentro del talavera, pero tapia de por medio.

Mientras corría, sacaba de la cintura una respetable pistola de dos cañones.

Cuando calculó que le faltaba poco para enfrentar al sarjento, tomando en cuenta que éste habria emprendido la carrera desde que lo perdió de vista; cuando le pareció oportuno, decimos, se detuvo junto a la tapia y asomó la cabeza por encima.

El talavera corría en efecto, y se hallaba a diez pasos de él; casi enfrentaba al punto en que Rodriguez se asomó.

Pero sucedió lo que éste no habia previsto: Villalobos llevaba la vista fija hácia el mismo cebadal por encima de las tapias, y vió la cabeza de Rodriguez levantarse del lado opuesto.

—¡Calle! dijo deteniéndose y apuntando el fusil.

Rodriguez se agachó en el acto.

Villalobos no se movió esperando que asomara nuevamente por cualquier punto de la tapia.

Por su parte, el jóven reflexionó tambien lo que debía hacer.

—El pillo no se moverá de ahí, dijo; porque bien de-

be temer que yo tenga una arma de fuego que dispararle por la espalda: mas tambien puede asomarse, y es preciso estar en guardia..... Nó; mejor es tratar de hacerlo disparar al aire.

Volvió entonces a levantar la cabeza y miró por encima de la tapia.

El sarjento, que no pestañeaba, le dirigió rápidamente el fusil. Rodriguez no se movió durante el segundo que tardó este movimiento; pero instantáneamente se agachó al ver fijarse el arma hácia él.

Oyóse entonces la detonacion del tiro, y la bala pasó silbando por la cabeza de Rodriguez.

Villalobos dejó escapar un rujido y un voto redondo que solo podia caber en la boca de un soldado; al mismo tiempo oyó una sonora carcajada y vió aparecer la cara risueña de Rodriguez.

Mas, junto con la cara, se dejó ver el reluciente cañon de una pistola, y esto dió alas al sarjento para ganar de un salto el pié de uno de los arboles que guarnecian la tapia.

Quedaba así a tres pasos de Rodriguez; pero suficientemente parapetado por un grueso tronco.

Rodriguez no podia hacer nada desde su puesto. Sospechó que el sarjento iba a cargar, y se le ocurrió una nueva idea:

—Mientras cargas, le dijo, tengo tiempo de alejarme.

—A dos cuadras que estés, no te escaparás, le respondió el sarjento.

Rodriguez oyó el sonido de la baqueta dentro del cañon del fusil.

—Adios, bergante, dijo; me río de tu puntería.

Y se lanzó a toda carrera en dirección a Corina, haciendo intencionalmente resonar con fuerza sus pisadas para que el sarjento lo oyera alejarse.

Llegó cerca de la jóven y le dijo:

—Siga usted despacio a lo largo de esa tapia, y no vuelva hasta que yo la llame.

Corina hizo tomar al caballo el sendero indicado, que era siempre por el interior del cebadal, pero alejándose del boquete en la dirección contraria de la que ántes habia seguido Rodriguez.

Este se detuvo ántes de llegar al boquete, y se ocultó junto a la tapia, tras de un matorral.

De esta manera, el boquete quedaba entre Corina, que se alejaba, y el apostadero elejido por el jóven.

Pronto se sintieron los pasos del sarjento que venia a todo correr.

Oyóse tambien que se detenia al llegar al boquete, como previniéndose para entrar.

En ese instante de silencio, se percibió claramente el ruido de la marcha del caballo por entre el pasto, como a treinta pasos de distancia.

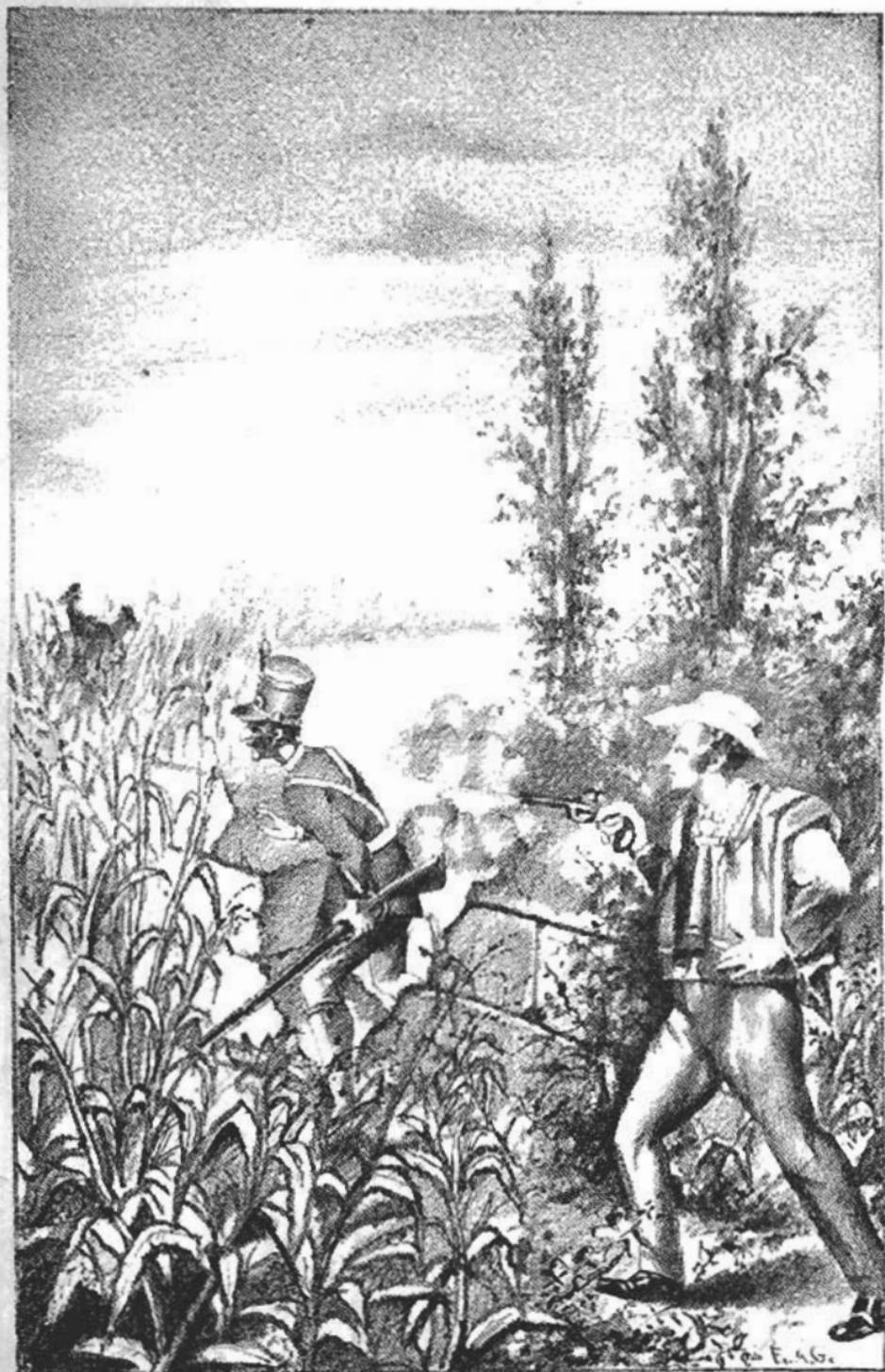
Sucedió entonces lo que Rodriguez deseaba.

El talavera se embocó al cebadal, y naturalmente se dió vuelta hácia el punto en que se sentia alejarse al caballo.

De esta manera Rodriguez tenia cerca de sí a su perseguidor dándole la espalda.

No fué esto mas que un momento.

El talavera se movió: quizá iba a correr en pos de Corina; quizá notando que Rodriguez no iba con ella, iba a volverse.



Rodriguez disparó.

Mas, no tuyo tiempo.

Rodriguez disparó.

El sarjento se dió dos vueltas, con el semblante descompuesto, y cayó.

—Corina! gritó entonces Rodriguez.

Y pasó a todo correr por junto al cuerpo de Villalobos, sin cuidarse de los movimientos convulsivos con que se revolcaba.

Dos minutos despues, salian al camino los dos jóvenes; eso sí que habian variado de colocacion en el caballo: Corina ocupaba ahora la grupa.

Cuando vió que Rodriguez hacia tomar al caballo la misma direccion que hasta ahí habian traído, le dijo con la voz alterada por la emocion que le habia causado el lance de que acababan de escapar.

—¿A donde piensa usted llevarme?

—Francamente, dijo Rodriguez, no se me ocurre otra cosa que seguir huyendo de este desgraciado pueblo: volver, no es posible: el salvo-conducto que usted me vió mostrar en la Alameda, no nos sirve ya de nada.

—Pero ¿los de mi familia, donde están? ¿qué ha sido de ellos?

Rodriguez guardó silencio, porque no sabiendo qué contestar, no se atrevía a decir lo que sospechaba.

Nada era mas natural que imaginarse una gran desgracia entre ellos; para que Corina hubiera quedado sola en poder de los soldados, era preciso que hubiera sucedido algo mui desastroso: la muerte de Ricardo y de sus padres, o lo que era algo inverosímil, la prision de todos ellos.

Decimos inverosímil, porque Rodriguez no se explica-

ba la separacion de la jóven sin una resistencia que acarrearla la muerte a todos sus defensores.

Viendo Corina que un punto de tanto interés para ella quedaba sin contestacion, instó vivamente a Rodriguez que le dijera la verdad por terrible que fuera.

Contóle entonces éste cuanto a él le habia pasado, y concluyó diciéndole que a su vez le dijera lo que él ignoraba; es decir, los sucesos anteriores al desmayo de ella.

Corina, dominada por una horrible emocion, refirió apenas, con voz entrecortada por los sollozos, la angustiada situacion en que se había hallado su familia, hasta donde llegaban sus recuerdos.

Rodriguez trató de consolarla con razones especiosas, y concluyó manifestándole que lo único que podían hacer era llegar hasta Santiago y tratar de obtener noticias desde ahí.

—Yo mismo, le dijo, veré modo de volver a Rancagua en cuanto usted quede en lugar seguro.

La jóven estaba cierta de que Rodriguez haría cuanto estuviera en su poder para cumplir sus promesas. Uníalos una estrecha y larga amistad que, por parte del jóven, se acercaba mucho a la veneracion, pues amaba intensamente a Corina: solo que nunca se había decidido a manifestarle sus sentimientos, en atencion a que su propia perspicacia le había hecho conocer que no solo sería inútil su declaracion sino que se espondría a enajenarse la amistad afectuosa de la jóven.

La lei del amor es tal en ciertos casos, que una vez lanzada la revelacion de su existencia, impone un vínculo o una ruptura de toda otra afeccion: o mas bien, el

que declara su amor a la mujer que lo ha inspirado juega un azar entre obtener su cariño o su desprecio. Jeneralmente no hai término medio: la mujer que sabe que es amada, o corresponde o se esfuerza en hacer no tar su indiferencia, y de esto al desprecio no hai una línea de distancia.

Verdad es que las coquetas forman escepciones, pero tambien el amor no es amor en ellas sino capricho.

Corina no era coqueta: Corina no amaba a Rodriguez: por consiguiente, Rodriguez no quería esponerse a un desprecio, y callaba su amor.

Pero debemos decir tambien que a Cupido, por ciego que sea, no le gusta permanecer en la oscuridad; busca la luz, lo cual lo diferencia esencialmente de todos los ciegos. El habita el corazon, pero no puede estar sin asomarse a las ventanas, y las ventanas son los ojos del que lo alberga.

Esto quiere decir que el amor de Rodriguez se leía en sus ojos; no que lo leyera el primer quídam que se pusiera delante, sino Corina, la misma Corina en persona. Así pues, Corina veía en los ojos de su amigo el áspid que ocultaba en su corazon.

¿Lo despreciaba entonces? preguntará el lector.

No por cierto, decimos nosotros: toleraba. Y esto nos lleva a una nueva consideracion.

No hai mujer que no guste de ser amada y admirada: son las palabras las que hacen crisis en su corazon y determinan un *pronunciamiento* favorable o adverso. Hai mas aun, así como la coqueta gusta de que todos la cortejen y la hablen de amor, así las mujeres de buen juicio y de sentimientos delicados, que son las que toma-

mos por norma, aprecian el silencio de sus admiradores cuando no sienten el mismo afecto que en ellos adivinan.

Nuestra jóven toleraba, pues, y agradecía la delicadeza de Rodriguez, así como le habría disgustado su franqueza.

No sabemos si él comprendía que Corina sospechaba su amor y abrigaba tal agradecimiento, pues no todo lo sabe el novelista; pero nos consta que abrigaba la esperanza de hacerse amar, porque estaba cierto de que la jóven no amaba a otro hombre.

Se ve, pues, que nosotros estamos mas adelantados que el astuto Rodriguez, cuando hemos sospechado algo en las relaciones de Corina con O'Higgins. Verdad es que Rodriguez ignoraba absolutamente estas relaciones.

Esplicada ya la situacion mútua de nuestros fujitivos, los dejaremos seguir tranquilos el camino de Santiago.

CAPÍTULO XVIII.

La fidelidad de una criada.

Entre las mujeres que fueron obligadas a salir del curato para asistir al *Te-Deum* en San Francisco, se hallaba Amelia, la sobrina de Mercedes, de esta desgraciada mujer a quien hemos visto, perseguida por los soldados, huir hasta el interior de la casa de Monterreal, y ser sacada de ahí a viva fuerza impotente para resistir el desenfreno de sus perseguidores.

Amelia, llorosa y desesperada, ignorando la suerte de Mercedes, que había sido arrebatada de la sacristía del curato en los primeros momentos del pillaje, se veía obligada a devorar su dolor y sus lágrimas, sin poder hacer indagaciones ni dar paso alguno que la pusiera en vía de hablar a su tía o de saber de ella.

La orden de concurrir a San Francisco era jeneral y terminante; y así Amelia tuvo que trasladarse directamente allí en compañía de todas las mujeres asiladas en el curato.

Haremos gracia al lector de las dolorosas escenas que tuvieron lugar durante esa horrible vía-crucis impuesta

a aquellas desoladas mujeres que no tenían mas delito que el de habitar allí. Bástenos decir, para dar una idea de aquel suplicio, que nadie se había cuidado de recoger los cadáveres esparcidos o hacinados en las calles, y que a inmediaciones de la misma iglesia de San Francisco se ofrecía el horripilante espectáculo de un hospital incendiado con todos los heridos que había dentro: en las rejas de las ventanas se veían aun las manos aferradas y carbonizadas de aquellos infelices, que en su desesperacion, se imaginaron quizá forzar los fierros para escapar al terrible elemento que los amenazaba.

Las fiestas relijiosas duraron hasta las once del día: y no se prolongaron gracias al deseo que tenía Ossorio de despachar pronto a Santiago una parte de su ejército.

Cuando los soldados concurrieron a sus formaciones en la plaza, en la alameda y en otras calles, se vió restablecido el orden en aquel pueblo en que se había cebado durante tres días la mas espantosa destruccion.

Serían ya las dos de la tarde.

Miéntas las tropas del ejército español desfilaban marcialmente por los calles, al son de cornetas y tambores; mientras Ossorio escribía el famoso parte de su triunfo, en que se esforzaba en demostrar al virrei de Lima la cooperacion de la Vírjen del Rosario; miéntas el nuevo gobernador político y militar de la Villa se daba prisa a borrar las huellas sangrientas del combate, y finalmente, miéntas los reos políticos y prisioneros de guerra eran sacados de los lugares de detencion para hacerlos seguir la marcha del ejército, contándose entre ellos los padres de Monterreal y el esclavo Valiente; miéntas pasa todo esto, sigámonos ocupando de Amelia,

que recorre las calles, penetra en las casas y todo lo registra en busca de Mercedes, su tía, su única amiga y compañera.

La jóven, con sus ojos hinchados de llorar, atraviesa por vijésima vez la plaza de la Villa, deteniéndose a interrogar a cuantos encuentra y acudiendo a cada punto donde divisa un grupo de jentes o un monton de cadáveres: Mercedes podía haber encontrado la muerte sobre el ultraje.

Cuando ya, fatigada de sus inútiles correrías y profundamente desalentada, se sienta en el umbral de una puerta y esconde la cara entre las manos para dejar correr silenciosa y desesperadamente sus lágrimas, siente los pasos de alguien que se le acerca y le toca un hombro.

Amelia levanta la cara y procura reconocer al través de las lágrimas que empañan sus ojos a la persona que se ocupa de ella.

Es una mujer.

Por un momento vino a la mente de la jóven una idea halagüeña; pero nada mas que por un momento, el que demoró en hacerse cargo del semblante de aquella mujer.

—¡Antonia! murmuró con cierto tono de amargura que denunciaba su decepcion.

—Sí, señorita, soi Antonia; pero aunque así sea, sígame usted, dijo la mujer.

Amelia se paró inmediatamente movida por aquel sentimiento de esperanza que los desgraciados saben prender al mas insignificante suceso.

Las dos mujeres, la una al lado de la otra, siguieron

a lo largo de las veredas de la plaza, caminando hacia el ángulo en que estaba la casa de Monterreal.

Esta Antonia, cuyo nombre ha despertado quizá algún recuerdo en la mente del lector, no era otra que la valiente criada a quien hemos conocido en el lance de la noche anterior dando buena cuenta de los talayeras.

Antes de pasar adelante, debemos decir que la heroica mujer había podido resistir a las pretensiones infames del soldado que se había apoderado de ella. Poniendo en juego las prodijiosas fuerzas de que estaba dotada, había conseguido fatigar a su enemigo y entretenerlo hasta el momento en que el toque de llamada lo había obligado a abandonarla para concurrir a las filas.

La esforzada mujer se mantuvo oculta desde ese momento en el lugar en que el soldado la dejó, que era una pieza de la misma casa de Monterreal.

Quebrantada con los malos tratamientos a que había estado sujeta, pero alentada con la esperanza de poder encontrar y quizá prestar algún socorro a sus desgraciados amos, esperó impacientemente hasta el momento en que la soledad de la casa, el toque de las cornetas y el rumor de la marcha acompasada de los batallones, le advirtieron que la tranquilidad estaba restablecida.

Salió entonces del cuarto y corrió al último patio de la casa, teatro de la desastrosa escena de la mañana.

Una dolorosa impresion se pintó en su rostro al ver que todo estaba desierto; aunque ella se lo hubiese imaginado así, la vista de aquel lugar, la desnuda realidad que destruía del todo las quiméricas ilusiones que podía haberse forjado, causaban su penosa emocion.

En medio de estas tristes impresiones, una estraña

circunstancia llamó la atención de Antonia: el patio estaba casi completamente inundado de agua, y se la veía salir de la acequia y estenderse con profusión, amenazando pasar a los otros departamentos de la casa.

Acordóse entonces de los cadáveres sepultados en la misma acequia, y por una relación de analogía, del prisionero de la noche pasada, a quien había dejado muerto o aturdido debajo de la cama del padre de Ricardo.

Atravesó entonces el patio, levantándose los vestidos para librarlos del agua, y entró al cuarto que había servido de escondite.

Un cambio notable existía allí: de sombrío que era aquello, se hallaba ahora plenamente alumbrado por los rayos del sol, el techo había desaparecido en su mayor parte y los escombros cubrían el pavimento. Eran los destrozos a que había obligado la estinción del fuego.

Pero lo que fijó de pronto la atención de Antonia fué la vista de dos cadáveres que yacían confundidos o casi sepultados entre los escombros: el uno estaba al fondo de la habitación y el otro a inmediaciones de la puerta.

—Aquel es el prisionero, dijo la criada; pero este...

Y se inclinó para examinar de cerca al que tenía a sus piés.

De pronto cruzó por su mente una idea que la hizo estremecerse: un hielo mortal discurrió por sus venas, y se puso a apartar febrilmente los escombros que ocultaban a medias aquel cuerpo.

Había visto una melena rubia y ensangrentada, y al momento se le vino a la memoria el feroz golpe que vió asestar con la culata de un fusil a la cabeza de Ricardo Monterreal.

—¡Infames, decía con la espresion del mas acerbo dolor: lo han muerto estos miserables! solo así entre tantos y con tal traicion podían hacerlo! Ah, cobardes! yo los hubiera visto uno a uno, o de a dos que fuera, enfrente de él...

Y cuando pudo cerciorarse de que era el mismo Ricardo exclamaba:

—¡Es posible, Dios mio, que haya muerto mi valiente patron!

Y la pobre mujer interrumpía su tarea para mesarse los cabellos con la furia de una atroz desesperacion.

Al cabo de algunos instantes, y no sin penosos esfuerzos, logró levantar el cuerpo del jóven. Echóselo en brazos con aquella fuerza admirable de que estaba dotada, y volvió a atravesar el patio, sin cuidarse del agua, que le llegaba hasta mui cerca de las rodillas.

Siguió sin detenerse hasta las habitaciones exteriores, y en un catre desnudo, pues la ropa había desaparecido en el saqueo, depositó con respetuosas precauciones el cuerpo de su jóven amo.

Aun no concluía de dejarlo, cuando exclamó:

—¡Dios mio! yo creo que está vivo! lo he sentido moverse! ¡Oh! es preciso ver a alguien que entienda algo de esto... una médica... yo conozco a una médica;... sí, eso es... pero es necesario darse prisa a llevárselo de aquí, porque esa agua va a hacer que venga jente a registrar la acequia... ¡Ah! qué es eso!

Esta exclamacion se la arrancó un lastimero quejido que se dejó oir en la pieza vecina.

—¡Parece que hai alguien ahí! ¡Virjen María! si será otro de la casa.

Y sin detenerse en mas reflexiones, corrió a la habitacion mas inmediata.

Era Mercedes, que tendida en el suelo, con sus ropas todas desgarradas, el rostro acardenalado, y moribunda, habia producido aquel doloroso jemido.

Antonia conocia a Mercedes, como se conoce a todas las vecinas de un pequeño pueblo, y en cuanto la vió, exclamó:

—¡Ai! la señora Mercedes! en ese estado! Señora ¿qué es esto, por Dios? ai! si creo que la han muerto los facinerosos!

Mercedes no podía hacer el mas mínimo ademan, y solo abrió los ojos angustiadamente, como pidiendo auxilio.

—Voi a buscar una médica, le dijo, ¿quiere usted que pase a llamar a la señorita Amelia?

Mercedes cerró los ojos afirmativamente, y Antonia se dió prisa a salir en busca de lo que necesitaba.

En la plaza, lo primero que divisó fué a Amelia, y ya sabemos como llegó a interrumpir sus amargas desesperaciones.

Debemos aquí decir, para tranquilidad de nuestras conciencias, que Mercedes y Amelia eran dos mujeres de buena reputacion y de una conducta que no la desmentía. Alimentábanse de su trabajo, costuras que tomaban en las principales casas del pueblo, y asistían con regularidad a las iglesias.

Esto último, sin embargo de que no es una prueba de virtud, pues hai jentes terribles entre las mas adictas a *tragarse* los santos, es un hecho que citamos solo porque vale por mucho para juzgar a las personas.

Mercedes y Amelia, lo repetimos, no eran lo que talvez se han podido figurar nuestros lectores en vista de las relaciones que cultivaban con Maruri y de ciertas palabras maliciosas que él dejaba escapar.

Preciso es, pues, que ya hagamos las aclaraciones del caso.

Comenzamos por decir que en el trato de ciertas jentes de mediana condicion, domina una franqueza, una libertad de tal jénero, que sorprende verdaderamente a los que por primera vez tienen ocasion de experimentarla.

No es esto decir que las costumbres sean depravadas; léjos de eso, la mas sana moralidad puede hermanarse con tales maneras: lo que hai en esto es una absoluta ausencia de etiqueta, una familiaridad chocante para los que no están acostumbrados a ella; familiaridad que permite grandes libertades al hombre sin herir la delicadeza de la mujer.

Talvez no podemos esplicarnos como deseáramos, porque hai cosas que solo pueden comprenderse en todo su alcance, con un estudio personal; mas, quede sentado que no tildamos de disoluta la comportacion de tales jentes, sino mas bien de sencilla y desaliñada.

Imajinaos a un hombre que pide y toma por sí mismo de la cabeza de una jóven la flor que le sirve de adorno; o suponed a una jóven que le hace el nudo de la corbata a un hombre.

Una y otra cosa entre aquellas jentes es tan natural, tan sin malicia, que no significa absolutamente nada ni en favor del hombre, ni en detrimento de la mujer.

Mas aun, pueden verse hechos de esta naturaleza en-

tre personas que se tratan por primera vez: solo basta que un rato de conversacion haya hecho desaparecer la distancia que media entre los que no se conocen.

Júzguense ahora con tales antecedentes, las relaciones que mediaban entre Maruri y las dos mujeres objeto de nuestro discurso.

Quizá ciertas espresiones de aquel daban lugar a sospechas maliciosas, pero, créanos el lector, no hai que dejarse sorprender por el lenguaje *sui generis* de un militar.

El jóven capitán, es cierto que tenia grande intimidad, con las dos mujeres; que se alojaba en la casa; que solicitaba los favores de Amelia, que ésta no rechazaba de una manera decidida sus pretensiones, sino que por el contrario, lo dejaba alimentar ciertas esperanzas atrevidas; que aun se veía envuelta en compromisos amorosos: pero no pasaba de esto; no había mas.

Talvez Maruri, temeroso de que se le interpusiera un rival, un envidioso, tomaba sus precauciones, dejando sospechar un poco mas allá de la realidad. Esto no era una perversidad, sino una estrategia: atrevidilla y poco inocente, si se quiere; pero entre jente de espada y en campaña, todo se hace a la lijera, a banderas desplegadas y al redoble de los tambores, que es como si dijéramos, sin escrúpulos ni gazmoñerías.

Con tales precedentes, sigamos a Amelia y a Antonia, que ya han entrado a la casa de Monterreal.

La criada detiene en el patio a la jóven, y le dice:

—Aquí puedo ya hablar, nadie nos oye: usted llora, señorita, la pérdida de la señora Mercedes ¿no es así? ¡Ai! talvez no es un gran consuelo el que yo podria darle.

Pero es un servicio, y en cambio pido otro..... Necesito ropa de mujer para salvar a mi amo.....

—Sí, al momento; aquí tienes las llaves de mi casa; toma; pero háblame de mi tía, ¿dónde está? dijo Amelia con ajitacion y sin querer oír mas.

—Voi a decírselo, señorita; pero cálmese usted; árme-se de valor...

—¡Muerta! Dios mió! era lo que me temía...

—Nó, señorita; oiga usted; no está muerta.

—Pero hasta cuándo... ¡Oh! quiero verla al momento...

—Venga usted... le prevengo que se haya mui mala: ¡ai! es preciso tener paciencia. Entre usted en aquella pieza. Yo no puedo acompañarla; voi corriendo a traer la ropa.

Y Antonia se alejó a grandes pasos sin cuidarse mas de la jóven.

No había indolencia en esto por parte de la criada: había concebido un proyecto, y le era necesario ejecutarlo con prontitud: se trataba ademas de la salvacion de su amo.

Cuando poco ántes había salido a la plaza, su principal determinacion era buscar una *médica*; no esperaba encontrar con facilidad a Amelia, ni quería demorarse en inquirir su paradero.

La casualidad quiso que Amelia se hallara en el camino de Antonia, y quiso tambien sujerir a ésta una idea oportuna.

Junto con ver a la jóven, se le ocurrió que era conveniente disfrazar a Ricardo: pues aun cuando nadie supiese que era oficial del ejército insurgente, bastaba que

los españoles vieran a un hombre, y ademas un hombre herido, para que sospecharan y tomaran sus precauciones.

—¡Cabal! se había dicho la criada; una mujer herida no inspira desconfianza, sino compasion: todos creerán que ha sido víctima de las atrocidades de los soldados. No hai que pensar mas.

Solo faltaba la ropa, y el modo de adquirirla fué lo que se le ocurrió al ver a Amelia.

Decíamos, pues, que la criada corrió a casa de la jóven, provista de la llave de la puerta.

No había mas que atravesar la plaza y tomar la calle de San Francisco.

En dos minutos estuvo allá.

En otros dos minutos rejistró la pequeña casa de Amelia: mas, su desconsuelo fué grande al encontrarla enteramente vacía de ropa: el saqueo había tambien hincado sus garras en ella.

—¡Me ha engañado la picaruela! fué la espresion que se vino a la mente de Antonia.

Mas, no había tal; la jóven había estado en la casa; había entrado y salido, y le había puesto llave a la puerta.

Eso sí que en la preocupacion de su ánimo, no se fijó en que la cerradura estaba falseada: en que había sido quebrada la presilla del pestillo, y que por consiguiente no había necesidad de llave para abrir. Ademas, era mui fácil engañarse, pues la chapa estaba corriente y la puerta permanecía entornada, sin apariencias de lo que había sucedido.

Amelia había entrado a la casa; pero no había tenido

ojos mas que para buscar a su tía, y en las fuertes preocupaciones del ánimo, solo la causa que las produce absorbe todos los sentidos.

Antonia volvió apresuradamente a quejarse a Amelia del engaño que la había hecho.

Entró al cuarto en que se hallaba, y al tiempo que su boca se abría para regañar, vió a la jóven tendida de espaldas junto a Mercedes.

Entonces, en lugar de una frase, sus labios exhalaban una exclamacion de sorpresa.

Aproxímase a ellas, y la inmovilidad de Mercedes la hizo sospechar al momento lo que habia sucedido durante su ausencia.

Mercedes estaba muerta.

Cercioróse de ello la criada con mil pruebas, la movió, le tocó las arterias, espíó su respiracion; y al fin, convencida ya de la realidad,

—No hai remedio, dijo; está tan muerta como los talaveras que probaron anoche mi garrote. ¡Pobre señora! no merecia tan triste fin! ¡Pero qué le hemos de hacer! pensemos en lo que puede remediarse.

Y asaltándole el temor de que Ricardo hubiera corrido la misma suerte, se fué corriendo a la habitacion en que lo había dejado.

Allí, una impresion enteramente distinta ajitó el ánimo de la criada.

Ricardo vivía: estaba inmóvil, sin conocimiento, pero se percibía claramente su respiracion.

—¡Oh! exclamó Antonia con aire de gozo, ahora sí que es preciso no perder tiempo. Los muertos no necesitan de mucha ropa.

Y con la misma rapidez que concebía sus pensamientos, volvió al lado de Mercedes y la despejó de sus vestidos desgarrados.

—Ya cuidaremos de la otra señorita, decía por Amelia, durante su tarea; eso no es mas que un desmayo; no hai cuidado.

Ocupóse en seguida de quitar a Ricardo el gaban y las botas, y de vestirle el disfraz de mujer, operacion mas delicada que las otras, porque temía que la insensibilidad del jóven fuera solo aparente y que el movimiento pudiera ocasionarle algunos dolores.

Como no le pareciera bastante el vestido sólo para disfrazarlo, le puso el manto de Amelia, y ademas le ató la cabeza con unos jirones de lienzo.

—Ahora podemos estar mas tranquilos, dijo al terminar la operacion. Aun cuando vinieran godos, no correríamos tanto peligro. Sin embargo, bueno es abandonar pronto la casa: esa endiablada represa de talaveras que hai en la acequia me pone en cuidado... Pero ¿a dónde puedo llevar a mi amo? En esto no había pensado! qué diantres... ¿A dónde, a dónde?... ¡Oh! sí pues, ya se... mas seguro estará allá que aquí... No hai ni que pensar... Vamos allá; me ha venido mui bien este encuentro con la señorita Amelia... Pero no perdamos tiempo; despues vendré por ella.

Con infinitas precauciones se echó entonces al hombro a Monterreal y salió de la casa.

Todo estaba tranquilo, como poco ántes; pero no escaseaba la jente ocupada en recojer los cadáveres y despejar de escombros las calles.

No era estraño, pues, en esos momentos el ver hom-

bres y aun mujeres, transitar con una carga semejante a la de Antonia; y así, nadie paraba mucha atención en ella.

Solo al embocar la calle de San Francisco le dirigió un hombre la palabra.

Era un jornalero que conducía una carreta cargada de cadáveres.

—¡Ficht! señora! le gritó ¿a dónde va con la carga? ¿que no la echa a la carreta? ¿o la va a poner en esca-beche?...

—¿Que también entierran a las mujeres vivas? dijo Antonia sin dejar de andar.

—¡Ah! está viva... Como la veo tan lacia... ¡En buenas se habrá hallado!

La criada no oyó mas: caminaba a toda prisa, porque a pesar de sus fuerzas, se sentía fatigada por el peso.

Pocos momentos despues entraba a la casa de Amelia.

El desastre allí no era tan grande: los muebles estaban en su lugar; solo la ropa había desaparecido: los catres tenían sus colchones, aunque carecían de cobertores.

Antonia dejó a Ricardo en una cama; le sacó el manto para llevárselo a Amelia, y volvió a salir, cuidando de apretar la puerta.

Cuando estuvo de vuelta en la casa de Monterreal, encontró a Amelia repuesta de su desmayo, aunque llorando desesperadamente sobre el cadáver de su tía.

La criada se esforzó en consolarla; le presentó el manto contándole cuanto había hecho con Ricardo Monterreal, y la persuadió a retirarse a su casa, llevándose el cadáver de Mercedes.

Como tambien le hiciera ver Antonia los peligros a que se esponían estando allí, Amelia se dió prisa a seguir sus consejos, y entrambas cargaron el cuerpo inanimado de Mercedes, envuelto en el mismo manto que había servido para Ricardo.

CAPÍTULO XIX.

La protesta de un héroe.

En la misma mañana del 3 de Octubre, y mientras que Ossorio asistía a la celebracion relijiosa de su triunfo, la capital del reino de Chile, como entonces se decía, la soñolienta Santiago, como diremos ahora para recordar su perpétua apatía en aquel tiempo, presentaba un aspecto singular.

Todo era confusion, todo movimiento.

No debió ser ménos el pánico de los troyanos al ver abrirse el vientre de Paladion y vomitar un ejército de griegos.

La noticia del desastre de Rancagua había caído como una bomba sobre la ciudad. Por todas partes se corría, se gritaba, se maldecía, se exhalaban jemidos y lamentos.

Nadie se creía seguro.

Todos querían abandonar una ciudad que esperaba por horas la sangrienta venganza de sus enemigos.

Hombres y mujeres se afanaban en los preparativos de marcha.

Santiago hacía su equipaje con el desconsuelo del que va al destierro, y con la angustia del navegante que siente hundirse el barco en que navega.

En tan crueles momentos, el jeneral en jefe, don José Miguel Carrera, hizo su entrada a la capital.

Habiase adelantado a los restos de su ejército, abrigando el propósito de organizar la defensa en los llanos de Maipo.

Mas, ya lo hemos dicho: la tercera division, que había quedado a cargo de Luis Carrera para reunir a los dispersos de O'Higgins, se evaporó en la misma noche, mientras don José Miguel galopaba hácia Santiago.

A las nueve de la mañana, era ya un hecho decidido el abandono de la ciudad. Carrera había recibido la noticia de la dispersion de casi todas las tropas con que contaba.

Entonces él mismo hizo esparcir la noticia de que toda resistencia era imposible. Reconocía, aunque tarde, los inmensos males que importaba su inercia delante de Rancagua.

Hasta esos momentos, no había dudado un solo instante del éxito de sus planes; si bien éstos habían ido sufriendo alteraciones a medida que la marcha de los sucesos las imponían.

Primeramente, como ya sabemos, Carrera esperaba una capitulacion por parte de O'Higgins: no tuvo lugar ésta, pero el desenlace fué mas cruel. En uno y otro caso, el jeneral creía poder conservar una actitud ventajosa, que impusiera a los españoles y dejara en sus manos, solo en sus manos, un triunfo harto comprometido por su rival. Fracasó tambien este proyecto, porque vió el amilanamiento de sus tropas ante la derrota de las de Rancagua, y ya no pensó mas que en defenderse en Santiago. Nueva decepcion; las fuerzas con que contaba por este

lado, guarniciones de Melipilla y Valparaiso, habían corrido la misma suerte que las de Luis Carrera.

La noticia de aquella terrible derrota volaba como una flecha, y donde quiera que llegaba esparcía el terror y la desolacion.

El jeneral en jefe no se desalentó aún; quedaba un camino abierto a sus esperanzas: era el del norte. Coquimbo podría proporcionar elementos de resistencia, y era preciso llevar hasta hallá cuánto pudiera servir a este objeto.

Con una intempestiva actividad, púsose a dictar órdenes de todo jénero y a despachar propios a todas partes para la realizacion de sus planes.

A las once del día, de ese terrible día 3 de Octubre de 1814, se recojía el dinero de las arcas y las joyas de las iglesias, se destruían las oficinas, se clavaban cañones, se incendiaban las casas de pólvora y los efectos del parque de artillería; en fin, se tomaban cuantas medidas parecían oportunas para acumular recursos y no dejar ventajas al enemigo.

En tales circunstancias llegaba a Santiago un jinete, un militar con su uniforme cubierto de polvo y manchado de sangre: corría las calles al paso mas veloz que podía hacer tomar a su estenuado caballo; atravesaba la plaza de Armas e iba a echar pié a tierra delante de la puerta del palacio presidencial.

Era O'Higgins.

El desgraciado pero impertérrito héroe de Rancagua, con la hiel en el corazon y la serenidad en el semblante, venía en busca del jefe a cuyo servicio había puesto su brillante espada y doblegado su enérgica voluntad, no

creyendo que ante la salvacion de la patria pudieran alimentarse ambiciones de poder y rivalidades de partido.

O'Higgins entró al palacio en medio de las diversas impresiones que su vista causaba a los oficiales y soldados que llenaban el patio y las antesalas.

Su rostro tuvo una sonrisa para cada amigo y una cortesía para todos.

La puerta del despacho del jeneral en jefe se abrió sin tardanza para el ilustre brigadier.

Carrera escribía o finjía escribir en su mesa al presentarse O'Higgins a la sala.

En los pocos segundos que mediaron entre el anuncio de la visita y su entrada, había alcanzado el jeneral a componer su semblante y borrar toda huella de la emocion que debió experimentar.

Pero quizá no se creía aun seguro de sí mismo; porque dejó avanzar a O'Higgins hasta el medio de la sala, sin enderezar la cabeza ni levantar la pluma del papel.

O'Higgins se adelantó con el aplomo del que lleva la conciencia tranquila y la conviccion de su superioridad.

Aventajaba al jeneral solo en cinco años de edad; pero sí, en veinte de juicio, e inestimablemente en rectitud.

Carrera se enderezó con aire distraído, y al fijar la vista en el brigadier, aparentó la mas viva sorpresa, como si no hubiera estado advertido de su llegada.

—Oh! jeneral, era usted! exclamó abandonando su asiento y tendiéndole la mano. Pase usted acá. Precisamente me ocupaba... Pero ¿está usted herido? ¡Por Dios! solo esto nos faltaba!

—No ha sido nada, señor, dijo O'Higgins tomando el asiento que Carrera le designaba; un pequeño rasguño... no vale la pena... Tráeme aquí el deber de dar cuenta a Vuestra Excelencia de mis actos.

La espresion de O'Higgins fría y tranquila, formaba un chocante contraste con la acojida amistosa del jefe.

El tratamiento oficial adoptado por el brigadier en contestacion al *usted*, imponía severamente la ceremonia entre ambos jefes, sin que significara la subordinacion del uno al otro.

Carrera se ruborizó lijeramente, y su semblante tomó la misma seriedad del de O'Higgins.

—Es inútil que Usía me dé cuenta... lo sé todo, dijo con acento de amargura. Estoy convencido de que se ha hecho cuanto era posible... Son escusados los comentarios. Trátase ahora de organizar la defensa en otra parte, y los momentos son preciosos...

O'Higgins comprendió que Carrera evitaba el hablar del desastre de Racangua, por no remover cenizas que envolvían brasas demasiado ardientes. Mas, al oír hablar de defensa, depuso todo resentimiento, con la esperanza de avenirse para una nueva tentativa contra el comun enemigo.

—Estoi a las órdenes de V. E., dijo; mi espada está siempre pronta para tales proyectos.

—Lo sé, jeneral, y he contado con las buenas disposiciones de Usía, repuso friamente Carrera.

—Vuestra Excelencia puede darme sus órdenes...

—Con la condicion de que no serán discutidas, le interrumpió imprudentemente el jeneral en jefe.

Decimos imprudentemente, porque había en esta fra-

se una alusion directa a la disencion de opiniones que había mediado entre ambos, días ántes del sitio de Rancagua, cuando se trató de fijar el punto de defensa contra el ejército de Ossorio. Si Carrera quería evitar discusiones sobre el resultado desastroso de la campaña, mal hacía en despertar recuerdos acerca de sus antecedentes.

Pero sabido es que el jeneral se dejaba llevar fácilmente de sus impresiones. Naturaleza impetuosa y altanera, no podía o no trataba de dominar sus arrebatos.

Hallábase mortificado delante de la superioridad caballerosa de su émulo, y quiso a su vez mortificarlo con una indirecta reconvencion.

Mas O'Higgins, si bien estaba dispuesto a sacrificar su voluntad, no lo estaba a reprimir su orgullo.

Las úlceras que ocultaba su corazon necesitaban de bálsamo; la menor presion podía colmar la medida de su disimulo.

Carrera previó en los ojos del brigadier la respuesta que iba a pronunciar, como el lidiador presiente la estocada ántes que la punta del arma toque su epidérmis.

—Siempre que esas órdenes correspondan a la cordura de un jeneral en jefe, soi el soldado mas sumiso, dijo O'Higgins mirando a su interlocutor no con arrogancia, pero sí con una firmeza que doblaba la importancia de sus palabras.

Carrera hizo un movimiento de contrariedad y su frente se plegó de una manera perceptible. Iba a contestar con acritud; mas, de pronto, cambió la espresion de su rostro, y con una entonacion de dulzura mas elocuente que la aspereza, dijo:

—¿Convendrá Usía en que las órdenes de un jefe militar no necesitan la sancion de los subalternos?

Y como se viera en buen terreno, continuó sin dejar hablar a O'Higgins.

—Cada uno tiene sus convicciones, señor brigadier, y si cada comandante de division fuera dueño de obedecer o nó, de ejecutar las órdenes o rechazarlas, de obrar, en fin, por su propio criterio; en tal caso, señor O'Higgins, no daría un pelo de mi cabeza por el éxito de una batalla.

—Vuestra Excelencia va demasiado léjos en suponer.....

—Nada de eso, interrumpió Carrera, tratando de sacar todo el partido posible de la discusion y animándose cada vez mas con su propio raciocinio; no quiero discutir sobre los funestos resultados que afectarían a la disciplina del ejército en jeneral: me detengo solo a preguntar a Usía qué quedaría reducida la mision y la responsabilidad de un jeneral con subalternos tan autorizados. Póngase Usía en mi lugar, y respóndame francamente: si cada comandante de division obrara por su libre capricho, contrariando sus determinaciones, ¿qué haria Usía?

Y Carrera se cruzó de brazos como diciéndo: "vamos a ver si puede contestarse un argumento como éste."

O'Higgins se retorció las puntas del bigote en la actitud del que pesa las palabras que va a pronunciar. Veía llegado el momento de descargar su pecho de la hiel que encerraba. Era segunda vez que aludía Carrera a los hechos que habían mediado entre ellos; pero ahora había ademas una acusacion que echaba sobre el brigadier toda

la responsabilidad del desastre del día anterior. Las palabras del jeneral significaban netamente: "¿qué debo hacer con el que por desobedecer mis órdenes ha desbaratado mi ejército?"

Carrera no tuvo el ánimo de dar tal alcance a sus palabras; solo había tratado de confundir a su adversario; pero el terreno era tan resbaladizo y O'Higgins estaba tan sobre sí, que el menor desliz importaba una caída.

El brigadier se aprovechó hábilmente de las circunstancias.

—Señor, dijo con voz sosegada pero revestida de cierta imponente solemnidad, no quiero detenerme a establecer las consideraciones que deben guardarse al que mas bien es aliado que subalterno, al caudillo que envaina jenerosamente la espada delante de otro caudillo con el solo fin de combatir un peligro comun; nada de esto, señor...

Carrera adivinó o temió el jiro que O'Higgins iba a dar a su respuesta, e hizo ademan de hablar.

—No me interrumpa Vuestra Excelencia; seré tan breve como su impaciencia lo exige. Quiero solo contestar a la última pregunta que he tenido el honor de oír: ¿Vuestra Excelencia quiere saber lo que haría yo, jeneral en jefe, con un subalterno que burlara mis órdenes? Pues bien, y note Vuestra Excelencia que no quiero tomar en cuenta la calidad de él: aun el subalterno mas obligado a la obediencia, si lo viera comprometer una parte de mi ejército por haberse apartado de mis instrucciones, yo jeneral en jefe, Excmo. Señor, no llevaría mi saña hasta dejarlo sucumbir en el lance. Las insubordinaciones, las imprudencias, se castigan; mas, hai

penas señaladas y que solo recaen sobre el culpable, sin cubrir de sangre el suelo de la patria con la muerte de mil valientes, y sin acarrear la pérdida de una causa que ha costado inmensos sacrificios.

Carrera se había levantado maquinalmente de su asiento, como si la rijidez de las palabras de O'Higgins se hubiera ido comunicando a sus músculos.

Tambien el brigadier se había puesto de pié, imitando los movimientos de Carrera; mas no como el inferior obligado por la etiqueta, sino como el paladin que ve ponerse en guardia a su adversario.

—Luego, se confiesa Usía culpable de insubordinacion, dijo Carrera, levantando la voz a una altura que denotaba la cólera que lo poseía.

—Aun no he concluido, señor; no confunda Vuestra Excelencia mis hipótesis con mis verdades. He supuesto la existencia de una insubordinacion, porque tal es la especie que he oído propalada en el camino acerca de mi conducta; porque a Vuestra Excelencia se atribuye el oríjen de ella, y porque las palabras que no ha mucho he oído a Vuestra Excelencia envolvían el mismo cargo. Ahora bien, ántes de defenderme, de rechazar tales imputaciones, quiero suponerme culpable, quiero aceptar que fué mi voluntad, mi capricho, que no fué la necesidad, la que me hizo encerrarme en Rancagua, y ruego a Vuestra Excelencia que me diga si es bastante eso para justificar la indolencia de que yo y los míos hemos sido víctimas.

Por uno de aquellos movimientos inesplicables del ánimo, o quizá mui fáciles de comprender atendidas las circunstancias del caso, el jeneral Carrera recobró su

tranquilidad durante las últimas reflexiones de O'Higgins; y así, cuando éste concluyó de hablar, se le acercó reposadamente diciéndole en tono amistoso:

—¿Y quién ha dicho que yo he procedido de la manera que Usía se imagina? Hai dos errores de consecuencia en los cargos que tengo el sentimiento de oír formular a Usía. Me habla de abandono, de indolencia para socorrer a los sitiados: ¿cree entónces Usía que hemos permanecido a brazos cruzados delante de Rancagua?

O'Higgins se atuzó el bigote con un jesto que significaba espresivamente: "me dá lástima oír eso."

—¿Será menester preguntarlo a los muertos que hemos dejado en el campo? prosiguió Carrera; será menester que mi hermano Luis venga a decirle a Usía cuántos sacrificios ha costado a su division el sostenerse por espacio de algunas horas en la alameda de Rancagua contra las numerosas fuerzas de caballería que desplegaba el enemigo?

Y Carrera esperó una contestacion como para averiguar el efecto de sus palabras.

Mas, O'Higgins, para hacerle ver que no les daba importancia ninguna, se contentó con decir:

—Vuestra Excelencia habló de dos errores, y espero saber cuál es el otro.

—¡Ah! dijo Carrera sin inmutarse, me refería tambien a la creencia manifestada por Usía de que yo había pretendido castigar su insubordinacion; pero lo uno queda contestado con lo otro: ni ha habido indolencia, ni intencion de castigar. Sí, jeneral, créame Usía, y esté cierto de que en la línea de mi deber, no necesito consejeros para estimar la conducta de los valientes, y sé

elejir el momento de premiarlos o castigarlos... Pero es singular, sin percibirlo nos hemos apartado enormemente del lado útil de nuestra conversacion. Me parece que íbamos a hablar de mis proyectos de defensa.

No se le había escapado a O'Higgins la habilidad con que Carrera había dado un jiro pacífico a la discusion; pero ya lo hemos dicho, el brigadier prefería a todo, en esas circunstancias, un avenimiento cualquiera, con tal de reparar las desgracias de los días anteriores.

Vió, pues, con satisfaccion el término aparentemente amigable de aquel cambio de esplicaciones que se había iniciado de un modo tan alarmante, y ahogando la indignacion que le inspiraba la doblez del jeneral, se sometió a sus propios deseos.

Carrera siguió hablando.

—Supongo; dijo, que Usía está yá al corrienté de las determinaciones dolorosas que me he visto obligado a adoptar.

—Ignoro, señor, absolutamente lo que se hace. Acabo de llegar a Santiago; pero supongo que se trata de organizar la defensa de la ciudad.

—¿La defensa de la ciudad? ¡imposible! ¿Con qué fuerzas cree Usía que pudiéramos dedicarnos a eso? la tercera division se ha desertado y lo mismo las guarniciones de Melipilla y Valparaiso, que venían ayer en marcha para Santiago.

O'Higgins se manifestó enteramente maravillado.

—¡Luego, piensa Vuestra Excelencia abandonarlo todo al enemigo! exclamó con un tono tan alterado, que alarmó al jeneral en jefe.

—Pero no hai mas que hacer, repuso éste; no lo aban-

donamos todo; sino que nos retiramos al norte llevando cuanto pueda servirnos de recurso para volver pronto.

—¡Oh! señor! jamás me esperé semejante determinacion! No hai fuerzas, dice Vuestra Excelencia, impresionado quizá con la desercion de que habla; pero yo he visto en el camino la multitud de soldados dispersos que vienen hácia Santiago, y aquí mismo he visto a mi entrada las calles atestadas de hombres que pueden cargar un fusil! En estas circunstancias, señor, todos saben ser soldados: construyamos barricadas en los extremos de todas las calles: demos fusiles a cuantos los pidan, o mas bien, obliguemos a que los tomen por la persuasion o por la fuerza: todos esos desertores de la tercera division y los que han escapado de Rancagua se vienen precisamente aquí, o buscando un refujio o por cuidar de sus familias; juntemos a ellos los dragones de Freire, el destacamento de Las-Heras, los milicianos que podemos poner sobre las armas, los presidarios en último caso, e impondrémos al enemigo. Yo respondo de ello. Los españoles no soportan, señor, otra batalla como la de Rancagua; ¡qué digo soportan! ni aun la tentarían! ya saben ellos cómo defienden un sitio los patriotas: allá han visto pelear a las mujeres y aun a los niños: han visto tambien que no basta herir a un hombre para ponerlo fuera de combate; que solo la muerte los desembaraza de un enemigo, y que aun para morir, estos valientes agonizan matando. No son metáforas las que hablo, señor; si Vuestra Excelencia desconfía del éxito, yo estoi pronto a arrostrar todá responsabilidad; autoríceme Vuestra Excelencia para obrar, y por Dios que...

—Es tarde ya para pensar en eso, interrumpió Carre-

ra con frialdad; los cañones están ya clavados, parte de nuestras pocas fuerzas ha salido camino de Aconcagua... en fin, es quimera pensar en resistir aquí.

—¿Y cree Vuestra Excelencia que será posible defenderse mejor en otra parte? cree que no serán mayores los sacrificios que impondría la vuelta? Vamos a dar tiempo al enemigo para que se reponga de las fatigas de dos días de crudo combate, a darle cuarteles de refresco y comodidades para rehacerse; a darle el objeto de todas sus aspiraciones, la base de nuestro poder, lo que no debiéramos abandonar mientras nos quede un solo hombre... ¡Oh! es inconcebible...!

Y O'Higgins se llevó los puños cerrados a la frente en actitud de la mas desgarradora desesperacion.

Carrera dió un paso hácia él. Quizá por un momento se sintió persuadido con la fuerza y el entusiasmo de las reflexiones del brigadier; sus labios se entreabrieron para hablar; mas, de pronto se detuvo, y la espresion de jenerosidad que iluminó fugazmente su rostro se borró con otra de profundo disgusto.

Pensó en que las órdenes estaban dadas; en que variar de determinacion despues de una conferencia con O'Higgins, era cederle el predominio delante de todos y la gloria de la heroicidad.

Cuando el brigadier levantó la cabeza, encontró impasible el semblante de Carrera.

—¡Señor! dijo con el mas sentido acento de súplica, ¡amigo mio, de una sola palabra suya pende la salvacion de la patria!...

—¡Ilusiones! dijo Carrera ¡es la ruina de nuestros últimos recursos lo que obtendríamos! Nó; economicemos la

sangre de los pocos valientes que nos quedan. Pensemos solamente en lo que nos resta que salvar, y despues maduraremos con tiempo y prudencia un plan cuyo éxito descansará en el mismo reposo con que habrá sido calculado.

—¿Es esa la última palabra de Vuestra Excelencia?

—Irrevocable en fuerza de las mismas circunstancias.

O'Higgins se irguió entonces arrogantemente; sus ojos despidieron un relámpago de indignacion, y con una voz ronca de furor, dijo:

—Pues bien, jeneral Carrera, va usted a oir tambien mi última palabra, la espresion franca de los sentimientos que usted me inspira. Para otro hombre que a lo ménos pudiera cohonestar sus defectos con relevantes virtudes cívicas, tendria yo la induljencia del patriotismo; mas para usted, débil, debilísimo contra las mezquinas pasiones que emponzoñan su alma, no tengo ya mas que la severidad del implacable acusador. Usted no es ahora mas que un enemigo para mí. Por mas que lo vea aquí, en este palacio, guardado por cien soldados sumisos a sus órdenes, no puedo reconocer en usted al jefe supremo en que la nacion delega sus poderes para contrarestar las miras del español. Nó! mil veces nó! La ambicion y una espada que debiera emplearse mejor han colocado a usted ahí: pero hasta ese bastardo poder que usted asume, ha sido abdicado vergonzosamente por usted mismo al ser el primero en lanzar el grito de perdicion. Usted no es mas que mi enemigo, y un vil enemigo a fé mía, el de la peor especie, el que lleva la sonrisa en los labios y la perfidia en el corazon!

O'Higgins se detuvo como para tomar aliento; mas

aquella fué la pausa que hace el cazador en su carrera para montar el arma fatal.

Carrera, pálido, sobrecojido de estupor, dominado por la audacia del brigadier, escuchaba mudo e inmóvil, oprimiendo con sus manos crispadas el respaldo de la silla en que se apoyaba.

—Usted ha querido perderme, continuó O'Higgins, y se ve envuelto en mi desgracia. Pues son desgracias para mí las de mi patria, como solo lo es para usted el perder el sillón que ocupa. No tiene usted un átomo de patriotismo, y sí un mar de envidia y de miserable odio. Pero cuidado, que ese mismo mar lo ahoga a usted también... ¿Hace usted alarde de nobleza? pues sus timbres están empañados con sus propios hechos...

—¡Basta, miserable! le interrumpió el jeneral, repuesto ya de su primera turbación y sin poder contener su rabia: ¿quién eres tú para venir a hablarme de ese modo?...

—¿Quién soy yo? dijo O'Higgins levantando la voz sobre la de su contendor. Oiga usted, voy a decir quién soy yo...

—No necesito oírlo, que hartó bien lo sé: es usted tan atrevido como buen bastardo, señor Riquelme (1). Y salga de aquí, o lo hago apresar.

El jeneral se dirigió a grandes pasos a la puerta, y la abrió impetuosamente de par en par.

—¡Salga usted! repuso broncamente.

—La antesala se veía desde allí poblada de oficiales,

(1) Don Bernardo O'Higgins era hijo natural del virrey de Lima don Ambrosio O'Higgins y de doña Isabel Riquelme, una de las vecinas más notables de Chillán.

quienes al sentir el estrépito de la puerta, se volvieron sorprendidos hácia ella.

O'Higgins se movió ménos que si sus piés hubieran echado raíces; no se contrajo un solo músculo de su rostro, y con la mas siniestra impassibilidad, dijo:

—¿Con qué título me haría usted prender?

—Lo dirá mi consejo de guerra, si no sale usted al punto.

O'Higgins se adelantó pausada y amenazadoramente hasta mui cerca del jeneral, y bajando la voz, le dijo con imponente ademán:

—Podrían decirlo mejor el teniente de dragones don Juan Argomedo, y el soldado del mismo cuerpo José Barahona, a quien he cuidado de sacar sano y salvo de Rancagua.

Carrera palideció mas que lo que estaba.

—Sí, continuó O'Higgins en el mismo tono, ellos darían a usted el título de asesino; pero dé gracias a mi prudencia. Y ahora, agregó en voz mas alta, escuche usted bien lo que voi a decir: perdono a usted sus injurias, pero nó la desgracia de mi patria. Puse esta espada al servicio de usted porque lo creí grande y jeneroso para olvidar nuestros mútuos agravios: era una arma acostumbrada a vencer, y usted con su perfidia la ha hecho si no humillarse, por lo ménos empañarse con una retirada. Tome usted.

Y desenvainando su espada, la quebró contra su rodilla y tiró los trozos a los piés de Carrera.

—Es usted quien la ha roto, prosiguió, como ha destrozado nuestras libres instituciones; guarde usted esos trozos como arras del cumplimiento de un nobilísimo

propósito que hoy hago: el de devolver algún día a mi patria lo que usted le ha hecho perder, y el de alejar de su suelo a los culpables, o matarlos! ¡No lo olvide usted!

Y el brigadier atravesó el umbral de la puerta con la cabeza erguida y paseando una mirada digna y serena por todos los oficiales, que lo contemplaban mudos de admiración en la antesala.

Carrera no se movió por algunos instantes: vióse anonadado ante la grandeza incontrastable de su rival, y ante el temor de provocar la publicación de sus desgraciados y pérfidos designios.

Solo un minuto después abandonó su inmovilidad para entregarse a precipitados paseos y mudos ademanes de impaciencia.

CAPÍTULO XX.

Los que se van y los que se quedan.

Han trascurrido seis días desde la escena referida en el capítulo anterior.

Son las cinco de la tarde del día 9 de Octubre.

Santiago está de gala: sus calles embanderadas, las campanas en alborozado clamoreo, las bandas de música en movimiento, y el pueblo... oh! el pueblo, ébrio de alegría.

¡Sabeis lo que se celebra?

La entrada triunfal del magnífico señor don Mariano Ossorio, comandante jeneral de los ejércitos del reino de Chile.

Recorramos a grandes plumadas los sucesos que se han verificado hasta este momento.

El día 3, casi a la misma hora en que se terminaba la conferencia de los dos jefes patriotas, se movía Ossorio de Rancagua con los últimos restos de su ejército y venía a pernoctar en la hacienda del Hospital.

El día 4, por la mañana, hacía avanzar su jente des-

pues de dirigirle una pomposa proclama que terminaba con estas conciliadoras palabras:

«Es preciso que os manifesteis en la capital no con aquella severidad que en la infeliz Rancagua: los santiaguinos son nuestros hermanos, y no nuestros enemigos, que ya han fugado: usemos con ellos de toda nuestra ternura y compasion.»

Mientras marchaba este ejército, Carrera daba sus últimas órdenes en Santiago.

Y aquí el buen orden de la narracion nos obliga a hacer alto por unos instantes en dos personajes conocidos nuestros, Manuel Rodriguez y Corina Monterreal.

Los dos jóvenes entraron a Santiago el dia 4 por la mañana.

Era en los momentos de mayor confusion: la ciudad estaba desguarnecida, pues acababan de atravesarla hácia el norte las últimas partidas del ejército patriota.

Solo quedaban atras, en el llano de Maipo, veinte fusileros al mando del capitan Maruri, quienes debían observar los movimientos del enemigo.

Así pues, Rodriguez solo había encontrado este reducido destacamento en su marcha a Santiago, cuando se esperaba tener que cruzar por entre nuevas y rezagadas huestes, debidas a la actividad del jeneral en jefe.

Detúvose el joven a tomar lenguas del capitan Maruri, con quien mantenía débiles relaciones de amistad.

Maruri no pudo explicarle sino vagamente las determinaciones del jeneral Carrera, y mientras lo hacía en breves palabras, no pudo ménos de manifestar su admiracion al reconocer a la hermana del teniente Monterreal en la joven montada a la grupa del caballo de Rodriguez.

Refirió éste a su turno, tan concisamente como Maruri, los últimos sucesos de Rancagua, y concluyó diciendo:

—Yo traía el propósito de aguardar en Santiago el desenlace de todo esto, o de dejar a esta señorita en paraje seguro y volver a Rancagua; pero los acontecimientos echan por tierra mis propósitos: Santiago debe estar hecho un volcan: hoi estarémos nosotros allá, pero mañana deberán estar los españoles.

—Precisamente, dijo Maruri, yo tengo orden de retirarme allá en cuanto los aviste, y creo que no pasarán muchas horas sin que tal suceda.

—De manera, observó Corina con desaliento, que no hai posibilidad de obtener noticias de mi familia.

—Yo iría a Rancagua, dijo Rodriguez: no son los peligros míos los que me detienen; es la seguridad de usted, Corina. En Santiago no es posible quedarse: las atrocidades de Rancagua no han sido mas que un ensayo de lo que se espera acá.

—Quizá podría yo, dijo Maruri, servirles de algo a ustedes, si solo se trata de tomar noticias en Rancagua. Cabalmente me ocupaba no ha mucho la idea de mandar allá. Tengo un asistente, ladino como un zorro, mui capaz para empresas de esta naturaleza, y como me intereso tambien por la suerte de dos personas que allá he dejado.....

—Pero ¿ese hombre podría volver tan pronto, que nos alcance en Santiago?

—¡Oh! eso es imposible; pero llevará orden de buscarme para el norte hasta donde me encuentre. Un

hombre solo va mas lijero que una tropa, y no dudo que tendré de vuelta al mío en tres o cuatros días.

—Pues entonces, esto es lo mejor que podemos hacer, dijo Rodriguez.

Convínose con Maruri en reunirse mas adelante, le dejó instrucciones sobre los informes que el mensajero debía tomar y los que debía dar acerca de Corina, y siguió ménos intranquilo su camino a Santiago.

Hemos dicho ya que a su entrada encontraron la ciudad en la mayor confusion: y en efecto, ese dia, el 4 de Octubre, fué el único lamentable para Santiago: turbas harapientas y desenfrenadas recorrían las calles y penetraban en las casas a los gritos de "viva el rei" o "viva la patria": el pillaje se comenzó en las barbas de la autoridad en fuga y a virtud del pánico de la poblacion.

El mismo Carrera, impotente para reprimir el desorden, solo consiguió darle pábulo, cuando por distraer al pueblo, entregó al saqueo la administracion de estanco, los almacenes de víveres y la fábrica de fusiles.

Rodriguez atravesó la ciudad en medio de ese inmenso desbarajuste: habría deseado ver a Carrera para saber con certeza lo que se proyectaba; pero temía prolongar su permanencia en lugares amagados por chusmas beodas, alentadas con la impunidad de sus propios excesos: temía por Corina, que pálida y temblorosa, se estremecía de espanto con el siniestro aspecto que presentaba la ciudad.

En la calle del Puente alcanzó Rodriguez una pequeña fuerza de voluntarios que se había detenido a disparar sobre la gavilla de desalmados que saqueaba una casa.

Dispersóse la turba con alaridos y gritos de rabia; los voluntarios siguieron su marcha, y Rodriguez se juntó a ellos.

En la tarde del mismo día llegó Maruri a Santiago con la noticia de que se acercaban las primeras partidas españolas.

El jeneral en jefe se apresuró a salir de la capital.

«El camino de Aconcagua, que seguían los esquilmados batallones del ejército insurgente, presentaba entonces un espectáculo lastimero. Hombres de todas condiciones, y entre ellos los personajes mas notables de Chile, mal montados y peor equipados, acompañaban de cerca a las tropas, compartiendo con ellas los sinsabores y fatigas de una marcha precipitada y por ásperos caminos. Faltos de dinero y escasos de todo recurso, su viaje fué la romería del proscrito, desde el momento en que dejaron sus casas y comodidades. Muchas mujeres que acompañaban a sus maridos y padres, contribuían a aumentar con sus lágrimas el dolor de todos y a embarrasar la marcha de los fujitivos.»

En Santiago habían quedado mui pocos patriotas: los que no habían podido seguir al ejército insurgente por su edad avanzada u otras causas, trataban de ocultarse en los campos vecinos para escapar a las persecuciones de los españoles.

No vaya a creerse por esto que la capital de Chile se entregaba despoblada al ejército de Ossorio.

En aquellos tiempos no escaseaban los hijos de la península, ni era preciso irlos a buscar tras los mostradores de algunas tiendas de especies; los había de todas clases y condiciones. Además, no todos los chilenos eran

patriotas exaltados, muchos había indiferentes, y no pocos se inclinaban al régimen colonial.

Resulta, pues, que Santiago, despues de la partida de los insurjentes, conservaba una buena parte de su poblacion; mas que suficiente para ostentarse alegre y bulliciosa en las oyaciones con que debía festejarse la entrada del vencedor.

Las tropas realistas comenzaron a llegar en la tarde del mismo dia 4, y pocas horas despues de la salida de Carrera.

Habían mandado una diputacion al encuentro de ellos, para suplicar a los jefes que no entraran hostilmente a la poblacion.

Obtenido esto, se preparó al ejército un espléndido recibimiento: se embanderaron los edificios; se levantaron arcos triunfales, hubo iluminaciones, y la llegada de cada batallon fué pretesto de ruidosos paseos y abrumadoras felicitaciones.

Así pasaron los dias hasta la tarde del 9 en que debía verificarse la entrada de Ossorio, anunciada por él mismo de antemano para no dar a sus hermanos santiaguinos, como los llamaba en la circular que hemos citado, el sentimiento de hallarse desprevenidos en punto a festejos.

Con tal prevencion, la calle de Santa Rosa, la Alameda y la calle del Rei, como se llamaba entonces la del Estado, se vieron atestadas de jente desde las doce de aquel día.

Nadie pensó en dormir siesta, lo que en aquel tiempo constituía la mas irrefragable prueba de un gran acontecimiento.

Los españoles, los verdaderos hijos de la península, se paseaban ufanos entre la multitud, siendo el objeto de sus agasajos y felicitaciones.

Ser español en aquellos momentos equivalía a poseer los timbres mas acreedores a la consideracion de las jentes.

El gran número de chilenos cuyas conciencias no se hallaban mui tranquilas en cuanto a compromisos políticos, se esforzaban mas que todos en hacerse gratos a los ojos de los españoles, aparentando el mayor gozo por el cambio de réjimen gubernativo y tratando de hacerse notar con sobresalientes actos de *realismo*.

Resultó de todo esto, que el recibimiento hecho a Ossorio fué el mas espléndido que pudiera haberse preparado al mas querido y simpático vencedor.

Acompañado el jefe realista de su estado mayor y seguido de algunas tropas, hizo la travesía de las calles sobre un tapiz y bajo una profusa lluvia de flores. Cada balcon, cada ventana, cada puerta de calle, era una verdadera batería de perfumados proyectiles que hendían el aire en todas direcciones para ir a mullir la huella del aclamado cortejo. Desparramábanse ademas grandes cantidades de dinero a la multitud y a los soldados, y un repique jeneral de campanas unía su bullicio a las acordes tocatas de las músicas militares y a la desabrida pero no menos entusiasta grito del populacho.

Todo aquel bullicio y movimiento fué a hacer alto a las puertas de la casa del Conde de la Conquista en el ángulo oriental de la Plaza de Armas.

Era aquella la morada transitoria que se había preparado al vencedor.

La solicitud de los realistas había llegado hasta desconfiar de la solidez de las murallas del palacio gubernativo: decíase que los patriotas lo habían dejado minado para sepultar bajo sus ruinas al glorioso jefe español.

Ossorio terminó el día abrumado por las felicitaciones de los notables, que rivalizaron en adulaciones y testimonios de adhesión a la causa real.

Solo a la una de la mañana, vino a quedar libre de la multitud de cortesanos, cuyas bocas se habían abierto a porfía para prodigarle el obligado incienso de las circunstancias.

A aquella hora, solo ya en su cuarto, y preparándose a meterse a la cama, debió asaltar su mente algún súbito recuerdo; porque de pronto se interrumpió en sus preparativos, como quien se acuerda de algo que ha olvidado, se acercó a la puerta y llamó a uno de sus asistentes.

—¿Está ahí todavía el capitán San Bruno? preguntó.

—Sí, Excelentísimo Señor, contestó el mismo San Bruno, que se hallaba parado a poca distancia.

—¡Ah! mui bien; casi me había olvidado... temí que ya se hubiera ido usted.

—¡Oh! no, señor! habiéndome dado orden de esperar Vuestra Excelencia...

—¡Bueno! si no es mas que el haberme acordado, cuando lo ví a usted en el salón, de aquel desgraciado asunto del salvo-conducto: me tiene intranquilo esto; no quise preguntar nada a usted delante de las jentes...

—Vuestra Excelencia teme que aquello pueda tener consecuencias mui graves...

—Sí, por cierto; figúrese usted que recordando los tér-

minos en que dí la tal órden, he venido a caer en que el portador puede hacernos de las suyas. Tiene mil medios de burlar mi autoridad, ya sea aquí o en las provincias; ¿a quién que se presente con semejante pasaporte no le impone la obligacion de ceder a sus pretensiones?... Ya sabe usted; aquello de no molestar a ninguna persona que él designe...

—Efectivamente, señor, la órden es mas lata de lo que debiera...

—Pero en fin, nada me dice usted de lo que se ha hecho para capturar al portador. Me parece que usted se prometió en Rancagua un buen éxito...

—Así fué, señor; pero no siempre los buenos deseos son secundados por las circunstancias.

—Luego ¿no se ha alcanzado nada?...

—Léjos de eso Excmo. señor, hemos retrocedido.

—Cómo así? no comprendo...

—Quiero decir, señor, que hemos andado mas desgraciados de lo que Vuestra Excelencia puede imajinar: nuestras pesquisas han tenido un resultado desastroso.

—¡Oiga! que llama usted desastroso?

—Recordará Vuestra Excelencia que en Rancagua le dí cuenta de haber mandado seguir la pista al autor de tan atrevida superchería... No sé si dije tambien que el sarjento Villalobos, el mas valiente y sagaz de mis soldados, se había encargado de tal comision.

—Nó; eso no lo sabía; pero supe que no se habría valido usted de mala jente.

—Pues bien, señor, se ha encontrado al sarjento Villalobos con un balazo en el hombro izquierdo: el pobre

hombre escapó milagrosamente de las manos de aquel bandido...

—¡Qué dice usted! Por San Pedro! con que tan audaz es el malvado! ¿Sabe usted que eso es sério, mi señor San Bruno?

—¡Cómo no lo he de saber, pues, señor! dijo el capitán con aire de los mas contritos. ¡Que la flor del ejército, como llama Vuestra Excelencia a los Talaveras, haya recibido un ultraje como este en unos de sus mas dignos servidores!...

—Pero ¿cómo ha sucedido eso, por Dios? No dice usted que el tal Villalobos es un valiente?

—Lo digo y lo sostengo, señor; pero eso no quita el que uno pueda ser víctima de una sorpresa: el sarjento ha sido herido por la espalda.

—¡Ah! ya estoi! Pero ¿dice usted que no ha peligrado su vida?

—¡Felizmente, señor! Ahora está fuera de cuidado y no pierde la esperanza de vengarse de su ofensor: solo espera restablecerse para principiar sus pesquisas.

—Mui bien, me agrada eso: supongo que él recordará bien la figura de aquel pícaro.

—Sí, señor; pierda cuidado Vuestra Excelencia: lo conoce tan bien como yo.

—¡Bueno! eso es lo principal ¿y no tiene indicios de su paradero?

—Estamos en via de averiguarlo, señor; entre los prisioneros que trajimos de Rancagua, vienen los padres de la jóven que él nos reclamó como su hermana.

—¡Hola! y ya los habrá interrogado usted, por supuesto.

—Sí, señor, dos veces: la primera, el mismo día que salimos de Rancagua; es decir, cuando en el camino me presentaron al sarjento Villalobos, que había sido hallado sin conocimiento a poca distancia de aquel pueblo. Y la segunda vez ha sido anteayer aquí en Santiago. He averiguado que el supuesto Cándia no era hermano de la jóven, pues el único hermano que tenía, murió en el mismo sitio en que capturamos a los padres. Mas, sospecho que sea algun pariente o amigo de la casa, y por ahí, en un nuevo interrogatorio, espero avanzar algo mas. El nombre de la jóven puede tambien servirnos para buscar su paradero.

—Está mui bien; no se olvide de darme cuenta de sus averiguaciones.

—Así lo haré, señor. Solo me resta pedir a Usía que me autorice para proceder en este negocio como las circunstancias lo pidan.

—Eso por de contado: puede usted arrestar a cuantos le inspiren sospechas de que conozcan al culpable; despachar jente a los puntos en que crea posible capturarlo; interrogar a los prisioneros; en fin, cuanto sea necesario. No omita usted medio alguno.

—Puede contar con ello Vuestra Excelencia, dijo San Bruno inclinándose respetuosamente.

El comandante realista quedó solo, y pocos momentos despues, metido en su cama, trataba de conciliar el sueño, apartando de su mente las reflexiones poco tranquilizadoras que sobre este asunto le asaltaban.

CAPÍTULO XXI.

Un buen negocio.

Ossorio no permaneció mucho tiempo en la capital.

A los cuatro días salió para el norte en persecucion de los patriotas.

Días ántes habían tomado el mismo camino, al mando de Elorreaga, las primeras fuerzas españolas que entraron a Santiago.

Veamos ahora cómo se habían manejado entretanto los fujitivos, y para ser claros y concisos, tomemos las cosas por órden.

O'Higgins había sido uno de los primeros militares que habían salido de Santiago. Terminada su conferencia con el jeneral en jefe y comprendiendo que nada le restaba que hacer allí, solo pensó en poner en salvo a su familia.

La familia del jeneral O'Higgins se componía tan solo de su madre, doña Isabel Riquelme, señora de unos cuarenta años de edad, y de la hija de ésta, doña Rosa Rodriguez, o mejor, O'Higgins, puesto que ella usó siempre el ilustre apellido de su hermano materno.

Decimos, pues, que el brigadier se dió prisa a tomar el camino de Aconcagua; envió a las dos señoras adelante, acompañadas del capitán don Venancio Escanilla, y algunas horas despues se marchó él.

Al día siguiente, 5 de Octubre, se hallaba en Santa Rosa de los Andes, reunido a sus dos queridas compañeras de viaje, objeto de todos sus desvelos y ansiedades en la penosa marcha que debían emprender al través de las cordilleras.

Demoróse allí hasta el día 8, ocupado de los preparativos de aquel viaje peligrosísimo en una época del año en que las nieves cubrían aun la mayor parte del camino.

En estos tres días llegó también a Santa Rosa Manuel Rodríguez, con su bellísima compañera, Corina Monterreal.

Las casas del pueblo estaban todas abiertas para hospedar a tanto ilustre fujitivo, y no le fué difícil a Rodríguez el encontrar un asilo transitorio en la misma plaza.

Al día siguiente de su llegada, es decir el 6, comenzó también sus preparativos para aventurarse en las cordilleras.

Estos preparativos sólo consistían para todos en jeneral, en procurarse buenas cabalgaduras, dando la preferencia a las mulas; abundantes abrigos y algunos víveres.

Por desgracia, eran tantos los que demandaban los mismos artículos, que debía considerarse feliz el que obtuviera una frazada en cuanto a abrigos y una ave fiambre en cuanto a municiones de boca.

Mas esta desgracia no podia rezar con Rodriguez, quien a falta de dinero, llevaba consigo tres requisitos poderosos para salir de apuros. Eran éstos: ingenio, actividad y amor; y todos tres en dosis no mui despreciables.

Rodriguez pudo, pues, proveerse satisfactoriamente de cuanto necesitaba. Y es justo que demos al lector en el gusto de conocer los expedientes que puso en ejecucion.

El dia 6, mui de mañana, principió el jóven sus exploraciones. Aun no salía el sol cuando él se mostraba a la puerta de la casa en que se hallaba hospedado y tendía la vista en todas direcciones, husmeando algo que allá en sus adentros debía haberse confesado mui necesario.

El hecho es que nuestro jóven, si bien había sido hospedado allí con la buena voluntad que caracteriza a los aconcgüinos, no había encontrado sino una mínima parte de lo que había menester para el viaje.

—La voluntad sobra, le había dicho la dueña de casa cuando Rodriguez le demandó alojamiento; pero solo podemos ofrecerle una cama para la señorita (por Corina), asiento a la mesa para ambos, y un rincon del corral para el caballo.

En consecuencia, Rodriguez se había visto en el caso de dormir sobre un meson, sin desnudarse y con un cojín de cabecera.

Pero no por eso había dormido ménos bien. El jóven era de un temple poco delicado, y sabía acomodarse maravillosamente a las circunstancias. Solo que talvez a consecuencia de esto había madrugado un poco mas que de ordinario, a pesar de que las fatigas de los días pre-

cedentes le daban sobrados títulos para reclamar un sé-rio reposo.

De todo lo que hemos dicho resultó que el jóven echó sus cuentas mui de alba sobre lo que le convenía hacer.

Podía contar con el cobertor de la cama de Corina, gracias a la amabilidad de la huéspedea que se lo había cedido graciosamente y disculpándose de no poder ofrecerle otras cosas.

—Necesito ademas, se decia Rodriguez al salir a la puerta de calle, en el momento que lo presentamos al lector; necesito un par de caballos, ya que no han de poder ser mulas; pero no debo preocuparme mucho por esto: ahí está el jeneral en jefe, que no se hará de rogar para darme a elejir entre los de su escolta. En lo que debo pensar es en las provisiones: tampoco estaría demas algun otro abrigo; pero si no lo hai, bien puedo pasarme con lo que tengo; la frazada para que se cubra Corina, y esta manta para mí.

La manta era la misma que le hemos visto comprar en las Bodegas del Conde.

—Provisiones y cabalgaduras, continuaba diciéndose el jóven. Bueno. Echémonos a buscar. ¿En qué órden procederémos? Si daré preferencia a las provisiones?..... Esto es lo de ménos valor..... pero tambien lo otro es mas esencial: sin provisiones puedo moverme; entre tantos viajeros como van por el mismo camino siempre encontraría a quien pellizcarle un trozo de pan. Sí pues; debo aperarme de caballos antes que todo. Tenemos entonces: primera diligencia, caballos; segunda idem, ví-

veres, y en tercer lugar, abrigo. Vamos, pues, en busca del jeneral en jefe.

Rodriguez había sabido la noche antes, que Carrera estaba en el pueblo; mas no había tenido lugar de obtener a punto fijo noticias de su paradero.

En consecuencia, se dirigió a un soldado que atravesaba la plaza en esos momentos.

—Amigo mio, le dijo, ¿quiere usted decirme dónde está alojado el jeneral en jefe?

—¿El jeneral en jefe? preguntó con asombro el interpelado. Pero, señor, si el jeneral no está alojado en el pueblo.

—¿Cómo que no? repuso Rodriguez con alguna inquietud ¿acaso no llegó anoche aquí?

—Verdad es que llegó, señor; pero tambien es mui cierto que no tardó una hora en volver a salir.

—¡Diablos! ¿con que es decir que ha tomado ya el camino de la cordillera.

—¡Qué! nó, señor. El jeneral no piensa salir del país: lo que hace es ver modo de reunir jente para marcharse a Coquimbo.

—¡Hola! con que tales son sus miras! pues otra cosa me habían dicho, y como veo que nadie piensa aquí en seguir para el norte.....

—Así es, señor; y yo creo que al fin y al cabo todos pasaremos a la otra banda.

—¿Y por qué cree usted eso, amigo mio?

—Porque esta mañana hemos recibido orden nosotros de no seguir para Coquimbo como ántes se había dispuesto, y porque tambien hai noticias de que todas las fuerzas que el jeneral espera reunir se están desertando

a mas y mejor. Los dragones que llegaron con el capitán Freire se han puesto desde anoche a las órdenes del jeneral O'Higgins; igual cosa han hecho los *cuyanos* de la division del capitán Las-Heras. ¿Qué jente le queda, pues, al jeneral en jefe, si no es la poca que tiene el coronel don Luis Carrera, nosotros que llegamos anoche, y un refuerzo que viene de Valparaiso y Quillota?

—¿Pero a dónde ha ido el jeneral? preguntó Rodríguez con insistencia.

—Si he decir la verdad, señor, no estoi seguro... pero me parece que salió para San Felipe y Putaendo a buscar jente.

—Luego ¿estará pronto de vuelta?

—No lo sé tampoco, señor. Quien debe estar al cabo de todo es mi capitán.

—¿Quién es tu capitán?

—Don Nicolás Maruri, señor.

—¡Ah diablo! ¡Maruri! Voto va! y no habías comenzado por decírmelo!

—Como no se había ofrecido...

—¿Y dónde está Maruri?

—En la Alameda, señor. Si quiere usted verlo, yo voi para allá.

—Pues vamos, hombre, sin demora.

Diez minutos despues, Rodríguez se juntó con Maruri, quien efectivamente se hallaba en la Alameda del pueblo; no en alguna casa, sino en la misma Alameda.

El jóven capitán se paseaba con las manos en los bolsillos de sus pantalones y en actitud meditabunda.

A poca distancia se veían algunos grupos de soldados

que departían alegremente al lado de los fusiles puestos en pabellon.

—¡Oh! exclamó Maruri, entre admirado y gozoso, al divisar a Rodriguez.

—¡Señor capitán! dijo éste, dándole las dos manos; ¿con que usted ha pasado la noche en el pueblo?

—Sí y nó, dijo Maruri sonriéndose.

—¿Cómo así? ¿ha estado usted fuera alguna parte de la noche?

—No es eso, mi querido señor Rodriguez; sino segun sea lo que entiende usted por el pueblo: he pasado aquí toda la noche.

—Aquí, repitió Rodriguez con aire de no comprender.

—Sí pues, aquí en la Alameda, repuso Maruri sin dejar de reirse.

—¡Cáspita! ¡no se ha alojado usted en ninguna otra parte!

—En ninguna casa, quiere usted decir. Pues lo que es alojado... me parece que uno aloja donde duerme.

—Pero ¿a dónde diablos ha dormido usted?

—Al pié de un álamo; allí, en aquel montoncillo de pasto seco. Llegué tarde, y nadie quiso abrir sus puertas para darme alojamiento: además de que en todas las casas que golpeamos se nos contestó que tenían alojados. Parece que ya no cabe un alfiler en el pueblo.

—¿Y qué me dice usted del mensajero que mandó a Rancagua?

—Aun no ha vuelto: espero tenerlo por acá mañana o pasado, sino sufre algun contratiempo.

—Bueno, ese es un consuelo para la pobre Corina.

—¿Siempre está mui aflijida?

—Naturalmente; no piensa en otra cosa que en su familia. Lloro sin cesar, y a veces pretende volverse sola a Rancagua;... en fin, su dolor me martiriza sobremedera, y tengo ansias de poder llevarle alguna noticia tranquilizadora... ¿Mas, qué me dice usted del jeneral en jefe?

—Que no tardará en llegar: se fué anoche para San Felipe.

—¿Es verdad que piensa continuar su retirada hasta Coquimbo?

—Tal era su propósito hasta ayer tarde; pero ya está resuelto a pasar la cordillera; solo esperamos algunas fuerzas que deben juntársenos hoi o mañana.

—¿Y cómo se hallan de caballos los soldados?

—Aun no tenemos uno solo: ni sé cómo nos veremos para hacer la provision necesaria: los que hemos traído hasta aquí están completamente inutilizados.

—¡Diantres! y yo que había pensado en dirigirme al jeneral! ¡Vaya! será preciso hacer por otra parte la diligencia.

Y Rodriguez se separó de Maruri, encargándole que tratara de verlo cuando volviera el mensajero, si aun se hallaban en el pueblo. A este fin le dió las señas de su alojamiento.

En seguida, nuestro jóven tomó nuevamente la direccion de la plaza, haciendo trabajar a su mente en buscar lo que necesitaba.

—¡Dos caballos! decía suspirando ¡oh! aunque fueran dos asnos con tal que tuvieran aguante!... Pero ¡por vida mía! ¿en qué estaría yo pensando? mi caballo, aunque estropeado con el viaje de Rancagua aquí, puede

muy bien cambiarse por un mulo... Nó; otra cosa; tratemos de venderlo, que no faltará alguien que se decida a tomarlo. En estas alturas, no se han de mirar en pelillos; yo mismo, si no tuviera otros cuidados, me iría en él, y aunque se muriera en el camino, podría seguir adelante remudando ancas de caballos ajenos. Por ahora, con la compañera que tengo, es preciso tomar algunas precauciones. Pues no hai mas; principiemos por vender el caballo... Hé aquí como se ha alterado lastimosamente mi programa. Ahora diremos: Artículo primero, venta de mi caballo, o lo que es lo mismo, ensayos de chalan: artículo segundo, mulas o caballos, en fin, un par de cuadrúpedos de aguante. Lo demas del programa está en su ser.

Durante estas reflexiones, llegó Rodriguez a la casa en que estaba alojado y entró hasta un corral interior; allí estaba su caballo.

El animal no era despreciable por su figura; solo que sus bríos se hallaban apagados y sus piernas algo envaradas a consecuencia de la caminata de los días anteriores.

Rodriguez lo ensilló por sí mismo, no sin esmerarse un tanto en limpiarlo, tratando de darle una decencia conveniente a sus miras.

Pocos momentos despues salía el jóven nuevamente a la plaza, caballero en su maltratado corcel, que por ahora ocupaba con razon todas sus atenciones.

Dirijióse como ántes a la Alameda, esparciendo indagadoras miradas a todos lados.

—¡Nadie! murmuró al cabo de un buen trecho de camino. ¿Cómo diablos deberé conducirme? Ni es posi

ble que me ponga a pregonar el caballo, ni mucho ménos lo es el que adivinen mis intenciones con solo mirarme. A ver: dirijámonos a álguien; allí va un hombre a caballo; seguramente no tiene necesidad del mío, pero entablémosle conversacion. Trazas de campesino tiene..... Sí; no me cabe duda; hombre de recursos parece. Vamos allá.

E hincándole los talones al caballo y levantádo las riendas, procuró hacerlo tomar un aire mas garboso y acercarse al individuo que cautivaba por aquel momento su atencion.

Saludóle afablemente con la cabeza y la diestra al mismo tiempo, y le dijo:

—Perdone usted, mi señor; estoi de viaje a la cordillera, y no sé a quién dirijirme para comprar un par de caballos... supongo que usted será de por acá...

—Nó, señor, tambien soi forastero, respondió el hombre con una cortesanía mitad campestre y mitad ciudadana: se veía en él desde luego una persona de educacion, pero acostumbrada a los usos del campo. Solo que, añadió con la misma urbanidad, yo llevo un camino distinto, pues voi a Santiago.

—¡A Santiago, ai, Dios mio! ¿dice usted que va a Santiago?

—Justamente.

—¿Acaso ignora usted que los españoles han tomado posesion de la ciudad, y que a estas horas aquello debe ser un infierno?

—Pues eso mismo es lo que me lleva, señor, dijo el hombre con semblante de tristeza. Tengo allá mi mujer y dos hijitos, y ya comprende usted...

—Pero sin embargo, eso es esponerse de una manera... ¿No sabe usted cómo tratan los españoles a los chilenos? Mire que yo vengo de allá y lo he visto por mis propios ojos...

—Luego usted se ha hallado entre los españoles...

—Por supuesto, pero yo llevaba un... ¡Ah! diantres, usted me hace pensar en una cosa que no se me había ocurrido. Es el caso que yo tengo un salvo-conducto del mismo jefe español, y este puede servirle a cualquiera del mismo modo que a mí, pues no está estendido a nombre de persona determinada. Vea usted.

Y el jóven se buscó en la faltriquera y sacó el dichoso salvo-conducto que conocemos demasiado bien.

El campesino leyó a media voz:

"No se moleste al portador ni a las personas que él designe.

OSSORIO."

—Yo tenía como usted, repuso Rodriguez, una familia que salvar, y me valí de una persona que goza de favor con el comandante jeneral.

El hombre conservaba aun el papel en sus manos y lo daba vuelta a uno y otro lado con aire de interes y de duda.

—Pero si usted ha podido obtener esto, dijo al cabo de un instante, considero que se toma un trabajo inútil tratando de huir de aquí.

—¿Por qué?

—La razon es mui clara: la misma persona de que habla usted, podría...

—¡Ah! sí; podría conseguirme para en adelante las mismas garantías.

—Cabal.

—Pero hai otra cosa de por medio, señor, dijo Rodriguez moviendo la cabeza significativamente. Mi nombre es harto conocido en Santiago, y no faltaría quien me delatara como uno de los mas comprometidos en la causa republicana.

—Pero así, con todo eso, ha obtenido usted un pasaporte.

—Un pasaporte; si, señor, pero nada mas: o mas claro, mi protector me dijo: "No me pida usted que interceda en su favor; todo lo que puedo hacer es proporcionarle un salvo-conducto. Se irá usted inmediatamente y no volveré a verlo mas en Santiago."

El campesino volvió a meditar.

Rodriguez esperó en silencio el resultado de sus cavilaciones. Veia despertarse por grados el interes de su interlocutor, y esperaba sacar partido.

—Aun se me ocurre otra duda...

—¿Cuál? veamos.

—Usted perdonará mis majaderías; pero, como creo que la intencion de usted es cederme de alguna manera este papel...

—¡Ah! diablos! yo no he dicho eso! se ha ofrecido el hablar de esto y nada mas, dijo Rodriguez, volviendo a tomar el papel, pero sin guardarlo.

—¡Ah! eso es otra cosa! pues yo me había imaginado... ¿No ha dicho usted que se ha comprometido a no volver a Santiago?

—Sí tal! eso he dicho; pero del dicho al hecho, ya sabe usted.

—Yo no me interesaba mucho tampoco, dijo el campesino con aire de indiferencia. Cabalmente iba a hacer notar a usted una cosa que me llamaba mucho la atención.

—¿Lo ajado del papel? preguntó cándidamente Rodríguez.

—¡Oh! eso no tiene nada de particular; un papel que se trae en los bolsillos... Me refiero a la circunstancia de no ser nominal esa orden.

—Ahí está su mérito, su gran valor.

—Pero también no negará usted que cualquiera podría creer... Yo no pongo en duda su buen oríjen; pero los españoles son tan desconfiados... ¿Cómo explicarles tal circunstancia? ya ve usted.

Rodríguez no era lerdo para conocer que el campesino ardía en deseos de poseer el salvo-conducto, y que a ese fin tendían sus esclarecimientos.

—Es tan natural eso, dijo doblando el papel con indiferencia. Además, es una corroboración de lo que he dicho. Mi protector no quiso nombrarme, porque peligraba así su misma influencia: suponga usted que pidió el pasaporte para dar a alguien la comisión de salvar una familia, y que ese alguien no estaba aun elejido... ya ve usted...

—Pero en resumidas cuentas, se necesitan muchas explicaciones para quedar satisfecho.

—Pues yo no he tenido que dar ninguna: ha bastado el que lean y vean la firma puesta al pié.

—Esa es otra: una firma puede ponerse en duda.

A ese tiempo los interlocutores fueron interrumpidos por un oficial que se acercaba diciendo:

—¡Hola! señor Rodriguez; ya está usted a caballo!

Era Maruri que, a caballo también, se llegó hasta colocarse al lado de Rodriguez.

—Sí, pues, dijo éste, como usted; pero aun no estoy de marcha. Conversaba con este caballero.

Maruri saludó con la cabeza al campesino.

—A propósito, continuó Rodriguez, viene usted muy a tiempo para que saque de una duda al señor. Se trata de saber cómo es que los españoles me han dejado salir de entre ellos sin molestarme.

—¡Ah! eso del salvo-conducto que me contó usted ahora cuatro días.

—Lo mismo. Es que el señor encuentra eso muy singular; no puede dar crédito. Pero en fin nada me echo encima con persuadirlo: me había picado el amor propio, y de ahí el empeño...

Rodriguez se guardó el papel, notando con satisfacción la mirada de interés con que el campesino lo siguió con la vista hasta verlo sepultarse en su faltriquera.

Mas él, con la mayor indiferencia, prosiguió diciendo a Maruri.

—¿Qué ha habido por fin del jeneral en jefe?

—No ha mucho que llegó, y me ha dado orden de llevar mi jente al cordón de la cuesta de Chacabuco, porque teme que de un momento a otro se nos vengán encima los españoles.

—¿Y ya va usted de marcha?

—Sí; voy a reunir la tropa.

—Pues entonces lo acompañaré algun trecho, dijo Rodriguez; yo tambien voi por ese lado.

Y haciendo un cortés saludo al campesino,

—Adios, señor, le dijo, y que le vaya a usted bien en Santiago. Siento mucho no poder cederle el salvo-conducto; lo haría de mui buena voluntad, si no lo necesitara yo para dentro de unos quince días.

—¿Entonces no lo va a ocupar usted desde luego? preguntó el campesino.

—Tengo otros quehaceres por acá.

—¿Vamos? preguntó Maruri.

—Sí, pues.—Adios, señor.

Y los dos jóvenes se alejaron por un costado de la Alameda al paso de sus caballos.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Maruri cuando estuvieron a alguna distancia de él.

—Qué sé yo: un campechano a quien he querido facilitarle la entrada a Santiago... Se me hace que aun no se ha movido de ahí. A ver, tantéelo usted disimulamente.

Maruri hizo lo que se le decía.

—Está ahí, dijo; no nos quita la vista; usted querrá sacar algun partido de él en cambio del salvo-conducto.

—De eso se trata. Detengámonos: me voi a apeaar del caballo, como paña acomodar la montura.

Rodriguez hizo lo que decía, y mientras aflojaba y volvía a apretar la cincha, vió que el campesino se puso en movimiento hácia él.

—Esto es hecho, dijo a Maruri; ya parece resuelto a entrar en el negocio; el salvo-conducto vale bien un par de caballos como el que él monta.

—No le arriendo las ganancias, contestó Maruri.

—En cuanto a eso... yo creo que no hai peligro. Verdad es que ví a Cándia entrar en Rancagua... pero de todos modos, si ha habido alguna novedad y nuestro hombre tiene que sufrir algo, no será cosa de cuidado; ya sabrá él decir que ha sido víctima de un engaño; y como el comandante Ossorio no vé al mismo que lo engañó, no será duro en represalias. Entretanto, no debo perder la oportunidad de adquirir lo que necesito.

El campesino llegó adonde estaban los dos jóvenes, y dijo a Rodriguez:

—Sabe usted, señor, que al fin me he tentado a entrar en arreglos con usted?

—¡Arreglos sobre qué? preguntó aquel con aire de extrañeza.

—Sobre ese papel; creo que no hemos hablado de otra cosa.....

—Ah, sí; pero como dije que lo necesitaba yo.....

—Es que miéntras se llega el caso de que usted lo necesite, bien podría servirme yo de él.

—Verdad: no se me había ocurrido; pero ¡cómo nos averiguaríamos para la devolucion?

—Eso es mui fácil: tengo aquí un amigo, en cuya casa me hospedo siempre: iríamos los dos allá, y obtendría usted seguridades que lo dejarían satisfecho.

—Sí, eso en cuanto a la vuelta..... puede ser aceptable, dijo Rodriguez como recapacitando. Pero se me ocurre otro peligro.

—¡Cual?

—Que usted vaya a cometer una imprudencia en Santiago..... ¿no dice que va a salvar a unas personas?

—A mi familia, he dicho.

—Es la misma cosa; en su familia pueden incluirse personas comprometidas,... y si a título de que cuentan con un salvo-conducto tan seguro, obran de alguna manera atrevida que pueda hacer peligrar al mismo salvo-conducto.....

—Oh! en cuanto a eso no hai cuidado: yo no tengo otras miras que la de llegar a casa de mi mujer y la de sacarla de Santiago, si hai peligro.

—Si es así, si usted me da su palabra de que no hai mas, creo que podríamos entendernos.

—Vaya, dijo Maruri, ya veo que el arreglo de ustedes va largo. Yo me voi.

—Siento no acompañar a usted, respondió Rodriguez; pero por servir a este caballero..... En fin, despues nos verémos, ¿no es así?

—Por supuesto. Adios.

Maruri se alejó, miéntras Rodriguez, volviéndose al campecino, le decia:

—Ya me tiene a sus órdenes. Si quiere, nos irémos a la casa de su amigo, y por el camino concluirémos nuestro convenio.

—Eso es: así aprovechamos mejor el tiempo.

Y se pusieron en marcha por las calles de la villa, que entonces como nunca se veían atestadas de jente.

En aquel tiempo era mucho mayor la escasez de edificios; de manera que, si al presente se ve una casa en cada cuadra, con escepcion de la plaza y una que otra calle, entonces era preciso andar largos trechos para encontrar una puerta.

Traemos esto a colacion como una prueba de que el

capitan Maruri habia tenido razon al decir que no cabia un alfiler en el pueblo.

Rodriguez y su acompañante siguieron su camino por entre los numerosos transeuntes que poblaban las calles.

—Hai bastante jente, dijo el campesino.

—Sí, jente de Santiago que se pone en salvo. Todos han calculado mui bien lo que se les esperaba allá.

—¡Pobre de mi mujer, que no puede moverse sin que yo vaya por ella!

—Al presente nadie podrá salir de la ciudad: toda esta jente debe haberse venido el lunes y martes.

—Pero usted cree que con el pasaporte se arreglará todo.

—Es claro: en primer lugar, podrá usted entrar a Santiago libremente; en segundo, librar a su familia de los peligros que corra, y por último, sacarla de ahí, si lo cree conveniente. Eso sí que le aconsejo la prontitud, porque pueden suceder mil cosas aun cuando uno vaya provisto de una orden tan preciosa...

Hubo aquí una pausa ocasionada por la mucha jente que interceptaba el paso.

Cuando los dos jinetes salvaron aquel estorbo, continuaron su marcha tranquila, y siguió diciendo Rodriguez:

—Ahora nos falta solamente ajustar una corta remuneracion, que solo pido, le aseguro a usted, en fuerza de las circunstancias.

El campesino se sonrió de buen modo.

—Ya calculaba, dijo, que usted habría de querer algo en cambio.

—¿Me ha adivinado usted mi intencion? preguntó Rodriguez, fingiendo la mas inocente sorpresa.

—Claramente, señor. Desde que usted vió mi interés por tener ese papel, ya conocí que pensaba sacar algun partido.

—Pues admiro su penetracion; yo en su lugar, ni por luces me habría imaginado...

—Ah! es que yo he tenido presente que usted anda en busca de caballos.

—Pero desde que usted no es de aquí, no era posible que yo fundara alguna esperanza en usted.

—Sin embargo, el caballo en que ando es bastante bueno...

—Pero usted tiene que ir a Santiago.

—Eso sería una dificultad si no tuviera yo el amigo a quien vamos a ver.

—Ah! cabal! ¿tiene caballos él?

—Supongo que sí, dijo el campesino con una sonrisa que indicaba la seguridad que tenía de que así fuera.

—Pues entonces, servicio por servicio: usted me proporciona los dos caballos que necesito, y yo el salvo-conducto.

—Nó, fijese usted en que lo que pide es dado, y lo que yo pido, solamente es prestado.

—¿Y por qué supone usted que han de ser dados los caballos?

—Porque deben ser para pasar la cordillera, lo cual es sobrado para dar fin a un caballo. En vano se comprometería usted a devolverlos en buen estado...

—Con todo eso, yo creo que mi salvo-conducto vale bien la pena de dar dos caballos.

—Nada es eso: yo no haría alto en ello, si los tuviera. Tengo uno, que es éste, y desde luego se lo doi, porque puedo tomar uno de mi amigo para seguir hasta Santiago: lo cual es mui diferente de tomarlo para darlo o para pasar la cordillera.

—¿Y no pudiera usted conseguir que su amigo le vendiera un caballo para completar lo que yo exijo?

El campesino meditó un instante.

—Está bueno el cambio por un caballo, dijo al fin; además, no es posible obtener otro.

—¡Diantres! ¿qué hago con un solo caballo, cuando precisamente necesito los dos?

—Puede buscarlo en otra parte: hai tantos a quien dirijirse: yo creo que con solo preguntar... Mire usted: allí va un peon con un caballo del diestro. Pregúntemosle.

Y alzando la voz, gritó:

—Eh! amigo! ¿vende el caballito?

El interpelado movió la cabeza negativamente.

Nuestros dos jinetes apretaron el paso de sus cabalgaduras hasta alcanzar al peon.

—¿No nos da noticias de algun otro que se venda? le preguntó el campesino.

¡Ai, señor, eso es pedir peras al olmo! Mi patron ha comprado éste despues de mil dilijencias y empeños.

—¡Ya ve usted! dijo Rodriguez con desconsuelo. Y si no he de encontrar mas caballo que el suyo, las personas que debo hacer salir para Mendoza se verán en la precision de quedarse aquí, de aguardar la llegada de los españoles, y por consiguiente, no puedo desprenderme del salvo-conducto.

El campesino se alarmó de una manera visible.

—Tiene usted razon, dijo... Vaya: creo que todo se podrá arreglar, aunque cueste algunos sacrificios.

Tranquilizado Rodriguez con esto, no habló mas del asunto.

A poco trecho, se detuvo el campesino diciendo:

—Aquí es.

Apeóse del caballo y abrió por sí mismo y sin llamar, una gran puerta vieja, cuyas tablas mal ajustadas dejaban penetrar fácilmente la vista al interior.

—Entre usted, señor, dijo a Rodriguez.

El jóven lo hizo sin desmontarse, y se halló en un gran corral, que solo tenia edificios a un costado.

—Pedro! gritó el campesino con la misma libertad que si estuviera en casa propia.

—Señor! contestó un hombre acudiendo a toda prisa.

—Tráeme el mulato rabicano.

El hombre se alejó a todo correr.

Rodriguez miraba entretanto a todos lados buscando al dueño de casa.

—Ya sé lo que usted busca, le dijo el campesino. Mas, ahora que estamos aquí, y tan bien avenidos, le confesaré con franqueza que soi yo el dueño de casa.

—Pero no comprendo a qué ha venido el ocultarlo.

—¡Ah! como usted no se ha visto asediado por jentes que buscan alojamiento, no encuentra razonable que uno tome sus precauciones.

Rodriguez aprobó con una sonrisa la prevision del campesino, y como sintiera los pasos del hombre que venía con el caballo pedido, se dió vuelta a mirarlo, preguntando:

—¿Ese es el otro caballo?

—Sí, señor; me parece que no hai nada que decirle ¿eh?

—Sí, no anda mal.

—Pedro, quítale la montura a este caballo, dijo el campesino indicando el en que habia venido.

La órden fué ejecutada en pocos instantes.

—¿Quiere usted que vaya álguien a dejar estos animales donde usted indique?

—Bueno, no estará de mas: el hombre puede irse conmigo. Ahora, aquí tiene usted el salvo-conducto, señor... Pero aun no sé el nombre de usted.

—Lorenzo Romero, para servir a usted.

—Y yo, Manuel Rodriguez, dijo el jóven pensando en que, puesto que pronto se iría, nada malo podría sobrevenirle, aun cuando cayera el campesino en manos de los españoles y declarara su nombre. Es decir, prosiguió, que nos veremos en esta casa de aquí a quince días.

—Cuenta usted con ello.

—Y si no lo encuentro a usted?

—Para que no esté yo aquí es preciso que me haya sucedido algo mui grave.

—Pero usted me habló de seguridades...

—¿Qué mas seguridad que la de saber usted mi casa?

Rodriguez movió la cabeza y alzó los hombros como diciendo "qué hemos de hacer; conformémonos con esto."

En seguida se despidió, encareciendo la puntualidad al campesino, y salió haciendo marchar adelante al hombre con los caballos.

CAPÍTULO XXII.

Primera jornada.

Provisto ya Rodriguez de lo que mas dificultoso le había parecido, solo pensó en adquirir víveres y montura de mujer.

Para esto había contado con la venta de su caballo, la cual pudo llevar a cabo con facilidad, mediante su diligencia.

En el tránsito de la casa del campesino a la en que él se hallaba hospedado, pudo ver que muchos transeuntes se acercaban al hombre que conducía los caballos, y le preguntaban si los vendía.

Cuando se presentó un interesado cuyo aspecto podía satisfacer al mas ambicioso negociante, el jóven se le acercó y le propuso la venta de su estenuada cabalgadura.

—No es un animal como aquellos, concluyó por decirle, pero en las presentes circunstancias es preciso no dejar pasar ninguna oportunidad.

El comprador convino en la justicia de sus observaciones, y no sin grandes regateos, se resolvió a dar dos onzas y media por el caballo; precio exorbitante en cualquiera otra ocasion.

Allí mismo, es decir en el punto en que se cerró el trato, Rodriguez quitó la silla al caballo y la puso a uno de los que le había dado el campesino.

Llegó, pues, gozoso a su alojamiento; fué a saludar a Corina y a prevenirle que ya se acercaba el momento de la partida; que solo faltaba comprar algunas provisiones y una silla de mujer.

El resto del día se empleó en estas dilijencias.

No fué tan feliz en ellas nuestro jóven como lo había sido en la adquisicion de caballos; pero consiguió reunir a fuerza de dinero e ingenio dos grandes perniles de carnero, tres lenguas secas y un solomo fresco de vaca.

El importe de todo eso alcanzaba a mui cerca de una onza.

Lo que no se había encontrado era la silla de montar para Corina.

Mas, en los grandes apuros siempre hai algo que se presenta providencialmente; y este algo en aquel caso, fué una antigua montura de la huéspedea, que segun decía ella, la había heredado de su abuela, quien jamás la había usado porque ya era antigua en su tiempo.

Rodriguez la examinó con atencion, y vió que aunque el cuero estaba mui reseco y carcomido, podía servir mui bien aquel trasto de una forma estraña con relacion a las modas vijentes.

Lo que mas agradó al jóven fué la comodidad que ofrecía el asiento de la silla: la amazona ménos ejercita-

da podía tenerse segura en ella. Una ancha baranda, con honores de respaldo, guarnecía todo un costado y daba vuelta por la parte de atrás hasta llegar a servir de apoyo para los brazos en la delantera: una tablilla tapizada servía para afirmar los piés, y en el lado contrario, pendía un enorme saco de cuero adornado con gruesas pero apolilladas flecaduras.

Rodriguez dijo a Corina:

—Silla mas apropósito para el viaje, no llevará ni la mujer del jeneral en jefe: la dureza del asiento la remediamos con una frazada puesta de algunos dobleces.

Al día siguiente se concluyeron los preparativos de viaje.

La señora dueña de casa, que había tomado gran cariño a Corina, se esforzó en prevenirlo todo del mejor modo posible: hizo cocer las lenguas bajo su inmediata inspeccion, y asar los perniles de cordero y el solomo de vaca. A todo esto bien sazonado, le agregó una gallina fiambre y algunos huevos cocidos.

Rodriguez arregló todo en dos pequeñas cajas de madera que debían colocarse a la grupa de los caballos atadas al remate de la silla.

Lo único que faltaba era mas ropa de abrigo; pero al tiempo de despedirse de la señora, Corina se vió obligada, en fuerza de grandes instancias, a aceptarle un pañuelo grueso de lana.

Rodriguez, por su parte, dejó disimuladamente encima de una mesa una onza de oro, que si bien no alcanzaría a remunerar como él deseaba tantos beneficios, a lo ménos atestiguaría su deseo de hacerlo.

Eran las cuatro de la tarde cuando nuestros dos jóvenes se pusieron en marcha.

Corina salió del pueblo con las lágrimas en los ojos, no obstante los esfuerzos de Rodríguez para consolarla.

Ella veía que sus pasos la alejaban mas y mas del lugar en que había dejado a su familia, y contra este hecho no había razones que mitigaran su dolor.

El camino que seguían nuestros dos viajeros, costean-do por la izquierda el río Aconcagua, se hallaba poblado de jente que, como ellos, abandonaban sus hogares, llevando en el pecho la desesperacion del desterrado amargada con la cruel perspectiva de la incertidumbre en cuanto al término de su peregrinacion.

Así, Rodríguez y Corina veían delante y detras pequeños y numerosos convoyes de hombres, mujeres y niños de todas condiciones, desde los mas pudientes, montados en hermosas mulas, hasta el infeliz obrero, marchando a pié o acomodado con su mujer e hijo en una débil cabalgadura.

Había espectáculos que partían el alma; y Rodríguez, agotando los recursos de su imaginacion para alentar a Corina, le llamaba la atencion a ellos, como para probarle que aun había desgracias mayores y corazones capaces de arrostrarlas.

Lo avanzado del día no permitió hacer a los dos jóvenes una gran jornada: como a las tres leguas de camino, un poco mas allá del punto en que atravesaron el río, les fué preciso tratar de alojarse en la única casa que se divisaba por aquellos contornos.

Ya muchos de los viajeros que marchaban a la par con ellos habían tomado igual resolucion. Decíase que,

no haciendo allí la primera parada, tendrían que andar gran parte de la noche para alcanzar un lugar abrigado adonde guarecerse del hielo.

La casa era estrecha, y las pocas piezas que había estaban ya tomadas por otros viajeros; pero quedaban los corredores que daban vuelta alrededor del edificio.

Rodriguez se dió prisa a elegir el lugar mas aparente, menos espuesto al azote constante del aire, y allí colocó las monturas de los caballos como una seña, para los que seguían llegando, de que aquel sitio estaba tomado.

En seguida ofreció el brazo a Corina, invitándola a dar algunos cortos paseos, con el fin de acercarse a alguién que les proporcionara pienso para los caballos.

La jóven se negó, alegando que era mejor que ella se quedara para cuidar de los equipajes, pero en realidad porque lo abatido de su ánimo le hacía preferible la soledad.

Rodriguez, aunque bien lo conoció, no queriendo contrariarla, se alejó sólo a practicar aquella diligencia.

Había visto por el camino algunas recuas de mulas cargadas de paja, afrecho y pasto seco, destinado a hacer depósitos en los puntos de parada, a fin de que los viajeros encontraran a mano artículos tan indispensables para la continuacion del viaje.

No fué difícil, pues, a Rodriguez el hallar quien lo proveyera del pienso necesario para sus dos caballos. Solo que el mercader que hacía el negocio estaba encantado de la oportunidad que se ofrecía a su avaricia, y mientras mas le regocijaba la vista de tantos caballos que alimentar, mas alzaba el precio de sus artículos.

Cuando Rodriguez se acercó a él, la tarifa no había

llegado a su apojeó, mas no por eso dejó de costarle un peso la ración para cada animal.

El jóven pagó sin regateos, porque no estaba acostumbrado a ellos, pero no sin ahogar un suspiro al calcular que a ese paso no le alcanzaría a la mitad del camino el poco dinero que le sobraba de las dos onzas y media en que había vendido su caballo.

Por vía de indemnización de tanta usura, puso la condición de que le trasportaran el pienso al punto en que tenía los caballos, lo cual le fue concedido sin dificultad.

Cuando volvía a reunirse a Corina, trató de divisarla desde alguna distancia, pues el afecto que dominaba su corazón, aguzado por las mismas desgracias de la jóven, y por la singular intimidad de aquel viaje, lo hacía exagerar sus cuidados y atenciones para con ella.

Aun no había entrado la noche; los últimos resplandores del crepúsculo caían de lleno sobre las paredes del corredor, permitiendo distinguir desde léjos, aun entre la multitud de jente que allí se albergaba, los menores detalles de la escena.

Rodriguez pudo, pues, divisar fácilmente a Corina, que apoyada en un pilar del corredor, se mantenía con la cabeza inclinada, en la actitud de leer un papel que tenía en las manos.

—¿Qué será eso? pensó, sin dar gran importancia a lo que veía.

Ya hemos dicho que Rodriguez estaba cierto de que Corina, si bien no le correspondía su amor, no abrigaba para nadie los afectos que él codiciaba.

Ni por un momento se le ocurrió, pues, que aquel

papel pudiera significar algo que contrariara sus ilusiones amorosas.

Lo hemos dicho tambien: el jóven alimentaba ilusiones, o mejor se las forjaba, con aquella confianza que domina los sentidos de todos los enamorados.

Ademas, le asistía a él la razon de aquel viaje, del aislamiento de ambos entre aquella multitud de caminantes desconocidos para ella, de los servicios y cuidados que él se imponía en su favor, y en fin, de tantos motivos para obligar al corazon mas indolente, minándolo por el lado de la gratitud.

No se esforzaba tampoco nuestro jóven en disimular las impresiones de su ánimo delante de Corina; por el contrario, tenía empeño, aunque no de palabra, sino por el esmero de sus solicitudes, en dejarle adivinar el intenso amor que sentía por ella.

Para terminar nuestras esplicaciones, debemos decir que Corina estaba perfectamente penetrada de las ambiciones de su jóven amigo y protector; mas, contra las esperanzas de él, había otras ilusiones que embargaban la mente de ella, y arrebatában a Rodriguez el premio de sus interesables servicios.

Corina, aflijida con las desgracias de que era víctima, si tenía un pensamiento que mitigara sus penas, era para el héroe de Rancagua cuyo noble y sereno rostro, cuya mirada altiva, solo amorosa para ella, se levantaba en su imaginacion distintamente y avasallaba a la vez que deleitaba su corazon.

Corina leía, pues, por la centésima vez el papel que O'Higgins le había escrito en la plaza de Rancagua, entre el fragor del combate, ante mil peligros de muerte

y con la desesperacion del vencido; leía, decimos, ese billete cuando Rodriguez la divisó, al acercarse a los corredores.

Solo cuando estuyo a mui poca distancia, se apercibió la jóven de su venida.

Rodriguez la vió turbarse y hacer un vivo movimiento de sobresalto: vió tambien que, repuesta instantáneamente de su primera impresion, dobló el papel con aire de indiferencia y tratando de disimular el rubor de sus mejillas.

Con todo esto había de sobra para alarmar a un amante despreciado, y como el jóven se hallaba en este caso, aun cuando no de una manera declarada, tenemos que sintió picar en su pecho el aguijon de los celos; eso sí que, no pudiendo recaer sobre nadie sus sospechas, lo que mas le mortificó por de pronto fué la curiosidad.

Nada dijo, ni era posible preguntar, desde que la jóven mostraba una declarada reserva; pero se puso en guardia para espiar cuanto pudiera esclarecer sus dudas.

Ya están los caballos servidos, dijo aparentando no dar valor ninguno al sobresalto y rubor de la jóven. Ahora es preciso que pensemos en nosotros, ¿quiere usted que tomemos algo?

—Yo tengo bastante con lo que comimos al salir de Santa Rosa, dijo Corina; pero no vaya a privarse usted de comer por esto.

—Yo lo hacía por ofrecerle a usted: me hallo en el mismo caso, no tengo apetito.

A ambos lados del lugar que ocupaban los jóvenes se habían instalado otras personas, hombres y mujeres, que sentados en sus equipajes u ocupándose de arreglarlos

para pasar la noche, hablaban unos con otros en voz alta sobre mil cosas diferentes que, por lo jeneral, recaían sobre las circunstancias del viaje.

En aquel momento, pues, en que Rodriguez y la jóven convenían en no tener necesidad de hacer su primer ensayo sobre sus provisiones, y precisamente cuando Corina se sentaba sobre un banco de madera fijo en la pared del corredor, oyeron ambos la siguiente pregunta que dirigía una señora a un jóven que estaba de pié a dos pasos de ellos:

—¿Sabe usted si estará alojado aquí el jeneral O'Higgins?

Corina no fué dueña de reprimir un movimiento de sorpresa, ni de dejar de volverse a los que hablaban.

Rodriguez, que tenia en ese instante la vista fija en la jóven, no pudo ménos de maravillarse al ver su sobresalto y el intenso rubor que por segunda vez afluyó a sus mejillas.

Al mismo tiempo se oyó la voz del interpelado que decía:

—No sé quiénes sean los alojados que hai en las habitaciones.

Corina se repuso al momento, y para cohonestar su emocion, dijo como hablando consigo misma, pero de modo que oyera Rodriguez:

—Esa voz... habría jurado que era...

Interrumpió aquí la frase para escuchar a un nuevo personaje que tomaba parte en la conversacion diciendo:

—Yo sí que sé quiénes son los que nos han cojido la delantera y asegurado las piezas.

—¿Quiénes? preguntó la señora.

—¡Bah! adivínenlo, pues.

—¿No es O'Higgins con su familia?

—Nó; O'Higgins ha debido pasar temprano por aquí, pues salió esta mañana de Santa Rosa.

Corina era toda oídos.

Rodriguez se pellizcaba los labios sin comprender lo que había motivado su emocion.

—No ha sido la voz de esa señora pensaba...; solo que el nombre de O'Higgins... Pero nó; ¿qué tiene que ver ella?... Algo hai, sin embargo, y yo lo he de averiguar. Por lo ménos, tengo ya por cierto que hai un amante favorecido: ese papel no deja duda.

Los vecinos entretanto seguían charlando ruidosamente: nombraban algunos apellidos tratando de acertar con el de los alojados en las piezas, y el que se daba por sabedor contestaba con un *nó* perenterio a cada interlocutor.

—¡Vaya! dijo la señora al fin, me declaro vencida; no nombro a nadie mas.

—Ni yo tampoco, dijo el jóven.

—¡Bueno! quedamos en eso! repuso el que pretendía que adivinaran.

—¡Oh! qué majadería! exclamó la señora.

—Pues bien, agregó el jóven, yo voi a informarme.

—No seas loco; molestarte por una cosa que nada nos importa.

—Sin embargo, ya que nos ha picado la curiosidad...

—Convenido, con tal de que no te vayas... porque es seguro que, moviéndote de aquí, no te vemos tan luego.

—Bueno, pues; dí de una vez.

—En la primera pieza de la derecha hai una jóven lindísima, hechicera, la reina de la hermosura...

—¿Acabarás algun día? dijo la señora: vamos al nombre, que es lo que importa.

El caballero siguió diciendo con gran flema.

—Es una jóven de diecisiete años, casada con un brigadier.

—¡Ya sé! le interrumpió la señora. Es Ana María Cotaños, la mujer de Juan José Carrera.

—Justamente; has acertado; pero ya estaba bien claro.

—¿Ella sola ocupa la pieza? preguntó el jóven.

—¡Sola! ¿no sabes que el marido la idolatra?

—¡Ah! está con ella! yo creía que andaría con su hermano.

—Vamos a los que ocupan la pieza que sigue, dijo la señora.

Rodriguez y Corina seguían escuchando: salvo que el primero se distraía a veces con sus propias reflexiones acerca de lo que mas interesaba a su corazon.

—En la segunda pieza, dijo el caballero, hai dos jóvenes, parientas de la otra.

—No necesito mas, interrumpió la señora: son la cuñada y la concuñada de Ana María.

—No entiendo eso de concuñada, dijo el jóven; en cuanto a la cuñada, ya veo que ha de ser la hermana de los Carrera, doña Javiera.

—Pues bien, la otra es la mujer de José Miguel, Mercedes Fuentecillas.

—Acabáramos! hermosa jóven tambien.

—Pasemos al otro cuarto, repuso la señora.

—El otro no tiene alojados; están ahí los dueños de casa, jente desconocida.

—Falta otra pieza, dijo el jóven; ésta que tenemos a la espalda y cuya puerta está por el lado de allá.

—Tambien es una jóven la que hai aquí...; pero nó ésta no debe nombrarse, o mas bien no le sé el nombre; tendría que designarla con una circunstancia. Nó; dejémosla en paz... puede que sea falso lo que me han dicho de ella. Conténtense con saber que es casi tan bella como la mas bella de las que hemos nombrado.

—Pero eso no es lo que nos importa, dijo la señora. A ver esa circunstancia de que quieres hacer misterio.

—¿Es algo de interes? preguntó el jóven.

—Segun... no deja de tener su importancia...

—¿Pero es una cosa que puede comprometer a la jóven?

—¡Ya lo creo! no es bufonada, por cierto! ademas, yo dudo mucho de que sea verdad: no me merece gran fé quien me lo ha dicho.

—Entonces no hai que hacer tanto secreto, recibiremos la noticia con igual reserva.

—Si es así, hablaré. No hai que olvidar la prevencion de que no es un hecho probado.

—Convenido.

—Ya está.

El caballero bajó la voz un semitono, como para no dejarse escuchar mas que de sus interlocutores; pero Rodriguez y Corina atendían con todos sus sentidos a fin de no perder una sílaba.

—Pues bien, me han dicho que la jóven alojada en esta pieza es una querida de O'Higgins.

Corina dejó escapar un débil grito, o mas bien, una exclamacion ahogada, que hizo saltar a Rodriguez y volver la cabeza a la señora.



CAPÍTULO XXIII.

El enviado.

Ya es tiempo de que volvamos a ocuparnos de Ricardo Monterreal, a quien nos hemos visto obligados a abandonar por seguir la hilacion de los multiplicados sucesos que debemos consignar en nuestra historia.

Se recordará que dejamos a nuestro jóven héroe en la casa de Amelia, protegido por los cuidados de la valerosa Antonia, quien sirviendo a su amo, ayudaba tambien a aquella jóven a cumplir los tristes deberes que le imponía la muerte de su tía.

Tomaremos ahora los hechos desde algunos días mas adelante; es decir, que pasaremos por alto las dilijencias fúnebres del entierro de Mercedes, y otros detalles sin importancia para el lector.

Solo diremos que desde los primeros momentos, Antonia se ocupó de favorecer a Ricardo buscando una mujer entendida en curaciones y la ropa necesaria para vestir la cama.

Asi pues, si el lector quiere tomarse el trabajo de

penetrar con nosotros a la casa de la desgraciada Amelia el día 8 de Octubre, a las cuatro de la tarde, es decir el mismo día y justamente en los mimos momentos en que Rodriguez salía con Corina de la villa de Santa Rosa de los Andes, verá en aquella misma pieza en que Ricardo se disfrazó de mujer al principio de esta historia, un catre rodeado de cortinas cuya tela y colocacion indican una gran solicitud en pugna con una estremada carencia de recursos.

Desde luego se vé que las cortinas penden de unos cordeles atados en sus estremidades a dos gruesos clavos fijos en las paredes: se vé tambien que esas cortinas están formadas de varios retazos de jénero viejo de distintos matices, y finalmente, que al lado de la cama hai una mujer que permanece sentada, como espiando con interés las mas débiles variaciones de la respiracion del que la ocupa.

Esa mujer es Amelia. La palidez de sus mejillas y el suave sonrosado que rodea sus ojos demuestran notablemente las vijilias y lágrimas que ha debido sopor-tar.

Para quien, como Maruri, no hubiera visto a la desgraciada niña desde ántes de sus sufrimientos, cuando sus labios rojos como una guinda presentaban siempre un festivo y hechicero pliegue, que hacía descubrir una hilera y bien ordenada de pequeñitas y límpidas perlas, para estos, decimos, Amelia estaría desconocida.

Antes, su belleza era de aquellas que encantan y convidan al placer; ahora presentaba los caracteres que inclinan a la ternura e infunden sentimientos sérios y delicados.

La jóven callaba, hemos dicho, y permanecía en la actitud peculiar de la persona que escucha con gran atencion.

Medio inclinada en su asiento, alargando el cuello hácia la cama y con el índice apoyado en los labios como para recomendarse a sí misma el silencio, parecía pronta a moverse al ruido mas leve que percibieran sus oídos.

Y así fué en efecto: apénas un lijero suspiro turbó el profundo silencio que allí reinaba, se abalanzó rápidamente al lecho y levantó las cortinas.

—¡Gracias a Dios! murmuró: ha despertado, no obstante los fatales pronósticos de esa mujer.

Y fijó sus ojos con evidente señales de complacencia en Ricardo, que tendido de espaldas, con la cabeza cubierta de vendas y apoyada sobre dos almohadas, arrojó una vaga mirada a su alrededor.

—¡Ricardo! dijo en voz mui baja y afectuosa.

El jóven volvió a levantar pesadamente sus párpados, y despues de recorrer con la vista las cortinas que cubrían el lecho, se detuvo a contemplar a Amelia.

—¿Quién me llama? balbuceó débilmente.

Y como si de improviso le atrajera la atencion la presencia de la jóven, clavó en ella los ojos con fijeza, arqueando las cejas como para penetrarse mejor de lo que veía.

—¿Quién es usted que me nombra así? dijo al fin.

Amelia dejó escapar un suspiro, diciendo para sí:

—¡Ai! todavía no recobra los sentidos!

Mas, fijándose al momento en que lo había llamado "Ricardo," y que era eso lo que causaba la estrañeza

del jóven, se ruborizó ostensiblemente, apresurándose a decir:

—Monterreal, soi yo; soi Amelia; ¿no me conoce usted?

—Amelia... Amelia, murmuró Ricardo; yo conozco ese nombre.

Y se llevó temblorosamente una mano a las sienes, como tratando de reunir sus recuerdos.

—¡Ah! qué débil me siento! dijo, conociéndolo sin duda en el esfuerzo que había hecho para verificar aquel movimiento.

Luego cerró los ojos, y permaneció algunos instante meditando.

—Amelia, volvió a decir. ¡Ah, sí! Amelia, la amiga del capitán... Pero ¿qué me ha pasado? añadió, volviendo a mirar a la jóven. Estoy enfermo... ¿mucho tiempo hace que estoy enfermo?

—Cinco dias.

—¿Cinco dias!... pero ¿qué es lo que tengo?

—Es... una fiebre; una gran fiebre, respondió Amelia, sin querer hablar de heridas por no sobresaltar al jóven, ni traerle a la imaginación el recuerdo de su familia.

—Fiebre, repitió Ricardo; sí, conozco que tengo fiebre; pero... estoy confundido...; usted es Amelia... ¿por qué está aquí... conmigo?

—Después hablaremos de eso, le dijo ella esforzándose en sonreírse. Ahora es preciso que se tome una bebida que voy a preparar inmediatamente.

Ricardo volvió a cerrar los ojos en señal de asentimiento y como fatigado por el esfuerzo que había hecho con su imaginación.

Amelia fué a una mesa y vació en una taza el contenido de un pequeño jarro.

Cuando volvió a la cama, vió que Ricardo parecía haberse dormido otra vez, y cuidando de no hacer ruido, dejó la taza sobre la silla inmediata y se mantuvo en observacion.

—Ya ha cesado todo peligro, pensaba; me ha conocido, y ha hecho reflexiones razonables; no hai delirio; lo que prueba que la fiebre va calmando. ¡Dios mio! y esa inujer que me ha hecho sufrir tanto con sus anuncios! ¿De donde habría sacado que no iba a despertar mas de este sueño?... ¡Ignorante!... En vez de haber dormido para morirse, resulta ahora que ha sido para sanar... No dejaré de volver a fiarme de las palabras de esta mujer!... En cuanto venga, la despido... Pero ¡qué raro! despues de un sueño tan largo, ha vuelto a dormirse...

Y la jóven pareció estasiarse por un largo rato contemplando a Ricardo.

Al fin sacudió dolorosamente la cabeza, y exhalando un débil suspiro, murmuró:

—¡Tan hermoso! ¡Oh! qué mal hice en dejar que Maruri se diera los aires de ser mi amante! Quizá sin eso, Ricardo me habría mirado con menos indiferencia... habría notado siquiera el amor que me inspira... ¡Dios mio! si es cierto que está fuera de peligro, bendeciré la casualidad que lo ha traído a mi casa y que lo obligará a permanecer a mi lado por algun tiempo... Sí, a mi lado, y recibiendo mis cuidados y atenciones. ¡Oh! cómo me esmeraré...!

Aquí llegaba Amelia en sus reflexiones, cuando se

abrió mui quedo la puerta del cuarto y asomó la cabeza de Antonia.

—Señorita, le dijo en voz apenas perceptible.

Amelia se separó de la cama para acudir al llamado.

—¿Qué hai? preguntó, ¿tenemos otra visita domiciliaria?

—Nó, gracias a Dios; lo que es eso, me parece que ya estarémos libres: despues de registrar toda la casa y salir convencidos de que no hai mas que mujeres, no tienen a qué venir.

—¿Pues qué hai entonces?

—Una buena noticia, me parece.

—¿Cómo, te parece? no comprendo.

—Es que hai un hombre allá afuera, que trae un papel, y dice que es para entregarlo a usted en sus manos.

—¿Qué podrá ser eso! Tengo mi ánimo tan atribulado, que a cada novedad temo una desgracia!

—Lo que es ahora, me parece que no hai por qué alarmarse.

—¿Tienes entonces algun indicio de lo que pueda ser?

—El hombre dice que viene de parte de una persona de quien usted tiene interés en saber.

—Es estraño; no se me ocurre...; pero vamos a ver.

Amelia salió al pasadizo, seguida de Antonia.

Un hombre vestido andrajosamente, que estaba en la puerta de calle, al verla, se adelantó a su encuentro sonriéndose maliciosamente, y como notara en la jóven una mirada de estrañeza, le dijo:

—¿No me conoce usted, señorita?

—Nó, dijo Amelia; pero me habían dicho que era una carta lo que...

—Eso es, traigo una carta; pero creía que con solo verme, ya sabría usted de quién era.

Amelia se fijó con mas insistencia en el hombre.

—¡De veras! exclamó cambiando de semblante. Ahora caigo; ¿no es usted Ruperto, el asistente de Maruri?

—El mismo en carne y huesos, mi señorita. Por cierto que ya me estaba avergonzando con este recibimiento...; aunque no dejo yo de tener la culpa, porque este traje;... pero qué quiere usted, no es posible descuidarse con tanto godo como se nos ha venido encima.

—Pero en fin, la carta que trae... o mas bien, ¿qué ha sido de Maruri? no ha tenido novedad?

—En cuanto a eso, todos estamos de novedad; puesto que hemos tenido que escapar el bulto como si nos prendieran fuego por la espalda: a muchos les ha tocado la mala; pero mi capitán está bueno y sano y con el corazón puesto aquí; por eso su primera diligencia ha sido escribirle. Voi por la carta, que la traigo en las árguenas.

—¿Cómo, en las árguenas?

—Sí, señorita; ¿no ve usted? allá afuera está el borriquito en que he hecho mi entrada a Rancagua. Un buen animalito, por mi alma!... Solo que para sacar la carta tengo que vaciar las cebollas, las papas y los frejoles.

—¿Pero a qué viene todo eso?

—Ahí está la cosa, pues, señorita; ¿cree usted que de otro modo me tendría usted aquí mondo y lirondo como me ve? Soi hombre precavido, a Dios gracias. Yo me dije: «ir a Rancagua, aun cuando sea vestido de gañan, es ir a entregarse redondito al enemigo: solo hai un medio de pasar por hombre inocente e inofensivo, y es el

de llevar provisiones para vender: imposible es que dejen de estar escasos de víveres, y buen cuidado han de tener de no espantar a los que los lleven." Dicho y hecho; me han recibido tan bien, que ya llevo vendida la mitad de la carga; eso sí que sin gran utilidad, porque me a tocado vender a soldados...; pero esto no le importa a usted. Voi a entrar el borrico hasta aquí, para vaciar las árguenas y sacar la carta. No creo que sea estorbo para la casa ese puñado de cebollas y demas cosas.

—Nó, por cierto, dijo Antonia; que aquí estamos hilando mui delgado en lo que hace a entretener el gznate.

—Ya me lo figuro, con la nube de langostas que se ha descolgado, respondió Ruperto dirigiéndose a la calle en busca del asno.

De ahí a poco estuvieron vaciadas las árguenas en el pasadizo, y Ruperto pudo sacar la carta anunciada, de entre los pliegues del cuero en el fondo de ellas.

Amelia la tomó y sin moverse de ahí, la abrió y leyó para sí.

Decia:

"Amelia de mi vida:

"Estoi condenado a alejarme de tí; pero llevo tu imájen en mi corazon.

"Estoi desesperado por saber de tí: mil temores me asaltan. ¡Oh! básteme saber que no has tenido otra desgracia que lamentar que la de mi ausencia, y seré ménos infeliz que lo que soi estando privado de verte.

"A lo ménos me alienta la esperanza de que no me has de olvidar.

"Prométemelo nuevamente al contestarme, Amelia

idolatrada: ¡que yo vea que la ausencia no debilita tu amor!

«¡Ai, cuánto deseo estar a tu lado! solo tú, que sabes cuanto te amo, puedes calcularlo. Pero desgraciadamente, ni aun tengo el consuelo de entrever el término de nuestra separacion: las cosas empeoran por momentos...

Júrame, Amelia, conservarme tu amor, y haré prodijios por salvar el mundo de obstáculos que nos separa.

«Adios; talvez hasta luego: mi corazon se niega a aceptar una larga separacion.

«Te adora con toda su alma tu

NICOLÁS.»

Amelia compuso el semblante para no dejar traslucir las impresiones que le causaba la lectura de la carta.

—¿Usted se vuelve ahora? preguntó a Ruperto.

—Sí, señorita, en cuanto me dé usted la contestacion.

—Bien, la llevará de palabra, porque me han pasado tantas cosas, que no podría coordinar una frase para escribir. Le dirá que mi casa ha sido saqueada, como todas las demas; que...

Amelia titubeó para proseguir, y ahogando sus sollozos, dijo:

—Que Mercedes ha sido muerta por los soldados.

—¡Ai! ¡por Dios! exclamó Ruperto llevándose ambas manos a las mejillas ¡y no me lo había dicho usted todavía! ¡Muerta la señorita Mercedes! ¡Cómo se va a quedar mi capitán con esta noticia!... ¿De manera que ahora está sola usted?

La jóven se ruborizó lijamente.

—Sola... nó, dijo: ya ve usted a esta mujer que me acompaña. Le dirá, pues, a Maruri lo que le he dicho.

—¿Nada mas? preguntó significativamente Ruperto. Amelia se encojó de hombros, como si no comprendiera la intencion de la pregunta, y dijo:

—Hai de sobra con eso para imajinar mi situacion.

—No lo niego; pero... en fin, nada tengo yo que ver... ¡Ah! se me olvidaba otro encargo; y por cierto que me recomendó harto mi capitan el preguntar a usted o a otra persona cualquiera...

—¿Qué cosa?

—Me dijo que averiguara lo que había sido del teniente Monterreal y de la familia.

Amelia se ruborizó visiblemente, mientras que Antonia dió un paso hácia Ruperto, creyendo que a ella le tocaba responder.

—¡Ay! dijo; ¡eso manda preguntar! tendrá usted que llevarle noticias de otros desastres.

—¿Qué! Tambien ha muerto?

—Cosa de eso, nó, gracias a la Virgen Santísima; pero no por eso es ménos grande la desgracia. Imajínese usted que la señorita Corina ha sido llevada por un lado, ni sabemos la suerte que haya corrido...

—¿La señorita Corina? preguntó Ruperto; pues cabalmente es ese el nombre que me dijo mi capitan.

—¿Para qué se lo dijo? preguntó Amelia con curiosidad.

—Para que trajera noticias de ella.

—¡Noticias de ella! exclamó Antonia.

—¿Luego está ella por allá? dijo Amelia.

—Así parece; yo no la he visto: no sé mas que lo que me dijo mi capitan.

—Vamos a ver ¿qué le dijo?

—“Averiguarás el paradero del teniente de dragones, Ricardo Monterreal, y de los de su familia; y si ha quedado vivo alguno, le harás saber que Corina, la hermana de Ricardo, ha sido salvada por don Manuel Rodriguez, quien la lleva a Santiago o a paraje seguro. Procura con todo empeño adquirir noticias seguras y detalladas de toda la familia.” Tal me ha dicho sin cambiarle ni esto.

Y señaló Ruperto en la estremidad del índice de la mano derecha una parte mínima que marcaba con la uña del pulgar.

—¡La señorita Corina en salvo! exclamó Antonia, palmoteando las manos de gozo. ¡Oh! yo conozco al señor Rodriguez! es un guapo señor, alto, blanco, mui alegre y chistoso; ¡cómo hacia reir a las señoritas cuando iba de visita... Pero ¡ay! no poderle dar esta noticia a mi amo don Ricardo! está tan enfermo!

—¡Ah! ese es el teniente de dragones... ¿con que no ha muerto?

—Nó, dijo Antonia, y agregó lastimosamente: pero está mui mal herido en la cabeza; ¡ai! en poco ha estado que no lo mataran.

—¡Godos del demonio! Pero ¿dónde está el teniente y los demas de la familia?

—Monterreal está aquí, se apresuró a decir Amelia, quien, habiendo tomado la resolucion de no hacer misterio de ello, encontraba cierto placer en dar por sí misma una noticia que no dejaría de mortificar a Maruri y desencantarle en sus esperanzas.

—¿Aquí en la casa? preguntó Ruperto con una estrañeza que no se le escapó a la jóven.

—Eso es lo que digo, replicó ésta; y gracias a nuestros cuidados que ya está fuera de peligro.

—El amo y la señora son al presente los mas desgraciados, agregó Antonia.

—¿Es decir los padres del teniente? preguntó Ruperto.

—Sí, pues.

—Han muerto ¿no es eso?

—¡Ay, quien sabe si eso habría sido mejor! ¡son tan bárbaros estos godos!

—¡Qué! ¿les puede haber pasado algo peor?

—Segun y conforme; los pobrecitos, con todos sus años y achaques, a lo ménos el amo, que estaba bien enfermo...; pues bien, los dos fueron llevados presos: y segun he podido averiguar, los hicieron salir para Santiago, a pié y maniatados! Dios mio! se me erizan las carnes de solo recordarlo! ¡cómo habrán tenido que sufrir en el camino! sin tener a nadie que los ampare! a merced de tanto pícaro!...

Y enternecida Antonia con estas reflexiones, prorumpió en amargos sollozos.

—¡Que hemos de hacer! dijo sentidamente Ruperto, conmovido con las lágrimas de aquella. Cuando el tiempo está de desgracia, no hai más que poner el hombro... Con que, el caballero, quiero decir, el teniente Montemreal está aquí, mui cuidado y fuera de peligro...; ya estoi. Me parece que no tenemos otras noticias que cambiar, y me voi ántes que se oscurezca.

—¿La señorita Corina va a saber todo esto? preguntó Antonia.

—Así parece: pues creo que ella ha sido la que ha encargado a mi capitán el hacerme averiguarlo.

—Entonces, que le digan también que Antonia, la criada, está con el señorito, y que no se apartará de él sin dejarlo fuera de cuidado.

—Bueno, todo eso le diré a mi capitán. Lo que siento es no poder decirle otras cosas, añadió mirando con intención a Amelia.

—Dile que me alegro que esté tan bueno, respondió ella como para satisfacer inocentemente los deseos de Ruperto.

Este hizo un movimiento de hombros y de cabeza que equivalía a decir:

—Bien poco es.

Y tomando las árguenas, salió a la calle, las colocó sobre el asno, y se puso en marcha arriando delante de sí al animal.



CAPÍTULO XXIV.

Convalecencia.

En cuanto las dos mujeres quedaron solas, y cuando Antonia abría la boca para hacer comentarios sobre lo que acababa de ocurrir, Amelia se apresuró a decirle:

—Vamos a ver a Monterreal, que poco ántes de venirme había despertado.

—¡Otro gusto! exclamó Antonia: ¿con que no era cierto lo que nos dijo la médica?

—Así creo, puesto que despertó y habló algunas cosas razonables. Pero no nos detengamos.

La jóven entró al cuarto, se acercó silenciosamente al lecho y levantó las cortinas.

Ricardo estaba con los ojos cerrados, pero al sentir el leve roce de las cortinas al plegarse, los abrió con ménos pesadez que ántes, y dijo con voz débil:

—Siempre usted... Me había parecido que era un sueño... ¿Por qué está usted aquí?

Amelia no halló qué contestar, pues no quería dar

motivo a otras preguntas cuyas respuestas debieran aclarar lo que había sucedido.

Se contentó, pues, con hacer una seña a Antonia para que se acercara, dándole lugar en la abertura de las cortinas.

—Yo también estoy con usted, señor, dijo la criada.

—¿Pero dónde estoy? esta no es mi casa.

—Estamos en la casa de esta señorita, dijo Antonia señalando a Amelia. No tenga usted cuidado: que no por eso está peor atendido; la señorita no se aparta un instante de su cabecera...

—No es eso lo que yo quiero saber, repuso Ricardo, moviendo la cabeza en las almohadas como enfadado de que no comprendieran su pensamiento, y faltó de fuerzas para preguntar todo lo que quería.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de penosa indecisión, sin hallar un partido que tomar.

—Mi padre, mi madre... mi hermana, balbuceó Ricardo.

Amelia comprendió que era preciso no titubear para responder, y dijo al instante:

—Todos están buenos. No se fatigue usted en hablar, que eso puede hacerle mucho daño.

Y presentándole el vaso que tenía preparado para él:

—Tome usted, agregó: esta es la bebida que está tomando desde ayer, y parece que con ella ha cesado la fiebre.

Ricardo tendió la mano al vaso, resignadamente, y como su debilidad no le permitiera tomarlo con firmeza, Amelia le ayudó a llevarlo hasta los labios, mientras con

la mano que le quedaba libre, le hacía levantar suavemente la cabeza.

Apurado el brevaje hasta la última gota, se quedó el joven por algunos momentos en quietud, y luego, como si recobrara nuevas fuerzas,

—¿Dónde están los de mi casa? preguntó con mas seguridad.

—Se han marchado a Santiago, dijo Antonia, que esperando esta pregunta, había meditado lo que debía decir.

—¡Marchado, dejándome enfermo! exclamó, sorprendido el joven.

—No se podía menos, repuso Antonia, sentidamente. Imajínese usted, señor, que los españoles están de dueños aquí...; en fin, era preciso: por eso es que yo me quedé para atenderlo a usted...

—Mas, ¿por qué no estoi en mi casa? volvió a preguntar Ricardo con la insistencia del que duda de cuanto le dicen.

—Porque los pícaros godos se llevaron cuanto había; no dejaron ni una cama.

Ricardo meditó por un largo rato, mirando fijamente a la criada. En seguida, como tratando de obtener de Amelia una corroboracion de lo que se le decía, dirigió a ella la vista, y le preguntó con una entonacion suave, pudiéramos decir suplicante.

—¿Es verdad que mi familia está en salvo?

—Acaba de venir un mensajero que nos ha traído buenas noticias, contestó la joven.

—¿Ha venido un mensajero enviado por ellos?

—No por ellos precisamente; pero trayendo nuevas de ellos. Si usted sigue adelante en su mejoría, podrá reu-

nírseles mui luego. Ay! si supiera usted cuán enfermo le hemos tenido... la fiebre, el delirio...

—¡Con que tan enfermo he estado!

Amelia se regocijó interiormente de haber conseguido distraer a Ricardo de sus indagaciones.

—Mui enfermo, oh! verdaderamente enfermo.

—Pero... el oríjen de mi enfermedad... esta herida...

—Lo mejor es que no esté cavilando sobre nada. Su cerebro está delicado; puede volver el delirio. Por favor, procure usted reposar un poco mas; no sea cosa que tengamos que lamentar una recaída.

Había tal demostracion de interes en el tono con que Amelia había proferido estas frases, que Ricardo, sea porque se penetrara de ello, o porque temiera verdaderamente empeorarse, hizo ademán de resignarse a las recomendaciones de la jóven, y cerró los ojos como para dormir.

No seguiremos paso a paso los progresos de la convalescencia de Ricardo; pero sí diremos que Amelia y Antonia lograron, ya suplicando, ya valiéndose de inocentes astucias, el mantenerlo en la ignorancia de la suerte que había corrido su familia.

Solo algunos días despues, y cuando el enfermo podía ya dejar la cama y ejercitar sus débiles piernas dando algunos pasos por la habitacion, se resolvió Amelia a confesarle todo.

Era una tarde en que Ricardo, sentado al lado de su cama, se entregaba a sombrías meditaciones, sin hacer caso de los esfuerzos que Amelia hacía por distraerlo, promoviendo conversaciones que, aunque fútiles, no por

eso dejaban de tener cierta amenidad propia para alegrar el ánimo de un enfermo.

El carácter de la jóven se prestaba naturalmente a ello: además, aunque careciera de una regular educacion, no le faltaba el ingenio y la agudeza necesaria para discurrir agradablemente y aun salpicar de graciosos chistes sus pláticas.

Ricardo había tenido una convalescencia llevadera, gracias a la sociedad de Amelia.

Había, por otra parte, comprendido cuánta abnegacion, cuánta solicitud para él encerraba la conducta de ella.

El hecho es que la jóven no había creído necesario, ni le habría sido posible hacer un misterio de la muerte de su tía: Ricardo lo había sabido, pues, de boca de ella misma, y conocía tambien que esta desgracia la había herido en lo mas sensible de su corazon.

Ahora, el que Amelia se desentendiera de sus propios dolores para esforzarse en hacer pasajeros los de su huésped, era una jenerosidad, una abnegacion, como hemos dicho, que solo podemos comprender nosotros, que estamos al cabo del estado de su alma; pero no Ricardo, que estaba mui lejos de figurárselo.

Se limitaba él a comprender y agradecer la conducta delicada de la jóven, y de ahí nacía un trato afectuoso mantenido mutuamente, y grato para entreambos. Para ella, por su amor; para él, por su agradecimiento.

Hechas estas reflexiones, que no son inoficiosas por cierto, volvemos a lo que tratábamos de referir.

Decíamos que Ricardo meditaba una tarde triste-

mente, sin que fuera bastante a arrancarlo de su apatía el ingenio desplegado por Amelia para conseguirlo.

La conversacion había ido decayendo inevitablemente, hasta el punto de confesarse Amelia vencida por la profunda tristeza que se había apoderado de Ricardo.

—¡Vaya! dijo ella al cabo de un momento de silencio que no encontró como evitar. Está visto que usted se aburre a más y mejor con mi compañía: en verdad que soi mui desgraciada en no poder imaginar una distraccion capaz de sobreponerse a esa melancolía.

—No es exacto lo que usted dice, Amelia, se apresuró a replicar el jóven: sin su compañía, no sé lo que habría sido de mí. Estoy tan agradecido a las atenciones de usted que las desgracias suyas no entran por poco en mi tristeza.

Esta alusion de Ricardo a la muerte de Mercedes no pudo menos de afectar el ánimo de Amelia, y he aquí como por segunda vez se encontró cortado el diálogo.

Pasados unos instantes, tocó a Ricardo el apercibirse de que él tenia una causa directa en aquel silencio; de que no solo había resistido a las tentativas de Amelia por distraerlo, sino que la había hecho entristecerse con importunos recuerdos.

Quiso entonces remediar su imprevision, que él mismo calificó de ingratitud, y dijo:

—No negará usted, Amelia, que la sociedad de un enfermo es bien molesta; yo pienso en ello muchas veces, y no me esplico sino mui favorablemente para usted, el que haya podido sobrellevar mis impertinencias con tan imperturbable paciencia.

Amelia se ruborizó imperceptiblemente, y contestó sonriéndose.

—Es que hai enfermos de enfermos.

—Como hai amigas de amigas, dijo Ricardo; y propósito de esto, se me ocurre que Maruri ignora lo que usted vale en calidad de amiga, y me propongo hablarle de esto en la primera vez que lo vea.

—Eso es mal hecho, repuso Amelia con una mirada de graciosa reconvencion. Una de dos, o soi yo igualmente solícita con todos los amigos, y entonces no le diría usted ninguna novedad a Maruri, o he hecho una escepcion con usted, y en tal caso...

—¿En tal caso, qué?

—En tal caso... nada ganaría él con saberlo.

—¡Ah! ¿perdería acaso una ilusion? exclamó Ricardo, casi maravillado, pero en tono de broma.

—Nó, no he dicho eso: creo que usted da un significado a mis palabras... No me cuido de las ilusiones que él pueda abrigar; pero sí de los malos pensamientos.

—¡Hola! no le importa a usted que él sea feliz con el recuerdo de su amistad! Dios mio! eso no se puede creer cuando se la conoce a usted de la manera que yo he tenido lugar de conocerla. ¿Será que hai algun resentimiento?... Cabal; sin duda el ingrato no se ha acordado para nada de usted, desde que salió de Rancagua; ni habrá mandado saber... Pero eso es ser demasiado exigente; ya ve usted que no es posible mandar a un pueblo que está en poder del enemigo.

—Está usted discurriendo mui sin fundamento. Esto me gusta, porque me revela su buen humor; pero no quiero que juzgue lo que no es. En primer lugar, si he

dicho que no me cuido de las ilusiones que pueda forjarse Maruri, es porque yo no he dado márgen a ellas; en segundo, y como consecuencia de esto, no tengo por qué estar resentida; y en tercero y último lugar, si el resentimiento que usted supone hubiera de ser motivado por lo que usted dice, debería yo estar contentísima en vez de disgustada, porque aquel mensajero de que hablé a usted hace algunos días, fué enviado por él.

—¡De veras!

—No tenga usted duda.

—¿Aquel mensajero que trajo nuevas de mi familia?

—Por supuesto.

—¡Vaya! Usted no me había dicho nada de eso; y francamente, yo había llegado a creer que era una patraña lo del mensajero.

—¿Y por qué había de ser una patraña?

—Porque conocí en usted y en Antonia el deseo, mui caritativo por cierto, de calmar mis inquietudes.

—Es decir que no creyó usted...

—Ciertamente, y por eso es que no he vuelto a insistir mas sobre ello. Me he figurado que ustedes, o no sabían qué habría sido de mi familia, o que, si lo sabían, trataban de ocultarme alguna desgracia: lo primero era mas tranquilizador para mí, y en cuanto a lo segundo, reflexioné que nada avanzaría con exigir esplicaciones, porque no me las darían. De esto proviene el que no haya vuelto a interrogar mas sobre el particular.

—Pero usted se encerraba en sus cavilaciones...

—Oh! es natural, y ahora disculpará usted mis negros momentos de mal humor, con que contrariaba todos sus empeños de tenerme contento.

—Entonces ahora cree usted en que recibí en efecto buenas noticias de su familia.

—Lo supongo ya, puesto que ha resultado verdadera la venida del mensajero. Solo que ahora, puedo ya preguntar cuáles han sido esas noticias; porque aquello de decir que eran buenas, es mui vago para mí.

—Sin embargo, es cierto que eran buenas.

—Eso es lo que yo quiero juzgar por mí mismo: ¿o hai algun inconveniente para esplicarlo?

—Hai uno, y es que tenemos que entrar en antecedentes desagradables, que no quisiera traer a la memoria de usted...

—¿Antecedentes desagradables?

—Quiero decir, recuerdos dolorosos.

—Oh! ¿cree usted que no he recordado en este tiempo la escena que precedió al golpe que me ha ocasionado mi larga enfermedad? ¿Y cuál recuerdo mas penoso que ese? Tengo grabado en mi imaginacion cuanto pasó entre nosotros, cuando los talaveras invadieron nuestro escondite. ¡Ah! quizá ni usted misma puede calcular lo que fué aquello, porque aun cuando supongo que Antonia se lo haya contado detalladamente, esas son cosas que solo viéndolas se pueden juzgar. Así, pues, quien abriga recuerdos como estos, puede mui bien aventurarse a hacer otros sin peligro de aturdirse.

—Tiene usted razon, y ahora me parece que debo sacar a usted de dudas.

—¡Ah! luego hai desgracias que se ha creído necesario ocultarme!

—No se alarme usted sin oír: casi no puede estimarse

una desgracia lo que ha pasado; pues antes bien, yo creo que no debemos desconsolarnos con el desenlace.

—En fin, hable usted pronto, porque ya que me ha comunicado algo, la inquietud me desazona más que lo que pueda haber en realidad.

—Pues bien, lo peor de todo lo que sucedió, aparte del mal trato que sufrió usted, fué el haber sido reducidos a prision todos los de su casa.

—¿Nada mas que eso? pero no les infirieron ningun mal?

—El mal de haberlos trasportado a Santiago.

—¿Cómo, a Santiago? es decir, ¿enviarlos a los patriotas!

—Pero en Santiago no hai patriotas.

—¿Qué dice usted! ¿Santiago en poder del enemigo!!

—Justamente: no hace muchos días que lo hemos sabido.

—¿Luego mi familia está presa aun? o las buenas noticias se refieren a que está ya en libertad?

—A que una persona de la familia ha sido libertada.

—¿Quién de ellas?

—Corina.

—¿Corina libertada! es decir dada en libertad!

—No es eso: desde el primer día... o mas bien, yo creo que no alcanzó a ser llevada a la prision; el mensajero de Maruri nos dijo que don Manuel Rodriguez la había salvado y la llevaba consigo a lugar seguro.

—¡Oh! ¡Dios mio! esto es inesplicable... ¡Rodriguez salvando a Corina! ¿cómo puede ser esto? solo que se viniera él a Rancagua el día... No puede ser de otro modo... Precisamente, él tan jeneroso, habrá arriesgado

su vida por venir a nuestro socorro... ¡Pero nada mas se sabe!

—Eso es todo. Yo creo que no debemos alarmarnos mucho. ¿Cómo suponer que los padres de usted estén aun presos? ¿qué ganarían con ello los españoles? Es mui seguro que les hayan dado libertad.

Ricardo apoyó la cabeza en las manos y permaneció un largo rato cavilando.

—¡Oh! dijo al fin, es preciso ir a Santiago; ir y averiguar... Maldita debilidad, que me impide marchar ahora mismo. Pero qué hacer; aprovecharé el tiempo preparando los medios de hacer el viaje sin peligro.

CAPÍTULO XXV.

Visita domiciliaria.

Conforme a su propósito, Ricardo se ocupó de formar un plan para salir de Rancagua y trasladarse a Santiago sin hacerse sospechoso a los españoles.

Determinó partir solo, contra las exigencias de Amelia, que no podía resolverse a una separacion. Pintábale ésta los mil peligros a que podía esponerlo su aislamiento, en el estado inseguro de su salud. Pero nada hubo que lo hiciera desistir.

Entre los varios proyectos que meditó nuestro jóven para realizar su viaje, se fijó con mas detencion y al fin concluyó por aceptar el mismo que con tan buen éxito había empleado el mensajero de Maruri.

La misma Amelia, aun estando empeñada en suscitarle dificultades, le sujirió esta idea haciéndole saber el espediente de que aquél se había servido. Pero ella había tenido tambien su plan en esto; y era que Ricardo, impaciente como estaba por moverse pronto, podía decidirse a hacerlo de un momento a otro, eligiendo la no-

che o valiéndose de cualquier medio espedito aunque poco seguro. La jóven le proporcionaba, pues, una buena idea, pero ganaba el tiempo que demandaría la ejecución de ella.

En efecto, se necesitaba procurarse un asno con los aperos necesarios y un traje aparente al carácter que Ricardo debía asumir. Todo esto demandaba tiempo y dinero.

Pero Amelia, para hacer aceptable su proyecto, allanó las dificultades del dinero proponiendo que se venderían los pocos muebles de la casa, en atención a que ella pensaba también dejar a Rancagua.

Vencidos los escrúpulos de Ricardo para aceptar las jenerosas ofertas de su amiga, se dieron los pasos conducentes al objeto.

Amelia, por una parte, entre sus vecinas, y Antonia por otra, entre la jente de su condicion, principiaron a realizar la enajenacion del modesto menaje.

Entretanto el tiempo corría, y Amelia se regocijaba de prolongar la detencion de Ricardo, tanto por el amor que le tenía, cuanto por lo que él ganaba en convalescencia.

Mas, aunque Amelia pusiera algo de su parte para aumentar las dilaciones, era también preciso conciliar éstas con la impaciencia del jóven, y así pues, mal que mal, las cosas marchaban a su término.

Llegó por fin el día en que Antonia salió en busca de un hombre que vendiera un asno con los atavíos que eran menester.

La criada había madrugado por recomendacion de Ricardo, y hacía una hora que andaba fuera de casa.

Amelia, cediendo a su pesar a las instancias del jóven, se ocupaba en la misma pieza de él en otros preparativos para el viaje; y el mismo Ricardo se entretenía en examinar un traje completo de aldeano que le habían comprado la víspera, y que solo tenía, a juicio de Antonia, el defecto de ser nuevo.

—Estoi pensando en una cosa, le dijo Amelia interrumpiéndose en sus quehaceres.

—¿En qué cosa? preguntó Ricardo, sin dejar de mirar una manta que tenia en sus manos.

—En que la cara de usted no se presta al disfraz que va a adoptar: entre la jente ordinaria, no se ven sino facciones toscas y desagradables, al paso que usted... es mui distinto de ellos.

—Se ven caras de todos aspectos, dijo Ricardo en tono de dar poca importancia a esa observacion.

—Admitiendo que haya facciones delicadas entre ellos, no dejará usted de convenir en que nunca se vé una cútis que no sea de color cobrizo, o curtida por el sol y el desaseo.

—Eso tiene remedio: se puede encubrir el color de la cara; y ademas tendré cuidado de salir a la calle a eso de las oraciones; hoi está el dia nublado; se oscurece mas temprano...

—¿Entonces piensa irse hoi!

—Si se encuentra lo que falta, ¿por qué nó?

—¿Tan pronto!

—Es preciso; no hai para qué demorarse aquí.

—Es que yo habría deseado...

—Veamos ¿qué habría deseado usted?

—Hacer el viaje al mismo tiempo, aun cuando no saliéramos juntos del pueblo.

—Será porque usted tiene miedo de no llevar mas compañía que la de Antonia; pero yo le aseguro que es bastante: Antonia vale por un hombre, y de los mas esforzados.

—Pero no es eso... Es que sería menos peligroso para usted, y luego... una se acostumbra a estar en compañía de... ¿No preferiría usted viajar con un amigo, tener con quien hablar y distraerse de la monotonía de un camino largo y desierto...?

—Alguien viene, interrumpió Ricardo, que atendía menos a lo que decía Amelia, que a sus propios pensamientos y al deseo de ver llegar a Antonia con la noticia de haber encontrado lo que faltaba.

Ambos jóvenes escucharon con atencion y no tardaron en ver a Antonia, que abrió con precipitacion la puerta del cuarto y entró. Ambos tambien se figuraron al punque aquella prisa era un indicio de buen éxito en las diligencias que se habían encomendado a la criada.

La impresion de Ricardo fué agradable; la de Amelia penosa y desconsoladora.

Empero uno y otro sufrieron un cambio de emocion al fijarse en el semblante de Antonia.

—¡Señor, señorita! dijo ésta adelantándose con azoramiento; pronto, pronto el disfraz de mujer, que ya llegan los soldados!

—¿Qué soldados? preguntó Ricardo.

—Los que andan rejistrando las casas; ya están en la del vecino y no tardan en venir aquí.

—¡Otra visita domiciliaria! exclamó Amelia. Vístase

pronto, Ricardo, ya le he dicho que el otro día solo se tranquilizaron porque creyeron que era mujer.

Y en un momento, Antonia por un lado y Amelia por otro, pusieron al jóven un vestido de mujer sobre su traje de hombre.

Antonia ocultó en seguida, entre la colcha y la frazada de la cama, la ropa de aldeano que poco ántes había ocupado la atencion de aquel.

Entretanto, Amelia se despojó de un ligero adorno de lana que tenía en la cabeza, y se lo puso a Ricardo, recojiéndole la melena por debajo con una cinta.

El vestido estaba algo corto, pero se disimuló este defecto, sentándose el jóven en una silla, y cubriéndose los piés con un abrigo.

Por lo demas, el semblante pálido aún del convalesciente debia auxiliarlo en su papel de mujer enferma e incapaz de abandonar el asiento en el improbable caso de que esto se le exigiera.

Como despues de estos preparativos, no aparecieran aun los soldados, Amelia tomó unas tijeras y dijo a Ricardo:

—Pues aun hai tiempo, aprovechémoslo en borrar el mas mínimo vestijio: su bigote ha crecido un poco durante la enfermedad, y será preciso que yo haga ahora las veces de Maruri.

Ricardo aprobó esta precaucion.

—Yo me pondré a la puerta entretanto, dijo Antonia, y toseré cuando sea tiempo.

Amelia se arrodilló junto a la silla de Ricardo, y con la mano temblorosa de emocion se puso a cortarle su rubio y naciente bigote.

La jóven sentía en sus mejillas el aliento de Ricardo, y se esforzaba en contener las palpitaciones de su corazón, muy capaces de delatar la alteración de su espíritu.

Mas, en un momento en que involuntariamente los labios de Ricardo rozaron la mano de la jóven, no pudo ménos de notar él un ligero estremecimiento en ella.

—¿Tiene usted susto? le preguntó sin ocurrírsele otra causa.

—Sí, un poco, dijo Amelia, poniéndose mas rosada que una guinda.

Ricardo se fijó en su rubor, y tuvo una vaga sospecha de que había otra cosa que susto en la turbación de la jóven.

A ese tiempo se sintió la tos afectada de Antonia.

La operación estaba concluida también: Ricardo tenía ahora el aspecto de una verdadera mujer: su juventud, sus facciones, su cutis, todo contribuía perfectamente a dar a su disfraz una veracidad incontestable.

Amelia se apartó de su lado, y oyendo entonces el ruido de los pasos de muchas personas que se acercaban, adoptó una postura indiferente, a poca distancia del jóven.

Dos soldados se presentaron a la puerta y abatearon con sus miradas todo el interior del cuarto.

Ricardo y Amelia hicieron un fingido movimiento de sorpresa, como si aquella aparición los hubiera cojido de improviso.

—Con permiso de ustedes, mis señoras, dijo uno de los soldados, entrando sin mas cumplimiento al cuarto.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó Amelia sin inmutarse.



La joven sentía en sus mejillas el aliento de Ricardo.

—No es nada, dijo el que se había quedado en la puerta: una visita de amigos tan solo.

Mientras tanto, el otro se fué a la cama, hizo a un lado las cortinas, y despues se asomó para debajo.

Ricardo se fijaba al mismo tiempo en los uniformes: éranle éstos desconocidos; pero no así el de otros dos soldados que habían permanecido mas allá de la puerta, en el pasadizo; esos eran indudablemente dos talaveras.

El que hacía el registro en el cuarto, visitó uno por uno los rincones, movió algunos muebles, y al fin dijo:

—Aquí no hai nada.

—¿Nada? preguntó uno de los talaveras aproximándose a la puerta.

—Ya está todo registrado; solo que estos diablos de insurjentes se puedan volver agujas... Pero ¿qué miras tanto? te has quedado embelesado.

Esta pregunta era dirigida al talavera que se había asomado, el cual se quedó como sorprendido al fijar su vista en Ricardo.

—¿Te ha gustado esa señorita? le preguntó el otro soldado.

Ricardo al verse observado con tal tenacidad, dirigió la vista a otra parte con el aire mas indiferente que pudo finjir.

—No es eso, dijo el talavera.

—¡Sí! ménos aficionado habías de ser. Desgraciadamente, las órdenes del gobernador son terminantes en contra de tus deseos.

—A no ser que la señorita, observó el otro soldado, consintiera en ser tu amiga.

E hizo un guiño malicioso a los demas.

Amelia no pudo reprimir una lijera sonrisa, mirando a Ricardo que se daba los aires de niña pudorosa y ofendida.

—Aquella otra señorita es ménos esquivia, dijo el que había hecho el registro.

—A ver si te atreves a buscarle alianza.

El talavera no apartaba los ojos de Ricardo.

—En fin, dijo Amelia adoptando un tono sério, aunque no áspero, si han concluido ustedes lo que tienen que hacer, hágannos el favor de dejarnos en paz.

El que había encontrado ménos esquivia a la jóven, se rascó la cabeza y dijo:

—Vámonos, pues, hombre; no las enfademos.

—Es que yo conozco a esta señorita, dijo el talavera señalando a Ricardo.

—¡Oigan! ¿tienes amistad con ella?

Ricardo no se movió.

—Pues si la conoces ¿por qué no la hablas?

—Quiero decir que la conozco de vista.

—¡Acabáramos! yo tambien conozco de vista a Su Majestad la reina de España!

—¿Y dónde has conocido a esta señorita? preguntó el otro soldado, contento de poder prolongar la charla algunos instantes.

—La he conocido aquí en el pueblo, al día siguiente de la batalla.

—¿Y qué hai con eso?

—Es que las circunstancias en que la conocí...

Ricardo se alarmó un tanto y dirigió una mirada al talavera, sin demostrar la mas mínima turbacion.

—No me cabe duda, añadió el talavera: es la misma... ¡y en verdad que es un hallazgo!

—¡Diablos! ya se va animando el mozo! cuidado con las órdenes del gobernador!

—Oh! si no es eso, hombre; dale con tomar el rábano por las hojas. No me importa nada que la niña sea bonita, ni que...

—Pero ¿qué es lo que te importa entonces?

—Yo me entiendo, no les dé a ustedes cuidado.

Y dirigiéndose al otro talavera que se había quedado en el pasadizo,

—A ver, Dionisio, le dijo ¿no te acuerdas de aquella niña desmayada que se llevaba el sarjeño Villalobos?...

—Pues no me he de acordar! contestó el interpelado. Es la que reclamó por hermana el mismo bribon a quien buscamos.

—¡Eso es! ¿La conocerías si la vieras?

—Puede ser; sin embargo de que en tantos días...

Ricardo y Amelia no perdían una palabra de esta conversacion; y aunque no se esplicaban lo que podía motivarla, comprendían que algún peligro les amenazaba.

El lector sí que habrá entendido las alusiones de los soldados, y a virtud de esto, debemos decir que Ricardo, con su difraz de mujer, tenía en efecto una notable semejanza con Corina, que si para los que estuvieran acostumbrados a verlos solo habría sido un aire de familia, para otros era bastante a suscitar una confusion.

—Ven a ver, asómate, le dijo el primer talavera al que había llamado con el nombre de Dionisio. ¿Qué te parece? añadió mostrándole a Ricardo.

Se estuvo el soldado mirando por un rato, y como

tratando de despertar su memoria, y por último, respondió moviendo la cabeza:

—Parecida la encuentro, pero no aseguro que sea la misma.

—Pues a mí no me cabe duda.

—¿Y qué piensas que hagamos? Nada se nos ha encargado respecto de ella.

—Sin embargo, yo creo que el descubrimiento es muy importante; por la hebra se saca el ovillo.

—Pero si resulta que no es la misma...

—Nada se pierde; culpa nuestra no es que se parezca a la otra.

—Pero que nos diga ella algo que nos saque de dudas, agregó Dionisio.

—Ya veremos, repuso el otro.

Y adelantándose hasta muy cerca de Ricardo, que con la vista fija en un punto de la habitación se mantenía extraño a cuanto pasaba, le dijo:

—Señorita, no me cabe duda de que usted es una joven que encontró desmayada al sarjento Villalobos en una casa de este pueblo y a quien reclamó por hermana un mozo que andamos buscando, un tal Manuel Rodríguez; por consiguiente, creo que nadie mejor que usted puede darnos noticias de él. Ahora bien, le prevengo desde luego que si usted nos oculta la verdad, me veré en la precisión de instalarme en esta casa mientras doy parte de lo que ocurre a mi jefe en Santiago para que resuelva lo que debemos hacer.

Ya no le cabía duda a Ricardo del motivo de aquel engaño en que habían caído los soldados, y aunque se

maravilló de lo que oía, no se movió, ni aun miró al soldado que le dirigía la palabra.

—Al paso que, continuó éste, la franqueza de usted nos comprometerá a ser mas políticos y a dejar tranquila su casa.

Ricardo permaneció indiferente.

El talavera hizo un movimiento de cabeza que no presajaba nada de bueno.

Amelia, por su parte, creyendo comprender la intencion de Ricardo, se apresuró a decir:

—Pero no ve usted que valdría tanto hablarle a la pared.

—¡Ah! es sorda! dijo el talavera.

—Mas que eso: sordo-muda, repuso la jóven sonriéndose de una manera burlesca.

—¡Diablo! lindo chasco me he llevado! ¿cómo no me lo dijo usted desde un principio?

Y el talavera, amostazado con la risa de Amelia, se rascó la oreja con furor.

—Usted tiene la culpa, continuó diciendo. Esta es una burla que ha hecho de mí.

—Pero ¿qué habia de hacerle yo? le observó la jóven sin tratar de reprimir su alegría. Usted se empeñó en dirigirle la palabra, y yo por complacencia no quise entrometerme.

El soldado se mordía las uñas, y los otros, que estaban a la puerta, tentados por la risa de Amelia y por la misma confusion de aquel, ayudaban a celebrar el lance.

Ricardo permanecía heroicamente impasible.

La jóven concluyó por formalizarse, temiendo alguna consecuencia desagradable.

—Le aseguro a usted, dijo al talavera, que no he tenido la mas mínima intencion de ofenderlo: hace usted mal en tomar las cosas por ese lado.

—Mira, hombre, como te *jalea* la morenita, observó uno de los que estaban en la puerta.

—Se la ha jugado en regla! agregó otro.

—Pues yo voi a enseñarle a conducirse con las personas de respeto, replicó el talavera. Dé gracias a que al gobernador de este pueblo le ha dado por hacerse el bonachon, que si no, ya sabría ella con quien se las tiene. Pero nada se ha perdido; voi a dar parte a mi capitán San Bruno de que he encontrado a la hermana del mozo que buscamos; de que es muda, y de que, si por esta circunstancia no puede darnos ella los informes que queremos, hai aquí esta otra jóven que puede hacerlo en su lugar. Y no me muevo de esta casa miétras no llegue la contestacion, que precisamente habrá de ser una órden para que las llevemos a las dos a Santiago.

—No es mala idea, dijo Dionisio: me parece mui bien. Podemos hacer nuestro viaje de vuelta mui entretenidos, cada uno con la suya. Desde luego, me decido por la morenita, solo por lo astuta y lo burlona que es.

—Ya está dicho, prosiguió el otro talavera. Yo me quedo aquí; sigan ustedes registrando las casas, y tú, Dionisio, haz que venga el tuerto a verse conmigo: prevenle que es para que lleve en el acto un recado a mi capitán.

Los soldados que estaban a la puerta se retiraron,

despidiéndose con palabras significativas y recomendaciones maliciosas.

Amelia se habia asustado verdaderamente con la resolución del talavera, y no se atrevía ya a decir una palabra.

Ricardo permaneció fiel a su papel de sordo-muda.

Antes de pasar adelante, diremos que Amelia había interpretado con gran felicidad las intenciones del joven, cuando le atribuyó aquel defecto: pues él, reflexionando que los soldados podrían tener interes en llevar consigo una persona a quien poder interrogar sobre lo que deseaban averiguar, creyó que el mejor medio de hacerlos desistir de tal propósito, si lo abrigaban, era finjirse mudo.

El aire de indiferencia que afectó fué, pues, sobrado elocuente para que la perspicacia de Amelia pudiera engañarse; y he aquí como ésta pudo venir en auxilio de su idea.

Desgraciadamente las cosas tomaron un jiro diverso del que era de esperarse.

La susceptibilidad del talavera lo echó todo a perder, llegando a verse comprometida la misma Amelia en los peligros que amenazaban a Ricardo.

CAPÍTULO XXVI.

Pretensiones de talavera.

En aquellos tiempos de perpetua lucha, de vencedores y vencidos, de conquistadores y conquistados, no era inusitado el procedimiento que hemos visto poner en práctica a los soldados en el capítulo anterior.

Las visitas domiciliarias estaban a la orden del día, y los talaveras, por su nacionalidad española, por su fama de incorruptibles, y por su ferocidad quizá, eran elejidos con preferencia para tales cometidos.

Necesariamente la frecuencia de aquellos atentados habrían de suscitarles terribles odiosidades; pero contra ellas, tenían tambien la proteccion que les dispensaba el jefe del estado, concediéndoles preeminencias estraordinarias en la disciplina militar, que los transformaban en temibles sayones, autorizados para imponer al pais conquistado un réjimen verdaderamente cruel y amedrentador.

Cierto es que en los primeros días de esta segunda dominacion española, el propósito de conciliarse los áni

mos, que abrigaba el comandante Ossorio, lo indujo a dictar órdenes que libraron al país por poco tiempo de los horrores que mas adelante esperimentó; pero ese sistema tan encomiado por los mismos españoles como estremadamente benigno, no excluía arbitrariedades semejantes a las de que hemos dado una muestra en el capítulo anterior. Apénas si lograba contener los avances de los que mas tarde debían ser el terror de las jentes por sus excesos y crueldades: los talaveras.

Con estos precedentes, el lector no debe admirarse de la conducta observada en la casa de Amelia por los comisionados para buscar a Manuel Rodriguez.

El talavera que había tomado la resolucion de permanecer allí, era dueño de tomarse todas las comodidades que deseara, como en su propio domicilio, seguro de que nadie tendría el derecho de hacerle cargos por ello.

Cuando Amelia vió irse a los otros soldados y quedarse éste con aquel aplomo de soberana autoridad, tuvo miedo y formó el propósito de adoptar un trato capaz de doblegar la voluntad de su terrible enemigo.

Entretanto, Antonia, que se había mantenido en la habitacion vecina, es decir en la que estaba separada por el pasadizo de la de Ricardo, pudo ver salir a unos y quedarse al otro; y atraída por la curiosidad, se vino a informar de lo que ocurría.

El talavera, que aun estaba en el medio de la pieza, y que se disponía a tomar asiento con la mas chocante desfachatez, se volvió a la puerta al sentir los pasos de Antonia.

Amelia y Ricardo observaban en silencio los movi-

mientos del soldado, y lo vieron hacer un vivo ademán de sorpresa al encontrarse en frente de la criada.

Esta dejó escapar al mismo tiempo una súbita exclamación.

—¡Hola! dijo el soldado recobrando su aplomo ¡tú también por aquí! bueno, me alegró; acuérdate que me perteneces por orden de mi capitán!

—¿Sí? dijo Antonia, no sabía que su capitán tenía el derecho de disponer de las mujeres en beneficio de sus soldados.

—Muy pronto lo sabrás, repuso el talavera sentándose de modo que su vista dominara todo el cuarto.

Amelia, tratando de entablar una conversación amistosa, se dió prisa a interrumpir la que con visos tan alarmantes se había principiado entre aquellos.

—Es una lástima, dijo, que el señor encuentre en mi casa tantos motivos de disgusto. No hace mucho se enfadó conmigo porque no se me había ocurrido advertirle que Corina era muda.

Y dió una mirada significativa a la criada.

—Y ahora, prosiguió, descubre en tí un nuevo motivo de enojo. Yo ignoro lo que haya pasado entre ustedes...

—Yo le diré a usted, señorita, interrumpió Antonia. Este militar se apoderó de mí el día del saqueo, y al sacarme en brazos del lugar en que me había refugiado, le dijo un oficial: "Puedes llevarte a esa mujer por una hora a donde quieras." Y como yo me dí maña para librarme de él, ahí lo tiene usted furioso conmigo.

—Eso no es un motivo para tenerle rencor a una pobre mujer, dijo Amelia, como no lo es tampoco el que ha exitado su saña en contra mía.

El talavera guardó silencio.

—Vete a la cocina, Antonia, siguió diciendo la jóven, ya veré modo de ponerte en buena armonía con el señor.

La criada se quedó algunos instantes mirando la fisonomía de cada uno de los personajes de aquella escena inesplicable para ella; como que esperaba alguna leve indicacion que la pusiera en vía de tomar un partido; pero no viendo mas que una absoluta impasibilidad en todos, le pareció prudente obedecer la órden de Amelia, como el camino mas oportuno que la jóven habria hallado para salir del paso.

—El talavera, receloso de lo que pudiera sobrevénir, sorprendió las miradas investigadoras de la criada, y creyó ver un indicio de peligro en ellas. Así fué que tras la salida de Antonia, se paró y marchó hasta el pasadizo.

Allí se estuvo observando un largo rato, y despues, como quien toma una resolucion, se fué a la puerta que comunicaba con el interior de la casa, y la cerró corriéndole el cerrojo.

De esta manera quedaban aisladas las dos piezas del pasadizo y libre el talavera de toda sorpresa peligrosa que pudiera venir del interior.

Tomada esta precaucion, el soldado siguió paseándose en el mismo pasadizo.

Amelia cambiaba de tiempo en tiempo algunas miradas con Ricardo.

Al fin, impaciente por comunicarse con él sobre el partido que convendría adoptar, se paró de improviso y cerró la puerta del cuarto poniéndole llave por dentro.

Era esta una medida que el soldado podía interpretar

como efecto del despecho de la jóven, y que no empeoraría por cierto la situacion.

Acercóse en seguida la jóven a Ricardo y en tono mui quedo le dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Resignarnos con nuestra suerte, respondió él; lo que ha de resultar a fin de cuentas es que nos llevarán a Santiago. Yo seguiré haciendo mi papel de sordomuda, que si no descubren la superchería, estamos salvados, porque no habrá para qué hacer sufrir a dos mujeres inocentes.

—Está buena la idea: yo creo imposible el que descubran que usted es hombre... pero ¡ah! se me olvidaba; ese vestido tan corto lo denuncia. Espérese usted; hai un remedio: con deshacerle dos alforzas está arreglado todo.

Y Amelia tomó unas tijeras y se puso a descoser a gran prisa, sentada a los piés de Ricardo.

Oíanse desde allí los pasos del talavera en el pasadizo.

—Un temor me asalta, dijo Amelia sin dejar su tarea.

—¿Cuál?

El de que en el camino vamos a estar a merced de estos hombres de tan mala fama.

—Ya trataremos de tomar algunas precauciones, dijo Ricardo; tenemos tiempo; no es posible que este hombre nos prive de comunicarnos con Antonia en los dos días que por lo ménos ha de esperar la contestacion de que habla. Nos ha de dejar comer, mandar a la calle a hacer la provision del día, y tantas otras cosas indispensables. Aprovecharémos, pues, la mas mínima circunstancia para

obrar. Desde luego conviene prevenir a Antonia, en primera oportunidad, de lo que pasa, y recomendarle que trate de hablar al gobernador y esponerle que somos dos mujeres solas a quienes se quiere violentar por una injustísima sospecha.

Convenidos ya Amelia y Ricardo en lo que les tocaba hacer, y determinada además la conducta que debían observar con el talavera en prevision de lo que mas adelante podía ocurrir, la jóven no tuvo reparo en volver a abrir la puerta que daba al pasadizo.

El vestido de Ricardo estaba ya arreglado, y no había nada que pudiera hacerles temer un nuevo contratiempo.

El talavera seguía paseándose, y Amelia, preparada ya al desempeño de su papel, le dijo desde el dintel de la puerta:

—¿Quiere usted, señor, que nos espliquemos amistosamente? quizá esto le convendría a usted para los fines que lo han traído aquí, como creo que nos será favorable a nosotras...

—No tengo nada que hablar con usted, dijo brusca-mente el soldado; guarde sus esplicaciones para hacerse-las en Santiago a mi capitan.

—Pero usted nos violenta de una manera que no merecemos. ¿Por qué negarse a proceder con ménos dureza? yo estoi dispuesta a satisfacer a usted en todo lo que me exija.

El talavera se detuvo en la mitad del pasadizo para fijar la vista de una manera particular en la jóven.

—Ya veo que usted se inclina a la induljencia, prosiguió diciendo ésta. Eso es mil veces preferible a su terquedad. Yo se lo agradezco a usted con todas veras.

—Parece que el miedo ha correjido la inclinacion de usted a burlarse del prójimo, dijo el talavera con ménos acritud.

—Pero ya he dicho a usted que no he tenido tal intencion.

—¡Hum! cuando las cosas toman mal aspecto, no hai uno que no se haga un santo. En fin, puede que nos avengamos. ¿Dice usted que está dispuesta a ser descendiente?...

—Daré a usted cuantas satisfacciones pueda con tal de apaciguarlo.

El soldado meditó un instante sin apartar la vista de Amelia, cuyo rostro fresco y sonrosado se revestía de la mas enternecedora espresion de súplica.

Los ojos del talavera adquirieron en aquel instante un brillo especial, que la jóven interpretó favorablemente; vió humanizarse la fisonomía adusta de aquel hombre, y en ello, un presajio de ganarse su voluntad.

—No sé por qué me está pareciendo que nos hemos de avenir como buenos amigos, dijo al fin el talavera. Además, aunque mi jenio es de pocos aguantes, no me gusta infundir miedo... principalmente a las jóvenes amables y...

—¿Amables y qué? preguntó Amelia, encantada de haber dulcificado a su interlocutor.

—Amables y...

El soldado parecía no atreverse a cocluir su pensamiento, o finjía una timidez propia para hacer cambiar la opinion desfavorable que antes había hecho formar de él.

—¿Y humildes? volvió a preguntar la jóven.

—Tambien eso, pero yo quería decir... bonitas.

Amelia se sonrió modestamente.

—¡Vaya! dijo, no habría creído que usted era tan galante... Pero ya es tiempo de que éntre a sentarse ¿qué hacemos parado? No dice usted que quiere averiguar ciertas cosas?

—Pero podemos hablarlas aquí mismo.

—Mejor lo haríamos sentándonos: yo me empeño por usted, que ha estado paseándose mas de una hora.

—Es que el asunto de que debemos hablar es mui reservado.

—Siempre da lo mismo: ¿qué quiere usted que oiga una sordo-muda?

—Es verdad... aunque por el aspecto de las fisonomías podría...

—No sea usted loco. ¿Tantos escrúpulos es preciso gastar?

—Eso es segun...; pero, si usted se empeña, tomaremos asiento.

Y el talavera entró al cuarto en pos de Amelia.

Esta le indicó un asiento al mismo tiempo que ella tomaba otro a dos pasos de él y un poco mas distante de Ricardo, que observaba impasiblemente lo que se hacía.

—Interrógueme usted ahora, dijo Amelia sonriéndose al soldado, y esté cierto de que le diré la verdad en todo. Como prueba de ello, principio por decirle que Corina fué, en efecto, la jóven desmayada a quien un hombre desconocido para ella y para mí sacó de Rancagua pocos momentos despues del saqueo.

—Mire usted, dijo el soldado imitando la afabilidad

de Amelia, no anticipemos las cosas. En rigor yo no debo escuchar esplicaciones de ningun jénero: mi deber no se reduce mas que a aprehender a los que juzgue sabedores del paradero de un hombre.

—Pues por lo mismo, usted debe escucharme para juzgar con acierto y no esponerse a cometer una injusticia.

—Ai! si yo me pusiera a dar oídos a las disculpas de los que me inspiran sospechas, principalmente cuando esas personas son así... como usted... tan vivarachas y graciosas, medrado salía mi capitan con sus encargos!

Y el soldado clavó una mirada de codicia en la jóven, despues de examinar de soslayo y furtivamente a Ricardo.

Amelia bajó los ojos con candor, esforzándose en contener la risa.

El aspecto del soldado era rechazante, y al mirar de aquel modo, que tenía pretensiones de amoroso, adquiría un aire extraño y por demas grotesco.

—¿Temería usted que yo lo engañara? preguntó Amelia, con el tono mas inocente que pudo afectar.

¿Por qué no lo habría de temer? No tiene usted trazas de santa.

—Pero eso no quiere decir que sea malvada.

—No se necesita serlo para mentir en estos casos.

—¡Vamos! usted no quiere creer en mi sinceridad.

—Por supuesto! sería un bobo si de buenas a primeras aceptara lo que usted me dijese.

—Pero usted puede juzgar oyéndome. ¿De qué otro modo podríamos entendernos?

—¿De qué otro modo?... Eso es mui fácil concebirlo: ganándose mi confianza con buenas obras.

—En eso mismo estoy; ya ve usted como he suplicado, y como le he prometido conducirme humildemente con usted; me manifiesto amiga...

El talavera movió la cabeza con aire de incredulidad y dijo en tono sentencioso:

—Obras son amores, y no buenas razones. Este es el proverbio a que yo me atengo. Ya me entenderá usted...

Amelia se encojió de hombros de una manera que significaba: "no sé lo que usted quiere decir."

—Hablemos claro, siguió diciendo el talavera; no tengo paciencia para estar dejando las cosas a medio entender.

—Es mejor: ya podía usted haber tomado esa resolución desde un principio, repuso la jóven. Y como observara en su interlocutor una mirada sobradamente atrevida, que le hizo sospechar pretensiones mas indecorosas que lo que se esperaba, se apresuró a añadir:

—La delicadeza, la dignidad que usted demuestra en su comportacion, me aseguran que al fin ha de concluir por deponer las malas intenciones que manifestó al principio.

—No presuma usted nada todavía, señorita, ni haga tanta alabanza de un pobre soldado: ¿qué entiendo yo de esas cosas? soi un hombre liso y llano; eso sí que mui agradecido a los favores que recibo. Y esto es lo que usted debe tener mas presente, porque no pretendo otra cosa que un favor suyo.

—¡Favor mío! ahora es usted el que pide favores, cuando no es otra cosa lo que yo demando de usted!

—Pues, por lo mismo que usted se halla en el caso de solicitarlos, abrigo la esperanza de ser atendido.

—¡Oh! entónces no hai jenerosidad, sino interés; pierde mucho de su valor la buena obra que usted podía hacer!

—Pero si yo no trato de acreditarme de jeneroso... En fin, por los obstáculos que usted me está poniendo, ya veo que me ha comprendido...

Y el soldado le dió a esta frase una entonacion tan chocantemente maliciosa, que Amelia se sintió ofendida.

—Estoi tan ignorante como al principio, dijo con un poco de sequedad, y mas bien que desista usted de hacerme comprender...

—¡Ah! se niega usted ántes de saber...; pues bien, yo tomo el mismo tono de usted, no hago en esto mas que imitar.

Y en efecto, el soldado adoptó la misma seriedad de Amelia.

—En vez de favores, continuó diciendo, serán condiciones las que impondré: sepa usted, pues, que en pocos momentos enviaré a Santiago un mensajero con el encargo de traerme la órden de prision para ustedes, y que mañana o pasado se verán en el caso de tener que salir de aquí y marchar todas a Santiago, bien maniatadas y tratadas como jentes sospechosas, como protectoras y encubridoras de insurjentes. Pero sepa tambien que nada de esto sucedería, si usted fuera tan buena conmigo, que consintiese...

Y el soldado, como temiendo ser oído de Ricardo, aún cuando estaba persuadido de su sordera, bajó la voz de

tal modo, que lo que dijo no alcanzó a percibirlo ni aun el novelista que tiene obligacion de escucharlo todo.

Pero aquello debió ser algo mui grave, puesto que Amelia se paró del asiento con las mejillas rojas de indignacion: fijó en el talavera una mirada de indefinible desprecio, y yéndose bruscamente a la ventana que daba a la calle, la abrió con violencia y se sentó junto a ella, dándole la espalda a su villano ofensor.

Ricardo, aun cuando no había oido las últimas palabras de éste, comprendió lo injuriosas que debieron ser, y apesar del esfuerzo que hizo por conservar su impassibilidad, sintió que toda su sangre se le iba al rostro.

El talavera no se inmutó: se contentó con salirse al pasadizo, silbando una marcha militar.

Ricardo se volvió para mirar a Amelia, a tiempo que ella se cubría la cara con las manos para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

La indignacion del jóven tomó entonces la intensidad del furor; ya no fué dueño de reprimirse.

Lívido y convulso, abandonó su asiento; se fué a una pequeña mesa que había en un rincon del cuarto y tiró de una perilla de madera que servía para abrir un pequeño cajon.

Amelia, al sentir el débil ruido que produjo aquel movimiento, levantó la cara y vió que Ricardo sacaba del cajon una daga que ella misma había guardado allí.

Esta arma era la que había usado Ricardo la noche del 1.º de Octubre cuando llevó el mensaje de O'Higgins al jeneral en jefe. Acostumbraba tenerla siempre a la cintura, y mediante esto pudo conservarla consigo el día del desastre de su familia. Antonia, la criada, al

desnudarle, tropezó con ella, y se la dió a Amelia para que la guardara.

Al presente, era, pues, la única arma que poseía.

Al ver Amelia la accion de Ricardo, se levanta con la mayor viveza, corre a la puerta, la cierra por dentro, y sin detenerse, se acerca al jóven, le coje las manos y le dice en voz baja, pero no por eso menos persuasiva.

—¡Monterreal! qué va usted a hacer!

—A castigar a ese villano, para evitar la repeticion de sus injurias, porque no dudo que tardará poco en volver, respondió el jóven con una calma que formaba contraste con la ajitacion de sus miembros y la palidez de su rostro.

—Pero aún cuando deba volver ¡Dios mio! ¿no ve usted a lo que nos esponemos? a lo que se espone usted? ¡Oh! suframos nuestra desgracia con resignacion... ¡He sido una loca en creerme ofendida por un estúpido! Yo no he debido hacer caso de sus palabras!... Usted está enfermo aun, Ricardo! y estas emociones!... cálmese usted, y en vista de lo que debemos temer, acordemos lo que nos parezca mas acertado para librarnos de tantas indignidades.

Y la jóven arrastró dulcemente a Ricardo hasta su silla y lo obligó a sentarse a fuerza de súplicas.

—Ahora, dijo, lo que me parece mas oportuno, mas propio de dos mujeres solas, sin amparo...; porque no se olvide usted de su papel de niña tímida; lo mejor será, pues, que pidamos auxilio por la ventana, y supliquemos que avisen al gobernador,

Ricardo hizo un movimiento que quería decir: haga

usted lo que quiera, ya que no es posible obrar según mis deseos.

Amelia corrió entonces a la ventana. La calle estaba desierta, todas las puertas cerradas, a pesar de ser medio día, pues los vecinos habían quedado tan aterrorizados desde el saqueo, que solo encerrados en sus casas se creían seguros.

—¡Socorro! ¡socorro! favorézcannos! gritó Amelia con toda la fuerza de sus pulmones, a fin de hacerse oír a la distancia.

Su objeto era reunir jente y formar una alarma capaz de intimidar al talavera y obligarlo a retirarse.

CAPÍTULO XXVII.

Consecuencias de un ardid.

Amelia gritó hasta enronquecerse, sin conseguir lo que deseaba.

Los vecinos se contentaron con asomarse por las ventanas o rendijas de sus puertas, y agregar a éstas una tranca mas.

En cuanto a transeuntes, dos mujeres y un hombre que se pararon en la acera opuesta con intenciones de averiguar lo que sucedía, recibieron del talavera una brusca intimacion que dió a sus piernas mas ajilidad que la que hasta allí habían traido.

Amelia renunció al fin a sus esperanzas: volvió a sentarse desalentada cerca de Ricardo, diciéndole:

—Estamos perdidos.

El jóven se sonrió tristemente, y le mostró la daga.

—Aun nos queda este recurso, le dijo: mi brazo está débil, pero la daga es magnífica; no demanda mucha fuerza su manejo.

—¡Ai! repuso Amelia, sería la mayor desgracia el te-

ner que usar de ella. Le suplico a usted que no lo haga sino en un caso estremo.

A ese tiempo se sintió parar un caballo en la puerta de calle, y poco despues, el rumor de una conversacion.

—Ese debe ser el que ha de ir a Santiago, dijo Amelia.

—Fácil es cerciorarse, ¿no dijeron que era tuerto? preguntó Monterreal.

—El talavera le dió en efecto ese apodo. Voi a ponerme a la ventana para verlo cuando se vaya.

Hízolo así la jóven, y de ahí a poco, vió salir a la calle y montar en el caballo que estaba parado cerca de la puerta, otro soldado con uniforme de talavera, y que ostentaba en su ojo derecho la causa de su sobrenombre.

Entre tanto el día avanzaba y nuestros dos jóvenes habian pasado toda la mañana sin probar bocado alguno.

—Este hombre pensará tenernos sin comer, dijo Amelia a eso de las dos de la tarde.

—He ahí un pretexto para que nos deje comunicar con Antonia, observó Ricardo.

—Cabal: voi a hablarle.

Amelia fué a la puerta, le quitó la llave, y entrea-briéndola lo necesario para asomar la cabeza, dijo al talavera, que se hallaba parado a la puerta de calle:

—Supongo que usted no abrigará el propósito de tenernos en ayunas todo el día.

El soldado la miró un instante, y luego volviéndose a la calle con muestras de gran desprecio,

—Yo no le sujeto la boca a nadie, dijo sosegadamente.

—Pero nos tiene sujeta a la criada, que da lo mismo.

—¡Hola! ustedes comen con la boca de la criada! pues en tal caso, hoi harán penitencia.

—¿También eso? pero ¡Dios mío! esto es tiranizar a una de tal modo... ¿Pretenderá usted que pasemos hoy y mañana sin comer?

—Usted lo quiere así, dijo el soldado afirmándose de espaldas contra la puerta y mirando a la joven con intereses.

—¡Esto no es creíble, por Dios! es cuanto se puede imaginar de perverso! Usted no puede estar autorizado para obrar tan indignamente! ¿no teme usted que en la primera oportunidad denuncie sus maldades a quien pueda castigarlas?

El talavera se puso a silbar la misma marcha que antes había silbado al salir del cuarto.

Amelia cerró de golpe la puerta con verdadero despecho.

—Esto va mal, dijo a Ricardo; ni nos queda ya la esperanza de entendernos con Antonia.

—¡Ah! si yo estuviera bueno, exclamó el joven, ya veríamos...

Y después de un rato de silencio, como si de súbito viniera una idea a su mente:

—Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, dijo.

Amelia, que se había sentado y apoyado la cabeza en una mano con abatimiento, se enderezó a escuchar.

—Ahora que está solo ese hombre es cuando debemos adoptar algún partido. Es preciso obrar desde luego aunque sea arriesgando algo, porque de otro modo, llega la noche, vendrá el compañero de este infame, ese otro talavera, y sabe Dios lo que pueda suceder.

—¿Y qué se puede hacer para evitarlo?

—Procurar que ese hombre vuelva a entrar aquí, y

tratar de llamarle la atención a un lado, mientras que yo por otro...

—¡Oh! nó, nó, jamás! va usted a esponer su vida...

—Mas espuesta que lo que está... y luego no hacemos mas que anticiparnos al peligro que nos amenaza. Mas tarde serán dos ellos, y si vienen con sus repugnantes pretensiones...

—Pero supongamos que tenga buen éxito el plan de matar a ese hombre ¿qué avanzaríamos? ¿qué haríamos en seguida?

—Haríamos venir a Antonia; ocultaríamos el cadáver y nos iríamos de aquí...

—¡Ai! no alcanzaríamos a salir del pueblo sin caer en manos de los soldados que están de guarnicion.

—Puede que escapáramos: ya he dicho que algo se ha de arriesgar.

—Pero tambien es preciso tomar en cuenta que si ahora se nos quiere llevar presos solo por hacer indagaciones, entonces se echarían en busca de nosotros para castigar un crimen, y usted sería principalmente el culpado. ¡Oh! Dios mío, que fuera usted a sufrir por mí... Pues solo por mí, por conjurar el peligro que nos hace temer este infame soldado, es que usted se resuelve a proceder así.

—¿Y le parece a usted poco motivo?

—¡Oh, primero está la vida de usted! no discutamos sobre esto.

Ricardo miró a la jóven con cierta fijeza, pero sin espresion ninguna, y de ahí a poco dijo:

—Si no quiere usted que cargue con la responsabilidad de un asesinato, podemos contentarnos con asegurar

al soldado, y dejarlo amordazado y maniatado de piés y manos.

—¿Pero cómo haríamos eso? se olvida usted de su debilidad?

—Por mas que esté uno débil, puede cobrarse alguna fuerza en un momento dado: eso es lo que se llama sacar fuerzas de flaqueza. Yo me encuentro mui capaz de sujetar a ese hombre algunos momentos, mientras usted corre a llamar a Antonia, con cuyo auxilio es seguro el triunfo.

Amelia meditó algunos instantes, contemplando con interés a Ricardo.

—Siempre encuentro que usted se va a esponer: puede matarlo ese hombre y...

—¡Oh! mucho se preocupa usted de lo que me puede suceder, dijo Ricardo en un tono que solo distaba un ápice del enfado.

Amelia se ruborizó instantáneamente.

—¡Soi tan medrosa! dijo tratando de dar a su voz una entonacion tranquila, pues aquella frase de Ricardo le causó una penosa impresion. Haré lo que usted dice, añadió dirijiéndose a la puerta, más por ocultar las lágrimas que afluyeron a sus ojos, que por haberse decidido a adoptar el atrevido plan del jóven.

Al llegar a la puerta se detuvo, y haciendo un poderoso esfuerzo para serenarse, se volvió de nuevo a Ricardo, y le dijo con una sonrisa persuasiva, o mas bien suplicante:

—Pero guárdese mucho de obrar con precipitacion: la rabia que tiene con ese hombre puede arrastrarlo a una imprudencia.

Ricardo había notado la impresion que sus palabras habían causado a la jóven; y arrepentido de su dureza en cuanto la vió ceder, y reflexionando ademas que la resistencia de ella solo debfa inspirarle agradecimiento, pues que denotaba un gran interes por él, quiso aprovechar aquella nueva observacion de Amelia para corregir su falta.

—Confíe usted, Amelia, le dijo, en que procederé con la mayor cautela.

Y tomándole una mano entre las suyas, añadió:

—No olvidaré que esponiéndome yo, la espongo a usted, cuya salvacion debo anteponer a la mía.

Amelia se estremeció de gozo.

—Pues que, continuó Ricardo, usted me ha salvado la vida con sus cuidados, y esta es una deuda que obligará eternamente mi gratitud.

Estas palabras destruyeron el efecto de las primeras, causando en el corazon de Amelia un efecto enteramente semejante al de un chorro de agua que cae sobre la llama que ha comenzado a prender.

Apenas brotó en su pecho el jérmen de una encantadora ilusion, cuando lo heló el cierzto cruel del desengaño.

La jóven retiró su mano de entre las de Ricardo, balbuceando un frío cumplimiento.

—¿Ya sabe usted lo que debe hacer? preguntó el jóven.

—Sí: recobrar la confianza de ese hombre y hacerlo entrar.

—A ver cómo se maneja para obtenerlo. Hable al soldado desde la puerta, y yo estaré sentado junto a usted, donde él no me vea, para indicarle algunas contestacio-

nes por lo bajo; pues considero delicada la empresa después de lo que ha pasado.

En realidad, lo que temía Ricardo era que Amelia, abrigando aún temores sobre el buen éxito de su proyecto, se manejara de algún modo poco eficaz para atraerse al soldado.

—Muy poco fia usted en mi habilidad, dijo sonriéndose la joven.

—Es de su valor del que desconfío, le contestó él con igual sonrisa.

Uno y otro se fueron entonces a la puerta.

Ricardo ocupó una silla al lado, mientras que Amelia abría y asomaba la cabeza al pasadizo.

El talavera se hallaba sentado en el umbral de la puerta de calle y mascaba a dos carrillos un bocado de chanco fiambre que acababa de desprender de un regular trozo que se veía a su lado, sobre un papel estendido en el suelo.

Al ruido de la puerta, volvió la cara el soldado y vió asomarse a la joven.

La presencia de ésta no le causó la mas mínima novedad: sus quijadas no dieron tregua ni por un segundo al bocado que masticaba.

—¡Ai! dijo Amelia, dichoso usted que tiene que comer. Ahora comprendo que se olvide de que nosotras estamos en ayunas.

—No es culpa mía, respondió el talavera con la boca llena.

—¿Cómo que no es culpa suya?

—Es claro.

—Pero vamos a ver: espíquese usted.

—No hai necesidad de esplicarlo.

Y el soldado agachó la cabeza para desprender otro bocado de chanco.

Amelia lo contempló un instante en su afanosa tarea.

—¡Vaya! dijo, veo que no hai medio de tratar con usted. Ricardo le indicó por lo bajo:

—Aunque una se arme de las mejores disposiciones.

Amelia repitió la frase al pié de la letra.

El talavera enderezó la cabeza.

—¡Con que soi intolerable! dijo como para sí y sin dejar de mascar.

—La prueba está a la vista; abro la puerta para tratar de entenderme con usted...

—Amigablemente, apuntó Ricardo.

—Amigablemente, repitió Amelia; y ni aún así...

—¡Oigan! ya volvemos a ser amigos! dijo el soldado mirando por segunda vez a la jóven.

—Eso es segun.

—¿Segun qué?

—Segun usted se muestre mas o ménos cruel.

El talavera se sonrió maliciosamente.

—Por qué se ríe usted, preguntó Amelia.

—Por que veo que esto promete. No ha mucho era yo el que decía: "seré ménos cruel, si usted es mas amigable."

—Y que hai con eso?

—Que ahora es usted la que me dice: "seré mas amigable, si usted es ménos cruel."

—Eso quiere decir que estamos de acuerdo.

—No que estamos, si no que ya vamos acercándonos.

—Pero ¿en qué discrepamos aún?

—En que, estando a mis condiciones, deberá comenzar usted por ser amigable; mientras que, estando a las suyas, me tocaría a mí el principiar con indulgencias.

—Veo que no carece usted de habilidad, dijo Amelia riéndose de un modo que dejaba ver hasta el último de sus pequeñitos y bien ordenados dientes.

—No le estrañe a usted eso, replicó el soldado con aire de engreimiento: en mi tierra era yo mozo de provecho.

—Y así se vino usted de allá para hacerme sufrir, dijo la jóven en un tono picarescamente sentimental.

—Dé gracias a eso, porque si no estuviera yo aquí, habría venido algun otro...

—Cualquiera se habría conducido mejor que usted...

—¿Así le parece? pues le aseguro que ninguno de mis compañeros habría guardado las consideraciones que yo.

—¿Consideraciones llama usted a la pretension de hacernos morir de hambre?

—Ya he dicho que eso es culpa de usted misma. Si mis propuestas hubieran encontrado una acogida ménos irritante...

Las mejillas de Amelia se colorearon notablemente.

Ricardo, que no apartaba la vista de ella, comprendió la indignacion que despertaba en su alma la alusion del soldado.

Tomóle entonces la mano, y se la oprimió como para darle aliento.

—Esa fué una injuria, había comenzado a decir ella.

—Que ahora se la perdono, le indicó Ricardo.

—Que no podré perdonársela, dijo Amelia.

—¿En eso estamos aún? preguntó el soldado.

Ricardo se apresuró a decir a la jóven:

—A ménos que nos espliquemos con mas detencion.

Amelia titubeó, y concluyó por no decir nada.

Ricardo le oprimió la mano con mas fuerza.

—A ménos que... repitió ella en voz alta.

—¿A ménos qué? preguntó el soldado.

—Se manifestara usted arrepentido, para continuar en mi amistad.

El soldado prorumpió en una carcajada.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡En lo que hemos venido a parar! pues yo me había imaginado que ya había formado usted una resolucion...

—¿Y no es acaso una resolucion la que acabo de manifestarle?

—Pero tan contraria a lo que parecía ser... ¡Vamos! esto es perder palabras en vano. Usted debía haberme venido a decir:—Le pido a usted mil perdones por mi falta de cortesía; aquí me tiene usted dispuesta...

—¿Dispuesta a qué? preguntó Amelia, roja de vergüenza.

—A reparar el mal, a ceder y ser complaciente, dijo el talavera con una atrevida sonrisa.

La indignacion de la jóven llegó al colmo e hizo un movimiento para retirarse; pero Ricardo estaba preparado, y la sujetó de la cintura, indicándole al mismo tiempo, casi al oído, que dijera:

—Puede que nos entendamos: éntre usted y hablaremos.

Amelia permaneció muda.

Ricardo volvió a oprimirle la mano.

Trató ella de hablar, y su lengua no produjo mas que una exclamacion.

—¡Oh! dijo con doloroso acento, estrechando nerviosamente la mano con que Ricardo le tenía tomada la suya.

Este insistió repitiendo la misma frase.

—Puede que... dijo Amelia.

Ricardo se inclinó y estampó un beso en su mano.

Estremeciósese ella, y como si aquel beso hubiera impregnado en todos sus sentidos los propios deseos de Ricardo, iluminó su rostro una espresion inesplicable de atrevimiento.

—Puede que nos entendamos, dijo aturdidamente: venga usted y hablaremos.

El talavera se paró con precipitacion, como temiendo perder un momento de oportunidad.

Ricardo sintió el ruido que hizo al pararse, y se dió prisa a volver a su primer asiento, para no inspirarle sospecha. Amelia se movió tambien de la puerta, abriéndola mas retirándose hácia el interior para dar paso al soldado.

Cuando llegó éste al dintel de la puerta, Ricardo estaba tranquilo en su silla y paseaba la vista con vaguedad por las cornisas del cielo raso de la habitacion.

El soldado pareció hacerse cargo de todo esto a la primera ojeada.

—Entre usted, insistió Amelia, señalándole con amabilidad una silla.

Pero él se detuvo a la puerta diciendo:

—Por mas que aquella señorita sea muda, no me puedo

acostumbrar a su presencia: casi me obliga a ser ménos franco de lo que quisiera.

—Pero esa es una tontería: puede usted hacer de cuenta que estamos enteramente solos.

—Sí; bien lo veo; pero eso será en cuanto a lo que tenemos que hablar; y como... no es eso tan solo...

—Déjese usted de escrúpulos.

—¡Qué! no le importaría a usted el que esa joven nos viera en tanta intimidad...

—¡Siempre la misma cosa! ¿puede ella adivinar de qué se trata?

—No lo adivinaré por lo que hablen, pero sí por lo que hagamos.

—¡Dios mio! eso quiere decir que debemos guardarnos de hacer ademanes significativos. No acompañaremos nuestras palabras con jestos, ni señas...

—¡Qué diantres! ¿acaso hablo yo de visajes, ni bobearías? Lindo papel haríamos en llevarnos como estafermos.

—Pues no sé entonces como...

—Yo se lo diré a usted, ya que es preciso entrarle las razones a golpe de baqueta. Cuando se va a tener un acomodo como el nuestro, se principia por hablar. En esto creo que no discrepamos absolutamente.

—Ya lo veo. Pero entretanto, ya puede usted sentarse y seguir hablando.

—Nó; sobre eso estamos tratando: cabalmente voi a esplicarle a usted que a nada conduce el sentarme aquí, dijo el talavera sin pasar del umbral de la puerta.

—Vaya, pues, ya escucho.

—Decía que en nuestro negocio lo primero era un

corto arreglo de palabras para fijar algunas condiciones.

—Ya está dicho.

—Pues bien, y como es seguro que no trepidaríamos, porque ya sabe usted las que yo pongo, y me ha manifestado su asentimiento...

—¡Mi asentimiento! exclamó Amelia.

—Eso o poco menos; en fin, ya veremos.

Los ojos de Amelia encontraron los de Ricardo, cuya espresion, aunque inocente para el talavera, encerraba para ella la mas elocuente súplica.

—Bien, ya veremos, dijo la jóven resignadamente.

—Por mi parte no habría que trepidar, continuó el talavera, porque mis condiciones serían absolutas.

—Pues entonces, siéntese usted a esponerlas.

—Espérese usted. Avenidos ya, sería preciso solemnizar el trato de algun modo. De las palabras, pasaríamos a un ligero apretón de manos... un beso despues... y luego un abrazo...

Ricardo tuvo un fuerte acceso de tos que pareció desgarrarle el pecho.

Amelia corrió a él como para prestarle auxilio.

Uno y otro pudieron disimular así los efectos de su indignacion.

—¡Pobrecita! dijo Amelia, arrodillándose junto a Ricardo en actitud de sostenerlo; tan enferma que está.

Ricardo apoyó la cabeza en su hombro como vencido por la debilidad, y exhaló como un soplo a su oído la palabra.

—¡Animo!

—Ya ve usted, dijo el talavera, como una interrupcion así podría perjudicarnos cuando ya estuviéramos

para cerrar el trato; debemos hablar donde nadie nos estorbe.

—Nada se perdería con estas interrupciones, repuso Amelia, sin moverse de junto a Ricardo.

Este la empujó suave y disimuladamente.

—En fin, agregó ella parándose. Si usted no quiere que hablemos aquí... diga lo que pretende.

—Está claro eso: ¿acaso no hai otra parte donde poder hablar?...

—¿En el pasadizo?

—¡Qué! eso daría lo mismo.

—Allá adentro entonces, dijo Amelia señalando hácia el interior de la casa.

—¡Igual o peor! allá está esa infernal criada!... ¡Pero por qué no pasamos a esta pieza?

Y el soldado mostró la puerta que estaba a sus espaldas, en el mismo pasadizo.

—¡Ah! dijo Amelia sin poder reprimir una demostracion de horror... Pero ya ve usted, agregó reponiéndose al instante, ya ve que podríamos no avenirnos.

—Nada se perdía: volveríamos a salir como habíamos entrado.

Amelia leyó en los ojos de Ricardo una imperceptible indicacion de que aceptara.

—Hablemos primero aquí, dijo en tono de súplica; y en seguida, si es preciso...

—¡Oh! ya he repetido que no quiero: es mejor solos: así no mediará entorpecimiento alguno entre lo dicho y lo hecho.

—Qué hemos de hacer ¡por Dios! exclamó angustiada-

mente Amelia, al mismo tiempo que se movía impulsada por una última indicación de Ricardo.

Mas, de pronto, ocurriéndole una escapatoria,

—Pero la llave, exclamó, la tiene Antonia, que cerró el cuarto cuando se fueron los otros soldados.

—Sí, lo cerró el talavera; pero trajo la llave y la dejó sobre aquella mesa... está, no hai otra.

La jóven se mordió el labio simuladamente, y fué a tomar la llave.

—Abra usted y éntre, dijo al soldado; luego iré yo.

—En tal caso esperaré aquí mismo que usted vaya, repuso él de una manera que daba a conocer sus recelos. Las cosas se han de hacer sobre la marcha: o se decide usted de pronto, o no hai nada.

Amelia bajó la cabeza y salió temblando al pasadizo.

Al llegar a la puerta del frente, quiso meter la llave en la cerradura, pero el susto la dominaba de tal modo que no pudo conseguirlo.

El soldado lo conoció.

—Yo abrí, le dijo apoderándose de la llave: está usted tan asustada como si no se tratara de un precioso arreglo. Ya verá usted como pronto se tranquiliza.

Y abriendo la puerta, añadió:

—Ya está; éntre.

Amelia habría querido ser la última, pero no había escusa que dar.

Entró muda y pálida de terror.

Aún no anduvo dos pasos, cuando se volvió con la esperanza de ver que tras el talavera se vendría Ricardo, elijiendo el momento de la entrada para llevar a cabo su sorpresa.

Mas apenas se dió vuelta, y lanzó un grito de horror. El soldado cerraba de golpe la puerta y le ponía llave por dentro.

Ricardo sintió aquel grito desgarrador, y veloz como un rayo, saltó al pasadizo y dió un violento empujon a la puerta.

—¡Maldicion! exclamó ruiendo de furor.

Había llegado tarde: el soldado había alcanzado a dar vuelta la llave.

Ademas, las debilitadas fuerzas de él eran insuficientes para romper la cerradura.

Su rabiosa esclamacion fué contestada por otro grito de Amelia, grito espantosamente conmovedor, que hizo estremecerse las fibras mas recónditas de su corazon.

Al punto, sin perder un segundo, y de otro salto, ganó la puerta que daba al interior de la casa, y describió el cerrojo.

Antonia estaba allí, con el oído atento, y pálida tambien por la emocion.

Había oído los dos gritos de Amelia.

—¡Aquí! dijo Ricardo con voz ronca y apagada, apesar del esfuerzo que hacía para hablar. ¡Pronto! esa puerta! rómpela!

Antonia comprendió al instante.

Sin titubear y con la actitud del toro que toma campo para asestar el golpe, retiróse de la puerta cuanto se lo permitió el ancho del pasadizo, y se lanzó sobre ella.

Su hombro llegó a estrellarse con poderoso empuje en la juntura de las dos hojas.

Las maderas crujieron estrepitosamente, pero la cerradura no cedió.

—¡Favor! ¡Socorro! gritó Amelia desde adentro.

—¡A una! dijo Ricardo.

Y tomando igual colocacion que Antonia, cayeron los dos simultaneamente contra la puerta.

Abrióse ésta de par en par, casi desprendida de sus quicios, y ámbos asaltantes se precipitaron al cuarto.

—Solo había trascurrido un minuto desde que el talavera se encerrara.

Sorprendiéronlo en el momento en que, logrando asegurar a la jóven, que aun se debatía desesperadamente, la tomaba en brazos.

Un sordo rujido se escapó de su pecho al verse estorbado en sus infames propósitos.

—¡Con mil diablos! exclamó arrojando a Amelia sobre el pavimento y sacando la bayoneta que pendía de su cinturón. ¡Fuera de aquí, endemoniadas!

Y se adelantó al encuentro de ellos con ademan ofensivo.

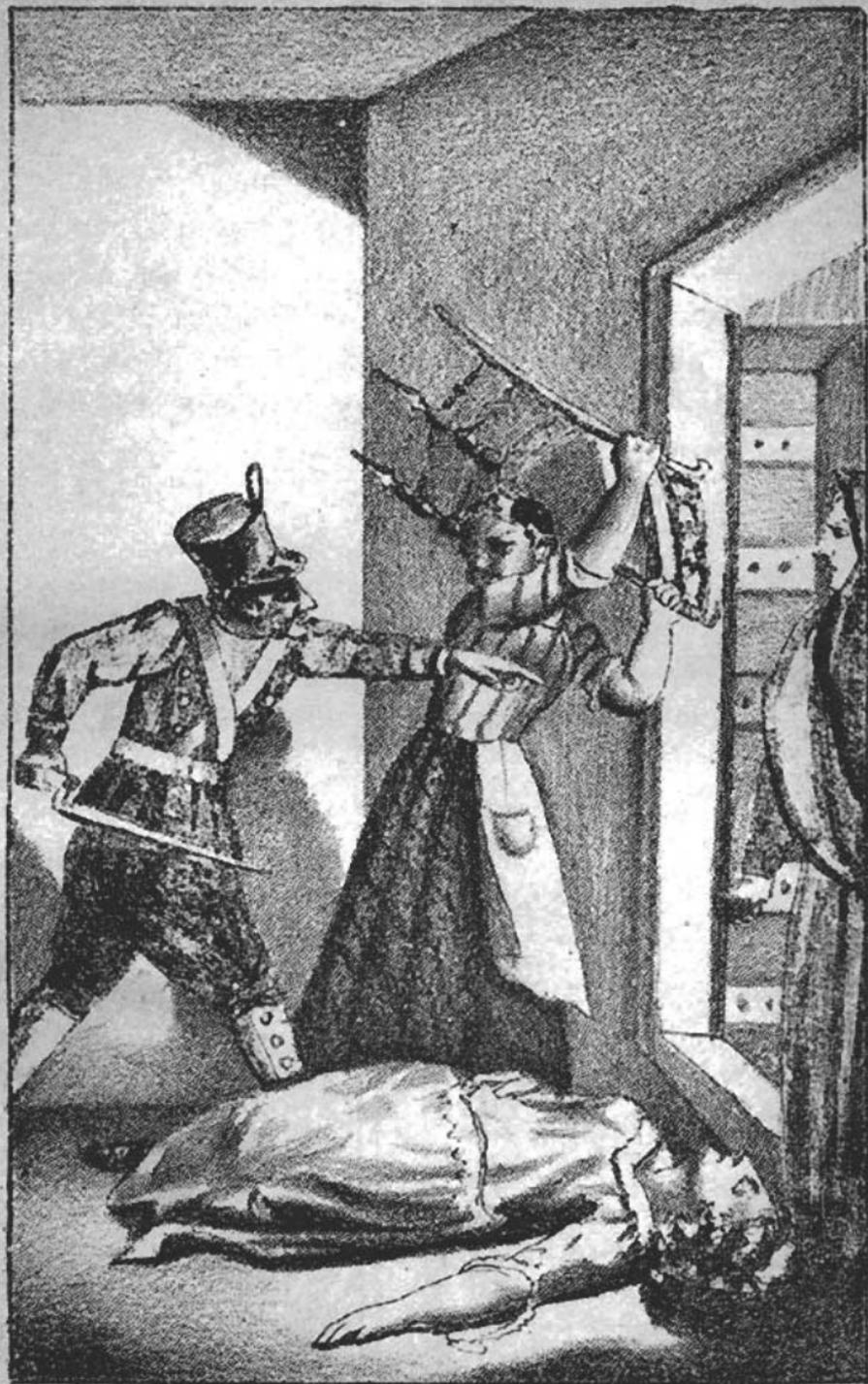
Mas, no tan pronto había hecho su primer movimiento, cuando Antonia se apoderó de una silla y se la estrelló en la cara, haciéndolo retroceder hasta la pared.

El golpe fué bien asestado, pero el hombre era de alientos y solo se aturdió por un instante.

Repuesto acto continuo, esquivó una segunda arremetida de Antonia y quiso ganar la puerta, pasando junto a Ricardo sin cuidarse de él, pues lo creía una niña inofensiva.

El momento era preciso: la finjida sordo-muda no tuvo mas que alargar el brazo y presentar de punta la daga.

El soldado se habría ensartado la garganta; mas, al



Antonia se apoderó de una silla y se la estrelló en la cara

~~~~~

ver el súbito movimiento de Ricardo, se inclinó instintivamente, y la punta de la daga penetró en su ojo derecho.

Un grito agudo y salvaje se escapó de su pecho, al mismo tiempo que Antonia, arremetiendo por la espalda, lo echó de bruces al suelo.

El grito del talavera y una exclamacion de gozo que lanzó Antonia, fueron contestados con una maldicion proferida desde la puerta.

Era el otro talavera, que en union de los mismos dos soldados que habían estado allí en la mañana, venía en busca de su compañero.

~~~~~

CAPÍTULO XXVIII.

El juramento.

Vémonos ahora obligados a retroceder para volver a encontrar a Rodriguez y Corina al día siguiente de su primer alojamiento.

Era la alborada del día 10 de Octubre: un confuso y animado movimiento se formaba al rededor del edificio que había servido de amparo en aquella noche a tanto desgraciado fujitivo.

Todos se daban prisa a abandonar como peligroso un lugar que la noche ántes habían solicitado como refujio.

Era que a los primeros destellos de la aurora habían llegado anuncios de que el enemigo se acercaba a marchas forzadas.

Las fuerzas de Maruri, apostadas en la cuesta de Chacabuco, se habían desertado en su mayor parte la noche del día 8, dejando espedito el camino de los Andes.

El jeneral Carrera se había retirado con los restos de su ejército a la ladera de los Papeles, en donde estaba reunido mas de un millon de pesos en especies y dinero.

Se temía, pues, que las primeras partidas de los españoles se presentaran de un momento a otro en persecucion de los insurjentes.

Por eso es que todos se esforzaban en abandonar pronto aquellos lugares: quienes recojían sus equipajes, quienes preparaban las cabalgaduras, quienes corrían, quienes gritaban, quienes mas lijeros que otros, tomaban ya el camino de la cordillera al paso mas veloz de sus caballos.

Entre éstos se encontraban Rodriguez y Corina.

Era que él había sido el primero en recojer la alarmante noticia, y que tambien, no había necesitado de grandes aprestos para ponerse en marcha.

Corina había dormido vestida en el escaño adherido a la pared, de que ya hemos hablado, mientras Rodriguez, envuelto en una manta, se había contentado con sentarse a la orilla del corredor, apoyando la espalda y la cabeza en uno de los pilares.

No negarémos que aquello era una mortificacion que podía haberse escusado Rodriguez, pues tenía su montura para arreglar una cama de pellones, o mas bien, dos, una para él y otra para su compañera: pero había obedecido nuestro jóven a ciertas ideas particulares sobre su situacion.

Espliquémonos.

Desde el momento en que Corina había dejado escapar aquella exclamacion de sorpresa que denunciaba su interés por lo que tenía relacion con O'Higgins, ya las sospechas de Rodriguez se habían precisado sobre el estado del corazon de aquella.

Una palabra no se escapó de sus labios para interrogarla acerca de su emoción.

Por el contrario, se encerró en un absoluto mutismo que Corina tampoco trató de interrumpir, arrepentida como debía estar de su imprudencia.

Solo despues de una media hora de silencio, se resolvió Rodriguez a decir a la jóven, con una cortesanía que en otras circunstancias habría excitado la risa de ella.

—A la hora que usted desee dormir, le ruego que me avise para arreglarle una cama.

—¿Cama? de qué manera piensa usted manejarse para ello? preguntó Corina en un tono natural, el mismo que habría empleado en cualquier otro caso.

—Tenga la bondad de pararse, replicó él.

Corina no se hizo repetir esta petición.

Rodriguez tomó entonces los pellones de la montura, todos los pellones, y los acomodó sobre el escaño. Uno de ellos puesto sobre la enjalma debía servir de cabecera.

—¿Y qué deja para usted? preguntó Corina.

—Por favor, no se preocupe usted de mí, respondió él en un tono que no dejaba lugar a réplica.

La jóven se encojió de hombros y estiró el labio inferior, como diciéndose a sí misma:

—Puesto que así lo quiere, no contradigamos.

Rodriguez no habló mas: se sentó dispuesto a pasar la noche de la manera que ya hemos dicho.

Por su parte, Corina se resolvió a acostarse, y por sí misma se cubrió con la frazada y el pañuelo debidos a la obsequiosidad de la huésped de Santa Rosa de los Andes.

Tal había sido la noche.

Por la mañana, Corina se había despertado mui temprano, impresionada con el aire helado que azotaba sus mejillas.

Cuando abrió los ojos, no estaba Rodriguez en el lugar que lo había visto ocupar en la noche.

Mas, no tardó en divisarlo que venía con los caballos del diestro.

Dejóse caer del escaño, comprendiendo que ya era hora de marchar.

Rodriguez se acercó y le dió los buenos días, como si no hubiera novedad.

—¡Vamos! pensó Corina ¡parece que ya ha pasado el enojo!

Se había hecho cargo ella mui bien de cuanto había debido pasar en el interior de Rodriguez la noche ántes. Conocía ademas que ello era efecto de la honda impresion que necesariamente le habría causado el descubrimiento de lo que ella ocultara hasta entonces en su corazon.

Al decir, pues: "parece que ya ha pasado el enojo," la idea que verdaderamente concebía, era la de que Rodriguez habría tomado quizá una resolucion definitiva, desistiendo de sus pretensiones amorosas.

No le faltaban a ella fundamentos para juzgar así: conocía el carácter de Rodriguez por el lado ostensible: es decir, lo había visto siempre alegre, jocosos y decidor: pareciale, pues, que los dolores no debían hacer mella en su alma.

Siempre se cree esto de las personas de jenio lijero.

Pero nosotros dirémos lo que había pasado en el corazon de Rodriguez.

Naturalmente, la primera impresion de su descubrimiento, hizo un estrago alarmante en su ánimo; no fué dueño de disimular su despecho.

Decimos naturalmente, porque ademas de que muy pocos, quizá nadie, habrán dejado de experimentar los efectos de un desengaño, aquí se agregaba lo inesperado del suceso.

Rodriguez no solo estaba persuadido de la virginidad del corazon de Corina, sino que ignoraba que tuviera la menor relacion, ni de amistad, con O'Higgins.

Los celos se despertaron, pues, de una manera alarmante en su pecho, y su primer arrebato quizá no fué inferior al que impulsó a Medea a enviar a su rival aquella túnica salpicada de diamantes e impregnada de venenos mas terribles que la sangre de la hidra de Lerna.

Mas, todo tiene su término y con mas razon sus modificaciones: así en lo material como en lo moral.

Rodriguez reflexionó, y con mas calma, si bien no logró extinguir sus dolores, pudo relegarlos al interior de su pecho.

Hizo su composicion de lugar, como ordinariamente se dice, y concluyó por lanzar una exclamacion propia del término de sus reflexiones.

—¡Bah! dijo en tal tono, que debió hacer abrir un ojo a mas de diez de los vecinos entregados al sueño bajo el corredor.

Felizmente Corina no oyó ese ¡bah! de tan mal presajio; pues no significaba otra cosa que: "ya veremos como me las he de componer."

Rodriguez ensilló los dos caballos a vista y paciencia de la jóven; arregló las maletas de provisiones en su lu-

gar; puso la frazada en la silla de ella, y luego la invitó a montar.

Esto último fué motivo para Rodriguez de una sensacion que no nos atreveríamos a explicar, porque no sabríamos como hacerlo.

El hecho es que él mismo tuvo que alzar a la jóven sobre el caballo.

Solo dirémos que habría querido escusar aquel acto, y que sin embargo, su corazon tuvo palpitations bien gratas al ejecutarlo.

Algunos momento despues, se alejaban ambos en silencio de su alojamiento.

Pero aquel silencio era embarazoso ademas: no era cosa sencilla el hacer un largo viaje de aquel modo.

Corina, con su corazon ménos preñado de tempestades que el de Rodriguez, fue la primera que se decidió a hablar.

—Qué fría está la mañana! dijo elijiendo la primera frivolidad que le vino a mientes.

Rodriguez hizo como que aspiraba el aire, para cerciorarse de la verdad de aquella observacion.

—En efecto, respondió, está algo fría: siento que nos hayamos visto obligados a marchar tan temprano.

—¿Por qué?

—Porque veo que usted se mortifica.

—Léjos de eso; me alegro de que abreviemos el viaje.

—Sí; tiene usted razon, dijo Rodriguez; nos empeñaremos en alcanzar a los que nos llevan una jornada de delantera.

Corina se acordó de que la noche ántes habían oído decir que O'Higgins les aventajaba una jornada.

—Ya estamos en la cuestion, pensó.

Como Rodriguez la viera guardar silencio, le preguntó:

—¿No le parece a usted?

—¿Que tratemos de abreviar el viaje? eso es lo mismo que he dicho, respondió ella con toda injenuidad. A no ser, agregó, que usted sea de otra opinion... Quizá los caballos sufran mas de lo que pueden soportar.

—No se preocupe usted ni por mí, ni por ellos, replicó Rodriguez sonriéndose alegremente, pero de tal modo que Corina notó lo forzado de su sonrisa.

—Ya es la segunda vez que usted me dice que no me preocupe de usted, le dijo Corina; y me estraña en verdad semejante recomendacion.

—¿De veras, Corina? y de cuando acá le estraña el que yo sea solícito con usted?

—Pero en eso no veo que haya solicitud... Por cierto que sería mui vituperable el que yo aceptara todos sus servicios sin hacer caso de los sinsabores que pueden originarle.

—Pues mas me mortifica el que usted tome cuidado por esto: yo querría que su imaginacion no se ocupara mas que de ideas agradables, propias para distraerla de la monotonía del viaje.

—¡Ai! mui difícil es eso. Desgraciadamente lo que mas abunda son motivos de dolor para mí.

—Pero al lado de los dolores hai siempre consuelos, Corina. Y yo creo que no le sería a usted difícil encontrar en su mente mil pensamientos eficaces para dar alivio a sus pesares.

Corina guardó silencio de pronto, porque para contestar debía mentir o confesar la verdad de aquella ob-

servacion. Pues era cierto que muchas veces, desde su salida de Rancagua, había hallado tregua a sus dolores en el recuerdo de O'Higgins.

—¿Qué lo hace a usted suponer, dijo al cabo de un instante, que yo pueda abrigar otras reflexiones que las de mis desgracias?

Esto era abordar de frente el peligro; pero no era contestar.

Rodriguez, por su parte, no desperdició la ocasion.

—Cuando uno ve el efecto que producen ciertos nombres en algunas personas, tiene sobrada razon para sospechar...

—¿Sospechar qué cosa? preguntó Corina con la insistencia del que no quiere dejar nada a medio hablar.

—Que esos nombres encuentran eco en alguna cuerda sensible del corazon.

—Pero no sé hasta aquí de qué nombre se trata.

—¿Aun es preciso decirlo? preguntó Rodriguez sonriéndose tristemente.

—Es que no comprendo en verdad...; aún no sé de qué hablamos... Es usted tan significativo en sus espresiones, que temería...

—¡Oh! bien veo, dijo Rodriguez algo picado, que usted desea oír pronunciar por segunda vez el nombre que agrada a sus oídos!

—¡Dios mío! eso parece una queja!... Ahora me lo esplico todo: luego hai un nombre que me gusta oír... lo cual parece que no es bien mirado por usted... y de ahí su seriedad de anoche... y sus frases envueltas de ahora. ¿Eso es todo?

Rodriguez no quiso contestar a tan franca interpelacion, e hizo dar una salida falsa a su caballo.

—Pues estoi admirada, agregó Corina cuando Rodriguez, aquietando al animal, volvió a ponerse a su lado.

—¿De qué se admira usted? preguntó él clavando en la jóven una mirada dulce y espresiva hasta hacerla bajar la vista.

—De que bajo el supuesto de existir lo que usted se figura, sea esta una causa de disgusto para conmigo.

—Yo no estoi disgustado con usted, Corina, ni he dicho tal cosa. Eso sería una injusticia de mi parte. ¿Qué derecho me asistiría para ello? Usted es dueña de su corazon, de sus afecciones... Por Dios! si algun disgusto abrigara yo, sería para conmigo mismo... y en verdad que tendría razon: ¡he sido un insensato!

Rodriguez calló esperando que Corina lo interrogara; mas ella vió venir la declaracion amorosa que tanto tiempo había evitado: calculó el compromiso en que la colocaban las circunstancias de estar bajo la proteccion de él, de haber sido salvada por él mismo de la muerte o del deshonor, y juzgó prudente cambiar el jiro de la conversacion.

—Me alegro que no esté disgustado conmigo, dijo sonriéndose. Sería mas lamentable de lo que es un viaje como éste, mediando diferencias entre nosotros.

—Ni podrían existir, le interrumpió Rodriguez; ya he dicho que estoi quejoso de mí mismo; que culpo a mi imprevision tan solo, y no a otros, de mis propios males.

Ya no era posible rehuir una aclaracion. Corina se vió obligada a decir:

—¡Cuánto siento que usted sufra! parece que usted se queja de un error...

—Sí, Corina; un error que me hará desgraciado toda mi vida.

—¡Dios mio! ¡de tales consecuencias es!

—Pero no tema usted que mi exterior, siempre risueño, siempre alegre, continuó Rodríguez con perceptible ironía, no tema que se resienta de ello: sé sacrificarme en beneficio de las personas que amo, sé ocultar mis dolores, cuando ellos podrían comunicar la mas leve sombra de tristeza a quien solo deseo contento y felicidad.

—Esa es una jenerosidad que alabo y admiro, dijo Corina adoptando el tono sério de Rodríguez; pero yo no exijo... ni me sería agradable conocer que usted hacía un sacrificio semejante por mí. Tengo hartos motivos para preferir la tristeza a la alegría. Respeto el secreto de sus dolores....

—¡Aun es un secreto para usted! exclamó él decidiéndose ya a evitarle toda salida a la jóven.

—Nada me ha dicho usted...

—¡Es verdad! pero hai cosas que no se dicen, Corina, y sin embargo se esplican aún contra la voluntad del que las siente. Nada he dicho, sí; pero, ahora se ha llegado el caso de decirlo; porque se colma tambien la medida de la prudencia; porque llega un momento en que la lengua se niega a callar lo que rebosa en el pecho. Dos años he sufrido... ¡digo mal, no he sufrido! he ocultado solamente mis impresiones; pero en realidad, era feliz, porque nunca dejó de halagarme una dulce esperanza... ¡Ilusion!... ¡Ha experimentado usted, Corina, alguna vez, lo que es una esperanza desvanecida al cabo

de un largo tiempo? Pero nó...; hablo de una esperanza como la mía, esperanza que se unifica con la vida, que llega a ser la propia vida de uno, pues es la que le da ocupacion a la mente, goces al alma, palpitaciones al corazon... ¡Imposible! usted no lo ha experimentado jamás, porque solo el amor da márgen a esas esperanzas, y usted no ha sufrido un desengaño en las que al presente... se albergan en su corazon.

Y dió Rodriguez a sus últimas palabras una entonacion tal, que parecieron desgarrarle la garganta al pronunciarlas.

Corina escuchaba en silencio, con la cabeza lijeramente inclinada y la vista fija hácia adelante.

Habíanla impresionado vivamente las palabras del jóven, y no se habría atrevido a hacer el mas mínimo movimiento, por temor de que sus ojos se encontráran con los de él.

—¡Ah! usted ama, Corina! siguió diciendo Rodriguez con voz suave y dolorosa! ¡Usted ama! y mis ojos no lo habían adivinado!... ¡Maldicion para mí!

—¡Pero, Dios mío! se atrevió a decir ella, jamás usted me había hablado...

—Tiene usted razon, jamás; pero usted no amaba a nadie...

—Sí, a nadie, dijo Corina acentuando esta palabra.

—Justamente, ni a mí mismo, que era el único hombre que frecuentaba su casa...

—Y entonces por qué...

—Ya sé lo que usted va a decirme. ¿Por qué me quejo a usted de mi suerte?

—No era eso: pregunto por qué no me había dicho usted nada de lo que ahora me revela?

Corina creía hallar en esto una razon suficiente para escusar su amor a otro, sin dar motivo de enojo a Rodriguez.

Ademas, la pregunta era habilísima bajo un concepto que podía escaparse a la penetracion de él.

Corina misma era la que había estorbado desde mucho ántes las esplicaciones cuya ausencia hacía valer ahora.

Ya hemos dicho que Rodriguez no se había atrevido a declarar su amor a la jóven, porque no creía llegado el momento oportuno, aun cuando no desesperaba de hallarlo.

Si la contestacion debía ser franca, Rodriguez tendría que decir: "porque conocía que usted no me amaba," lo cual era ceder la razon.

El vió la fuerza del argumento, sin conocer que Corina hablaba con intencion, pero evitó la respuesta.

—¿Por qué no hablé ántes? dijo jeso es lo mismo que ahora lamento! si hubiera hablado, si me hubiera anticipado al que me roba ahora mi dicha, ¿no es verdad que habría encontrado lo que anhelaba?

—Ignoro lo que podría haber sucedido: pero en todo caso le habría ahorrado el desengaño que ahora sufre.

—Oh! por Dios! luego confiesa usted que ya no debo abrigar esperanza alguna! Mi descuido ha sido tan grande, que haya dejado echar raíces en su corazon a otro amor que el que yo ambicionaba!... Pero, no puede ser esto; O'Higgins no la conocía a usted... Ah! me confundido en verdad, me desespero!... ¡Corina! es posible que

una amistad de ocho días... Sí, no ha podido ser ántes... ¿Es posible que haya otro tan feliz, tan feliz, Dios mío, que me arrebate en un momento mis aspiraciones de tanto tiempo? ¡Ai! soi bien desgraciado!... Pero usted ha conocido mucho ántes mi amor. ¿Cómo dejar de conocer lo que mis ojos, mis acciones, debían revelar sin necesidad de las palabras? Confiese usted que lo conocía, y que me ha dejado alimentar un sueño de horrible despertar. Francamente, Corina, usted no ha mentado jamás: tenga ahora el valor de la lealtad: ¿no es cierto que usted sabía lo que pasaba en mi corazón?

La jóven se ruborizó a su pesar.

—¿A qué conduciría eso? dijo con el tono mas dulce de su melodiosa voz Harto sufro ya con saber que soi la causa de sus pesares... estoi aturdida... es bien embarazosa mi situacion. Comprendo que, aún siendo involuntarios los sentimientos de mi corazón, usted se resiente de ellos. Creo en su amor, y por esto mismo, temo el haberme hecho acreedora a su enemistad... Pero ¿qué puedo hacer yo? la estimacion que ahora como siempre hago de usted, el agradecimiento a sus inmensos servicios, todo contribuye a aumentar mis conflictos. Quizá otra mujer en mi situacion lo engañaría a usted haciéndolo concebir falsas esperanzas; mas yo creo que eso sería un delito injustificable... Perdon por mi franqueza; pero no puedo hacer mas que ofrecerle una amistad sincera, perdurable, como quizá no la encuentre usted en otra persona.

Rodriguez no contestó, pero dejó conocer su despecho castigando al caballo con un terrible espolazo, porque se apartó un ápice de la línea que seguia.

—¡Esto es horrible! dijo después llevándose una mano a la frente.

Y en efecto, lo que pasaba en su alma era desgarrador. Borrada su ilusión más halagüena, veía el vacío delante de sí, y un mundo de dolor y desesperación oprimía rudamente su pecho.

Ya no podía ser Corina una esperanza para él, sino un doloroso recuerdo.

Miraba el porvenir, y su imaginación retrocedía horrorizada: veía en él a Corina feliz con su feliz rival.

Miraba el pasado: aquel era un mar de ilusiones risueñas en un tiempo, y que al pasar ahora por su mente torturaban de una manera atroz su corazón.

De esta manera, él desesperado y ella sumergida en embarazosas reflexiones, anduvieron por más de una hora.

Sucedió entonces que el caballo de Corina sufrió un espanto, y al contenerlo ella, dejó caer su pañuelo.

Rodríguez se bajó un instante a recogerlo, mientras que ella, apercibiéndose solo entonces de su descuido, se detuvo y aun hizo volver al caballo para venir al encuentro del joven.

El pañuelo conservaba, cuando éste lo tomó, el calor de la mano de Corina.

Solo por eso habría querido retenerlo en su poder; habría sido un consuelo para el desgraciado amante el poder llevar a sus labios una prenda de la que acababa de envenenar su existencia. Así, el dios Pan se consoló de la pérdida de la bella ninfa Siringa, con sacar una flauta de la caña en que ella prefirió convertirse por huir de sus amores.

Pero Rodriguez no se atrevió ni aun a reservarse ese consuelo: estaba Corina esperando delante de él, y se apresuró a poner en su mano el envidiado pañuelo.

Siguieron otra vez el camino con el mismo silencio, hasta que al fin Corina se vió impulsada a decir:

—Pero, por Dios! ¿será cosa de que usted haya de continuar así todo el viaje? yo no sé qué hacer, por mas que deseo encontrar un medio de restablecer nuestra buena intelijencia.

—¿Acaso se ha interrumpido? contestó Rodriguez, esforzando una sonrisa. Estoi, por el contrario, mui agradecido de sus buenas intenciones, y quisiera, créame usted, ahogar en mi pecho el dolor que me domina... pero es imposible... ¡Ah! cómo borrar en un momento tanto amor! cómo consolarme de la mas profunda desgracia que puede amargar la vida de un hombre!... Pero no obstante, ya buscaré el valor necesario;... por evitar a usted el triste espectáculo de mi desesperacion, quizá encuentre fuerzas bastantes... Sí, Corina; no se imagine usted que yo abrigue el mas mínimo rencor... nó, nó, mil veces nó. Si hai un pensamiento que domine mis amargas reflexiones, es el de evitar a usted todo disgusto... y lo cumpliré. Aún mas, Corina, yo me adelantaré a satisfacer sus deseos. Marcharemos mas lijero desde este momento.

Y Rodriguez sacudió un fuerte latigazo sobre las ancas de su caballo, obligándolo a tomar el trote.

Corina se hizo cargo de la abnegacion o de la inmensa desesperacion que revelaban esas palabras.

El desgraciado jóven llevaba su jenerosidad o su des-

pecho hasta el punto de querer facilitarle él mismo la vista de su amante.

O'Higgins llevaba sólo una jornada de ventaja, como hemos dicho, y con mui poco trabajo podían darle alcance.

Corina tuvo verdadera compasion de Rodriguez, y a los pocos pasos detuvo su caballo.

—Es una locura, le dijo; vamos a cansar a estos pobres animales que deben hacer un viaje tan largo y fatigoso.

—Pero encontraremos caballos entre los dragones de Freire, que escoltan al feliz brigadier, replicó Rodriguez. No se detenga usted por tales temores: ¡cómo podría negar un caballo el que ve que por llevarle una felicidad, se han gastado éstos! Vamos!

—Nó, dijo ella imperiosamente; no saldré de este paso.

Y marcó notablemente la marcha de su caballo.

—¡Oh! hizo Rodriguez como disgustado, no sólo se mortifica usted, sino que contraría mis planes!

—¡Tiene usted sus planes! ¡a lo ménos tendrá la bondad de revelármelos, para juzgar de si valen la pena de darnos prisa?

—Es mui sencillo: pensaba que alcanzáramos al brigadier, que va con su familia...; usted podría seguir mejor acompañada... y mas feliz ¿no es cierto? y yo me volvería a Santiago o a Rancagua, en fin a donde sea preciso ir para prestar auxilio a su familia, si lo necesita.

—Pero ¿ha meditado usted algún medio de evitar los peligros a que se espone?

—¡Peligros! solo he temido por usted;... mas, ahora que se presenta un asilo seguro,... estoi libre de cuidados. Morir, sería el mejor beneficio que podría apetecer... ahora que solo... pero ¿a qué hablar de esto? Iré a salvar a su familia, lo juro, y despues...

—¿Y despues?

—Libre ya de todo compromiso, puedo hacerme matar allá mismo.

Rodriguez dió una entonacion tan natural y segura a estas palabras, que no podía quedar duda de la inflexibilidad de su resolucion.

Corina se estremeció de agradecimiento y de temor.

Sabía que Rodriguez jamás faltaba a su palabra; muchas veces había tenido ocasion de experimentarlo.

Si decía, pues, que iría a salvar a la familia de ella, no dudaba de que lo haría; pero tampoco dudaba de que tras de ese inapreciable servicio que clamaba reconocimiento, vendría el horrible sacrificio del servidor.

Ella misma sería la que le daba muerte en recompensa de tanto beneficio.

Ante esta consideracion, Corina se sintió agobiada por un impulso irresistible: y espontaneamente le tendió su mano al jóven, al mismo tiempo que con los ojos arrasados en lágrimas le decía:

—Llegaremos solos a Mendoza, buscaremos un modesto albergue, una huéspeda tan caritativa como la de Santa Rosa, y entonces le permitiré a usted volver en busca de mi familia; pero no para morir allá, sino para que, viniéndose con mis padres, obtengamos la sancion del juramento que hago...

La jóven titubeó para concluir.

Rodriguez habia detenido los dos caballos, reuniendo las riendas en su mano izquierda, mientras con la otra estrechaba la mano de Corina.

El jóven se inclinó para aspirar con avidez, casi en los mismos labios de Corina, como preciosas perlas de rocío, las palabras que iban a desprenderse de ellos.

Una idea terrible, que cruzó semejante a un vértigo por la mente de Corina, habia helado la frase en su garganta.

Pensó en O'Higgins, a quien amaba con verdadera pasion, pensó en su carta de despedida. Aquellas últimas palabras "Adios, hasta mejores días: ¡no me olvides" las leyó como escritas con letras de fuego en su cerebro, del mismo modo que cerrando los ojos se sigue viendo el objeto que los ha ofuscado.

Mas, tambien en aquel rapidísimo instante, su pensamiento abarcó las desgracias que podían amenazar a sus padres, a su hermano; la abnegacion del apasionado jóven que tenia delante dispuesto a sacrificarse como la mas resignada víctima en beneficio de ella, y por último el recuerdo de su honor salvado, y la consideracion de los derechos que por esto mismo le asistían a él para demandarle amor.

Todo esto ajitó su alma en aquel instante que fué un siglo de abrumadora incertidumbre para Rodriguez.

La voz de Corina se dejó oír al cabo, dulce y grave a la vez, con aquel acento de solemnidad que solo pertenece a la espresion de las nobles resoluciones.

—El juramento que hago, repitió, de no ser de otro que del que me devuelva a mi familia.

Rodriguez se estremeció de placer.

—¡Ese no puede ser O'Higgins! pensó mientras se inclinaba para depositar un ardiente beso en la palma de la mano que aún abandonaba Corina entre las suyas.

Y luego agregó en voz alta:

—Juro por mi vida no volver sin ellos.

Esta promesa valía también por un sacrificio: alguno de la familia podía haber perecido ya; mas Rodríguez quería ser jeneroso con Corina desgraciada, como sería exigente devolviéndole su felicidad.

CAPÍTULO XXIX.

Entre las nieves.

Pasada la cumbre de los Andes, en las primeras faldas del lado opuesto y entre las escarpadas sinuosidades cuyas asperezas se presentan a los ojos del viajero suavizadas por un manto de perpetua nieve, se levanta como avergonzado delante de los gigantescos picos de granito que lo rodean, el solitario albergue que ofrece amparo contra los hielos y que ha sido bautizado con el modesto nombre, que bien le cuadra, de Casucha de las Cuevas.

Allí, delante de ese pequeño edificio, es adonde llevamos al lector, a las oraciones del día 12 de Octubre; es decir, en el mismo instante en que una numerosa comitiva echa pié a tierra en los alrededores.

Es O'Higgins, que llega con su madre y hermana y con la fuerza de dragones que lo escolta, a buscar el refugio que su propio padre, el capitán don Ambrosio O'Higgins, mas tarde virrey del Perú, construyó cincuenta años ántes, mui léjos por cierto de sospechar que

la tierna jóven que le resignó su corazón, y su hijo, el mas ilustre de los caudillos chilenos, habrían de aprovechar aquel asilo en momentos bien aciagos para ellos y su patria.

El desgraciado héroe de Rancagua llegaba allí despues de tres largas y fatigosas jornadas por senderos conquistados a duras penas entre las nieves; falto de víveres, y con su alma preñada de amarguras.

Solícito con su madre y hermana, y profundamente preocupado del porvenir de su patria, otros cuidados y angustias mortificaban tambien su corazón, con una tenacidad semejante a veces a la del remordimiento, y a veces a la desesperacion.

Era el recuerdo de aquella casta y hechicera jóven que habia hecho palpar su corazón bajo el imperio de emociones tan distintas pero tan poderosas como las que le producían los primeros disparos del cañon en los campos de batalla; era la imájen, que se levantaba en su mente, de aquella rubia Corina, de sonrosadas mejillas, de albísimo y delicado cútis, y de dulce y cándoro mirar.

Preguntábase continuamente el brigadier si él solo no era el culpable de las desgracias que podían amenazar a aquella pobre niña, abandonada con su familia a los peligros de una devastacion cuyos horrores era fácil calcular.

¿No habría debido prever él solo, como jefe responsable del éxito del combate, los eventos de un desastre que comprometería, como había sucedido, la suerte de aquella?

¿No habría sido el egoismo de su amor, el insaciable

deseo de ver a Corina a todas horas del día durante su permanencia en Rancagua, lo que le había hecho ser tan poco previsor?

¿No le fué fácil, teniendo un ejército a sus órdenes, proporcionar a esa familia mil elementos para que venciera las dificultades que la encadenaban al suelo de Rancagua?

¿El anciano enfermo no pudo haber sido sacado de ahí en brazos de sus propios soldados, y de este modo ponerlo en salvo con harta anticipacion, junto con su esposa e hija?

¿Fué la confianza en el triunfo, fué la creencia de que Rancagua no sería atacada, o fueron tan solo las ambiciones de su corazon, las que lo impulsaron a mantener cerca de él al precioso objeto de sus amores?

Todas estas cuestiones repasaba O'Higgins una por una, castigándose así mismo su imprevision con echarse en rostro las conclusiones mas dolorosas y con darse por merecedor de los cargos que con muchísima justicia le haría quizá Corina al mismo tiempo que él se confesaba culpable.

Así de este modo, trabajado por tan penosas reflexiones era como el desgraciado brigadier seguía su viaje por entre los ásperos desfiladeros y encumbradas gargantas de los Andes.

A su llegada al punto de alojamiento que hemos mencionado, O'Higgins descendió de su cabalgadura y ayudó a hacerlo a sus dos ilustres compañeras de destierro.

En seguida, entró a aquella casucha, cuyo aspecto debió levantar en su alma ideas menos dolorosas que las

que lo ajitaban, pero mas graves y solemnes: el recuerdo de su padre.

Entretanto, los oficiales y soldados, en dos distintas partidas, que por sus uniformes dejaban conocer la diferencia de cuerpos a que pertenecían, tomaban posesion de aquellos agrestes lugares, tendiendo la vista a diversos lados, como para elejir el punto mas resguardado del viento, en donde poder guarecerse.

Los oficiales de una y otra partida se mezclaron de ahí a poco, formando diversos y reducidos grupos.

Notábanse entre ellos dos conocidos nuestros, a quienes hemos abandonado desde los primeros capítulos de esta historia.

Eran estos, Las Heras que venía al mando de la partida de auxiliares arjentinos que desde 1813 se hallaba en Chile, y el capitan Freire. Los dos oficiales se acercaron saludándose sin ceremonia, como amigos de confianza.

—¡Hola! ¿cómo va de viaje? preguntó Las Heras.

Freire se sonrió, y dijo moviendo los hombros:

—Así, así;... pero no es eso lo que debe preguntarse.

—¿Hai otra cosa de mas interés?

—Cómo ya de hambre, habría dicho yo.

—¡Diablos! eso es escusado preguntarlo.

—¿Ya sabe usted que no hai mas víveres que tres panes reservados para el jeneral y su familia?

—Nadie me lo ha dicho, pero lo sospechaba.

—¿Y qué haremos para sacar de apuros a nuestros estómagos?

—No se preocupe tanto de eso, capitan, dijo otro oficial que pasaba cerca de él y había oido aquella frase.

—¿Cómo que no me he de preocupar, cuando no he probado bocado desde anoche?

—Lo mismo nos pasa a todos, replicó aquel.

—Con esto tenemos bastante.

—Verdad es que eso no alimenta; pero decide a obrar como los demas.

—¿Y qué es lo que hacen los demas, sino darse al diablo lamentándose? dijo Las Heras.

—Nó por cierto: hacen algo de provecho: mire usted.

Y el oficial señaló hácia un punto en que principiaba a levantarse la llama de una gran fogata a treinta pasos de ellos, y donde se hallaban reunidos mayor número de oficiales y soldados.

—¿Qué? se calientan para satisfacer el hambre? dijo Freire.

—En verdad, que esa no es mala dilijencia contra el gran frío que hace, observó Las Heras; pero yo preferiría mascar a calentarme.

—Pues de eso se trata, de mascar. Y veremos si adivinan ustedes.

—¿Será cosa de que piensen tostar nieve? preguntó Freire.

—¿O cocer piedras? agregó Las Heras.

—Vamos, ustedes no quieren creer, y mui pronto se saborearán con un buen trozo de lomo.

--¿Lomo! carne! dijo Freire, pero ¿de donde?

—Ya caigo: repuso Las Heras; es verdad; me parece buena idea.

—¿Cual, pues? ¿Hai huanacos por aquí o algun otro animal que poder cazar?

—Despues que pruebe usted un buen trozo, y nos

confiese que no ha tomado carne mas sabrosa y delicada, entonces sabrá de qué animal es.

—Dicen que la carne humana es la mas sabrosa, observó riéndose el capitán; pero no creo que nos hallemos en el caso de hacernos antropófagos: ahí están los caballos y mulas, que nos podrían servir de recurso antes de pasar a tales estremidades.

—¡Carne de caballo! quién come eso! dijo el otro oficial haciendo un guiño de ojos a Las Heras.

Y en seguida, dirigiéndose a Freire, agregó:

—¿Qué? sería usted capaz de probar eso?

—A ver, replicó Las Heras, hablando tambien con Freire, póngase usted en el caso de que ahora no hubiera otra cosa que comer mas que uno de estos pobres animales en que hemos hecho el viaje hasta aquí: ¿le sabría a usted bien un bocado de alguno de ellos? de aquel tan gordito, por ejemplo; ¿eh?

—¡Qué asco! respondió Freire; oh, a fé mía que lo que es ahora, así, con el hambre que tengo, no me decidiría... Dicen que esa carne es negra y pajosa.

El oficial movió la cabeza y dijo:

—Sí, pero con hambre, ¡caramba! no solo eso se encuentra bueno.

—Cosa de encontrarse bueno, no lo creo. Admito que pueda uno comerlo haciendo algun sacrificio...; pero Dios nos libre de llegar a ese caso.

Las Heras se retorció una punta del bigote, diciendo:

—Y no es mui difícil que de aquí a mañana...

—Pero ¿no nos llegará pronto el auxilio que el jeneral ha pedido a Mendoza? interrumpió Freire.

—Por mui pronto que llegue, no será antes de tres

días, y entretanto no es posible pasarlo con agua y cigarrillos.

—¡Diablos! ¡la cosa está seria! volvió a decir Freire con aire alarmado. Será preciso apertrecharse bien ahora, a fin de poder ayunar con mas aguante. Si les parece a ustedes nos acercaremos desde luego a la fogata, no sea que nos dejen en blanco: estoi sintiendo ya el olor a la carne asada.

—No hai necesidad de que vamos allá, le observó el oficial; yo encargué racion para tres, y nos la han de traer aquí. Comerémos mas tranquilos ¿no es verdad?

—Mucho se demoran no mas, dijo Freire. ¿Pero qué diantres de olorcito tan apetitoso?... se me hace agua la boca.

Las Heras se rió diciendo:

—No es para méenos: esa ave es exquisita, y el hambre...

—¡Esa ave! ¿Se está usted burlando? Una ave para tantos!

—¿Y por qué no puede ser ave? En la cordillera hai avestruces de gran tamaño, capaces de abastecer uno solo a mas de cien hombres.

—¿Luego es carne de avestruz la que vamos a comer?

—¡Qué chambon! para qué iría usted a decir! dijo a Las Heras el otro oficial; yo quería que el capitan se hubiera devanado los sesos adivinando... Pero allí viene el cabo Torres con nuestra racion: vaya, acomodémonos en algún lugar mas abrigado.... Corre un viento tan frío...

—Allí, al pié de esos peñascos está bueno, observó Las Heras.

—¡Magnífico! dijo Freire, hai un buen rincon; y hasta podemos pasar la noche ahí; ¿no ven ustedes como la inclinacion del peñasco nos va a guarecer del hielo tan bien como el mejor techo?

—Aquí está la carne para usted, mi capitán Escanilla, dijo acercándose el cabo Torres.

—¿Para mí? luego no traes las tres raciones...

—Sí, mi capitán, pero digo para usted porque usted fué quien las pidió. ¿No ve que el pedazo que traigo es bien grande?

Y el soldado levantó en alto un respetable trozo de carne ensartada en la hoja de su sable.

—A ver, dáme acá, y tráeme mi montura.

El soldado se alejó, dejando en manos del capitán Escanilla el sable transformado en asador.

—Vé también que me traigan la mía, gritó Freire.

—¿Luego es cosa decidida que aquí hemos de pasar la noche? preguntó Las Heras.

—Por cierto, ¿y en qué otra parte mejor? respondió Freire; no es posible que vayamos a la casucha a molestar a las señoras con nuestra presencia... Pero en fin, vamos tratando de meter el diente a ese tentador asado.

—Mucha prisa tiene usted por hacer conocimiento con la carne de avestruz, dijo Las Heras dándole con el codo a Escanilla.

—Así veo, respondió éste correspondiéndole a aquel con una seña idéntica; ni aun espera que tengamos con que trinchar.

—¡Cáspita! es mi estómago el que me apura, y no el paladar: la misma prisa tendría si fuera carne de vaca.

—¿Y si fuera de caballo? preguntó Las Heras.

—¡Dale con eso! parece que a usted no le digustaría que se le presentara la ocasion de ensayar sus dientes en el tordillo en que viaja.

—En ese o en cualquiera otro; habiendo necesidad, no me haria de rogar. Y espero que no pasará de mañana que no sea preciso adoptar ese partido. Entonces le preguntaré a usted si nos acompaña.

—Pues me hartaré esta noche para no verme tentado a imitarlos. Cabalmente detesto a los indios por esa asquerosa costumbre de devorar caballos.

A ese tiempo llegó el cabo Torres con la montura de Escanilla, y en pos de él otro soldado con la de Freire.

Entonces, miéntras Las Heras enviaba a uno de ellos a igual diligencia, los demas se ocuparon de tender en el suelo algunos pellones y hacer los aprestos necesarios para aquella estraordinaria cena.

La noche estaba bien entrada, cuando los tres oficiales sentados al rededor de una gran piedra que hacía las veces de mesa, se disponían a atacar con sus quijadas aquel humeante y oloroso asado que tanto apetito despertaba en el capitan Freire.

A diez pasos de allí habían hecho encender ellos mismos un regular fuego, cuya vacilante llama los alumbraba con sus instables resplandores.

El primer bocado de carne que se trinchó fué para el impaciente Freire, quien cesando absolutamente de hablar, solo se ocupó de masticarlo y saborearlo a su placer.

—¿Qué tal? preguntó Las Heras, llevándose a la boca otra tajada.

Freire se dió tiempo para contestar.

—Excelente, dijo cuando hubo tragado, le encuentro algo de parecido a la pechuga de pavo asado al horno.

—¿Y no parece que hasta aliñada está? preguntó Las Heras con una sonrisa que la escasez de luz ocultó perfectamente a Freire.

—Cabal, dijo éste: pero ¿qué parte del avestruz es esta?

El capitán Escanilla se mordía con fuerza el labio inferior como para contener la risa.

—Yo entiendo de avestruces, respondió Las Heras con toda seriedad, y apostaría mis pestañas a que estamos comiendo un trozo de ancas.

—¡Ancas! exclamó Freire sorprendido.

Escanilla no pudo ya reprimirse, y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! bribones! prosiguió Freire, me han hecho comer caballo.

—No tal, dijo Escanilla comprimiéndose el estómago para tomar aliento: es ave...

Y entre las convulsiones de otra carcajada concluyó de decir:

—Porque lo llaman pollino.

—¡Un burro! exclamaron Freire y Las Heras, el uno con la mas lamentable sorpresa, y el otro secundando a Escanilla en su festivo alborozo.

—¡Carne de burro! estamos bien! decia Freire mientras sus dos interlocutores se reían a mas y mejor.

—Pero ¿no es verdad que es mui buena? preguntó al fin Escanilla.

—¡Y que tiene gusto a pechuga de pavo! agregó Las Heras.

Freire no pudo menos de reirse.

—¡Diablos! lo que es el hambre! repuso moviendo reflexivamente la cabeza. Pues habría jurado que era carne de ave.

—Vaya, sigamos comiendo, pues; ahora no tendrá usted excusas que poner, le dijo Las Heras

—Eso nó; confieso que el bocado es agradable; pero en cuanto a comer mas...

—¡Por Dios! es ya un capricho.

—Es que tambien estoi satisfecho: alcancé a comer una buena racion.

Apenas acababa de hablar Freire, cuando se acercó un soldado diciéndole:

—Mi capitan, un caballero pregunta por usted.

—¿Un caballero? es alguno de los que han venido con nosotros?

—Nó, mi capitan; viene llegando con una señorita en este instante.

—¡Calle! y a estas horas! pero ¿dónde están?

—Se han quedado allí cerca de la fogata grande, esperándome.

—Házlos venir aquí, ¡qué diablos! los convidaremos con carne de burro, dijo Las Heras.

—Bien dicho. Ve por ellos... Han de ser algunos desgraciados fujitivos. Se habrán atrasado en el camino y no tendrán que comer. Preguntarán por mí, como preguntarían por otro cualquiera, a fin de obtener auxilio.

—No les digamos que ésta es carne de burro, dijo Escanilla.

—Según como sea la señorita, observó Freire: si es fea, que coma burro, y si no...

—¿Qué se muera de hambre? preguntó Las Heras. No sea usted zonzo: si es bonita, debemos darle burro sin decirle ni antes ni despues qué sabandija le damos; y si es fea, le haremos sufrir el chasco de usted, para ver los jestos que hace.

—Silencio, ya vienen, dijo Freire.

En efecto, vióse llegar hasta mui cerca del fuego que ardía a diez pasos de aquel lugar, a dos personas a caballo, cuyos rostros no fué posible percibir desde luego.

—Poca luz hai para ver como es la cara de la mujer, dijo Las Heras.

—Atiza el fuego, hombre, le gritó Freire a un soldado.

Entretanto, el jinete había echado pié a tierra con tanta ajilidad como si viniera de un paseo, y se acercaba a la dama para ayudarla a bajar.

Los tres oficiales no se movían de sus puestos; pero examinaban con toda atencion a los recién llegados.

Apeada la mujer se apoyó en el brazo que su compañero le ofreció con muestras de gran respeto y cortesanía.

Entonces sucedió que al dirigirse los dos hácia donde estaba Freire y sus compañeros, recibieron de lleno la luz en la cara.

Freire y Las Heras prorumpieron en un grito de admiracion.

—¡La hermana de Monterreal! dijeron ambos.

Y se pararon apresuradamente, para venir a su encuentro.

—¡Y Rodríguez! agregó Freire, cada vez mas sorprendido.

—Los mismos, respondió éste, que había oído aquellas exclamaciones y llegaba saludando con aire gozoso, como lo habría hecho en las circunstancias mas felices.

—¡Ustedes aquí! dijo Freire.

CAPÍTULO XXX.

Escaramuzas.

Los tres oficiales se apresuraron a ceder a los recién venidos sus propios lugares, escusándose de lo poco que podían ofrecer.

A Corina se la hizo sentar sobre las dos sillas de montar, juntas una sobre otra; Rodriguez se acomodó en la misma postura en que había sorprendido a los oficiales, es decir, en el suelo y con las piernas dobladas.

—Esto es sentarse a lo turco, dijo.

Pasados estos preliminares de cortesía, y sentados ya todos al rededor de la piedra que hacía los oficios de mesa, se dió prisa Las Heras a preguntar a Corina por Ricardo.

—Me separé de él, dijo, con bastante temor por la suerte de ustedes: y en cuanto la he conocido a usted me han asaltado terribles sospechas.

—¡Ay! respondió Corina con los ojos impregnados de lágrimas: nada, absolutamente nada puedo decir de la suerte de mi familia; pero sí tengo razones para conjeturar de una manera terrible.

Rodriguez contó entonces cuanto había pasado, y con la habilidad que solo él poseía para dar a sus pláticas el tinte que mejor cuadraba a su jenio, se espidió de tal modo, que logró no entristecer ni aún a la misma Corina, a quien tan lamentablemente afectaban los hechos narrados.

Verdad es que cuidó de mezclar a su relato conjeturas y reflexiones hábilmente calculadas para tranquilizar los ánimos.

De aquí resultó que sin esfuerzo alguno la conversación rodó sobre la circunstancias presentes.

Freire entretanto observaba en silencio la relaciones que mediaban entre Rodriguez y Corina.

—No esperaba encontrar al jeneral O'Higgins aquí, dijo Rodriguez, me habían dicho que nos traía una jornada de delantera.

—Bien puede ser, respondió Freire; pero hemos marchado mui despacio, porque nos ha sido preciso venir abriendo el camino, que estaba completamente cerrado por las nieves...

Corina interrumpió para decir:

—Pero veo que ustedes no han concluido su cena: han dejado enfriarse ese asado....

—Harémos traer mas, dijo Las Heras con un aire de seriedad que hizo sonreír a Escanilla. Supongo que ustedes no habrán cenado y que nos honrarán con su compañía.

—La honra sería para nosotros; pero no se molesten ustedes objetó Rodriguez.

—No es molestia ninguna, volvió a decir Las Heras; por el contrario, tendrémos el mayor gusto en que uste-

des nos hagan compañía. La carne abunda y está esquisita: apelo al testimonio del capitán Freire, que la ha comparado con la pechuga de pavo.

—¿Sí? dijo Corina; con que tan buena está?

Rodríguez sorprendió una mirada maliciosa de Escanilla, y se inclinó para examinar de cerca el asado que quedaba sobre la piedra.

—¿Es carne de vaca esa? preguntó.

Escanilla y Las Heras cambiaron una ojeada de inteligencia.

—Pregúntelo al capitán Freire, dijo el segundo; pues él, que tanto la ha elojado, podrá dar mejores informes.

—Sin embargo, apenas la he comido, observó él. Estos señores, sí que le han hecho bastante honor, y les cedo a ellos la palabra.

—¡Vamos! dijo Rodríguez: ¿tantos preámbulos hai que gastar? pues me pongo en guardia contra el dichoso asado. Yo tengo otra cosa que ofrecer a ustedes, de nombre mas franco y de irreprochable sabor.

Diciendo esto, se paró y fué en busca de sus caballos que estaban a poca distancia.

No bien se hubo llegado a ellos, cuando divisó a un oficial que se acercaba envuelto en su capote y recorriendo con investigadoras miradas los diversos grupos en que soldados y paisanos fraternizaban alegremente sentados al rededor de las fogatas.

El porte severo, el mesurado paso de aquel militar, llamaron la atención de Rodríguez.

—¡Por quién soi! murmuró, que ese no es otro que O'Higgins. ¡Vamos! ha llegado el momento: veremos

como se maneja Corina... En verdad que lo siento por ella; el lance es difícil... pero qué diablos!

Y concluyó por mover los hombros como quien está dispuesto a todo.

O'Higgins, pues efectivamente era él, se dirigió a un soldado y le preguntó en voz alta:

—¿Has visto al capitán Freire?

—Sí, mi general, allí está entre aquellas peñas, respondió el soldado.

Rodriguez vió a O'Higgins tomar la dirección indicada, y se dió prisa a volver al lado de Corina y los oficiales.

Llevaba en las manos una de las cajas con provisiones de que ya hemos hablado.

—¡Hola! le dijo Las Heras al verlo, parece que usted tuvo tiempo de tomar precauciones de sobra para su viaje.

—Todo ha sido obra de la casualidad, auxiliada con un poco de diligencia, respondió él sonriéndose alegremente, a pesar de que estaba violento, pues oía ya los pasos de O'Higgins a sus espaldas.

—¿Sabe usted lo que nos querían dar estos señores? le preguntó Corina.

—Nó: dijo él distraidamente.

—Pues ese asado que usted vé, continuó ella riéndose, es de carne de...

La frase espiró en sus labios antes de concluirse.

—Los oficiales se pararon con precipitación, y el mismo Rodriguez, que ya iba a sentarse, se enderezó cuanto largo era.

O'Higgins estaba delante de ellos tan admirado, que

sus labios no acertaron a producir desde luego ni el mas leve sonido.

Rodriguez se inclinó para saludar:

—Señor jeneral... dijo.

Mas, éste, como si no tuviera ojos ni oídos para nadie mas que para Corina, no vió, ni oyó el saludo.

—¡Corina! exclamó al fin con una entonacion tal, que nos encontramos impotentes para dar una idea de ella.

El solo nombre de la jóven pronunciado así, valía por mil frases.

La emocion de ella era incomparablemente menor, pues esperaba este encuentro de un momento a otro, aunque nada se habían dicho con Rodriguez acerca de ello.

Así pues, sin tener que esforzarse para hablar, dijo a O'Higgins.

—¿No es verdad que bien podía usted dudar de que soi yo la misma Corina que dejó en Rancagua?

—¡Dios mio! repuso él tendiéndole una mano. ¡Usted aquí!... ¡Usted aquí, Corina! pero ¿cómo?... ¿de qué manera? ¿con quién ha venido?

Y solo entonces apartó la vista de ella para fijarla en los demas circunstantes.

Rodriguez iba perdiendo ya la paciencia, y así, cuando las miradas del brigadier se detuvieron en él, permaneció ríjido como si hubiera sido de acero.

En vez de saludar él, como lo exijía la etiqueta, esperó que O'Higgins lo hiciera.

—¿El señor Rodriguez? dijo éste inclinando la cabeza y dando un paso para presentarle la mano.

—El mismo, señor, contestó él inclinándose entonces

de la cintura arriba y tocando la mano del brigadier. Yo soi, señor, el que ha tenido la felicidad de salvar a esta señorita de una horrible suerte.

O'Higgins abarcó de una sola ojeada a los dos jóvenes, como si una idea poco tranquilizadora hubiera cruzado por su mente.

Mui sobre sí, Rodriguez se hizo cargo de esa rápida mirada con secreta alegría: comprendió que su presencia comenzaba ya a mortificar a su rival, y esto lo tomaba como una indemnizacion de lo que él sufría con la idea de que Corina lo amaba no obstante su última resolución.

—Pero ¿cómo ha sido esto? preguntó O'Higgins con acento de la mas viva admiracion.

—Es mui natural, dijo cándidamente Rodriguez. Sabiendo que Corina y su familia habían sido dejados en un pueblo entregado al saqueo, yo que estaba a tres leguas, en vez de tomar tranquilamente el camino de Santiago, tomé el que la amistad me imponía: fuíme a Rancagua, y logré tan buen éxito, que ya ve el señor jeneral como no me faltan razones para estar satisfecho.

La reconvencion que encerraban estas palabras era tan clara, que O'Higgins no pudo ménos de ruborizarse a pesar de haber recobrado ya su presencia de ánimo.

Pero no provenía tanto aquel rubor de la falta que con bastante habilidad se le reprochaba, sino de las deducciones que le sujirió la propia jactancia de Rodriguez.

En efecto, aquello quería decir:

“Yo soi, y no tú, el verdadero amigo; yo, que léjos de

ella, volé a su socorro, yo que no temblé ante peligros superiores a los que tú habrías podido arrostrar..."

Y esta interpretacion, que justamente era la que formulaba la inteligencia de O'Higgins, le oprimió el corazon y le arrancó una dolorosa e involuntaria mirada en que envolvió por segunda vez a Corina y a Rodriguez.

Pero esa mirada, de una elocuencia mui superior a las palabras, caía sobre la jóven como un amargo reproche, y sobre Rodriguez como una manopla de hierro.

Y dulcificándose al mismo tiempo el rostro del brigadier con una espresion mal disimulada de ironía, le dijo:

—Es usted mui valiente... casi tan valiente como feliz. Lástima grande ha sido que el jeneral Carrera no se inspirara en el arrojio de su consejero y secretario íntimo; pues así, no habría sido usted sólo el que entraba a Rancagua, sino toda la tercera division.

O'Higgins sospechaba a Rodriguez al corriente de todos los secretos de Carrera, y por consiguiente, envuelto en las maquinaciones que se habían tramado contra él para dejarlo sucumbir en Rancagua.

Sus palabras eran, pues, una reconvencion tan ruda o quizá mas que la de aquel, y tambien mas delicadamente combinada.

Pero Rodriguez no era hombre de dejarse vencer en un terreno en que de la habilidad dependía la ventaja.

Estaban rotas las hostilidades, y le tocaba a él parar el golpe de su adversario, y pararlo amagando como corresponde a un ágil lidiador.

—¡Ai! dijo, si el jeneral Carrera hubiera podido conocer qué poderosos motivos los retuvieron a ustedes en Rancagua (y sus ojos hicieron un movimiento intencio-

nal aunque en apariencia extraviado hácia Corina), estoy cierto de que las cosas se habrían manejado de una manera mui distinta.

O'Higgins no pestañeó a pesar de que el dardo penetró agudamente en su corazón: era en realidad allí adonde lo dirigía la implacable mano del que lo disparaba.

De entre los testigos de aquel interesante combate de palabras, en que cada golpe sobrepujaba en fiereza al contestado, Freire era el único que se hallaba en aptitud de comprender, y medía con asombro el abismo a donde, a pasos de gigante, marchaban los contendores.

Para Corina, solo las primeras palabras de Rodriguez habían tenido una intencion envuelta.

Las Heras y Escanilla sospechaban algo que no podían explicarse sino de un modo mui vago.

El último golpe de Rodriguez hirió con tanta precision en el sitio buscado, que la sangre fría del brigadier se resintió de un modo fatal, no obstante su impassibilidad aparente.

—Pero la malevolencia, dijo, y la poca dignidad para juzgar a los hombres, impulsan a atribuir a sus acciones los móviles mas vituperables: ni me admira ni me irrita el que se me juzgue mal por los que no están a la altura de la nobleza con que procedo: desprecio esos juicios.

Rodriguez se sonrió impercetiblemente. A ser el dueño a espada, las palabras de su adversario habrían sido la mancha de sangre que brotara de su herida.

—¡La malevolencia! exclamó con un tono lastimoso admirablemente finjido, ¡oh, señor! ella es la madre de la maledicencia y busca con un teson admirable el alimento para su hija, y es tan hábil, que si encuentra una

miga, la convierte en un pan, y un pan en un ciento, realizando así el milagro justamente célebre del desierto. Dios lo preserve a Usía de suministrarle una miga a la malevolencia, porque mientras con mas desprecio mire a los que supone Usía que la prohijan, mas la provoca, y mientras mas arriba se suba para mirarlos, mas pedestal les deja que minar... ¡Oh! Dios mio! si alguien pudiera esponer una prueba de que los desastres de Rancagua no han provenido de los motivos plausibles que solo guían la conducta noble y elevada de Usía, si el mas leve indicio viniera en socorro de los enemigos de Usía, aún en estas alturas de los Andes en que está Usía colocado, sería vulnerable: los malévolos, como los llamaría Usía, encontrarían la fuerza necesaria para arrojar tan alta la tinta, que vendría a caer sobre la noble cabeza de Su Señoría, y lo que es peor, siempre sobraría tinta para echar un negro borron en la página mas brillante que las heroicidades de Usía han de llenar en la historia.

Y las miradas de Rodriguez, estraviándose incesantemente hácia Corina, decían mas claro que sus palabras: "Atreveis a sostener que fué otra la causa del desastre de Rancagua."

Él obedecía en esto ciegamente a los impulsos de su corazon. Al mismo tiempo que hería al contendor, trataba de atemorizar al rival con las fatales consecuencias que su amor a Corina le prometía.

Quizás su proceder era poco jeneroso, pero se batía contra un adversario superior en poder y felizmente colocado en el corazon cuya posesion disputaba.

—Mil gracias, respondió O'Higgins; esos consejos son dados con tanto interés, que en verdad, los estimo mu-

cho: a venir de otro que no fuera mi amigo, creería que tenía miedo de mí, y no por mí, como su solicitud lo manifiesta.

Y volviéndose bruscamente a Corina, le dijo:

—Pero la familia de usted... ¿qué ha sido de ella?

Freire respiró, como el navegante cuando ve alejarse la tormenta.

Entretanto Corina respondía diciendo como ignoraba absolutamente la suerte de sus padres y de su hermano.

Por su parte, Rodriguez, sin perder un instante su sangre fría, se limitaba a observar a O'Higgins y a la joven, pronto a intervenir cuando fuera necesario.

Veía, además, con secreto gozo, que los ojos de ésta permanecían sin espresion alguna ante las ávidas miradas de aquel.

Corina era fiel a su juramento.

El mismo O'Higgins, acostumbrado a leer en sus ojos las puras y delicadas emociones que la presencia de él arrancaba a su alma, se sentía herido por aquella frialdad.

Y era que Corina sacrificaba el amante al amigo; su amor, a la gratitud; los impulsos de su corazón, a la palabra empeñada.

El martirio de ella era incomparablemente superior al de él.

Así, de esta manera, con tan diversas sensaciones para cada uno de los tres principales personajes de aquella escena, transcurrió un cuarto de hora en que Corina satisfizo las varias cuestiones que O'Higgins la hizo acerca de sus desgracias.

Por fin, el jeneral, tratando de poner término a su embarazosa situacion, y adoptando una idea cuya realizacion debía mortificar inmensamente a Rodriguez, dijo a la jóven:

—En estos fríos parajes, no hai mas albergue para pasar la noche que una pequeña habitacion a treinta pasos de aquí. Mi madre y mi hermana están allá y tendrán un verdadero placer en compartir con usted su alojamiento. A la hora que usted guste...

O'Higgins vió que Corina ántes de contestar miró a Rodriguez como para tomar su parecer, y entónces se dió prisa a agregar con forzada sonrisa:

—Su compañero tendrá tambien un lugar allá mismo. He hecho dividir en dos partes la pequeña pieza de que le hablo, colocando por medio un verdadero biombo de pieles: me proponía invitar a estos señores (e indicó a Freire, Las Heras y Escanilla), y justamente he venido aquí con ese objeto.

Rodriguez se inclinó dando las gracias con los demas oficiales.

—Nos iremos ya, repuso O'Higgins adelantándose a ofrecer el brazo a Corina.

—Un momento, señor, le dijo Rodriguez; si Usía nos permite... tratábamos de cenar cuando la presencia...

—¡Ah! exclamó O'Higgins cortado de pronto en su ademán.

—Entonces tendremos el gusto, dijo Corina impremeditadamente, de ofrecer a usted y a su familia una parte de nuestras modestas provisiones, pues hemos sabido que no tenían ustedes que cenar.

Rodriguez le dirigió una mirada elocuentísima de despecho.

Solo entonces conoció ella la contrariedad que hacía sufrir a su amigo; pero ya era tarde.

Comprendiendo Rodriguez que no era posible hacer ya objecion alguna, sino que, por el contrario, la urbanidad le prescribía otra cosa, agregó al instante:

—Es una excelente idea; y me atrevo a unir mis ruegos a los de Corina para decidirlo a Usía a aceptar.

Solo le quedaba la esperanza de que O'Higgins rehusara al verlo tomar parte en la oferta.

Mas éste, con aquel rasgo de adivinacion propio de los enamorados, penetró la intencion de su rival, y venciendo todo escrúpulo, aceptó dando las gracias a Corina y haciéndola una lijera inclinacion de cabeza a Rodriguez.

La jóven, por su parte, se arrepentía en sus adentros de su lijereza; aquella mirada de Rodriguez había iluminado su intelijencia, revelándole toda la importancia del triunfo que sus palabras habían concedido a O'Higgins.

Y así, cuando al apoyarse en el brazo que éste la ofrecía, sintió levantarse en su alma la misteriosa e íntima satisfaccion que produce el mas débil contacto de la persona amada, tuvo un vago remordimiento, una idea indefinida pero mortificante de haberse apartado del camino a que la obligaba su promesa jurada.

Sus ojos buscaron nuevamente los de Rodriguez, a tiempo de ponerse en marcha, y a la luz de la fogata próxima, cuya llama, avivada incensantemente por el viento, arrojaba de frente sobre el jóven sus titilantes

resplandores, leyó en su rostro la mas dolorosa desesperacion.

En el mismo instante lo vió tambien hacer un poderoso esfuerzo sobre sí mismo para dirigir la palabra a Freire con voz tranquila, pero en la cual ella sola pudo notar una debilísima inflexion que traicionaba su amargura.

Oyó, pues, que le decía al capitan:

—¿Quiere usted hacer que álguien se encargue de mis caballos y que nos lleven las monturas a donde hemos de pasar la noche?

—Al momento, respondió Freire.

—Pues entonces voi a tomar solamente una frazada que viene suelta sobre la silla de Corina, agregó Rodriguez encaminándose hácia los caballos.

Corina había andado ya algunos pasos; mas no había perdido una palabra ni un movimiento de su amigo.

Al verlo apartarse de los oficiales, un raptó invencible de jenerosidad la impelió a decirle una palabra de consuelo.

Desprendió de improviso su brazo del de O'Higgins, diciendo:

—Voi a tomar mi pañuelo.

Y se acercó a su caballo, precisamente cuando Rodriguez estaba junto a él.

—He jurado, le dijo en voz baja apretándole una mano, y no olvidaré un instante el compromiso contraído.

Y sin aguardar respuesta alguna, volvió al lado del jeneral, quien observaba silenciosamente, sospechando el ardid de la jóven.

CAPÍTULO XXXI.

Los dos rivales.

Pusiéronse todos en marcha.

El aire helado y enrarecido de aquellas elevadísimas montañas azotaba penetrantemente el rostro de los seis paseantes nocturnos.

O'Higgins y Corina llevaban algunos pasos de delantera a Rodríguez y los tres oficiales.

Cerraba la marcha un soldado a quien Freire le ordenó traer los caballos.

El indefinible rumor del deshielo y las pisadas de ellos mismos eran los únicos ruidos que turbaban el silencio de las abruptas sinuosidades que circundaban el paraje.

Aquel silencio imponía, pesaba sobre la cabeza como una mano de plomo.

En los primeros momentos, O'Higgins, que con tanto gozo había acogido su propia idea de invitar a Corina, que no habría omitido sacrificio posible por hablarla a solas, él, que se aprontaba para decirle mil cosas sobre su amor y sus inquietudes, se encontró mudo, sin ideas que espresar, sin espresiones que decir.

¿Era la grandiosidad de aquella agreste naturaleza la que se apoderaba de su alma y la imponía el mismo silencio que a todo?

¿Era la emoción gratisima, pero avasalladora, que la presencia de Corina, a quien habia llorado perdida, le causaba?

¿O eran los celos, el despecho, el dolor de sospecharse pospuesto en el corazón de la jóven?

Sea como se quiera, O'Higgins solo habló al cabo de largos instantes, y sus primeras palabras fueron únicamente las que brotaban de su corazón, las que su inquietud le dictaba.

—Corina, le dijo en voz baja y apasionada, ¿me ama usted aún?

Ese *aún* encerraba un poema.

Abrazaba cuanto habia pasado desde la última entrevista en Rancagua hasta el momento de proferirlo; desde la culpa que él se avocaba en las desgracias de la jóven hasta la felicidad que otro habia tenido de salvarla; en fin, desde la arrogancia de Rodriguez hasta las complacencias de ella para con éste.

Corina no respondió.

A tan franca pregunta solo habia que decir: un *sí* o un *nó*.

El silencio no era uno ni otro; pero estaba inmensamente distante de significar *sí*.

La jóven no encontró en sus propias fuerzas la entereza necesaria para responder.

Decir que *nó*, era mentir.

Decir que *sí*, ¿sería faltar a su juramento?

Ella se hizo esta pregunta; ya se vé, habría dado su vida por contestar afirmativamente.

O'Higgins aguardaba la respuesta con toda su alma; no habría repetido la pregunta jamás, aunque Corina no hubiera hablado en todo el camino.

Mas, al fin, tomó ella su resolucion: prefirió decirlo todo.

—He jurado, dijo brevemente, como si sus palabras le abrasaran la boca, no ser de otro que del que salve a mi familia.

O'Higgins no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Mil encontradas emociones se ajitaron en su corazon: comprendió al instante el sacrificio de la jóven someténdose a una condicion impuesta de un modo violento, contra sus mas dulces aspiraciones.

—¡Pero usted me ama! dijo, pretendiendo arrancar de los labios de su amada lo que leía en el fondo de su alma.

—Comprenderá usted, observó ella con profundo dolor, que habiendo jurado eso, no debo amar sino al que...

—No debe usted amar, le interrumpió O'Higgins; pero ama. El amor no reconoce leyes. ¿No es verdad que a pesar de su juramento, usted me ama como ántes?

Corina se vió pillada; pero reflexionó que alentando las esperanzas de O'Higgins, hacía traicion a las que había hecho concebir a Rodriguez.

El cáliz era amargo; pero era preciso beberlo.

Ocurriósele ademas que había hecho mal en revelar sus compromisos.

¿Pretendía acaso decidir a O'Higgins a obrar en favor de su familia?

¿Y si éste adoptaba el partido de enviar a alguien en auxilio de aquella, con el fin de contraponerse a Rodriguez, ¿no había deslealtad, perfidia en dejar que este joven fuera a desafiar terribles peligros, por alcanzar una felicidad que ella misma contribuía a hacer quimérica?

Cierto: era pérfido su proceder, concluía por decirse: mucho mas cuando su juramento, habiendo acarreado el que Rodriguez le había hecho de dejarse matar antes que volver sin lo que se le exigía, se había convertido en un pacto que no admitía infidelidades.

Todo esto pasó por la mente de Corina en mui pocos instantes.

Ya llegaban al fin de su camino, cuando se decidió a hablar, a obedecer solo a su conciencia, a su lealtad.

—Rodriguez me ha salvado la vida; mas que la vida, mi honor, dijo con heróica firmeza. Le he jurado ser suya; pero antes de jurarle, examiné atentamente mi corazon.

Y como si temiera que algun suspiro delatara su íntimo dolor, se comprimió fuertemente el pecho con la mano que no apoyaba en el brazo de O'Higgins.

Un hierro candente que hubiera desgarrado las entrañas de éste le habría causado, en lo moral, una conmocion menos dolorosa.

Detúvose de improviso, como se detiene el leon en su carrera bajo la impresion de la bala que lo hiere.

Pero fué solo un instante, aquel instante preciso en que toda su sangre debió detenerse en sus venas.

El héroe reprimió al punto su emocion. •

Hallábanse también delante de la puerta de la casucha.

O'Higgins y Corina entraron sin que una palabra más saliera de sus labios.

Tras ellos entraron también los que los seguían: Rodríguez, que se pellizcaba los labios de impaciencia escuchando el rumor de lo que aquellos habían hablado, y los tres oficiales.

Mas, no habían trascurrido cinco minutos, cuando el jeneral volvió a salir.

Era que se sentía débil para ocultar su inmenso dolor. Su poderosa fuerza de ánimo era impotente contra las impresiones de su profunda desgracia.

Buscaba la soledad, el aire, el espacio, porque los músculos de su rostro necesitaban contraerse, porque su corazón se ahogaba en su propia sangre agolpada en él.

Toda la vitalidad de aquel noble cuerpo se hallaba en esos momentos circunscrita al corazón y al cerebro; si la hoja de un cuchillo hubiera abierto sus carnes en cualquiera otra parte, no habría sentido él la mas mínima impresión y la herida habría permanecido enjuta.

¡Hombre desgraciado! la fatalidad se había encarnizado contra él desde el terrible sitio de Rancagua! su patria perdida, su honor mancillado por sus enemigos!

Una sola ilusión le restaba para mitigar sus dolores: y era, empleando la metáfora de un brillante poeta, la última hoja del árbol de su corazón; la misma que se llevaba ahora el viento de su implacable destino!

A no ser de noche, habría espantado lo lívido de su semblante y lo convulso de sus miembros.

El jeneral se paseaba a grandes pasos, a lo largo de

las paredes de aquella habitacion en que dejaba a un rival feliz la dicha que él perdía.

En los cortos momentos que había permanecido en el interior, solo había tenido la serenidad precisa para hacer la presentacion de Corina y de Rodriguez a su familia.

Era esa tambien la última heroicidad que se había atrevido a demandar a su corazon.

Pero ni el mas lijero temblor de su voz lo había traicionado.

Ni Freire que se empeñaba en adivinar los resultados de aquella corta conversacion con Corina, sabedor como era de las relaciones que mediaban entre ambos; ni la misma Corina, pudo sorprender la mas leve alteracion que demostrara la intensidad de su dolor.

Eso sí que ni aquél ni ésta dejaron de preocuparse de su salida del cuarto.

Entre los aciagos pensamientos que ajitaban el alma del brigadier durante sus paseos al aire libre, debió fijarse alguno en su mente con la tenacidad de una resolucion, porque se interrumpió de súbito; se arregló la capa descompuesta por sus nerviosos arranques; se puso la gorra, que había tenido en la mano como para dejar que el hielo de la noche penetrara sus sienes, y atuzándose el bigote, volvió a presentarse con rostro impassible en el dintel de la puerta.

Su aparicion atrajo las miradas de todos los circunstantes, y entonces, ensayando él una sonrisa de las mas naturales, llamó a Rodriguez con una seña.

Levantóse éste al momento, y salvó el corto espacio que lo separaba de la puerta.

O'Higgins se hizo afuera, y le dijo lacónicamente y en voz baja:

—Vamos.

Por estraña que fuera esta invitacion, Rodriguez no hizo objecion alguna: se limitó a seguir al jeneral, quien, pareciendo no cuidarse mas de él, tomó apresuradamente el mismo sendero que ántes habían seguido para venir hasta allí.

Pronto llegaron a la estrecha planicie donde los soldados se habían reunido para hacer sus fuegos; todos aquellos hombres dormían ahora agrupados al pié de las rocas, salvo el que hacía el turno de centinela, quien entretenía su tiempo cuidando de que las fogatas no se estinguieran.

Aquel soldado sintió los pasos de O'Higgins y Rodriguez, y abandonó su tarea para salirles al encuentro.

Mas, al reconocer a su jeneral a favor de la lumbre que él mismo atizaba, se hizo atrás, presentando su sable que era la única arma con que montaba la guardia.

O'Higgins pasó por delante de él sin mirarlo.

Por su parte, Rodriguez con su sombrero de pita calado hasta los ojos, y envuelto en su manta de modo que le cubriera desde las narices abajo para resguardarse de la crueldad del aire, seguía al brigadier, esforzándose en imitar la velocidad de su marcha.

Preocupábalo la idea de cuáles podrían ser las intenciones de aquél, y con su viva y maliciosa mirada parecía interrogar a todo lo que le rodeaba.

Sus ojos vagaban incesantemente a uno y otro lado; como que procuraban divisar el término de aquella caminata, y por último venían a detenerse en la figura del

jeneral, cuya capa flotaba desenvuelta al viento y cuya espada hacía un formidable ruido en las anillas.

Pronto dejaron atrás el campo en que pernoctaban los soldados y demás viajeros: el camino se hizo estrecho y escarpado, y la marcha fatigosa.

La atmósfera delgada de aquel paraje no permitía una ajitación como aquella, sin que los pulmones se encontraran ávidos de aire.

Rodriguez estaba tentado ya por preguntar el objeto de aquel extraño paseo, cuando el jeneral se detuvo de repente.

—¡No tiene usted una espada! exclamó con tono de extrañeza, como si hubiera estado persuadido de lo contrario hasta ese momento, y se admirara entonces de su engaño.

—Nó, señor; no soi militar, dijo Rodriguez con la mas notable sangre fría.

Y al cabo de una pequeña pausa, agregó como si adivinara el pensamiento de O'Higgins:

—Pero sé manejarla, señor.

O'Higgins lo midió con una arrogante mirada desde los piés hasta la cabeza.

—Ya lo sabía, contestó; para ponerse usted al servicio de un ambicioso revolucionario que solo a mano armada podía escalar el poder, necesitaba usted abandonar su carrera de abogado, olvidarse de las leyes, pisotearlas, y empuñar un acero que deste antes de blandirlo estaba ya deshonrado por el objeto a que se le destinaba!

La voz del jeneral, calmada al principio se fué alterando gradualmente y elevándose de tono, hasta terminar en el que estaba a la altura de su furor.

Rodriguez no se intimidó; pues no cabía el miedo en su pecho; pero se maravilló estremadamente de tan brusco ataque.

Causóle aquello el efecto de un dique que se derrumbaba por la fuerza de la misma agua cuyo curso detenía.

En medio de su sorpresa, dejó caer la punta de la manta con que se cubría el rostro, y fijó su vista en O'Higgins de un modo particular que denotaba cierta estraña curiosidad.

—Bien se conoce, añadió éste en el colmo de su rabia, a qué indignos cálculos obedecía para elegir a sus satélites el que es causa de que nos encontremos aquí. ¡Bien se conoce, caballero Rodriguez! ¡No tiene usted una espada! Sí, es natural; entregado usted a urdir desde terreno seguro las tramas inícuas que su jefe... ¡oh! es mui gracioso! hai hombres que saben manejar la espada; pero saben mejor prever los casos en que no deben llevarla... Es usted un astuto paladin, señor Rodriguez; le doi a usted la enhorabuena!...

Y volviéndole la espalda, pateó el suelo con furor, murmurando palabras ahogadas en que Rodriguez percibía:

—¡Maldicion! oh! miserable de mí! ¡insensato! ¡No tiene una espada! cobarde!

Aquel terrible acceso duró algunos instantes, sin que Rodriguez se decidiera a interrumpirlo, dominado como debía hallarse por mil emociones distintas.

O'Higgins terminó por sentarse con la cabeza entre las manos, en una roca tapizada de nieve, a la orilla del sendero.

Contemplólo Rodriguez siempre mudo, con una expresion de tristeza o de lástima, pero no de encono.

Las ofensas que había recibido, si bien pudieron alterarlo por un instante, las apreció en seguida como el efecto de los mas encarnizados celos y de la mas honda desesperacion.

En vez de sentir el impulso de castigar a su ofensor, tuvo compasion de él.

Mas no hallaba qué partido tomar: exigir una reparacion, le parecía inhumano; tratar amistosamente a un hombre que acababa de ínultarlo, era humillante.

O'Higgins exhaló a ese tiempo un suspiro que parecía sollozo, y levantó la cabeza.

—¿Aún está usted ahí? dijo alzando la voz coléricamente.

—¡Oh! señor! dijo entonces Rodriguez, decidiéndose a hablar, ¿querría usted que me hubiera ido así, despues de las hermosas frases que he oído?

—¿Y qué espera usted, señor mio? preguntó aquel con altivez levantándose de la roca en que se había sentado.

—Que nos espliquemos con la serenidad que corresponde a hombres valientes.

—¡Hola! ¿Es una leccion de valentía la que usted pretende darme? Pues bien, vaya usted a traer una espada que medir con la mía. Estoy ansioso de marcar en la cima de estas cordilleras el límite de mi patria con la sangre de alguno que haya contribuido a su pérdida!

Rodriguez se acercó gravemente al jeneral.

—Señor, le dijo con noble acento; me provoca usted y me violenta a la vez! ¿Qué pretende usted? ¿Cuáles son las ofensas que le he hecho, que lo inducen a obrar así?

Me ha hablado usted de mis servicios al lado de un caudillo a quien consideraba usted su enemigo. ¿Querría usted acaso vengar en mí los males que él le haya causado? ¿De dónde acá ese furor en contra mía tan solo? Bien puede usted odiarme, porque talvez se forje razones que le hagan odioso cuanto ha militado bajo las banderas de su rival político. Pero así, por ese odio tan solo, provoca usted a un hombre que ni ha tenido ni tiene la mira de ofenderlo? ¡Oh! señor, eso no hace honor ni a su esclarecida bizarría, ni a su afamada prudencia. Sea usted franco, señor; porque yo en verdad sospecho que otros móviles que aquellos lo arrastran a obrar así. Es usted uno los primeros valientes de mi patria: tenga, pues, el valor de la franqueza. ¡Qué! ¿sería usted capaz de denostarme como lo ha hecho, sin atreverse a darme una razon plausible de su conducta?

Rodriguez hizo una corta pausa, durante la cual, el brigadier, que había escuchado hasta ahí con admirable quietud, se volvió a sentar con ademan distraído.

Fué esta una señal evidente para Rodriguez de que sus palabras, en vez de irritar a su contendor, lo habían hecho reflexionar.

—Me pide usted una espada, continuó; ¿y ha reflexionado las consecuencias de su demanda? La suerte de un duelo es varia y caprichosa. Tiene usted delante un hombre que, sin jactancia, no retrocede ante un lance de honor, por mas formidable que sea su adversario. Una de dos, o me mata usted o yo lo mato. Supongamos lo primero, y helo ahí frente a frente de su remordimiento, porque usted me ha provocado injustamente, y de su deshonra, porque habrá derramado la sangre de un hués-

ped de usted mismo: no olvide usted que no soi otra cosa desde el momento que me ofreció y me llevó a compartir conmigo el hogar de que había tomado posesion para su familia. ¿Y si yo lo mato a usted? si lo mato así, sin testigos, ¿qué se dirá de mí? ¿No piensa usted en que todos sus amigos me tomarían por un asesino enviado por el mismo jeneral en jefe, a quien ustedes reputan un encarnizado enemigo? ¿Y qué harían de mí sus soldados? sería cosa de escapar de las manos de usted para ser colgado o fusilado en este mismo sitio. Mas me valdría en ese caso dejarme matar por usted, pues moriría con honra, y no vilipendiado ante todos los chilenos, ante los arjentinos y ante la posteridad, porque el glorioso nombre de usted, llevaría tras de sí el mío, como la fama del templo de Diana en Efeso nos ha traído el de Erostrato, su incendiario; y con la horrible diferencia de que éste viene siquiera adornado con una noble ambicion, la del renombre, mientras que el mío llevaría el oprobio y el baldon. Sí, ilustre jeneral, es imposible un duelo entre nosotros; duelo de esta naturaleza y en las presentes circunstancias. Pero no crea usted que mis reflexiones son dictadas por la cobardía: nó, señor; ni rehusó, ni acepto su reto; me guardo para mas adelante, y tenga entendido que en cualquiera otra ocasion distinta me tendrá pronto, siempre que usted lo esté para decirme la causa de sus provocaciones. ¡Qué diantres! no se bate uno con un hombre como usted sin saber el motivo, y esponiéndose a ignorarlo por todo una eternidad.

Y Rodriguez, que había ido dando a cada una de sus frases el acento grave o lijero que por su sentido le correspondía, concluyó por adoptar el que era mas peculiar

de su carácter, un son casi festivo, como lo requería la intencion semi-chistosa de sus últimas palabras.

O'Higgins no se movía; su semblante débilmente iluminado por los pálidos reflejos de la nieve, permanecía dolorosamente contraído.

Sin embargo, ni su espresion ni su actitud eran ya las de la cólera; conocíase que habiendo llegado ésta a su paroxismo, había hecho crisis en fuerza de su misma intensidad.

Rodriguez se hizo cargo de eso.

—¡Por vida mía! pensó; hé aquí un hombre que no ha mucho habría querido estrangularme con sus propias manos, a ser yo ménos prudente; y que ahora no puede ménos de arrepentirse de su violencia... ¡Oh, *furor furoris, rabies rabiei!*... y dice que he olvidado mis estudios, cuando puedo formarle el jenitivo de sus exaperaciones, y aun podría recitarle en sus barbas las pandectas de Justiniano.

Aquí iba Rodriguez en sus alegres meditaciones, cuando O'Higgins le dijo de pronto:

—Caballero Rodriguez.

—Señor, respondió al instante.

Siguióse una pasa en que el jeneral pareció recojerse dentro de sí mismo, para elejir sus palabras.

Rodriguez se dijo entretanto:

—Eh! ya parece decidido a entenderse razonablemente conmigo: si confesará la verdad...; pero nó, es demasiado orgulloso para concederme el honor de ser su rival.

—La ignorancia que usted demuestra, dijo O'Higgins con una sencillez que parecía escojida, acerca de la causa de mis enojos...

—¡Por Dios! pensó Rodríguez: si estos no son mas que enojos, el diablo me lleve ántes de verlo enfurecido.

—Esa absoluta inocencia, o es admirablemente finjida o yo no sé juzgar a los hombres. Quiero creer en ella, aun cuando sufra un engaño; quiero considerar a usted enteramente estraño a las maquinaciones criminales que se han tramado contra mi vida. .

—Contra la vida de Usía! exclamó Rodríguez, dejándose llevar de su sorpresa.

—Sí, señor, contra mi vida: todo lo sé, pero ya he dicho, estoi decidido a no formar juicio alguno de usted hasta que mejores datos me pongan en actitud de estimar su inocencia o su culpabilidad. Por ahora, acepto sus excusas...

Rodríguez pensó en que él no había dado ningunas.

—Este es un ardid, se dijo; eso de maquinaciones contra su vida no es mas que una añagaza con que pretende estraviar mis juicios.

Y agregó en voz alta:

—¿Querría Su Señoría ser mas esplicito en sus revelaciones?

—¿Con qué objeto? Nó, aún no es tiempo, ya que se confiesa usted ignorante de todo.

—No hai remedio, pensó Rodríguez: es lo que yo decía.

—Solo diré a usted, continuó el jeneral, que reuniendo yo no ha mucho los antecedentes que tengo de usted, a los datos que he adquirido hasta aquí sobre el tenebroso plan de mis enemigos, y a la doble intencion que creí encontrar en las palabras de usted, recien nos vimos hace poco, me exasperó la idea de servir de juguete a los cálculos

astutos que llegué a sospechar en usted. Y hé aquí la esplicacion de mi conducta.

Rodriguez se dijo sonriéndose en sus adentros:

—Mui enredado está eso; mas es embrollo, a fé mía, que esplicacion.

—Quizá me he dejado llevar mui lejos por mis impresiones, siguió el brigadier; pero tenga usted presente que mi corazon está rebosando hiel desde el día en que la deslealtad y la traicion han cruzado los planes mas brillantes de mi patriotismo. Una gota más colma la medida: una chispa que cae en un barril de pólvora no enciende solamente los granos que toca; hace estallar el todo... Solo me resta ahora decir a usted que si he vertido palabras que no suenen bien a sus oídos...

Aquí pareció reflexionar, como si le costara trabajo pasar adelante.

—Pues bien, dijo al fin, tómelas usted como quiera, y demándeme reparacion cuando lo crea conveniente. No me gusta retirar mis palabras una vez pronunciadas.

Esto último indicó a Rodriguez la medida del sacrificio que le costaba a O'Higgins ocultar su encono. Había podido reprimirse, por amor propio, por orgullo; pero no quería apretar amistosamente la mano de su rival; dejaba suspendida entre ellos una ofensa, como se levanta una elevada muralla para librarse de un vecino incómodo.

—Por ahora, siguió diciendo el mismo O'Higgins, no es usted mi huésped, como parece creerlo; aquella habitacion en que debemos pasar la noche, no es mía, sino de cuantos quepan en ella. Por consiguiente, no nos liga ninguna obligacion recíproca; es usted libre de dormir

en ella o de marcharse, como mas le acomode, sin que lo uno ni lo otro signifique absolutamente nada para mí.

—Está mui bien, señor, dijo Rodriguez, inclinándose afectadamente. Nada quiero objetar a Su Señoría sobre las contradicciones que he podido recojer en sus palabras, ora favorables, ora adversas, conforme a las pasiones que deben ajitar su espíritu. Me fijo tan solo en que Usía deja subsistentes sus ofensas, y contesto repitiendo mis propias palabras: "Me guardo para mas adelante."

Y haciendo Rodriguez un cumplido saludo, se apartó a un lado del camino, para dejar el paso franco al brigadier.

Ambos marcharon en seguida, guardando el mismo orden en que habían venido; pero sin dar a sus pasos la misma celeridad.

Como a la mitad del camino, se detuvo O'Higgins, para decir:

—Supongo, señor Rodriguez, que usted no gusta de hacer públicos sus asuntos.

—Cuenta Su Señoría con mi discreción.

—Pues en tal caso, serémos para los que están allá, (e indicó el lado en que se hallaba la casucha) lo que éramos antes de salir.

—Que me place, respondió lacónicamente Rodriguez.

Y volvieron a seguir ambos su silenciosa marcha.

En la planicie en que dormían los soldados, encontraron a Freire y Las Heras, que alarmados por la prolongada ausencia de uno y otro, se informaban, preguntando al centinela, del sendero que habrían seguido.

Reuniéronse los cuatro sin que una sola palabra se pronunciara acerca de la escena que había tenido lugar.

CAPÍTULO XXXII.

Un pintor de muestras.

La cárcel de Santiago se encontraba atestada de reos políticos en los primeros días de Noviembre.

La benignidad del gobierno de Ossorio, tan preconizada por sus parciales y aun por él mismo, no se extendía a los que cargaban con la mas leve sospecha de haber pertenecido al bando de los patriotas o servido aún indirectamente sus intereses.

Háse dicho acerca de esto que el jefe realista se veía compelido por órdenes superiores, a la intolerancia en materia de delitos políticos; y lejos de poner en duda tales aseveraciones, nosotros, atentos investigadores de su carácter, añadiremos que sin las terminantes instrucciones del virei del Perú, sin las tendencias sanguinarias de muchos palaciegos, consejeros ambiciosos de venganza, y sin la carencia notable de enerjía que descollaba en Ossorio, la última dominacion española no habría dejado una décima parte de los rastros sangrientos que manchan su historia.

Sucedió, pues, que a virtud de pérfidas insinuaciones, y cuando un encomiable rasgo del presidente Ossorio había llevado la confianza y la tranquilidad a los hogares de muchos vecinos que no tenían mas delito que su inofensiva opinion favorable al bando caído, una cruel resolucion cambió de improviso el aspecto de las cosas.

El hecho es que, dictadas varias disposiciones en que se aseguraba la induljencia y la jenerosidad para los que, deponiendo sus ideas hostiles a la nueva administracion, se decidiesen a llevar una vida pacífica al lado de sus familias, y que despues de obtener con tales promesas que se restituyeran a sus casas un gran número de personas respetables a quienes el temor había alejado de Santiago y hécholos asilarse en los campos vecinos; al poco tiempo de esto, decimos, en la noche del 7 de Noviembre, numerosas partidas del rejimiento de talaveras arrebataron de sus hogares a muchos vecinos caracterizados, jefes de las mas notables familias.

Quien hubiera entrado, pues, a la cárcel, como nosotros lo hacemos invitando al lector a seguirnos, en la tarde del día 10 del mes precitado, habría reconocido entre la multitud de detenidos que vagaban por sus patios y departamentos, personajes ilustres por sus luces, su fortuna o su posicion.

El ex-director supremo don Francisco de la Lastra, los presidentes del primer Congreso, don Martin Calvo Encalada y don Juan Antonio Oyalle, los vocales de la primera junta gubernativa, don Ignacio de la Carrera y don Juan Enrique Rosales, don Manuel Salas, don Juan Egaña, y otros muchos tan ilustres como éstos, se en-

contraban confundidos con los criminales y sujetos a los tratamientos mas ignominiosos.

La mas refinada crueldad habian desplegado, al hacer estas prisiones, los toscos y desalmados talaveras, quienes encontrando un abominable placer en humillar a sus víctimas, no escusaron atropellos, injurias ni vejámenes dolorosos a ellas, ni a sus esposas e hijas.

Muchas de éstas se vieron tambien obligadas a seguir la desgraciada suerte de sus padres o maridos, cuando el exceso de su cariño y desesperacion las impulsó a impremeditados rasgos de resistencia.

Apartándonos de las dolorosas consideraciones que surjen en nuestra alma con tan penosos recuerdos, circunscribámonos a lo que se relaciona íntimamente con los personajes de nuestra historia.

A la hora en que nos hacemos acompañar del lector al interior de la cárcel, las seis de la tarde, no es difícil distinguir la singular figura de un hombre que se pasea cavilosamente por un costado del patio principal.

Es un individuo de regular estatura, mas bien alta que baja, de edad indefinible, que solo a fuerza de atencion podría calcularse en unos treinta años; y es que el rostro de nuestro hombre, se encuentra encubierto en su mayor parte de una manera bastante notable y algo extraña.

En primer lugar, lleva un par de anteojos de cristal verde oscuro, con cortinillas de tafetan del mismo color, que le cubre toda la concavidad de los ojos y una parte de las sienas.

En seguida, se le ven varios parches negros de diversos tamaños, distribuidos irregularmente en sus faccio-

nes: el uno casi tan grande como una *peseta del rei*, le cubre el lagrimal derecho, saliendo de debajo de los anteojos; otro, la parte izquierda de la barba; otros dos mas pequeños, y mui inmediatos, ocupan la mejilla del mismo lado, y finalmente, una faja de la misma tela empleada en los parches cubre, a partir desde detrás de una oreja, un buen trecho del pescuezo. No omitirémos decir que éste se halla descubierto en toda su longitud, gracias al desarreglo del cuello de la camisa y al abierto gaban de tela ordinaria y salpicada de manchas de vivos colores, que viste nuestro raro personaje.

Amen de todo esto, se le ve una nariz excesivamente roja en su estremidad, y una cabellera negra, larga, que a no estar tan enmarañada, diríamos que era postiza.

A fin de cuentas, nos hallamos en el caso de asegurar que no podía ser sino un pintor, el personaje cuyo retrato hemos hecho.

Con cierta natural gravedad, y con pasos excesivamente regulares, recorría, como hemos dicho, toda la longitud del patio; llegando a detenerse a veces en uno de los ángulos, desde donde tendía sus miradas a todos lados, y con mas insistencia a los balcones.

En una ocasion de éstas, algo mui estraordinario debió excitar su sorpresa, porque a tiempo de ir a recomenzar su paseo, se detuvo súbitamente, con la vista fija en un punto del patio, dejando escapar una lijera esclamacion.

Mas al punto, recobrando su impassibilidad anterior y sonriéndose de una manera imperceptible, volvió a sus interminables paseos, no sin dejar de mirar con insis-

tencia hácia aquel punto que había llamado su atención; pero cuidando de tener derecha la cabeza, de modo que nadie notara la dirección de su vista, encubierta como se hallaba por los espesos cristales de los anteojos.

Ahora bien, lo que había despertado aquel interés en el extraño personaje que nos ocupa, era la aparición de dos jóvenes conocidas nuestras en el balcón que daba frente al costado que él ocupaba.

Estas dos jóvenes eran Ricardo, con su disfraz de mujer, y Amelia, quienes tomadas del brazo, como dos amigas, se acercaron a la barandilla del balcón, y se pusieron a mirar distraídamente lo que pasaba en el patio, sin detener su vista en ninguno mas que en otro de los muchos grupos de prisioneros que lo poblaban.

De ahí a poco, Amelia hizo a Ricardo varias señas significativas con los dedos, acompañándose de ciertos visajes y otros ademanes espresivos, tal como lo hacen los mudos, o quien quiere hacerse entender de ellos.

Esta circunstancia debió causar nueva admiración en el de los anteojos, porque se detuvo un instante en la mitad de su paseo.

En seguida hizo un movimiento de hombros como quien halla una explicación natural sobre algo que no entiende, y siguió andando.

Poco a poco fué avanzando la tarde sin que aconteciera otra cosa de particular, y entrando en medias tinieblas aquella parte del patio elejido para sus paseos por el extravagante y meditabundo prisionero.

Sin embargo, no serían aun las oraciones, cuando se detuvo con mas descanso, es decir, apoyándose de espal-

das en aquel mismo rincon en que tantas veces lo había hecho.

Después, sin dejar de observar atentamente a todos lados, sacó de un bolsillo y con disimulo un pequeño ovillo de hilo blanco; ató la estremidad en uno de los barrotes de fierro de una ventana que tenía junto a él, y poniéndose las manos a la espalda, comenzó otro nuevo paseo a lo largo de la misma pared, teniendo cuidado de ir alargando hilo a medida que se alejaba de aquel lugar.

Su marcha era tan mesurada como antes, y sus pasos guardaban la misma regularidad.

Por otra parte, el hilo se hacía tan invisible sobre el enlucido blanco de la pared, que era difícil, si no imposible, divisarlo de cualquiera parte del patio que se mirara.

Resultó de ahí que nuestro desconocido pudo llegar a la estremidad opuesta del patio con la misma apariencia de despreocupacion que en los paseos anteriores.

Entonces volvió a detenerse, como en el otro rincon, es decir, apoyándose de espaldas contra la pared.

De esta manera, pudo tirar el hilo hasta darle toda la tension posible, y cortarlo en seguida precisamente en la línea de interseccion de las dos murallas.

Su maniobra era tan disimulada como la anterior, y del mismo modo, volvió a caminar hácia la ventana recojiendo el hilo a medida que se acercaba a ella.

Esto último lo hizo con mas precipitacion que antes, en razon, sin duda, de haber sentido el ruido de las llaves con que anunciaban los carceleros la asistencia al oratorio, para recojerse en seguida a las celdas.

Cortado el hilo en el mismo nudo que lo retenía a la ventana, lo guardó nuestro hombre en un bolsillo distinto del en que depositó el ovillo, y tomó la dirección de los demás prisioneros.

Pero esto fué para él un nuevo motivo de precauciones misteriosas.

Su marcha, presurosa en los primeros momentos, se hizo notablemente tardía al ir acercándose a la vereda por donde desfilaban los presos.

Era como si marcara sus pasos por los de alguien a quien seguía tenazmente con la vista.

Entretanto sacaba de sus bolsillos un papelito pequeño, plegado en muchos dobleces, y lo conservaba en la mano.

Pero notando a ese tiempo que su aspecto era objeto de la atención de un oficial que, parado en el medio del patio junto con otros, inspeccionaba los movimientos de los prisioneros, volvió a meter la mano con indiferencia en el mismo bolsillo y a dejar el papelito en él, adoptando un aire más despreocupado si cabía.

El oficial a que nos referimos no era otro que el que hemos conocido ya con el título y nombre de *capitan San Bruno*.

Como lo había presumido el de los anteojos, su figura extravagante había despertado la curiosidad del capitán, y justamente se apercibió de ello cuando éste decía a uno de los oficiales que lo acompañaban:

—¿Qué pajarraco es aquel de anteojos verdes y cara remendada?

—¡Ah! es el pintor de rótulos, contestó riéndose el

interrogado, como si algun recuerdo digno de excitar su alegría hubiera ocurrido a su mente.

—¿Por qué está preso? preguntó San Bruno.

—Una jugarreta inocente del pobre hombre...; ni valía la pena de tenerlo aquí; pero...

—En fin ¿qué ha sido ello?

—Supóngase usted...: una mujer dueña de un despacho y viuda de un pintor, entró en tratos con éste para que le hiciera una muestra que representase a un hombre bebiendo y recostado en el hombro de una jóven. Llegando al ajuste del precio, exigió éste que la viuda le diera los pinceles, tarros e ingredientes que había heredado de su marido, y ademas un cuarto de onza en dinero. Cerrado el trato, principió su obra el hombre en la misma casa de la viuda y con los mismos pinceles y pinturas del finado. Ya tenía hecha la mayor parte del cuadro, y segun dice la mujer, le faltaba pintar las caras, que solo estaban imperfectamente diseñadas, cuando le pidió el cuarto de onza que debía darle al fin de su trabajo; y como el pintor se desempeñaba con tanta formalidad y la pintura iba tan adelante y tan a gusto de la viuda, que, segun dice, no se cansaba de admirar la postura graciosa y natural de los dos personajes cuyos cuerpos estaban ya acabados, no tuvo reparo en darle adelantado ese dinero... Mas, aquí estuvo el mal...

Y el narrador se interrumpió para celebrar de antemano con una alegre carcajada lo que iba a seguir.

—¿Se largó el pícaro, y no pareció mas? preguntó San Bruno.

—¡Qué! nó; eso no habría tenido nada de particular ni de gracioso.

—¿Pues qué hubo?

—Que el bribon, que debe ser un borracho de siete suelas, se apareció a los dos días, ébrio aún, y demandando mas dinero, so pretesto de que su trabajo estaba mui mal pagado.

—En eso no veo nada digno de hacer reír.

—Pues ya verá usted: la mujer se resistió a las exigencias del pintor, como es natural; y de ahí un sério al-tercado, en que concluyó el hombre por decirle: "Bueno, está mui bien, concluiré mi cuadro y ya veremos a quién le ha de pesar." Con esto, se acostó a dormir allí mismo, y a la madrugada del día siguiente, ya estaba mui fresco delante de su cuadro, con gran seriedad, dándole las últimas pinceladas. Solo que, para recibir mejor la luz, segun decía, le había dado al cuadro una colocacion distinta, de tal manera que la viuda solo veía el reverso, al paso que el pintor estaba de frente hácia ella.

—"Yo no hice alto en este cambio, dice la mujer, pero sí noté que el hombre me miraba con un ceño y una frecuencia en que se conocía el rencor que me guardaba del día anterior. ¿Y quién había de pensarlo, señor? concluye ella misma; a las diez de la mañana, este hombre atrevido tuvo la desvergüenza de presentarme el cuadro acabado, ¿y a quién cree usted que había puesto ahí el corrompido?..."

—Ya caigo, dijo San Bruno imitando al oficial en sus festivas risas: ¡la pintó a ella?

—Precisamente; pero con él, abrazado con él, con esa cara llena de vendas y parchetones...

—¡Ah! diablos!

—No le quedaba más que pintar que las facciones, y el pícaro aprovechó la ocasión.

Y nuevas y mas estrepitosas carcajadas, interrumpidas por alegres reflexiones sobre aquel lance, mantuvieron la charla por algun tiempo en el medio del patio, habiéndose agregado otros oficiales a tomar parte en ella.

Entretanto los presos habían salido de la capilla y se iban a sus celdas.

A ese mismo tiempo, se acercó un soldado a San Bruno, y le dijo:

—Mi capitán, el sarjento Villalobos ha llegado.

—¿Pero dónde está?

—Allá afuera.

—¿Y qué hace que no éntra y viene a verme?

—Como hai órden de que no éntren mas que los soldados de la guardia...

—Con él no rezan esas órdenes. Que venga al instante.

El soldado se alejó, y de ahí a poco se vió aparecer la figura alta y escuálida del sarjento, a quien dejamos tendido de un pistoletazo, camino de Rancagua, y cuya salvacion inesperada hemos ya indicado.

San Bruno se apartó de los otros oficiales y fué al encuentro de Villalobos.

—¿Qué ha habido? le preguntó.

—Ya está hecho eso.

—Pero ¿se ha conseguido algo?

—¡Qué! nada, señor; y esto que me tomé la libertad de aumentar la dosis, pues le he hecho aplicar cincuenta azotes en vez de veinticinco.

—Y siempre se sostiene en lo mismo?

—Siempre, señor; nadie lo saca de sus primeras declaraciones y de lamentarse y maldecir la hora en que tuvo la ocurrencia de adquirir ese salvo-conducto.

—De modo que ya no nos queda esperanza de averiguar más por ese lado.

—Así lo creo, señor; y aun estoy convencido de que ese hombre dice la verdad: el tal Rodriguez ha de haberse ido a la otra banda para no volver mas.

—Pero esa exigencia de que le tuviera este hombre el salvo-conducto a los quince días...

—Argucias del él, pues, señor; sin duda para darle mas importancia a ese papel. No puede ser de otro modo: este hombre ha sido engañado; ya vé usted que ésta es la cuarta vez que lo hacemos azotar en los quince dias que está en nuestro poder; ni el diablo tendría tanto aguante para guardar un secreto...

—Bueno. ¿Y qué has hecho del hombre?

—Lo dejé en el cuartel; pero dí orden a nombre de usted para que lo trajeran esta noche aquí.

—Me parece bien...; si ya no hemos de sacar nada de él...

—Siempre será bueno que permanezca en la cárcel por algun tiempo, hasta que perdamos toda esperanza de hallar al facineroso.

—En fin, eso es cuenta tuya; arréglate como te parezca, pues tú eres el mas interesado; aquello del pistoletazo debe escocerte como una ortiga.

—¡Ai, señor! no me acuerde usted mas bien!

—Por lo que hace a mí, solo tengo el encono de haber

sido engañado; pero eso no me hace gran mella desde que tenemos aquí a la muda.

—¡No deja de ser el consuelo!

—A propósito, ya es preciso que pensemos en aislarla; quitarle esas dos compañeras, Amelia y la otra jovencita hija de aquel viejo que vive allá arriba en la primera celda...

—Don Juan Enrique Rosales?

—Justamente.

—Pero ¿cómo hacemos para separarlas? no hai una celda desocupada.

—Ya lo he pensado. Me parece que debemos principiar por echar a la calle a esa tal Amelia, cuya inocencia está probaba...

—Pero, señor, ¿entonces no piensa usted en ese pobre Juan Vargas, que ha perdido un ojo por asegurarle a la mudita?

—¡Hola! ¿qué es lo que pretende?

—Que le entreguen a Amelia en premio de sus servicios.

—¡Diablos! no es poca cosa: la morenita es un bocado demasiado noble para ese zopenco.

—Pero ya ve usted que no anduvo lerdo el pobre hombre para descubrir que esta muda era la misma niña por quien se interesaba usted...

—Sí; bien lo veo... Al fin... esa Amelia ha dicho que no tiene parientes, ni nadie que la reclame... Yo creo que no le haríamos mal a nadie... Convenido; se la entregaremos a él;... pero que busque luego adonde llevársela.

—Eso no puede ser tampoco; el pobre hombre no pue-

de moverse todavía: ¿le parece a usted poco un pinchazo hasta las entrañas del ojo?

—¿Con qué ha sido mucho, eh?

—Por ahí calcule lo que a usted se le espera de la mudita.

—¡Hum! conmigo no será tan brava: ya veremos. Pues esa misma fiereza me encanta; ardo en deseos de experimentarla.

—¿Y por qué no va usted a hacerle una visita para principiar? no importa que estén las otras delante... siempre se avanzará algo, por lo ménos el darle una buena idea..., hacerse el amable con ella...

—¿Sabes que no dices mal? Me parece bien tu idea... Voi a verla esta noche: poco ántes de que toquen a silencio.

—¿Nada tiene usted que encargarme por ahora?

—Nó...; que cuando traigan a ese hombre del salvoconducto, lo pongan en el salon de los presos.

—Pero si no cabe una aguja en él.

—Hai un preso ménos ahora: ese esclavo Valiente...

—¿Cómo? que ya fué dado en libertad, señor?

—Lo mandé al hospital: estaba muriéndose ese hombre...

—¿Y lo van a curar despues de haber muerto a un talavera?

—¡Qué! si no ha sido ese pobre diablo: sus declaraciones están conformes con las de los viejos en culpar al hijo de ellos y a la criada.

—¿Entónces ya es cosa probada que fué así?

—Tal parece.

—Bueno; el muchacho tuvo su merecido...; lástima es

que se escapara la criada en el camino de Rancagua...; pero ya parecerá: hai muchos ojos que la conocen: el tuerto dice que no se la despinta nadie del suyo... En fin, hasta mañana, señor; y que le vaya bien con la mudita.

CAPÍTULO XXXIII.

Esperanzas.

El salon de los presos estaba tan lleno de jente, que segun la espresion de Villalobos, no cabía una aguja en él.

Y en efecto, entrando, o mas bien, mirando hacía adentro, al través de las rejas de las ventanas, poco después del momento en que terminara la conversacion de Villalobos con San Bruno, era fácil ver como el pavimento se hallaba absolutamente cubierto de hombres que solo tenían el espacio necesario para acostarse.

Era por esto, que en las horas del día se daba libre acceso a los patios a todos los detenidos, pues aun en la noche y no obstante mantenerse todas las ventanas abiertas, el aire se hacía de tal manera irrespirable, que ocasionaba la asfixia de muchos, o enfermedades consiguientes a tan malsano tratamiento.

El pintor de que hemos hablado en el capítulo anterior se hallaba en el salon de los presos; y por cierto que debía ser hombre precavido en cuanto a hijiene,

pues había tenido cuidado de elegir su lugar junto a la misma puerta de entrada, de manera que aun cerrada ésta, podía respirar el aire puro que se colaba por las junturas.

De este modo, imitando al mayor número de aquellas jentes, se había tendido en el suelo: pero extraño a las conversaciones de los que se hallaban inmediatos a él, se mantenía silencioso en su lugar, como entregado a sus propias cavilaciones.

En tales circunstancias, el ruido de los cerrojos de aquella misma puerta vino a interrumpir la charla de los presos, llamando su atención hácia ella.

Era la llegada de un nuevo compañero de alojamiento lo que motivaba eso.

Un murmullo de descontento se hizo sentir en todos los ámbitos de la pieza a la vista del preso, y las voces de los mas atrevidos se levantaron sobre aquel rumor para decir:

—Nos quieren ahogar.

—¿Por qué no nos arruman como costales?

Y otras espresiones semejantes.

A lo que contestó una voz desde afuera:

—Anoche han dormido mui bien: y sin embargo, no eran menos que ahora.

Y la puerta, de la cual solo se había abierto una hoja para dar paso al nuevo huésped, volvió a cerrarse con estrépito.

El preso, que era un hombre gordo, con manta, quedó parado sin tener a donde moverse. A sus piés estaba el pintor, quien había tenido que recojer las piernas para darle lugar.

—¡Eh! amigo, le dijo sin dignarse ni aun mirarlo, procurese algun otro lugar, ¿no vé como estoi por usted, hecho un ovillo? Pase adelante.

—Pero si no hai trecho ninguno; ni me es posible dar un paso, ¡por Dios! vengo medio muerto, respondió el recien venido con voz lastimera. El pintor levantó la cabeza para mirarlo, e hizo un movimiento de admiracion, que reprimió al punto.

—¡Hola! ¿y qué es lo que trae usted para no poder moverse?

—¡Dios mio! casi me han muerto a varillazos! Para llegar hasta aquí he tenido que venir sostenido por dos soldados.

Estas palabras del hombre movieron la compasion de los presos vecinos, que las escuchaban; pues se apresuraron a estrecharse para dejarle donde mismo se encontraba un lugar en que pudiera tenderse.

Aprovechólo él manifestando su gratitud con espresivas palabras mezcladas de dolorosos ayes que le arrancaban los movimientos que hacía al acostarse.

El pintor, mas compadecido que los otros, se sentó y aun le ayudó a bajarse hasta dejarlo bien en su sitio.

—¡Pobre hombre! le dijo en seguida ¿y cómo, por qué ha sido esto?

—¡Ai! eso es cuento largo, amigo mio! Pero el hecho es que esos malditos talaveras, a quienes se lleve el diablo, me han tenido quince días en su cuartel, y me han azotado cuatro veces.

—¡Cuatro veces! bárbaros! ¡y ésta son cinco!

—Nó; con ésta han sido las cuatro...; ai! pero bien dice usted... la de hoy ha valido por dos...

—¡Cargaron mas la mano los pícaros!... ¡si no tienen entrañas esos hombres... pero ¿qué les ha hecho usted, mi amigo, para tanto rigor?

El hombre dió un jemido ántes de contestar.

—Ahí lo ha de ver usted, dijo al fin; la injusticia mas grande... ¡ufff! me han sacado los pedazos... y cada vez que me toca la ropa... ¡Maldito sea! ¿qué me daría a mí por entrar en tales *conchavos*?...

—¡Oigan! ha andado usted en *conchavos*...; pues no es poco..., y si ha sido con insurjentes...

—Pero que eso, amigo mío, con un diablo a quien Dios confunda.

—¡Jesus María!... ¿pero qué *conchavos* han sido esos de tanta consecuencia?...

—Imajínese usted... voi a contárselo todo para que vea la injusticia... ¡aaaaai, qué dolor por Dios...; en dos palabras lo diré todo...: dí dos caballos por un papel...

—¡No es nada lo del ojo! le interrumpió el pintor.

—Sí, señor; por un pasaporte.

—Eso es otra cosa; en estos tiempos un pasaporte vale como un diablo.

—Bien puede ser...; pero no será el hijo de mi madre el que vuelva a dar ni un comino por cosa que se le parezca... Bien caro me ha costado éste!

—Ya lo veo; pues usted cargará en cuenta su pellejo sobre el importe de los caballos.

—¡Por cierto, caramba!

—Pero a quién diablos se le ha ocurrido tratarlo a usted así porque llevaba pasaporte?

—A estos endiablados talaveras; ¿no lo he dicho ya?

—¡De veras! solo a ellos se les ocurre!...

— Pero es que la culpa es del bribon que me lo vendió.... ¡Ah! mui bien sabía él que lo andaban persiguiendo!...

—¿A quién?... ¿al pasaporte?

—A él, al hombre que lo llevaba... ¡bribon!

—¿Pero qué culpa tiene usted?...

—Ninguna por cierto; pero a esta jente se la ha puesto que yo sé el paradero de ese pícaro, puesto que tengo su pasaporte...

—¡Ah! ahora comprendo! ¡esa es la madre del cordero!

—Pero yo ¿qué voi a saber de él, cuando solo por mal de mis pecados lo he conocido el día que hicimos este fatal negocio?

—¿No lo ha declarado usted así?

—¡Mil veces! pero esta jente no entiende. Por fuerza ha de saber uno lo que ellos quieren. ¡Bribones!... Pero no es tanta mi rabia con ellos como con el que ha sido causa de todo esto.

—El del negocio; precisamente: ese es el verdadero culpable.

—Ya me las pagará algun día!...: una vez no mas lo he visto; pero no se me despinta nunca...; ya sabré dar con él.

—¿Le sabe usted el nombre?

—Por supuesto, y lo primero que hice cuando me allegaron la primera tanda fué cantarlo de plano junto con sus señas... Es un tal Manuel Rodriguez, a quien se lleve el diablo!

—¡Bien merecido se lo tendría! dijo el pintor con una débil sonrisa que tenía algo de malicioso, y que no pudo ser notada por su interlocutor.

En ese momento el toque de silencio puso fin a todas las conversaciones, y ya no dominó otro ruido que el de los pasos de los centinelas, cuyos fusiles se veían relucir del lado exterior de las ventanas, heridos por la opaca luz de los faroles.

Entretanto, sucesos de alguna importancia para el lector tenían lugar en otro departamento de la cárcel.

Retrocedamos algunos instantes para tomar las cosas por órden.

Poco despues de las oraciones, Ricardo y Amelia se hallaban en uno de los cuartos del segundo piso; habitacion pobremente amueblada, en la que solo se veían tres camas, otras tantas sillas y un lavatorio. Sin embargo, esto en la cárcel era un lujo que no pocos envidiarían.

A la escasa luz que desde afuera proyectaba un farol colgado en el balcon, se podía ver a los dos jóvenes, Ricardo recostado en una cama, y Amelia sentada a poca distancia.

Aquel tenía un papel en la mano, y decía en voz baja:

—Por más que me devano los sesos, no puedo comprender qué interés tenga ese hombre en averiguar cuál es mi cuarto, ni qué personas me acompañan.

—En todo caso, observó Amelia, nada se pierde con decírselo; quizá tiene algun proyecto favorable para usted.

—Pero ¿por qué para mí? de dónde le viene ese interés?

—Se habrá enamorado de usted, dijo la jóven sonriéndose; no es el primero a quien le sucede.

—Lo que prueba que mi disfraz es perfecto.

—Y que su figura de mujer es encantadora.

—No por eso dejo de estar [aburridísimo. Pero si es un galán el que me escribe esto, reniego de mis encantos femeninos: traza más ridícula que la del tal hombre... ¿Con que no se ha fijado usted esta tarde en ese de anteojos, con la cara llena de parches negros?

—Pues no lo ví.

—Sin embargo, es una figura chocante..., y para darme el papel se nos puso en el camino... Pero se me ocurre una cosa ¿no será un amigo disfrazado?... Esos anteojos tan grandes..., los mismos parches...; bien puede ser.

—Ya había pensado yo en eso: es muy posible.

—Pues mañana le contesto, preguntándole quién es y satisfaciendo sus averiguaciones.

—Pero la medida del cuarto...

—Ahora la tomaremos con el mismo hilo que viene en el papel. Esperemos que llegue Teresa, y a puerta cerrada nos pondremos a hacerlo. Se ha demorado ahora; quizá la enfermedad de su padre... Pobre Teresa, tan cariñosa conmigo...; en verdad que estoy tentado por decirle que soy hombre; es una indignidad llevar más adelante el engaño...

—Siempre usted con la misma idea, dijo Amelia, cuyo rostro se anubló desde que la conversación recayó sobre esto. ¿No teme usted que una indiscreción pueda hacer público el secreto?

—Pero si no cabe indiscreción en ella...; así como le he dicho que no soy muda...

—¡Oh! ya lo vería usted; el despecho de haber sido

engañada...; cuando se acordara de las caricias que le ha prodigado a usted..., los besos, los abrazos...

—Pero tambien yo le traería a la memoria, como me he escusado siempre de admitirlos, hasta llegar a despertar sus enojos y resentimientos. ¿Continuamente no me está diciendo que yo soi una mala amiga, tan indiferente con ella?... Pues todo eso le servirá de prueba en mi favor...

—Pero ¿a qué viene el descubrirse, por Dios? Mire usted qué escrúpulos esos... Y en resumidas cuentas, usted tiene la culpa: harto dije a usted, desde que llegamos aquí, que no era conveniente hacer tanta intimidad con esa jóven.

—Como no veía yo ningun mal en ello, a pesar de las recomendaciones de usted...

—Pues ya ve el mal; ahora tenemos que se le hace indigno el continuar así...: ¡oh! ya sé lo que es eso!

Y Amelia esforzó una sonrisa que involuntariamente retrataba a lo vivo su amargura.

—Vamos a ver: ¿qué es lo que usted sabe? preguntó Ricardo, tratando de encubrir una rebelde sonrisa de mui distinta espresion que la de aquella.

—No hai necesidad de decirlo..., ni ¿qué me importa a mí?

Y la jóven abandonó vivamente su asiento, y se fué a recostar sobre su cama, en el rincon diagonalmente opuesto al que ocupaba Ricardo.

Este movió la cabeza de una manera que queria decir: ¡Malo va esto!

Y se quedó pensativo, mirando con cierta espresion de lástima hácia la cama de Amelia.

—¡Qué diablos! pensaba; en verdad que mi situación es difícil: por una parte, cómo soportar por mas tiempo en silencio lo que pasa en mi corazón? yo necesito decirle todo a Teresa; decirle: perdóname, alma mia, te he engañado contra toda mi voluntad; cada abrazo, cada beso tuyo ha ido infiltrando en mi pecho un amor inmenso que ya es un martirio oculto... Pero, Amelia, oh! esta es la otra parte... Amelia que no se nos separa un instante; Amelia que me ama, por mas que se esfuerce en disimularlo; que ya sufre unos celos terribles; y a quien le debo tantos servicios... Ah! si a lo ménos pudiera ocultarme de ella; pero ¿he de tener la crueldad de declarar a Teresa mi amor en su presencia?... ¿y qué he de hacer?... oh! es para darse al diantre con tantas dificultades!... pero ya siento los pasos! ella es!

Y en efecto, un segundo despues entró y se dirigió a la cama de Ricardo una jóven cuyas facciones no era posible distinguir bien en razon a la poca luz que recibía la pieza; pero cuya juventud se traslucía en los delicados y graciosos contornos de su cuerpo y en la voz fresca y purísima con que dijo:

—¿Mucho he tardado, Corina?

—Chiiit, mas bajo, dijo Amelia con tono de mal humor, ¿quiere usted que descubran que Corina no es sordomuda?

La jóven se turbó por un momento:

—¡De veras! exclamó mui quedo; ¡soi una loca! ¿me perdonas, Corina? ya no se me olvida mas.

Y sentándose junto a Ricardo, en la orilla de la cama, le tomó las manos cariñosamente.

—Así como éstos son los descuidos que yo temo, dijo

Amelia dulcificando su voz y dándole una entonación particular, a fin de que Ricardo comprendiera la doble intención de sus palabras.

—Ha sido una casualidad, respondió él por lo bajo. Y añadió dirigiéndose a Teresa.

—¿Por qué se ha demorado tanto usted?

—¿*Usted!* siempre la misma cosa! ¿no hemos convenido en tutearnos?... ¡Ya está visto que no quieres ser mi amiga!

—No lo tomes por ese lado, Teresa; quizá por lo mismo que te quiero tanto, se me hace duro tutearte: yo he tenido siempre la costumbre de tratar de usted a las amigas que distingo.

—Eso no puede ser cierto, picarona: quieres disculparte así... ¿quién va a creer que guardes la etiqueta para las amigas de mas intimidad? confiesa que te ves pillada;... pero en fin, para qué me quejo?... ¿Qué era lo que me preguntabas?

—La causa de tu demora: temía que tu padre estuviera peor.

—No es eso; mi padre va un poco mejor, aunque siempre sigue en cama: pero hai otra novedad...

—¿Cuál? ¿es una mala noticia?

—Para tí es buena, porque vas a quedar libre de mis importunidades.

Amelia, que no perdía una palabra, no pudo reprimir un movimiento de interés.

Ricardo se incorporó súbitamente:

—¡Dios mio! exclamó ¿se va usted?

—Ahí está el usted; ¡qué digo yo!

—Dejémonos de eso, o sea como quieras, ¿pero es cierto que te vas, Teresa? ¿Se les ha concedido la libertad?

—Nó, por Dios; léjos de eso, destierran a mi padre a Juan Fernandez, dijo la jóven con tono de tristeza.

—¡Pero tú te quedas!

—Nó, por cierto; ¡quedarme, cuando mi padre tiene que irse tan enfermo!

—¿Entonces, así como está, lo obligan a partir?

—Pues hasta ahí llega la crueldad de los españoles.

—¡Es horrible esto!

—Solo nos resta conseguir que nos permitan a mis hermanos y a mí acompañarlo.

Ricardo guardó silencio por un instante: lo ajitado de su respiracion demostraba la intensidad de las emociones que dominaban su corazon.

—Pero ¿qué tienes, Corina? por qué te alarmas tanto? le preguntó Teresa.

—Me alarmo por tí, dijo él tratando de reportarse; ¡un viaje de esa naturaleza! ¿no sabes, por Dios, lo que se sufre por allá? eso no es para una mujer, ni mucho menos siendo tan niña como tú. Haces mal en ir, Teresa; tus hermanos pueden cuidar de tu padre...

—¡Ai! Los hombres no saben de cuidar enfermos!

—Tiene razon Teresa, observó Amelia: nunca igualan los servicios de los hombres en estos casos a los de una mujer. Hai mil pequeñeces: la preparacion del alimento, de las bebidas, en fin, tantas cosas que no están al alcance de un hombre.

—Por supuesto, dijo Teresa.

—Algo molesto será el viaje, prosiguió aquella; pero qué hacer, cuando hai sobrados motivos para arrostrar-

lo... ¡Pobre señor! cómo abandonarlo en su estado, y a su edad!

Ricardo se mordía el labio de impaciencia.

—Pero ¿tienes algún motivo para creer que te permitan acompañarlo?... dijo recurriendo a la única esperanza que encontraba.

—Ya se trató de eso; y justamente me he demorado por saber lo que contestaba el capitán San Bruno, a quien mi padre mandó llamar poco antes de venirme.

—¿Y qué ha habido?

—Que le pareció muy bien mi resolución al capitán, y prometió apoyarla ante el presidente realista.

—¡Entonces es un hecho! exclamó Ricardo con desaliento.

—Alguien viene, dijo Amelia, silencio.

Oíase un ruido de pasos, débil al principio, y que se iba haciendo por grado más sonoro, a medida que se acercaba.

—¿Quién podrá ser a esta hora? dijo Teresa; aún falta para el toque de silencio.

No tardó mucho en satisfacerse su curiosidad: el capitán San Bruno se detuvo en la puerta, dirigiendo hacia adentro una escrutadora mirada, junto con un raudal de luz de una linterna que traía en la mano.

Amelia, desde su cama, y Teresa sin apartarse de Ricardo, estaban con la vista fija en la puerta al tiempo de la llegada de aquel.

Ricardo, fiel a su papel de sordo-muda, solo se volvió cuando la viva luz de la linterna hirió sus ojos; como si solamente eso le hubiera advertido la presencia de un extraño.

San Bruno se adelantó saludando con una sonrisa afable, pero que tomaba una siniestra expresión en su rostro pálido y cargado de negras cejas.

—Señoritas, dijo, tengan ustedes muy buenas noches: ¿cómo están ustedes?

Amelia y Teresa articularon algunas palabras de estilo; Ricardo inclinó levemente la cabeza.

—¿Están ustedes contentas con su cuarto?

—Como se puede estarlo en una prisión, dijo Amelia.

—Y la señorita Corina ¿muy disgustada está? añadió San Bruno dirigiendo particularmente a la cara de Ricardo los rayos de la linterna.

Este se llevó las manos a los ojos, como si le ofendiera aquella brillante luz.

Teresa, a quien también alcanzaban los rayos de ella, se contentó con bajar los párpados; unos párpados guarnecidos de largas y rizadas pestañas rubias que sombreaban admirablemente sus ojos de un castaño clarísimo. Dibujóse al mismo tiempo en sus labios perfilados hechiceramente la más suave y candorosa sonrisa que podía iluminar un rostro de quince a dieciséis primaveras.

—Corina no se cansa de manifestarnos su disgusto, dijo tímidamente.

—¡Pobrecita! exclamó San Bruno, con sentido tono: verdaderamente, si hay una obligación penosa para mí, es ésta de hacer la guardia de la cárcel. Hay cosas que quiebran el corazón. Desde que ví a esta señorita y supe que era muda, no pueden ustedes imaginarse cuánto me ha preocupado la idea de lo que pasará en su alma sin comprender casi el motivo de esta permanencia for-

zada aquí, que sufren ella y sus padres... A propósito ¿ha estado con ellos esta tarde?

—Sí, dijo Amelia: todos los días va a verlos, y ese es el único momento de gusto que tiene.

—Y no pregunta ella qué es lo que pasa, qué significa esta prision... ¿Cómo le esplican ustedes?

—Se contenta con pocas esplicaciones, repuso Amelia.

—Pero, añadió riéndose Teresa, mui bien da a entender que ustedes son unos hombres mui malos, perversos, que tienen gusto de martirizar a los inocentes.

—¡Por Cristo! ¿eso le han hecho creer?

—Es lo que ella juzga por sí misma; no parece sino que estuviera mui claro todo eso.

—¡Vamos! es una maldad dejarla en tal engaño! ¿y quizá me incluirá a mí en el número de los malvados?

—Con una distincion, prosiguió Teresa alegremente.

—¿Cuál?

—La de que usted es el jefe de ellos.

—Es decir, un hombre menos tosco que los soldados...

—Oh! no me comprende usted... ¿cómo me esplicaré? Ah, aguarde usted: se me ocurre una comparacion propia para un militar. ¿Entre los tambores, el de más importancia no es el tambor mayor?

—Precisamente.

—Y ese lleva un tambor más grande que los otros...?

—Exactísimo.

—Pues bien, entre los malvados, el de más importancia llevará tambien una carga mas grande ¿no es así?

—¡Vamos! por Dios, que me gusta el jenio alegre de

usted; pero me alarma sobre-manera que tan mala opinion se hayan formado de mí.

—Culpa nuestra no es; ni tampoco digo que esa opinion pertenezca a otra que Corina.

—Luego usted piensa de distinto modo.

—En cuanto a mí...; pero eso no le preocupa a usted... Es el parecer de Corina el que le importa...

—No niego que ella me ha inspirado un gran interés, dijo osadamente San Bruno; pero eso mismo me induce a temer que las personas que están cerca de ella le sugieran malas ideas.

—¿Y qué haria usted si así fuera?

—Oh... aún no he pensado en eso...; pero mi interes es tan grande, que... Sabe Dios si me decidiria a darle otras compañeras mas jenerosas que ustedes para juzgarme.

—¡Dios mio! eso sí que sería una crueldad! exclamó alarmada Amelia. ¿Habla usted formalmente?

—Es una chanza, dijo San Bruno riéndose, arrepentido de haber lanzado una amenaza que podía enajenarle la confianza que trataba de inspirar. Ni tengo autoridad para eso, ni jamás me decidiria a hacer la menor cosa que pudiera disgustar a ustedes.

—¡Vaya! repuso Teresa, me basta esa bondad para reconciliarme con usted: yo me encargo de hacer comprender a Corina que usted es un amigo...

—Sí, y dígale además que mi único deseo es verla en libertad; que fie en mí, pues tengo mil recursos para sacarla de esta prision...

—Pero Corina no quiere su libertad sin la de sus pa-

dres, le interrumpió Teresa; mire usted que el padre de ella está tan enfermo y achacoso como el mío.

—Todo se procurará; ya veremos un medio de no contrariarla: al fin y al cabo, parece que sus padres tienen ménos delito que ella.

—¿Cómo así? preguntó Amelia.

—Usted lo sabe mejor que yo, señorita; pues ha sido cómplice en el atentado contra aquel pobre soldado de mi cuerpo a quien ella le sacó un ojo.

—Peor castigo merecía ese infame, replicó Amelia con acaloramiento.

—Ai! si viera usted como sufre el infeliz... Pero dejemos esto; yo desearía que ustedes le manifestaran desde luego a la señorita Corina mis buenas disposiciones.

—Es mui fácil eso, dijo Teresa con una graciosa sonrisa. Va a ver usted como en un momento la pongo al corriente de todo.

Y volviéndose a Ricardo, que se había estado en la mayor quietud mirando con suma indiferencia e indistintamente a cada uno de los tres interlocutores, se puso a hacerle espresivas señas que correspondían más o ménos al asunto de que se trataba.

Pero lo que mas halagó a San Bruno fué la manera cómo se espidió la alegre niña para espresar el afecto de él por Corina.

Con una admirable injenuidad, Teresa señaló con el índice a San Bruno, en seguida a la misma Corina, y por último se llevó la mano al corazon elevando lánguidamente los ojos al cielo.

El semblante de Ricardo se había ido iluminando con una espresion de intelijencia desde las primeras señas;

San Bruno se estremeció de placer al ver que sus miradas se posaban en él con afable complacencia. Mas, cuando llegó Teresa a la pantomima que hemos descrito, Ricardo se sonrió candorosamente y bajó los ojos haciendo la avergonzada; pero con aquel aire especial con que una mujer al mismo tiempo que se demuestra ofendida en su pudor, alienta al tímido galán.

El capitán se pavoneó ebrio de alegría.

Habriase precipitado con los labios abiertos sobre las manos de Ricardo, sin la presencia de las dos jóvenes.

Convencido ya de haberse ganado la confianza de todas, y tratando de prevenir algo para la realización de sus perversos designios,

—Estoy encantado, dijo: con esto solo hai para enloquecer a un hombre y hacerlo olvidarse de sus deberes. Pues si mañana mismo no obtengo la libertad de Corina (y acentuó apasionadamente el nombre), la de sus padres y la de usted, señorita Amelia, me prometo obrar de mi cuenta y riesgo: los sacaré a todos ocultamente.

—¡Y a mí que me debe su felicidad, dijo Teresa picarescamente, nada me promete! lindo reconocimiento!

—¿Pero no estoy encargado de obtener para usted el permiso de acompañar a su padre?

—Eso lo había usted prometido sin contar con este inmenso beneficio que ahora le he hecho.

—Cabal; dígame, pues, qué otra cosa desea, y esté usted cierta de que no omitiré sacrificio por satisfacerla.

—Pues está mui claro lo que yo ambiciono: si me he decidido a partir para Juan Fernandez, es por no dejar que mi padre, enfermo como está, se vaya solo...

—Ya lo creo.

—No yendo él, me escusa usted el sacrificio...

—No me diga usted más; soi enteramente de ustedes; y todo se hará.

—Pues cuente usted con nuestro agradecimiento y estimacion.

—¿Y en cuanto a Corina?

—La misma cosa: nosotras trabajaremos en favor de usted, repuso Teresa alegremente.

—Pero no me basta eso tan solo: ambiciono mucho más de ella.

—El corazon, dijo Amelia, ¿no es eso?

—Justamente, su amor...

—¡Bravo! me gusta esa franqueza, y me obligo a darle el premio que merece.

—Me retiro encantado de la amabilidad de ustedes.

El capitán tendió su mano primeramente a Amelia, en seguida a Teresa y por último a Ricardo, a quien estrechó apasionadamente la suya, reteniéndola algunos instantes, mientras clavaba en él una amorosa mirada.

CAPÍTULO XXXIV.

Teresa.

Miéntras San Bruno se separaba de sus nuevas amigas, felicitándose del buen camino que parecían llevar sus proyectos y de su propia astucia para manejarse en la ejecucion de ellos, Ricardo y las dos jóvenes se quedaban riendo de su candidez y previniéndose para sacar de ella todo el partido posible.

Algunos momentos después, vino la ronda de los carceleros y cerró la puerta del cuarto poniéndole llave por fuera.

Sólo quedaron abiertos los postigos guarnecidos de barrotes de fierro, y por éstos siguió penetrando la luz del farol de que ya hemos hablado.

Una hora despues, los tres habitantes de aquel cuarto se hallaban recojidos silenciosamente en sus camas.

Amelia y Teresa parecían dormidas. A lo ménos así se lo figuró Ricardo, que enteramente despierto, espiaba con ansiedad la respiracion de ellas.

—¡Oh! se decía entretanto: ¡preciso es que yo hable

a Teresa! que le declare la verdad y le confiese mi amor! Es imposible resistir mas a los impulsos de mi corazon!... Pero ¡por Dios! hacer eso ahora, así, de noche, cuando ella está en su cama;... yo que mas la venero mientras mas la amo; yo que me hago un culto de su candor y pureza; yo que tiemblo sólo con el temor de ofender su pudor... Nó; no es posible obrar así... Pero ¿cuándo, de qué manera podré?... y este viaje que puede arrebátarmela de un momento a otro;... cuando si logro su amor quizá consiga también hacerla desistir de él; quedarse a mi lado con la expectativa de lo que yo podré hacer en favor de su familia cuando obtenga mi libertad... No puede ser de otro modo: yo debo violentar mis propios sentimientos, decidirme desde luego... Sí; ahogemos todo escrúpulo ante el imperio de las circunstancias. Teresa me comprenderá; ella juzgará, y... no es posible que se niegue a perdonar... a darme su amor... ¡Dios mio! tiemblo involuntariamente; me parece que voi a cometer un crimen... En verdad, que no sé lo que me pasa; jamás he sido tan cobarde... ¡Eh! sacudamos esta pueril timidez y aventurémonos pronto.

Y junto con decir esto, el jóven se bajó de la cama; se vistió su traje de hombre, que siempre había conservado bajo el disfraz de mujer, y se dirigió a la cama de Teresa.

Por mas que se había alentado con sus reflexiones, no podía dominar su temor: temblábanle todos los miembros involuntariamente; y se vió precisado a detenerse en la mitad del cuarto.

—¡Es singular! pensó ¡tanto la amo, que no soi dueño de mí mismo!... Pero ¿qué me dirá al verme así? ¿no se

asustará?... Cabal; es mui posible que la sorpresa... Cier-
to; procedamos de otro modo: me vestiré de mujer, y
cuando llegue el momento oportuno... cuando le haya
prevenido el ánimo, entonces me descubriré.

Volvió entonces a la cama e hizo lo que decía.

Trascurrieron algunos minutos al cabo de los cuales,
serenado tambien un poco a favor de nuevas reflexiones,
atravesó la distancia que mediaba entre la cama de él
y la de Teresa.

Dormía ésta profundamente, con la quietud y pesa-
dez del primer sueño.

Favorecido por la media luz que reinaba en el cuarto,
Ricardo pudo contemplarla a su sabor, antes de decidir-
se a despertarla.

Admiraba su virjinal hermosura; la hechicera langui-
dez con que reclinaba la cabeza en su albo brazo de
formas purísimas y voluptuosas, y el movimiento blan-
do que la respiracion imprimía a su elevado seno.

El jóven se inclinó palpitante de emocion, y le dijo
dulcemente al oído.

—¡Teresa!

Por dormida que ella estuviera, oyó su nombre en lo
profundo de su sueño, y se estremeció.

—¡Teresa! repitió Ricardo sin moverse.

La jóven se rebulló en la cama, adoptó otra postura
y volvió a su anterior quietud.

Ricardo le tomó una mano y se la oprimió suavemen-
te, llamándola por tercera vez.

Sólo entonces abrió ella los ojos.

—¿Quién es? dijo a media voz.

—Chit... hizo Ricardo, soi yo.

Teresa se medio incorporó asombrada.

—¡Corina! dijo, ¡tú aquí! ¿qué hai de nuevo?

—Tengo que hablar contigo: decirte cosas que no quiero que sepa Amelia.

—¡Ah! exclamó Teresa, cada vez más sorprendida.

—Te estraña esto, ¿no es verdad?

—Un poco; son ustedes tan amigas...; pero ¡te has vestido!

Y atrayendo a Ricardo de las manos, añadió:

—Siéntate en la cama; o mejor, acuéstate y estarás mejor; podremos hablar con más secreto.

Ricardo se estremeció hasta en sus mas ténues fibras.

—Nó, dijo con voz temblorosa; me sentaré aquí.

Y ocupó la orilla de la cama.

—¡Siempre de etiqueta conmigo!

—Ahora sabrás por qué y me perdonarás, Teresa. ¿No es cierto que me perdonarás?

—A la verdad, no veo otro motivo para que seas así, que uno que no puedo perdonar, dijo afectuosamente la jóven.

—¿Cuál?

—El de que no me quieres.

—¡Ah! te equivocas! te quiero tanto, te amo de tal manera...: ninguna amiga, nadie te ha querido como yo.

—¿De veras? ¡qué gusto, Dios mio! Dáme un abrazo; me haces verdaderamente feliz... Pero ¿por qué te excusas?

Y venciendo la resistencia de Ricardo, que dominado por su emocion, no tuvo ánimo para rechazar tanta felicidad, estampó en sus mejillas dos húmedos y compri-

midos besos, al mismo tiempo que lo estrechaba contra su seno.

Pasado aquel raptó de efusion:

—¡Vaya! le dijo, habla ahora, porque no puedo comprender... Me dices que me quieres tanto, y ahora mismo te manifiestas tan fría: por fuerza te has dejado abrazar.

—Es que justamente vengo a decir... Pero ya no... es imposible...

Y añadió como hablando consigo mismo:

—Ahora no debo decirle nada...; no perdonaría jamás... Y sin embargo, sufro tanto... ¿Que haré?

—¡Vamos! ¿estás loca, Corina?... ¿Es acaso algo mui sério lo que te preocupa?... Mas ¿qué nuevo motivo te hace ahora arrepentirte de tu propósito? ¿Habré hecho mal en ser cariñosa contigo? pues parece que eso es lo que te ha cambiado...

—En fin, dijo Ricardo, contestando a sus propios pensamientos; Dios sabe que no soi culpable..., que no es posible culpar sino a las circunstancias... Pues voi a decir-telo todo, Teresa.

Meditó en seguida algunos instantes, como para ordenar sus ideas, o calcular mejor lo que debiera decir.

La jóven esperó ávida de curiosidad: un mundo de conjeturas, a cual mas caprichosa, se agolpaban a su mente.

Ricardo se decidió al fin a principiar mintiendo: le pareció que había hecho mal en alarmar con tan sérios preámbulos a Teresa; que debía calmar sus inquietudes con una salida cualquiera, y en seguida explorar mañosamente su ánimo.

—Teresa, le dijo siempre en voz mui baja, y con estudiada solemnidad para no dejarle sospechar el cambio de sus ideas. Vas a ver que tengo razon para esquivarme de tus caricias, aún cuando me sean gratísimas... Sólo hace quince días que te conozco ¿no es cierto?

—Sí; proximamente.

—Pues bien, si yo hubiera podido prever esto, no habría jurado un compromiso, bien singular si se quiere, pero no por eso ménos solemne... Te vas a admirar quizá...; pero puede que tambien comprendas los esquisitos móviles de mi conducta. El hecho es que ántes de venir aquí, Amelia y yo nos vimos espuestas, como tú sabes, a tantos peligros... Mira, Teresa, si hai alguna cosa que predisponga mas a la amistad, a los íntimos y más delicados sentimientos de la amistad, es la desgracia. ¿Lo has conocido tú eso alguna vez?

Teresa se sonrió para decir:

—Ahora mismo; desde que te conozco lo experimento... Pero creo que en cualesquiera otras circunstancias, por felices que fueran, te habría amado tanto como al presente.

—Bueno: eso me hace sufrir mas, como luego vas a saber. Las desgracias que nos asediaron a Amelia y a mí, nos impulsaron a estrechar, a unir nuestros corazones íntimamente, con vínculos poderosos, bajo la influencia de indefinibles y misteriosos afectos. Nos juramos, pues, una recíproca amistad, eterna y única, de la naturaleza que la concebíamos en la violenta inquietud de nuestros espíritus: amistad egoísta que debía absorber todo nuestro afecto y escluir cualesquiera otro de la misma naturaleza; en una palabra, debíamos ser la una

para la otra exclusivamente, sin admitir a nadie en el santuario de nuestra amistad...

—Ya creo que voi comprendiendo, interrumpió Teresa.

—Ahora bien, estas cosas que quizá muchas veces se prometen y se juran dos amigas en un momento de efusión, nunca se toman al pié de la letra, ¿no es cierto?

Teresa hizo un injenuo movimiento de hombros que queria decir: talvez.

—A lo ménos, ese es mi modo de ver, continuó Ricardo. Pero Amelia es atrozmente celosa con las amigas, y ha tomado aquel juramento de un modo tan sério, tan absoluto...

—Ya me lo esplico todo: le ofende nuestra amistad, y talvez se ha quejado...

—Nada mas exacto; y por eso he elejido este momento en que ella duerme, para venir a explicarte, a disculparme de la indiferencia que me veo obligada a mostrarte, cuando tienes en mi corazon un lugar tan preferente.

—Gracias, mil gracias, Corina, dijo Teresa estrechándole las manos a Ricardo: ¡si supieras cuánto gozo me causas! francamente, yo me aflijía sin poder darme cuenta de tu estraña conducta: notaba que siempre, a todas horas, querías estar conmigo, que me buscabas para hablarme; pero siempre tan fría, tan meticulosa, demudándote cada vez que te abrazaba, como si te ocasionara un disgusto...; pero ya lo sé todo; ya sé que lo único que quieres es no disgustar a tu amiga mas antigua, a tu celosa e implacable amiga, concluyó con una graciosa sonrisa.

Pero casi al instante, como sorprendida de súbito por una idea, cambió de espresion y dijo:

—Pero ahora mismo acabas de manifestarte como siempre, como si estuviéramos en presencia de Amelia...

—¡Ah! replicó Ricardo sonriéndose tristemente, es que siempre tengo mis escrúpulos; aunque estemos solas, recuerdo el juramento... el necio egoismo que he jurado...

—¡No seas tonta, querida Corina! semejantes escrúpulos! Eso se jura... así, por complacencia; pero bien se entiende que... ¡Oh! ¿se trata acaso de dos amantes? en el amor sí que pueden haber esos egoísmos...

—¿Has amado tú alguna vez? se apresuró a preguntar Ricardo, alarmado interiormente.

—¿Amado a algún hombre? por qué me lo preguntas?

—Para hacerte una reflexion sobre lo que hablamos; ¿o tendrías algún motivo para ocultarme...?

—Nó, nó, si no tengo por qué ocultar... yo te diré: pero ya somos amigas ¿no es cierto? desecha todos tus escrúpulos, y... mira que es una confidencia mui seria la que te voi a hacer.

Teresa dió a estas palabras una entonacion picarezca y de una gracia inimitable.

—Sí; soi tu amiga, tu íntima amiga, dijo Ricardo impaciente por saber lo que se le anunciaba.

—Bueno; al fin lo has dicho, abrázame ahora en prueba de ello: quiero castigar tus necios escrúpulos.

Vencido Ricardo por sus celosas alarmas, y obedeciendo solo a los impulsos de su vehemente curiosidad, hizo cuanto la jóven quería, la abrazó, la besó en las mejillas

y en la boca; todo con una afectuosidad que satisfizo ampliamente los deseos de ella.

Cuando Ricardo se desprendió de sus brazos, temblaba de emocion: si hubiera querido hablar, no habría podido articular una sílaba.

—Nunca, dijo Teresa, nunca había experimentado una satisfaccion como ésta: yo no sé por qué nadie me ha inspirado un cariño tan poderoso como el que me ha impelido a buscar tu amistad... ¿Quién sabe si esto proviene de...? pero aquí principia la confidencia que me pedías: quizá ella misma va a ser una explicacion...

Ricardo le insinuó con la cabeza que hablara pronto: aun se hallaba bajo la impresion de las caricias que habían mediado entre ellos, y temía que la alteracion de su voz delatara la ajitacion de su espíritu.

—Pues bien, dijo Teresa, resolviéndose a hacer la anunciada confidencia, con una adorable espresion de franqueza: voi a decirlo todo; pero tú has de hacer igual confianza conmigo.

—Sí, sí, contestó Ricardo, te revelaré cuanto quieras.

—Nos sabremos una a otra todos nuestros secretos; ¡bueno! eso es delicioso!

—Pero díme de una vez...

—Voi a eso: yo soi poco experimentada en asuntos de amor, pero he oído hablar mucho de ello a mis amigas de colejio. Sin embargo, aunque no me atrevo a decir si he amado, si amo... tú misma me lo vas a decir. Cuando una ama a un hombre, ¿siente un deseo constante de verlo, de estar a su lado, de conversar mil cosas con él? siente la necesidad, el placer de pensar incesantemente en él?

Ricardo permaneció mudo; su garganta se había anudado ahora por la mas honda sensacion de amargura.

Teresa creyó que no eran bastantes las esplicaciones que daba, para obtener una respuesta decisiva, y continuó:

—¿Es señal de que se ama, el forjarse multitud de ilusiones que corresponden a los propios deseos de una; por ejemplo, imaginarse que una va de paseo, o baila, o que se hacen confidencias tan íntimas como ésta, protestas de amistad, en fin, mil confianzas, con el mismo hombre cuyo recuerdo nos inclina a meditar así?

Siempre el mismo silencio de Ricardo: los celos, la desesperacion, torturaban su alma profundamente; hincábase con violencia las uñas en el pecho, y se mordía los labios hasta hacerse sangre.

—¿Pero aún no es eso una prueba de que hai amor? preguntó Teresa maravillada. Pues yo he sentido todo esto... mas todavía, un gozo inmenso cuando tenía probabilidades de que iba a ver al que me ha hecho experimentar todo lo que digo; y luego que lo veía, una conmocion tan grande, que me parecía que mi corazon daba un vuelco en mi pecho; sentía subírseme la sangre al rostro, y todos mis sentidos los ponía en él, aún cuando trataba de que nadie, ni él mismo, se apercibiera de esto...; nó, por Dios; habría sido una vergüenza atroz!... Pero ¿qué hai? es esto amor?

—¿Aún sientes todo eso, Teresa? preguntó Ricardo con una voz tan demudada, que la jóven lo miró sorprendida.

—Sí, dijo cándidamente, siempre me ocupa el recuerdo de él...

Y añadió con tristeza:

—Pero no he podido verlo en todo este tiempo, desde ántes del sitio de Rancagua, y he tenido que consolarme con... Aquí te vas a reír, vas a oír una cosa singular: ¿sabes con qué me consuelo?... con tu vista, con tu compañía, con tu amistad.

—¡Eso te basta! exclamó Ricardo poseído de la mas viva admiracion.

—Sí; casi me basta...; es decir, estoi ménos pesarosa; y es porque..., no te rías, pues; porque te pareces admirablemente al jóven que me ha causado aquellas impresiones.

—¿De veras?... pero quién es él? cómo se llama?

—¡Ail nunca he podido averiguar su nombre! ¿no te he dicho ya que solo lo he visto algunas veces?

Ricardo respiró como si le hubieran quitado un peso enorme del pecho.

—¡Ah! nada me habías dicho, repuso; pero sabrás algo acerca de él.

—Sé lo que he visto: que es un oficial; que lleva un airoso uniforme de dragones, con una gracia inimitable; en fin, que tiene un aire en el semblante mui parecido al tuyo, lo cual quiere decir que es bellissimo, tan hermoso como tú.

Ricardo sintió materialmente brotar el gozo de su corazon y correr como un estremecimiento eléctrico por todo su cuerpo.

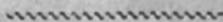
—¿Y cuándo has conocido a ese oficial de dragones?

—Poco antes del sitio de Rancagua. Lo veía pasar continuamente por las ventanas de mi casa, en la calle de los Huérfanos; ya sabía yo la hora en que acostum-

braba pasar, y lo esperaba con ánsia... ¿Aún no puedes decirme si todo lo que te he dicho es verdaderamente amor?

—¡Oh! sí, sí, sí, exclamó Ricardo, trasportado de gozo; eso es amor, es mil veces amor, es delirio, es cuánto yo siento también...

Y tomando las manos de Teresa, las llevó convulsivamente a sus labios.



CAPÍTULO XXXV.

Castillos en el aire.

Teresa no se daba cuenta de lo que le pasaba a Ricardo.

Llegó a creer que su alborozo provenía de la ingualdad de afectos que existía en sus corazones: su amiga había descubierto que ella amaba, que sufría idénticas emociones, y debía encontrar una gran satisfacción al considerar que tenía quien la comprendiera y la consolara.

Ella misma se encontraba feliz aplicándose iguales reflexiones en cuanto al alivio que le procuraría a sus penas amorosas la amistad de Corina.

Cesando al fin aquellas demostraciones de alegría, le dijo Ricardo:

—Ahora me toca a mí el hacerte mis confidencias.

—Naturalmente. Eso es lo convenido.

—Pero antes voi a comunicarte una reflexión que me ha ocurrido a consecuencia de esa semejanza que encuentras entre el jóven a quien amas y yo.

—Veamos eso... Pero no sea que trates de hacerme alguna burla...

—Nó, nada de eso. Es que he pensado con cierto disgusto, en que si no hubieras encontrado ese parecido en mí, no me habrías tomado tanto cariño.

—¿Ves? ya preveía que alguna deducción maliciosa habías de sacar, dijo Teresa. Pero es una tontería que te enfades por eso: el hecho es que te quiero; ya sea por una cosa o por otra, siempre da lo mismo.

—Así será, pero nadie me quita de la cabeza una idea poco consoladora.

—¿Qué idea es esa?

—La de que si pudieras ver frecuentemente al joven de tus pensamientos, no tendrías ya por mí el mismo afecto; puesto que ya no te traería mi presencia los gratos recuerdos que ahora te la hacen envidiable...

—¡Vamos! eso es ser mui descontentadiza!

—Pero no es una queja la mía, sino una reflexion... Así como así, me gusta el poder serte útil en algo, pues adivino ya cuanto partido habrá sacado tu imaginacion de esta semejanza que me coloca en un buen lugar de tu corazon.

—¿Cuanto partido, dices? pues no entiendo.

—Quiero decir, repuso Ricardo, que siendo tú tan dada a forjarte ilusiones, como has dicho no ha mucho, es seguro que mi presencia aquí te habrá sujerido un tema halagüeño para hacer castillos en el aire.

—Pues cada vez te comprendo ménos..., o mas bien, no estoi segura de lo que quieres significarme.

—¡Ah! picarilla! te haces la inocente! Vaya, te apues

to a que muchas veces has pensado... A lo ménos, yo en tu lugar...

Ricardo titubeó intencionalmente.

—Vamos, concluye, ¿qué habrías pensado? le dijo Teresa con exigencia.

—Pues mira; yo en tu lugar, en una situacion exactamente igual a la tuya, me habría entretenido imaginándome que mi amiga, esta amiga tan parecida al objeto de mi amor, resultase de pronto ser él mismo en persona...

—Oh! por Dios! qué local!

—Espera, oye, déjame continuar formando mi castillo en el aire: a ver si a tí se te ha ocurrido pensar así. Y como a mí me gusta dar toda la verosimilitud posible a mis ilusiones, siempre tomo por base de ellas algunas de las circunstancias que me rodean. Así pues, yo me habría dicho: Corina es el jóven oficial de dragones, y Amelia, que está en el secreto de su disfraz, lo ama frenéticamente. Además, sucede que el oficial, a quien le pondremos un nombre, ¿no te parece? un nombre que te guste: elije.

—¡Dios mio! eres una loca de atar!

—Nó, nó; si me gusta mucho esto... Y aunque hagas tantas admiraciones, estoi cierta de que no ando mui descaminada al suponer que tú te haces ilusiones como ésta. En fin, elije un nombre para tu oficial; pero un nombre bonito, que corresponda a tus deseos. ¿Cómo querrías que se llamara?

—Ponle tú el nombre, ya que tanto empeño tienes en bautizarlo.

—¡Vaya! todo lo he de inventar yo! qué hemos de ha-

cer! Supondremos que se llama... Enrique... Nó; hai nombres mas bonitos... Ricardo... ¿te gustaría que se llamara Ricardo?

—No es mal nombre. Bueno, que sea Ricardo. Sigue ahora con tus locuras.

—¿En qué estábamos? preguntó Ricardo.

—En que Amelia estaba enamorada de...

—De Ricardo. No hai que olvidar el nombre. Ahora bien, Ricardo, por su parte, obligado a hacer su papel de mujer, te trata como amiga, y se ha visto en el caso de recibir tus besos y abrazos.

—¿Qué dices, disparatera! por Dios! qué vergüenza! ¿Solo de imaginarlo me horrorizo... ¡Vaya! dejémonos de esto...

—Nó; ya hemos principiado. Mira que se me van ocurriendo unas cosas mui lindas, mui divertidas. Oye: Ricardo que no ha amado nunca...

—¿Pero no has dicho que Amelia es su amante?

—Sí; he dicho que Amelia lo ama, pero nó que él le corresponda.

—¡Ah! vaya; así se compone mui bien.

—¿No ves? ya te habías alarmado: ibas a ponerte celosa de Amelia.

Teresa se rió festivamente, pero mui quedo. Ya hemos dicho que ambos tenían cuidado de no levantar la voz en toda esta alegre conversacion.

Ricardo prosiguió:

—Tanto beso y abrazo de una jóven tan hechicera y graciosa como tú, produjeron su efecto en el corazon de Ricardo. Es mui natural suponer esto. Aquí tenemos en-

tonces al oficial de dragonés correspondiendo un amor que ignora; como tú eres correspondida sin saberlo.

—Pero le haces mui poco favor a Ricardo: nada me gusta esa indignidad de estar engañándome, sorprendiéndome con su disfraz y obteniendo caricias... Oh! si me pasara una cosa así, tan inverosímil, me moriría de vergüenza, o se trocaría mi amor en odio... ¡Ai, por Dios! son horribles tus suposiciones!... Pensar que tú, que estás aquí, junto a mí, que acabo de besarte y de estrecharte en mis brazos; y que resultáras siendo un hombre! Cielos! sería el engaño mas abominable! No me gustan tus castillos en el aire.

—No te dejes llevar de la primera impresion: si todo puede tener una salida. Supon que Ricardo, habiéndose visto al principio obligado a recibir tus caricias, por dar verosimilitud a su disfraz, se encuentra todo embarazado cuando el amor se ha apoderado de su corazon: se arrepiente de haber ido tan léjos; se confunde sin hallar qué partido tomar; cada día está mas enamorado; y cada día añades tú mas leña al fuego con tus caricias. Pero él no es tan culpable como dices.

—Es mucho acomodo ese para llevar adelante la ilusion...

—¿Así lo crees? pues mira cómo la misma realidad me va a servir para dar verosimilitud a mi suposicion. Aquella indiferencia que tú me has reprobado siempre, aquel resistirme a tus expansiones de amiga, aquel evitar tus cariños; todo eso ¿no ves que nos da pié para discurrir bien sobre nuestro finjido Ricardo? Pues supongamos que proceda así, porque su conciencia, su delicadeza, su propio amor, claman dentro de él mismo

contra su singular situacion. Supongamos que no halla qué hacer, qué partido adoptar: no se encuentra con fuerzas para rechazarte, para romper contigo; ni tampoco se atreve a descubrir su ficcion despues de lo que pasa entre tú y él, o mas bien entre tú y yo; pues que hemos supuesto que yo soi el atribulado Ricardo.

—¡Qué cabeza para discurrir tantos inventos! ¿Sabes que sería orijinal una situacion así? pues te aconsejo que escribas novelas: tienes talento para forjar cuadros singulares e interesantes.

—Pero no me interrumpas: díme, con los precedentes que de jo establecidos, ¿no es cierto que ya es disculpable el proceder del pobre Ricardo?

—Así, así; quién sabe... dijo Teresa.

—¡Eres poco caritativa! Pues hagamos mas viva la ilusion, prosiguió Ricardo. Supongamos que yo, decidido al fin (y fijate en que digo *decidido*, para ser consecuente con mi papel de hombre que me impongo), decidido a salir de tan mortificante situacion; sin poder encubrir por más tiempo el amor que arde en mi pecho; y esperanzado en que tú, que eres tan bondadosa, me has de perdonar los agravios que te he hecho contra toda mi voluntad, vengo a revelártelo todo. Dí: ¿me perdonarías? no tendrías compasion de mí? no podría tambien mucho en tu corazon el amor que me tienes? Habla, pues.

—Imposible es calcular lo que haría en un caso así.

—Pues haz que se fije bien en tu alma la idea de que yo soi Ricardo; supon que es ahora mismo cuando vengo a desengañarte. Mas todavía: supon que toda esta conversacion desde el principio hasta aquí, la tienes conmi-

go, siendo yo Ricardo; que de este modo me hago sabedor del amor que me tienes.

—¡Dios mío! ¿a qué llevar tan adelante las suposiciones?

—Es un capricho. Ponte, pues, en el caso que digo: que ya conozco tu amor: y mas aún, que estos castillos en el aire hayan sido un medio que yo he elejido para llegar a descubrirte la verdad...

—¡Qué estás diciendo!

—Ya veo que la ilusion va siendo perfecta. ¡Bueno! Ahora te digo: "Ya ves, Teresa, que solo puedes culpar a las circunstancias. ¡Perdon! Yo te amo; deliro por tí! quisiera haber tenido la fuerza necesaria para ocultar mi amor por ahorrarte el disgusto que te causa mi conducta; pero me ha sido imposible; mi corazon no sufre ya tanta violencia! Y ahora, ya sé que me amas! oh! tú me amas, ¿y podrías tener la crueldad de castigarme con tu desprecio, con tu odio, como dijiste ¡hace poco? ¡aborrecer al primero, al único que ha dado felices ilusiones, calorosas y gratas palpitaciones a tu corazon; como tú has sido la primera que ha ocupado el mío! perdon, perdóname, Teresa; te lo pido de rodillas!"

Y Ricardo se dejó caer de hinojos junto a la cama, y apoderándose de una mano de Teresa, la cubrió de apasionados besos, sin que ella pudiera darse cuenta de lo que le pasaba.

No hallaba qué pensar: si aquello era la continuacion de las ficciones de Corina, o si verdaderamente, se habian convertido éstas en realidad.

—¡Pero qué es esto! exclamó al fin: ¡por la Vírjen! es de veras lo que haces?

—Dí, Teresa, si perdonas a Ricardo; dilo, o morirá aquí de dolor.

—Pues bien, te digo que lo perdono, a fin de que concluyas de una vez esta farsa.

Teresa dudaba; se sentía mortificada; pero no podía desprenderse fácilmente de la idea a que su mente se hallaba acostumbrada, y por eso es que aun dudando, contestaba así.

—¡Me perdonas! dijo Ricardo con el acento mas penetrante de súplica.

—Sí, sí, sí, ya está, repitió Teresa impaciente!

Ricardo se levantó entonces con precipitacion; y quitándose la chaqueta del vestido, lo dejó caer al suelo, apareciendo de improviso con su traje de hombre.

Teresa dió un grito y se cubrió la cara con la sábana.

—Ya has dicho que me perdonas, Teresa; te amo, te idolatro, tu amor es mi vida, le dijo Ricardo, volviendo a arrodillarse y apoderándose otra vez de una de sus manos.

Al mismo tiempo, un doloroso jemido partió del ángulo del cuarto en que se hallaba Amelia.

El grito de Teresa la había despertado; y pudo ver a Ricardo en traje de hombre, y oír sus últimas palabras.



CAPÍTULO XXXVI.

Preparativos de San Bruno.

Durante aquella noche de tanta felicidad para Ricardo Monterreal, el capitán San Bruno durmió ménos bien de lo que era de esperarse.

Era feliz; agitaban su corazón mil esperanzas, mil emociones amorosas; y el amor feliz desvêla tanto como el desgraciado. Morfeo en su infancia debió reñir con Cupido, en aquella edad dorada en que los dioses andaban "del valle al monte, de la selva al cerro, perdiendo la paciencia y la mañana," como el león de Samaniego.

Es extraño que los trovadores de las crónicas olímpicas no hayan consignado el hecho; pero tengo para mí que Morfeo, saltando en paños menores de su lecho de adormideras, y Cupido, echándose atrás la venda y arrojando su aljaba y flechas, que no le servían para lances tan agrios, debieron armar una brava pelotera de mojoncillos, en que no llevaría Morfeo la mejor parte.

Con esto queda asaz probado que San Bruno tenía razón para no dormir; pero la prueba será irrecusable

cuando agreguemos que sus pensamientos amorosos estaban ligados a misteriosos proyectos que los mismos hechos de él nos irán descubriendo, sin que tengamos que violentar nuestra poderosa penetracion de novelista.

San Bruno madrugó al día siguiente, como hombre que tiene graves negocios que realizar.

Entró y salió repetidas veces por los pasillos de la cárcel; dió órdenes a los subalternos; conferenció con Villalobos, y por último salió en direccion al palacio del presidente, que como todos sabemos, era el que después sirvió de cuartel de guardias nacionales, posteriormente prestó sus servicios a la honorable Sociedad de Vacacion, y hoi reedificado es administracion de correos.

No tuvo, pues, San Bruno mas que seguir a lo largo del costado norte de la plaza, salvando el frente de las Cajas, para encontrarse a la puerta de la morada de Ossorio.

En seguida, como hombre de valimiento, y mui al corriente de los usos de palacio, se dirijió por los corredores a un departamento lateral, en donde se hallaban reunidas algunas personas cuya actitud y conversacion eran propias de jente que hace antesala.

A la sazón serían las nueve de la mañana.

San Bruno saludó con gravedad al entrar, e hizo señas a un hombre con trazas de portero, que se apresuró a acudir con una viveza que denotaba el respeto que ya por aquel tiempo comenzaba a infundir el tristemente célebre capitán.

—¿Está en pié el señor Presidente? preguntó éste.

—Sí, señor; hace un buen rato, pero aún no ha llama-

do... Sin embargo, si usted quiere entrar, ya sé que no hai etiqueta...

—Vé a avisarle de mi venida.

Miéntras el portero obedecía, San Bruno dió algunos paseos a lo largo de la antesala, como fuertemente preocupado de sus propios asuntos.

No tardó en aparecer nuevamente el portero, abriendo las hojas de la mampara de cristal guarnecida de cortinas lacres, de seda, que daba entrada a la habitacion de Ossorio.

San Bruno entró y se adelantó algunos pasos, miéntras el portero salía y cerraba por fuera la mampara.

Aquella era una vasta pieza, a cuya extremidad se veía a Ossorio sentado al frente de una mesa cubierta de papeles.

—Adelante, capitan, dijo éste desde su asiento y abandonando un libro que tenía en las manos. Preciso es que algun asunto de importancia lo obligue a usted a hacerme interrumpir mis oraciones de la mañana.

San Bruno comprendió que aquellas palabras encerraban una disimulada leccion; pero finjió no hacer alto en ello.

Conocía de sobra el carácter de Ossorio; sabía que no abrigaba grandes simpatías por él; pero que se doblegaba ante el temor de contrariar a un celoso servidor de la causa realista.

—En efecto, señor; no es una futilidad lo que aquí me trae, dijo respetuosamente.

—Pues veamos qué es ello.

—Vengo a decir a Vuestra Excelencia que, a pesar de las precauciones que se han tomado, es ya un hecho

del dominio de todos los presos políticos el secuestro que se ha hecho en sus casas de todos los papeles que se les han hallado.

—¿Y qué quiere usted que le haga yo? si lo han sabido, ya no tiene remedio.

—Además: tienen tambien noticias del destierro a Juan Fernandez que se les prepara.

—Pero eso no es cosa decidida para todos: falta aún que el tribunal de purificacion designe a los que resulten culpados.

—¡Ah! yo lo había entendido de otro modo, Excelentísimo Señor.

—¿Qué era lo que usted había entendido?

—Mas bien, no soi yo solo, sino casi todos los jefes del ejército los que han dado una interpretacion distinta al art. 13 de las instrucciones del Excelentísimo señor Virei de Lima...

—A ver, a ver ¿cómo es eso? preguntó Ossorio, sin poder disimular un ligero sonrojo que denunciaba su alarma.

—Señor, es mui claro. ¿Me permite Vuestra Excelencia leer ese artículo?

—Por supuesto, y aquí tiene usted el documento original a que se refiere.

Y Ossorio, después de rebuscar entre los papeles que cubrían la mesa, presentó a San Bruno un pequeño legajo, cuyas hojas se hallaban reunidas con ataduras de cintas de seda de los colores de la bandera española.

San Bruno hojeó el legajo, y sin demorarse gran cosa leyó:

«Art. 13. Se pondrá en segura prision a los cómpli-

ces que hayan tenido parte en la primera revolucion o en la continuacion de ella, como motores o cabezas, y así mismo a los miembros del gobierno revolucionario; los cuales se enviarán a Juan Fernandez, hasta que formada la correspondiente sumaria, se les juzgue según las leyes, con lo cual se quita el recelo de que puedan volver a conspirar."

Cuando San Bruno acabó de leer, se quedó mirando a Ossorio como quien dice: ya vé usted que esto es claro.

—¿Pero no es lo mismo que estamos haciendo? preguntó el presidente. El tribunal de purificacion va a señalar a los que deben mandarse a Juan Fernandez.

—Pues todos pretenden, Excmo. Señor, que no debe hacerse así, repuso San Bruno con mas entereza de la que convenia a un inferior.

—¿Y quiénes son esos que pretenden..., que se creen con derecho para juzgar mis resoluciones?

—¡Oh, señor! cuando yo tengo el arrojo de desafiar el desagrado de Vuestra Excelencia, viniendo a manifestarle lo que se dice de sus actos, no me anima otra intencion que la de ilustrar a Vuestra Excelencia para que mire lo que debe hacer; pero no la de constituirme en delator de los que emiten su juicio privadamente, y solo llevados de su celo por el éxito de nuestra causa.

—¿Pero acaso no soi yo el mas celoso sostenedor de la misma causa, señor San Bruno?

—Nadie lo duda, Excmo Señor; pero una de las virtudes que adornan a Su Excelencia, es la caridad para con los desgraciados, y se teme jeneralmente, que ésta lo haga olvidar las graves culpas que pesan sobre nuestros prisioneros.

Ossorio miró al capitán con una fijeza que habría intimidado a cualquiera otro.

Pero él se contentó con inclinarse ante esa mirada, diciendo:

—No olvide Vuestra Excelencia, que no sólo una vez le he protestado que mi ruda franqueza es hija de la misma abnegación con que le sirvo.

Ossorio pareció rendirse a esta manifestación.

—Explíquese usted, le dijo sin dureza; veamos cómo entienden los señores del ejército la disposición que usted ha leído.

—Estando a la letra y al espíritu de ella, el camino de Juan Fernandez está irremisiblemente trazado para todos los reos políticos que existen en la cárcel; pero sin que deban mediar las dilaciones que suscita el tribunal de purificación. La obra de éste será, si Vuestra Excelencia quiere, averiguar el grado de culpabilidad de cada uno; pero su fallo no debe esperarse para decretar el destierro, sino que servirá para suspenderlo.

—¿Y no vé usted como nos esponemos así a confundir al inocente con el culpable?

—Recuerde Vuestra Excelencia que hasta aquí solo hemos aprisionado a jentes notoriamente comprometidas en la revolución. Y además, yo por mi parte, me tomaré la libertad de hacerle presente que el vecindario está plagado de insurjentes que fraguan quizá a estas horas tenebrosas maquinaciones, y a quienes no es posible aprehender solo porque están llenos los lugares de detención.

—¿Tiene usted pruebas de que tenemos tantos enemigos en la ciudad?

—¡Ai, señor! ¿a qué otra cosa atribuye Vuestra Excelencia la continúa desaparicion de soldados de mi cuerpo, de que todos los días estoi dándole cuenta? En mis soldados no caben las deserciones, señor; algo mui grave sucede, que nos diezma la falanje de los mas escojidos servidores del ejército.

—¿Cree usted que eso proviene de...?

—De que hai conspiradores que tienen empeño en concluir con todos nosotros. Estoi cierto de que aprisionan o matan a mis soldados; de que los arrastran a pérdidas celadas; y como van las cosas, en poco tiempo no habrá talaveras con que cubrir la guardia del palacio de Vuestra Excelencia, y tendrá que recurrir a los batallones traídos de Chiloé y Concepcion.

Ossorio se alarmó de una manera visible.

—En verdad, dijo, la situacion es delicada. Pero nunca me había usted manifestado su juicio acerca de esa desaparicion de los soldados...

San Bruno le interrumpió con una triste sonrisa.

—Me creía, señor, dijo, que Vuestra Excelencia nos miraría con mas apego para preocuparse del hecho y presentir la causa.

Desentendióse Ossorio de esta queja, y dijo:

—Siempre será preciso demorar algunos días para disponer el trasporte de los prisioneros.

—Pueden llevarse desde luego a Valparaiso, Excmo. Señor; y aún para esto será necesario tomar sus precauciones: sacarlos ocultamente de aquí para que no se aperciban de ello los vecinos, y no comunicar la orden sino al jefe que ha de ejecutarla.

—Pues bien, se hará así: hoi mismo se oficiará al go-

bernador de Valparaiso, y esta noche vendrá usted a recibir mis órdenes.

—Está bien, señor.

San Bruno se inclinó con el mayor respeto; hizo como que se iba; y en seguida se volvió de pronto.

—En cuanto a don Gabriel Monterreal..., dijo, e hizo una reticencia.

—¿Quién es ese?

—Aquel anciano enfermo que se encontró escondido con su familia en una casa de Rancagua...

—¡Ah! ya me acuerdo..., que había con ellos un talavera muerto...

—Precisamente; y la hija es la misma jóven que nos fué reclamada como hermana por aquel Rodriguez que sorprendió astutamente a Su Excelencia, obteniendo un salvo-conducto.

—Ya lo sé eso... Y a propósito: ¿qué ha resultado de las declaraciones de aquel hombre a quien se le encontró ese papel? ¿No se encargó usted de averiguar lo que había?

—Resulta, señor, que ese hombre es inocente: me he convencido de que ha sido tan engañado por las astucias de Rodriguez, como Vuestra Excelencia mismo. Parece que con la mas inocente sencillez compró a éste el salvo-conducto con el fin de venir a Santiago a favorecer a su familia.

—¿Y se ha dejado usted embaucar con esa fábula? preguntó acaloradamente Ossorio.

San Bruno se sonrió en su interior de las pretensiones de avisado que abrigaba el presidente.

—¿Qué pruebas lo han convencido a usted de la ino-

cencia de ese hombre? continuó éste; supongo que no se habrá atendido sólo a sus aseveraciones.

—He tomado cuantas medidas me han parecido propias para esclarecer la verdad, señor; y ya sabe Su Excelencia que pocas veces me dejo engañar. Tras de mandar a la casa del hombre en Santa Rosa de los Andes, tras de interrogar a todos los de su familia aquí en Santiago, se le ha sometido a una prueba bastante elocuente...

—¿Cuál?

—Le hecho dar algunos azotes, señor.

Ossorio hizo un pequeño jesto de disgusto.

—Me parece bastante, dijo. Así es que el pobre hombre estará al presente en libertad.

—Aun nó, señor; espero practicar otras dilijencias: no omitiré medio alguno para encontrar al culpable y castigar el desacato que ha cometido con Vuestra Excelencia. ¡Una burla como esa!...

—Lástima grande sería que quedara sin escarmiento, observó el presidente.

—Por cierto, señor; estos insurjentes no se quieren otra cosa que hacer irrisión de las autoridades españolas; y a la hora que encuentren pié para ello... Por eso es que hasta hoi no he querido poner en libertad a ninguno de los que me parecen haber tenido relaciones con Manuel Rodriguez; y aprovechando la autorizacion con que Vuestra Excelencia me ha honrado para la ventilacion de este negocio, espero llevarlo en breve a feliz término.

San Bruno mentía en esto, como puede calcular el lector, pues no tenía esperanza alguna de descubrir el paradero de Rodriguez, y aún tenía por cierto que ha-

bría pasado la cordillera; pero con el fin de tener en su poder y a su entera discrecion a la familia de Monterreal, halagaba los deseos de Ossorio con aquella expectativa, después de excitar él mismo su enojo contra Rodriguez ponderando la magnitud de su falta.

El presidente era un hombre de mui buena fé para que pudiera dudar de la probidad de un partidario tan celoso de la causa española, y aunque, como hemos dicho, no tenía muchas simpatías por él, le parecía sin embargo que sus encargos debían marchar bien en sus manos.

En esto no iba engañado tampoco, pues si San Bruno llegaba a apartarse, en favor propio, de la rectitud, nunca habría sido un ápice contra los intereses del gobierno español, de la manera que él los entendía en su fanático y sanguinario celo.

—¿Cuántas personas están detenidas, preguntó Ossorio, por suponerlas sabedoras del paradero de Rodriguez?

—Seis, Excelentísimo Señor, aunque precisamente no es tan sólo eso lo que me obliga a retenerlas.

—¿Cuáles son ellas, y cuál es la otra causa que milita en su contra?

—Primeramente, don Gabriel Monterreal y su esposa.

—¿Qué han declarado éstos?

—Por lo que hace a Rodriguez, que lo conocían, pero que ignoraban absolutamente lo que era de él desde algunos días ántes del sitio de Rancagua. Ahora en cuanto al soldado de mi cuerpo que se encontró muerto en su escondite, dicen que lo mató una criada llamada Antonia...

—Que estará tambien en lugar seguro.

—Es una víbora esa, Excmo. Señor, que estuvo en manos de mis jentes hace pocos días, despues de aporrear con una silla al que primero trató de aprehenderla...

—¡Oigan! tan brava salió! pero de seguro que ya la habrá usted suavizado!

—Hemos andado con desgracia en esa parte, señor.

—¿Como es eso?

—No por culpa nuestra, sino por haberse mezclado en el negocio el gobernador de Rancagua.

—¿Y qué tiene que ver él en esto?

—Voi a decirlo a Su Excelencia. La hija de Monterreal, fué encontrada por dos soldados que mandé a Rancagua con el objeto de hacer pesquisas: se hallaba en compañía de la criada, en casa de una jóven llamada Amelia; y todas tres atacaron al talavera que se dejó de guardia en la casa miéntras se disponía la traslación de ellas a Santiago, y llegaron hasta sacarle un ojo.

—¡Acabáramos! eso es lo que me contó Maroto no ha muchos días... ¿No fué una sordo-muda la que con una daga...?

—Justamente, señor: esa es la hija de Monterreal.

—¡Bueno!

—¿Cómo bueno, Excmo. Señor?

—Porque como me han dicho que esa muda está en la cárcel, supongo que no quedará impune su atentado.

—Sí, señor; pero ruego a Vuestra Excelencia que lo deje a mi encargo, por hallarse esa jóven implicada en lo que atañe a Rodriguez.

—Está bien; ¿y qué resultó de la criada?

—Lo que hubo fué que se armó tal algazara de gritos

y golpes a las puertas de la casa en que sucedió aquello, que el gobernador tuvo noticias del hecho e intervino.

—Eso es mui justo.

—Pero aquí estuvo el mal: ese señor dió oídos a las súplicas de aquellas mujeres y les concedió que para trasportarlas a la cárcel de Santiago, vendrían soldados de la guarnicion de Rancagua, y no los talaveras que las habían capturado.

—¡Hum! sin duda el Gobernador vió que éstos abrigaban mucho encono a consecuencia del lance, y temió que las maltrataran en el camino.

—El hecho es, señor, que los soldados de Rancagua llegaron aquí con la nueva de que al entrar a Santiago se les había escapado la criada; lo cual no habría sucedido por cierto con mis vivos muchachos.

—¿Pero de qué modo esplicaron esa fuga?

—Dicen que uno de ellos traía a la mujer a la grupa, bien atada de piés y manos; solo que éstas se las habían amarrado por delante para que pudiera tomarse del arzon trasero de la silla: que de este modo pudo cortar las ligaduras a fuerza de rebanarlas en el filete de metal de la misma montura, el cual se hallaba estropeado y presentaba un poco de filo aporósito para el objeto: que teniendo ya las manos libres, pudo desatarse disimuladamente los piés; y por último, que de improviso saltó del caballo y se metió en un laberinto de cortijos en donde se hizo humo hasta ahora.

—¡Mui bien! la mas culpable de todas!

—Ciertísimo, pues nos debe la muerte de un soldado... Pero hai muchos ojos que la conocen, señor, y como ha venido tan a tiempo el decreto de Vuestra

Excelencia para que nadie pueda salir de Santiago sin pasaporte...

—¿Con que a tiempo, eh? dijo Ossorio con una lijera sonrisa de satisfaccion.

—Nada mas oportuno que esa medida de Vuestra Excelencia.

—¡Bueno! me alegro de que haya sido bien recibida... Y veamos ¿qué se avanzó con la captura de las otras dos jóvenes?

—La muda declaró por señas que no sabía nada de lo que se le preguntaba. Ha sido una historia el tratar de averiguarle... Nada comprende... En fin, la otra dió mas luz. Se le dijo que la sordo-muda había sido sacada de Rancagua por un Manuel Rodriguez, y que explicara cómo era que aparecía ahora en su casa. Y dijo con poca diferencia:

—Que Corina (este es el nombre de la muda) había sido encontrada por la criada en el campo, en un paraje solo, estenuada de hambre y de sed, y que a fuerza de preguntarle, había explicado que, estando al lado de sus padres en un escondite, se desmayó al ver matar a un hombre, y que cuando volvió en sí se encontró sola en el campo, perdida y sin saber para dónde ir; que había andado mucho, y al fin, la había rendido la debilidad y el cansancio.

—¿Y qué hai en eso? preguntó Ossorio.

—Que me parece verosímil la explicacion: pues es verdad que ella estaba desmayada cuando descubrimos el escondite, y sin duda fué el asesinato del talavera lo que la impresionó: además, su desmayo le duraba cuando se la entregamos a Rodriguez. No hai duda que éste se

vió o se creyó perseguido, y se decidió a abandonarla en su fuga.

—Es lo mas razonable. Tenemos ya cinco presos...

—Cuatro no más, si me permite Vuestra Excelencia: don Gabriel Monterreal, su esposa, la hija y la jóven que la hospedaba.

—¡Ah! sin duda había contado yo con la criada.

—O con el hombre del salvo-conducto, de que hablé al principio a Vuestra Excelencia...

—Pues eso ha sido; no hai duda.

—Con ese son cinco. El otro es un esclavo de la misma familia; un infeliz que no hace mas que lamentarse y llorar; parece que ha perdido completamente el juicio; habla de talaveras muertos, de combates con su amito, que debe ser un hijo de Monterreal a quien le tocó morir cuando aprehendimos a la familia, pues había querido hacernos resistencia.

—¡Pero bien pudieron haberlo tomado vivo! ¡escusar esa crueldad!

—¡Qué quiere Vuestra Excelencia! los soldados en un momento así como aquel, llenos de calor y de arrojó, se dejan llevar de la primera impresion cuando algo se les resiste...

—Y al fin, ¿qué mas dice usted de ese esclavo?

—Que aburrido al fin de su insensatez, de sus contradicciones y de aquellos desvaríos sobre tantos talaveras muertos por su amito y hechos prisioneros, y otras muchas sandeces, lo he mandado al hospital de San Juan de Dios con órden de dejarlo en libertad si se mejora de los sesos.

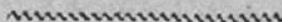
Ossorio hizo un jesto de aprobacion,

—Ahora se dignará Vuestra Excelencia decirme si le parece que se ha hecho todo conforme a equidad, o si tiene algo que observarme...

--Estoi plenamente satisfecho, capitan; me parece mui bien, y lamento como usted los contratiempos que han impedido una conclusion feliz. Le confirmo a usted mi autorizacion para llegar a obtenerla, siendo usted libre de dar la libertad a los presos de que hemos hablado o de pedirme su castigo cuando lo crea oportuno.

El capitan se inclinó en señal de agradecimiento y saludando para retirarse.

—Páselo usted bien, le dijo afectuosamente Ossorio, y vuelva esta noche a tomar las órdenes de que hemos hablado.



CAPÍTULO XXXVII.

Cosas de la época.

Concluida la audiencia del presidente, el capitán San Bruno se apresuró a volverse a la cárcel; su corazón estaba ansioso de la vista de su amada.

Con un aire de gozo inusitado en su sombrío rostro cubierto de espesas patillas, salió nuevamente a la plaza, dignándose aún contestar el saludo que le hizo con el fusil el centinela de la puerta.

Aquella transformación de su fisonomía debió llamar la atención de dos personajes que entraban al palacio al mismo tiempo que él salía; porque uno de ellos, militar de más edad que San Bruno, y cuyo uniforme era también de talaveras, le dijo:

—¿Qué hai, capitán? por qué tanto gusto? ¿alguna captura famosa?

—Mas que eso, mayor; otra cosa que promete más, y que por ahora no se puede decir.

—¡Hola! secreto de estado! dijo el compañero de éste,

que era un petimetre de figura poco simpática, aunque mui afable en su espresion.

—Una cosa así, respondió San Bruno. Pero ustedes ¿qué vienen a hacer tan de mañana por acá?

—Yo estoi convidado a almorzar, dijo el mayor con mal encubierto gozo.

—¿Y usted llevará aprendidos algunos versos de los que compone el presidente? preguntó San Bruno al petimetre.

—Sí tal, dijo este con fatuidad: le aposté anoche a que para hoi por la mañana le recitaba las ocho primeras estrofas de su canto a los vencedores de Rancagua, que ha compuesto últimamente.

—¿Y cuánto le va a él en la apuesta? porque ya se sabe que siempre es él quien paga cuando se trata de que le aprendan sus versos.

—Ahora me ha prometido simplemente variar la providencia que puso en una solicitud de don Anselmo Cruz.

—¡Oigan! ¡ha presentado una solicitud don Anselmo Cruz! pues no sabía nada; ¿qué pide en ella?

—Que se le permita salir de la cárcel bajo fianza.

—¿Sí? pues está curioso! exclamó San Bruno.

—¿Por qué, pues?

—Porque se necesita desplante para pedir tal cosa: ¡figúrese usted, un insurjente de los más pronunciados!

—Pero como ofrece fianza, y..., dijo el petimetre medio cortado.

—¿Y qué?

—Y yo tengo interés en que se le conceda lo que pide.

—¡Ah! seguramente le deja una buena utilidad el patrocinio de la solicitud!...

—No mucho...; pero en^{fin}, algo es algo...: quinientos pesos no se encuentran al volver de una esquina.

San Bruno abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí, querido capitán: ya ve usted si tengo motivos para empeñarme: era lo mismo que le venía diciendo ahora a mi amigo Morgado.

E indicó al mayor.

—Pero hasta aquí no han ido bien las dilijencias, observó éste; porque al presidente se le ocurrió poner una de aquellas providencias que emplea cuando está de buen humor.

—¿Cuál ha sido esa? preguntó San Bruno con interés.

—Estampó al pié de la peticion un redondo "*No quiero.*"

—Me parece mui bien, replicó San Bruno; está eso parecido al "*Buen viaje*" con que proveyó la solicitud en que el teniente Castañeda pidió permiso para irse a Lima.

—Parecido en el laconismo, dijo el petimetre; pero mui diferente en el sentido.

—Ya lo creo! repuso Morgado.

—Y yo lo que creo es, le observó el petimetre, que si el presidente ha proveído mal mi solicitud..., quiero decir la que yo protejo, ha sido más por aprovechar la ocasion de escribir un chiste, que por mala voluntad; y de aquí es que ha estado tan blando para prometerme el variar de resolucion si ganaba yo la apuesta sobre aprenderle sus versos.

—¿Y los trae usted aprendidos? preguntó San Bruno.

—Naturalmente: ¿quién no aprende ocho estrofas en una noche? mire usted, esta es la última:

Y tronando incesante el cañon,
Nubes de humo se elevan al cielo
Que demandan quizás un consuelo
Para el justo y piadoso español.

Van mis preces mezcladas a ellas,
Que el fragor.....

Y el petimetre se rascó la cabeza repitiendo:

—Que el fragor... ¡Caramba! cómo se me ha olvidado esto: lo tengo en la punta de la lengua... Que el fragor...

—En fin, eso es lo de menos, dijo San Bruno. Pues yo le aconsejo a usted que desista de su empeño. Verdad es que los quinientos pesos son tentadores; pero eso no quita... Ni por mil pesos abogaré yo por un insurjente. No me estraña que estos bribones tengan con que ser tan largos para sus ofertas, apesar de la pobreza que aparentan... ¡Se han llenado con los dineros públicos en el buen tiempo que han tenido! Vea usted: yo creo que lo mejor sería..., y no tenga usted escrúpulo ninguno; lo mejor es que pida los quinientos pesos anticipados: y después, con cualquiera excusa, queda usted libre de todo compromiso.

—¡Pero es una maldad!...

—Una pillería que no alcanza a ser pecado venial, repuso San Bruno.

—Y si lo fuera, ya usted lo absolvería ¿no es cierto? le dijo Morgado.

Y volviéndose al otro, añadió con tono persuasivo:

—Ya puede usted decidirse; la absolución del capitán vale tanto como cualquiera otra; ¿no sabe usted que es religioso de la orden franciscana de Zaragoza?

—Pues a no haber colgado los hábitos, estén ustedes seguros que al penitente que me trajera a la confesión pecados como éste, le daba por compurgados los otros: lo absolvía sin imponerle penitencia.

—No haría usted un mal confesor, repuso Morgado... ¿Pero sabe usted que ahora sería tiempo de que tomara otra vez la sotana? tan bien quiso como está con el presidente y el obispo, nadie se haría de rogar para concederle órdenes, y en pocos meses podría hacer efectivas las buenas disposiciones para absolvernos a todos los que queramos hacer negocios lucrativos con los insurrectos.

San Bruno se rió de una manera particular.

—Otras órdenes me preocupan ahora, dijo maliciosamente...

Y viniéndole a la memoria el recuerdo de su Corina, agregó con viveza:

—En fin, yo me voi: mediten ustedes mi consejo, que es bueno; piensen en que la menor gracia para los insurrectos es desgracia para nosotros.

—No soi yo quien necesita meditar eso, dijo Morgado.

—El presidente sabrá lo que hace, replicó el petimetre.

—Sí! como no es él quien tiene que lidiar con tanto desalmado, ni usted tampoco, está mui bueno soltar uno por cada verso..., o como los llama usted...

—¿Estrofas?

—Estrofas o estropeadas...

—¡Estropeadas! Atienda usted que es al presidente a quien le critica.

—No tal, me refiero a lo mui de corrido que usted las recita.

Y San Bruno se alejó precipitadamente, celebrando sus palabras con una festiva carcajada que excitó la admiracion de Morgado y lo movió a decir:

—Jamás he visto a San Bruno tan contento; no sé qué pensar de su alegría; pero algo que lo hace mui feliz habrá obtenido del presidente.

Entretanto, San Bruno, sin cuidarse de la sorpresa que producía su buen humor, caminó a pasos acelerados hácia la cárcel.

—¡Mi linda muda! se decía: ya es la hora en que puedo volver a verla. Precisamente se hallará ya en el balcon, según acostumbra, y ya le habrán explicado sus amigas con detencion los sentimientos que me animan y las promesas que he hecho de protegerla a ella y a sus padres. Mas me gusta así, que no por violencia, obtener el logro de mis deseos: llevarémos las cosas de este modo hasta donde sea posible: verdaderamente es una cosa agradable infundir amor... Y una muda es una joya, dígase lo que se quiera; es la discrecion personificada; es cuanto puede desear un hombre de mi carácter. Yo soi enemigo de gastar palabras; ni sé tampoco decir las sandeces que acostumbran los pisaverdes... ¡Oh! es mil veces preferible tratar con una jóven así. Es verdad que ahora, al principio, no está de mas el hacerle comprender algo; pero ya me instruiré del lenguaje que emplea la rubilla, a quien mui luego quitarémos de ahí.

Con tales pensamientos, el capitán entró a la cárcel, y su primer cuidado al llegar al patio, fué mirar hácia la parte en que se hallaba la habitacion de Ricardo.

No se había engañado en sus cálculos: Ricardo estaba con Teresa al balcon.

Observó además con secreta alegría, que su presencia había sido notada al instante, como si lo hubieran estado esperando.

Teresa fué la primera que lo vió, y acto continuo le hizo una insinuacion a su compañera.

A la hora en que esto sucedía, el patio de la cárcel ofrecía la misma animacion que el día anterior, cuando nos introdujimos a ella: los presos vagaban en libertad por todas partes, unos paseándose, ya solos, ya acompañados; otros parados formando grupos en que se hablaba, se murmuraba o se reía, segun la impresion que la cárcel hacía en el ánimo de cada uno.

Como el día antes, era fácil tambien notar la figura del pintor entre los presos que se paseaban. Solo que ahora iba y venía en compañía de otro que a primera vista dejaba conocer cierta dificultad para andar, aún cuando los paseos se hacían con notable reposo.

El capitán subió la escalera que conduce a los altos, y mui pronto se halló delante de Ricardo y Teresa, quienes lo acogieron con una graciosa sonrisa.

Cambiados los cumplimientos de ceremonia, dijo San Bruno a Teresa, principiando la conversacion por lo mas del caso:

—No veo con ustedes a la señorita Amelia...

—No ha querido levantarse, dijo Teresa; parece que

ha amanecido indispuesta: aunque no ha dado otra razón que la de que tiene sueño.

—Será que conversarían anoche hasta muy tarde, repuso el capitán con una significativa mirada que fué a descansar en Ricardo.

Teresa miró también a éste con una risueña expresión que no estaba exenta de malicia.

—En efecto, dijo, nos entretuvimos un poco haciendo comentarios sobre las promesas de usted.

—¡Oigan! soy muy feliz en haber merecido que ustedes se ocuparan de mí... Pero ¿puede saberse el resultado de esos comentarios?

—Voy a hacer que le conteste Corina por mí: de esa manera quedará usted más satisfecho, ¿no le parece?

Y volviéndose a Ricardo, le hizo con la cabeza un ademán interrogativo al mismo tiempo que con una mano designaba a San Bruno.

Ricardo, que hasta entonces había guardado un continente serio, y cuyo rostro no se había animado más que para saludar a San Bruno, tomó ahora un aire enteramente distinto: se sonrió con afectada modestia; hizo señas de que entendía, y le presentó la mano al capitán: todo con una expresión de inocente confianza que habría engañado al más perspicaz.

—¡Vamos! ha hecho usted más de lo que yo esperaba, dijo San Bruno a Teresa al mismo tiempo que oprimía, reteniéndola por un instante, la mano de Ricardo.

—He querido anticiparme a usted, le contestó la joven, en el cumplimiento de nuestras recíprocas promesas, porque cuando se trata de servicios, me gusta ser siempre la primera.

—Pues sin embargo de que reconozco y agradezco su diligencia, yo creo que por esta vez no ha logrado usted ser la primera.

—¿De veras? ¿Ha hecho usted ya lo que me prometió?

—Por cierto: he hablado, he suplicado y no he omitido medio alguno para conseguir la libertad de todas ustedes.

—Pero, en fin ¿qué ha obtenido usted?

—Casi todo lo que deseaba... o mas bien, todo; pero no de pronto.

Ricardo se puso a mirar hácia el patio, como enteramente ajeno a lo que se hablaba.

—Va usted a estrañar, continuó San Bruno, que lo que con mas empeño he solicitado, ha sido cabalmente lo que no se me ha concedido desde luego.

—¿Y cuál es eso, pues?

—Le diré a usted: en cuanto a Corina y su padre, me dijo el presidente que pediría hoy informes al tribunal de vindicacion, y por lo que hace a usted y su familia, resolvió desde luego el concederles la libertad.

—¡Dios mio! qué gusto! exclamó Teresa dejándose llevar de su primera impresion.

Mas, al punto, pensó en Ricardo, y agregó con sentido tono:

—¡Pero Corina se queda aquí!

—Se quedará un día mas a lo sumo; ya he visto a los miembros del tribunal, que son amigos míos, y me han prometido informar segun mis deseos.

—¡Oh! entonces está hecho todo! vaya! cuánto le agradezco a usted!

—El presidente quedó de tenerme firmado para esta noche el decreto relativo a usted y su familia; de manera que mañana mui de alba podrán salir de la cárcel, así como espero que Corina pueda hacerlo pasado mañana.

—¿Y Amelia? preguntó Teresa como acordándose de improviso.

—¡Ah! en cuanto a esa señorita hai una condicion, dijo el capitan sonriéndose tristemente; y es la de que declare el paradero de Antonia, la criada que fué de la casa de Corina, y que últimamente le servía a ella.

—Pero ¿cómo quiere usted que sepa eso Amelia?

—Es mui natural que le dijera algo la criada ántes de fugarse.

—Está usted mui engañado: por lo que yo sé, la fuga de esa mujer fué tan imprevista para Amelia y Corina, que les sorprendió tanto como a los mismos soldados.

—Bien puede ser; pero tal es lo que el juez piensa exigir de esa jóven.

—¿Quiere usted que le haga saber a Corina todo lo que me acaba de decir?

—Ese es mi mas vivo deseo.

Teresa llamó la atencion de Ricardo tocándole un hombro.

Volvióse éste y miró interrogativamente a la jóven.

Entonces ésta principió a traducirle en señas compendiosas lo que había.

Reclinó la cabeza sobre la palma de la mano y cerró los ojos para indicar una noche, y luego mostrándose a sí misma, le hizo indicaciones de salir fuera de la cárcel.

En seguida señaló a Ricardo, para significarle que se

trataba de él; repitió por dos veces los ademanes con que denotaba la noche, y por último, volvió a indicar la salida de la cárcel.

Por poco espresivas que fueran las señas, Ricardo pensó en la perspicacia de que jeneralmente están dotados los mudos, y se dió por entendido finjiendo la mas gozosa sorpresa.

Mas, de pronto adoptó un aire triste y alarmado, y señaló hácia las habitaciones de sus padres y los de Teresa, como preguntando si ellos debían seguir presos.

La jóven se sonrió indicándole que todos saldrían libres.

Ricardo cambió de espresion y miró a San Bruno con una demostracion tan espresiva de reconocimiento, que éste se creyó autorizado para tomarle una mano y retenerla entre las suyas.

Teresa se mordió el labio inferior para no reirse, mientras Ricardo bajaba los ojos púdicamente y hacía un ligero esfuerzo para retirar su mano sin violencia.

La emocion de San Bruno se traslucía en lo ajitado de su respiracion; mas no soltó la mano de Ricardo, sino que lo miró de un modo suplicante, como exijiendo por gracia el que no la retirara.

Este se sonrió afectuosamente y le hizo con los ojos y la cabeza un ademan negativo, al mismo tiempo que le quitaba la mano.

Despues señaló al cuarto, y por medio de señas fáciles de comprender, preguntó si Amelia saldría tambien con ellos de la cárcel.

Aquí Teresa se vió embarazada para esplicarle el motivo por que la retendrían. Sin embargo, ensayó el

hacerse entender del mejor modo posible, pero Ricardo manifestó una tenaz ignorancia y concluyó al fin por hacer ademanes de impaciencia que equivalían a decir:

—¿En resumidas cuentas, Amelia va a quedar aquí? Teresa le hizo que sí con la cabeza.

Los ojos de Ricardo manifestaron un verdadero disgusto, y miraron a San Bruno reconviniéndolo engreídamamente, como cuando se tiene derecho a usar de exigencias.

—¿No ve usted como le ha disgustado la noticia? dijo Teresa a San Bruno. Es tan amiga de Amelia: bien puede ser que se resista a salir de aquí sin ella.

—Pues entonces, digámosle que haré lo posible por satisfacer sus deseos.

Y acompañó sus palabras con indicaciones mímicas de que todo se arreglaría; lo cual pareció regocijar infinitamente a Ricardo.

CAPÍTULO XXXVIII.

El retrato.

Entretanto había llegado ya la hora de almorzar.

Los presos que tenían como procurarse de fuera la comida, se la hacían traer en porta-viandas, ya de sus casas o ya de los cafés o cocinerías inmediatas, según los recursos pecuniarios de cada uno.

A la familia de Teresa le traían la comida de su casa; la de Ricardo se la hacía traer de un café.

Llegada la hora del almuerzo o de la comida, se reunían las jóvenes a su familia.

Amelia era siempre invitada por Ricardo, o mas bien, la costumbre había escusado ya las invitaciones; cuando mas le decía él:

—¡Vamos? ya es hora.

Y se iban juntos a la pieza de don Gabriel y doña Irene.

La conversacion de San Bruno fué, pues, interrumpida por el anuncio que vino a hacer un soldado a Ricar-

do y Teresa de que se les esperaba en las habitaciones de sus padres.

San Bruno se despidió cortesmente, sin omitir una última demostracion de cariño a Ricardo.

Cuando ya se alejó algun trecho, dijo éste a Teresa:
—Me parece que no vamos mal en la empresa; pero se me hace mui fastidioso este hombre.

—Algo se ha de soportar, observó la jóven sentenciosamente.

—¿Y se ha fijado usted en el hombre de los anteojos, mientras estaba aquí San Bruno?

—No he mirado para allá; ¿qué ha habido?

—Que después de hacerme señas preguntándome por la contestacion, me ha significado repetidas veces algo como recomendándome que no me descuide, que me guarde de San Bruno.

—Será que habiéndonos visto en intimidad con él, temerá que lo denunciemos.

—¿Quién sabe!... Pero tengo curiosidad de saber quién es ese hombre. ¿Cómo hiciéramos para hablarlo?... En fin, ya lo pensaremos. Por ahora irémos a almorzar. Voi a ver si se ha levantado Amelia. O mas bien ¿quiere usted que vayamos los dos?

—¿Tiene usted miedo de ir solo? le preguntó Teresa riéndose picarezcamente.

—Lo que temo es que Amelia no quiera ir a almorzar, si voi solo a invitarla; mientras que delante de usted quizá no se atreva a escusarse. ¡Pobre Amelia! ¡Debe sufrir mucho!

—Entonces vaya usted solo a consolarla, dijo Teresa

con un acento particular, aquel acento que solo pertenece a la mujer que ama, cuando habla de su rival.

Ricardo percibió lo que pasaba en el alma de la jóven; comprendió con indefinible placer que sus palabras envolvían una delicada espresion de celos. Era la primera vez que Ricardo se veía celado por la mujer que amaba, y su corazon latió a impulsos de una sensacion grata, íntima y desconocida para él.

—¡Teresa, alma mía! le dijo con acento conmovido, ¿sabes cuánto te amo y dudas de mí!

La jóven fijó en Ricardo una mirada profunda, que al mismo tiempo que revelaba todo su amor, parecía querer leerlo en los ojos de él.

—No sé qué es lo que me pasa, dijo al fin moviendo tristemente la cabeza: no quiero mal a Amelia, a pesar de que sé que ella no me ha mirado bien desde que estamos juntas: no la quiero mal, se lo aseguro a usted; pero me mortificaría mucho el que usted tratara de consolarla... Sin embargo, esto no es decirle que no lo haga; porque... si usted lo cree necesario... Pero en fin, vamos a convidarla a almorzar.

Y junto con sus últimas palabras, se apartó del balcon y entró al cuarto.

Ricardo la imitó.

Contra lo que ambos esperaban, encontraron a Amelia en pié, con semblante mui tranquilo, concluyendo de arreglarse su peinado delante de un pequeño espejo.

—No sé por qué he tenido tanto sueño, les dijo son riéndose de la manera mas natural.

—Ha dormido usted bastante; me temía que estuviera indispuésa, le contestó Ricardo.

—Nó; léjos de eso, me siento mejor que nunca. Gracias.

—Cuánto me alegro. Entonces irémos de una vez a almorzar.

—Cuando usted quiera; ya estoi pronta.

Animado Ricardo por la tranquilidad que veía en Amelia, le dijo:

—Sabrá usted que hemos tenido una nueva visita de San Bruno en la mañana?

—Sí; *las* he oído hablar con él.

Subrayamos el *las*, porque Amelia lo acentuó más que las otras palabras, aunque de una manera tan natural, que solo Ricardo, prevenido como estaba pudo notarlo.

Se le ocurrió que talvez pretendía Amelia finjir que ignoraba lo que había pasado la noche ántes, y que por consiguiente, Ricardo era una mujer todavía para Teresa; pues, ya es tiempo de decirlo, aparte del ahogado jemido con que Amelia les había interrumpido su conversacion, nada más hubo que pudiera corroborarles la idea de que aquella estuviera despierta. Verdad es que Ricardo después de besar la mano de Teresa, se apresuró a volverse a su cama; lo cual debió, si no consolar, por lo ménos no dar pábulo al dolor de Amelia.

Sea como se quiera, nadie les habría quitado de la cabeza a ninguno de los dos, a Ricardo y Teresa, que Amelia los había sorprendido en sus amorosas confianzas.

Aquel *las* había sido, pues, intencionalmente acentuado; algun objeto se proponía Amelia al querer aparentar ignorancia: o había en esto una gran jenerosidad, o

se disponía a observar la conducta de ellos, a tantear sus proyectos, o en fin, a estorbar sus amores por algún medio que no alcanzaba Ricardo a concebir.

Estas reflexiones fueron rapidísimas, casi instantáneas: no duraron mas tiempo que el que tardó en decir Teresa, contestando a Amelia:

—¡Ah! había oído usted.

Y al punto agregó Ricardo:

—Pero Amelia dice que nos ha oído, como si yo hubiera dejado de ser sordo-muda.

Con esto quería probarle a Amelia que adivinaba su intencion de hacerse la inocente.

—¿Eso he dicho? repuso ella; sin embargo, estoi mui lejos, Corina, de creer que usted pudiera cometer la imprudencia de descubrirse. Vamos, pues, a almorzar; no sea que nos estén esperando.

Ricardo y Teresa no quisieron objetar nada, pero se miraron significativamente al tiempo de salir del cuarto.

Ya hemos dicho que Teresa almorzaba con sus padres.

La pieza de éstos y la que ocupaban los padres de Ricardo no estaban a más de diez pasos de distancia.

Teresa se separó, pues, en el camino, diciendo:

—Hasta luego. ¿Me golpean la puerta cuando vuelvan a pasar?

—Bueno, dijo Amelia al instante, anticipándose a Ricardo para contestar.

Un momento después estaban en el cuarto de don Gabriel y doña Irene, el cual solo se diferenciaba del de Ricardo en que tenía una cama ménos, y en que el centro estaba ocupado por una pequeña mesa cuadrada, sobre la que se veían humear algunas viandas.

El anciano permanecía postrado en cama, tal como lo hemos conocido. La señora se había adelgazado notablemente: sus mejillas estaban hundidas y sus ojos ofrecían las huellas de un perenne llanto.

Amelia saludó con cierta etiqueta.

Ricardo besó a su madre en la frente y fué a sentarse a la orilla de la cama de don Gabriel, hablándolo con respetuosas muestras de cariño. Informóse de su salud, y después dijo:

—Tengo muchas cosas que contar a ustedes: excelentes noticias...

—¿Noticias de quién? preguntó al punto doña Irene *con vivo interés*.

—¡Ai! dijo Ricardo, no es lo que usted piensa; pero sí, es cosa que nos debe regocijar: tenemos grandes esperanzas; la promesa de...; pero nó, almorcemos primero: veo que se están enfriando los platos. Mi historia es larga y quiero contarla desde el principio... Acérquese a la mesa, Amelia.

—Voi a asomarme a la puerta y atrancarla, dijo ésta; no sea que venga álguien y lo sorprenda a usted hablando.

—Bien hecho, repuso Ricardo, mientras la jóven hacía lo que había dicho: siempre es usted más precavida que yo.

Amelia se sonrió silenciosamente y con mal disimulado aire de tristeza.

Durante el almuerzo se trató de cosas insignificantes, aunque don Gabriel y la señora estaban impacientes por saber lo que les había anunciado Ricardo.

Por fin se levantó éste de la mesa y dijo:

—Acerquémonos a la cama de mi padre, para no tener que levantar la voz. Venga usted también, Amelia, pues lo más interesante de mi relato lo ignora usted.

La jóven obedeció diciendo:

—Verdad es que no sé lo que ha ocurrido en la mañana.

—Pues lo va a ver usted: lo de anoche no vale nada en comparacion de esto.

Contó entonces Ricardo punto por punto lo que ya sabe el lector sobre los amores y promesas de San Bruno, desde sus tiernas miradas hasta sus sostenidos apretones de mano; y desde el primer compromiso que había contraído con los padres de Teresa, hasta el último, relativo a la libertad de Amelia.

Por fin, después de chistosas reflexiones sobre todo esto, con las que logró combatir por un momento la tristeza de sus padres, contó también lo que le sucedía con el hombre de los anteojos verdes, manifestando su propósito de tratar de averiguar algo acerca de él por el primer medio que se le presentara.

—Le tengo escrito este papel, dijo en seguida, mostrando uno que sacó del pecho, en cuyos dobleces estaba oculto un rollito de hilo.

Ricardo desdobló el papel y leyó:

“El hilo lleva dos nudos. ¿Quién es usted? qué pretende?”

—Es mui posible, agregó, que no me conteste por escrito; pues no querrá confiarme su secreto de un modo tan peligroso; pero ya tratará de hablarme, si es posible. Aunque yo creo en las promesas que nos ha hecho San Bruno, me parece que no está demas el

mantener entretanto una buena intelijencia con el preso de los anteojos: nada se pierde y puede que se gane mucho.

Don Gabriel y la señora se animaron un tanto con las esperanzas que les infundió Ricardo; le encargaron mucha prudencia, y recomendaron a Amelia que cuidara ella de advertir lo que a él se le escapara, como tantas veces lo había hecho delante de ellos, con una oportunidad que honraba su perspicacia.

La conversacion se prolongó por una hora más, y al cabo de ella, se despidieron prometiéndose más datos para más tarde.

Poco despues, acompañados de Teresa, que se les juntó en el camino, tal como habían convenido, se dirigieron a su comun habitacion.

Mas, no bien llegaban a ella, cuando se encontraron con San Bruno que salía de adentro.

—¡Usted aquí! exclamó asombrada Teresa.

—Ya lo ve usted, señorita, respondió él tranquilamente. Me imaginé que ya estarían ustedes de vuelta, y vine.

—¿Pero entró usted, viendo que no estábamos? repuso la misma con aire risueño, pero de reconvencion.

—En efecto, señorita, he cometido una falta; pero ha sido en cumplimiento de mi deber: el capitan de guardia tiene la obligacion de rejistrar las celdas de la cárcel.

—Eso será con las personas que inspiran recelos, observó Amelia; pero nosotras...

—No me riñan ustedes, dijo San Bruno riéndose. La verdad es que soi un poco desconfiado... Ví anoche un

medallón colgado junto a la cama de Corina; y ahora, al venir, me dieron tentaciones de examinarlo de cerca...

—Ah! es un retrato! exclamó Amelia algo turbada.

—Sí; el retrato de ella, repuso el capitán; pero un mal retrato: no es exacto.

—Es usted del mismo parecer mío, dijo Teresa.

El retrato en cuestión era de la verdadera Corina, como se comprenderá. Ricardo había podido conservar esa prenda en medio de sus trágicas vicisitudes.

Queriendo San Bruno disculparse mejor de la falta de discreción que Teresa le había echado en cara, y dar al mismo tiempo a Corina una idea más alta de su amor, dijo:

—Pues aunque no sea fiel ese retrato, ha bastado el parecido que tiene para cautivar mi atención... Oh! sería yo muy feliz en tener una prenda como esa!

—Sí, lo creo, le respondió Teresa con maliciosa gracia; pero ha hablado usted tarde.

—¿Por qué?

—Porque el retrato es mío ya; y no podría deshacerme de él sin gran sentimiento, y esponiéndome además a suscitarme los enojos de Corina.

—Pero si usted le explicara a ella...

—Nó, nó, es imposible... ¿Sabe usted lo que puedo hacer, solo por complacerlo? permitirle que haga sacar una copia de él.

—Es verdad. Entonces lo llevo, y muy pronto...

La joven le interrumpió de repente.

—Ni eso es posible tampoco, dijo. ¿No ve usted que yo debo salir mañana de aquí, si se cumplen sus pro-

mesas? ¿Cómo me volvería a juntar otra vez con el medallon...?

—Nada es eso, replicó San Bruno; pues yo me comprometo a llevárselo o mandárselo a usted a su casa... Pero nó, agregó de pronto; ni hai tal necesidad. Creo que hoy mismo se podrá sacar copia... Tenemos un pintor aquí, de quien he oído decir que hace muy buenos retratos... ¿No se han fijado ustedes en un hombre de anteojos verdes?

—Sí, pues; una figura original, dijo Teresa con mucha naturalidad.

Ricardo no hizo el más leve movimiento a pesar del interés que le despertaron las palabras del capitán.

—¿Con que es retratista! exclamó Amelia; pues nadie se lo imaginaria... trazas de chapucero tiene.

—Pues ha llegado el caso de probarlo. Me permitirá la señorita Teresa llevar el medallon por unos instantes, y preguntaré a ese hombre si se encuentra capaz de sacar hoy mismo una copia del retrato.

Ricardo miró disimulada y elocuentemente a Amelia.

—En tal caso, replicó ella como advertida por esa mirada, es mucho mejor que venga aquí el pintor... Puede sacarse la copia...

—¿Del original! interrumpió Teresa vivamente. Oh! sí, eso es, tendrá un gran gusto en eso mi querida amiga... Voy a decírselo al momento.

Y sin consultar el parecer de San Bruno, principió a hacer señas a Ricardo explicándole el asunto de que se trataba.

El capitán no se había decidido aún a seguir las recomendaciones de ellas; pero cuando vió que su amada

CAPÍTULO XXXIX.

La trampa.

Pocos minutos después estaba San Bruno de vuelta, seguido del hombre de los anteojos verdes, quien entró a la pieza saludando cortesmente y con aire de ignorar el objeto para que se le traía allí.

En efecto, el capitán no le había dicho nada más que: —Venga usted conmigo.

Y se había puesto en marcha.

Razon había para que el pintor se maravillara de ser llevado a la pieza de aquellas jóvenes, y quizá llegó a imaginarse que se trataba del billete que ya conocemos: era muy posible que alguna de ellas hubiera cometido la imprudencia de revelar todo al capitán, considerándolo amigo.

Sin embargo, el rostro de aquel hombre, ya sea por lo encubierto que se hallaba bajo los anteojos y parches, o ya por un efecto de entereza, no demostraba el más mínimo temor; pero sí, reveló una gran curiosidad en la

viveza con que miró a todos lados en cuanto entró a la habitacion.

—Aquí tiene usted, mi amigo, le dijo San Bruno, tres hermosas jóvenes que desean conocer su habilidad para hacer retratos.

El pintor hizo un imperceptible movimiento de extrañeza y preguntó con una voz que llamó particularmente la atencion de Ricardo.

—¿Alguna de estas señoritas desea encomendarme algun trabajo?

—Eso es, replicó el capitan; les he dicho que usted retrata... ¿No es eso mismo lo que ha motivado su prision?

—Cabal, señor capitan; por haber hecho un retrato, o mas bien, por no haber querido deshacerlo, me han traído aquí.

—Por haber quedado demasiado parecido al orijinal, debe usted decir.

El pintor se sonrió con modestia, y luego agregó:

—Pero estas señoritas no pueden esperar gran cosa de mí: son mui lindas para poder ser retratadas por un pintor tan humilde como yo.

—Eso es lo que vamos a ver; ensayarémos... A ver, diga usted ¿por cuál quiere principiar?

—Elejiré la que se presta mas al pincel: es decir, la que parece tener mas paciencia para estarse inmóvil.

—¿En cuál le parece a usted encontrar esa virtud?

—En esta señorita que apénas se ha dignado mirarme, dijo el pintor señalando a Ricardo.

Era cierto que éste no se había movido, para no dar



—¿Alguna de estas señoritas desea encomendarme algun trabajo?

alguna muestra involuntaria de que comprendía lo que se hablaba.

—¿Lo ha ofendido a usted eso? preguntó el capitán.

—No por cierto: me ha hecho pensar en que esta señorita es la muda, pues las he divisado a las tres hablar por señas, y presumía que alguna de ellas tuviera este defecto.

—Esta cualidad, querrá usted decir, replicó San Bruno en tono de reconvencion.

—Lo que usted quiera, señor; no formaré cuestion por eso. Yo no soi voto en la materia: bien puede ser una virtud la mudez, pero en tal caso prefiero ser yo el defectuoso.

—En fin, dejémonos de charla, ¿qué necesita usted para ponerse ahora mismo a la obra?

—Necesito salir de aquí por una hora, para traer los útiles de mi oficio.

—Mandaré usted por ellos.

—Imposible; solo yo puedo buscar lo que necesito entre tanto cachivache que hai en mi taller.

—Pues bien, irá usted con un soldado.

—Eso sí: el delito de que se me acusa no es tan grande para que usted pueda temer por mí.

—Ya lo sé, y confío en su honradez.

San Bruno se asomó al balcon y llamó a un soldado.

Quiso Ricardo aprovechar aquel momento para entregar al pintor el papelito en que había escrito la contestacion; pero éste se puso un dedo en los labios recomendándole que no se moviera.

Efectivamente, aquello era esponerse: San Bruno podía verlos con solo volver la cabeza.

Las miradas de Ricardo y las dos jóvenes estaban fijas en el pintor a fin de no perder el mas mínimo ademán que pudiera éste hacer para indicarles algo.

Todos tres comprendían que aquel desconocido se interesaba por su suerte o a lo ménos por la de Ricardo.

El pintor aprovechó aquella circunstancia para señalar con el índice el medallon que contenía el retrato de Corina, el cual, como hemos dicho, pendía de la pared junto a la cama de Ricardo.

—Está buena, dijo a media voz al tiempo de hacer aquella seña.

San Bruno se volvió del balcon, y al instante Ricardo bajó los ojos, adoptando su espresion de indiferencia.

—Aún no hemos dicho a Corina, dijo entrando el capitán, que este hombre es el que la va a retratar.

Y poniéndose delante de Ricardo, le mostró al pintor y le hizo ademanes propios para darle a entender lo que quería.

Ricardo volvió a afectar su exajerada alegría de ántes; miró al pintor con indecible interés; hizo demostraciones de admiracion, y en seguida, yendo a descolgar el medallon, se lo trajo al mismo pintor como para interrogarlo sobre la bondad del retrato.

Lo tomó éste en su mano, y dijo a San Bruno:

—Es un retrato de ella; pero no entiendo qué me pregunta.

—Que si le parece a usted bien, respondió el capitán; pues acabamos de decirle que está malo.

El pintor observó atentamente la fisonomía de Ricardo, y en seguida el retrato.

—Sí; en efecto, dijo recalcando cada una de sus pala-

bras; para los que no son entendidos en el arte, es éste un mal retrato... Yo que poseo el secreto..., que comprendo los efectos de la luz... De todos los que estamos aquí, solo yo puedo decir que el retrato es idéntico; que está perfectamente representada en los ojos y demas facciones la felicidad que anima al orijinal... Qué quiere usted! cuando una persona se encuentra libre... es decir, no solo fuera de una cárcel, sino mui distante de ella, ofrece un aspecto bien distinto; se puede estar alegre.

Y el pintor concluyó por sonreirse con la mas cándida espresion.

—Habla usted como si fuera de la cárcel, no hubiera en el mundo otras desgracias que pudieran entristecer a nadie.

—Sí, señor, replicó el pintor, articulando como aquellas personas que forman un argumento de la primera zonce-re que les viene a mientes; sí, señor; puede haber otras desgracias, por ejemplo, la pérdida de todos los parientes de uno, el tener que abandonar su patria, y otras cosas mas; pero nunca iguala todo esto a una prision, porque siempre se encuentra como pasar la vida bien; ya sea por la proteccion de un amigo, o ya...

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo San Bruno con mpaciencia, fastidiado con lo que él creía sandeces de su interlocutor. Aquí está el soldado que lo ha de acompañar a usted...

Y dirijiéndose a éste que se acababa de parar a la puerta, añadió:

—Vas a ir y volver con este hombre: lo seguirás a donde vaya sin perderlo de vista un momento.

—Está bien, mi capitán, ¿puedo permitirle que hable con alguien?

—En mi casa necesito hablar para pedir lo que he menester, dijo el pintor.

—Puede hablar delante de tí, repuso San Bruno.

El capitán y el soldado se retiraron.

El capitán dijo a Teresa y Amelia:

—Ahora las dejo a ustedes mientras vuelve ese hombre; no quiero hacerme importuno, aún cuando mi única ambición es estar aquí.

Teresa replicó algunas frases de buena crianza, que no envolvían una exigencia para retener al capitán.

No bien se hubo ido éste, cuando Ricardo se levantó de su asiento con muestras de la mayor satisfacción.

—¿Han comprendido ustedes? preguntó; ¿se han fijado en las palabras del pintor?

—Yo creo haber entendido, dijo Teresa.

—Se ha referido a Corina en todo ¿no es verdad? agregó Amelia.

—Precisamente: ha querido decirnos que Corina está muy lejos de la cárcel, pero sufre la ausencia de su familia; que está fuera de su patria, pero protegida por un amigo; y ese amigo, por lo que ya sabemos, no es otro que Manuel Rodríguez. Oh! qué gusto tengo de poder llevar esta nueva a mis padres. ¿Vamos al momento al cuarto de ellos?

—Sí, dijo Amelia; nuevas como ésta no deben retardarse. Vayan ustedes... yo me quedaré aquí.

Ricardo y Teresa no opusieron resistencia; salieron al punto del cuarto, como preocupados tan solo de la noticia que llevaban.

Quedóse Amelia contemplándolos tristemente desde la puerta del cuarto, miéntras caminaron a lo largo de los balcones, hasta que desaparecieron al entrar a la habitacion de don Gabriel.

Entónces la jóven se entró, y arrojándose con abatimiento sobre su cama:

—Nó, nó, murmuró; no es la cárcel una desgracia para ellos!... ¡Es un cielo de dicha, como para mí es un infierno!

Y se oprimió fuertemente los ojos con las estremidades de sus dedos, como para evitar que hicieran lágrimas.

Permaneció así largos instantes, hasta que un lijero ruido que sintió bajo su cama, la hizo interrumpir sus dolorosos pensamientos.

—Oh! se dijo, sobresaltada en extremo ¿qué puede ser esto? jamás habíamos sentido nada en el cuarto de abajo, y aun hemos oído decir que nadie lo habita.

Pero apesar de la impresion que le causó aquel ruido, no hizo el menor movimiento: solo puso todos sus sentidos para ver si percibía algo mas.

No habría trascurrido un minuto, cuando a favor del silencio que había en la pieza, llegó a sus oídos el rumor de algunas palabras proferidas por una voz de hombre en el piso bajo.

Pero lo que mas la sorprendía era que la voz se escuchaba como si el que hablaba estuviera inmediatamente del lado de abajo de las tablas que formaban el piso.

No tardó en esplicarse esta circunstancia, pues de allí a poco, al murmullo de la voz se agregó otro ruido muy

semejante al de una puerta que se abre estrechamente en su marco: el roce de las maderas y el chirrido de goznes poco usados, no le dejaron duda de ello.

Pero esa puerta se debía haber abierto precisamente debajo de su cama, porque allí mismo se sentía todo aquel ruido.

Inmediatamente se dejó oír la misma habla de ántes, mas con una claridad que denotaba la comunicacion que se había establecido entre los dos cuartos.

—¿No ves? decían: si yo tenía la certeza de que no estaban aquí: las he visto entrar al cuarto de los viejos.

Aquella voz era indudablemente la de San Bruno.

—Ya queda corriente esto, dijo otra voz tan inmediata a la jóven, que le hizo saltar el corazon.

El que hablaba debía estar debajo de la cama.

—Sí, no era mas que la pata del catre la que impedía abrir, dijo San Bruno; estaba cargando sobre la orilla del tablero. Como no muevan el catre de donde lo he dejado, quedará siempre...

La voz del capitán se ahogó de pronto por haberse cerrado la puerta que la permitía llegar distintamente a los oídos de Amelia.

Se estuvo ésta otro momento en observacion, y cuando se determinaba a bajarse de la cama, entraron Ricardo y Teresa.

Amelia iba a abrir sus labios para decirles lo que pasaba, mas en el mismo instante sorprendió en ellos una de aquellas recíprocas miradas con que los enamorados se hacen protestas mudas de amor, mas elocuentes que las mismas palabras porque hablan el lenguaje del alma,

cuya sublimidad no tiene espresion en ningun idioma humano.

Los labios de Amelia se cerraron entonces bajo la primera impresion del mas amargo despecho, no porque algun cálculo indigno la determinara a callar, pues aquello fué instantáneo; sino por una causa independiente de su voluntad y aun mas poderosa que ella. Fué mas bien su lengua la que se anudó en su garganta, que no su pensamiento el que se ahogó en su mente.

Mas, a ese primer movimiento de la naturaleza herida, se siguió el de la razon violentada por el dolor.

Amelia pensó vengar con su silencio las angustias de su corazon.

Estudiando en seguida dentro de sí misma lo que podría sobrevenir, encontró que cualquier jiro que tomaran las cosas, le convenía guardar el secreto de que la casualidad la habia hecho dueña; pues de este modo le parecía tener bajo su mano la proteccion y el castigo de aquellas amores que motivaban su mas profunda desgracia.

CAPÍTULO XL.

Un antiguo conocido.

El pintor había salido de la cárcel mientras tanto, y en compañía del soldado que debía custodiarlo, había tomado la calle de la Nevería, había doblado en seguida por la de Santo Domingo, y después de andar más de tres cuadras hacia la Cancha de Gallos, se había detenido delante de una casa de modesta apariencia, sobre cuya puerta se veía un gran rótulo de vistosos colores, que decía:

ERNESTO GONZALEZ

PINTOR Y RETRATISTA.

SE RESTAURAN CUADROS ANTIGUOS, AL TEMPLE O AL OLEO.

—Aquí es, dijo al soldado; ¿me espera usted en la puerta?

—No he recibido orden de cambiar palabra alguna con usted, respondió éste con avinagrado jesto.

El pintor se encojió de hombros y se sonrió con aire

de lástima. En seguida, levantando un dedo en señal de amenaza, dijo burlescamente:

—Y sin embargo, está usted hablando: ha faltado, pues, a su deber, y yo me encargo de denunciarlo.

El soldado permaneció sério, mirándolo airadamente con una espresion que equivalía a decir: "cuidado con las chanzas."

Pero esto no pareció intimidar al preso, sino por el contrario, excitar su buen humor:

—¡Está mui bien! dijo entrando a la casa y hablando miéntras caminaba: ¡faltar a la consigna! venir a hablar conmigo, sin órden espresa del jefe! lo tendré presente, a fé de quien soi!

De esta manera llegó al segundo patio de la casa sin encontrar a nadie.

El centinela iba tras él a dos pasos de distancia.

Las paredes de aquel segundo patio estaban llenas de cuadros de diferentes dimensiones, y por todas partes se veían tarros de pintura, brochas, pinceles, reglas y cuanto constituye ordinariamente el taller de un pintor.

Los pasos de los recién venidos debieron llamar la atencion de las jentes de la casa y aun sorprenderlas, porque de una de las piezas laterales salieron apresuradamente un hombre y una mujer, como alarmados de que alguien pudiera llegar hasta allí sin anunciarse.

Mas el aire de enojo y de sorpresa que se leía en sus semblantes, se cambió instantáneamente en alegría al ver al pintor.

—¿Cómo están ustedes? dijo éste haciéndoles una espresiva señal de intelijencia, que el soldado no pudo ver, pues estaba a su espalda. ¡Qué diantres! se han asusta-

do ustedes con mi venida! ¿Ya no puede uno llegar a su casa sin escitar la admiracion? A ver, Pedro; solo vengo a llevar algunos útiles para hacer un retrato: un lienzo, un marco, un caballete, colores y pinceles. Dáme luego todo eso, pues no tengo tiempo que perder; ni tengo permiso para demorarme en otra cosa que en proveerme de estos útiles.

El hombre a quien se dirijía nuestro pintor, parecía ser tambien del oficio, por las manchas de su traje y porque se veía un pincel en sus manos.

—Al momento, dijo; todo está pronto: pues cabalmente me habían mandado llamar para hacer el retrato de una señora muerta, y me había preparado...

—¿Mucho menos me han echado mis clientes?

—No de chanza, respondió el hombre mirando disimulada y maliciosamente a la mujer.

El talavera observaba en silencio cuanto se decía y hacía.

—Pero uno solo no puede llevar tantas cosas, añadió el hombre de la casa mostrando todos los útiles pedidos, que estaban aparte en un rincon del patio.

—Ya lo veo, pero el amigo no tendrá inconveniente para ayudarme, dijo el de los anteojos designando al soldado.

—Yo no tengo que ver con eso, respondió éste con tono áspero.

—¡Bueno! Ha hablado por segunda vez! dijo aquel amenazadoramente. En fin, ayúdame tú, Pedro; la cárcel está cerca.

—¡Ah! es en la cárcel donde vas a retratar?

—Justamente: pero eso no debe admirarte desde que

estoy alojado en ella; se han empeñado en que luzca mi habilidad, y he ahí todo. Yo habría querido...

—Vamos pronto, dijo el soldado interrumpiéndole.

—¡Tercera vez! repuso el de los anteojos. ¡Bueno! ya arreglarémos cuentas!... En fin, vamos, Pedro; carguemos con todo esto, y no te pese, pues creo que el trabajo que se me va a encomendar, tendrá una buena remuneración.

Los dos pintores cargaron con los útiles designados, y se dirijieron a la calle, despues de algunas palabras de despedida que el de los anteojos cambió con la mujer.

El talavera marchó tras ellos a una distancia bastante reducida para percibir lo que pudieran hablar.

La primera parte del camino se hizo en silencio; mas en la calle de la Nevería, a favor del tráfico de las jentes, que hacía desordenar la marcha de nuestros tres paseantes, se vió separado el talavera por un instante de los pintores.

Acto continuo el de los anteojos, como si hubiera estado acechando la ocasion, preguntó al otro:

—¿Te han entregado la llave de la casita?

—Me la han prometido para mañana, respondió Pedro.

—Ten prevenidas las herramientas allá mismo.

El talavera volvió a juntárseles, y continuaron andando en silencio.

Pocos momentos despues llegaron a la cárcel.

San Bruno estaba sentado con otros oficiales entre las columnas del pórtico, y se paró en cuanto los vió llegar.

El de los anteojos dejó en el suelo las cosas que traía,

y tomó las que cargaba el compañero, diciéndole en voz alta:

—Muchas gracias, adios.

—Pasarlo bien, respondió él alejándose.

—¿Cómo ha ido? dijo el capitán al de los anteojos.

—Ya ve usted, señor; aquí está todo; pero he tenido que ocupar a otro en el transporte, porque el guardián que usted me dió no se ha dignado ni aún ayudarme.

—Mal hecho, respondió San Bruno con cierto aire de complacencia.

—Sí; bien se lo dije yo, señor; como también he tenido que irle tres veces a la mano, para recomendarle que no conversara conmigo: pues si él va para custodiarme ¿qué tiene que entrar en relaciones de otra clase?

—Cierto; es muy razonable eso, repuso el capitán sonriéndose. Pero en fin, ya está hecho: vamos ahora a comenzar la obra, a avanzar en ella cuanto se pueda... Yo quiero un retrato lijero....: simplemente el retrato, sin otros agregados; puede usted hacerlo de medio cuerpo.

—Muy bien, señor. Tendrá usted la bondad de mandar que me lleven estas cosas...

—Por supuesto.

San Bruno ordenó hacerlo al mismo soldado que había acompañado al pintor, el cual se había quedado parado a poca distancia.

—No lo traigas todo a un tiempo, dijo el pintor al soldado con aire de mando: cuida de que no se te derrame algún tarro: nada de torpezas.

Y siguió a San Bruno hacia el interior de la cárcel.

Cuando llegaron ambos a la habitación de las jóvenes,

encontraron a Teresa y Amelia ocupadas en concluir de arreglar el tocado a la finjida Corina, poniendo en ello un esmero especial.

Miéntras San Bruno se detenía sonriéndose a contemplarlas, el pintor esperó en el balcon hasta que llegó el soldado con una parte de los útiles que se le habían encomendado.

Recibiólos él diciéndole:

—¿Nada ha sucedido? ¿no has derramado algo?

El soldado no despegó sus labios.

—No te demores en traer lo demas, añadió el pintor, solo por mandarle algo.

Púsose en seguida a examinar el interior de los tarros de pintura, con aquella atencion propia de una persona intelijente en la materia. Movíalos a un lado y a otro; metía y sacaba la brocha levantándola en alto, como para probar la espesura de la mezcla o la propiedad del color; o tambien, daba algunas pinceladas en las tablas del balcon.

Todo esto lo hacía a la vista de San Bruno, que despues de cambiar algunas palabras con Teresa, se había puesto a mirar atentamente sus preparativos.

—¿Cuánto cree usted demorarse en la obra? preguntó el capitan.

Dejó el pintor en el suelo un tarro que a la sazón examinaba, y enderezándose calmadamente,

—Eso es según, dijo: nada puedo anticipar; dos o tres días... Hai que preparar los colores; hacer varios mistos a fin de obtener el verdadero tinte de las telas, del pelo, del tocado... En fin, hai operaciones prévias que demoran algo. Desde luego, daré una mano de mordiente que

le falta al lienzo, y mientras se seca, haré las mezclas de colores... ¡Vaya! aquí viene el soldado, añadió interrumpiéndose.

Y luego, dirigiéndose a éste:

—¡Cuánto demorarse, hombre, para traer esas zaran-dajas! le dijo; parece que fuera un mundo!

—Mi capitan, replicó el soldado, dejando caer al suelo el caballete y un atado de pinceles; este hombre se ha propuesto incomodarme; ¿quién le ha dado derecho para reprenderme, ni...?

—¿Ves lo que haces, hombre? le interrumpió el pintor, finjiéndose montado en cólera. ¡Daráse torpeza igual! por nada no has quebrado el caballete! lindos nos habrías dejado! como si esto fuera una cosa que pudiera tratarse así, del modo que se les trata a ellos! desvergüenza! ¡Quítate de ahí, hombre! véte mas bien!

El soldado se adelantó un paso, rojo de furor.

—¿Y permite usted, mi capitan, que este hombre me trate...?

—¡Oh! señor capitan, arrebató el pintor; así, con estas incomodidades, no podré hacer nada. Vea usted, toda la sangre me hierve; ¿cómo voi a dirigir mi pulso ahora? ¿Cree usted que el pincel se maneja como un fusil o una espada? Para esas cosas está bien la rabia, el coraje; ¡pero aquí! lo principal es la tranquilidad. Oh! señor, mande usted a este hombre que se quite de mi vista, porque me revuelve la bÍlis con su simpleza.

—¡Vamos! dejémonos de bullas, dijo San Bruno. Los dos tienen la culpa: usted por entrometerse a reprender a quien no le corresponde, y aquel por hacer caso de...



El Capitan SAN BRUNO se detuvo en la puerta i dirigió hácia adentro una escrutadora mirada....

En fin, no perdamos el tiempo, vamos a lo que tenemos que hacer, y tú, vete al cuerpo de guardia.

—Eso es! que se vaya de una vez, repuso el pintor; ¡ya debía haberlo hecho!

El soldado se alejó refunfuñando.

—Tenga usted cuidado, dijo San Bruno al pintor en voz baja, de no tratar así a los soldados, porque se espone a que ellos o yo le quitemos la gana de volverlo a hacer.

—Pero, señor, no ve usted...

—No articulemos mas; ni una palabra.

El pintor se calló y volvió a sus tareas.

Tomó el caballete y lo arregló en el cuarto, cerca de la puerta, de manera que recibiera convenientemente la luz.

En seguida, trajo un tarro y una brocha, y comenzó a embadurnar el lienzo; todo sin mirar a nadie, como poseído de una intensa cólera.

San Bruno se acercó a las jóvenes contemplando risueñamente a Ricardo, que parecía trasportado de gozo en vista de los preparativos del pintor.

—Ya será bueno, dijo el capitán, ir estudiando la postura en que se ha de retratar.

—No importa que sea cualquiera, replicó el pintor. Un retrato en que no se va a tomar mas que el busto... Con tal que reciba bien la luz... Y no es tiempo de eso todavía, hasta que estén preparados los colores.

—¿Cuánto demorará esa operacion?

—Unas dos horas.

—Entónces hoi no se alcanza a hacer nada, dijo Teresa; porque ya son las tres, y a las cuatro vamos a comer.

—En tal caso, dijo San Bruno, será mejor que se lleve los tarros allá abajo para hacer sus mixtos, y despues venga con todo preparado.

—Imposible, tengo que tener a la vista los colores que debo imitar.

—Ah! es cierto, no había pensado en ello.

—¡Vaya! exclamó Amelia, no sabía que era tan fastidioso el hacer un retrato.

—Cuando uno está en su casa, señorita, le respondió el pintor, se hace todo esto con mas prontitud: hai a la mano una infinidad de colores: no es preciso estarlos componiendo uno por uno.

—Aunque no se haga con tanta prolijidad ahora, observó San Bruno; nada importa que la tela del vestido, por ejemplo, salga mas o menos subida...

—¡Qué señor! querría usted que fuéramos a sacar un mamarracho? Lo principal del arte es la imitacion de los tintes, de las sombras que corresponden a cada pliegue de la tela. ¿Qué se diría de mí, si me pusiera a...?

—Pero como solo tratamos de la semejanza del rostro.

—Aunque así sea, señor; y luego el tocado tiene tambien sus matices, que es preciso copiar fielmente para conservar sus efectos sobre el semblante.

—Vaya pues; no discutamos sin hacer nada. Cada palabra que habla usted es una pérdida de tiempo, porque veo que no puede hablar sin interrumpir lo que está haciendo.

—Eso es una prueba de que tengo conciencia para el trabajo, señor; otro que yo hablaría al mismo tiempo que hacía esto o aquello; pero no respondo yo...

—Vamos, basta de reflexiones; y siga usted callado la boca. Eso es lo mejor.

A ese tiempo se presentó un soldado diciendo:

—Mi capitán, el mayor Morgado lo espera en la puerta.

—Está bien; dile que ya voy, respondió San Bruno.

Y dirigiéndose a las jóvenes:

—Tengan ustedes la bondad, les dijo, de no dirigir la palabra a este hombre mientras vuelvo, porque ya ven que no puede hacer nada si lo hablan.

—¿Y para qué hemos de meternos con él? contestó Teresa, haciendo una mueca despreciativa al pintor.

—Hasta luego, pues, les dijo el capitán, riéndose del gracioso jesto de Teresa.

Cuando el pintor sintió que se habían alejado bastante los pasos de aquel, tiró la brocha al suelo y se volvió a mirar a Ricardo.

—Señorita Corina, le dijo con maliciosa sonrisa: ¿me tiene la contestación?

Ricardo se levantó de su asiento preguntando con el mayor interés:

—¿Quién es usted, primero que todo?

—¿Qué! no tendrías confianza, Ricardo, en el que te ha dado noticias de tu hermana?

La sorpresa del joven subió de punto al verse tratado así.

—No es desconfianza, por Cristo; pero aun quiere usted guardar su incógnito, ahora que estamos solos?

—¿Solos? oh! hai seis ojos aquí...

—Pero Teresa y Amelia son mis amigas.

—¡Ai! yo veo mucho bajo mis anteojos verdes!

—¿Temería usted de ellas? no sea loco! una y otra saben ya lo que usted me ha escrito; y aunque lo sepan todo...

Nos saldremos nosotras del cuarto, dijo Teresa.

—No es preciso, replicó el pintor. Perdonen ustedes mis temores; pero mi nombre es un secreto que vale por mi vida: revelarlo, es colocar mi cabeza en manos del confidente. Por otra parte; los talaveras hacen hablar por medio del martirio, y una jóven no resiste a pruebas de esta naturaleza. Sin embargo, júrenme ustedes serme fieles.

—Yo lo juro con todo mi alma, dijo Teresa.

—Quizás prefiera usted que nos salgamos del cuarto, agregó Amelia.

—Nó; por ningun pienso: podría notarlo el capitan San Bruno o cualquiera otro, y le estrañaría. Una de dos, o jura usted, o me obliga a guardar mi incógnito.

—Pues bien: juro por Dios no revelar a nadie sus secretos. ¿Es bastante?

—Es cuanto pido, respondió el pintor quitándose los anteojos. ¿Y ahora me conoces, Ricardo? preguntó adelantándose hasta mui cerca de él.

—¡Oh! exclamó éste dándose una palmada en la frente: ¡Rodriguez! y no lo habia conocido! Bien decia yo: esta voz, esta voz...

Y Ricardo se echó en brazos de su amigo.

—¡Diantres! dijo éste al estrecharlo; tu disfraz es tan perfecto, que te abrazo con recelo delante de estas señoritas. Mui posible es que a ellas mismas las hubieras engañado, no habiendo estado desde ántes en el secreto.

Ricardo y Teresa se ruborizaron visiblemente; Amelia se mordió un labio mirándolos con ironía.

Rodriguez se sonrió de una manera particular.

—Pero tu disfraz no es menos perfecto, le dijo Ricardo; aún así sin anteojos no es fácil conocerte: esos parches, lo colorado de la nariz; y esa peluca negra... ¿puede darse ocurrencia mas orijinal!

—Me vuelvo a poner los anteojos, no sea que nos sorprendan, observó Rodrigueuz haciendo lo que decía. Hablemos pronto cuanto tengamos que decirnos, principiando por lo mas urgente. Primero que todo, la medida del cuarto...

—Aquí está, dijo Ricardo sacando del pecho el papequito en que tenía envuelto el hilo: ahí va el ancho y el largo.

—No es mas que el ancho el que necesito.

—¿Y qué objeto tiene esto?

—Voi a decirlo: debajo de este cuarto hai uno que sirve para guardar muebles viejos, y cuya puerta está casi siempre sin llave; mas allá (y señaló hácia el fondo de la cárcel), pared de por medio, hai un callejon o pasadizo, que es el límite de nuestra cárcel. Pues bien, del otro lado de la muralla están los piés de una casita que da a la plazuela de Santo Domingo; yo he tomado esa casita, y mi propósito es hacer una escavacion subterránea que pase por debajo del callejon y venga a parar en la pieza de los muebles viejos. Para esto es que necesito saber a punto fijo el ancho del callejon.

—Pero ¿que tiene que ver con las dimensiones de esta pieza?

—Vas a verlo: tengo el largo total de la calle de la

Nevería, desde la esquina de la Plaza hasta la de la plazuela de Santo Domingo. Rebajando de eso, el largo del pórtico, zaguan y patio de la cárcel, que ya los tengo medidos; el fondo de este cuarto, y el de la casita de que he hablado, lo que resta será el ancho del callejon y el espesor de las murallas. Juntando a éstos, otros datos mas que ya he tomado, puedo hacer mi escavacion, dirijiéndola precisamente al cuarto de aquí abajo.

—¿Y qué sacaríamos de ahí?

—Que a las oraciones, o a otra hora del día en que está solo el patio, se puede ir como de paseo por junto a la puerta del cuarto; asomarse como por curiosidad, y entrar, si se vé que nadie observa. Con eso está hecho todo. Hai tanta mesa, catres, biombos y otros trastos, que por mal que dirija mi subterráneo, siempre ha de quedar disimulada la boca.

Amelia pensó en que la trampa que estaba debajo de su cama completaba primorosamente el proyecto de Rodriguez. Pero no se resolvió a decir nada.

Ricardo acojió las últimas palabras de Rodriguez con una espresion desdeñosa y alegre a la vez.

—¡Qué! dijo éste como sorprendido, ¿tiene algo de malo mi plan?

—El mío es mejor y hace enteramente inútil el tuyo: porque cuando tú acabáras tu socavon, ya nosotros estaríamos mui lejos de aprovecharlo.

—¿Cómo así?

—Es que yo con mi disfraz he enamorado a San Bruno, y ya se ha comprometido a sacarnos de aquí, a obtener nuestra libertad.

Rodriguez meneó la cabeza incrédulamente.

—Ya tiene obtenida la de Teresa y su familia, añadió Ricardo, creyendo convencer con esto a su amigo. Mañana por la mañana salen de aquí.

—Veremos, veremos, dijo Rodriguez con el mismo aire de incredulidad. No sea que haya querido captarse la buena voluntad de ustedes... Es tan fácil prometer, y en seguida disculparse y dilatar el cumplimiento de la promesa.

—Pues sea como quiera: supongamos que nos engañe San Bruno: ¿de qué modo harías tú para comenzar ese trabajo, estando preso?

—Es que yo puedo salir el día que se me antoje. Solo he esperado este dato para hacer que concluya mi prision. Así que, mañana mismo, puedo comenzar mi trabajo por la casita de que te he hablado.

—¿Y cómo sabría yo cuando estuviera concluido el subterráneo, en punto de darnos salida a todos los que queramos fugarnos?

—Es mui sencillo, vengo yo mismo en la noche y con un palo doi tres golpes en el techo.

—No está mal combinado; ¿no es verdad? dijo Ricardo a las dos jóvenes.

—Perfectamente, respondió Teresa. Lo único que le encuentro es que para entrar a la pieza de abajo, hai algunos inconvenientes: no pueden hacerlo todos a un tiempo sin excitar sospechas; y yendo uno mas tarde que otros, con algun intervalo, no alcanzarían a salir hasta el último sin que se echara de ménos a los primeros. Por otra parte, el padre de Ricardo está enfermo, y sería mui difícil hacerlo llegar hasta ahí sin que llamara la atencion.

Amelia volvió a pensar en que de ella dependía salvar todas aquellas dificultades; pero veía mas allá de la libertad de Ricardo y Teresa la realización quizá de todos sus ensueños amorosos.

—Una vez concluido el subterráneo, dijo Rodriguez, volveré a hacerme tomar preso del mismo modo que lo he hecho ahora, y dirigiré por mí mismo la fuga de cada uno, principiando por la de don Gabriel, que es la mas peligrosa.

—Pero no nos has dicho de qué manera puedes salir de la cárcel.

—Eso está previsto desde ántes de venir aquí. El hecho es que yo estoi preso por una demanda que en otra ocasion les referiré, demanda convenida con una persona a quien ustedes conocen: con Antonia, la criada...

—¡Antonia! exclamaron Ricardo y Amelia.

—Ella misma. Está con un despacho aquí cerca, en la calle del Puente; mui disfrazada, pero no tanto para que se me escapara a mí, que desde mi llegada de Mendoza, hace ocho días, andaba por todas partes escudriñando rincones y fisonomías...

—¿Y Corina, pues? qué es de Corina? dijo Ricardo, a quien el nombre de Mendoza lo había hecho acordarse de su hermana.

—Corina está en Mendoza: la he dejado hospedada en casa de una señora de respeto, aunque de medianos recursos. No hai cuidado por ella; lo único que tendrá que sentir es la ausencia de ustedes.

—Oh! qué gusto van a tener mis padres cuando sepan! Pero el viaje hasta allá...

—Ese es cuento largo, mui largo; otra vez lo sabrás;

pero te aseguro que Corina lo ha hecho con mas comodidades que la familia del jeneral Carrera... Ahora es preciso que me ocupe algo de mis pinturas y mixtos, no sea que llegue San Bruno y me encuentre en lo que me dejó.

Y Rodriguez se puso a maniobrar, al mismo tiempo que hablaba.

—¿Dé dónde has sacado todos estos útiles? le preguntó Ricardo. Jamás había sabido yo que pintaras, ni mucho ménos que retrataras. ¿Cómo piensas espedirte?

—Los útiles son de un pintor, del mismo que me proporcionó este traje; pues yo llegué a Santiago vestido de fraile, con unos hábitos que le quité a un limosnero de la Recoleta... En fin, ese es otro cuento largo, para otra ocasion. En cuanto a hacer el retrato, he pensado espedirme saliendo mañana de aquí, ántes de dar ni una sola pincelada; pues entiendo tanto de esto como de pontificar. Mi único objeto ya está obtenido: embromaré el tiempo con las tales mezclas de colores, hasta que llegue el momento de salir.

—Pero San Bruno te retendrá.

—En tal caso, con un pretexto cualquiera sobre las pinturas, le digo que me deje ir a casa, prometiéndole volver: y ya veremos lo demás. ¡Qué diantres! nunca falta como salir del paso con badulaques como ese...

—Ya viene, ya viene, dijo Teresa, que estaba cerca de la puerta mirando a cada instante al patio.

Rodriguez se concretó puramente a su tarea. Vacío con la mayor lijereza parte de unos tarros en otros; puso pinceles en varios de ellos; derramó pinturas en el suelo; se echó pinceladas en la blusa, y siguió revolviendo con la mayor tranquilidad uno de los tarros.

—¿Qué hai? dijo San Bruno cuando llegó. ¿Mucho se avanza?

—Bastante señor capitan; ai! he sudado la gota gorda por complacer a usted. Ya están preparados cerca de diez colores, además del lienzo con su última mano de mordiente ¿No lo ve usted?

—Sí; eso estaba ya al concluirse cuando me fuí.

—Pero ha habido que repararlo para que tomara la suavidad precisa. Oh! no entiende usted estas cosas! Despues le dará gusto cuando vea el trabajo concluido.

—Bueno está, pues; por ahora no harémos mas. He visto traer la comida a las piezas de los padres de estas señoritas.

—Entonces, vámonos, dijo Teresa.

E hizo señas a Ricardo para que la siguiera.

—Váyase usted tambien, dijo San Bruno a Rodriguez, y vuelva mañana temprano.

—Sí, señor capitan, en cuanto vea que se han levantado estas señoritas.

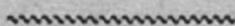
--Lo cual será mui de madrugada, repuso San Bruno, porque una de ellas tiene que salir bien temprano de la cárcel.

Y miró agradablemente a Teresa.

—Gracias, mil gracias, respondió ésta alejándose con Ricardo y Amelia.

Rodriguez clavó una profunda mirada en San Bruno, a favor de los espesos cristales de sus anteojos, y dijo para sí:

—Tú debes ser una mala víbora: eso es falso, o encierra alguna pillería.



CAPÍTULO XLI.

San Martin.

Nuestro deber de novelistas nos obliga a encadenar con tenaz lójica los sucesos que referimos.

El lector persigue la hilacion natural y verosímil de ellos, como el mecánico al frente de una máquina investiga la trabazon precisa que debe existir entre todas sus piezas.

Muévese una de ellas; he ahí la rueda, la palanca o el resorte, que ha trasmitido o producido el movimiento: he ahí tambien el objeto de éste.

Cúmplenos así a nosotros presentar matemáticamente el principio, el fin y la relacion de cada suceso con otro.

No basta, pues, el que simplemente presentemos a Rodriguez en la cárcel de Santiago, un mes despues de haberlo dejado en la cumbre de los Andes; ni bastan las someras esplicaciones que le hemos oído dar a él mismo acerca de su vuelta.

Preciso es dar algunos detalles que dejen plenamente satisfecho al lector; mucho mas cuando en los aconteci-

mientos de que tratamos se halla comprometida la suerte de personajes tan importantes en nuestra obra como son Corina y O'Higgins.

Ocúrrenos que quizá hemos hecho mal en adelantar los sucesos, dejando interrumpida la narracion de otros: pero francamente, se nos hacía escrúpulo el abandonar por mucho tiempo a otros personajes que tambien ocupan un lugar preferente en nuestra historia.

Quédanos, ademas, la conciencia de haber mantenido así el interés de ella, sin perjudicar la claridad en la exposicion de los hechos.

Sentado esto, entramos en materia.

Mal que le pesara, Rodriguez tuvo que pasar la noche del 12 de Octubre en la Casucha de las Cuevas, en compañía de O'Higgins y su familia.

Pero debemos decir que, conforme a lo convenido, ni uno ni otro dejaron traslucir lo que había mediado entre ellos.

Al dia siguiente, no mui de mañana, toda aquella jente, jefes, oficiales, soldados y paisanos, principiaron a hacer sus preparativos para continuar el viaje.

Rodriguez se dió trazas para anticiparse, y mucho ántes que O'Higgins pudiera moverse, hizo que Corina se despidiera de él y de las señoras, so pretexto de tener graves motivos que los obligaban a adelantarse.

Cuando le tocó al mismo Rodriguez despedirse de O'Higgins, lo hizo inclinándose lijeramente delante de él, sin presentarle la mano.

Ese fué el único indicio que tuvieron Corina, Freire y Las Heras de que algo desagradable debía haber ocurrido entre ellos la noche ántes.

Pero jamás llegarían a imaginarse que aquello debería ser el origen de un odio cuyas deplorables consecuencias habían de conmover a Chile algunos años mas tarde.

Rodriguez y Corina tomaron sin cambiar palabra el camino de bajada del otro lado de la cordillera.

Esta obligaba a su caballo a tomar el paso algo lijero del de Rodriguez, comprendiendo que lo que él pretendía era aumentar pronto la distancia entre ellos y la jente que dejaban atrás.

Solo al fin de unas dos horas de marcha, Rodriguez se decidió a entablar conversacion con su compañera, pensando que prolongar mas aquel embarazoso silencio era manifestarse desconocido al sacrificio que ella le había hecho de su amor a O'Higgins, al proceder con éste de una manera que no desmentía el juramento que había hecho a la subida de la cordillera.

Rodriguez habló, pero despues de haber buscado un tema indiferente para su conversacion.

No quería hablar de su amor, porque sabía mui bien que aquello no había de ser lo mas agradable para Corina.

Tampoco quería tocar nada que pudiera traer el recuerdo de O'Higgins; nada que tuviera relacion con él ni con sus jentes.

Habló, pues, del término de su viaje, de los días que aun les quedaban de camino, y de cómo se proponía él volverse lo mas pronto posible a Santiago.

Por su parte, Corina se manifestó bastante afectuosa para dejar satisfechas las aspiraciones de él, en cuanto podían serlo, tratándose de un hombre a quien se ha jurado amor sin amarlo.

Así pues, sin novedades de ningun jénero, desplegando Rodriguez las mas esquisitas solicitudes para con su amada, y esforzándose ella en manifestarse mas cariñosa que lo que exijia el agradecimiento, y ménos triste que lo que correspondia a su situacion; de esta manera, decimos, se hizo el resto del viaje.

Alojábanse donde lo hacían otros emigrados, que, como ellos, habian podido adelantarse a O'Higgins.

El dia 16 de Octubre, es decir, a los dos dias de su alojamiento en la Casucha de las Cuevas, encontraron en el Tambillo, un espreso para O'Higgins, con algunas provisiones acomodadas a la lijera.

Rodriguez entabló conversacion con el mensajero, y supo que traía una carta del brigadier don Juan Mackenna, que se encontraba en Mendoza desde el mes de Agosto, en que había sido desterrado de Chile por el jeneral Carrera.

Supo tambien Rodriguez que Mackenna se hallaba en gran intimidad con el Gobernador de Cuyo don José de San Martin, y que éste hacía grandes preparativos para favorecer a los emigrados.

La última parte de esta noticia era consoladora; mas no así la otra, para los partidarios de Carrera.

Rodriguez calculó vagamente las ventajas que le proporcionaría a O'Higgins aquella amistad de un enemigo de Carrera con el Gobernador de la provincia en que debían asilarse.

Mas adelante, encontró los socorros que el jeneral San Martin enviaba al encuentro de los fujitivos.

Consistían éstos en mil mulas, víveres y leña, que debían llegar hasta la Casucha de las Cuevas, sin dejar

por esto de atender a las necesidades de los viajeros que se encontraran en su tránsito.

Por fin, en la tarde del día 15, Rodriguez alojó en la posta de Villavicencio, a la salida de la cordillera.

Allí encontró a varios chilenos residentes en Mendoza, que venían con San Martín a recibir a los jefes de los emigrados.

El mismo San Martín, impuesto de quién era Rodriguez, lo hizo venir a su presencia para tomar noticias.

Rodriguez se encontró delante de un militar de elevada talla, de altivo y marcial continente, y de mirada firme y sagaz. Llevaba su uniforme con aquel severo y minucioso arreglo que solo da el hábito de la disciplina militar y la austeridad en su observancia. Leíase en sus facciones, por lo demás agradables, una espresion de audacia, de determinacion, que sin rayar en arrogancia, denotaba un carácter férreo, una tenacidad incontrastable, y la susceptibilidad de un temperamento bilioso.

No era mal fisonomista Rodriguez, y desde la primera ojeada comprendió que se hallaba ante un hombre que valía tanto como él por su sagacidad, y a quien era preciso tratar con suma destreza.

Dióle cuantos informes creyó necesarios: anunciándole para el día siguiente la llegada de O'Higgins a aquel punto con una partida de dragones y las fuerzas de cordoveses que mandaba el teniente coronel Las Heras.

Díjole, además, que el jeneral Carrera había quedado en Aconcagua, dispuesto a seguir por la cordillera, cerrando la marcha de los fujitivos.

San Martín le dió las gracias con urbanidad y lo invitó a seguir hasta Mendoza, previniéndole que allá

encontraría hospitalidad donde la pidiese, porque había dado órdenes antes de venirse, para que, principalmente los españoles que residían allí, abrieran sus casas a los emigrados chilenos.

Rodriguez se despidió como hombre que sabe apreciar la cortesanía de un superior, y siguió su viaje a Mendoza.

Aprovecharémos la falta de incidentes notables que siguieron, para dar una idea de los antecedentes de aquel jefe entre cuyas manos iba a encontrarse la suerte de los corifeos de la independenciam de Chile.

Don José de San Martín era un hombre de treinta y seis años por la época a que nos referimos, y juntaba al título de Gobernador de Mendoza, el de coronel mayor del ejército.

Oriundo del pueblo de Tapeyó, en las márgenes del Uruguay, había vivido allí hasta la edad de ocho años, al lado de sus padres, don Juan de San Martín, coronel español y primer gobernador de la provincia de Misiones, después de la espulsión de los jesuitas del Paraguay, y doña Francisca Matorra, hija de un famoso comerciante español que en tiempos anteriores había comprado el destino de Gobernador del Tucumán, con el propósito de pacificar el gran Chaco.

A la edad de ocho años se trasladó a España, con su familia, y colocáronlo a él en el colejio de nobles de Madrid, donde permaneció hasta la edad de veintiun años, cursando ciencias matemáticas y militares.

En esa época, fué nombrado ayudante del Gobernador de la plaza de Cádiz, don Francisco María Solano, militar mui entendido y experimentado, que tomó gran



SAN MARTIN

aficion a San Martin, quien por su parte le correspondió con un entusiasmo tal, que llegó hasta imitarle sus modales, sus ademanes, su aire marcial y aun el tono de su voz.

Hízose allí el jóven San Martin un hombre de trabajo, de estudio y de relaciones con los mas grandes jenerales de España, que a la sazón frecuentaban la sociedad de Solano.

Penetróse así de la política española; pudo formarse un juicio acertado de su gobierno y del de las colonias americanas, y aún cuando, reservado por carácter, se evadía siempre de manifestar sus apreciaciones, se dejó arrastrar de la corriente de oposicion a la política del favorito Godoi, que invadía aquel país, y entró a tomar parte en las sociedades secretas que se formaron en Cádiz, como en todas las demas provincias.

Así las cosas, vino la invasion del Portugal, decretada por Cárlos IV en virtud del tratado de Fontainebleau con Napoleon I, en Octubre de 1807.

San Martin acompañó a Solano en una espedicion a las provincias del Alentejo y los Algarbes. Entró con él en Jelves, victorioso, y dejando la plaza en manos de los aliados franceses, salieron para Sevilla.

Ya entonces el ejército francés establecido en la península comenzaba a trabajar descubiertamente en sus planes de posesionarse de ella para dársela a su emperador. Pronunciábanse las provincias contra aquel atentado pérfido; el pueblo deponía a las autoridades que no se manifestaban suficientemente enérgicas para resistir la invasion, y asesinaba públicamente a los militares y

gobernadores que se plegaban al mariscal Murat, jefe de las tropas francesas.

En tales emergencias, Solano se dejó arrastrar de sus simpatías por la intervencion de Napoleon en los asuntos domésticos de España.

Murat le ratificó su título de capitán jeneral de Andalucía; y cuando la villa de Madrid se sometió al caudillo francés, Solano llegaba a Cádiz decidido a trabajar en provecho de la invasion.

San Martin vino con él.

La excitacion era inmensa en aquel puerto; y a los mui pocos días, el palacio del gobernador se vió asaltado por el populacho, que obedecía a la influencia de unos cuantos frailes y vecinos de mediano prestigio: en medio de hostiles demostraciones, pedían a gritos que se dispusiera el ataque de la escuadra francesa surta en la bahía.

San Martin hizo cerrar las puertas del palacio, decidido a rechazar el asalto haciendo fuego por las troneras y ventanas.

La chusma se encolerizó mas con aquella resistencia.

Se apoderó de cinco cañones del parque de artillería, los abocó al palacio y destrozó las puertas.

Solano y San Martin se vieron obligados a salvarse por las murallas y buscar un refugio en una de las casas vecinas. Mas, el primero tuvo la desgracia de ser descubierto.

Arrastrado ignominiosamente a la calle, encontró allí el sangriento fin que la saña popular le deparaba.

—Me estremezco de horror, decía San Martin algunos años mas tarde; no puedo recordar a sangre fría

aquel terrible lance, y desde entonces he cobrado un odio profundo a las asonadas populares.

Pocos días después, cuando se hubo calmado el furor del pueblo, San Martín salió secretamente de Cádiz y se fué a Sevilla, donde se incorporó al ejército del general Castaños.

Mas adelante, cuando se organizó convenientemente la guerra contra la dominacion francesa, sirvió en varios cuerpos y se distinguió siempre en el cumplimiento de sus obligaciones.

«Estaba siempre alerta, dice el concienzudo historiador de quien extractamos estas noticias, para atender las mas pequeñas necesidades de su tropa y para tomar las medidas con que pensaba apoyar las mas importantes operaciones de estratejia. Su cabeza estaba organizada para atender a las grandes combinaciones del arte de la guerra, y a los detalles mas insignificantes del equipo del soldado.»

Abierta la campaña, San Martín se batió en calidad de segundo jefe de su regimiento, en el ataque de Menjíver y en la jornada de Bailen.

Su bizarría le valió el grado de teniente coronel, que obtuvo al poco tiempo.

Siguió distinguiéndose en un gran número de encuentros o batallas mas o ménos importantes, hasta que en la célebre de Albufera conquistó en el mismo campo de batalla el grado de coronel efectivo.

Cuéntase que «en un encuentro que sostuvo su regimiento en aquella jornada, se empeñó San Martín en un combate personal con un oficial de la caballería france-

~~~~~

sa, en que logró echar a éste por tierra, a pesar de haber recibido un horrible sablazo en la mano derecha."

En medio de sus triunfos y laureles, no se olvidaba San Martín de su patria. Su carrera en España era para él un aprendizaje de la manera como pelean los pueblos por su independencia.

No se descuidaba en tomar cuantas noticias podía de su país, y había adquirido la convicción de la desgraciada suerte que le imponía el dominio de la misma nación por cuya libertad había derramado su sangre y espuesto mil veces su vida.

No tardó mucho en saber que Buenos Aires había lanzado el grito de independencia dándose un gobierno nacional.

Solicitó entonces en secreto la protección del general Sir Carlos Stuart, que en virtud de la alianza de España con Inglaterra para combatir a Napoleón, se hallaba al mando de una caballería inglesa. Declaróle sus proyectos, y obtuvo un pasaporte y cartas de recomendación para importantes personajes de Londres.

De esta manera, San Martín pudo embarcarse y llegar a esta ciudad a fines de 1811.

Púsose en relación con varios americanos, entre los cuales se hallaba el ilustre don Andrés Bello, que como él, eran adictos a la independencia de las colonias españolas, y organizó con ellos una sociedad secreta, cuyo reglamento era terrible y tan misterioso, que la mayor parte de los afiliados solo conocían sus disposiciones más generales.

El fin era trabajar por la independencia de América y evitar toda traición de los asociados.

---

En 1812, mediante los jenerosos servicios que le dispensó el liberal e ilustrado escoces, señor Lord Macduff, pudo San Martin embarcarse en la fragata *George Canning* con dos de sus consocios, don Cárlos Alvear y don Matias Zapiola, que tambien habían de alcanzar una gloriosa reputacion.

El 13 de Marzo del mismo año, San Martin desembarcaba en Buenos Aires e iba a ofrecer sus servicios a la Junta Gubernativa, presentando sus títulos y despachos.

«Oyósele con atencion, y aun cuando su nombre era enteramente desconocido para los hombres que formaban el gobierno, se le dió el grado de teniente coronel y la comision de organizar un cuerpo de caballería, montado en el pié en que estaban las tropas europeas.»

San Martin trató en seguida de ponerse en relacion con las lojias masónicas que había en Buenos Aires, y habiéndolo conseguido y penetrádose de que las instituciones masónicas estaban desvirtuadas entre ellos, formando parte de las lojias muchos hombres de escasa importancia que no ofrecían una garantía suficiente para el buen éxito de la causa revolucionaria, se puso de acuerdo con las personas de mas prestijio, para dar una organizacion distinta a aquellas asociaciones, reduciendo el número de sus miembros y elijiéndolos entre «hombres de corazon dispuestos a todo;» hombres abnegados y capaces de guardar relijiosamente el mas profundo secreto de sus propósitos, y de obedecer ciegamente las voluntades de la sociedad.

He aquí el oríjen de la Gran Lojia o Lojia Lautarina, como se la llamó mas tarde, que tan poderosa influencia,

---

ora plausible, ora vituperable, ejerció sobre nuestros próceres y nuestros partidos en la organizacion del gobierno independiente.

La lojia se reunía en las altas horas de la noche, y los mas notables personajes, primero arjentinos y mas tarde de otras naciones americanas, se encontraban ligados a ella por terribles y solemnes juramentos.

Al mismo tiempo que trabajaba San Martin en el sentido indicado, no se descuidaba de llevar brillantemente a cabo la organizacion del cuerpo de caballería que se le había encomendado.

Los *gauchos* arjentinos eran diestrísimos para hacer la guerra de montoneras; pero no se sujetaban en sus ataques a órden ni disciplina alguna: peleaban sin concierto, como se vestían y armaban sin uniformidad.

San Martin se ocupó en sujetar a reglas militares bien calculadas la intrepidez de los *gauchos*.

Elijó sus oficiales entre los jóvenes que tenían reputacion de valientes, y estableciendo su cuartel en los afueras de la ciudad, dirigía por sí mismo los cuotidianos ejercicios, y probaba el adelanto de sus soldados, eligiendo a los mas hábiles para que tiraran el sable con él, pues había adquirido una destreza admirable en el manejo de esta arma.

Probaba tambien el valor de sus oficiales tendiéndoles acechanzas y preparándoles sorpresas nocturnas a mano armada.

El que daba la mas lijera muestra de cobardía en aquellos lances era separado del cuerpo.

Estableció, ademas, San Martin una sociedad privada y secreta entre sus mismos oficiales, la cual debía recibir

---

los denuncios anónimos que entre ellos mismos hicieran sobre faltas deshonorosas que se enumeraban en un reglamento que él les dió al efecto.

Denunciado un oficial, se nombraba un capitán y un subalterno para hacer las investigaciones del caso; y si al cabo de un mes el informe de éstos era desfavorable al acusado, no le quedaba otra alternativa que la de renunciar su cargo o la de verse ajado y vilipendiado por sus compañeros.

Así fué como consiguió San Martín hacer de su rejimiento de granaderos un cuerpo tan brillante, que durante la época de la independencia "produjo diecinueve jenerales y mas de doscientos oficiales, venció en las batallas mas afamadas de esta guerra, y atravesó la mayor parte de la América Meridional y las montañas mas altas del globo."

No seguiremos apuntando los importantes servicios que prestó San Martín en la guerra con España y en las contiendas civiles de su patria, pues sería esto hacer la historia de ella en esa época: solo diremos que despues de haber desempeñado el alto puesto de comandante del ejército del norte, que hacía la guerra con el Perú, solicitó y obtuvo el puesto de gobernador de Cuyo, obedeciendo a un plan grandioso que había concebido para llevar a feliz término la independencia sud-americana.

Su idea era atravesar los Andes y el territorio chileno para llevar por mar una poderosa espedicion a las costas del Perú.

---

## CAPÍTULO XLII.

### En Mendoza.

Al día siguiente de haber salido Rodríguez de la posta de Villavicencio, llegaron a ella O'Higgins y su familia.

Recibiólo San Martín con gran afectuosidad; le ofreció sus servicios y consideraciones, y después de un largo rato de amistosa conferencia, le rogó se adelantara a interponer su influjo y respeto, para evitar los excesos y robos que cometían en su marcha algunos emigrados; encargándole que procurara reunirlos, y se esperara allí para hacer juntos su entrada a Mendoza.

Despidiéronse así con toda cordialidad, y San Martín avanzó con el propósito de llegar hasta Huspallata.

Allí se encontró con la numerosa comitiva del jeneral Carrera.

Habíase retardado éste en Aconcagua hasta que perdió toda esperanza de organizar alguna resistencia.

Por fin, el día 11 se había retirado con los restos de sus tropas a la Ladera de los Papeles, y como supiera

---

que el enemigo avanzaba precipitadamente sobre ellos, marchó hasta la Guardia, echando al río Aconcagua todas aquellas cargas que no podía llevar consigo y que no quería dejar en poder del enemigo.

La retaguardia fué alcanzada en esas circunstancias por una division realista, y se empeñó una corta accion.

El capitan Maruri y otros, a la cabeza de los fujitivos, hicieron una heroica resistencia a favor de lo montañoso del paraje que ocupaban: mas al fin, viéndose rendidos por el número, tuvieron que buscar su salvacion en la fuga, dejando en el campo algunos muertos y muchos prisioneros.

Para no verse alcanzados por sus perseguidores, ni dejarles nada en su poder, destruían durante su precipitada marcha los pertrechos que habían acopiado para el viaje.

Por último, lograron reunirse al jeneral, con quien despues de mil afanes y fatigas encimaron la cordillera; y al cabo de cuatro dias se encontraban en sus últimos desfiladeros, hácia el lado de Mendoza.

Cuando San Martin los avistó, se hizo a un lado del camino con todos los que componían su cortejo, y permaneció allí contestando los saludos de los oficiales chilenos.

Mas el orgulloso jeneral Carrera, al ver que San Martin no se adelantaba al medio del camino a rendirle los homenajes a que se creía con derecho como jefe supremo de los chilenos, se irritó y pasó sin moverse el sombrero por delante de él.

El coronel Luis Carrera y otros oficiales que rodeaban a aquel imitaron su ejemplo, dando así un carácter

---

mas sério a aquél acto de descortesía, o mas bien de insolencia, para con el gobernador del territorio en que venían a buscar un asilo.

Esto sucedía como a las oraciones, y San Martin aunque indignado con semejante conducta, no dió la mas lijera señal de disgusto.

Momentos después, las dos comitivas hacían a cierta distancia los preparativos para pasar la noche.

Mas no hacía mucho que San Martin se había retirado a su carpa, cuando le llegó un recado del jeneral Carrera en que le pedía una conferencia para tratar sobre asuntos de la emigracion.

San Martin se prestó gustoso a aquella demanda, y no tardó en recibir la visita de su rebelde huésped.

No haremos una esposicion detallada de lo que pasó en aquella conferencia; mas sí diremos que San Martin escuchó con agrado y atencion a Carrera, quien principió por manifestarse quejoso de que O'Higgins hubiera sido acogido como primer jefe de los emigrados.

San Martin contestó con calma y prudencia, evitando comprometerse en las disenciones de los dos jenerales, que él no había hecho mas que rogar a O'Higgins que tratara de reprimir los abusos que los soldados cometían en su tránsito; que esto no significaba que él quisiera arrebatarle prerogativas a nadie, ni intervenir en asuntos que le eran completamente estraños.

—Mi único propósito, continuó, es mantener el orden, y así, Usía puede proceder como juzgue mas acertado para conducir las tropas chilenas, con tal que en todo se guarde orden y disciplina; para lo cual puede Usía contar con mis auxilios y disponer de mis cabalgaduras.

---

Carrera no tuvo que replicar a tan justas observaciones, y después de algunas frías protestas de agradecimiento, acabó por despedirse con estudiada urbanidad.

Desde el día siguiente, mientras San Martín se volvía a Mendoza, el jeneral Carrera, sus hermanos y allegados comenzaron a tratar de reunir a los emigrados y exigirles sumisión a las órdenes del primero.

Al mismo tiempo seguían su marcha a Mendoza.

Pero sucedió que muchos oficiales se negaron a obedecer y se adelantaron a alcanzar a O'Higgins, a quien le rogaron encarecidamente que reasumiese el mando.

De esta manera se formaron dos partidos y se suscitaron graves desavenencias y altercados entre los ayudantes de cada jeneral.

Por fin, ántes de llegar a Mendoza, en un punto en que se había detenido O'Higgins, y a donde se habían ido reuniendo los dispersos, subió tan de punto el acaloramiento de los ánimos, que todo habría venido a parar en un verdadero combate, si O'Higgins, por evitar tanta vergüenza a la emigración chilena, no hubiera tenido la prudencia de renunciar el mando que le brindaban sus partidarios.

Gracias a esta circunstancia, los chilenos entraron a Mendoza en medio del mayor orden.

Como sabemos, Rodríguez había llegado allí con mucha anticipación.

Había, pues, tenido lugar de proporcionarse un asilo enteramente a su gusto.

Buscando y rebuscando con aquella actividad propia de su carácter, había encontrado en una quinta de los suburbios de la población una señora chilena, conocida

---

antigua de él, que residía allí por haberse casado hacía tres años con un comerciante cuyano.

Esta señora, a quien Rodriguez saludó con el nombre de Candelaria, recibió a Corina con mil agasajos, prometiendo poner cuanto estuviera de su parte para hacerle agradable su hospitalidad.

Sin embargo, Rodriguez no quiso separarse de Corina hasta que se cercioró por sí mismo de las comodidades que le proporcionaban, y de si quedaba ella a su entera satisfaccion en la casa.

Persuadido al fin de esto, se decidió, al cabo de dos días a ponerse en marcha para la cordillera.

Renovó sus recomendaciones a la señora, y llamando aparte a Corina, le dijo con sentido acento.

--Me voi, Corina, dejando aquí mi corazon. Ya usted sabe cuánto la amo y qué sacrificios no sería capaz de arrostrar por obtener su amor... ¡Ah! demasiado bien sé que hai otro tan feliz, que no ha necesitado hacer sacrificio alguno... En fin, esto es doloroso; pero irremediable!... Conozco mui bien que volviendo yo, no hago la dicha de usted, aún cuando salve a su familia. Así pues, mi última determinacion es cumplir mi compromiso y quedarme allá...

La voz de Rodriguez se alteró sensiblemente.

—Es usted libre, continuó, ahogando su emocion.... O'Higgins está aquí, mientras yo estaré a cien leguas... Llevaré a lo ménos el consuelo de pensar en que usted no sufre por mi causa. ¡Oh! esto es al fin uno felicidad mayor que la de hacerla a usted víctima de mis aspiraciones! Adios, Corina, y quiera el cielo que mui pronto

~~~~~

pueda enviarle noticias mías con los mismos de su familia. Adios.

Y presentó su mano a la jóven con una sonrisa que, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo ser alegre.

Corina se sonrió tambien; pero con una espresion de cariño que renunciarnos a explicar; y reteniendo la mano de Rodriguez, le dijo:

—Lo jurado, jurado: ¿quién le ha dicho a usted que nuestro compromiso me hace desgraciada? Puede usted saber lo que pasa en mi alma? En verdad que llego a creer que usted se arrepiente por otras causas... ¿No se fija usted en que rechaza así un amor que yo misma le he ofrecido? ¡Dios mío! ahora soi yo la que suplico! me obliga usted a mendigar su amor! que vergüenza!

Todo esto fué dicho con la misma sonrisa y una gracia indescriptible, concluyendo Corina por bajar sus hermosos ojos, de manera que aparentaba estar avergonzada en realidad.

Aquello era de un efecto irresistible: Corina sobrepujaba a Rodriguez en heroismo.

No solo se vencía a sí misma: iba mil veces mas allá; vencía la misma jenerosidad que podía enjendrar su dicha.

Rodriguez se sintió profundamente conmovido; pero tambien inmensamente enamorado.

—¡Un ánjel! balbuceó fuera de sí.

—¿Me ama usted? preguntó Corina inflexiblemente.

Rodriguez no pudo contestar de pronto. Se inclinó e imprimió sus ardientes labios en la mano de Corina; y al fin, sacudiendo la cabeza como poseído de un delirio:

—¡Eres mi vida! exclamó: ¡o tu amor o la muerte! De-
liro por tí! te idolatro!

Y se alejó velozmente, como si temiera arrepentirse.

En el zaguan de la casa lo esperaba un caballo ensi-
llado, sobre el cual montó sin vacilar, y salió con igual
presteza de aquella casa en que dejaba un tesoro de di-
cha y amor.

Para tomar el camino de la cordillera, tenía Rodri-
guez que atravesar la poblacion.

Ya había pasado la plaza y embocaba a uno de los va-
rios callejones que daban salida al poniente, cuando lla-
mó su atencion un gran jentío que cabalmente intercep-
taba su propio camino.

—¡Cáspita! exclamó: ese debe ser O'Higgins, que
llega. Cata ahí como se agolpan los curiosos para verlo,
ni mas ni ménos que si se tratara de un animal raro.
¡Pobre jente! continuó diciendo en sus adentros, mién-
tras adelantaba por entre la multitud: no os afaneis
tanto, por vida mía, que no es tan bravo el leon como
lo pintan. Miradme a mí, que así, con este poncho, tan
humilde como me veis, he puesto la paleta en su lu-
gar al que exita vuestra admiracion. ¡Ah! cuánto daría
vuestro héroe por encontrarse ahora en mi pellejo!...
Por San Crispin! no es todo oro lo que reluce... Si su-
piérais que tan esclarecido personaje se ha tironeado los
cabellos, pateando el suelo, echando espumarajos de có-
lera y blasfemando como un carretero, todo por causa
mía, todo porque se ve humillado por mí, entónces sí
que habría razon para que os quedárais con la boca
abierta. Sois unos peles, unos pigmeos delante de mí...
Eh! paso al verdadero héroe.



-Yo soi, Señor, el que ha tenido la felicidad de salvar a esta señorita de una horrible suerte.

Y levantando la voz con verdadera arrogancia,
—Eh! amigos! que no ven ustedes que quiero pasar?
dijo a unos hombres de a caballo que estorbaban el camino.

Al verse tratados éstos con tal aspereza, se volvieron con aire de admiracion, esperando quizá encontrarse ante una autoridad.

Pero todo fué ver el traje vulgar de Rodriguez y amostazarse.

—¡Con todos los diablos! exclamó el mas encolerizado ¡buenos humos gasta usted, señor mío! humos que no cuadran con su figura!

—Pero sí con mi jenio, contestó Rodriguez riéndose de una manera que desarmó completamente a aquellos hombres.

—¿Y para dónde quiere usted pasar? preguntó con buen modo uno de ellos ¿no ve usted que ya llegan?

Y en efecto, el medio de la calle, que hasta entónces había estado transitable, era invadido en ese instante por un gran número de oficiales chilenos que formaban la cabeza de la comitiva de emigrados.

Rodriguez miró hácia donde le indicaban, y lanzó al punto una exclamacion de sorpresa.

Había visto a Maruri entre aquellos oficiales.

—Pues ahí es donde quiero ir, dijo a los hombres.

Y sin esperar que le abrieran paso, hincó las espuelas a su caballo y hendió el grupo repentinamente, yendo a parar al medio de los oficiales.

Rodriguez era mui conocido en el ejército, y al punto lo acogieron todos con satisfaccion.

—Capitan Maruri, dijo él despues de saludar a los

demás conocidos y arreglando al de éste la marcha de su caballo. ¡Usted aquí tan pronto! pues el jeneral O'Higgins no ha llegado todavía; ¿cómo es que ustedes que venían mas atrás...?

—Es que nos hemos reunido para entrar, le contestó Maruri. Oh! ha habido grandes novedades!

Y le contó los sucesos del día, que ya hemos indicado, y que como sabe el lector, concluyeron por un rasgo de prudencia del jeneral O'Higgins.

—Ahora vamos a lo que mas importa, le dijo Rodriguez cuando se hubo impuesto de aquello.

—Lo del mensajero ¿no es verdad?

—Precisamente. ¿Qué hubo de él? volvió?

—No solo volvió, o mas bien, no solo me alcanzó, sino que se me adelantó, creyéndome ya en marcha para acá, mientras yo me entretenía en la Ladera de los Papeles con unos endiablados godos que nos dieron harto que hacer.

—Pero en fin, vamos primero a lo que me interesa, y después hablaremos de godos.

—Tiene usted razon. Pues bien, las noticias que me trajo Ruperto son las siguientes: Ricardo Monterreal; herido el día del saqueo; pero fuera de peligro por lo que hace a su salud y a su libertad: mui bien cuidado ¡pese a mi estrella! por una linda chica que...; en fin, esto es cosa mía que mas vale no menear.

—Pero a fin de cuentas...

—Se halla bien; lo acompaña así mismo una criada de la casa... una que se llama...

—¿Antonia?

—Justamente, Antonia.

—¿Y los padres de Ricardo?

—Fueron tomados presos y llevados a Santiago.

—¡Viven entonces! exclamó Rodriguez con mas júbilo del que Maruri esperaba.

—Deben vivir; solo que los obligaron a hacer el viaje a pié, segun dijo la criada a Ruperto.

—¡Godos bribones! ya me las pagarán!

—Por su puesto, cuando volvamos.

—No que nó! ántes, a fé de quien soi.

—¿Pues cómo así?

—Me vuelvo luego a Santiago.

—¿Está usted loco?

—No por cierto..., yo me las compondré...; pero esto es negocio mío. Con que, en resumidas cuentas, no hai mas novedad. Bueno! entonces me separo de usted y le doi las gracias por la noticia. Voi a llevarla inmediatamente a quien le interesa mas que a mí.

—¡Ah! cabal! y le iba a preguntar a usted..., pero me distraje: ¿qué ha sido de la hermana de Monterreal?

—Alojada aquí en Mendoza, contestó Rodriguez con aire de indiferencia.

Maruri dió un suspiro, pensando en que habría sido mui feliz si hubiera podido traer consigo a su Amelia.

—Eso es: llévele usted la noticia pronto, dijo. Esos son servicios que se agradecen...

Rodriguez le interrumpió preguntándole:

—¿A donde va a alojarse toda esta jente?

—Yo no sé aún...; he oído nombrar el cuartel de la Caridad, y nada mas.

—Ah! ya sé donde es; aquí cerca, hácia este lado. ¿Y el jeneral Carrera tambien va a instalarse ahí?

—No sé si mas tarde; lo que es por ahora, va a parar con su familia en una casa-quinta que hemos dejado atrás, en el callejon por donde entramos.

—Bueno! eso me es bastante para dar con él. Tengo que verlo ántes de irme de Mendoza. A propósito ¿sabe usted si ha traído equipaje, dinero...?

—Dicen que trae todo el que había en las arcas nacionales; pero yo sé de unas cargas de plata que cayeron en manos de los godos... Sin duda usted piensa recurrir a él.

—Justamente, y con mas razon si vienen dineros públicos, porque tengo un sueldo insoluto. En fin, adios, hasta mas ver.

CAPÍTULO XLIII.

El registro.

Algunos momentos despues, Corina veía con sorpresa entrar nuevamente a Rodriguez en la casa de sus huéspedes.

Venía éste con semblante gozoso a darle las noticias que había recojido de boca de Maruri.

—¡Buenas noticias! principió por decirle. Han llegado los emigrados, y entre ellos el capitan Maruri con nuestro encargo cumplido.

Corina no tuvo ánimos ni para preguntar.

Continuó entonces Rodriguez diciendo lo mas importante de lo que había sabido; pero guardándose mui bien de hablar de las heridas de Ricardo, ni del mal tratamiento que habían recibido sus padres.

—Los han obligado a trasladarse a Santiago, le dijo simplemente. Ya no debemos alarmarnos por la suerte de ellos; pues lo que había que temer era que en el saqueo hubieran sufrido alguna desgracia; por lo demas, todo no importa un ardite. Ya podemos contar con que

los tendremos aquí sanos y salvos: yo me daré mis mañan para conseguirlo.

Ya puede calcularse cómo recibiría Corina tan gratas nuevas.

En su transporte llegaba a imaginarse que era deudora a Rodriguez de la buena suerte de su familia, y le pagaba con miradas llenas de ternura aquel servicio imaginario.

Después de mil diversas reflexiones propias del caso y de la alegría de uno y otro, dijo Rodriguez:

—Ya no me es posible salir hoy, pues no alcanzaría a la primera posta. Dejaré mi viaje para mañana y aprovecharé la noche en ir a saludar al jeneral Carrera.

Despidióse hasta muy luego, y tomó la misma dirección de antes.

Como lo había pensado, no tuvo grandes dificultades para encontrar la casa-quinta en que debían hospedarse Carrera y su familia.

Una gran parte de los oficiales se habían quedado con él, y hasta en la calle se notaba la animación y movimiento que reinaba en el interior.

Precisamente era el momento en que se bajaban los equipajes en el patio de la casa.

El jeneral Carrera con sus hermanos y otros conversaban en los corredores como si se tratara de algo muy serio, por la gravedad con que lo hacían.

Rodriguez se llegó a ellos, después de haber atado su caballo a un poste.

—Señores, caballeros, ¿cómo están ustedes? dijo levantándose el sombrero.

—¡Hola! ¡Rodríguez! ¿cómo vá? contestó Luis Carre-
rra, saliendo a su encuentro.

—¡Ahí vamos! pero ustedes, el jeneral...

—Aquí estoi, Rodríguez; ¿cómo está usted? ¿desde
cuando por acá?

—Hace dos días, señor. En cuanto supe la llegada de
Usía me he venido a ofrecerle mis respetos. ¿Supongo
que no hai novedad alguna que lamentar?...

—Ni deja de haber, amigo mío, dijo el jeneral con
aire de gravedad. El tiempo está de mala. Vea usted, y
sepamos su parecer en esto... Yo creo que llega mui a
tiempo para redactarnos una de aquellas notas que tan
bien sientan en circunstancias como la presente.

—Aquí estoi como siempre a la disposicion de Usía.
¿Es algun negocio con el Gobernador de esta tierra?

—Exactamente. Sucede que en la posta de Villavi-
cencio, después de haberse separado de nosotros el go-
bernador, pues se vino adelante para acá, se nos ha
presentado un oficial de aduana exijiendo el rejistro de
nuestros equipajes. ¡Qué le parece a usted! como si se tra-
tara de jente desconocida, que pudiera tildarse de con-
trabandista!...

—¿Y cree Usía que tenga parte el gobernador en eso?

—¿Qué sé yo? bien puede ser... Pero el hecho es que
nos resistimos a semejante rejistro: y cualquiera otro en
nuestro lugar ¿no habría hecho lo mismo?

—¡Oh! la cosa es seria.

—¿Seria? por supuesto; es seria la ofensa que se nos
ha hecho.

—Quiero decir que las consecuencias pueden ser sé-
rias.

—¿Eso cree usted?

—San Martín es un hombre que no entiende de chanzas, y...

—¡Hola! ¿acaso es una chanza la mía? pues yo tampoco entiendo de insolencias.

—¡Oh, señor! piense Usía en que aquí no estamos en Chile.

—Allá o en cualquier parte no dejaré atropellar mi dignidad; faltaría más!

—Pero en fin, señor, ¿todo ha venido a parar en que Usía se negó, y nada más?

—Así me lo imaginaba yo, que todo quedaría en eso; que no se atreverían a pasar adelante en sus exigencias. Pero mire usted, lea; aquí tiene la nota que acabamos de recibir. De ella hablábamos cuando usted ha llegado.

Y Carrera presentó a Rodríguez un pliego que hasta entonces había tenido en la mano.

Como ya comenzaba a oscurecerse, Rodríguez se hizo al patio a fin de obtener más luz, y leyó en voz alta.

«El oficial de la guardia de Huspallata me dice lo que sigue:

«A las doce del día llegaron a este punto los equipajes de los señores Carrera, quienes protestaron que serían hechos llamas antes que permitir fuesen registrados.»

—Naturalmente, pues, interrumpió Carrera: eso dije, y a fé mía que lo habría hecho... Pero siga usted; vea lo que nos dice San Martín; eso es lo más inaudito del caso.

Rodríguez continuó leyendo:

«Se me hace muy duro creer este proceder; pero en el

caso que así sea, estén Usías seguros que no permitiré quede impune un atentado contra las leyes de este estado y autoridad de este gobierno. El ayudante mayor de esta plaza entregará a Usías este oficio, y don Andres Escala, oficial de la contaduría, va encargado de ejecutar el trabajo prevenido.

—Yo espero despues de la llegada de Usías a ésta una contestacion terminante sobre este hecho.

Dios guarde a Usías.

JOSÉ DE SAN MARTIN."

Rodriguez acabó de leer, y dobló silenciosamente el oficio, como preocupado de la gravedad del asunto.

—¿Qué dice usted a eso? preguntó Carrera.

—Esto confirma mi opinion: el Gobernador de Cuyo es hombre de fibra.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Yo creo, señor, que las circunstancias no son para... Mas, en el oficio dice que el portador es el ayudante mayor de la plaza y que viene con él un empleado... Los ha despedido Usía?

—Aun nó; está allí esperando.

Y Carrera señaló hácia una sala, en un costado del patio.

—Mas vale así, agregó Rodriguez; pues me parece mejor someterse, aunque sea doloroso. Esta es una cuestion de susceptibilidades. El gobernador, celoso de su autoridad...

—No es eso, por Cristo! Hai otra cosa en esto; y es lo que me quema la sangre. El caso es que se figuran que yo traigo los caudales públicos... ¡Intrigas de ese bas-

tardo de Riquelme! Cuando, apenas si viene en las maletas el dinero necesario para pagar a las tropas los sueldos de este mes!

—Pues por lo mismo, señor; esto servirá de vindicación..... Peor sería que siguieran en tal creencia.

Carrera se puso a pasearse en un corto trecho a lo largo del corredor.

Rodriguez continuó diciéndo a Luis Carrera en voz bastante alta para que el jeneral pudiera oír:

—Siempre será mejor ceder en esto: mas vale un mal arreglo... Y ahora, tan al principio, nada bueno prometería un rompimiento. Mejor es tener motivos de queja, que no dar lugar a ellos. Yo cedería, y al momento le contestaría la nota al gobernador manifestándome ofendido de su proceder.

El jeneral se detuvo de pronto, como si optara por esta idea.

—¡Está bien! exclamó en tono de amenaza: pero yo escribiré la nota a mi modo... o mas bien la dictaré; no podría hacer una letra ahora!... Luis, ve que registren esos equipajes. Y usted venga a escribirme, dijo a Rodriguez.

Siguió éste al jeneral, quien entró a una pieza inmediata y le indicó una mesa donde había luz y recado de escribir.

Cuando Rodriguez se hubo sentado y preparado, Carrera dictó lo que sigue con el mismo tono que si hubiera tenido delante a San Martin.

"Apenas pisé este territorio, cuando conocí que mi autoridad y empleo eran atropellados. Se daban órdenes a mis subalternos, y se hacía a mi vista y sin mi anuen-

cia cuanto me era privativo; a mis oficiales se ofrecían sablazos...

Aquí se interrumpió Carrera para decir a Rodríguez.

—¿Sabe usted esto? le han contado lo que ha sucedido?

—Nó, señor, no he tenido tiempo de hablar con nadie.

—Pues pregúntelo, y sabrá que San Martín amenazó con su sable a dos oficiales que pasaron cerca de él sin saludarlo.

—¡Malo va esto! mal principio! exclamó tristemente Rodríguez.

—Continuemos. ¿Cómo dice lo último?

—«A mis oficiales se ofrecieron sablazos, dijo Rodríguez.

—Eso es... «o rodeados de bayonetas eran bajados a la fuerza de unas miserables mulas que habían tomado en las marchas.

«Por último, señor Gobernador, no ha faltado insulto para apurar mi sufrimiento.

«Quiero que Usía se sirva decirme cómo somos recibidos, para reglar mi conducta.

«Hasta ahora me creo jefe del resto de las tropas chilenas: yo debo saber lo que existe en el ejército restaurador.

«Quiero conservar mi honor, y espero que US. no se separe en nada de las leyes que deben rejirle.

«Dios guarde a Usía muchos años.»

El jeneral firmó, y mientras Rodríguez plegaba, le dijo:

—Los mismos que han venido a hacer el registro llevarán el oficio, para que sepa ese hombre que esta última injuria es la que me decide a hablarle así.

—En efecto, respondió Rodriguez, nada se le dice aquí sobre esto.

—No importa; ya lo calculará él.

Rodriguez lacró y selló a tiempo que entraba Luis Carrera diciendo:

—Ya está hecho eso; aquí viene el oficial...

—Y aquí está el oficio, repuso Rodriguez.

Tomólo el jeneral, y saliendo a la puerta, dijo con dureza al enviado de San Martin:

—Tome usted, para su jefe.

El oficial se inclinó.

—Vaya usted con Dios, repuso Carrera.

Y volvió a continuar sus paseos por la habitacion, mientras Luis se echaba sobre una silla.

Rodriguez estaba parado junto a la mesa, y pensando en sus propios negocios, se decía:

—Mal momento para hablar de dinero: es esponerse a que lo despidan a uno con cajas destempladas. Será mejor que me dé una vuelta por aquí al tiempo de salir mañana para la cordillera... Sí; es lo mas acertado. Mañana será otro día.

Y tomó su sombrero para retirarse.

El jeneral se apercibió de este movimiento, e interrumpió sus paseos.

—¿Dónde está usted alojado? le preguntó suavizando la espresion adusta que hasta entonces había contraído su rostro.

—Por esta noche, señor, tengo alojamiento en una casa de amigos.

—Por esta noche. Entonces mañana podrá ir al cuartel...

—Mañana no necesito alojarme

—¿Cómo así?

Rodriguez pensó:—Ahora es tiempo de encajar mi peticion.

Y dijo:

—Mañana debo salir de Mendoza y tomar otra vez el camino de la cordillera.

—¡El camino de la cordillera! exclamó el jeneral con gran admiracion.

—Sí, señor, me vuelvo a Chile: tengo urjentes negocios por allá.

—Hombre ¿está usted en su juicio?

—Perfectamente, señor:

—Pero eso es ir a hacerse matar por gusto.

—Lejos de eso, señor; estimo en mucho mi cabeza para entregarla así no mas al enemigo.

—Mas yo no debo permitir una locura semejante: ¿no piensa usted en que hoi mas que nunca necesito compañeros fieles, patriotas celosos y decididos?...

—Todo eso lo sé, señor; pero mi ausencia no será larga.

—Oh! usted no puede responder de eso. Mas ¿qué objeto lo lleva por allá?

—Salvar a una familia, señor; jente que estimo tanto como a mis padres: ya me he comprometido; lo he jurado, y por nada de este mundo volveré atras.

Carrera percibió la firmeza con que Rodriguez acentuó sus palabras.

—¿Luego es una resolucion formal la de usted? dijo siempre admirado.

—Irrevocable, con perdon de Usía.

Carrera movió la cabeza, como diciendo:

—¡Qué disparate!

—Además, mi viaje no será estéril para nuestra causa comun, prosiguió Rodriguez; estudiaré cómo van las cosas por allá, y sabremos a qué atenernos. Usía podrá tener noticias exactas a mi vuelta, y segun eso, formar su plan de ataque...

—Mui segura cree usted la vuelta; cuando cabalmente es eso lo que me parece imposible.

—El tiempo dirá, señor.

—La idea de investigar lo que pasa por allá no me parece mal; pues desearía saberlo para tratar de salir de aquí lo mas pronto que se pueda.

—Entonces vale la pena de arriesgarse.

—Puesto que tal es la resolucion de usted..., solo me limitaré a desearle buen viaje y pronta vuelta.

—No es bastante eso, señor; desearía otra cosa mas de Usía, dijo Rodriguez, decidiéndose al fin a revelar el objeto de su venida.

—¡Otra cosa mas? repuso Carrera como tratando de adivinar. ¿Qué puede ser eso? no se me ocurre.

—Lo que hai es que para un viaje como éste, lo principal es ir bien provisto..., y como no he percibido del mes de Setiembre...; pero esto es en caso que haya con que hacer el pago. De otro modo, bien puedo pasarme sin mi sueldo.

—Acabáramos; tiene usted un sueldo en caja. Pues bien, hai plata para eso. ¿Cuánto es?

—Son doscientos pesos, señor.

—¿Los quiere usted ahora mismo?

—Como le parezca a Usía; siendo fácil, me sería me-

jor ahora, porque podría ponerme en marcha mañana temprano.

—No hai inconveniente. Vé tú, Luis; entrégale eso.

Rodriguez dió las gracias y salió con Luis Carrera, quien lo llevó al cuarto en que se había depositado el equipaje.

—¿Quieres oro o plata? le preguntó abriendo una maleta.

—Oro menudo, escudos, dijo Rodriguez; eso es mas cómodo para los gastos pequeños y no hace bulto.

Poco despues salía Rodriguez de la casa y volvía al lado de Corina.

CAPÍTULO XLIV.

El camino misterioso.

A la mañana siguiente, mui de madrugada, se levantó Rodriguez y por sí mismo fué a ensillar su caballo a la pesebrera.

Todos los habitantes de la casa dormían, y como él se había despedido de sus huéspedes y de Corina, no tuvo cumplimientos que gastar para hacerse abrir las puertas, despertando al efecto a una esclava anciana que había quedado prevenida desde la noche ántes.

Esta pequeña molestia le valió a la buena mujer una gratificacion de cuatro pesetas, que recibió con gran admiracion, sin comprender cómo podía valorizarse en tanto aquel servicio.

Lo que quería Rodriguez era dejar una buena idea de su munificencia entre los de la servidumbre, por lo que podría esto contribuir al bienestar de Corina.

Creyendo asegurados sus deseos por esta parte, Rodriguez se puso en camino al paso mas lijero de su caballo mulato.

Era éste uno de los que había obtenido en cambio de

aquel famoso pasaporte; excelente animal, que había resistido lo fatigoso del viaje, y se encontraba en aptitud de hacerlo de nuevo.

No así él otro; cuya estenuacion era tanta, que ni aun había sido posible venderlo.

Rodriguez autorizó a la dueña de casa para que hiciera de él lo que mejor le pareciera, y mediante esto, el animal pasó al poder de la lechera de la casa.

Rodriguez tenía prisa de llegar cuanto ántes a Santiago, y así, en la mitad del tiempo que había puesto desde la posta de Villavicencio a Mendoza, hizo ahora su vuelta de Mendoza a la posta.

Verdad es que no traía consigo una compañera delicada a quien guardar solícitas consideraciones.

En Villavicencio, aconsejaron a Rodriguez que pasara la noche, porque de otro modo lo sorprendería ésta en la mitad de su segunda jornada; lo cual no era prudente en razon de haberse quedado en el camino muchos emigrados dispersos, cuyas intenciones eran siniestras.

—Eso no me importa, dijo él en voz bastante alta para que pudieran oírlo unos dos hombres de mal aspecto en quienes ya había parado su atencion. Quien nada tiene nada teme. A mi vuelta, dentro de unos quince días, sí que tomaré mis precauciones, porque cabalmente voi a traer un dinero a Santiago.

Rodriguez no quería demorarse en la posta, y como había encontrado poco tranquilizadoras las fisonomías de los dos hombres de que hemos hablado, trató de alejarse con aquellas palabras el peligro que pudiera haber por parte de ellos.

—¿Crée usted poder ir a Santiago y volverse en se-

guida? le preguntó el patron; ¿no teme quedar en manos de los españoles?

—No hai cuidado por eso, dijo Rodriguez con aire de gran seguridad. Bien sé yo donde me aprieta el zapato.

Uno de los hombres de mala traza, que se había ido acercando con aire de curiosidad, terció en la conversacion, diciendo:

—Si el señor piensa irse a Santiago y no tiene partido con los godos, le aseguro que no pasa mas allá de las Cuevas, o que, si pasa, va a darles a ellos buena cuenta de sus negocios.

Rodriguez pensó que si aquel hombre tuviera malas intenciones respecto de él, no trataría de disuadirlo de su viaje.

—A estas horas, continuó el hombre, si los cordoveses que fueron ayer con el capitan Las Heras no han llegado a la Casucha, es seguro que los godos están alojados en ella.

—¿Ha ido el capitan Las Heras por allá? preguntó Rodriguez.

—Sí, dijo el patron; lo han mandado a cerrar el paso a los godos, por si pretenden venírse nos encima.

—Tanto mejor: así encontraré amigos en mi viaje.

El desconocido movió la cabeza con aire de mal presajio.

—De nada sirve tener amigos acá, si no se tienen allá, dijo.

El patron se sonrió designando con un jesto al hombre.

—Mui interesado está *Tío Maulas*, observó, en que no haga usted su viaje.

—Yo no tengo interés en eso, replicó él, sino en proponerle al señor un partido ventajoso.

—Hola! exclamó Rodriguez con curiosidad. ¿Tiene usted un partido que proponerme?

—Sí, señor, un buen partido, en caso de que sea cierto que usted quiera ir y volver.

—Vamos! pensó Rodriguez, ha surtido buen efecto mi anuncio sobre el dinero.

—Usted habló de ir a traer unos reales, prosiguió el desconocido, como si hubiera leído el pensamiento de él. Poco me importa que los traiga o que los lleve; lo que yo pretendo es que usted me tome por su guía, comprometiéndose a pagarme una cosa razonable.

—Pero yo no necesito guía para el camino. Si fuera tiempo de nieves, en que se borran las huellas...

—Vamos! no me ha entendido usted, replicó el desconocido.

Y bajando la voz de manera que solo Rodriguez y el patron pudieran oír lo que hablaba, dijo:

—Yo tengo un camino que nadie conoce; en un día está usted en Chile, sin dificultad ninguna, ni temor de godos, ni de alma viviente.

Rodriguez miró al patron como hombre que no sabe qué partido tomar y pide un consejo.

—No es mala propuesta, dijo lacónicamente el patron.

Esto no daba ninguna luz sobre lo que Rodriguez pensaba. ¿Quién aseguraba la buena fé del proponente?

—A mí me gusta ser claro, dijo al fin. Mui bien me parece el poder hacer mi viaje con tanta comodidad; pero hai mucho que ver para confiarse así no mas de una persona a quien por primera vez se vé. En primer

lugar, yo quisiera saber por qué habla usted con tanto misterio de ese portentoso camino.

—Ta, ta, ta; aquí lo esperaba yo a usted; ya sabía muy bien adonde iba a parar. Es muy justo..., y desde que ha oído llamarme *Tío Maulas...*, no me ofende su desconfianza.

—Naturalmente, el nombre no es de los más favorables, dijo Rodríguez sonriéndose.

—Tío Maulas es mi conocido antiguo, observó el patron, y lo trato con intimidad. Confieso que merecè el nombre; pero también aseguro que sus maulas no hacen mal a nadie.

—Maulas que no hacen mal a nadie, dijo Rodríguez como recapacitando. Pues no se me ocurre...

—Ahí ha de ver usted, le contestó riéndose el patron.

—Y es la pura verdad, observó Tío Maulas.

—Pues si no se explican ustedes...

—Claro es que no trato de hacer misterios con usted. Y desde que se trata de un negocio, y de darle seguridades... Pues mire usted, la verdad es que yo me ocupo en hacer mis carguitas de tabaco, naipes y algunas fruslerías de las que por allá solo vende el gobierno...

—Ah! es usted contrabandista.

—Un poco, señor; qué quiere usted? es cosa ésta que me viene por familia, como también el conocimiento de ese camino de que le hablo a usted.

—Pero aún no entiendo por qué es ese misterio para hablar del camino.

—¿Aún no se le ocurre? pues está claro. Así es como evito el que me hagan competencia los que negocian en lo mismo. Yo gasto la mitad de lo que ellos en un viaje,

y puedo dar mis mercaderías con más cuenta. Por otra parte, es una ventaja el tener uno su camino para casos de peligro, y hai tantos en el negocio...; el día ménos pensado se ve uno perseguido por los guardas de la cordillera...

—Veo que no deja usted de tener razon.

Y como aún dudara Rodriguez de la buena fé de su interlocutor, agregó:

—Pero es imposible que deje de haber álguien que conozca ese camino; por lo ménos usted dijo al patron, desde que es un conocido tan antiguo como dice...

—Yo respondo del hecho; pero no conozco el camino, respondió el interpelado. Muchas veces he sabido que han visto a Tío Maulas en Santiago, en un día fijo, por ejemplo el miércoles, cuando yo tenía mui presente que había salido de aquí el martes por la mañana.

—¡Es prodijioso! exclamó Rodriguez. Me tienta en verdad.

Y dirijiéndose a Tío Maulas:

—Pero tambien me admira, le dijo, el que usted haya tomado tal interés por mí, que no trepide en descubrirme su secreto.

—¡Siempre la desconfianza! repuso Tío Maulas. Por mi abuela, que usted debe ser o mui astuto o mui cobarde. Yo soi hombre de esperiencia en cuanto a eso.

—Me gusta su franqueza, amigo mío. Créame usted lo que quiera; pero dispeme todas mis dudas si hemos de tener trato.

—Si no es mas que esa su duda, la de saber por qué le ofrezco a usted mis servicios, aquí tiene al patron para que conteste por mí.

—El hecho es, dijo éste, que no es usted, señor, el primer viajero a quien ha servido Tío Maulas. Yo sé de otros dos; pero también sé que los hace ir con los ojos vendados las dos primeras horas del viaje y las dos últimas.

—Ya estoy; no es mala idea esa: pero se necesita tener una gran confianza...

—En cuanto a eso, a la seguridad de usted, yo le respondo, dijo el patron.

—Pero ¿a quién le respondería usted si me mataran en el camino? quién vendría a tomarle cuenta? Nó; esa última condicion, la de vendarse los ojos, es inadmisibile.

—Y es la principal, dijo Tío Maulas. Sin eso no hai nada.

—¿Y en cuanto al precio?

—¿Quiere usted que le pida por la ida y la vuelta?

—Como a usted le parezca, pero bien entendido que ahora no tengo como pagar gran cosa.

—No se asuste usted; el viaje de ida será barato, en atencion a que la vuelta ha de ser bien pagada, porque entonces trae usted mas dinero.

—Pero en fin, sepamos de fijo.

—Será una onza a la ida, y tres a la vuelta; pero al llegar allá me deja usted su caballo en prenda, por si algun inconveniente le impide venirse. ¿No es justo?

—Creo que sí; usted toma sus precauciones para no ser defraudado: me parece bien; pero no convengo en taparme los ojos.

—Entonces no hai que hablar: quedamos tan amigos como ántes.

Y Tío Maulas se paró con manifiesta intencion de retirarse.

Rodriguez lo dejó hacer.

—Siendo ésta una celada, se dijo, es mui posible que el hombre convenga en todo.

—Queden ustedes con Dios, dijo Tío Maulas desde la puerta.

—Que le vaya a usted bien, contestó Rodrigueuz.

Ya había salido Tío Maulas, cuando el patron dijo a Rodrigueuz:

—Yo creo, señor, que usted deja escapar una bella ocasion.

—Así será; pero ya usted ve que no es posible entregarse como manso cordero en manos de jente desconocida.

—Convengo en que la condicion es dura... En fin, cada uno se maneja segun su voluntad, y nada tengo yo que hacer.

Rodrigueuz salió a asomarse al camino, y divisó a Tío Maulas que se alejaba a caballo en la direccion de Mendoza.

—Ese hombre no tiene determinacion de volver, pensó.

Y como viera al mismo tiempo entrar a la casa de postas al otro hombre con quien al principio lo había visto conversar, le preguntó:

—¿Volverá luego Tío Maulas?

—Creo que nó, contestó con displicencia el interpelado; me dijo: "hasta mañana."

Ya no le quedó duda a Rodrigueuz de la buena fé del contrabandista.

Montó de un salto en su caballo y corrió tras él.

—¡Eh! buen hombre, le gritó cuando estuvo cerca, no me haga usted gastar mi caballo.

El contrabandista se detuvo diciendo:

—¡Qué! ¿ya lo tenemos decidido?

—Sí, mi amigo; he reflexionado y caído en cuentas de que no hai por qué desechar su propuesta.

—Con que ¿ya no le parece mal lo de la venda en los ojos?

—Ni mui bien tampoco; pero me he dicho que siendo mi caballo y la montura las prendas de valor que tengo, y debiendo quedar éstas en su poder al llegar a Chile, no se echaría usted gran cosa encima jugándome ántes una mala pasada.

—Bien dicho. ¿Y cuándo quiere usted que nos pongamos en viaje?

—Inmediatamente, si es posible.

—Pues vamos allá; nada tengo que hacer por aquí.

CAPÍTULO XLV.

El fraile.

Nada tenemos que decir sobre el misterioso camino del contrabandista.

Solo sabemos que Rodriguez llegó al día siguiente a las inmediaciones de Apoquindo, sin novedad ninguna.

El lector puede juzgar de las precauciones que tomaría el guía para que no se descubriera su secreto, con solo saber que hasta hoy es un problema la existencia de aquel precioso camino.

Sabemos que Rodriguez para sus viajes y para el tránsito de los espías de San Martin, se aprovechó de él mas adelante en varias ocasiones; pero siempre tuvo que plegarse a la condicion irrefragable del guía.

Hase hablado últimamente de unos papeles presentados al gobierno arjentino, en que se espone en detalle el derrotero de ese camino; es mui probable que el contrabandista, no habiendo tenido descendencia, se resolviera al fin de sus días a no dejar perderse un secreto de tanta importancia.

En Apoquindo dijo el guía a Rodriguez:

—Yo no paso mas adelante, porque no tengo para qué esponer mi pellejo. Me parece que he cumplido perfectamente: son como las dos de la tarde, y ayer nos hemos puesto en viaje despues de las tres: no hai, pues, aún veinticuatro horas de camino.

—Es verdad que nada tengo que decir, respondió Rodriguez; estoi mui satisfecho y agradecido: pero si usted me deja aquí, sin caballo, qué voi a hacer.

—Eso es cuenta suya; el trato es trato; a ménos que usted quiera pagarme anticipadas las tres onzas que pido por la vuelta.

Rodriguez pensó que podía hacer eso, pero disminuyendo considerablemente su reducido caudal.

—Sigamos un poco mas allá, dijo; y veremos si encuentro cómo trasladarme a Santiago.

—Pero si estamos tan cerca; en una hora está usted allá... Además, mire usted como ya se ve por aquí jente peligrosa. ¿No es fraile aquel que va a caballo en un burro?

—¿Eso llama usted jente peligrosa?

—Por supuesto, no hai otros mas partidarios de los godos que esos benditos varones. Por nada avanzo una vara mas... Y si usted no teme a los frailes, júntese con ese y pídale que lo lleve en ancas.

Rodriguez meditó un instante.

—Sí, dijo después, me parece bien la idea.

Y brilló en sus ojos una lijera espresion de alegría, como si le ocurriera algo de bueno.

Apeóse prontamente del caballo; sacó su puñal y una



Y volvió a empujarse la cantimplora.

cantimplora con aguardiente de entre los pellones de la montura, y le pasó su onza al guía, diciéndole:

—Quedamos, pues, en que para la vuelta no tengo mas que ir a la casa del arriero...

—Ni mas, ni ménos; si no estoi ahí, nunca tendrá usted que esperar mas de unos ocho días.

—Convénido, adios.

Y se lanzó Rodriguez a todo correr en pos del fraile, quien habiendo desembocado por un callejon al camino, seguía hácia Santiago al paso lentísimo de su rollizo y meditabundo asno.

Aún mediaban unos treinta pasos entre Rodriguez y el fraile, cuando éste volvió la cabeza como advertido de que lo seguían.

Rodriguez le hizo una seña para que se detuviera, y cuando estuvo inmediato, se descubrió saludando reverentemente.

El fraile era un hombre regordete, de fisonomía apacible, casi risueña; llevaba hábitos grises y burdos, y un sombrero de pita de enormes alas, a propósito para resguardarse de los rayos del sol.

Traía, además, en las ancas del pollino unas grandes y repletas alforjas, y por delante, sujeta contra el pecho, una imájen de Santa Filomena, fija sobre la tapa de una alcancía de lata.

Ya sabemos que Rodriguez, por su traje, hacía el efecto de un campesino.

Ahora bien, un hombre con tales apariencias, corriendo tras de un fraile mendicante, no podía sugerir de pronto otra idea que la de querer ejercitar su piedad con alguna obra buena.

El fraile debió creerlo así, puesto que aún no se llegaba Rodríguez del todo a él, cuando aprontó la alcancía, pasándola del brazo izquierdo a su mano derecha.

Rodríguez se sonrió a la vista de aquel ademán.

—Reverendo padre, dijo, mi limosna es tan gruesa, que no cabe en la alcancía.

—¡Ah! serán provisiones! bueno! con todo se prepara el camino del cielo, respondió él afectuosamente. Pero ¿dónde las tiene usted?

—Aquí cerca, debajo de aquellos nogales, dijo Rodríguez mostrando hácia la parte de atrás.

—Bueno! irémos allá, repuso el fraile, haciendo andar el asno; pero no veo casa ninguna.

—Mi casa está mas distante: he venido a pié hasta allí, porque me habían dado noticias de que su paternidad había de pasar...

—Oigan! ya lo sabían! es raro; pues a mi venida tomé el camino de Ñuñoa, y he dado vuelta por adentro de Tobalagua. No me esplico pues...

Rodríguez comprendió que había dicho una zoncera, y agregó para enmendarla.

—¿Con que así? pues esto me hace creer en la santidad de la viejecita que me dió la noticia. Es una señora que vive allá abajo y solo pasa en oracion. Desde anoche me anunció...

—¡Desde anoche! Dios sea loado! Ese es un milagro de su divina gracia! Oh, Santa Filomena! cómo pone de manifiesto sus favores!... Mire usted, no es la primera vez que esto me sucede: casi siempre, cuando ménos espero encontrar limosnas, llego a alguna casa piadosa en

que me las tienen preparadas, porque nuestra milagrosa Santa les ha advertido que yo he de ir.

—No cabe duda que es un milagro, observó Rodríguez. Pues voi a contarlo a todos los de por aquí, a fin de que en otro viaje que haga su paternidad, encuentre abundantes limosnas entre mis vecinos.

—Dios se lo pague: yo lo encomendaré a Santa Filomena en mis humildes oraciones.

En ese momento llegaban a las orillas de los nogales, y el fraile añadió:

—¡Que buena sombra hace aquí!

—Sí, señor; ¿por que no pasa su paternidad un momento a descansar y refrescarse? aún podría dormir una siesta mientras baja el sol.

—En cuanto a dormir, no me decido; pero sí, me apearé un rato; así descansará también este pobre animal que se ha llevado una buena jornada.

—Le quitaremos las alforjas de encima, para que esté mas aliviado.

Y Rodríguez lo hizo sin esperar la vènia del fraile, quien habiéndose bajado, se ocupaba en colocar la imàjen y alcancía de Santa Filomena en el tronco de un nogal.

—Sentémonos, pues, dijo al terminar esa operacion. ¿Y dónde tiene usted su limosna?

—Por allí, entre unas malezas; luego iré por ella; son pataratas: un par de gallinas, algunos huevitos, y quesillos frescos.

—¡Quesillos! bueno! de eso no llevo. Oh! la Providencia es admirable! Poco que sea, su obra es de gran mé

rito a los ojos de Dios. ¡Y qué ganas traía yo de comer un bocado de queso!

Rodriguez se alarmó interiormente.

—¡Qué diablos! pensó; ¡a qué iría yo a decir que traía queso! berenjenas hubiera dicho mejor!

—No estaría de mas, prosiguió el fraile, que fuera usted de una vez por sus cosillas.

—Sí, señor, voi a eso; pero con este calor está mejor que preparemos ántes el estómago.

—¿De qué manera?

Rodriguez se sentó a una vara del fraile; sacó de debajo de la manta la cantimplora con aguardiente, la destapó y se la presentó sonriéndose.

—Oigan! ¿qué es esto?

—Ai, señor; esto es lo que por acá llamamos, con perdon de vuestra reverencia, leche de tigre.

El fraile se sonrió complacientemente.

—Vamos a ver esta leche, dijo, tomando la cantimplora; se me hace que nos va a dar mas hambre el beberla.

--Por supuesto, si es cosa que fortifica el estómago y lo dispone a recibir el alimento.

El fraile se empinó la cantimplora y la tuvo en sus labios mas tiempo del que Rodriguez esperaba.

—Oooofff, hizo al concluir de beber; brava la leche! un excelente anisado, a Dios gracias; su fortaleza llega hasta el alma.

—Pues no! y hasta la dispone a la salvacion, observó riéndose Rodriguez.

—Yo traigo de otro ahí en las alforjas, pero sin anis,

dijo el fraile, riéndose también de la chanza de Rodríguez.

—¿Sin anís? pues ese me gusta, repuso éste vivamente.

Y se paró con gran prisa para ir a donde estaban las alforjas.

—Tenga cuidado de no revolver, hermano; ahí ha de ver usted una botella...

—Sí, sí, sí; aquí está..., ¡diantres! es un pollo fiambre el que trae usted aquí?

—Precisamente; es una limosna de una chacarera de Ñuñoa. En tiempo de legumbres, me da sus buenas cargas; y en lo demás del año me prepara siempre esas baratijas que no por ser más reducidas, son menos agradables a Dios...

—Y al estómago de los benditos padres, concluyó Rodríguez.

—Por supuesto, dijo el fraile con una alegría en que no dejaba de tener su parte el largo trago de aguardiente que se había embuchado.

—Y además, agregó Rodríguez alentado con la buena disposición de su interlocutor, no creo que la limosna pierda mucho de la gracia divina si viene a parar a nuestros estómagos.

—Oh! hizo el fraile dando a su fisonomía una expresión semi-séria.

—Siempre aprovechará en bienes celestiales la parte que a usted le toque, reverendo padre...

—Entre paréntesis, no me dé usted ese tratamiento, porque no soy más que lego: dígame hermano.

—Convenido, y como buenos hermanos, vamos a aho-

rrarle a este infeliz pollo su ¡travesía al convento con este gran sol... Cáspita! aquí hai pan de grasa! está la *causa* completa... huevos!... ¿Están cocidos?

—No sé, pero ¿quiere usted que acabemos con todo?

—Los huevos se reponen con los de mi limosna. A ver si están cocidos.

Y golpeó uno en una piedra.

—Viva! exclamó despues de examinarlo, mas cocido que mi abuela.

—Linda comparacion!

—Exactísima, porque murió de cabeza en un caldero de agua hirviendo.

El fraile soltó la risa con verdadera expansion.

—Vaya! dijo Rodriguez volviendo a su lugar con el pollo fiambre, unos cuantos huevos, dos panes y la botella de aguardiente.

—¿Y en qué piensa poner eso, hermano? preguntó el fraile, sin dejar de reirse.

—En cualquier cosa; cuando mas no sea, en la alas de su sombrero, que bien puede hacer los oficios de fuente pastelera.

—Pondremos los huevos y el pan, mas no el pollo, porque eso tiene grasa.

—Bueno, lo tendremos en la mano y lo engulliremos primero. Antes que todo, celebraremos con un trago nuestra agradable reunion.

—Acepto: es usted un compañero de jenio bien alegre.

—Me pongo contento cuando encuentro personas de mi agrado, como ahora.

—Pues, a la salud de usted, hermano, dijo el fraile llevándose la cantimplora a la boca.

—A la de usted, hermano, respondió Rodriguez imitándolo con la botella.

Uno y otro se demoraron algunos segundos en el trago; pero Rodriguez no bebió tanto como lo que aparentó.

—Solo nos faltan los quesillos, dijo el fraile.

—Atraquémosle primero al pollo que nos está estorbando, porque no hai donde ponerlo, dijo Rodriguez. Vamos, tire usted de una presa. Me parece que está delicioso... ¿No vé lo tierno para partirse? ¡y tan doradito!

—Y jugoso aún, a pesar de estar frío, observó el fraile, chupando con delicia la parte mas carnosa de una pierna.

—A mí me gusta la pechuga.

—Es mas seca esa carne; no hai como el ala y la rabadilla ¡tan sabrosas!

—Aquí tiene, pues, reverendo... quiero decir, hermano. Tire usted de esa ala. Pero ántes es preciso un trago: las presas han de llegar separadas al estómago, porque de otro modo se volvería a formar el pollo...

—La mitad en cada estómago ¿no es eso?

—Siempre sería incómodo un medio pollo; y éste debe ser difícil de digerir, pues está frito en grasa y en gracia divina.

—Me convence esta última reflexion, contestó alegremente el fraile, volviendo a echar mano a la cantimplora.

Este tercer trago fué un poco mas largo que los otros.

Las mejillas del fraile habían tomado un rojo subido, y sus ojos chispeaban de animacion.

—¿Muchos años hace que usted vive por aquí? pre-

guntó a Rodriguez despues de tragar un bocado, y estirando la mano para arrancarle la rabadilla al pollo.

—Soi criado y nacido en estas benditas tierras. ¡Diantres! se va usted a comer la rabadilla sin separarla del ala con un trago.

—Pero esta presa no forma pecado mortal.

—Y sin embargo, no puede pasar por parvidad de materia en atencion a la *gracia* con que ha sido gui-sada.

—Vaya, pues, seremos complacientes; pero la leche de... ¡Cómo dice usted? de leon?

—Tanto da, en siendo animal bravo; pero yo digo de tigre.

—Iba a decir que la leche de tigre se me va ganando a la cabeza y a las piernas.

—¿No ve usted? huye del estómago, se declara vencida. Pues es preciso doblar las dosis para que se sobreponga a la influencia de la gracia.

—En tal caso, será mejor pasar a los quesillos, repuso riéndose el fraile.

—Eso es peor; demanda mas aguardiente; ¿no ve usted que es lacticinio? Bébase un buen trago con anticipacion.

—Esperaré que vaya usted a buscarlos.

—Espérese, hermano, que acabe con esta armazon; coma huevos mientras.

—Los huevos son lacticinio tambien.

—Eso quiere decir que han de ir precedidos de un buen trago.

—Mas bien tomaré el trago que me ha de disponer a mascar los quesillos.

—Bueno, con tal que sea largo.

El fraile bebió.

—Eso es poco todavía.

—¿Aún mas?

—Por supuesto.

—Qué diantres! vaya! para que no tenga que decir.

Y volvió a empinarse la cantimplora, echándose al cuerpo el resto del aguardiente, que bien alcanzaría a componer el tercio de un vaso de tamaño ordinario.

Cuando concluyó, se quedó mirando a Rodriguez con particular fijeza.

Este notó que el brillo de sus ojos se había empañado, y que los párpados gravitaban sobre ellos notablemente.

—Voi mui luego por el queso, le dijo para tranquilizarlo.

—Ha que está diciendo lo mismo... mucho rato, replicó el lego con cierta dificultad en la pronunciacion. Yo creo que todo eso es mentira...

—¿Mentira?

—Así me lo va pa...pare...ciendo. Tanto embromar...

—Pues voi por él.

Rodriguez se paró pausadamente, y se alejó penetrando por entre las malezas.

Cuando juzgó que el fraile no podía verlo, torció a un lado y rodeando, vino a colocarse con precaucion a pocos pasos de él, en un punto desde donde podía verlo sin ser visto.

El fraile permanecía con la cabeza medio inclinada sobre el pecho, y sus ojos, trabajosamente abiertos, estaban fijos hácia el lado por donde aquel había desaparecido.

—¡Cuánta tar... tar... danza! murmuró dejando caer la cabeza, como rendida por su propio peso.

Quedóse así, con los ojos cerrados, por un instante, y luego volviendo a mirar hácia el mismo punto,

—¡Malo va esto! dijo. Ese bribon... se queda por allá. Mezquino... trapalon... miserable... Yo lo buscaré...

Hizo un esfuerzo para levantarse, y después de varias tentativas, lo consiguió afirmándose en el tronco del nogal que tenía a su espalda.

—Vamos a ver, agregó sin moverse de junto al nogal, tomado de él y columpiando el cuerpo sobre sus piernas. Yo lo traeré para acá...; es un borracho...; se ha llevado la... la botella...: pero aquí tengo la camplo... la cantan... la..., esta diantre, la vinajera.

Rodriguez no pudo ménos que reirse por lo bajo.

—Vamos allá, prosiguió el fraile; ni sé cómo se llama... este borracho... ¡Hermano! gritó, hermano!

Se soltó entonces del nogal y dió algunos pasos tambaleándose de modo que ya parecía que iba a caer.

—Santa Filo... mena, balbuceó. ¿Dónde dejé... la santa? Me la habrá robado éste...; no puede ser...: ha de estar en el tronco...; asegurémosla...

Y se dirigió al punto en que había dejado la alcancía.

—Allí está... mui sosegadita, dijo cuando la divisó. Así me gusta...

La tomó del tronco y se agachó para recojer las alforjas que estaban al pié; mas en ese movimiento, se le fué el cuerpo y cayó sobre ellas.

La alcancía rodó una media vara por el suelo, haciendo un gran ruido.

El lego se quedó inmóvil con las manos apoyadas en el suelo, y la vista fija en la alcancía.

—¡Santa Filomena! murmuró. Yo no tengo la culpa...: esa leche..., leche del leon..., nó..., de... de... de burro, caramba!... Venga acá Santa...

Y alargando un brazo, tomó la alcancía y la aseguró junto a su pecho.

En seguida dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos.

—¡Santas pascuas! dijo Rodriguez desde su escondite. Permaneció un largo rato en espera, y al fin penetró con precaucion bajo la bóveda de los nogales y se acercó al fraile.

Dormía ya éste con todo el peso del licor: exhalábanse de su pecho sonoros ronquidos, y su cuerpo estaba tendido a plomo en el suelo.

Rodriguez se inclinó sobre él y le desabrochó el cuello del manteo, sin que diera la mas leve señal de despertarse.

—Ahora la sotana, dijo; esto es mas difícil. Y comenzó a tratar de sacársela. A los primeros movimientos, el fraile dijo pesadamente:

—¿Quién es?... ábrame lo puerta, hermano.
—Sí, ya está abierta, le dijo Rodriguez a media voz. El fraile hizo un prolongado gruñido.

Había conseguido Rodriguez levantarle el hábito hasta la cintura, y trataba de sentarlo para sacárselo por la cabeza.

—La leche..., balbuceó el fraile, ¿dónde está... la leche de...

Rodriguez logró sentarlo afirmándolo contra sus piernas.

Tenía el fraile en una mano la alcancía y en la otra la cantimplora, y como éste era un impedimento para sacarle los hábitos, Rodriguez trató de quitarle ambos objetos.

El fraile dió otro gruñido y los apretó con fuerza.

—La...dron, refunfuñó.

—Si soi yo, el hermano portero, le dijo Rodriguez. Déme las vinajeras, hermano, que ya va a entrar la misa.

—Ah!... para... ayudar...

—Por cierto, miéntras usted duerme un rato. Ha llegado tan enfermo, hermano; quien sabe qué le han dado por el camino.

El fraile soltó la alcancía.

—Me han dado..., dijo, y concluyó por un tartamudeo ininteligible.

—Es preciso que se desnude, hermano, para qué se acueste, continuó Rodriguez, haciéndole entrar el brazo en la abertura del hábito.

Con esto pudo ya sacárselo por la cabeza y en seguida echarlo a un lado.

Solo quedaba el brazo en que tenía el fraile la cantimplora.

Rodriguez volvió a acostarlo, y sin gran dificultad consiguió su objeto.

El fraile volvió a quedarse profundamente dormido.

—Ya esto es hecho dijo Rodriguez.

Quitóse entonces la manta y tapó con ella al fraile.

En seguida se puso los hábitos y el sombrero alon.

—Le dejaremos la alcancía y las alforjas; con eso tiene bastante, siguió diciendo. En cambio de los hábitos, tiene mi manta, que vale por cuatro jergas de éstas; y por el asno le dejaremos...

Se metió la mano al bolsillo; caviló un instante, y concluyó por decir:

—Será media onza: pero no la echaré a la alcancía, para que la vista de ella le sirva de consuelo. Se la amararé en la punta de la manta.

Hizo lo que decía, y montando en el burro tomó el camino de Santiago.

Para concluir con los incidentes del viaje, solo diremos que ántes de entrar a la ciudad juzgó prudente abandonar el asno; y en consecuencia, eligió un paraje solo, junto a los parapetos del Mapocho, donde lo ató a un álamo, y siguió a pié su camino, pudiendo evitar, gracias a su disfraz, averiguaciones peligrosas de patrullas y guardianes que en diversos puntos encontró.

CAPÍTULO XLVI.

Un talavera bonachon.

Serían las seis de la tarde cuando llegó Rodríguez a la casa del pintor a quien ya conocemos, y con quien lo ligaban antiguas relaciones de amistad.

Inmediatamente cambió allí su traje de fraile, por el que le hemos visto usar en la carcel, y principió sus investigaciones sobre la familia de Monterreal.

Sabedor de que don Gabriel y doña Irene estaban en Santiago, juzgó que Ricardo, hallándose en libertad, debía haberse venido, y se dispuso a recorrer la ciudad en todas direcciones, guardando el hacer preguntas para cuando las circunstancias fueran mui oportunas.

Como es natural, sus escursiones mas frecuentes desde el primer día fueron por los alrededores de la carcel, pues él se decía:

—Lo mas probable es que don Gabriel y la señora estén aún presos; y si Ricardo se ha venido, es indudable que ha de procurar acercarse frecuentemente a la cárcel. En todo caso, continuó diciéndose, lo primero es averiguar si están presos, y para conseguirlo debo

entablar relaciones con los que están mas al cabo de las interioridades de la cárcel. ¿Y quiénes son éstos? se preguntaba en el son festivo que le era peculiar. ¡Diables! son los talaveras, jente intratable por demas... Sin embargo, preciso es ver de relacionarse con ellos... Hai un partido...: son bebedores, pendencieros;... busquémosles por donde les gusta. Frecuentaré los despachos, tabernas, cocinerías, a donde mas van ellos, y al cabo de algunos días, en que ya estén familiarizados con mi nuevo y estrambótico difraz, cuando me hayan visto gastar con largueza en sus lugares favoritos, entónces trato de allegarme al que juzgue mas accesible, en seguida a otro, y así, hasta que pueda tomar mis noticias de alguno de ellos. Esto sin perjuicio de las diligencias que puedo hacer por otras partes.

Formado el plan, Rodriguez se puso en campaña siguiéndolo al pié de la letra.

Por muchos días estuvo concurriendo a diferentes tabernas frecuentadas por talaveras.

Allí tuvo ocasion de conocer la perversidad que por lo jeneral dominaba en el carácter de aquellos hombres.

Presenció mil pendencias y tropelías en que siempre resultaban ser víctimas infelices jentes del pueblo que no tenían mas delito ni motivo para excitar su saña, que el no haber nacido españoles.

Vió y escuchó por sí mismo como era un uso establecido entre los talaveras el hacer gala de las astucias que empleaban para engañar a los chilenos y hacerlos caer en los lazos que les preparaban.

Ya era un comerciante cuya tienda se despojaba so pretesto de una riña; ya un padre o marido cuya hija o

esposa excitaba la codicia de alguno de ellos, viniendo a ser víctima de su depravacion; o por fin, un individuo cualquiera en quien se había querido ejercitar la perversidad natural de tales hombres.

Rodriguez se convenció de los peligros que ofrecía toda relacion con ellos. Procedió con esquisita cautela para no verse envuelto en los desórdenes que suscitaban en las tabernas cuando querían molestar a álguien; pues tenía la esperiencia de que siempre los paisanos sacaban la peor parte en esos lances, ora sufriendo los malos tratos de los talaveras, ora cayendo en manos de la policia, cuando ésta llegaba a intervenir.

La primera precaucion que tomó Rodriguez para captarse la confianza de ellos fué hacerse pasar por español.

Ese fué su estreno en aquella vida de taberna a que las circunstancias lo obligaban.

Bien elegido el momento, delante de un buen número de talaveras, promovió una disputa con un tabernero sobre el monto de lo que le correspondía pagar, y por la diferencia de dos ochavos, juró y votó como un desconocido, a la usanza española, renegando de su venida de Zaragoza a un país en que había la costumbre de explotar a los hijos de la península.

Bastó eso para que algunos de los talaveras intervinieran a su favor en la cuestion; y entónces, echándola de jeneroso, tiró una pieza de a ocho reales al tabernero, ordenándole con un redondo voto que sirviera de beber a tan comedidos militares.

El *chacolí* hizo entonces la fuerza, y he ahí bautizadas

con soberbios tragos aquellas relaciones de que esperaba Rodriguez sacar tanto partido.

Mas, era preciso marchar con piés de plomo para vencer la suspicacia de esa redomada jente.

Rodriguez cultivó por encima la amistad de muchos de ellos durante algunos días, estudiando el carácter de cada uno, conforme a sus deseos.

Fijóse al fin en un grueso y jigantesco soldado de la compañía de zapadores, hombre de mas facha que bríos, de mejor índole que la jeneralidad de sus compañeros, aunque la seriedad de su aspecto revelara lo contrario para un vulgar observador.

Contestaba al nombre de Pío Gallardo, y abrigaba la creencia de que su figura correspondía a su apellido.

Rodriguez vió en él un hombre sencillo, guiado a obrar mal solo por el ejemplo y los compromisos, o si se quiere, por el espíritu de cuerpo.

Comprendió que le sería fácil ganarse su amistad, y aún obtener confidencias íntimas acerca de lo que él necesitaba averiguar.

Principió, pues, por particularizarse con él en sus festejos de taberna, ya invitándolo decididamente a vaciar algunos jarros de licor, ya anticipándose a cubrir el gasto cuando ocurrían juntos al mostrador.

El talavera comprendió, como era natural, que aquel hombre de anteojos verdes, cuyo oficio de pintor se traslucía en su traje; que aquel insigne bebedor de *ponche* y *chacolí*, en cuyas narices sonrosadas y numerosos parches negros se leían los estragos de una alegre vida de desórdenes; comprendió, decimos, que lo distinguía entre sus compañeros y gustaba mas de su sociedad.

—Son tan bárbaros todos los de mi regimiento, se dijo, que es mui natural que este hombre, sencillo y honrado como parece, tenga preferencia conmigo, que soi mas juicioso y de un porte así... mas agradable que ellos. Al fin de todo, es un buen muchacho, jeneroso con los amigos; tira un peso fuerte, con la misma soltura que nosotros damos un puñetazo... No está demas aprovecharse de sus larguezas.

De esta manera, prévio este juicio sobre Rodriguez y prévio tambien el que éste formó sobre el talavera, se estrecharon las relaciones de ambos.

Encontrábanse a las horas de comer en una misma cocinería, a otras en un despacho o chiribitil de que eran parroquianos, y comían, bebían y charlaban juntos, esmerándose Rodriguez en hacer el gasto de su ingenio, para encantar con sus chistes al presumido talavera.

Al fin, juzgó conveniente Rodriguez el tratar de obtener las noticias que quería. Prevínose con sesudas reflexiones para establecer decididamente los artificios que debería emplear, y un día a la hora de almuerzo dijo al talavera:

—Compañero Gallardo, he descubierto un magnífico *chacolí*: lo convido para esta tarde a probarlo. No llevarémos a nadie, porque luego estos diablos se lo beben todo en un día, y nos dejan a la blanca.

—¿Es por aquí cerca?

—Ni mui cerca, ni mui léjos,...; pero yo lo llevaré: nos juntarémos aquí.

—Es que hai una cosa de por medio, compañero Bilbao.

Este era el nombre que había adoptado Rodriguez.

—Ya estamos con tropiezos: será alguna muchacha la que...

El talavera se retorció sus largos y espesos bigotes, sonriéndose maliciosamente.

—¡Qué diablos! dijo Rodriguez; tendré que *carambolearme* sólo con tan rico *jarabe*.

—Si pudiéramos dejarlo para mañana...

—Lo que es usted compañero, puede dejarlo, pues que tendrá otro mas a su sabor; pero yo...

—Aunque no *chupemos* hoy de lo mejor, vamos los dos a otra parte: me conviene su compañía.

—¿Hai que beber tambien? preguntó Rodriguez.

—Sí pues, de todo; es un despacho...

—Cómo decía usted que se trataba de una muchacha...?

—De eso se trata; es que se han juntado las dos cosas. Voi a decirle, compañero.

—Vamos a ver si vale la pena de perder mi famoso chacolí.

—Pues no ha de valer, cuando sin tener que estar a boca seca, voi a hacer una conquista!

—¡Hola, hola! ¿cómo es eso?

—Es un descubrimiento, dijo el talavera con aire de misterio. Pasaba esta mañana por la calle del Puente, y sin saber cómo, acerté a mirar al interior de un despacho de poca monta... ¿Y qué se le figura a usted que ví?

—No se me ocurre... alguna botella de *chicha*, que está tan escasa.

—¡Qué chicha! acabamos de decirlo...

—¡Ah! lo de la muchacha.

—Ni mas ni ménos.

—Pero solo con ver a una mujer, ya da usted por heche... ah! que mi compañero!

—Nó; agúardese usted, no soi tan bobo como eso, repuso el talavera.

—¿Hubo algo mas?

—Por supuesto; yo no soi hombre que desperdicia una ocasion.

—Eso es otra cosa. ¿Qué mas hubo de por medio?

—Que como ví a la muchacha mirarme desde detras del mostrador con unos ojazos...: ya parecía que me tragaba la picarona.

—¡Le gustaria la facha, pues! qué diablos! con ese modo de andar... tan airoso...

—Es que soi así, tan armado del pecho... Yo no finjo modo de andar.

—Eso no hai que decirlo; se conoce de a leguas que es natural.

—Así me lo decía la Sirena, aquella chica...; es verdad que usted no la conoció.

—Pero sigamos con ésta. ¿Qué hizo usted al verse mirado con tanta ánsia?

—¡Qué habia de hacer! casi no hai que decirlo. Póngase usted en mi lugar.

—Es que yo no tengo ese mismo garbo, ni arrojito para estas cosas.

—Ya se vé, cuando uno no tiene conciencia de que vale algo por la figura...

—Cierto, ¿qué iria a hacer yo con todos mis remiendos en la cara, y toda esta traza?

—Pues yo que no tengo remiendos, ni me muerdo los

labios para embestirle a una mujer, entré al punto en el despacho. "Buenos dias, mi vida," le dije a la picaruela, "qué se hace usted ahí tan solita?"

—Esperando compradores buenos mozos como usted, me dijo ella, con la mayor frescura del mundo.

—¡Al diablo con la muchacha atrevida! exclamó Rodriguez. Eso se llama no andarse por las ramas.

—Pues me gustó el desparpajo. En eso conocí que se derretía por mí la viudita.

—¿Cómo, la viudita?

—Verdad que no lo he dicho todavía. Pues para abreviar, le diré, compañero, que palabras tras palabras, nos fuimos hasta confesarnos todos nuestros pecados. Yo le dije que no tenía pichona que me acariciara; y ella me dijo que tambien estaba sola en el mundo desde la muerte de su marido.

—¡Vean no mas a la viuda! ¡Y qué tal es?

—Así, así; no anda mal, un poco rollizona, pero jóven; mui pintada de soliman y carmin; peinada de moño, y con colgajos de cintas y otros enredos en la cabeza: en fin, mui pintiparada y decidora; es una buena presa.

—Y ¿en qué quedaron por último?

—En que a la tarde o a la noche iría por allá a echar mis tragos, a hacerle el gasto del queso y de las aceitunas, y en fin, a lo demas que se pudiera. Ella estaba mui cariñosa y contenta conmigo: me dijo que no tenía otros amigos.

—Pero es raro que en un lugar tan público no se haya hecho ya de marchantes...

—Si me contó tambien que hacía cuatro días no mas que estaba ahí; que la tienda había estado cerrada des-

de la muerte de su marido; y otras muchas cosas que no me importan... ah! tambien me dijo que su marido habia sido un pintor...

—¡Oigan! de mi oficio, no está malo; eso es una recomendacion para mí; pero como yo no tengo interés.

—Por último, le pregunté que si no habían ido a la tienda, desde que está abierta, algunos soldados de mi rejimiento.

—Veo que usted no se duerme: que todo lo averigua.

—Es que soi entendido en estas materias; y me gusta estudiar mui bien el terreno que piso.

—¿Qué contestó ella a eso?

—Que habían ido dos talaveras, y que como no les había hecho cariño, porque no le gustaron, no habían vuelto mas.

—Eso está bueno, porque revela formalidad en la dichosa viuda.

—¿Con que, le parece bien, compañero?

—Sí, mui bien.

—¿Se decide usted a acompañarme?

—Pero ¿qué monos voi a pintar allá?

—Va usted a entretener la conversacion, a hacernos beber y entrar en calor; y por último, como puede suceder que la tienda tenga que quedar sola... eh?

—Ya; puedo servir de dependiente ¿no es eso?

—Precisamente. Un buen compañero se presta a todas esas cosas...; puede suceder que usted se vea en un caso semejante al mío, y tiene a quien ocupar.

—Aunque no fuera por eso; a mí me gusta servir a los amigos como usted.

—Gracias; y aquí para entre los dos, yo no he queri-

do decir nada a mis amigos del rejimiento, porque todos son tan enamorados y envidiosos...

—Bien hecho! es mejor llevar las cosas así, callandito; se hace mas con ménos bulla.

—Quedamos entonces en ir juntos.

—Naturalmente, respondió Rodriguez; es cosa convenida. Pero ¿a qué horas?

—Será a la hora de la comida; nos reuniremos aquí.

—Está bien.

Cuando se fué el talavera, Rodriguez se quedó diciendo:

—Está bien; poco importa que demore mis negocios, con tal de asegurarlos mejor. Esto me pone en mas intimidad con él, y me da derecho a exigir ciertas confianzas como las que yo necesito.

CAPÍTULO XLVII.

La viuda.

Si el lector se acuerda de las lijeras esplicaciones que Rodriguez dió a Ricardo acerca del espediente que habia usado para entrar a la cárcel, habrá venido en cuentas de que la atrevida viuda, tan afeitada y pintiparada, tan cubierta de cintas y enredos, para valernos de las espresiones del enamorado talavera, no era otra que Antonia, la criada de la familia de Monterreal.

El disfraz que habia adoptado encubría tan bien su antiguo aspecto de criada, borraba tan por completo la traza ordinaria de las sirvientes del país, que el mismo Rodriguez, que tantas veces la habia visto y hablado en casa de Corina, cayó en el engaño cuando a la hora convenida se presentó en la tienda con su amigo el talavera.

—Mírela, compañero, le dijo éste al poner los piés en el umbral de la puerta: ¿qué tal? tengo razon para engréirme?

—Cabal; es una joya, dijo Rodriguez; vale un Perú, ¡mire usted qué brazos, qué pechuga aquella!

BETTELEY Y C.^A

IMPORTADORES.

MERCERIA—LOZA—FERRETERIA

ÚNICOS AJENTES DEL FAMOSO HILO EN CARRETILLA

N. M. T.

94, Cochrane—VALPARAISO—Blanco, 193.

Únicos ajentes del famoso **ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO** y **LECHE PEPTONIZADA DE "CARNRICK."** Gran remedio para la escrófula, linfatismo crónico, debilidad, ratiquismo, etc.

MALTINAS

simple y compuesta, que es el gran remedio del día para la debilidad, anemia, consuncion, clorosis, tos, etc. Recomendada por los mejores médicos europeos y chilenos.

PEPTONOIDE DE CARNE DE "CARNRICK"

inestimable en la convalescencia de todas las enfermedades, fiebres, pneumonia, digestion débil, gastritis, padecimientos del estómago, dispepsia, etc; *¡Grande esperanza y portentoso alivio para los que sufren del estómago!* Contiene un 95 % de sustancias alimenticias, siendo por lo tanto el mejor reconstituyente de perdidas fuerzas.

TÉ JOHN BULL Ó DEMONIO

lo mas agradable y puro que es dado encontrar, envasado en latas de $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$, 1, 2 y 5 libras. Desafiamos que haya mejor a su precio Ademas tenemos TÉ especial para familias "SOUCHONG" envasado en latas $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$ y 1 libra.

Cucharas, Tenedores y Cucharitas "POTOSI"

lo que mas se asemeja a la plata y lo mas barato que hay. Ofrecemos tambien cuchillos de mesa, magnífico surtido, cubiertos, clases finas y a precios mui bajos.